

Guerra y sociedad en el antiguo Egipto desde el período Predinástico hasta la Dinastía III [c. 5500-2600 a.C.]

Autor:

Gayubas, Augusto

Tutor:

Campagno, Marcelo

2017

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

**Guerra y sociedad en el antiguo Egipto desde el
período Predinástico hasta la Dinastía III
(c. 5500-2600 a.C.)**

Augusto Gayubas

Tesis de Doctorado

Director:

Dr. Marcelo Campagno

**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
2017**

ÍNDICE

Introducción	4
---------------------------	----------

PRIMERA PARTE: LA GUERRA EN LAS SOCIEDADES ANTIGUAS

1. La guerra como problema histórico.....	9
1.1. Naturaleza o cultura	9
1.2. Guerra antes del Estado	16
1.3. Guerra y sociedad.....	36
2. La guerra en los estudios sobre el antiguo Egipto	56
2.1. La guerra en los estudios sobre el período Predinástico	59
2.2. La guerra en los estudios sobre la “unificación” y las primeras dinastías	72
3. La guerra y sus dimensiones: práctica y poder	85
3.1. Práctica	86
3.1.1. Violencia	89
3.1.2. Tecnología.....	91
3.1.3. Organización	93
3.2. Poder.....	95

SEGUNDA PARTE: LA GUERRA EN EL VALLE DEL NILO DESDE EL PERÍODO PREDINÁSTICO HASTA LA DINASTÍA III

4. Consideraciones iniciales.....	101
5. La guerra desde la dimensión de la práctica	107
5.1. Violencia.....	107
5.2. Tecnología	129
5.2.1. Potencia de fuego.....	129
5.2.2. Seguridad.....	139
5.2.3. Movilidad	151
5.3. Organización.....	168

6. La guerra desde la dimensión del poder	182
6.1. La guerra y lo ideológico.....	182
6.2. La guerra y lo económico	202
6.3. La guerra y lo político	225
Consideraciones finales	256
Bibliografía citada	261
Ilustraciones.....	311
Mapas.....	371
Cuadro cronológico	374

Introducción

La presente tesis se divide en dos partes, siguiendo un orden a la vez metodológico y problemático. La primera parte, titulada *La guerra en las sociedades antiguas*, tiene como fin introducir el problema que atañe a la tesis, a partir de una evaluación crítica de los estudios relevantes concernientes a la guerra como problema histórico. Dada la variedad de miradas e interpretaciones que sobre la guerra se han esgrimido y continúan siéndolo en la actualidad, el objetivo del primer capítulo, titulado “La guerra como problema histórico”, consiste en sintetizar y evaluar las reflexiones sobre la guerra que han privilegiado enfoques biológicos, psicológicos, filosóficos o antropológicos y, a partir de una consideración teórica crítica, concentrar la atención en las interpretaciones acerca de la guerra en perspectiva histórica, particularmente en relación con el estudio de las sociedades tanto estatales como no estatales de la antigüedad. Mediante este tipo de abordaje introductorio, que apunta a la vez a considerar las miradas clásicas y contemporáneas sobre el problema y a delinear una serie de categorías y discusiones que serán de interés a la largo de la tesis, se abre el camino para considerar, más minuciosamente, la bibliografía pertinente sobre el estudio de la guerra en el antiguo Egipto, en general, y sobre los períodos Predinástico, Dinástico Temprano y comienzos del Reino Antiguo, en particular. Este capítulo, titulado “La guerra en los estudios sobre el antiguo Egipto”, pretende introducir el problema mediante un estado de la cuestión riguroso que incluya tanto consideraciones clásicas de la egiptología, la arqueología y la historia como enunciados e hipótesis contemporáneos, a la vez que evaluar las compatibilidades o divergencias, allí donde las hubiera, relativas a los problemas y enfoques referidos en el capítulo anterior. Ello permitirá enmarcar los estudios sobre la guerra en el antiguo Egipto, tanto en el seno de la disciplina abocada al estudio de esta

sociedad, como en el contexto de los estudios más generales sobre la guerra en las sociedades antiguas, lo cual hará más sencillo evaluar posibles aportes de otras disciplinas o áreas de estudio.

El tercer capítulo, titulado “La guerra y sus dimensiones: práctica y poder”, tiene como objetivo introducir y desarrollar la propuesta de análisis que articulará la segunda parte de la tesis. Su inclusión en la primera parte se debe a que hace las veces, a un mismo tiempo, de reflexión sintética acerca de los modos en que se ha estudiado el problema según lo considerado en los correspondientes estados de la cuestión, y de propuesta analítica surgida, precisamente, de una lectura crítica de la bibliografía referida sobre el problema. En tal sentido, conecta los aspectos teóricos e históricos de la primera parte con la metodología y el análisis conducidos en la segunda parte, introduciendo los conceptos y herramientas teóricas que serán empleados en esta última.

La segunda parte de la tesis, titulada *La guerra en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III*, comienza con unas “Consideraciones iniciales” cuyo objetivo es explicitar la metodología empleada en los capítulos subsiguientes, particularmente en relación con el abordaje de la evidencia, sus potencialidades y sus limitaciones, así como las necesarias precisiones geográficas y cronológicas. Dichas consideraciones permitirán desarrollar en los siguientes capítulos los problemas correspondientes sin necesidad de ahondar en advertencias o referencias contextuales que pudieran entorpecer la lectura y el seguimiento del análisis.

El capítulo siguiente, titulado “La guerra desde la dimensión de la práctica”, introduce y desarrolla la primera de las dos dimensiones de análisis a partir de una serie de categorías analíticas que ya habrán sido expuestas en el capítulo tres (violencia, tecnología, organización), y cuya consideración para el valle del Nilo de los períodos de análisis se valdrá del abordaje de una serie de indicadores arqueológicos (vestigios de

armas, estructuras defensivas y patrones de asentamiento, restos óseos), iconográficos (motivos hallados en diversos contextos que remiten de un modo u otro al orden de lo bélico) y/o textuales (títulos de funcionarios o epítetos regios vinculados a lo militar, referencias a expediciones, entre otros) considerados exhaustivamente. La evaluación de la evidencia en relación con la dimensión de la práctica en los distintos períodos analizados permitirá inferir los aspectos de continuidad que permiten identificar un “hacer la guerra” tanto en situaciones no estatales como en contextos de aparición, expansión y consolidación de lo estatal, pero a la vez los aspectos de discontinuidad que permitirán inferir particularidades y criterios diferenciales entre un “hacer la guerra” no estatal y un “hacer la guerra” estatal, e incluso en relación con las formas que adquiere la lógica expansiva estatal en los respectivos contextos de aparición y consolidación de lo estatal. La evaluación de este aspecto en relación con la práctica de la guerra servirá como basamento para la segunda dimensión de análisis, correspondiente al siguiente capítulo, titulado “La guerra desde la dimensión del poder”.

Este capítulo ahondará en las diferencias señaladas, según permitirá colegir una interpretación histórica de la evidencia, y propondrá un análisis a partir de la relación entre la práctica de la guerra y las lógicas de articulación social (asociadas a formas de distribución del poder político) dominantes en las distintas situaciones histórico-sociales. De este modo, serán evaluadas una serie de categorías de relevancia analítica, ya introducidas en el capítulo tres, que permitirán considerar la relación de lo bélico con lo económico, lo ideológico y lo político, tanto en situaciones no estatales como en el contexto de aparición y consolidación de lo estatal en el valle del Nilo. Según permitirán sostener las argumentaciones presentadas a lo largo del capítulo, el tratamiento de la evidencia desde este tipo de abordaje analítico permitirá sustentar la tesis respecto de que en el Egipto de los períodos considerados, la guerra trasciende

(como práctica) a la vez que acusa (desde la dimensión del poder) la diferencia radical existente entre una situación no estatal y una situación estatal. En este mismo sentido, se considerarán las posibles formas de interpretar la relación de lo bélico con los procesos de cambio social, tanto en relación con la aparición de jerarquías sociopolíticas en contextos no estatales (sociedades de jefatura), como en relación con la aparición y expansión de lo estatal en el valle del Nilo.

Por último, unas “Consideraciones finales” servirán para compendiar los argumentos y las hipótesis presentados a lo largo de la tesis y remarcar posibles recorridos analíticos que dicha elaboración pueda habilitar a futuro. Ello será seguido de una lista de la bibliografía citada a lo largo del trabajo y de tres apéndices con ilustraciones de los registros de evidencia mencionados a lo largo de la tesis, mapas pertinentes a la discusión y un cuadro cronológico orientativo de los períodos estudiados, permitiendo de este modo una mejor comunicación de los argumentos e hipótesis.

* * *

La presente tesis constituye la instancia final de mis estudios de doctorado en la Universidad de Buenos Aires. Dichos estudios fueron realizados en el marco de una beca interna doctoral otorgada entre abril de 2012 y marzo de 2017 por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la República Argentina.

PRIMERA PARTE:

LA GUERRA EN LAS SOCIEDADES ANTIGUAS

1. La guerra como problema histórico

Para abordar el problema de la guerra en contextos históricos específicos, se hace necesario evaluar reflexiones generales que hayan intentado caracterizar o definir tanto la guerra propiamente dicha como los elementos que pudieran explicar su presencia o existencia histórica. Esto conduce a una serie de preguntas que han tenido diferentes respuestas y que pueden ser revisitadas para proporcionar una base desde la cual conducir el análisis histórico que nos ocupa.

Tales preguntas pueden resumirse del siguiente modo:

- 1) ¿Pertenece la guerra al ámbito de la biología o de la cultura?
- 2) ¿Hay guerra sin –o, históricamente, antes del– Estado?
- 3) ¿Cómo –y mediante qué herramientas teóricas– puede evaluarse la relación entre guerra y sociedad en contextos tanto estatales como no estatales?

1.1. Naturaleza o cultura

La adjudicación de un carácter natural a la guerra tiene una larga historia. La antigua tesis de Thomas Hobbes acerca del “estado de naturaleza” del ser humano entendido como un estado de guerra de todos contra todos, da cuenta de ello¹. Sin embargo, los trabajos que procurarían fundamentar científicamente el carácter biológico de la guerra aparecen a lo largo del siglo XX.

Las tesis de Sigmund Freud acerca de lo que se conocería como “pulsión de muerte” y su relación con la guerra, enunciadas en *El malestar de la cultura* (1930) y en una carta dirigida a Albert Einstein en 1932 contenida en la obra *¿Por qué la guerra?* (1933), postulan la existencia de un “instinto destructivo” de los seres humanos que

¹ Cf. *infra*, cap. 1.2.

conduciría naturalmente a la agresión y que explicaría que, a la menor estimulación, los hombres fueran “infectados” por la “fiebre bélica”². Según tal interpretación, en la guerra “la muerte del enemigo satisface una inclinación pulsional”, que sólo es postergada si se considera provechoso dejar al enemigo con vida³. De todos modos, tales reflexiones (algunas de las cuales el propio Freud consideraba necesario sopesar) constituían menos “explicaciones [...] rigurosas de la agresividad de grupo” que observaciones con un fuerte componente “imaginativo” motivadas por el pesimismo típico del período de entreguerras en Europa⁴.

En la década de 1950, el anatomista Raymond Dart interpretó los primeros fósiles descubiertos del género *Australopithecus* –uno de los ancestros del *Homo sapiens*, extinto hace unos dos millones de años– como correspondientes a una especie de cazadores asesinos y caníbales que empleaban armas para cazar individuos de otras especies e, incluso, de la suya propia, y cuya temprana presencia debía probar la existencia de un “impulso homicida” característico de los homínidos⁵. Esto dio origen a lo que posteriormente el ensayista Robert Ardrey popularizó como la “hipótesis de la cacería” y la “hipótesis del primate asesino”, las cuales llegarían a postular la existencia de un instinto homicida común al ser humano y a sus ancestros mediante la homologación de la práctica de la cacería y la guerra⁶.

² Cf. Freud, 1991, 187-198; 1992, 65-140. Sostiene Freud en la carta a Einstein que “los conflictos de intereses entre los hombres se zanján en principio mediante la violencia”, y que “así es en todo el reino animal, del que el hombre no debiera excluirse” (Freud, 1991, 188).

³ Freud, 1991, 188.

⁴ Keegan, 2014 [1993], 123. Cf. también Ferrill, 1985, 14. Sobre el período de entreguerras y la llamada “crisis de la conciencia europea”, cf. Fusi Aizpúrua, 1991. En una carta a Marie Bonaparte, Freud (1992, 63) le escribe, luego de enunciar (en una carta anterior) algunas reflexiones sobre la pulsión agresiva: “Le ruego no adjudique demasiado valor a mis observaciones sobre la pulsión de destrucción. Fueron hechas en forma espontánea y tendrían que ser cuidadosamente sopesadas si se pensara en publicarlas. Además, contienen muy poco de nuevo”.

⁵ Cf. Dart, 1953.

⁶ Cf. Ardrey, 1961.

Entre tantas críticas que se hicieron a estas reflexiones, que en definitiva veían en la agresión el motor de la evolución, se destaca una serie de constataciones en el orden de la evidencia, en particular: a) la imposibilidad de sostener con testimonios que el *Australopithecus* pudo haber construido armas o herramientas⁷; b) la conclusión –tras un minucioso examen– de que las heridas presentes en algunos de los fósiles de este género no se debían a un patrón de “agresión” intraespecífica (entre individuos de la misma especie) ni de canibalismo sino a mordeduras de hienas y leopardos – redundando, por lo tanto, en la percepción de estos homínidos como presa y no como predadores–; y c) la consideración según la cual, dado que el *Homo erectus* habría sido la mayor parte de su historia carroñero, difícilmente el *Australopithecus*, ancestro de aquél, hubiera practicado la cacería⁸.

De todos modos, lo cierto es que el enunciado central de este tipo de miradas (la proposición de un instinto agresivo del hombre expresado tanto en la cacería como en la guerra) fue retomado y recubierto de un barniz científico a lo largo de la década del sesenta por autores como el etólogo Konrad Lorenz y los antropólogos Lionel Tiger y André Leroi-Gourhan⁹. A finales de aquella década y durante la siguiente, diversos estudiosos se ocuparon de apuntar las falencias de este tipo de hipótesis, tanto en su versión silvestre (Dart, Ardrey) como en su versión científica (Lorenz, Tiger, Leroi-Gourhan).

Por un lado, se advirtió que no cualquier forma de lucha –y mucho menos cualquier forma de agresión– supone una práctica bélica (“la lucha entre dos hombres no es

⁷ Con excepción de piedras desgajadas (cf. Keegan, 2014 [1993], 167-168).

⁸ Al respecto, cf. Montagu, 1976; Brain, 1981; Cartmill, 1993, 15-20; Otterbein, 2004, 22-23, 26-28; de Waal, 2007 [2005], 31-32; Sussman, 2013, 100-103.

⁹ Cf. Leroi-Gourhan, 1965; Lorenz, 1966; Tiger, 1969. Al respecto, cf. Ferrill, 1985, 14-15; Keegan, 2014 [1993], 123-124. No parece casual que el artículo de Margaret Mead sobre la guerra como invención (y no como herencia biológica) del ser humano (“Warfare is Only an Invention –Not a Biological Necessity”), publicado originalmente en 1940 (acaso enmarcado en la discusión de la que formaban parte los enunciados de Freud a los que hemos hecho referencia; cf. Ferrill, 1985, 14), fuera reeditado a mediados de la década del sesenta en un volumen colectivo. Cf. Mead, 1964.

guerra” –escribe el antropólogo Keith Otterbein– salvo cuando expresa el enfrentamiento entre comunidades políticas autónomas)¹⁰, con lo cual la especificidad de la guerra no puede comprenderse a partir de una mera capacidad para la agresión.

Por otro lado, se señaló que la inferencia de un instinto agresivo a partir de la equiparación de la guerra con la cacería supondría pensar en la existencia de un impulso adquisitivo que haría de la guerra una cacería de hombres (según la clásica formulación de Leroi-Gourhan), escenario que sólo se podría sostener si las guerras tuvieran el único objetivo de obtener carne humana u otros insumos para la subsistencia. Esta situación no sólo es inexistente en los contextos mayoritarios de guerra sin prácticas de canibalismo, sino también entre sociedades que practican la antropofagia, en la medida en que esta última tiene un sentido estrictamente ritual¹¹.

Y por último, se remarcó el sencillo hecho de que “no hay evidencia fisiológica de que los humanos posean un instinto agresivo”¹².

De un modo similar se ha discutido la hipótesis más reciente del primatólogo Richard Wrangham y el escritor Dale Peterson, cuyo punto de partida consiste en considerar que las similitudes perceptibles entre el ser humano y el chimpancé en la actualidad (incluyendo una compatibilidad de alrededor del 98% en el ADN) tendrían su origen en un ancestro común¹³. Este ancestro es pensado por los autores a imagen del chimpancé moderno, lo cual los conduce a aventurar que los comportamientos típicos de este

¹⁰ Otterbein, 2004, 27, sintetizando su crítica formulada originalmente en Otterbein, 1973, 928.

¹¹ Cf. Clastres, 1996 [1980], 188-190.

¹² Otterbein, 2004, 27. Cf. también Livingstone, 1968, 11; Sipes, 1973, 79-80; Montagu, 1976; Leakey y Lewin, 1980 [1977], 207-237; Harris, 1986 [1977], 43-44; Ferrill, 1985, 13-16; Riches, 1988 [1986], 41-42; Haas, 1999, 11. A pesar de recuperar los argumentos que cuestionan la hipótesis de la cacería, Otterbein incorpora a su teoría de la guerra elementos de dicha hipótesis, no tanto por considerar la guerra como un derivado de la cacería (lo cual asocia más al aprendizaje que a una herencia genética), sino por presentar a los “grupos de intereses fraternos” (grupos localizados de hombres con intereses comunes que, de acuerdo con el autor, suponen la primera forma de organización militar) como un denominador común de chimpancés y seres humanos, aun cuando ambas especies se diferencien por la capacidad humana para fabricar armas.

¹³ Cf. Wrangham y Peterson, 1998 [1996].

último (entre ellos, comportamientos definidos como violentos) serían característicos de aquél. En consecuencia, la hipótesis de los autores es que la violencia intergrupala y el asesinato intraespecífico son tan antiguos como el chimpancé ancestral, y que, por lo tanto, la agresión es una herencia biológica. En última instancia, el asesinato intraespecífico, así como el desarrollo de la habilidad para cazar, serían el resultado de un deseo de matar inherente a humanos y chimpancés, vinculado ya sea con el acceso a hembras, con el orgullo masculino o con un instinto territorial¹⁴.

Los fundamentos biológicos de los comportamientos considerados “agresivos” de los chimpancés han sido puestos en duda: en primer lugar, porque se han registrado relativamente pocas situaciones de asesinato entre chimpancés, y en segundo lugar, porque allí donde éstas fueron testimoniadas se ha constatado, por un lado, un importante impacto de la actividad humana sobre el hábitat, lo cual disminuye la posibilidad de pensar en una motivación heredada¹⁵, y por el otro, la carencia de aspectos nucleares a una caracterización de la guerra entendida como tal, como son las diversas formas de preparación, planificación y simbolización¹⁶. A esto hay que agregar una advertencia de no menor importancia, esto es, que entre el supuesto ancestro común

¹⁴ Cf. también Wrangham, 1999; LeBlanc, 2004, 77-99; Dyer, 2007 [2004], 73.

¹⁵ Al respecto, cf. Sussman, 2013, 103-104; Verbeek, 2013, 58-60.

¹⁶ Cf. Thorpe, 2003, 147; Fuentes, 2013, 90-91. Aun si reconocemos la existencia de un comportamiento grupal y territorial característico de los chimpancés, involucre o no episodios violentos o letales significativos, la inexistencia de elementos que hacen a la actividad bélica en términos humanos, como las preparaciones para la guerra (incluyendo la fabricación de armas), la planificación anticipada y la simbolización de la violencia y de los enemigos, disuaden de toda homologación que permita postular un fundamento biológico de la guerra. Adicionalmente, tal como postula Agustín Fuentes (2013, 91), “grupos de monos pueden luchar por fuentes de alimento, colonias de hormigas pelean por el espacio, y muchos otros tipos de grupos de animales entablan conflictos, pero ninguno de estos es regularmente planeado, organizado y letal” como lo es la guerra característica del género humano. Centeno y Enriquez (2016, 12), si bien matizan las diferencias entre las agresiones humana y no humana en términos de organización, reconocen que, como mínimo, la violencia en el ser humano se distingue por corresponder a “la única especie que es reflexiva acerca de su propia capacidad para la violencia”.

y los chimpancés modernos median millones de años de evolución, motivo por el cual se hace difícil postular una equivalencia más o menos directa entre ambos¹⁷.

De un tenor distinto pero igualmente centradas en la idea de una determinación genética de la violencia son las lecturas sobre la guerra que se han realizado desde los parámetros de la sociobiología. De particular visibilidad en los años setenta y ochenta, estos enfoques concentraron su atención en la guerra en sociedades no estatales del registro etnográfico, interpretándola como una práctica con un fundamento reproductivo (en el sentido biológico del término), es decir, tendiente a la apropiación de recursos (fundamentalmente, mujeres) para el éxito reproductivo. De este modo, la guerra no sería otra cosa que un mecanismo adaptativo inscrito en los genes de los individuos.

Entre quienes adoptaron este enfoque en la década del ochenta se cuenta el antropólogo Napoleon Chagnon, famoso por su labor entre los yanomami de Amazonia¹⁸. En sus trabajos de influencia sociobiológica, este autor señala que la violencia en general, y la guerra en particular, suponen una forma de competición sexual, particularmente atestiguada entre los yanomami por la práctica del rapto de mujeres. Así, los hombres más agresivos o más fuertes tendrían una ventaja adaptativa sobre los menos agresivos o más débiles al poder apropiarse de sus recursos materiales y de sus mujeres a través de la violencia, y al poder obtener más esposas por medios pacíficos gracias al prestigio adquirido mediante el exitoso desempeño militar. De este modo, los hombres más agresivos transmitirían sus genes a más descendientes que los menos agresivos.

¹⁷ Cf. de Waal, 2007 [2005], 145; Fuentes, 2013, 84-85; Sussman, 2013, 103-104. Cf. también Sussman, 1999. En rigor, el ser humano comparte con el bonobo (cuyos comportamientos difieren notablemente de los del chimpancé en lo que a agresión y dominación respecta) similar porcentaje en la composición del ADN que el que comparte con el chimpancé, si bien la separación entre el chimpancé y el bonobo habría sido posterior a la del chimpancé y el ser humano. Cf. de Waal, 2007 [2005], 19-29.

¹⁸ Cf. Chagnon, 1988.

Como han señalado no pocos investigadores, el enfoque sociobiológico de la guerra resulta insatisfactorio por una serie de motivos¹⁹. En primer lugar, porque el rapto de mujeres como causa de los episodios de violencia bélica no pudo ser siempre corroborado allí donde fue propuesto (por ejemplo, entre los yanomami estudiados por Chagnon), apareciendo a menudo como un *resultado* más que como una *motivación* para la guerra. En segundo lugar, porque la ventaja adaptativa de los hombres más agresivos no es demostrada por la evidencia etnográfica, la cual arroja más bien el dato de que: a) los guerreros más exitosos, por el prestigio adquirido, son más pasibles de ser asesinados por los enemigos (entre los yanomami, por ejemplo, asesinar a un guerrero exitoso “elimina una amenaza, debilita considerablemente al enemigo y le asegura al asesino un prestigio momentáneo”, motivo por el cual “muy pocos de estos hombres murieron una muerte ‘natural’”²⁰); y b) los guerreros exitosos (o los hombres más agresivos) no tienen más mujeres ni más hijos que otros hombres (a excepción de ciertos líderes sociales que pudieran ser a su vez guerreros). Por lo tanto, “la proposición de un relativo éxito reproductivo de los hombres agresivos no está, así, confirmada”²¹, y el enfoque sociobiológico ve limitada su capacidad explicativa.

Si se toman en cuenta, pues, las distintas críticas que se han hecho a los enfoques centrados en la biología, se puede acordar con Richard Sipes en que “ciertamente los *Homo sapiens* tienen una aptitud para la agresión violenta y el asesinato intraespecíficos [del mismo modo que para la cooperación y las relaciones pacíficas], dado que en ocasiones se involucran en ellos”, pero la tendencia a la violencia y a la guerra por parte

¹⁹ Al respecto, cf. Albert, 1989, 639-640; Lizot, 1994; Thorpe, 2003, 147-150; Helbling, 2006, 116-117; Harrison, 2010, 711. Para una crítica general a los enfoques sociobiológicos en antropología, cf. Sahlins, 1990 [1976].

²⁰ Lizot, 1994, 854-855. Enfatizando este último aspecto, el antropólogo Pierre Clastres (1996 [1980], 217-256) caracteriza al guerrero en este tipo de sociedades como un ser-para-la-muerte, en el sentido de que el sostenimiento de su prestigio depende de la actualización permanente del éxito militar mediante la realización de hazañas cada vez más peligrosas, operación que en última instancia lo conduce a la muerte.

²¹ Helbling, 2006, 116.

de un grupo de personas no parece poder explicarse en función de “los genes de los hombres individuales” sino más bien de las disposiciones culturales de la sociedad²². Si nos concentramos en el problema de la guerra, parece acertado señalar que tanto las dificultades inherentes a las lecturas biológicas apuntadas en los párrafos precedentes como la constatación histórica y etnográfica de que “la intensidad y la frecuencia de la guerra son muy variables” en distintos contextos sociales²³, son material suficiente para proponer que la guerra “tiende hacia la cultura, no hacia la naturaleza”²⁴.

1.2. Guerra antes del Estado

A partir de lo que venimos de considerar, surge otra pregunta: si la guerra no es “natural”, ¿es entonces un subproducto del advenimiento del Estado?

El reconocimiento de que los Estados hacen la guerra no requiere de mayor demostración, dado que es un hecho históricamente documentado. Sin embargo, una pregunta que ha dividido la opinión de los investigadores es aquella sobre la existencia (o inexistencia) de guerra en sociedades no estatales y, en particular, en circunstancias previas a la emergencia de lo estatal en contextos antiguos.

En un plano filosófico la pregunta encuentra una primera formulación en la obra de Thomas Hobbes. En *De Cive* (1642) y en *Leviathan* (1651), el filósofo inglés presenta una definición del estado de naturaleza del ser humano (es decir, del estado previo a la constitución de la “sociedad civil”) como un estado de guerra permanente de todos

²² Sipes, 1973, 79-80. Cf. Livingstone, 1968, 11; Sahlins, 1990 [1976], 91; Albert, 1990, 561; Lizot, 1994, 846, 858; Sussman, 2013, 108.

²³ Harris, 1986 [1977], 43.

²⁴ Clastres, 1996 [1980], 190. Cf. Albert, 1990, 561-562; Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 39-40; Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006, 93-94; Harrison, 2010, 711. Tal como se pregunta Sussman (2013, 98): “Si la guerra, el asesinato o el homicidio son un atributo genético de todos los humanos y no están determinados culturalmente, ¿cómo explicamos la variación en las estadísticas de estos comportamientos a través de distintas culturas?”. Por otro lado, como señalan Leakey y Lewin (1980 [1977], 223), no es un supuesto fundamento genético de la violencia sino más bien la “tendencia a la cooperación en grupo la que hace las guerras [...] posibles”.

contra todos, basado en la desconfianza generalizada motivada por la carencia de una autoridad (como la que instituiría el contrato de sujeción social que daría origen a la sociedad estatal) y por la existencia de un estado de igualdad natural entre los hombres que los impulsaría a competir por razones de seguridad, beneficio o gloria. Hobbes llegó incluso a reforzar (aunque sólo tangencialmente) esta idea con la evidencia extraída de los relatos de viajeros europeos que desde el siglo XVI narraban sus experiencias de contacto con agrupamientos humanos de América que eran mayormente descriptos como belicosos²⁵.

No mucho tiempo después, John Locke diferenció en su obra *Second Treatise of Government* (1689) el estado de naturaleza (entendido como un estado de libertad e igualdad gobernado por una ley natural que obligaba a respetar la vida, salud, libertad y posesiones de cada hombre) del estado de guerra (derivado de la transgresión de la ley natural característica del estado de naturaleza), y vinculó la superación de este último con la estipulación de un pacto de unión mediante el cual los seres humanos entraban en estado de sociedad²⁶.

Invirtiendo la ecuación de Hobbes, Jean-Jacques Rousseau postuló en su *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1755) y en *Du contrat social ou principes du droit politique* (1762), la existencia primordial de un estado de naturaleza pleno de inocencia, paz, libertad y felicidad, quebrantado por la asociación de los hombres (antes aislados) entre sí. En tal lectura, la conformación de la sociedad habría pervertido al hombre y lo habría conducido a una situación de guerra permanente que sólo habría podido resolverse mediante un contrato de sujeción a la voluntad general, constituyéndose de este modo una situación en la cual todos los individuos

²⁵ Cf. Hobbes, 1983 [1642]; 1998 [1651]. Cf. también Clastres, 1996 [1980], 185-186; Keeley, 1996, 5-8; Gat, 2006, 5-6; Warburton, 2006, 39-40; Dyer, 2007 [2004], 68; Centeno y Enriquez, 2016, 10.

²⁶ Cf. Locke, 1980 [1689]. Cf. también Cox, 1960.

permanecerían sometidos a la comunidad y en la que la soberanía, si bien no enajenada, sería transmitida al gobierno²⁷.

Aunque algunos viajeros europeos intentaron confirmar las tesis de Rousseau sobre la naturaleza pacífica e igualitaria de los hombres en estado de naturaleza (es decir, el ideal del “buen salvaje”) mediante la observación del modo de vida de algunas comunidades indígenas recientemente reconocidas (es el caso de Louis-Antoine de Bougainville en sus observaciones sobre los nativos de Tahití)²⁸, a menudo estas aseveraciones se vieron posteriormente matizadas o impugnadas al advertirse la existencia de conflictos y de actividades que se parecían demasiado a la guerra en dichas comunidades. El mismo Rousseau se vio confrontado con testimonios contemporáneos de sociedades que, como los aborígenes tasmanios de Oceanía, no desconocían la guerra, ante lo cual especuló que se trataba de situaciones excepcionales y que habría sido la incidencia europea la que habría conducido a dichas comunidades a volcarse hacia la violencia bélica²⁹.

Lo cierto es que, cuestionado por Rousseau y por sus adeptos, el argumento de la violencia constitutiva del ser humano reaparecería en los autores evolucionistas de fines del siglo XIX inscritos en lo que se llamó darwinismo social. El antecedente fue, en cierto modo, la proliferación de relatos de exploradores y misioneros que durante los siglos XVIII y XIX daban cuenta (aunque fuera de todo marco teórico) de la belicosidad de diversas sociedades indígenas de América, Oceanía y África³⁰. Así, en vísperas del

²⁷ Cf. Rousseau, 1989 [1755]; 2011 [1762]. Cf. también Keeley, 1996, 5-8; Gat, 2006, 5-6; Warburton, 2006, 39-40; Dyer, 2007 [2004], 68-69; Centeno y Enriquez, 2016, 10.

²⁸ Cf. Bougainville, 2002 [1771].

²⁹ Cf. Keeley, 1996, 7. Sería en parte este hecho el que llevaría a Keeley a bautizar neo-rousseauianos a los autores que, en la actualidad, sugieren que la guerra en las sociedades “primitivas” (no estatales) es consecuencia del contacto con los Estados occidentales.

³⁰ Piénsese, por ejemplo, en *El Paraguay católico* de José Sánchez Labrador, en la publicación tardía (1825) del tratado de Gabriel Soares de Souza escrito en 1587 sobre los tupinambá del Brasil, en las memorias de Florian Paucke sobre los mocovíes del Chaco, en el *De abiponibus* de Martín Dobrizhoffer, en los informes de Heinrich Barth sobre los tuareg del Sahara, en los profusos diarios de James Cook.

colonialismo europeo en África y Oceanía, y con base en los relatos etnográficos que atestiguaban la preponderancia de la guerra en sociedades caracterizadas como “salvajes” o “primitivas”, se hizo común entre diversos intelectuales la recuperación de un argumento hobbesiano, a menudo condimentado con prejuicios racistas³¹.

El mayor exponente del darwinismo social decimonónico, el filósofo liberal Herbert Spencer, postuló que las leyes de supervivencia del más apto aplicadas por la teoría darwiniana al mundo natural (la lucha por la existencia), debían ser asignadas de igual modo a la vida social. De tal forma, su reflexión no sólo apuntaba a reconocer en la guerra un estado dominante entre los “salvajes”, sino también a considerarla un mecanismo de selección que operaría en la imposición de unas sociedades sobre otras en el marco de la evolución social³². El biólogo Thomas Henry Huxley también propondría una lectura social de las tesis de Darwin centrada en la idea de competencia, llegando a afirmar que “la vida [entre los ‘hombres primitivos’] era una continua lucha libre, y más allá de las relaciones limitadas y temporarias de la familia, la guerra hobbesiana de todos contra todos era el estado normal de existencia”³³.

La polémica del geógrafo y pensador anarquista Piotr Kropotkin con los contractualistas (tanto hobbesianos como rousseauianos), por un lado, y con los darwinistas sociales y especialmente con Huxley, por el otro, es de sobra conocida. A los primeros reprocharía confundir “sociedad” con “Estado” (según la propuesta de que lo social nacería con un contrato de sujeción), y argumentaría en cambio, tal como sintetiza Angelbeck, que “los humanos han sobrevivido y proliferado durante la mayor parte de su historia evolutiva en sociedades sin gobierno”, por lo cual “mientras que, como humanos, podemos no haber sido siempre formalmente gobernados, hemos sido

³¹ Cf. Keeley, 1996, 166.

³² Cf. Spencer, 1947 [1876]; 1977 [1884]. Cf. también Montagu, 1952, 32-33, 108; Clastres, 1996 [1980], 186; Campagno, 2002, 59-60.

³³ Cit. en Montagu, 1952, 38.

siempre sociales”³⁴. Por lo tanto, de acuerdo con Kropotkin, lejos de fundar la sociedad, “el Estado no es más que una de las formas revestidas por la sociedad en el curso de la historia”³⁵. Pero también discutiría Kropotkin las miradas típicamente rousseauianas y hobbesianas llegando a la conclusión, tras pasar por el tamiz de su propia reflexión sobre lo humano las observaciones etnográficas de su época, de que el “hombre primitivo no es, en modo alguno, ni un ideal de virtud ni una bestia como el tigre”³⁶.

Esta última observación se conecta fuertemente con su crítica al darwinismo social y, especialmente, a la obra de Thomas Huxley, a quienes cuestionaba su creencia en que la lucha por la existencia enunciada por Darwin consistía en el exterminio de los menos adaptados en el seno de una especie, lo cual haría de los seres humanos “tigres o leones, desprovistos de toda clase de concepciones éticas”, mientras que, para Kropotkin, las indagaciones de Darwin daban cuenta de “la lucha contra los elementos hostiles de la naturaleza o bien contra otras especies animales”, la cual se efectuaba en “grupos unidos mediante la ayuda mutua”³⁷. En suma, los fundamentos epistemológicos del darwinismo ofrecían menos una base científica para pensar los aspectos competitivos y cooperativos de la sociedad que una plataforma para apuntalar percepciones en el contexto histórico en el que los autores europeos se insertaban³⁸.

³⁴ Angelbeck, 2009, 30-31. Cf. Barnard, 2004, 14-15; Gayubas, 2015d, 43.

³⁵ Kropotkin, 1906, 24. Otro autor fuertemente crítico del contractualismo, el también anarquista Mijail Bakunin, presenta una reflexión similar que probablemente influyó en la lectura de Kropotkin, al afirmar entre otras cosas que “el Estado no es la sociedad, no es más que una de sus formas históricas” (Bakunin, 2005 [1882], 94). En la observación de ambos autores, el Estado parece representar la “sociedad estatal”, es decir, el conjunto social articulado por una dinámica basada en el principio político de mando y obediencia. En la mayor parte de los pasajes de estos autores, sin embargo, el Estado es referido como la institución o el grupo social que ejerce la dominación política. Cf. Gayubas, 2015d, 43.

³⁶ Kropotkin, 1924, 76.

³⁷ Respectivamente, Kropotkin, 1902, 78; 1924, 321. Sobre el posicionamiento de Kropotkin en relación con Darwin y su enfrentamiento con Huxley, cf. Montagu, 1952, 38-43; Kokko, 2013, 38-39. Significativamente, fue otro anarquista, Émile Gautier, quien empleó por primera vez de un modo crítico el término “darwinismo social”, refiriéndose a las aplicaciones de tinte conservador de la teoría darwiniana al estudio de las sociedades humanas. Cf. Gautier, 1880; La Vergata, 2005, 33.

³⁸ Tal como señala Montagu (1952, 32), por ejemplo, la preocupación de Huxley en su trabajo sobre la lucha por la existencia era la Inglaterra industrial superpoblada de fines del siglo XIX, enmarcada en un

En cualquier caso, tal como constata Keith F. Otterbein, a lo largo del período que va de la segunda mitad del siglo XIX hasta el final de la Primera Guerra Mundial, si bien hubo disponible “una contundente base de datos que incluía información sobre guerra”, el principal esquema teórico utilizado por intelectuales y antropólogos para estudiar las prácticas de guerra fue el evolucionismo, que se limitaba a “situar las costumbres, prácticas o armas en secuencias, o bien a vincularlas o relacionarlas con etapas de una tipología evolucionista”³⁹, circunstancia consecuente con el modo en que la naciente disciplina antropológica se abocó a estudiar a las sociedades del registro etnográfico, esto es, como a un “primo retrasado” cercano en la escala evolutiva a los “antepasados lejanos” de Europa⁴⁰.

En el transcurso del siglo XX, acompañando cambios de importancia en el campo de la antropología, las observaciones etnográficas de enfrentamientos o incursiones en contextos no estatales dieron lugar, a grandes rasgos, a dos tipos de aproximación al problema de la guerra en esta clase de sociedad⁴¹.

contexto mundial fuertemente competitivo. Por otro lado, la dominación colonial europea sobre las poblaciones consideradas “inferiores” de África y Oceanía hacía cómoda, en la conciencia de los intelectuales europeos, la ley de la “evolución” que teóricamente condenaba a las poblaciones primitivas a la subordinación. Kropotkin, por su parte, fundaba su enfoque evolucionista en una perspectiva ética que ponía el énfasis en el apoyo mutuo con miras en un futuro carente de estructuras de dominación. Cf. Keeley, 1996, 166.

³⁹ Otterbein, 1999, 795. Cf. González Alcantud, 1998, 19-21; Gellner, 1999 [1995], 117.

⁴⁰ Gellner, 1999 [1995], 117. En el contexto de la “crisis de la conciencia europea” de la primera posguerra y del desencanto generalizado respecto de la ideología del progreso, el evolucionismo dejó por un breve tiempo de ser el paradigma dominante en los estudios de las sociedades, en beneficio de nuevas miradas que pasarían a hegemonizar el campo de la antropología (cf. Fusi Aizpúrua, 1991; Campagno, 2002, 60-61). Sería el momento de apogeo de las ideas de Franz Boas y del relativismo cultural en Estados Unidos y de las escuelas funcionalista y estructural-funcionalista en Europa (cf. Otterbein, 1999, 795). Según explica Fusi Aizpúrua (1991, 331), “no fue sólo una decisión académica lo que hizo que en 1927 se creara en Inglaterra la primera cátedra de antropología y se encargara en ella a Bronislaw Malinowski (1884-1942): sus trabajos sobre culturas ‘primitivas’ [...] participaron, desde luego, de aquella búsqueda de formas alternativas de cultura que parecía exigir el aparente agotamiento de la cultura europea”.

⁴¹ Ya hacia las primeras décadas del siglo XX algunos trabajos de importancia presentaron informes que advertían que casi todas las sociedades “primitivas” contemporáneas estudiadas conocían y practicaban la guerra (cf. Hobhouse, Wheeler y Ginsberg, 1915, 228-233; Davie, 1931). Aun así, trabajos que presentaban a sociedades no estatales como esencialmente pacíficas, como los producidos por el

El primero de ellos, que halló su mayor expresión en los años de la segunda guerra mundial y durante la subsiguiente posguerra, consistió en la delimitación de aquellos elementos que constituían la actividad bélica característica de las sociedades no estatales del registro etnográfico respecto de aquellos que configuraban la guerra entendida en un sentido estatal y, sobre todo, moderno. Sin que se prescindiera del término “guerra”, la adición de un adjetivo calificativo ayudaba a remarcar una diferencia a la vez cualitativa y cuantitativa. Así, Eliot Chapple y Carleton Coon acuñaron el término “guerra ritual” para destacar los aspectos ceremoniales de los enfrentamientos entre grupos relevados etnográficamente, llegando a aducir cierto carácter lúdico e inofensivo de este tipo de práctica⁴².

El término “guerra primitiva” sirvió, por su parte, al profesor en relaciones internacionales Quincy Wright para diferenciar las formas de hostilidad intergrupales de los “pueblos primitivos” (del pasado “prehistórico” y del presente “etnográfico”) tanto de lo que llamó “guerra animal” (el comportamiento agresivo de especies animales no humanas) como de la “guerra histórica” conducida por “hombres civilizados” (esto es, en contextos estatales, incluyendo las áreas históricas de emergencia de los primeros Estados de la antigüedad). En este enfoque, la “guerra primitiva”, orientada a mantener la solidaridad del grupo político, carecería (o tendría tan sólo unos rudimentos) de aquellas características que definirían a la “guerra civilizada”, incluyendo entre éstas enfrentamientos u hostilidades más formales, altos niveles de organización y

sociólogo William Sumner (1911) y por la antropóloga Ruth Benedict (1934), conservaban cierta aceptación.

⁴² Chapple y Coon, 1942. Entre los adeptos (siquiera a título parcial) de este concepto, cf. Naroll, 1966; Gabriel, 1990; Gabriel y Metz, 1991; Chaliand, 1994; Cioffi-Revilla, 1996; Dawson, 1996. El trabajo bibliográfico de Divale (1973 [1971], xxi-xxii), a menudo tomado como referente de las interpretaciones de la “guerra ritual”, presenta no obstante algunas reflexiones que apuntan a la necesidad de no deducir del componente ritual de la guerra un carácter inofensivo. Cf. Carman y Harding, 1999b, 4; Otterbein, 1999, 799-800; 2004, 35-36; Keegan, 2014 [1993], 142.

jerarquización militar, objetivos políticos y económicos tangibles y una tendencia a la innovación técnica, tecnológica y táctica⁴³.

Por otro lado, el antropólogo Harry H. Turney-High formuló la idea de un “horizonte militar” que separaría la guerra propiamente dicha o “guerra civilizada” de la “guerra primitiva” que “no puede ser llamada guerra” pero que denomina así “a falta de un mejor término”⁴⁴. El criterio de separación surge para el autor de la presencia (guerra verdadera) o ausencia (guerra primitiva) de formación militar consistente en la organización de líneas y columnas bajo alguna forma de comando militar. La habitual carencia de ello en las poblaciones “primitivas” consideradas por el autor dotaría a sus enfrentamientos de un carácter “submilitar”⁴⁵.

El interés por identificar la especificidad de la guerra no estatal tendría efectos de importancia en las décadas siguientes, sobre todo a partir de la década del sesenta, aun cuando en décadas previas ya había ocupado a algunos antropólogos⁴⁶. De todos modos, el tipo de miradas característico de los años de posguerra se vería fuertemente condicionado por un modo de reflexión sobre lo histórico y lo social derivado de los parámetros (más o menos reconocidos) del evolucionismo, lo cual a la vez repercutiría en cierto etnocentrismo. El “horizonte militar” propuesto por Turney-High, por ejemplo, no marcaba solamente la diferencia entre dos modos de combatir o luchar (es decir, entre sociedades privadas de desarrollo técnico, táctico y tecnológico para la guerra y sociedades que conducían una “guerra verdadera” del tipo característico del orden estatal), sino también el límite entre sociedades “primitivas” (carentes de ciudades y de escritura) y sociedades “civilizadas” (compatibles o aproximadas, en cuanto a sus

⁴³ Cf. Wright, 1942, 53-100. Cf. también Keeley, 1996, 9-15.

⁴⁴ Turney-High, 1949, viii, 27.

⁴⁵ Turney-High, 1949, 30. Cf. Ferrill, 1985, 11-12; Keeley, 1996, 8-15; Carman y Harding, 1999b, 2-4; LeBlanc, 1999, 5; Helbling, 2006, 114; González García, 2007, 22-24; Gayubas, 2012, 21-23; Keegan, 2014 [1993], 129-133.

⁴⁶ Cf., por ejemplo, Malinowski, 1941; Lévi-Strauss, 1943; Benedict, 1959. Cf. también Otterbein, 1999, 796; Brandt, 2006, 76-78; Keegan, 2014 [1993], 135.

formas de organización política, a la sociedad propia del investigador, esto es, sociedades estatales)⁴⁷.

También Wright que, a diferencia de Turney-High, reconocía como forma común y efectiva de guerra en contextos no estatales las emboscadas e incursiones con inmediatas retiradas, tendía a formular una progresión cuasi natural en cuanto a seriedad y letalidad de la guerra que conduciría de lo animal, pasando por lo más primitivo del género humano, hasta llegar al umbral de la civilización y luego ingresar en lo que consideraba la forma civilizada e histórica de la sociedad y de la guerra⁴⁸.

Más allá de las limitaciones que podía imponer el punto de partida evolucionista a la hora de describir sociedades que eran consideradas primitivas *hasta* para hacer la guerra, este tipo de miradas en torno a las guerras denominadas “ritual” o “primitiva” tendría un punto débil también en el plano testimonial, toda vez que (con excepción de Wright) la observación estaría concentrada en formas de combate o lucha que tenderían a limitar la violencia física, esto es, batallas más o menos reguladas, guerras rituales o mágicas, duelos o demostraciones de fuerza⁴⁹. Como se verificaría en estudios posteriores, estas prácticas efectivamente existentes en gran parte de las situaciones

⁴⁷ Cf. Turney-High, 1949, vii. Como apunta Anna Simons (1999, 79), el aporte de Turney-High consistió en demostrar que “el propósito de la guerra era diferente para la mayor parte de las sociedades acéfalas, basadas en el parentesco, respecto del correspondiente a los estados”, cuestión que puede pensarse, por ejemplo, en relación con la guerra de conquista en tanto expresión característica de la lógica expansiva estatal. No obstante, la oposición propuesta por Turney-High entre “motivos reales” (guerra civilizada) y “motivos personales y psicológicos” (guerra primitiva) explicita el fundamento etnocéntrico que está detrás de la conceptualización del autor. Cf. Gayubas, 2015d, 47-48.

⁴⁸ Cf. Wright, 1949, 29-33. Turney-High consideraba, en cambio, que era el combate lo que diferenciaba a la guerra de la mera hostilidad. Cf. Keegan, 2014 [1993], 135-136.

⁴⁹ Debe señalarse, de todos modos, que Turney-High reconocía un efecto social relevante para la “guerra primitiva”, pues concedía importancia al hecho de que las batallas reguladas que le interesaba estudiar generaban poco impacto en términos de destrucción, según un principio por el cual, como sintetiza Simons (1999, 83), “los hombres mantienen a la mayoría de sus enemigos vivos así pueden luchar contra ellos nuevamente”. Si bien esta clase de interpretación recuerda la connotación funcionalista de algunas lecturas planteadas, por ejemplo, en el marco del estructural-funcionalismo (cf. Evans-Pritchard, 1987 [1940]) y de la antropología ecológica (cf. Vayda, 1961; 1976; Rappaport, 1987 [1967]), un aspecto tácito de dicho enunciado parece compatible con el argumento de Wright según el cual el principal objetivo de la guerra en las sociedades “primitivas” sería el sostenimiento de la “solidaridad del grupo político”. Cf. también Murdock, 1949; Vayda, 1968, 468; Gray, 1997, 97.

relevadas etnográficamente no conformaban, sin embargo, la única forma documentada de incursión o enfrentamiento intergrupales. Entre los horticultores Mae Enga de las tierras altas de Nueva Guinea estudiados por Mervyn Meggitt, por ejemplo, las batallas, en efecto, se acordaban: en ellas, los duelos se detenían en cuanto uno de los contendientes resultaba herido y los subsiguientes enfrentamientos grupales provocaban una cantidad limitada de muertes. Sin embargo, los grupos emprendían también ataques sorpresivos y emboscadas sobre grupos enemigos⁵⁰. En un análisis intercultural, Otterbein observó que las “batallas, en las cuales los guerreros se enfrentaban a lo largo de una línea, eran un medio para probar la fuerza de un adversario, mientras que las emboscadas y raides sobre asentamientos eran el medio para matar grandes números de enemigos”⁵¹. Las incursiones y las emboscadas, en efecto, se cuentan entre las formas más comunes y letales de relación violenta entre comunidades no estatales, y sus efectos sociales distan de ser intrascendentes⁵².

El reconocimiento de la recurrencia y efectividad de la guerra (se calificara de primitiva o no) en sociedades no estatales del registro etnográfico (tanto entre cazadores-recolectores como entre horticultores o poblaciones con prácticas agrícolas o pastoriles) se consumó en los años sesenta y setenta, en buena medida coincidiendo con la observación de las particularidades de la guerra de guerrillas en Vietnam y su relativa similitud con algunos de los principios de la “guerra primitiva”, pero también vinculado a la observación etnográfica de conflictos intergrupales en lugares como las tierras altas de Nueva Guinea, Amazonia y algunas regiones de África, protagonizados por sociedades en buena medida sustraídas al contacto con el mundo occidental⁵³. Ello dio

⁵⁰ Cf. Meggitt, 1977.

⁵¹ Otterbein, 1999, 800. Cf. Meggitt, 1977, 17; Harris, 1986 [1977], 40-41; Keeley, 1996, 59-69; Gat, 1999, 566-567; Le Blanc, 1999, 9-10, 14-15; Otterbein, 2004, 35; Helbling, 2006, 114, 127.

⁵² Cf. Keeley, 1996, 65-67; Gat, 1999, 566; LeBlanc, 2004, 67.

⁵³ Cf. Meggitt, 1977, vii-viii; McCauley, 1990, 1; Keeley, 1996, 15; Otterbein, 1999, 799. En la década del cincuenta, el desgaste de la contienda armada mundial generó un llamativo vacío de estudios

origen al segundo tipo de aproximación a la guerra no estatal, orientada al reconocimiento de la letalidad e incidencia social de la práctica.

En efecto, los estudios específicos sumados a análisis interculturales condujeron a la revaloración del concepto de guerra en toda su dimensión para pensar los aspectos conflictivos de las relaciones intergrupales en contextos no estatales⁵⁴. La realización del simposio de la American Anthropological Association sobre antropología del conflicto y de la agresión, celebrado en 1967 en la ciudad de Washington y cuyas contribuciones fueron publicadas al año siguiente en un volumen editado por Morton Fried, Marvin Harris y Robert Murphy que llevó por título *War*, es el signo más evidente de ello⁵⁵. Ello se combinó, a su vez, con un creciente interés por el problema de la guerra en estudios arqueológicos, en buena medida orientado a la evaluación de la existencia o no de prácticas de guerra antes de la emergencia de dinámicas estatales en contextos primarios, y en tal caso a la cuestión de su interpretación⁵⁶.

Ya en la década del cuarenta, el arqueólogo Vere Gordon Childe mostró interés por la guerra en contextos arqueológicos antiguos, en discusión con los arqueólogos y antropólogos que interpretaban la guerra como una “degeneración” de la civilización⁵⁷. A pesar de ello, más de cuarenta años después, el arqueólogo Slavomil Vencl denunciaba la misma renuencia por parte de los investigadores del campo de la

antropológicos sobre la guerra. Keegan (2014 [1993], 134) rastrea tan sólo cinco artículos sobre antropología de la guerra publicados en revistas académicas durante la mencionada década. A ello deberían sumarse unas pocas monografías publicadas por la American Ethnological Society y la tesis de doctorado de Andrew Vayda (1956) sobre la guerra entre los maoríes. Cf. Codere, 1950; Jablow, 1951; Secoy, 1953. Al respecto, cf. Keeley, 1996, 15; Otterbein, 1999, 797.

⁵⁴ Cf. Chagnon, 1968; Otterbein, 1968; 1973; Meggitt, 1977; Vayda, 1961; 1976; Ember, 1978; Harris, 1974; 1986 [1977]; Rapaport, 1987 [1967]; Clastres, 1996 [1980], 181-256.

⁵⁵ Cf. Fried, Harris, Murphy, 1968. Al respecto, cf. MacCauley, 1990, 1-25; González Alcantud, 1998, 154-155; Keegan, 2014 [1993], 135. El evento y su consecuente publicación nacieron de una preocupación concreta: la participación de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Lo que se proponían los convocantes era “reunir aquello que la antropología pudiera ofrecer para comprender y reducir la guerra” (MacCauley, 1990, 1). Se trató del primer gesto colectivo en pos de construir una verdadera antropología de la guerra.

⁵⁶ Cf. Escalon de Fonton, 1964; Roper, 1969; Carneiro, 1970.

⁵⁷ Cf. Childe, 1941. Cf también Childe, 1986 [1944], 95-103.

arqueología a estudiar y, en ocasiones, incluso a considerar la guerra como materia de estudio arqueológico⁵⁸. En esa misma década, el historiador militar Arther Ferrill reunió los testimonios arqueológicos e iconográficos disponibles en aquel entonces, correspondientes a áreas de Europa, el Cercano Oriente asiático y el noreste de África, y concluyó que el tipo de armas documentado desde fines del período Paleolítico y a lo largo de los períodos Epipaleolítico y Neolítico (lanzas, arcos y flechas, dagas, mazas, hondas) sumado a la forma de representar a personajes armados en pinturas rupestres como las del Levante español (en hileras y liderados por personajes destacados) y al testimonio de víctimas humanas con signos de violencia enterradas en el cementerio 117 de Dyebel Sahaba en el norte de Sudán, conformaban un corpus lo suficientemente elocuente para sugerir que la guerra, entendida en el sentido de “guerra verdadera” propuesto por Turney-High, podía ser rastreada hasta al menos el período Epipaleolítico o incluso hasta el momento de la presumible introducción de tácticas tomadas de la cacería durante el período Paleolítico⁵⁹. De este modo, mucho antes de la emergencia de los primeros Estados documentados, la invención e innovación de armamento y la elaboración de tácticas bajo alguna forma de liderazgo darían cuenta de la existencia “prehistórica” de guerra, afirmación que vendría a explicar la necesidad de construir fortificaciones constatada desde el período Neolítico⁶⁰.

Si bien la propuesta de Ferrill tendría sus dificultades derivadas del modo de analizar los testimonios iconográficos (por ejemplo, la búsqueda de cierto “realismo” en las representaciones)⁶¹, lo cierto es que tanto su referencia a analogías etnográficas para

⁵⁸ Cf. Vencl, 1984. Cf. también Vandkilde, 2003, 127.

⁵⁹ Cf. Ferrill, 1985, 9-31.

⁶⁰ El carácter defensivo de algunos de los testimonios considerados por el autor, como las murallas, el foso y la torre de Jericó y la disposición de muros continuos en Çatal Hüyük, no estarían exentos de debates. Cf., por ejemplo, Bar Yosef, 1986; Gabriel, 1990, 30; Wenke, 1999, 392-393; Otterbein, 2004, 98, 193-194; Dyer, 2007 [2004], 103; Keegan, 2014 [1993], 178-180, 197.

⁶¹ Cf. Keegan, 2014 [1993], 172.

pensar las pautas organizativas en contextos antiguos, como la relectura del concepto de “horizonte militar” no ya como una línea divisoria en una progresión evolutiva sino como un criterio de discriminación de formas no necesariamente excluyentes de actividad bélica en el seno de una misma sociedad, abriría el camino a estudios más rigurosos que se sucederían en años posteriores.

Este último aspecto que se deduce de la lectura de Ferrill (la identificación de dos formas de combatir coexistentes y no como indicadores de sendos estadios evolutivos) sería anticipadamente superador de uno de los enunciados formulados años más tarde por el historiador militar Victor Davis Hanson, para quien el “modo occidental de la guerra” consustancial al modelo de civilización occidental representado por las *poleis* griegas (batallas decisivas protagonizadas por la infantería hoplita) existía en contraste con modos menos civilizados de combatir, asociados a poblaciones preexistentes y contemporáneas, que consistirían en emboscadas, ataques sorpresivos con inmediatas retiradas, duelos o tácticas de guerrilla⁶². En un artículo de 2009, y a la luz del tipo de conflicto militar que involucró a las potencias occidentales durante las últimas dos décadas, Hanson reconocería que este último tipo de acción bélica sería practicado incluso por ejércitos que hacían el “modo occidental de la guerra”, revistiendo a menudo una importancia insoslayable en el devenir y el desenlace de un enfrentamiento o de una campaña⁶³.

El hecho de que las prácticas bélicas asociadas a lo “primitivo” (las tácticas de ataque y retirada sumadas a los aspectos rituales) pudieran estar presentes en contextos considerados “civilizados” o estatales, y que la “guerra verdadera” (combates puntuales

⁶² Cf. Hanson, 1989. Al respecto, cf. Carman, 1999, 40-42; Dyer, 2007 [2004], 123-124 (quien rastrea las características del “modo occidental de la guerra” en el período Protodinástico de la Baja Mesopotamia); Antela-Bernárdez, 2011, 156-157; Gracia Alonso, 2011, 12-13. Cf. también Keegan, 2014 [1993], 517, quien identifica un “modo oriental de la guerra” caracterizado por las prácticas de la evasión, la dilación y el desgaste.

⁶³ Cf. Hanson, 2011 [2010], 145-153. Cf. también Lynn, 2008 [2003]; I. Morris, 2014, cap. 2.

acometidos por ejércitos organizados en hileras y con liderazgo militar) pudiera preexistir a la emergencia del Estado, fue observado en la década del noventa por el arqueólogo Lawrence H. Keeley, quien propuso desembarazarse de los supuestos en torno a la oposición entre “guerra primitiva” y “guerra verdadera” (aunque sin desechar ambos términos, prefiriendo para el segundo el de “guerra civilizada”) y reconocer que las formas de la guerra incluyen tanto las batallas (que en contextos “primitivos”, tanto etnográficos como arqueológicos, serían mayormente reguladas, con contenido ritual o carácter de demostración o medición de fuerza y escasa violencia efectiva) como las incursiones, las emboscadas y las masacres (entendidas como las formas más comunes y, a la vez, más letales de guerra en situaciones no estatales)⁶⁴.

Estudios interculturales y de análisis basados en observaciones etnográficas reforzarían este argumento, a grandes rasgos compatible con los principios del “modo acechante de la guerra” (*the skulking way of war*) formulados por Patrick M. Malone en relación con las formas de combatir de las poblaciones indígenas de Nueva Inglaterra antes y durante la llegada de los europeos⁶⁵.

El abordaje de los testimonios arqueológicos de este tipo de prácticas de guerra mediante el recurso a analogías etnográficas y al método comparativo permitió a Keeley reconocer la recurrencia y letalidad de la guerra, así como el empleo de tácticas ofensivas y defensivas, desde fines del período Paleolítico y durante el Neolítico en diversas partes del mundo: restos humanos con lesiones provocadas por armas, ya sea en contextos individuales o colectivos, documentadas en Europa y el noreste de África; representaciones iconográficas como las referidas por Ferrill que darían cuenta del empleo de tácticas y liderazgos para el combate; vestigios de armas que pudieron haber

⁶⁴ Cf. Keeley, 1996.

⁶⁵ Malone, 2000 [1991], 24. Cf. Gat, 1999; Otterbein, 1999, 800; 2004, 35. Cf. también Jorgensen, 1980; Ross, 1983; Otterbein, 1989; Haas, 1990; Ember y Ember, 1994; Reyna y Downs, 1994; Helbling, 2006, 114; Allen y Jones, 2014.

tenido una funcionalidad bélica en diversas regiones de estudio; fortificaciones o patrones defensivos de asentamiento inferidos en áreas del Viejo y el Nuevo Mundo. Estudios particulares⁶⁶ y generales o comparativos⁶⁷ vendrían a reforzar este tipo de abordaje y a estimular un cierto consenso acerca de los indicadores de guerra que deben ser tenidos en cuenta a la hora de considerar el registro arqueológico⁶⁸.

Debe tenerse en cuenta, de todos modos, que algunos autores que no desestiman el reconocimiento de indicios de actividades bélicas en contextos no estatales tanto del registro arqueológico como del registro etnográfico, adoptan una posición cautelosa⁶⁹. Ferguson y Whitehead, por ejemplo, advierten que la existencia histórica de “zonas tribales” haría de la guerra no estatal un subproducto del contacto con el Estado y no una práctica inherente a las comunidades no estatales⁷⁰. (El concepto de “zona tribal” refiere a áreas habitadas por poblaciones no estatales que se verían influidas por la cercanía de dinámicas estatales, particularmente coloniales, pero que no redundarían en la dominación política directa del Estado). Diversas consideraciones tanto desde la antropología como desde la arqueología han relativizado la validez de la hipótesis de Ferguson y Whitehead⁷¹. Por poner un solo ejemplo, los estudios de Eduardo Góes Neves sobre la Amazonia precolonial sugieren que, si bien el establecimiento de “zonas

⁶⁶ Cf., por ejemplo, LeBlanc, 1999; Gilbert, 2004; Angelbeck, 2009; y trabajos contenidos en compilaciones como Martin y Frayer, 1997a; Carman y Harding, 1999a; Otto, Thrane y Vandkilde, 2006; Chacon y Mendoza, 2007a; 2007b; Nielsen y Walker, 2009a.

⁶⁷ Cf., por ejemplo, Guilaine y Zammit, 2002 [2001]; LeBlanc, 2004; Otterbein, 2004; Gat, 2006.

⁶⁸ Cf. Redmond, 1994; Keeley, 1996; Ferguson, 1997; 2008; Martin y Frayer, 1997a; Carman y Harding, 1999a; Simons, 1999; Cioffi-Revilla, 2000; Haas, 2001; Thorpe, 2003; Arkush y Stanish, 2005; ; Arkush y Allen, 2006a; Otto, Thrane y Vandkilde, 2006; Nielsen y Walker, 2009a; Leoni, 2015. Tres trabajos de importancia que precedieron a la publicación del libro de Keeley y que incidieron en la discusión sobre la guerra en contextos antiguos y contemporáneos durante la década del noventa y el presente siglo son: Ferguson y Whitehead, 1992a; Redmond, 1994; Keegan, 2014 [1993].

⁶⁹ Cf. Ferguson y Whitehead, 1992b; Ferguson, 1997; Kelly, 2000.

⁷⁰ Cf. Ferguson y Whitehead, 1992b. Al respecto, cf. Knauff, 1991, 418; Keeley, 1996, 20-21; Ferguson, 1997, 342; 1999, 418-419; Carman y Harding, 1999b, 4; Otterbein, 1999, 800-801; 2004, 28-29; Whitehead, 2000; Thorpe, 2003, 149; Helbling, 2006, 119; Otto, 2006b, 197; Leoni, 2015, 27-28.

⁷¹ Cf., por ejemplo, Knauff, 1991, 418; Keeley, 1996, 20-21; Otterbein, 1999, 800-801; 2004, 28-29; Helbling, 2006, 119.

tribales” durante el período colonial “intensificó y en cierto modo cambió la lógica de la guerra en [la cuenca del] Amazonas y en otros sitios de las tierras bajas de Sudamérica, había conflicto armado allí mucho antes del siglo XVI [d.C.]”⁷². Sin embargo, si se obvia el determinismo estatal y colonial adjudicado a la guerra como práctica, el modelo de la “zona tribal” reviste alguna utilidad pues permite reconocer diferencias entre una modalidad centrífuga adoptada por la guerra en contextos estrictamente no estatales y el modo en que una dinámica estatal, por definición expansiva, puede incidir directa o indirectamente en las pautas sociales de las comunidades no estatales contiguas.

Precisamente, debido al interés de Keeley por destacar, por un lado, las similitudes en términos de efectividad de las guerras “primitiva” y “civilizada”, y por el otro, las diferencias en relación con los niveles de frecuencia, movilización y letalidad de la guerra (mayor en la “guerra primitiva”, menor en la “guerra civilizada”, en la medida en que el autor hace una evaluación en términos relativos, esto es, según los porcentajes estipulados en función de la cantidad de población activa en las diversas situaciones)⁷³, lo que permanece fuera del análisis del autor es lo que informa la especificidad de la guerra no estatal en contraposición con la guerra estatal. Toda vez que la monopolización de la violencia por parte de un grupo forma parte de lo que define a una sociedad estatal, el lugar que ocupa internamente la violencia organizada no puede resultar ajeno a una caracterización que permita diferenciar un tipo de guerra conducido por una élite estatal de otro realizado por una comunidad no estatal⁷⁴. Dicho de otro modo, si como plantea Ferguson se pueden identificar aspectos políticos vinculados a lo bélico que son específicamente estatales (la capacidad de obligar a los hombres a

⁷² Neves, 2009, 159.

⁷³ Cf. Keeley, 1996; Dyer 2007 [2004], 79.

⁷⁴ Cf. Giddens, 1985, 56-60; Otterbein, 2004, 180-189. Sobre el monopolio legítimo de la coerción como rasgo definitorio de lo estatal, cf. Weber, 1992 [1922], 43-44. Cf. también Campagno, 2002, 15; Otterbein, 2004, 180.

combatir; la capacidad de suprimir iniciativas armadas locales independientes; y el uso de la fuerza militar para el control interno)⁷⁵, resta por considerar los aspectos políticos específicamente no estatales relacionados con la guerra, y por lo tanto reconocer lo que diferencia ambos escenarios.

En relación con ello, hacia fines de la década del sesenta y comienzos de la década del setenta Otterbein propuso (recuperando categorías propias del neoevolucionismo) una diferenciación entre las guerras que identificó como características de “sistemas políticos descentralizados” (bandas y tribus, según la terminología del antropólogo neoevolucionista Elman R. Service), esto es, un tipo de conflicto entablado entre comunidades pertenecientes a una misma o similar cultura que el autor denominó “guerra interna”; y las guerras conducidas por “sistemas políticos centralizados” (sociedades de jefatura y Estados), los cuales, si bien podían entablar guerras internas, a la vez harían un tipo de guerra expansivo que trascendería los límites de una cultura y que el antropólogo denominó “guerra externa”⁷⁶.

La delimitación propuesta tiene, de todos modos, algunas dificultades. Por ejemplo, los límites entre guerras internas y externas en contextos no estatales no siempre son claros⁷⁷. Por otro lado, la equiparación de las guerras de jefatura y estatales parece restar importancia a la diferencia sociopolítica existente entre un tipo de sociedad y el otro, es

⁷⁵ Cf. Ferguson, 1999, 404.

⁷⁶ Cf. Otterbein, 1968; 1973. Cf. también Service, 1962; 1984 [1975]. Las tipologías del neoevolucionismo constituyen, en cierto modo, una actualización crítica de los esquemas evolucionistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX, particularmente del elaborado por el antropólogo Lewis Henry Morgan que pretendía clasificar a las sociedades en el marco de una evolución lineal que atravesaba tres grandes etapas: salvajismo, barbarie y civilización. Cf. González Alcantud, 1998, 19-21.

⁷⁷ Cf. Keeley, 1996, 65; Simons, 1999, 83-84. Las mismas formas del conflicto y de la guerra tienen en ocasiones delimitaciones difusas. Evans-Pritchard (1987 [1940], 177) observó, por ejemplo, que la cohesión comunitaria entre los nuer podía hacer de una vendetta personal, una lucha con implicación total. Por otro lado, la clasificación de Christopher Boehm (1987 [1984]) entre vendetta (*feud*), *raid* y guerra, recuperada por Guillaume Boccara (1998) en términos de guerra, *razzia* y vendetta, encuentra su límite en el hecho observado etnográficamente de que los “tres tipos de contienda, discernibles a los fines analíticos, no lo eran tanto en la realidad, y a veces sucedían uno al otro en una escalada de violencia” (Villar y Jiménez, 2003, 51). Cf. también Koch, 1974, 52-53; LeBlanc, 1999, 7; Thorpe, 2003, 146; Ystgaard, 2014, 22.

decir, entre sociedades jerarquizadas pero reguladas por principios de organización social que podemos identificar con el parentesco, por un lado, y situaciones regidas por una lógica de tipo estatal, sostenida en la existencia de un aparato o grupo social que monopoliza la violencia, por el otro⁷⁸.

Por su parte, en la década del noventa la arqueóloga Elsa Redmond se abocó a describir las llamadas “guerra tribal” (asociada a sociedades consideradas descentralizadas) y “guerra de jefatura”, entendidas como dos formas diferenciadas de la “guerra estatal” pero, a la vez, disímiles (en algunos aspectos) entre sí⁷⁹. En un enfoque comparativo de sociedades del norte de Sudamérica, la autora tomó en consideración testimonios etnográficos y arqueológicos para destacar las especificidades de la guerra en cada tipo de sociedad, incluyendo observaciones sobre formas, motivaciones y efectos de los conflictos documentados. Así, concluyó que, si la guerra tribal es organizada a nivel local con objetivos de venganza, saqueos u otras motivaciones similares, la guerra de jefatura tiene un carácter (siquiera limitadamente) expansivo, organizada mediante alianzas y movilizaciones a escala regional y con el objetivo añadido de satisfacer las demandas de recursos, tierras o cautivos del jefe⁸⁰.

Un autor que ofrece algunas reflexiones que pueden vincularse a la problemática de la especificidad de la guerra no estatal es el antropólogo Pierre Clastres, quien a partir

⁷⁸ Tal dificultad presente en la conceptualización de Otterbein deriva de los límites mismos del esquema de pensamiento evolucionista. Al respecto, cf. Campagno, 2002, 57-64. Como veremos más abajo, Gregory Gilbert (2004, 103) hará uso de dicha caracterización –y estará sujeto a sus limitaciones– para reflexionar sobre la guerra en los períodos Predinástico y Dinástico Temprano en el antiguo Egipto. Cf. también Webster, 1999, 342-343. Sobre las sociedades de jefatura como sociedades no estatales y el empleo de dicha categoría por fuera del esquema evolucionista, cf. Campagno, 2000. Para otras síntesis, recuperaciones o discusiones de la categoría de jefatura, cf. Earle, 1987; 1997; Nielsen, 1995; Alcina Franch, 1999, 187-235; Yoffee, 2004, 22-33.

⁷⁹ Cf. Redmond, 1994.

⁸⁰ Cf. Redmond, 1994. Cf. también Carneiro, 1970; 2012 (quien, en el marco de su teoría de la circunscripción, adjudica a la guerra un rol expansivo y un papel preponderante en los procesos de cambio social que conducirían a la emergencia de sociedades de jefatura y al Estado); Earle, 1987, 297; 1997, 141-142 (quien observa que las motivaciones y la relación de lo bélico con lo económico, lo ideológico y lo político pueden variar entre sociedades de jefatura con características propias). Cf. *infra*, cap. 1.3.b-c.

de sus indagaciones etnográficas en Amazonia y el Gran Chaco observó el rol que jugaba la guerra en sociedades que carecían no sólo de un aparato coercitivo de dominación, sino también de imperativos reproductivos y necesidades económicas que pudieran explicar de un modo determinista los estallidos de violencia bélica⁸¹. De acuerdo con Clastres, si la guerra tiene lugar en contextos no estatales, y si las motivaciones inmediatas o explícitas de las incursiones o enfrentamientos son múltiples y variables (siguiendo diversos estudios etnográficos, las comunidades no estatales tanto nómadas como sedentarias combaten por motivos asociados a obligaciones familiares, venganzas, recursos no necesariamente escasos, entre otros, sin que resulten satisfactorias interpretaciones basadas en determinaciones biológicas o materiales), ello tiene una explicación que remite al ámbito de lo político: la guerra confirma o actualiza el contraste entre una comunidad y las demás, constituyéndose a la vez en expresión y en garantía de una identificación comunal que, siguiendo las relecturas de Marcelo Campagno, estaría internamente regida por los parámetros del parentesco⁸². La existencia de un “estado de guerra permanente” entendido como un antagonismo estable entre las comunidades que adquiere la forma de acciones bélicas concretas sólo esporádicamente (dejando lugar, por lo tanto, para las alianzas y los intercambios), sostenido en los criterios de pertenencia y exclusión inherentes al parentesco, afianzaría la forma de organización social comunal al evitar toda clase de concentración que pudiera derivar en la centralización del poder político⁸³.

⁸¹ Clastres, 1996 [1980], 181-216.

⁸² Cf. Campagno, 1998b; 2014c, 204-206.

⁸³ Cf. Gayubas, 2012; 2014. De hecho, en la argumentación de Clastres el momento en que un grupo dentro de la comunidad pasa a detentar el “casi-monopolio” de la violencia organizada (como puede ser el caso de sociedades con grupos de guerreros especializados), particularmente en el contexto de la constitución de entidades políticas ampliadas (por ejemplo, mediante la consolidación de alianzas defensivas), da lugar a un escenario en el cual puede ponerse en juego otra dinámica política, acaso ligada a las relaciones de mando y obediencia que caracterizarían a una sociedad estatal. Cf. Clastres, 1996 [1980], 237. Cf. también Sztutman, 2013; Campagno y Gayubas, 2015, 13-19.

Lo que interesa al respecto en la presente discusión es que la observación del antropólogo de que la guerra tiene un fundamento político, no sólo en sociedades estatales, sino también en sociedades no estatales, va de la mano de la identificación de dos formas distintas de la guerra, cada una asociada a un tipo específico de organización sociopolítica: la “guerra no estatal” (*contra* el Estado, en términos del autor) y la “guerra de Estado”⁸⁴. Mientras que la primera tiene un carácter centrífugo y tiende a la dispersión, la segunda tiene un carácter centrípeto y tiende, por un lado, a la concentración, y por el otro, a la expansión⁸⁵. En tal razonamiento, la “guerra de conquista” aparece como una práctica que no sólo caracteriza a la dinámica expansiva estatal, sino que, siguiendo algunas ideas esbozadas por Clastres y, sobre todo, los análisis antropológicos e históricos de autores como Carneiro y Campagno, puede constituir uno de los escenarios que pudieron habilitar la emergencia de relaciones estables de dominación en contextos históricos antiguos⁸⁶.

En suma, algunos de los conceptos y de las reflexiones considerados hasta aquí nos permiten identificar una diferencia políticamente significativa existente entre guerras estatales (orientadas a la expansión y la conquista) y no estatales (caracterizadas por las tácticas de ataque y retirada), sin que parezca razonable restar cualidad bélica a los conflictos no estatales, tanto a aquellos asociados a formas de organización social

⁸⁴ Clastres, 1977, 109. Cf. Adler, 2007 [1987], 167; Gayubas, 2015d, 52.

⁸⁵ Cf. Adler, 2007 [1987], 167-168; Lipovetsky, 1995 [1983], 184. Como sintetiza Adler (2007 [1987], 167), “la política de los Estados es una política de poder que apunta a la dominación [...]; la política de las sociedades primitivas es una política de la fuerza [...] sin otro resultado que la salvaguardia o la afirmación de su independencia”.

⁸⁶ Cf. Carneiro, 1970; 2012; Campagno, 2002; 2011a. Tras la muerte de Clastres, los editores de la revista *Libre* apuntaron los ítems que el antropólogo pensaba desarrollar en una obra que no llegó a componer, entre los cuales no sólo figuraba la “la guerra ‘de Estado’”, sino también “la guerra de conquista entre las sociedades primitivas como principio *posible* de un cambio en la estructura política” (Clastres, 1977, 109). Cf. Gayubas, 2015d, 51-52. Los enunciados de Clastres son tomados como insumo teórico por algunos investigadores abocados al estudio de la guerra, la violencia y lo político en sociedades antiguas. Cf., por ejemplo, Campagno, 1998b; 2002; 2014a; Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 43-44; Gayubas, 2006; 2014; González García, 2007; 2014; Angelbeck, 2010; Angelbeck y Grier, 2012; Cabobianco, 2014.

carentes de jerarquizaciones sociopolíticas significativas como a aquellos que pueden caracterizarse como guerras de jefatura. En una perspectiva histórica, pues, tenemos suficientes motivos para proponer que la guerra precede al Estado.

1.3. Guerra y sociedad

Tal como señalan Raaflaub y Rosenstein, la fórmula “guerra y sociedad” está notablemente subrepresentada en los estudios sobre lo bélico en contextos antiguos⁸⁷. Este hecho es llamativo, considerando que, como advirtiera el antropólogo Jacques Lizot, la guerra es un completo acontecimiento social⁸⁸, y su relación con lo social es, en términos del sociólogo Flabián Nievas, “redundante y autoevidente: no hay guerra por fuera o separadamente de la sociedad”⁸⁹.

¿Qué supone, pues, estudiar la guerra en su relación con lo social en un contexto antiguo? Si bien nuestra propuesta será expuesta en detalle en el capítulo 3, en el presente apartado nos dedicaremos a exponer aquello que se ha reflexionado ya sea directa o indirectamente al respecto, en relación con sociedades cuyo estudio tiene algún grado de compatibilidad con las situaciones de análisis de la presente tesis. Para ello, limitaremos nuestro abordaje a los postulados de una serie de autores cuyos enunciados consideramos representativos de las miradas vigentes en torno a tres aspectos: a) definiciones de guerra; b) motivaciones y el modo en que lo bélico se relaciona con otros ámbitos de lo social (lo económico, lo ideológico, lo político, lo cultural); y c) efectos sociopolíticos de la actividad bélica.

a) Definiciones de guerra

⁸⁷ Cf. Raaflaub y Rosenstein, 1999b.

⁸⁸ Lizot, 1994, 858.

⁸⁹ Nievas, 2009, 31.

Para arribar a una propuesta de definición del fenómeno bélico que permita considerar la relación entre la guerra y lo social en contextos tanto estatales como no estatales antiguos, es necesario primero repasar aquellas definiciones que se han empleado en el último medio siglo en los campos de la antropología, la arqueología y la historia militar.

Un primer grupo de definiciones es aquel que tiende a circunscribir la guerra al enfrentamiento armado entre fuerzas o grupos organizados pertenecientes a sociedades sedentarias⁹⁰ o a entidades políticas centralizadas⁹¹, situando a toda otra forma de relación violenta entre comunidades políticas, pero también a los grupos humanos que no se corresponden con dichas formas sociales, por debajo de lo que Turney-High denominó “horizonte militar”⁹². Con niveles variables de reconocimiento de lo bélico en contextos no estatales, algunos autores han enfatizado la existencia de “combates” o “asesinatos” como indicadores excluyentes de guerra⁹³, abonando interpretaciones a menudo apegadas al modelo europeo de guerra entre Estados-nación⁹⁴.

De una amplitud mayor en cuanto a la posibilidad que ofrece de estudiar la guerra en contextos variables, el segundo grupo de definiciones halla en la formulación de R. Brian Ferguson un ejemplo ilustrativo e influyente. De acuerdo con el autor, la guerra es “la acción grupal organizada e intencionada, dirigida contra otro grupo que puede o no estar organizado para una acción similar, involucrando la aplicación real o potencial de la fuerza letal”⁹⁵. Esta definición, que apunta a reconocer el carácter bélico de acciones o actividades que no son propiamente batallas, como las incursiones, ataques

⁹⁰ Cf., por ejemplo, Leaky y Lewin, 1980 [1977], 223; O’Connell, 1995; Zerzan, 2005-2006; Warburton, 2006, 38, 52-54; Haas y Piscitelli, 2013.

⁹¹ Cf., por ejemplo, Cioffi-Revilla, 2000, 61-62; Claessen, 2006, 217.

⁹² Cf. Turney-High, 1949, 21-38; Keegan, 2014 [1993], 129-136.

⁹³ Cf. Mead, 1968, 215; Divale y Harris, 1976, 521; Cioffi-Revilla, 2000, 60; Dyer, 2007 [2004], 12 (pero véase p. 74).

⁹⁴ Cf. Wright, 1968, 453. Al respecto, cf. Otterbein, 2004, 9; Bossen, 2006, 90; Gayubas, 2014, 145-147; Ystgaard, 2014, 22.

⁹⁵ Ferguson, 1984, 5. Cf. Simons, 1999, 75-76; Haas, 2001, 331; Helbling, 2006, 114.

sorpresivos o emboscadas del tipo que es habitual en contextos no estatales pero que no están ausentes en contextos estatales, tiene el mérito adicional de no limitarse tampoco a la circunstancia del asesinato, pudiéndose considerar la potencialidad o la amenaza de la violencia letal como parte de una relación conflictiva de tipo bélico, incluyéndose los episodios rituales y ciertas pautas que hoy asociaríamos a la inteligencia⁹⁶.

De todos modos, hay un elemento ausente en la definición de Ferguson que aparece, en cambio, en el trabajo de otros investigadores: la caracterización de los grupos en situación de conflicto como entidades políticas autónomas o que reclaman autonomía⁹⁷. Este punto contribuye a diferenciar la guerra de otras formas de conflicto intergrupales que pueden darse, por ejemplo, en el seno de una misma comunidad o entidad sociopolítica. Al respecto, el principio de “sustitución social” introducido por Raymond C. Kelly añade claridad al asunto⁹⁸. De acuerdo con dicho principio, en la guerra “el asesinato de [o la agresión contra] un individuo es percibido como un daño contra su grupo. La misma lógica engendra el concepto relacionado de responsabilizar a un grupo, de modo que cualquier miembro de la colectividad del asesino [o agresor] es un blanco legítimo para una venganza [...] retaliatoria (más que el asesino específico solo)”⁹⁹. En tal sentido, el carácter “sustituible” de cada miembro de un grupo define no sólo la identidad social que cohesiona internamente a una comunidad (o a una élite que se vale de población subordinada para la actividad militar), sino también una identificación de las entidades políticas vecinas o rivales como grupos, de sus miembros como

⁹⁶ Cf. también Bossen, 2006, 91; Harrison, 2010, 711.

⁹⁷ Cf. Malinowski, 1936, 444; Meggitt, 1977, 10; Carneiro, 1990; McCauley, 1990, 1; Thorpe, 2003, 146; Otterbein, 2004, 9-10; Arkush, 2008, 340; Angelbeck, 2009, 42-43; Nielsen, 2009-2011, 18; Nielsen y Walker, 2009b, 8; Gayubas, 2014, 147. Cf. también Otterbein, 1968, 278; 1973, 923; Giddens, 1985, 53; Bossen, 2006, 91; Helbling, 2006, 114; Ystgaard, 2014, 22.

⁹⁸ Cf. Kelly, 2000, 5. En rigor, una traducción literal sería “sustituibilidad social” (*social substitutability*), pero conservamos la forma “sustitución social” (usada alternativamente por el autor) por razones de claridad.

⁹⁹ Kelly, 2000, 5. El concepto de “sustitución social” surge de una relectura hecha por el autor del concepto de “solidaridad colectiva” de Radcliffe-Brown (1933, 203-204).

personificaciones (equivalentes, intercambiables o representativas) del grupo enemigo. De este modo, la guerra tiene lugar no sólo prácticamente, sino también “cognitiva y conceptualmente” entre grupos recíprocamente diferenciados¹⁰⁰.

Un autor que ofrece una definición particularmente operativa en función de lo que venimos considerando es el antropólogo Mervyn Meggitt, según quien la guerra es “un estado o período de hostilidad armada existente entre comunidades políticas autónomas que, en ciertos momentos, consideran las acciones (violentas o no) de sus miembros contra sus oponentes como expresiones legítimas de la política soberana de la comunidad”¹⁰¹. Esta definición, al tiempo que rehúye conceptualizaciones que pudieran restringir su campo de aplicación al estudio de combates armados puntuales o a entidades políticas centralizadas, incorpora dos elementos que conducen a pensar la guerra en toda su complejidad: la guerra constituye un “estado de hostilidad” que trasciende, pero involucra, las acciones bélicas concretas; y ello se enmarca en la “política soberana” o en la legitimidad que imprime a dichas acciones la identificación colectiva (constituida por la comunidad o construida por una élite) y el sentido de autonomía que se presenta como indisociable de tal estado de hostilidad o antagonismo¹⁰².

Este énfasis en el estado de hostilidad armada entre grupos autónomos diferenciados adquirió nuevo impulso con posterioridad a la publicación del libro de Keeley *War before Civilization* (1996), sobre todo entre algunos arqueólogos e historiadores que se

¹⁰⁰ Kelly, 2000, 5. La inscripción de las acciones bélicas en lo que Bossen (2006, 92) denomina redes de sentido e interpretación se deduce de la existencia de diversas expresiones culturales de la guerra en diversas situaciones histórico-sociales, lo cual apunta a negar determinaciones biológicas o psicológicas y, en un sentido más general, permite reconocer cómo la guerra puede no sólo expresar sino incluso contribuir a configurar categorías de pertenencia y exclusión como “puntos de identificación”. Al respecto, cf. *infra*, caps. 1.3.b y 3.2.

¹⁰¹ Meggitt, 1977, 10.

¹⁰² Cf. LeBlanc, 1999, 7-8; Gilbert, 2004, 3-4; Gayubas, 2014, 145-147. Cf. también *infra*, cap. 1.2.b. En *Leviathan* (cap. XIII), Hobbes escribe que “la guerra no consiste solamente en batallar, en el acto de luchar, sino que se da durante el lapso de tiempo en que la voluntad de luchar se manifiesta de modo suficiente”.

vieron inclinados a reconocer la variabilidad de situaciones de guerra que podían testimoniar los indicadores del registro material, especialmente en relación con contextos antiguos¹⁰³. Como veremos más adelante en este trabajo, nuestra propuesta de análisis histórico también se valdrá de dicha definición en el marco de una articulación con otras herramientas teóricas que explicitaremos debidamente.

b) Motivaciones y relación de lo bélico con otros ámbitos de lo social

En el marco de la discusión sobre la guerra en sociedades no estatales de los registros etnográfico y arqueológico, la relación entre la guerra y lo social ha sido considerada principalmente atendiendo al problema de las motivaciones. A grandes rasgos, las interpretaciones propuestas gravitan en torno a cuatro aproximaciones: biológicas, materialistas, culturales y políticas. Como veremos a continuación, algunas de ellas han sido también ensayadas en relación con la guerra estatal antigua, ya sea en contextos históricos específicos o bien desde un abordaje general o comparativo¹⁰⁴.

¹⁰³ Cf. LeBlanc, 1999, 7-8; Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 45; Gilbert, 2004, 3-4; González García, 2007, 22, n. 1; Nielsen, 2007, 9-10; Arkush, 2008, 340; Nielsen y Walker, 2009b, 8; Gayubas, 2014, 145-147. Apenas tres años después de la publicación de *War before Civilization*, LeBlanc (1999, 7) afirma que “Keeley y otros muestran que la guerra puede tomar muchas formas incluso entre las mismas poblaciones en aproximadamente el mismo tiempo”, lo cual hace de la definición de Meggitt “la más útil”.

¹⁰⁴ Cf. Simons, 1999, 75-82; Thorpe, 2003; Claessen, 2006, 222-223; Helbling, 2006, 115-127; Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006, 93-99; Angelbeck, 2009, 40-68; Gordón, 2009; 2011, 35-47; Nielsen, 2009-2011, 12-20; Centeno y Enriquez, 2016, 21-29. Tal como reconocen Carman y Harding (1999b, 3), así como los testimonios materiales proveen indicios sobre la presencia de la práctica de la guerra en determinados contextos histórico-sociales, “lo que no sobrevive [en el registro arqueológico] son los motivos, causas, cursos y resultados de la agresión, al menos no de un modo directamente observable”, motivo por el cual se hace indispensable, o cuando menos útil, recurrir a analogías etnográficas e históricas. Cf. también Vencl, 1984, 119. Por otro lado, las motivaciones propuestas pueden variar significativamente sea que se trate del estudio de contextos etnográficos o arqueológicos. Como resume Florencia Gordón (2009, 116-120), las motivaciones postuladas en relación con sociedades no estatales de contextos etnográficos suelen tener que ver con venganzas, prestigio, cambios políticos, captura de mujeres u obtención de cautivos, motivos ideológicos, entre otras. En cambio, para las situaciones arqueológicas, los motivos propuestos suelen apuntar al deterioro ambiental, la escasez de recursos, la expansión territorial, la presión poblacional, etc. Si, de acuerdo con la autora, la articulación analítica de ambos tipos de motivaciones resultaría de interés para interconectar causas últimas (aquellas de largo plazo evaluadas desde un punto de vista arqueológico) y causas próximas (las motivaciones consideradas desde un punto de vista etnográfico), no menos aceptable, y acaso más pertinente, resultará un abordaje

Las aproximaciones biológicas que –como vimos en el primer apartado de este capítulo– asumían otrora la existencia de un “instinto agresivo” del hombre y que en la actualidad se basan en comparaciones con el chimpancé para proponer determinaciones reproductivas vinculadas a la lucha por el acceso a hembras o a un “instinto territorial”, han sido largamente discutidas tanto por su simplismo al evadir un trato pormenorizado de las particularidades culturales de las sociedades humanas, como por su inconsistencia comparativa, por sus falencias testimoniales y por la imposibilidad científica de testimoniar un instinto agresivo del ser humano. Como sintetiza Frans de Waal, “la guerra no es un impulso irreprimible. Es una opción”¹⁰⁵.

Las aproximaciones materialistas se centran alternativamente en condiciones ecológicas, económicas o demográficas. Las primeras aparecen sobre todo en los estudios de antropología ecológica de los años sesenta y, articuladas con la dimensión económica, en el materialismo cultural norteamericano de la década del setenta. Los autores asociados a la antropología ecológica, involucrados en el estudio de “la relación entre una población y el hábitat que ocupa”¹⁰⁶, tendían a reducir los comportamientos de los grupos humanos (incluyendo la guerra) a pautas de adaptación vinculadas a un principio de “equilibrio homeostático” que se buscaba testimoniar a partir de la

que reconozca la conveniencia de acudir a observaciones e interpretaciones antropológicas que permitan tomar en consideración no solamente (ni necesariamente) motivaciones materiales, que tienen que ver con el tipo de evidencia que arroja mayormente el registro arqueológico y que no siempre ofrece información crítica, sino también motivaciones sociales, ideológicas y políticas respecto de las cuales el registro material puede no tener mucho para decir.

¹⁰⁵ De Waal, 2007 [2005], 144. Al diferenciar la agresión animal de la violencia bélica organizada, el investigador advierte que “aunque es comprensible que [las víctimas de una incursión bélica] vean las invasiones militares como una agresión, ¿quién dice que el ánimo de los perpetradores es agresivo? ¿Acaso las guerras se derivan de la ira?” (de Waal, 2007 [2005], 136). Cf. también *supra*, cap. 1.1.

¹⁰⁶ Keegan, 2014 [1993], 134.

observación de sociedades no estatales del registro etnográfico (mediante el empleo de categorías como la de “control demográfico”)¹⁰⁷.

No obstante, el énfasis puesto por la antropología ecológica en el ecosistema y su reducción del ser humano a un animal condicionado por la naturaleza y determinado por los procesos de adaptación promovió las críticas de aquellos antropólogos que ven en esta corriente un determinismo ambiental excesivamente influido por la biología¹⁰⁸. La propia observación minuciosa de las situaciones estudiadas condujo a algunos autores que militaban en la perspectiva ecológica a modificar sus hipótesis¹⁰⁹, a pesar de lo cual recientes interpretaciones en el campo de la arqueología han revitalizado aspectos de dicha aproximación, según principios como el del “desequilibrio ecológico” (entendido como un fenómeno de implicación humana universal) formulado por LeBlanc, para quien la guerra es siempre una lucha por recursos materiales escasos determinada por cambios climáticos (circunstancia que no queda demostrada en su libro dedicado al tema), o en abordajes como el de Jonathan Haas sobre la relación entre guerra y cambios medioambientales y demográficos en contextos arqueológicos de Norteamérica¹¹⁰.

¹⁰⁷ Cf. Vayda, 1961; 1976; Rappaport, 1987 [1967]. Estas miradas emergen en parte como crítica a los estudios de ecología cultural inaugurados por Julien Steward (1955). Cf. también Cárdenas Tamara, 2008, 48.

¹⁰⁸ Cf. Murphy, 1970; Helbling, 2006, 118; Keegan, 2014 [1993], 134-135.

¹⁰⁹ Cf. Vayda, 1989. Cf. Otterbein, 2004, 20. Una de las críticas que se han realizado a la antropología ecológica es que “excluye los conocimientos, pensamientos y sentimientos a partir de los cuales las personas entienden el mundo y guían sus acciones” (Durand, 2002, 177), falencia particularmente visible en la propuesta neo-funcionalista de Rappaport.

¹¹⁰ Cf. Haas, 1999; LeBlanc, 2004, 9. Es sintomático de la precariedad teórica de LeBlanc en este punto su enunciado sobre la existencia invariable de “razones reales” detrás de los episodios de violencia bélica. En efecto, cuando refiere que las sociedades siempre luchan por “algo”, relaciona este pronombre con algo *físico*, material: tierra, comida, mujeres. En la percepción del autor, todo lo que no entra en dicha enumeración parece corresponder al ámbito de lo irreal o inexistente. Por otro lado, varios de los ejemplos que el propio autor utiliza en su obra para ejemplificar la aplicación de su hipótesis, tienden en cambio a cuestionarla (por ejemplo, las estrategias de conservación de especies animales y vegetales entre los yanomami de Amazonia y las poblaciones indígenas de las tierras altas de Nueva Guinea, y la tendencia a la abundancia y al equilibrio económico en las islas de Polinesia). Cf. Gayubas, 2010, 118, n. 6; Nielsen, 2009-2011, 14; Nielsen y Walker, 2009b, 3. Cf. también Topic y Topic, 2009, 20. En línea

La “hipótesis de las proteínas” (sostenida en la idea de que “la ‘proteína’ es el recurso limitativo por excelencia en las adaptaciones culturales humanas”¹¹¹), formulada desde el materialismo cultural por Marvin Harris y Daniel R. Gross, fue también severamente cuestionada a partir de un análisis exhaustivo de los testimonios etnográficos¹¹². En una sucinta revisión de esta hipótesis formulada en relación con el estudio de las poblaciones no estatales de Amazonia, Pierre Clastres señala que “si la guerra es particularmente intensa entre los indios sudamericanos es debido, según Gross y Harris a la escasez de proteínas en la alimentación y, en razón de ello, a la necesidad de conquistar nuevos territorios de caza y al inevitable conflicto armado con los ocupantes de esos territorios. En pocas palabras, la envejecida tesis [...] de la incapacidad de la economía primitiva para proveer a la sociedad de una alimentación adecuada”¹¹³. Clastres fundamenta su crítica en la aguda observación de Marshall Sahlins y Jacques Lizot según la cual las sociedades no estatales del tipo observado en Amazonia y otras regiones no pueden ser conceptualizadas como sociedades o economías “de la miseria” (punto cero necesario en un esquema materialista que, como el propuesto por el materialismo cultural, entiende la historia como el desarrollo evolutivo de las fuerzas productivas), sino como “sociedades de abundancia”, es decir, como conjuntos sociales que, pudiendo producir más, eligen obtener sólo lo necesario y dedicar buena parte del tiempo a la sociabilidad, el ocio, los rituales y la guerra¹¹⁴. Por

con lo que hemos indicado más arriba, el énfasis medioambiental y demográfico de interpretaciones como las de Haas parece deberle menos a las circunstancias históricas analizadas que a los condicionamientos impuestos por la clase de registro testimonial y por las temporalidades abarcadas (cf. *supra*, cap. 1.2). Al respecto, se puede acordar con la sentencia de Paul Sillitoe (1977, 80), según quien la ecología debe ser tomada en consideración, no como el motor universal de los conflictos intergrupales, sino “como uno de los varios factores importantes que deben ser tenidos en cuenta en un análisis integral de la guerra primitiva”. Cf. también Ferguson, 1999, 423; 2008, 26-27; Nielsen, 2002, 202.

¹¹¹ Chagnon, 1983, 83.

¹¹² Cf. Ross, 1971; Harris, 1974; 1986 [1977]; Gross, 1975.

¹¹³ Clastres, 1996 [1980], 192.

¹¹⁴ Cf. Lizot, 1977; Sahlins, 1983 [1974]; Clastres, 1996 [1980], 133-151, 191-194; 2008 [1974], 162-167. Cf. también Chagnon, 1983, 83-87; 2013, 94-100; Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 40-41; Helbling,

lo tanto, en “una economía de la abundancia y no de la escasez [...] la violencia no se articula con la miseria, y la explicación economista de la guerra primitiva ve hundirse su punto de apoyo”¹¹⁵.

En el ámbito de los estudios sobre situaciones estatales, Harris aplicó la hipótesis de las proteínas al estudio del “complejo azteca de guerra-sacrificio-canibalismo”, haciendo propia la tesis de Michael J. Harner que vincula la actividad militar con la captura y sacrificio de prisioneros “destinado a la producción y redistribución de cantidades considerables de proteínas animales en forma de carne humana” ante una supuesta escasez debida al agotamiento del ecosistema frente al crecimiento demográfico¹¹⁶, si bien la deficiencia en el consumo de proteínas y la magnitud y centralidad del canibalismo en el ámbito azteca han sido puestas en cuestionamiento¹¹⁷.

Otras propuestas materialistas se centran en condicionamientos demográficos y en la lucha económica por recursos escasos, como la teoría de la circunscripción ambiental de Robert L. Carneiro y los vaivenes interpretativos de Harris en torno a la identificación

2006, 118; Abensour, 2007a [1987], 55-56; Grüner, 2007a, 20-26; Gayubas, 2010, 100-101, 104-105; 2012, 18-19. Este punto fue reconocido tempranamente por el estructuralista marxista Maurice Godelier (1977 [1970], 133-134), quien sin embargo limitó el enunciado a las sociedades cazadoras-recolectoras, en tanto que los trabajos de Sahlins contienen reflexiones y observaciones pertinentes igualmente para sociedades agrícolas. Cf. Gayubas, 2010, 104-105.

¹¹⁵ Clastres, 1996 [1980], 194. Añade Clastres (1996 [1980], 194) que “es difícil comprender de dónde sacarán los Salvajes, dedicados todo el tiempo a una búsqueda agotadora de alimento, la energía y el tiempo suplementarios para guerrear contra sus vecinos”. Valga aclarar, por otro lado, que la “hipótesis de las proteínas”, tempranamente desacreditada, recibió el golpe de gracia con la constatación de Chagnon (2013, 100) quien, tras analizar los datos recabados sobre consumo de proteínas y episodios de violencia bélica entre los yanomami de Amazonia, llegó a la conclusión de que “si existe una correlación entre el consumo de proteínas y la frecuencia, intensidad y seriedad de la guerra, ésta es que la *abundancia* de proteínas, no la *escasez* de proteínas, se correlaciona con la lucha y la guerra. Se podría incluso afirmar que muchas proteínas, no muy pocas, causan la guerra –si se quisiera reducir las ‘causas’ de guerra a argumentos de este orden de simplicidad” (cf. Chagnon, 1983, 86, donde expone inicialmente tales datos). Cf. Lizot, 1977, 119-139; Chagnon, 1983, 83-87; 2006 [1992], 184; 2013, 94-100; Helbling, 2006, 118; González García, 2007, 32, n. 21.

¹¹⁶ Harris, 1986 [1977], 137 y 139, respectivamente. Cf. también O’Connell, 1995, 187-190; Dyer, 2007 [2004], 120 (quien reproduce casi textualmente lo formulado por O’Connell).

¹¹⁷ Cf. Arens, 1979, 68ss. Sobre la guerra en el ámbito azteca, cf. Hassig, 1995 [1988]; 1999.

de recursos que pudieran clasificarse como escasos¹¹⁸. No obstante, la tendencia universalista de estas aproximaciones ha hallado dificultades para sortear el obstáculo de la existencia (histórica y contemporánea) de sociedades más o menos belicosas con bajos índices de densidad demográfica y con amplia disponibilidad de tierras y recursos¹¹⁹. Los abordajes relativos a sociedades estatales antiguas, a menudo centrados en circunstancias y motivaciones localizadas (múltiples o específicas), suelen identificar aspectos económicos ya sea vinculados a la conquista, el botín o la extracción, o bien a pautas de hostilidad y de rivalidad intra e interélite con diversas implicaciones sociales, políticas e ideológicas, si bien la demanda como motivación y la obtención como efecto de la guerra no siempre pueden ser delimitados o distinguidos¹²⁰. Lo que de todos modos resulta interesante en relación con este problema, es el reconocimiento de lo que para el mundo moderno Samuel Finer denominó “ciclo extracción-coerción” (la apropiación de recursos materiales y humanos orientados al sostenimiento del aparato coercitivo y militar estatal, obtenidos mediante el uso o la amenaza de la coerción garantizada a su vez por dicho aparato) que permite asignar un lugar a las capacidades y

¹¹⁸ Cf. Carneiro, 1970; 2012; Harris, 1984; 1996. Cf. también Webster, 1975; 1999, 350-351; Ferguson, 1984; 1995; Haas y Piscitelli, 2013. Al explicar su viraje interpretativo en relación con los yanomami, Harris (1996, 416) admite que en el momento de formular y defender la hipótesis de las proteínas “me incliné por lo que en aquel tiempo parecía infraestructuralmente más plausible” a falta (asegura el autor) de mayor “información etnográfica”. Cf. Simons, 1999, 81. Corresponde aclarar que autores como Carneiro (1970, 735) y Webster (1999, 349-352) no desconocen otras formas y motivaciones del conflicto y de la guerra, pero adjudican una importancia capital a la lucha por tierras u otros recursos en contextos geográfica o socialmente circunscritos.

¹¹⁹ Cf. Murdock y Wilson, 1972; Robarchek, 1989, 907-908; Knauff, 1990; Keeley, 1996, 118, 202; Earle, 1997, 111-113; Hassan, 1997b, 52; Peters, 1998, 216; Warburton, 2001, 244-245; 2006, 52; Campagno, 2002, 104-105; Claessen, 2006, 219-220; Helbling, 2006, 118-119, 125-126. El enfoque desde la ecología cultural de Meggitt (1977), en principio concentrado en la idea de una lucha por la obtención o defensa de tierras cultivables entre los Mae Enga de las tierras altas de Nueva Guinea, se ve no obstante matizado por el reconocimiento del autor (y la observación de otros investigadores) de que es la percepción de los actores involucrados, más que las meras condiciones ecológicas y económicas (carentes de signos reales de escasez), la que explica los episodios de violencia bélica testimoniados entre los grupos enfrentados. Cf. Hallpike, 1977, 556; Meggitt, 1977, 182-184; Sillitoe, 1977, 71-72, 77; Wiessner, 2009, 166. Cf. también Ember y Ember, 1994, 194; 1997, 8.

¹²⁰ Cf., por ejemplo, Mann, 1986; 1992 [1988]; Ferguson y Whitehead, 1992a; O’Connell, 1995; Raaflaub y Rosenstein, 1999a; De Souza, 2008; Vidal, 2010; Brice y Roberts, 2011; I. Morris, 2014; Armstrong, 2016. Al respecto, cf. Centeno y Enriquez, 2016, 21-23.

demandas económicas del Estado, cualesquiera fueran las motivaciones específicas para la realización de las actividades bélicas¹²¹.

Las aproximaciones culturales al problema de la guerra oscilan entre aquellas que priorizan el estudio de sistemas simbólicos de creencias y aquellas que articulan la dimensión cultural en un sentido amplio con los aspectos materiales, así como el rol del individuo con la estructura social¹²². Una de las críticas dirigidas hacia la primera vertiente alega que un análisis centrado en lo cultural entendido como sistema trascendente de valores y creencias puede derivar en un determinismo cultural que, por un lado, pierda de vista que las normas culturales de una sociedad no siempre se corresponden con las actitudes concretas de los actores, y por el otro, omita una dimensión histórica que permita reconocer variaciones en perspectiva diacrónica e interconexiones entre distintas variables¹²³. La segunda vertiente, presente fundamentalmente en autores que recuperan elementos de la teoría de la práctica y el concepto de agencia, se orienta a superar dicho obstáculo reconociendo que la variabilidad de lo bélico en sus motivaciones y en sus formas debe ser analizada a partir del modo en que las acciones o prácticas de los individuos o sujetos se insertan en tramas de significación de determinadas sociedades¹²⁴. Este enfoque tiene particular

¹²¹ Cf. Finer, 1975, 96; Centeno y Enriquez, 2016, 121. Cf. también Otterbein, 2004, 180. Aquí se articulan los recursos que Giddens (1985, 8, 13-17) denomina “distributivos” (de producción material) con los recursos “de autoridad” (asociados al control de la capacidad coercitiva). Cf. *infra*, cap. 6.2.

¹²² En relación con sociedades no estatales, cf. por ejemplo Harrison, 1989; Robarchek, 1989; Lizot, 1994; Ferguson y Whitehead, 1999; Fausto, 2000; Nielsen y Walker, 2009a; 2009b; Keegan, 2014 [1993], 45-75. En relación con sociedades estatales (especialmente antiguas), cf. por ejemplo Conrad y Demarest, 1988 [1984]; Carman, 1999; Snyder, 2002; Abbink, 2006; Bahrani, 2008; Hassig, 2008; Keegan, 2014 [1993], 45-75. Al respecto, cf. Snyder, 2002, 12; Thorpe, 2003, 148; Otterbein, 2004, 20-21; Helbling, 2006, 117-118; Angelbeck, 2009, 50-51; Centeno y Enriquez, 2016, 23-25.

¹²³ Cf. Helbling, 2006, 117-118; Centeno y Enriquez, 2016, 23-25.

¹²⁴ Cf. Paukatat, 2001; Walker, 2002; Gilbert, 2004; Nielsen, 2007; 2009-2011; Angelbeck, 2009; Nielsen y Walker, 2009a. La articulación entre acción y sistema esgrimida por Brumfiel (1994) y sus colaboradores, y acaso el énfasis puesto por Ferguson y Whitehead (1992b, 7) en la acción individual, pueden ser considerados antecedentes de esta tendencia. En una perspectiva teórica más general, las reflexiones de Pierre Bourdieu (2007 [1980]; 2013 [1972]) y Anthony Giddens (1995 [1984]) son una

acogida en los estudios arqueológicos, lo cual parece conectarse con las condiciones mismas de preservación de la evidencia, a menudo asociada a pautas de simbolización.

Si omitimos cuestionamientos en clave materialista o instrumentalista, que tienden a reducir el aspecto ideológico o religioso a meras variables superestructurales y que, por este mismo motivo, se han visto imposibilitados de pensar críticamente el problema de la relación y mutua incidencia entre lo ideológico y los aspectos económicos y sociopolíticos¹²⁵, la limitación que puede observarse en ambas vertientes de la aproximación cultural es, sin embargo, su habitual renuencia a considerar los aspectos políticos que vinculan las formas de organización social con las pautas de violencia colectiva y las formas de simbolización en situaciones histórico-sociales determinadas.

Esta falencia se percibe en el énfasis cultural de Keegan (según quien la guerra es “una manifestación de la cultura”¹²⁶), que si bien expresa la intención de abarcar el estudio de situaciones tanto no estatales como estatales en una perspectiva histórica, tiende a diluir en las pautas culturales toda posible consideración de los propósitos políticos que, no obstante, suelen orientar los episodios de violencia bélica que el autor toma en consideración. Por ejemplo, si bien es pertinente la observación de Keegan de que la forma de hacer la guerra de los mamelucos en Egipto en los siglos XVI-XVIII demuestra que las disposiciones culturales inciden en la “elección de los medios bélicos” (evidente en la preponderancia de la tradición de caballería por sobre la innovación tecnológica y militar asociada al uso de la pólvora)¹²⁷, lo cierto es que el objetivo de la actividad bélica de los mamelucos es en todo momento político (la

influencia explícita, si bien un precedente en torno a la interconexión sociológica entre individuo y sociedad puede ser reconocido en la obra de Norbert Elias (2012 [1970]).

¹²⁵ En su estudio sobre los yanomami de Amazonia, Lizot (1994, 858-859) advierte que la guerra es conducida “por seres humanos que viven en un entorno cultural específico. Pensar en la guerra en términos exclusivamente funcionalistas implica descartar su comprensión. Quizás [...] sería provechoso comprender [...] cómo los Indios piensan en ella”.

¹²⁶ Keegan, 2014 [1993], 29. Cf. también Black, 1998.

¹²⁷ Cf. Keegan, 2014 [1993], 56-67.

dominación política sobre un territorio determinado). En todo caso, aquí la práctica bélica opera como un medio culturalmente informado orientado a un fin político¹²⁸.

Otros autores, en cambio, parecen vincular –explícita o implícitamente– las prácticas y motivaciones asociadas al orden de lo ideológico (entendido como un aspecto de la dimensión cultural) con propósitos y formas de organización de carácter sociopolítico. En trabajos como los de Conrad y Demarest y, sobre todo, Hassig sobre el ámbito azteca, la relación entre guerra y sacrificio no sólo interpela al elemento religioso (la búsqueda de cautivos para su dedicación en sacrificio a la divinidad), sino también (y, en la lectura de Hassig, sobre todo) a la exhibición política del poder del Estado, a la reproducción de lazos de dominación mediante la conquista o la captura de tributos y, a nivel de determinados sectores de élite, a la obtención de prestigio social¹²⁹.

Por su parte, autores que recuperan enunciados de la teoría de la práctica en relación con la guerra en contextos no estatales apuntan al estudio de la “intersección” entre condiciones objetivas y subjetivas, entendida como el modo en que “ciertas condiciones materiales, externas (por ejemplo, fluctuaciones ambientales, conflictos previos) son interpretadas subjetivamente dentro de sociedades específicas (por ejemplo, temor, creencias en brujería) y por ciertos individuos (líderes, guerreros, padres y niños)”¹³⁰. Si bien las virtudes de tal clase de enfoque, alejado de todo reduccionismo (culturalista o materialista), son evidentes, es la incorporación de la dimensión política en el análisis la que parece contribuir al abordaje integral del problema, como parece sugerir Abbink al abogar por una mirada que articule los “procesos materiales y políticos” con la “internalización socio-cognitiva de las diferencias vividas” o, más elocuentemente, Angelbeck al afirmar, interpretando a Bourdieu, que “la naturaleza de la organización

¹²⁸ Cf. *infra*, cap. 3.2.

¹²⁹ Cf. Conrad y Demarest, 1988 [1984], 25-105; Hassig, 1999, 368-369; 2008, 291.

¹³⁰ Nielsen y Walker, 2009b, 4-5. Cf. también Nielsen, 2009-2011; Nielsen y Walker, 2009a.

sociopolítica afecta cómo las prácticas son puestas en acto, qué prácticas están disponibles, y el grado de poder que puede ser alcanzado” en una situación determinada¹³¹.

Esto nos conduce a la última de las aproximaciones que nos interesa considerar, esto es, la aproximación política. Aquí también pueden identificarse diversos enfoques. Uno de ellos identifica lo político en las intencionalidades de líderes o élites orientados a la conquista, conservación o expansión de prestigio o poder, visibilizando la subjetividad individual en el marco de organizaciones sociales estatales o no estatales. En relación con sociedades no estatales, tal interpretación se ha propuesto alternativamente realzar la figura del interés político personal (por ejemplo, la obtención de prestigio mediante la realización o coordinación de actividades bélicas o posbélicas), o bien insertar tales demandas y propósitos en tramas de significación asociadas a la estructura sociopolítica¹³². En relación con contextos estatales, ello se ha asociado al empleo de la fuerza militar para la apropiación de bienes, tierras o cautivos orientados a la adquisición, preservación o incremento de estatus y poder de gobernantes o miembros de la élite estatal, así como para la consecución de ventajas (políticas y/o económicas) en el marco de disputas o rivalidades entre –y dentro de– élites¹³³.

Otro enfoque relativo a sociedades no estatales se orienta al estudio de las decisiones estratégicas en contextos en los que la carencia de un aparato de dominación estatal

¹³¹ Respectivamente, Abbink, 2006, 263; Angelbeck, 2009, 26.

¹³² Cf. Sillitoe, 1978; Brumfiel, 1994; Redmond, 1994; Earle, 1997, 141-142; Gilbert, 2004, 118. Al respecto, cf. Ferguson, 1997, 336; Helbling, 2006, 120. Ferguson (1997, 336; 2008 26), que adopta una lectura mayormente materialista pero en el marco de un paradigma analítico integrador, incluye la existencia de liderazgos con orientaciones bélicas (en el seno de entidades jerarquizadas no estatales) como una de las “precondiciones” para el incremento de situaciones de violencia bélica. Ello recuerda el concepto de “guerra de jefatura” que hemos presentado en el apartado precedente y mediante el cual Redmond (1994, 2, 51) vincula las demandas de un jefe con la forma de organización social y bélica de una entidad sociopolítica de jefatura.

¹³³ Cf. Brumfiel, 1994; Webster, 1999, 351-352; Otterbein, 2004, 121-176.

limitaría las posibilidades de resolver conflictos entre grupos¹³⁴. Este enfoque, que hace hincapié en la evaluación en términos de costo-beneficio de la realización de actividades bélicas en contextos no estatales, reduce lo sociopolítico a la mera carencia de mecanismos de control estatal, lo cual parece reproducir los problemas que trae aparejada una lectura demasiado apegada a lo que Sahlins denominó “razón práctica” y Axel Nielsen “modelo utilitarista”¹³⁵. En efecto, si bien en este caso no se trata de la elaboración de una explicación economicista, constituye una interpretación que apela a la racionalidad utilitaria típicamente occidental para explicar lo que se interpreta como una modalidad de resolución de conflictos en contextos radicalmente distintos de aquellos que conforman tal racionalidad, al tiempo que parte de la asunción de que tales sociedades no estatales carecen de la capacidad para la regulación de relaciones dentro y, sobre todo, fuera de la comunidad¹³⁶.

Este tipo de mirada centrado en la carencia (de un orden estatal superior que regule los conflictos) se contrapone a otro enfoque que hace hincapié en la consistencia política o “endoconsistencia” de las entidades no estatales¹³⁷. De acuerdo con Clastres, la guerra es un mecanismo intrínseco a las comunidades no estatales que contribuye a su configuración como entidades autónomas e indivisas al materializar, por un lado, el

¹³⁴ Cf. Helbling, 2006, 120-127. En un sentido similar, cf. Koch, 1974.

¹³⁵ Cf. Sahlins, 1988 [1976]; Nielsen, 2009-2011, 18.

¹³⁶ En algún sentido, un antecedente de esta lectura, aunque en clave menos estratégica que estructuralista, se encuentra en las reflexiones de Claude Lévi-Strauss (para quien la guerra no es otra cosa que el resultado de intercambios frustrados) y, antes que él, Marcel Mauss. Cf. Lévi-Strauss, 1943; 1949, 86; Mauss, 2009 [1925]. En los términos de Mauss (2009 [1925], 257), “es oponiendo la razón al sentimiento, planteando la voluntad de paz contra las bruscas locuras de este tipo como los pueblos logran reemplazar la guerra, el aislamiento y el estancamiento, por la alianza, el don y el comercio”. Como constata Raymond Corbey (2006, 30), la “aproximación de Lévi-Strauss comparte la presuposición maussiana del orden social como una imposición humana sobre un estado de naturaleza relativamente no estructurado, caótico, bruto”. Por otro lado, también Marshall Sahlins (1983 [1974], 190-202) propuso una lectura que recuperara los principios de Mauss, articulándolos con las ideas de Hobbes, para sostener, tal como demuestra Miguel Abensour (2007b [1987], 208), que “el estado de naturaleza es *politie* en la medida en que se aleja o tiende a alejarse progresivamente de la guerra”, pues para Sahlins “la guerra tiende al intercambio, mientras que el don sería algo así como un emprendimiento guerrero sublimado”. Al respecto, cf. Clastres, 1996 [1980], 194-198; Helbling, 2006, 119-120.

¹³⁷ Cf. Clastres, 1996 [1980]; Viveiros de Castro, 2011, 316.

contraste con las otras comunidades y así afianzar la identificación colectiva del grupo, y al evitar, por el otro, toda forma de centralización política que pudiera derivarse de la concentración poblacional¹³⁸. De este modo, más allá de motivaciones puntuales que pudieran ser de diversa índole (simbólica o material), lo que permanece en este enfoque es el fundamento sociopolítico de la actividad bélica como manifestación del estado de diferencia u hostilidad consustancial a la identificación comunal.

Si bien en una primera aproximación tal lectura pudiera parecer afín a un discurso funcionalista¹³⁹, su relectura atendiendo al parentesco como lógica de articulación social dominante en el seno de las comunidades permite reconocer su interés tanto en términos antropológicos como históricos. En efecto, de acuerdo con Campagno, el parentesco en contextos no estatales no sólo regula las relaciones en el interior de una comunidad sino que establece los criterios de pertenencia y de exclusión que sustentan el antagonismo entre parientes y no parientes¹⁴⁰. La guerra, en tal sentido, puede entenderse como la expresión extrema de tal antagonismo que contribuye, de hecho, al sostenimiento de la identificación parental¹⁴¹. Tal principio de organización social explicaría, a su vez, los condicionamientos internos impuestos a toda forma de intencionalidad política o militar, en la medida en que, por ejemplo, un líder guerrero o un jefe, en tanto formaran parte de la trama de parientes, se verían internamente condicionados en su accionar por las normas del parentesco¹⁴². Ello no excluiría, no obstante, la realización de “guerras de

¹³⁸ Cf. Clastres, 1996 [1980], 181-216. Cf. también Mann, 1986, 48; Copet-Rougier, 1988 [1986]; Harrison, 1993; Bowman, 2001.

¹³⁹ Cf. Helbling, 2006, 133, n. 15.

¹⁴⁰ Cf. Campagno, 1998b; 2014c, 204-206. Cf. también Sahlins, 1976 [1974], 245.

¹⁴¹ Cf. Gayubas, 2014.

¹⁴² Cf. Sahlins, 1976 [1974], 257; 1983 [1974], 149; Helbling, 2006, 120; Clastres, 2008 [1974], 180; Campagno, 2014c, 204-205. El ejemplo del jefe apache Gerónimo es el más ilustrativo a este respecto. En su lucha contra los soldados mexicanos, este guerrero fue seguido por las tribus apaches que a su lado vencieron al enemigo. El prestigio adquirido por Gerónimo ante este hecho fue “inmenso”. Sin embargo, cuando Gerónimo decidió emprender nuevas campañas a partir de sus propias consideraciones personales, las tribus apaches lo ignoraron y lo abandonaron. Como resume Clastres (2008 [1974], 180), “los apaches, que habían aceptado el liderazgo de Jerónimo por su habilidad de combate, le volvían

jefatura” que añadieran a las motivaciones típicas de sociedades no estatales, la búsqueda por parte de los jefes de bienes, prestigio o cautivos, pero tales objetivos (también políticos) se enmarcarían en las condiciones de posibilidad ofrecidas por las formas de organización sociopolítica sustentadas en el parentesco¹⁴³.

Esta clase de enfoque ofrece la posibilidad de no desestimar la incidencia de lo cultural entendido en un sentido amplio (lo ideológico y lo material), habilitando una aproximación analítica que tome en cuenta su relación con las formas de organización sociopolítica y con la dimensión práctica de la guerra¹⁴⁴. Pero permite también contribuir a una mirada histórica relativa a la identificación de otro tipo de lógica de articulación social, sostenida en el monopolio de la violencia y caracterizada por la existencia de relaciones políticas de mando y obediencia¹⁴⁵. De este modo, la conexión entre lo político y los otros ámbitos de lo social en torno al problema de la guerra en contextos estatales antiguos puede ponderarse, no sólo en relación con la elucidación de propósitos políticos¹⁴⁶, sino también con la configuración misma de lo estatal en tanto apropiación monopólica de la capacidad para la violencia armada¹⁴⁷.

c) Efectos sociopolíticos

Estudios interculturales sobre sociedades no estatales han permitido equiparar en ocasiones la guerra con el orden de lo ritual, no por reducir la primera a lo segundo, sino

sistemáticamente la espalda, cuando quería llevar adelante su guerra personal”. Aquí, el interés individual del guerrero se ve condicionado por la lógica que regula la sociedad de la que forma parte. La subjetividad individual no se impone sobre la lógica social. Cf. Angelbeck, 2009, 35-36; Gayubas, 2015d, 50-51.

¹⁴³ Al respecto, cf. *supra*, cap. 1.2.

¹⁴⁴ Cf. *infra*, cap. 3. En una línea similar, aunque poniendo en el centro del análisis otros ámbitos de lo social, se pronuncian Ferguson (1999: aproximación materialista), Nielsen (2009-2011: aproximación cultural con hincapié en la práctica). Cf. también Bossen, 2006.

¹⁴⁵ Cf. Campagno, 2002, 85-94; 2014c, 206-216; Campagno y Gayubas, 2015, 18-19. Cf. también *infra*, cap. 3.2.

¹⁴⁶ Cf. Cioffi-Revilla, 2000, 63; Warburton, 2006, 53; Dyer, 2007 [2004], 12.

¹⁴⁷ Cf. Giddens, 1985, 58; Mann, 1992 [1988], 13-15; Trigger, 1993, 69-71; 2003, 240-249; Campagno, 2002, 209-212; 2013a, 214-215. Cf. *infra*, cap. 3.2.

porque tanto la una como el otro se presentan como artífices de un sentido de identidad colectiva que parece repercutir en el sostenimiento del orden social comunal¹⁴⁸. En tal sentido, las reflexiones de Clastres ilustran de un modo particularmente elocuente aquello que diversos testimonios etnográficos parecen abonar: que la guerra no estatal contribuye al mantenimiento del *statu quo* comunal al afirmar el estado de oposición o antagonismo entre comunidades que es inherente a la identificación parental y que garantiza la autonomía e indivisión de cada conjunto social¹⁴⁹.

Sin embargo, diversos testimonios etnográficos sumados a consideraciones en el campo de la interpretación arqueológica e histórica permiten inferir, en determinadas situaciones, la incidencia de la práctica bélica en la aparición de jerarquías sociopolíticas, ya sea mediante el encumbramiento de líderes asociados al ámbito de la guerra o bien de la constitución de alianzas defensivas u ofensivas más o menos permanentes que pudieran contribuir a la configuración de entidades políticas ampliadas coordinadas por un jefe y caracterizadas por la existencia de una élite¹⁵⁰. Neves explica esta circunstancia apuntando que la guerra puede tener tanto un rol centrífugo “que conduce a la descentralización y previene el establecimiento de formaciones sociales jerárquicas de largo plazo”, como un rol centrípeto vinculado a la aparición de jerarquías no estatales como, por ejemplo, líderes asociados al ámbito bélico en situaciones históricas caracterizadas por necesidades defensivas o requerimientos ofensivos de cierta magnitud o significación¹⁵¹. En efecto, la guerra es una práctica que tiene la capacidad, no sólo de contribuir a la constitución de alianzas defensivas u ofensivas, sino también de crear “condiciones para la emergencia de líderes (aquellos

¹⁴⁸ Cf. Harrison, 1993; Bowman, 2001.

¹⁴⁹ Cf. Clastres, 1996 [1980], 181-216; Campagno, 1998b; 2014c, 204-206.

¹⁵⁰ Cf. Redmond, 1994; Earle, 1987, 293, 297; 1997; Carneiro, 1998; 2012; Alcina Franch, 1999, 225-227; Nielsen, 2002; Gayubas, 2006; 2015a; 2015c; 2016; Neves, 2009.

¹⁵¹ Neves, 2009, 163.

destacados en enfrentamientos o capaces de movilizar seguidores)”¹⁵² y, ante determinadas circunstancias, tales pautas de jerarquización sociopolítica pueden adquirir un carácter de permanencia¹⁵³.

Por otro lado, una de las discusiones en las que más elocuentemente se ha reflexionado sobre los efectos sociopolíticos de la guerra es aquella que atañe al surgimiento del Estado. Aquí, tanto indagaciones históricas como consideraciones teóricas han apuntado a reconocer cierta incidencia de lo bélico en la aparición de relaciones políticas de mando y obediencia sostenidas en el monopolio legítimo de la coerción en contextos históricos antiguos¹⁵⁴.

Por ejemplo, la teoría de la circunscripción de R. L. Carneiro (a la cual ya hemos aludido) propone que la lucha por recursos escasos motivada por el aumento demográfico en un entorno geográfico o social circunscrito conduciría a guerras de conquista que promoverían la aparición de lazos de subordinación social que darían origen primero a sociedades de jefatura y, posteriormente, al Estado¹⁵⁵. Miradas más centradas en los efectos internos de las guerras de conquista proponen que los líderes militares adquirirían, como resultado de aquellas conquistas, mayores riquezas y prestigio y podrían comenzar a ejercer alguna forma de coerción de tipo estatal¹⁵⁶. Partiendo en cambio de las limitaciones a la coerción interna que impondrían las normas

¹⁵² Nielsen, 1996, 380. Cf. también Godelier, 1986 [1982], 128-137, 196-224; Harris, 1986 [1977], 89-91; Copet-Rougier, 1988 [1986], 90-91; Carneiro, 1998; 2012; Alcina Franch, 1999, 226; Nielsen, 2002, 198-199; LeBlanc, 2004, 180-181.

¹⁵³ Cf. Redmond, 1994, 129-130; Carneiro, 1998; 2012, 17-18; Ferguson, 1999, 416-417, 425; Nielsen, 2002, 198-199; Bossen, 2006, 98; Vandkilde, 2011, 377.

¹⁵⁴ Al respecto, cf. Cohen, 1978, 45-49; Mann, 1986, 54-58; Campagno, 2002, 40-50; Bossen, 2006, 96-100; Claessen, 2006. Dado que este problema ha sido considerado con minuciosidad por estos (y otros) autores, remitimos a ellos para un conocimiento exhaustivo y crítico de la bibliografía existente.

¹⁵⁵ Cf. Carneiro, 1970; 2012. Al respecto, cf. Cohen, 1978, 40-43; Redman, 1990 [1978], 288-289; Warburton, 2001, 244-245; Campagno, 2002, 42-43; Gilbert, 2004, 117; Bossen, 2006, 98-99; Claessen, 2006, 219-222; Gayubas, 2016. Nos referiremos con más detalle a dicha teoría en relación con el tratamiento que hace el autor del surgimiento de sociedades de jefatura y del Estado en el valle del Nilo. Cf. *infra*, cap. 2.1.

¹⁵⁶ Cf. Webster, 1975. Al respecto, cf. Campagno, 2002, 43-45; Bossen, 2006, 241-242.

del parentesco en el seno de una comunidad, Marcelo Campagno propone que si bien serían las guerras de conquista las que vincularían a las entidades sociales no relacionadas parentalmente entre sí en un nuevo tipo de lazo social de tipo estatal, el desencadenante difícilmente sería la presión demográfica en contextos en los que la circunscripción ambiental es inverificable, sino el conflicto por el acceso a bienes de prestigio demandados por élites de jefatura¹⁵⁷. El ejercicio de la violencia colectiva asociado a la emergencia de lo estatal también aparece en enfoques referidos a diversas formas de conflicto interno, como rivalidades faccionales o conflictos de base socioeconómica¹⁵⁸.

En análisis más orientados a la integración o discriminación de condiciones y factores en contextos históricos específicos, algunos investigadores han evaluado el rol de la guerra en relación con la emergencia de lo estatal, ya sea como factor privilegiado en el análisis de uno de los escenarios posibles para tal irrupción¹⁵⁹, en interacción con otros factores vinculados a la estructura social y a las fuentes del poder¹⁶⁰ o bien en función de la realización de su potencial para la expansión y el mantenimiento del poder político en contextos considerados de “transición”¹⁶¹. Una constatación que de todos modos atraviesa las distintas perspectivas referidas es que la guerra como mínimo acompaña los procesos de cambio sociopolítico inferidos históricamente en torno a la emergencia y expansión de lo estatal¹⁶². Tales reflexiones tienen particular interés en relación con los procesos históricos que nos incumben en la presente tesis, motivo por el cual retomaremos algunas de ellas en los capítulos que siguen.

¹⁵⁷ Cf. Campagno, 2002.

¹⁵⁸ Cf. Haas, 1982; Brumfiel, 1994. Al respecto, cf. Cohen, 1978, 51-60; Campagno, 2002, 45-50.

¹⁵⁹ Cf. Campagno, 2011.

¹⁶⁰ Cf. Tymowski, 1981; Bossen, 2006; Ystgaard, 2014. Cf. también Cohen, 1978, 69-70; Redman, 1990 [1978], 294-304.

¹⁶¹ Cf. Vandkilde, 2011, 377.

¹⁶² Cf. Cioffi-Revilla, 2000, 88; Arkush y Allen, 2006b, 14; Campagno y Gayubas, 2015, 39-41.

2. La guerra en los estudios sobre el antiguo Egipto

La egiptología como disciplina independiente nace, si seguimos la genealogía convencional, de un hecho militar. El relevamiento que dio origen a la publicación de la *Description de l'Égypte* (1809-1828) y, sobre todo, el hallazgo de la trascendental piedra de Rosetta que facilitó el desciframiento de la escritura jeroglífica, fueron el resultado de la campaña de Napoleón en Egipto durante los años 1798-1801¹. Este hecho, que no pasaría de ser un dato meramente anecdótico si no explicitara el fundamento colonial tras el surgimiento de la disciplina egiptológica, advierte además que el interés por la guerra y lo militar en el antiguo Egipto no podía tardar en aparecer en un mundo contaminado por sus propias guerras modernas. Lo que llama la atención, precisamente, es que este interés sería, desde un comienzo, escaso, y que, una vez iniciada la sistematización disciplinaria hacia fines del siglo XIX, permanecería subordinado al estudio de otros aspectos –principalmente lo religioso– del estudio de la antigua sociedad egipcia, tomando la forma de unos pocos trabajos monográficos a menudo inconexos entre sí, ya sea sobre historia o descripción de armamentos, relevamiento de estructuras fortificadas, análisis más o menos puntual sobre relieves de temática bélica o bien la traducción o interpretación de narraciones sobre batallas o campañas específicas, buena parte de todo ello referido al Reino Nuevo (c. 1550-1070 a.C.), período tradicionalmente concebido como una fase excepcional en la historia de una sociedad que era caracterizada, explícita o implícitamente, como esencialmente pacífica². En suma, se trata de trabajos que no se propusieron ofrecer una lectura

¹ Cf. Hoffman, 1979, 35-36; Jeffreys, 2003; Bard, 2015, 5.

² A título meramente ilustrativo, cf. Weill, 1900; Breasted, 1903; Müller, 1903; Nelson, 1913; Petrie, 1917; Gardiner, 1920; Bonnet, 1926; Wolf, 1926; Helck, 1939; Faulkner, 1941; 1942; 1946. Resulta esclarecedora la aseveración de H. M. Tirard (1915, 231) respecto de que, tras la “expulsión” de los hicsos de Egipto a mediados del II milenio a.C., “el ejército fue reorganizado en una escala mucho mayor

histórica y analítica de la guerra en el antiguo Egipto. La excepción a este respecto la constituye la *Historia militar del antiguo Egipto* en dos tomos escrita en los años cuarenta y cincuenta por el orientalista ruso Vsevolod I. Avdiev, en la cual el autor se ocupó de reunir los testimonios que venían a cuestionar el énfasis puesto por la mayor parte de los investigadores en las dinámicas pacíficas, aunque sin sustraerse del todo –a pesar del empleo de terminología marxista– a interpretaciones corrientes de la egiptología de la época³.

El panorama no variaría demasiado en las décadas siguientes, a pesar de que a los trabajos de temáticas específicas se les sumarían algunas breves reflexiones sobre la organización militar⁴. Entre los trabajos que más destacan están, a su vez, las obras de estudiosos externos a la egiptología, concretamente la historia militar en clave arqueológica de Yigael Yadin, que en cualquier caso se inscribe en el paradigma de análisis de la tecnología militar, y el estudio sobre la guerra en la antigüedad del historiador militar Arther Ferrill, que incluye reflexiones tributarias de la obra del antropólogo H. H. Turney-High sobre la oposición entre “guerra primitiva” y “guerra verdadera” e involucra el tratamiento de los indicios de tácticas, estrategias y tecnología militar en el antiguo Egipto⁵.

No sería sino hasta la década del noventa, coincidiendo con la aparición de un renovado interés por la guerra en los ámbitos de la historia, la arqueología y la antropología derivado de la publicación de libros como los de Victor Davis Hanson,

[que en el período inmediatamente anterior], y, a pesar del *carácter esencialmente no belicoso* de su pueblo, Egipto devino un estado militar” (el subrayado es nuestro). Conviene no perder de vista, de todos modos, las implicaciones del contexto histórico (concretamente, la situación europea durante la primera guerra mundial) en las reflexiones del autor.

³ Cf. Avdiev, 1948; 1959.

⁴ Cf. Sauneron, 1954; Botti, 1955; Lawrence, 1965; Curto, 1969; Gaballa, 1969; Kühnert-Eggebrecht, 1969; McLeod, 1970, 1982; Habachi, 1972; Spalinger, 1974; Schulman, 1980; Goedicke, 1985; Littauer y Crowell, 1985; Murnane, 1990. Sobre el abordaje de aspectos organizativos, cf. Komorzynski, 1951; Faulkner, 1953; Christophe, 1957; Schulman, 1964a; 1964b; Yoyotte y López, 1969; Lorton, 1974; Kemp, 1978; Kruchten, 1979; Spalinger, 1981; Chevereau, 1985; 1987; 1994.

⁵ Cf. Yadin, 1963; Ferrill, 1985. Cf. también *supra*, cap. 1.2.

John Keegan y Lawrence Keeley, que la guerra como problema específico comenzaría a merecer un tratamiento más pormenorizado en el ámbito de los estudios sobre el antiguo Egipto, aun cuando se tendiera a evadir buena parte de las discusiones teóricas e históricas sostenidas en otros campos y que el interés mayoritario de los estudios egiptológicos siguiera residiendo en otras problemáticas⁶. Aquí se inscriben, entre otros, los compendios más o menos abarcadores de conocimientos sobre la guerra en el antiguo Egipto⁷, las historias militares generales o con reflexiones sobre períodos específicos⁸, los trabajos monográficos actualizados sobre tecnología militar y sobre inscripciones y representaciones de temática bélica⁹, e incluso un diccionario histórico sobre la guerra en el antiguo Egipto¹⁰.

Sobresalen, por otro lado, estudios que proponen lecturas más novedosas y exhaustivas sobre lo bélico y su relación con diversos aspectos de lo social, tales como los trabajos de Andrea Gnirs, Michael Hasel y Anthony Spalinger sobre el Reino Nuevo, las reflexiones de Juan Carlos Moreno García sobre el Reino Antiguo, y las indagaciones que contemplan, comparativamente o por separado, diversos períodos de la historia del antiguo Egipto, tal como se recoge en capítulos de libros escritos por Gnirs, Spalinger y Lloyd y en los estudios reunidos en volúmenes colectivos como los editados por Rolf Gundlach y Carola Vogel, por un lado, y por Christian Karlshausen y Claude Obsomer, por el otro¹¹.

⁶ Cf. Hanson, 1989; Keeley, 1996; Keegan, 2014 [1993]. Cf. también *supra*, cap. 1.2.

⁷ Cf., por ejemplo, Shaw, 1991; 1996; Partridge, 2002; Shaw y Boatright, 2008.

⁸ Cf., por ejemplo, Martínez Babón, 2003; 2007; Hamblin, 2006; McDermott, 2006 [2004]; Darnell y Manassa, 2007; Alonso García, 2009.

⁹ Cf., por ejemplo, Martínez Babón, 2001; 2004-2005; Lundh, 2002; Redford, 2003; Cavillier, 2007; 2013; Gilbert, 2008; Monnier, 2010; Vogel, 2010; Spalinger, 2013a; 2016.

¹⁰ Cf. Morkot, 2003.

¹¹ Cf. Gnirs, 1996, 1999; Hasel, 1998; Spalinger, 2005; 2013b; Gundlach y Vogel, 2009; Moreno García, 2010; 2017; Lloyd, 2014, 97-135; Karlshausen y Obsomer, 2016. Cf. también Cavillier, 2001; Heagren, 2010; Arrais, 2011.

En lo que respecta a los períodos tempranos que atañen a la presente investigación (del período Predinástico hasta la Dinastía III), las reflexiones específicas sobre la guerra son más bien escasas. No sólo estos períodos suelen ser ignorados en la mayoría de los tratamientos más actuales sobre historia militar o análisis de la guerra en el antiguo Egipto, sino que, cuando son tomados en consideración, suelen ocupar el lugar de un mero preámbulo. Ello no obstante, un repaso por los enunciados de los investigadores que a lo largo del siglo XX y en lo que va del siglo actual han abordado problemas históricos concernientes a la historia temprana del antiguo Egipto y que podemos estimar sensibles a un reconocimiento del aspecto bélico correspondiente a las sociedades que habitaron el valle del Nilo durante aquellos períodos, permitirá hacernos una idea sobre la concepción que se ha tenido en los estudios de egiptología y en los análisis de historia militar antigua acerca de la dimensión histórica de la guerra en el período Predinástico y durante las primeras tres dinastías.

2.1. La guerra en los estudios sobre el período Predinástico

En un principio, las interpretaciones que involucraron la variable del conflicto bélico en los períodos tempranos del antiguo Egipto lo hicieron en el marco de lecturas poco sistemáticas sobre el origen de la “civilización faraónica” o del Estado dinástico, a menudo condicionadas por parámetros de pensamiento como el difusionismo o bien derivadas de evaluaciones especulativas de documentos iconográficos y textuales.

Como en casi todo estudio que se retrotraiga a los períodos iniciales de la antigua sociedad del antiguo Egipto pero, a la vez, a los comienzos de la investigación arqueológica de rigor en esta región, el nombre de Flinders Petrie constituye aquí un punto de referencia. En efecto, el método y las excavaciones del egiptólogo británico no sólo supusieron un cambio paradigmático que favoreció el estudio de las sociedades de

los períodos Predinástico y Dinástico Temprano, sino que derivaron, también, en la publicación de un primer corpus de fotografías, reproducciones, descripción y análisis de armamento de distintos sitios y períodos del antiguo Egipto, la mayor parte perteneciente a la colección del University College de Londres, mediante el cual incidiría en la tradición de relevamiento y estudio de armamento y tecnología militar a la que hemos hecho referencia en el apartado anterior¹².

En el ámbito de la interpretación histórica de estos períodos tempranos, no obstante, Petrie permanecería sujeto a una serie de preconceptos filosófico-políticos característicos del clima intelectual de la Europa de aquellos años, a raíz de lo cual sería uno de los exponentes de la teoría de la “raza dinástica” que tenía por fin explicar la aparición de la “civilización faraónica” en Egipto mediante la idea de la llegada de una “raza” foránea. Si bien de un modo no del todo explícito, la variable militar aparecería en la ecuación propuesta por el egiptólogo. Enunciándola de un modo sintético (vale advertir que contó con versiones diversas, pero con un núcleo más o menos constante), esta teoría planteaba que la civilización del Egipto faraónico no era una realización autóctona africana, sino que derivaba de la imposición de una “raza superior” proveniente de algún lugar de Asia (en algunas de las formulaciones del autor, de las inmediaciones de Elam o Súmer) sobre los pobladores “prehistóricos” o “primitivos” del valle del Nilo¹³.

Al sugerir que “esta raza fue infiltrándose paso a paso en aquel país y mezclándose con la población, como los hicsos y los árabes invasores lo hicieron por espacio de algunas centurias antes del cambio político de la conquista”¹⁴, el autor destaca un momento de “infiltración” no necesariamente conflictivo y un momento de “conquista”

¹² Cf. Petrie, 1917.

¹³ Cf. Petrie, 1912.

¹⁴ Petrie, s/f, 14-15.

que presupone alguna forma de violencia, aunque más no sea unilateral. De acuerdo con Petrie, llegado un momento “esta raza dinástica parece haber empezado a invadir gradualmente el país”, y sus exponentes “extendieron sus conquistas hacia las regiones superior e inferior del valle”¹⁵.

La teoría de la raza dinástica fue tempranamente cuestionada por algunos autores¹⁶ y, a pesar de ser defendida o reformulada durante algunas décadas por otros (algunos de ellos enfatizando el aspecto militar de lo que consideraban como una “invasión de hordas”)¹⁷, sería definitivamente rechazada en la década del setenta al señalarse no sólo la inexistencia de evidencia que la sustentara, sino el carácter autorreferencial de la interpretación original, “tan armoniosa con la realidad contemporánea de naciones europeas que habían invadido y llevado la ‘civilización’ a numerosas regiones de los cinco continentes”¹⁸.

Si en estas interpretaciones la guerra aparece como una institución externa, importada por la raza superior que habría supuestamente fundado la civilización faraónica, otra lectura en boga en aquella primera mitad del siglo XX reconocería un carácter más local tanto a la guerra como a la constitución del Estado dinástico. El antecedente de esta interpretación es cierto consenso vigente hacia el cambio de siglo acerca de la existencia originaria de dos reinos, uno del Alto y otro del Bajo Egipto, cuya unificación se habría concretado bajo la iniciativa de un rey del sur, Menes si se seguía el listado clásico de Manetón y las listas reales del Reino Nuevo, Nármer si se

¹⁵ Petrie, s/f, 18.

¹⁶ Cf., por ejemplo, Moret y Davy, 1925, 201-206; Massoulard, 1949, 238-241, 331-334; Arkell y Ucko, 1965, 153.

¹⁷ Cf., por ejemplo, Emery, 1961, 38. Otros autores de importancia que adhirieron a la teoría de la raza dinástica fueron Engelbach (1943), Vandier (1952, 10-22), Baumgartel (1952), Derry (1956) y Edwards (1971, 40-41).

¹⁸ Castillos, 2009, 39. Al respecto, cf. Hoffman, 1979, 293-294; Cervelló Autuori, 1996, 52-53; Bard, 2000, 65; Savage, 2001, 109; Campagno, 2002, 98-100; Hendrickx, 2014, 259. El arqueólogo V. Gordon Childe (1941, 126), partidario él mismo de cierta lectura difusionista, criticaría en un sentido más general la tendencia del difusionismo británico a reducir la guerra a una mera importación o subproducto de la civilización.

atendía a la paleta hallada en el depósito principal de Hieracópolis cuya iconografía parecía conmemorar la conquista militar del reino del Bajo Egipto por el reino del Alto Egipto¹⁹.

Este tipo de lectura cobraría un nuevo impulso debido al trabajo filológico del egiptólogo Kurt Sethe²⁰. Mediante una lectura histórica de textos de contenido mítico, especialmente de los Textos de las Pirámides de las dinastías V y VI y sus referencias al conflicto entre los dioses Horus y Seth, Sethe propuso la existencia de una serie de guerras entre dos reinos predinásticos supuestamente formados a lo largo del tiempo por la aglomeración de “nomos” prehistóricos, el reino del norte y el reino del sur, cada uno de ellos centrado en un culto específico que facilitaría su identificación con las divinidades presentes en las referencias míticas de dichos textos. Un primer resultado de estos conflictos militares habría sido el triunfo del reino del norte y la unificación de Egipto bajo dominio de la autoridad gobernante en el delta, tras lo cual se habría producido una secesión y, finalmente, la conquista definitiva del norte por parte del sur en tiempos del fundador del Egipto dinástico, fuera éste identificado con Menes o con Nármer²¹.

Algunos autores que adherían a la teoría de la raza dinástica adoptarían de hecho parte de esta interpretación en relación con el momento de la llamada “unificación” del Egipto faraónico, entendida como una consecuencia directa del triunfo militar de un reino sobre el otro, aunque en ocasiones atendiendo menos a los textos míticos que a los artefactos con iconografía de temática bélica datados hacia dicho período²². En cualquier caso, la propuesta de Sethe, durante mucho tiempo aceptada, recibiría fuertes

¹⁹ Al respecto, cf. Köhler, 2010a, 36; Hendrickx, 2014, 259.

²⁰ Cf. Sethe, 1930.

²¹ Cf. Sethe, 1930. Avdiev (1948, 19-23), autor de la primera historia militar del antiguo Egipto, adheriría a dicha interpretación en su abordaje del período de la “unificación”.

²² Cf., por ejemplo, Asselberghs, 1961, 260-272; Emery, 1961, 42-43.

críticas referentes a su interpretación historicista de la narrativa religiosa, especialmente notorias en la advertencia de Henri Frankfort acerca de la carencia de un método que justificara el rastreo de información histórica en un registro de carácter específicamente mítico²³. La cada vez más evidente inexistencia de evidencia arqueológica que sustentara el surgimiento de un reino del norte y su expansión hacia el sur concluiría por incentivar el rechazo generalizado de la teoría de Sethe²⁴.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la guerra como factor de análisis comenzaría a aparecer en discusiones más sistemáticas sobre los problemas del surgimiento del Estado (reconocido como un proceso que debió tener lugar autóctonamente en el Alto Egipto hacia la fase Nagada IIc-d, *c.* 3600-3300 a.C.) y la llamada “unificación” (correspondiente a la fase Nagada IIIa-b, *c.* 3300-3050 a.C.), orientadas por investigaciones de otras disciplinas o bien vinculadas al método comparativo²⁵. Entre aquellos autores que reconocían, en los vestigios de armas, iconografía de temática bélica y/o eventuales indicios de fortificaciones del período Predinástico, la existencia de guerras posiblemente vinculadas a los procesos de cambio social, las interpretaciones oscilaban entre, por un lado, la adscripción del ímpetu bélico a un factor externo a la dinámica autóctona de las poblaciones del valle del Nilo y, por el otro, el énfasis en condiciones específicas que explicarían la aparición de situaciones de conflicto en los períodos inmediatamente anteriores al surgimiento del Estado en el Alto Egipto.

En relación con lo primero, por ejemplo, se propuso que la guerra en los momentos críticos de aparición de lo estatal se debió haber originado por la irrupción de poblaciones nómadas o seminómadas de pastores que se habrían introducido en el valle

²³ Cf. Frankfort, 1976 [1948], 40-47. Cf. también Kees, 1941. Al respecto, cf. Cervelló Autuori, 1996, 180; Campagno, 2002, 100-101; 2004d, 86-87.

²⁴ Cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 5-6; Campagno, 2002, 100-101, 107-109; 2004d, 86-87; Hendrickx, 2014, 259.

²⁵ Al respecto, cf. Campagno, 2002, 131-134; 2004a.

con el objetivo de acceder a recursos y cuyo enfrentamiento militar con los agricultores autóctonos habría derivado en la conquista de éstos por aquéllos²⁶. La crítica más contundente realizada a esta aproximación destaca la complementariedad de pautas agrícolas y ganaderas que se deduce del análisis de los testimonios disponibles correspondientes a las sociedades que habitaron el valle a lo largo de los períodos que, según esta hipótesis, deberían evidenciar una diferenciación radical. Al mismo tiempo, se constató que no existen indicios de una oposición en términos de cultura material que sea solidaria con dicha interpretación²⁷.

En relación con lo segundo, las hipótesis predominantes han hecho hincapié en el carácter tardío de la guerra, vinculando ésta a la consolidación del sedentarismo agrícola de las comunidades del valle del Nilo y encontrando su motivación ya sea en una lucha por bienes de intercambio y excedentes alimentarios, en un conflicto por el control de las vías de intercambio o en la constitución de antagonismos territoriales promovidos por impulsos competitivos o voluntades de poder²⁸. Lo que permanecería mayormente ausente en este tipo de aproximación es una reflexión sobre lo bélico en los contextos no estatales previos al momento crítico de emergencia de lo estatal en el valle. La evidencia disponible al respecto motivó, no obstante, algunas observaciones que merece la pena tomar en consideración.

El cementerio 117 de Dyebel Sahaba (c. 12.000-10.000 a.C.), a la altura de la segunda catarata del Nilo, contenía al momento de su excavación en 1962, 59 cadáveres asociados a la cultura paleolítica Qadan, de los cuales al menos el 40% presentaba indicios de violencia física, tanto puntas de proyectiles de piedra dispuestas junto a los cuerpos y en ocasiones incluso incrustadas en huesos, como lesiones de diversa

²⁶ Cf. Monnet-Saleh, 1986.

²⁷ Cf. Campagno, 2002, 166-167; 2004a.

²⁸ Cf., por ejemplo, Trigger, 1985 [1983], 72; Hassan, 1988, 172-173; Kemp, 1996 [1989], 43-44, 66; Pérez Largacha, 1996; Savage, 2001, 112-113; Anđelković, 2004, 543; 2011, 29.

índole²⁹. Estos indicadores promovieron cierto consenso a la hora de interpretar dicho cementerio como el testimonio de un contexto temprano de guerra en el valle del Nilo.

En el momento de la publicación de los resultados de la excavación, Fred Wendorf propuso una lectura ecológica del conflicto inferido en el cementerio 117, centrada en la imagen de un contexto de deterioro ambiental y de lucha por recursos acuáticos³⁰. Esta lectura, en línea con las teorías ecológicas sobre la guerra que estaban en boga en el campo de la antropología en aquellos años³¹, sería discutida en la década siguiente por Michael A. Hoffman, quien, sin decantarse por ninguna interpretación en particular, advertiría sobre la necesidad de tener presente que los estudios etnográficos apuntan que “las muertes violentas –normalmente emboscadas– son más comunes de lo que alguna vez se pensaba entre cazadores y recolectores conocidos”³². Como quiera que sea, el cementerio 117 estableció la necesidad –no siempre asumida– de reconocer pautas de violencia bélica en contextos muy anteriores y disímiles respecto de las fases críticas de emergencia de lo estatal.

En relación con los períodos Neolítico y Predinástico, la famosa teoría de la circunscripción formulada por el antropólogo Robert L. Carneiro para explicar el origen de la “complejidad social” en diversos contextos históricos, tuvo su “aplicación” o elaboración no sólo en lo referente al surgimiento del Estado, sino también a la emergencia de entidades políticas caracterizadas como “jefaturas”, en el valle del Nilo³³.

En un trabajo en colaboración, Bard y Carneiro postularon que la evidencia de guerra correspondiente al contexto de aparición de testimonios de diferenciación social en los

²⁹ Cf. Wendorf, 1968. Cf. también *infra*, cap. 5.1.

³⁰ Cf. Wendorf, 1968, 993.

³¹ Cf. Keegan, 2014 [1993], 134-135. Cf. también *supra*, cap. 1.3.b.

³² Hoffman, 1979, 98. Cf. McDermott, 2006 [2004], 22.

³³ Cf. Carneiro, 1970; Bard y Carneiro, 1989. Cf. también *supra*, cap. 1.3.b-c.

cementerios del Alto Egipto hacia comienzos del período Predinástico, era indicio de que el proceso de “complejización social” debió estar asociado a una dinámica de conflicto entre las aldeas agrícolas asentadas en el valle³⁴. A su vez, esta dinámica de conflicto fue interpretada en clave de lucha por recursos escasos –en concreto, por la conquista de tierras cultivables– en un escenario de presunta presión poblacional cuyos efectos –emergencia de jefaturas y, posteriormente, Estado– habrían estado condicionados por el carácter geográficamente circunscrito del valle. Según sintetizan los autores, “a medida que fueron teniendo lugar sucesivas conquistas y amalgamaciones, el tamaño de las unidades políticas en el valle del Nilo necesariamente aumentó. Las aldeas autónomas pronto dieron paso a *jefaturas*, que eran agregados unificados de aldeas previamente independientes, bajo el control de un líder político supremo”³⁵. El final del proceso sería el surgimiento del Estado en el Alto Egipto hacia fines de Nagada II y su posterior expansión hacia Nagada III.

A pesar de la sugerente consideración acerca del papel activo de la guerra en los procesos de cambio social, lo cierto es que la teoría de la circunscripción no tiene sustento documental en el valle del Nilo predinástico. En palabras de Ciro Cardoso, “no existen indicaciones de escasez de tierras en Egipto de fines del cuarto milenio”, afirmación que puede extenderse a los periodos previos³⁶. Las estimaciones de Karl Butzer permitieron desestimar tempranamente la existencia de un escenario de presión poblacional que pudiera explicar los procesos de cambio social acaecidos a lo largo del

³⁴ Los autores toman como evidencia de conflicto los indicios de la existencia de murallas y lo que se consideraba como posibles niveles de destrucción en el sitio de Maadi (cf. Bard y Carneiro, 1989, 19), interpretación esta última que ha sido puesta en duda por otros investigadores (cf. Rizkana y Seeher, 1989, 83-84). La existencia de otros testimonios, particularmente evidente en el relevamiento realizado por Gilbert (2004), contribuye a una identificación de patrones de violencia bélica a lo largo del período.

³⁵ Bard y Carneiro, 1989, 17. Bard (1992) concluiría por abandonar el enfoque teórico centrado en la hipótesis de la circunscripción. Carneiro (2012), en cambio, lo mantendría, aunque con ligeras variaciones. Cf. Gayubas, 2015a; 2016.

³⁶ Cardoso, 1990, 40.

IV milenio a.C. en el valle del Nilo³⁷. Así, de acuerdo con Barry Kemp, “es difícil imaginar [...] que en una tierra en la que la población era relativamente pequeña y los recursos naturales tan abundantes, la competencia por recursos por pura necesidad fuera un factor importante en la emergencia de la dominación política”³⁸.

La propuesta de Kemp apunta antes bien a una doble dimensión que involucra la posibilidad del conflicto en relación con la aparición de las desigualdades sociales y de las entidades políticas estatales en el valle del Nilo: por un lado, la potencialidad para la generación de excedentes derivada de la conformación de una economía agrícola por parte de las aldeas que habitaban las tierras fértiles del valle, y por el otro, la constitución de una ideología de “derechos territoriales” derivada del hecho de ocupar y trabajar permanentemente una misma tierra³⁹. Si bien este enfoque reviste interés por lo que aporta en relación con la posibilidad de pensar el conflicto intercomunitario y distintas instancias del cambio social a partir de una lectura social y política –y no meramente material– del territorio, lo cierto es que el factor motriz del esquema concluye siendo un cierto afán competitivo presuntamente inscrito en la psicología de los actores involucrados, cuya constatación histórica no resulta viable.

Más recientemente, algunos autores presentan evaluaciones analíticas sobre la guerra en el valle del Nilo que acusan un mayor diálogo con la teoría antropológica tanto en

³⁷ Cf. Butzer, 1976, 84-85.

³⁸ Kemp, 2006, 73. Cf. Hoffman, 1979, 343; Campagno, 2002, 104-105; Hendrickx, 2014, 263. Una propuesta alternativa es la enunciada por Antonio Pérez Largacha (1996), quien sostiene que la expansión del Alto Egipto que dio origen al Estado egipcio debió estar determinada por una “circunscripción geográfica/comercial”, en el sentido de que las élites del Alto Egipto que demandaban bienes y materias exóticas que sólo estaban disponibles vía el Bajo Egipto, estaban en una posición geográficamente circunscrita que las debió forzar a expandirse hacia el norte con el objetivo de controlar el acceso a dichos bienes y materias. Anđelković (2004, 542), por su parte, recupera el escenario de circunscripción ambiental de Carneiro, pero señala que el conflicto entre entidades políticas no debió estar motivado por la escasez de recursos –dado que “los recursos naturales y el potencial energético eran más que abundantes en el valle del Nilo”– sino por una “voluntad de poder” asociada a la lucha por territorio. Cf. *infra*, cap. 6.1, 6.2.

³⁹ Cf. Kemp, 1996 [1989], 43-44.

relación con contextos no estatales como en lo referente al proceso de surgimiento del Estado.

En su indagación acerca de la emergencia de lo estatal en el Alto Egipto, Marcelo Campagno presenta una exhaustiva relación de los testimonios que permiten inferir pautas de violencia bélica durante el período Predinástico, especialmente aquellos correspondientes a la fase Nagada IIc-d que coincide con la existencia de indicios de la aparición de lo estatal en el Alto Egipto⁴⁰. A partir de una delimitación analítica entre lo que considera un tipo de guerra típicamente no estatal tendiente a la reproducción del *statu quo* comunal (guerras de ataque y retirada) y un tipo de guerra de conquista que podría impulsar el sostenimiento en el tiempo y en el espacio de una dominación sobre territorio y población nacida de una victoria militar, el autor propone como uno de los escenarios posibles para entender el surgimiento de lo estatal en el valle, la conquista de unas comunidades sobre otras debida al conflicto por el control del acceso a bienes de prestigio, toda vez que éstos serían demandados por las élites de jefatura inferidas en los enterramientos excavados en el Alto Egipto desde al menos la fase Nagada I.

El argumento que sustenta esta propuesta es que el elemento que define a una dominación de tipo estatal, esto es, la existencia de un grupo que detenta el monopolio legítimo de la coerción, es inviable en el seno de comunidades no estatales internamente regidas por la lógica del parentesco, motivo por el cual la aparición de relaciones de dominación política debe encontrarse en los “intersticios” entre tramas parentales, una de cuyas expresiones posibles (aunque no la única) es precisamente la guerra de conquista sostenida entre comunidades no emparentadas entre sí⁴¹.

⁴⁰ Cf. Campagno, 2002; 2004a.

⁴¹ Cf. Campagno, 2002; 2006; 2011a. Cf. también *supra*, cap. 1.2, 1.3.c.

Gregory Gilbert, por su parte, propone lo que considera una “aproximación holística a la guerra”⁴² durante los períodos Paleolítico al Dinástico Temprano en el valle del Nilo, sustentando su interpretación histórica y su metodología de análisis en un diálogo con exponentes contemporáneos de la antropología y la arqueología de la guerra y de la renovada historia militar⁴³.

Mediante un exhaustivo relevamiento de testimonios arqueológicos, osteológicos e iconográficos, Gilbert rastrea la práctica de la guerra hasta el período Paleolítico y propone un modelo de análisis para pensar sus particularidades en cada período de la historia del Egipto temprano. Presentado como una modificación de la “teoría unificada de la guerra” formulada por Otterbein⁴⁴, el modelo “caótico” (denominado así por introducir en el esquema la contingencia de la acción individual) distingue entre dos tipos de guerra: la “guerra interna”, esto es, el conflicto armado entre comunidades políticas culturalmente similares que conduciría a eventuales reasignaciones de recursos materiales o simbólicos; y la “guerra externa”, entendida como el conflicto militar entre entidades políticas culturalmente diferenciadas que involucraría la expansión por vía militar⁴⁵.

En el recorrido por las distintas etapas del análisis histórico, los episodios de violencia bélica testimoniados hacia los períodos Paleolítico y Neolítico son equiparados con la figura de la guerra interna, entendida como un conflicto entre comunidades, en el primer caso nomádicas o seminomádicas (sociedades de cazadores-recolectores y/o pescadores) y en el segundo sedentarias (comunidades aldeanas agrícola-ganaderas), por motivos variables (siguiendo analogías etnográficas: por

⁴² Gilbert, 2004, 12.

⁴³ Entre los autores que toma como referencia se cuentan Keeley, Otterbein, LeBlanc, Chapman y Keegan.

⁴⁴ Cf. Otterbein, 1989.

⁴⁵ Cf. Gilbert, 2004, 12-13. Cf. también *supra*, cap. 1.2.

venganzas, por temor, por prestigio, por considerar el traspaso de algún límite territorial como una intromisión o agresión, etc.) y cuyo resultado sería, cuando mucho, la apropiación de recursos o la obtención de prestigio tras una dinámica de incursiones y emboscadas.

En relación con el período Predinástico, en cambio, la figura de la guerra interna se combina, en el razonamiento del autor, con aquella de la guerra externa: las llamadas “guerras de jefatura” asociadas por el autor a las entidades políticas del Alto Egipto de las fases Nagada I y II (esto es, guerras conducidas no sólo por motivaciones sociales o territoriales sino también con el objetivo de asegurar el acceso a bienes y prestigio demandados por los jefes) así como las guerras de conquista propiamente estatales inferidas por el autor hacia la fase Nagada IIIa-b, tendrían una dimensión interna al librarse en el marco de una misma cultura altoegipcia, primero, y extendida a todo lo largo del valle y el delta, luego; pero también una dimensión externa al involucrar incursiones sobre la Baja Nubia o, en el caso de la cultura Buto-Maadi previa a su absorción por la expansión cultural del sur, sobre el sur de Palestina⁴⁶.

Si bien en la ecuación “caótica” de Gilbert, la obtención de prestigio en una guerra del tipo atribuido al período Neolítico o comienzos del Predinástico (Nagada I) sería el fundamento para el encumbramiento de líderes guerreros devenidos jefes de una sociedad de jefatura, el proceso subsiguiente se sostendría en el aspecto expansivo de la guerra de jefatura, llevando a la conquista y absorción de aldeas enemigas (por victoria, por amenaza y subordinación, o bien por la constitución de alianzas desiguales) y, finalmente, a la emergencia del “Estado territorial unificado” de Egipto. La atribución de un carácter expansivo a una guerra previamente definida como no expansiva (guerra

⁴⁶ Cf. Gilbert, 2004, 111.

interna), así como la falta de un tratamiento más preciso sobre las condiciones para explicar los procesos de cambio social, señalan algunas de las limitaciones del enfoque.

Por último, en un análisis centrado en la dimensión bélica de las relaciones entre las entidades políticas del Alto Egipto y las poblaciones de la Baja Nubia a lo largo del IV milenio a.C., Henriette Hafsaas-Tsakos incorpora reflexiones teóricas de Ferguson y Whitehead acerca de la guerra entre entidades estatales y no estatales en contextos de frontera e indagaciones en torno al concepto de etnicidad⁴⁷. A partir de ello y de una evaluación de la evidencia disponible, propone que lo que interpreta como una expansión por vía militar de población del Alto Egipto hacia el norte de la Baja Nubia hacia mediados del IV milenio a.C. debió no sólo determinar el desplazamiento poblacional del Grupo A más hacia el sur, sino además crear una identidad étnica de dicho grupo mediante un proceso de “etnogénesis por confrontación”. De acuerdo con la autora, tal identificación étnica habría de regir las relaciones –tanto violentas como pacíficas– entabladas con el Alto Egipto de allí en adelante, hasta el momento de la desaparición del Grupo A tras las incursiones armadas del Estado egipcio evidenciadas hacia Nagada IIIb y comienzos de la Dinastía I (cuyo objetivo habría sido un control más directo del intercambio y de la explotación de recursos, sobre todo mediante la supresión de los centros políticos emergidos en torno a Qustul y Sayala)⁴⁸. De este modo, el argumento de la autora apunta a reconocer en la guerra un tipo específico de relación intergrupal que pudo incidir tanto en la formación de identidades étnicas y organizaciones políticas, como en su modificación y desaparición.

Más allá de las diferentes apreciaciones que se pudieran hacer de los enfoques presentados, lo cierto es que los abordajes recientes que hemos señalado no sólo proponen una problematización de la guerra como dimensión de importancia en

⁴⁷ Cf. Ferguson y Whitehead, 1992b. Cf. también *supra*, cap. 1.2.

⁴⁸ Cf. Hafsaas-Tsakos, 2015. Cf. también Török, 2009, 33-48.

indagaciones de tipo histórico, sino que tienden a su vez a una verdadera caracterización del fenómeno bélico en los períodos de estudio, recorrido a menudo ausente en los estudios sobre el valle del Nilo de los períodos tempranos y que, por ello mismo, abre un camino de interés.

2.2. La guerra en los estudios sobre la “unificación” y las primeras dinastías

El problema de la “unificación” y la caracterización de lo militar durante las primeras dinastías del Egipto dinástico tienen sus propias dificultades. Hemos ya señalado que durante buena parte del siglo XX las interpretaciones del proceso de conformación del Estado “unificado” han recurrido sin mayor rigor analítico a la variable del conflicto militar para explicar la conquista de un reino sobre otro (el norte sobre el sur, el sur sobre el norte). La inexistencia de indicios arqueológicos de un reino del Bajo Egipto concluiría por sustentar la observación crítica de Frankfort de que la idea de dos reinos formaba parte de un modo de conceptualización del orden cósmico (y, por extensión, político) de la sociedad o la élite del antiguo Egipto, y no el remanente de la existencia histórica de dos entidades semejantes⁴⁹.

Los sucesivos descubrimientos y análisis arqueológicos conducidos en el valle y el delta del Nilo de las fases Nagada II y III estimularon nuevas discusiones a partir de la constatación de cierta concurrencia entre la aparición de indicios de estatalidad en los tres núcleos más importantes del Alto Egipto –Abidos, Nagada, Hieracómpolis– y la presencia de pautas culturales compatibles con aquellas del sur en sitios del Bajo Egipto. Al tiempo que se consideraba razonable pensar en una expansión política con algún aspecto coercitivo como fundamento de la conformación y ampliación de los

⁴⁹ Cf. Frankfort, 1976 [1948], 43. Cf. también Trigger, 1985 [1983], 68; Midant-Reynes, 2000 [1992], 246-247; Savage, 2001, 132; Rice, 2003, 21; Baines, 2005, 125. Cierta relativo consenso tiende a reconocer la existencia de distintas entidades en el Bajo Egipto, contemporáneas a la emergencia de dinámicas estatales en el Alto Egipto, que pudieron tener características variables. Cf. Campagno, 2008.

Estados o “proto-reinos” del Alto Egipto⁵⁰, y eventualmente de un Estado “unificado” del Alto Egipto, se tendió también a reconocer que esta dinámica política pudo incidir, de modos variables, en los cambios operados sobre las pautas de enterramiento y de cultura material del delta en momentos previos a la llamada “unificación política”⁵¹.

Tempranamente, W. Kaiser formuló la idea de una expansión cultural en dirección al delta como instancia previa a la “unificación política”, y en su análisis destacó la posibilidad de interpretar los indicios de este proceso desde una perspectiva militar, como una serie de migraciones de población de una entidad unificada del Alto Egipto hacia el norte que en ocasiones debió tomar la forma de verdaderas invasiones⁵². Otros estudios, en cambio, promueven lecturas menos conflictivas de la primera parte de este proceso, apegadas a la idea de una transformación a la vez gradual y heterogénea, vinculada a instancias de intercambio, integración, emulación, aculturación, asimilación o alianzas⁵³, aunque en algunos casos sin desestimar la eventualidad de conflictos armados⁵⁴.

En cualquier caso, son la llamada “unificación política” y las dinámicas guerreras de las primeras dinastías las que retuvieron en mayor medida el interés de diversos estudiosos por el problema de la guerra. Los llamados “documentos de la unificación” (esto es, paletas, peines, cabezas de maza y mangos de cuchillo decorados datados hacia fines de Nagada II y Nagada III)⁵⁵, algunos de ellos fuertemente expresivos en lo que

⁵⁰ Cf. Kemp, 1996 [1989], 58-59; Midant-Reynes, 2000 [1992], 198-204; 2003, 119; Savage, 2001, 110-112, 114-120; Campagno, 2002, 171-183; Cervelló Autuori, 2009a, 82-83; Bard, 2015, 110.

⁵¹ Al respecto, cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 237-247; Savage, 2001, 113; Campagno, 2002, 183-198; Cervelló Autuori, 2009a, 79.

⁵² Cf. Kaiser, 1964; 1990. Al respecto, cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 9-10; Gilbert, 2004, 110; Hendrickx, 2014, 260-262.

⁵³ Cf. Bard, 2015, 112-117.

⁵⁴ Cf. Hassan, 1992, 311; Baines, 2005, 120; Stevenson, 2008a, 557; Anđelković, 2011, 29.

⁵⁵ Cervelló Autuori, 2009a, 90-99. Cf. Wilkinson, 1999, 49; Midant-Reynes, 2000 [1992], 238-246; Wengrow, 2007 [2006], 215-260; Lloyd, 2014, 61-62.

respecta a su iconografía de temática bélica, han en efecto estimulado interpretaciones en clave militar del proceso de expansión política⁵⁶.

En los trabajos más generales sobre historia militar del antiguo Egipto, el aspecto bélico deducido de estas fuentes aparece ya sea como factor determinante⁵⁷, o bien como un aspecto de importancia dentro de un proceso más complejo caracterizado por una combinación de conflictos, conquistas, alianzas y vínculos culturales y económicos⁵⁸.

Algunos egiptólogos han destacado el aspecto simbólico y ritual de los documentos, advirtiéndolo sobre la carencia de testimonios más directos de violencia⁵⁹, aunque reconociendo en última instancia que el proceso de “unificación” o expansión “difícilmente pudo haber sido completamente pacífico”, o que debió involucrar a la vez “guerras y alianzas”⁶⁰. Ciertos testimonios adicionales, como las inscripciones rupestres en Dyebel Chauti, en el desierto occidental⁶¹, y los indicios de la destrucción por fuego de un recinto en Tel el-Farja, en el delta del Nilo⁶², han venido a colaborar con el argumento de que la violencia o su amenaza debieron jugar algún papel durante el período⁶³. Como señala Campagno, “la iconografía del período sugiere que la expansión fue conducida en un contexto que era como mínimo discursivamente violento”⁶⁴.

La pregunta por los motivos, el alcance y los límites de la expansión política asociada a la “unificación” se conecta inevitablemente con el problema de la propia

⁵⁶ Cf., por ejemplo, Janssen, 1978, 216; Kemp, 1996 [1989], 59 (pero cf. Kemp, 2006, 77); Monnet-Saleh, 1990; Campagno, 2002, 192-198; Lloyd, 2014, 61-63.

⁵⁷ Cf. Ferrill, 1985, 34; McDermott, 2006 [2004], 27; Martínez Babón, 2007, 11-13.

⁵⁸ Cf. Partridge, 2002, 158; Hamblin, 2006, 315-316. En algunos casos, todavía en años recientes, se reproduce la idea de una unificación de dos reinos: cf. Partridge, 2002,1; Martínez Babón, 2007, 11.

⁵⁹ Cf. Baines, 1995b, 110; Cervelló Autuori, 2009a, 91-92.

⁶⁰ Respectivamente, Baines, 1995b, 106; Hassan, 1992, 311. Cf. Wilkinson, 1999, 51-52; Bard, 2000, 65; Midant-Reynes, 2000 [1992], 238; Gilbert, 2004, 110-111; Köhler, 2010a, 47.

⁶¹ Cf. Darnell, 2002, 13-19.

⁶² Cf. Ciałowicz, 2004, 380.

⁶³ Cf. Bard, 2015, 115; Campagno y Gayubas, 2015, 32.

⁶⁴ Campagno, 2013b, 6. Cf. Campagno, 2002, 196-197; Gilbert, 2004, 111.

actividad bélica y de la consolidación política y territorial del Estado dual egipcio durante las Dinastía I-III. A grandes rasgos, los enfoques planteados al respecto privilegian aspectos asociados a las dimensiones económica, ideológica, cultural o política.

La primera dimensión aparece tempranamente en la historia militar de Avdiev, la cual se inserta en un esquema típicamente soviético de definición de la sociedad egipcia antigua en términos de un modo de producción esclavista. Partiendo de reflexiones teóricas de Friedrich Engels, este autor rastrea en el origen de la “política militar agresiva” del Estado egipcio la demanda de recursos materiales y humanos supuestamente derivada de las necesidades generadas por el desarrollo de las fuerzas productivas tras la configuración del Estado “unificado”, este último a la vez percibido como el resultado de una serie de conflictos regionales derivados de la hipotética necesidad de crear un sistema de irrigación y de control social unificado. De acuerdo con este razonamiento, las capacidades promovidas por la producción agrícola excedentaria debieron permitir el empleo y manutención de mano de obra esclava obtenida en expediciones militares a regiones periféricas, y esta misma mano de obra, así como materias primas para la producción agrícola y artesanal conseguidas mediante campañas tanto violentas como pacíficas, debieron satisfacer la necesidad de recursos humanos y materiales para sostener los niveles de producción estatal ampliada⁶⁵.

El énfasis puesto por Avdiev en el carácter agresivo, a la vez expansivo y predatorio, del Estado egipcio de estos períodos tempranos, parece confrontar con los enunciados de autores como Moret y Davy, para quienes el accionar militar de las primeras dinastías no era otra cosa que una política defensiva de la “civilización” egipcia frente a las “agresiones codiciosas” y de saqueo de los “pueblos miserables” (tanto nómadas

⁶⁵ Cf. Avdiev, 1948, 23-26.

como sedentarios) que habitaban en los márgenes⁶⁶. De todos modos, el esquema que determina esta lectura en función de una sociedad esclavista y de un Estado sostenido en el control centralizado de la tecnología hidráulica ha sido largamente cuestionado⁶⁷.

En los estudios más recientes, si bien ocasionalmente se han sugerido como motivaciones relevantes de conflictos relacionados con la “unificación” la adquisición de tierras fértiles (del delta), ganado y cautivos⁶⁸, la dimensión económica remite principalmente a la obtención y al control del acceso a bienes y materiales exóticos⁶⁹. Este interés es en ocasiones tenido en cuenta para explicar tanto la expansión política que condujo a la configuración de un Estado del Alto y del Bajo Egipto, como las relaciones entabladas posteriormente por este Estado con las regiones periféricas⁷⁰. El argumento en este sentido vincula el conflicto bélico con el impulso por suprimir intermediarios o interferencias en el acceso a bienes o materiales procedentes del sur y del noreste.

En relación con ello, se ha reconocido que, en una primera instancia, el mismo principio expansivo del Estado emergido en el Alto Egipto debió involucrar como parte del proceso los vínculos –pacíficos y conflictivos– entablados con las áreas posteriormente identificadas como correspondientes a poblaciones foráneas, destacándose las incursiones militares en la Baja Nubia y la presencia egipcia en el norte del Sinaí y el sur de Palestina, y planteándose, de este modo, la dificultad de reconocer los motivos detrás de la constitución de los límites del Estado dinástico en Elefantina al sur y en el delta (hasta el mar Mediterráneo) al norte.

⁶⁶ Cf. Moret y Davy, 1925, 225-230.

⁶⁷ Cf. Llinares García, 1986.

⁶⁸ Cf. Shaw, 1991, 10; Partridge, 2002, 162; Gilbert, 2004, 32; Shaw y Boatright, 2008, 29.

⁶⁹ Cf., por ejemplo, Trigger, 1985 [1983], 72, 86-88; Campagno, 2002, 196-197; Cervelló Autuori, 2009a, 89.

⁷⁰ Cf. Campagno, 2002, 212-217.

Este último punto ha llevado a relacionar el problema de la guerra con las dimensiones cultural e ideológica. Autores como John Baines han señalado que la homogeneidad cultural presumiblemente alcanzada en el territorio que pasaría a estar bajo dominio del rey de las Dos Tierras, habría promovido una temprana identificación territorial que habría determinado el alcance de la expansión y que se habría visto apuntalada ideológicamente mediante “la creación de una imagen del otro que separó radicalmente a Egipto del mundo circundante”⁷¹. Las relaciones del Estado egipcio con sus periferias, cualesquiera fueran las formas que adoptaran, permanecerían insertas en este esquema ideológico, particularmente evidente en las formas de simbolización del rey como garante del orden cósmico y de las poblaciones no egipcias como agentes del caos y pasibles de recibir la violencia regia.

La imagen de una unidad cultural y étnica del Egipto dinástico ha llevado a interpretar las campañas de la Dinastía I como acciones orientadas a asegurar las fronteras ante las potenciales amenazas de libios, nubios y asiáticos⁷². En otro sentido, se ha señalado que posteriormente a la consolidación de los límites territoriales del Estado egipcio, las poblaciones adyacentes difícilmente hubieran supuesto una amenaza seria a los intereses o a las fronteras del Estado, con excepción de algunos grupos nómadas que pudieran realizar incursiones sobre expediciones mineras o de intercambio⁷³.

La dimensión étnica aparece con fuerza en el análisis de Hafsaas-Tsakos, de acuerdo con quien la avanzada militar egipcia sobre la Baja Nubia durante comienzos de la Dinastía I vendría a culminar un largo período de relaciones basado en una confrontación étnica surgida no sólo de diferenciaciones culturales y políticas (un tipo

⁷¹ Baines, 2005, 128. Cf. también Campagno, 2002, 196.

⁷² Cf. Rice, 2003, 138-140; Hamblin, 2006, 319-320.

⁷³ Cf. Partridge, 2002, 164; Moreno García, 2010, 10.

de sociedad agrícola que hacia Nagada II presentaba niveles crecientes de centralización política en el Alto Egipto, contra una población principalmente pastoril y políticamente descentralizada en la Baja Nubia), sino de la misma actividad bélica, mediante un proceso de “etnogénesis por confrontación” que habría tenido lugar tiempo antes a raíz de supuestas incursiones militares de población del Alto Egipto sobre la Baja Nubia hacia mediados del IV milenio a.C. En este enfoque, de todos modos, la motivación para la expansión militar del Estado egipcio permanece vinculada a la búsqueda de un control más directo del acceso a recursos procedentes del sur⁷⁴.

En un sentido más general, la posibilidad de reconocer una asociación directa entre violencia bélica y criterios de etnicidad durante estos períodos, más allá de las representaciones ideológicas de la realeza, tiene sus dificultades. Si se admite que la identificación étnica es una construcción subjetiva⁷⁵, y si bien la evaluación de formas y presumibles usos de la cultura material ofrece indicios de pautas de vida diferenciadas que pueden vincularse a diferenciaciones étnicas, el aspecto más visible de la dimensión étnica lo constituyen las manifestaciones oficiales de la realeza que tienden a representar imágenes estereotípicas de las poblaciones conceptualizadas como foráneas, en las cuales permanecen ausentes tanto las eventuales similitudes con patrones culturales de poblaciones periféricas como las diferenciaciones sociales o regionales posiblemente existentes en el interior del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras⁷⁶.

Quizás se relacione con esto el hecho de que algunos autores consideren la ideología y la etnicidad desde un punto de vista meramente instrumental. Shaw y Boatright, por ejemplo, sugieren que los motivos económicos detrás de las iniciativas militares de la

⁷⁴ Cf. Hafsaas-Tsakos, 2015.

⁷⁵ Cf. Jones, 1997, 61; Stevenson, 2008a, 546-547; Schneider, 2010, 143.

⁷⁶ Cf. Baines, 1996, 361-362; Rice, 2003, 137; Campagno, 2005, 150-153; Leahy, 2006 [1995], 225-226. Cf. también Smith, 2003.

época estaban deliberadamente enmascarados con “pretextos religiosos” que funcionarían como una forma de “justificación moral”⁷⁷. E. Christiana Köhler plantea que las representaciones estereotípicas de las poblaciones libias, nubias y asiáticas y el motivo de su subyugación por parte del rey, responderían al interés del Estado egipcio de construir una auto-identificación étnica mediante la oposición con un otro bien definido, como parte de su propia construcción política⁷⁸. Toby Wilkinson, por su parte, extrema este argumento al sostener que la hostilidad hacia los pueblos periféricos asociada a la imagen de la lucha entre las fuerzas del orden y las fuerzas del caos, no era sino un modo de enmascarar la realidad económica supuesta por la demanda de bienes foráneos, y que desde un punto de vista político servía a los fines de generar una conciencia de identidad nacional que asegurara la unidad y la seguridad internas⁷⁹.

Campagno, en cambio, propone ponderar por igual el motivo de la supresión de rivales u obstáculos para la obtención de materias y bienes exóticos y el aspecto ideológico de la realeza, que no sólo vendría a simbolizar las acciones emprendidas por el Estado en la persona del rey, sino que también incidiría en dichas acciones al proveer una simbolización de las regiones periféricas como espacio de lo caótico⁸⁰.

La dimensión política también aparece en algunas de las formulaciones sobre el problema. Por ejemplo, Gilbert sostiene que tanto las “guerras externas” (contra los enemigos allende las fronteras) como las “guerras internas” (que identifica con los sucesos de conflicto interno que pueden inferirse hacia la segunda mitad de la Dinastía II) debieron depender no sólo de las motivaciones generales del período (acceso a bienes, dominio territorial), sino también, en buena medida, de las decisiones políticas

⁷⁷ Shaw y Boatright, 2008, 29. Aquí, la idea de “justificación moral” tiene una fuerte carga instrumentalista, a diferencia del empleo realizado por Ferguson al cual nos referiremos en el capítulo 6.

⁷⁸ Cf. Köhler, 2002, 510.

⁷⁹ Cf. Wilkinson, 2010, 58.

⁸⁰ Cf. Campagno, 2002, 217-221.

tomadas por los respectivos gobernantes, lo cual haría necesario no perder de vista la variable de la intervención personal en el abordaje. Este enfoque conduce al autor a proponer lecturas ficcionales que de algún modo exceden el terreno de la investigación histórica en un sentido estricto. Entre ellas, por ejemplo, propone que si la presunta reunificación del valle y el delta del Nilo bajo el rey Jasejemuy hacia el final de la Dinastía II debió sostenerse en la decisión personal de dicho rey de reconquistar el delta, también pueden interpretarse las expediciones conducidas por el mismo rey en territorio nubio como un modo de entrenar y transmitir experiencia militar a sus tropas con la mira puesta en el norte⁸¹.

También Lloyd hace una lectura “personal” del aspecto político, al plantear que, más allá de condiciones o motivaciones económicas, lo que prevalece es una actitud o mentalidad marcial de los gobernantes de Egipto que se retrotrae a la fase de emergencia de las primeras entidades centralizadas hacia Nagada II y que debió ser determinante para la unificación política y la consolidación de la imagen del rey como guerrero victorioso⁸².

En un análisis de lo que denomina “paleopolítica”, Branislav Anđelković rastrea en los orígenes del proceso de “unificación” una “voluntad de poder” que atribuye a las entidades políticas del valle y que vendría a explicar no sólo los conflictos (por territorio o por poder político) que tomarían la forma de enfrentamientos o incursiones armadas, sino también la misma dinámica expansiva del Estado, cuya “continuación lógica” debía ser la subyugación y explotación de la Baja Nubia y la ocupación y anexión del sur de Palestina, por mucho que las circunstancias históricas no consolidaran dicha presencia⁸³. En este sentido, y para el momento inmediatamente posterior, Martínez

⁸¹ Cf. Gilbert, 2004, 115.

⁸² Cf. Lloyd, 2014, 62. En su abordaje de períodos posteriores, Lloyd (2014, 97-107) sugiere la existencia de tres grandes motivos para la guerra en Egipto: ideología, auto-defensa, economía.

⁸³ Cf. Anđelković, 2011, 28-31.

Babón advierte que no se puede saber si las campañas militares durante la Dinastía I tenían objetivos de rapiña o de conquista, si bien, como remarca Spalinger, las limitaciones tecnológicas y administrativas del Estado, sumadas a las condiciones geográficas, debieron coartar las posibilidades de anexar o controlar de un modo regular territorio del sur de Palestina, el norte del Sinaí, el desierto occidental o, incluso, la Baja Nubia⁸⁴.

Un aspecto de importancia en relación con la dimensión política lo constituye el empleo de la fuerza militar para “mantener el orden interno”⁸⁵. Este aspecto, resaltado por Bruce Trigger en su análisis comparativo e incorporado por Campagno en su estudio sobre el Egipto del período Dinástico Temprano, involucra a grandes rasgos el control del territorio y de la población subordinada, así como la práctica de la tributación sostenida en el monopolio legítimo de la coerción⁸⁶. La expresión más elocuente del fundamento a la vez externo e interno de la violencia del Estado egipcio es la representación, en un mismo monumento –la base de una estatua del rey Dyeser de la Dinastía III–, de los Nueve Arcos (simbolización de los enemigos externos) y las aves-*rejit* (simbolización de la población sometida) dispuestos bajo los pies del rey, precisamente en un período en el que parece terminar de consolidarse el tipo de dominación centralizada que será característica de la mayor parte del Reino Antiguo⁸⁷.

De acuerdo con Bard, de hecho, la consolidación de la dominación estatal centralizada que tuvo lugar durante el período Dinástico Temprano se habría asentado en la exitosa implementación, ya desde la Dinastía 0, de instituciones de control que debieron incluir el control real de una fuerza militar para su empleo a la vez interno (en

⁸⁴ Cf. Martínez Babón, 2007, 16; Spalinger, 2010, 426; 2013b, 460. Cf. también Campagno, 2002, 198.

⁸⁵ Cf. Trigger, 2003, 240.

⁸⁶ Cf. Trigger, 1993, 69-71; 2003, 240-249, 375-394; Campagno, 2002, 209-212; 2013a. Cf. también Giddens, 1985, 58; Mann, 1992 [1988], 13-15; Ferguson, 1999, 404-405.

⁸⁷ Cf. Wilkinson, 1999, 94-105; Baud, 2002, 120-123; Bard, 2015, 140.

el territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras) y externo (en las áreas periféricas)⁸⁸.

Las representaciones de violencia sobre “rebeldes” en el interior del territorio ya conceptualizado como las Dos Tierras también apuntan a un ejercicio interno de la fuerza militar, si bien con características específicas. Históricamente, la figura del “rebelde” parece identificar a todo aquel que no se subordinara al legítimo rey de las Dos Tierras, dentro o fuera del territorio así representado. Este hecho, particularmente visible en los Textos de Execración de fines del Reino Antiguo –que además de contener los nombres de poblaciones no egipcias para los correspondientes rituales de destrucción, incluyen nombres egipcios–⁸⁹, iguala el aspecto caótico de entidades más allá y más acá de las fronteras a partir de una condición política (la figura de un enemigo)⁹⁰. En este sentido, el conflicto que al parecer tuvo lugar en el interior de Egipto durante la Dinastía II ha sido caracterizado de diversos modos (revuelta o insurrección política, religiosa o regional, lucha dinástica o de facciones, guerra civil, tensión armada, conflicto interno)⁹¹, pero la dimensión bélica de las tensiones evocadas por los testimonios arqueológicos, iconográficos y escritos del período está mayormente consensuada entre los investigadores. En un sentido general, ya sea que pueda percibirse como una forma estatal de “guerra interna”⁹² o como un “conflicto interno” que pudo poner en juego prácticas asociadas a la dominación y la resistencia⁹³, la legitimidad real en disputa no parece haber sido ajena a una reivindicación (a la vez política y cósmica) del dominio sobre la totalidad del territorio, del mismo modo que del derecho a realizar

⁸⁸ Cf. Bard, 2015, 117.

⁸⁹ Cf. Baines, 1996, 771-773.

⁹⁰ Cf. Leahy, 2006 [1995], 227.

⁹¹ Cf., por ejemplo, Vandier, 1952, 860; Emery, 1961, 95-97, 98-101; Drioton y Vandier, 1964 [1962], 140-141; Edwards, 1971, 31-35; Hoffman, 1979, 347; Baines, 1995a, 17; Wilkinson, 1999, 89-94; Campagno, 2002, 210; Gilbert, 2004, 32, 115; Hamblin, 2006, 322-323; Martínez Babón, 2007, 18; Cervelló Autuori, 2009a, 118-119; Hendrickx, 2014, 271; Bard, 2015, 122.

⁹² Cf. Gilbert, 2004, 12.

⁹³ Cf. Campagno, 2002, 210.

incursiones sobre la población periférica en nombre del sostenimiento del orden cósmico (como se constata en la campaña de Jasejem en la Baja Nubia testimoniada iconográficamente)⁹⁴.

Lo cierto es que la llamada “reunificación” parece abrir el camino a la definitiva consolidación del tipo de dominación estatal centralizada que tendrá lugar hacia la Dinastía III y que perdurará durante la mayor parte del Reino Antiguo. En tal sentido, las referencias e indicios de expediciones de extracción, exploración, intercambio o guerra durante los reinados de Zanjt, Dyeser, Sejemjet y Huni permiten sustentar la imagen de unas relaciones con el mundo periférico centradas en la obtención de recursos orientados, en una medida creciente, a las obras monumentales y bienes de lujo característicos del período⁹⁵, y fundamentadas en la consolidación de unas capacidades logísticas derivadas de la tributación y, por lo tanto, del ejercicio interno de la violencia (es decir, de la fuerza militar) por parte del Estado⁹⁶.

* * *

Lo expuesto hasta aquí sintetiza algunas de las reflexiones y posturas que se han adoptado en relación con el problema de la guerra en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III. El relevamiento, lejos de ser exhaustivo, pretendió ilustrar las inquietudes y enfoques predominantes, así como los aspectos que merecen un tratamiento analítico que suponga un aporte a la discusión sobre lo bélico en dichos períodos. El problema de la guerra en contextos no estatales, su relación con los procesos de cambio social (emergencia de jerarquías sociopolíticas de jefatura,

⁹⁴ Al respecto, cf. *infra*, cap. 6.1.

⁹⁵ Cf. Wilkinson, 1999, 165-167; Hamblin, 2006, 329-330.

⁹⁶ Cf. Campagno, 2013a.

surgimiento y expansión de lo estatal) y la relación entre lo militar y otros aspectos de lo social en contextos de consolidación de la dominación estatal en el territorio conceptualizado como las Dos Tierras, atraviesa de un modo u otro (explícita o implícitamente) los enunciados considerados hasta aquí. Ello nos habilita a concentrar ahora la atención sobre los conceptos y herramientas teóricas que, tras haber repasado las discusiones pasadas y vigentes, servirán como sustento del aporte histórico que pretende hacer la presente tesis.

3. La guerra y sus dimensiones: práctica y poder

Lo que se deduce del repaso bibliográfico y de las consideraciones críticas presentados en los capítulos precedentes es que un análisis integral de la guerra en el antiguo Egipto durante los períodos que atañen a la presente tesis, debe atender tanto a las formas de caracterizar dicho fenómeno en dichos períodos como a evaluar su dimensión histórica. Un enfoque de este tipo se enriquecerá mediante un abordaje integrado pero analíticamente delimitado de dos dimensiones: la dimensión de la práctica y la dimensión del poder.

Esta propuesta de análisis surge de las reflexiones teóricas del antropólogo Claus Bossen, y de algún modo aparece entrevista en la obra del militar prusiano Carl von Clausewitz, quien definió la guerra, por un lado, como un acto de fuerza mediante el cual se busca imponer la propia voluntad a un adversario, y por el otro, como un instrumento de la política. Dicho de otro modo, la guerra como un tipo específico de relación social subordinado a lo político¹.

La propuesta de Bossen habilita en este mismo sentido una relectura del enunciado de Clausewitz de que la guerra “tiene su propia gramática, pero no su lógica propia”², pudiéndose afirmar que la guerra en su especificidad como práctica se inserta en una lógica social o en un ordenamiento sociopolítico caracterizado por una forma particular de distribución del poder³.

Esta perspectiva centrada en el abordaje de las dos dimensiones de análisis expuestas reviste importancia, de hecho, a la hora de estudiar la relación existente entre la guerra y los procesos de reproducción o cambio social en perspectiva histórica, permitiendo

¹ Cf. Clausewitz, 1984 [1832], 38, 58; Bossen, 2006. Cf. también Nievas, 2009, 28; Freedman, 2013, 93-94; Abluso, Alcántara y Tutusaus, 2014, 175; Ystgaard, 2014, 21-22.

² Clausewitz, 1984 [1832], 321.

³ Cf. Gayubas, 2015b, 80-81. Sobre las lógicas de articulación social, cf. Campagno, 2009.

reconocer elementos de continuidad y de discontinuidad en el “hacer la guerra” y en la relación de lo bélico con lo económico, lo ideológico y lo político⁴.

3.1. Práctica

En reflexiones recientes sobre la guerra, el concepto de práctica ha sido empleado tomando y, en ocasiones, repensando enunciados de la obra de Pierre Bourdieu y de Anthony Giddens⁵. El concepto de *habitus* del primero, por ejemplo, tendiente a insertar las acciones de los individuos en disposiciones culturales, ha conducido a algunos autores a enfatizar la acción práctica de los agentes, si bien las disposiciones culturales aparecen en la teorización del autor como determinantes de, antes que en una relación dialéctica con, las acciones o prácticas individuales⁶. Giddens, por su parte, postula que “el momento de la producción de la acción es también un momento de reproducción en los contextos donde se escenifica cotidianamente la vida social”, si bien incorpora la idea de conciencia práctica que conecta las prácticas humanas con intencionalidades basadas en formas de conocimiento tácito⁷. En una síntesis de tales enunciados, Nielsen y Walker sostienen que la “práctica puede ser a grandes rasgos caracterizada como la acción culturalmente informada e históricamente contextualizada”⁸.

Un enfoque social que interpela a lo político apunta que las situaciones sociales analizadas históricamente están constituidas por redes de prácticas, esto es, por prácticas articuladas de modos variables, y que la conexión entre tales prácticas adquiere una forma específica según la práctica que se constituye en hegemónica o dominante. Así, en los análisis de Marcelo Campagno sobre lo que denomina lógicas de articulación

⁴ Cf. Otto, 2006a, 28.

⁵ Cf. Giddens, 1995 [1984]; Bourdieu, 2007 [1980]; 2013 [1972]. Cf. también Dornan, 2002. Al respecto, cf. *supra*, cap. 1.3.b.

⁶ Cf. Bourdieu, 2013 [1972], 78-87. Cf. también Angelbeck, 2009, 23-24. Al respecto, cf. Dornan, 2002, 305-306; Inomata y Triadan, 2009, 59-60; Pauketat, 2009, 246.

⁷ Giddens, 1995 [1984], 62. Cf. Dornan, 2002, 307-308.

⁸ Nielsen y Walker, 2009b, 4.

social, “el parentesco resulta la práctica dominante por excelencia en las sociedades no-estatales, en tanto que la propia práctica estatal será considerada como el eje privilegiado de articulación de prácticas en las primeras sociedades estatales”, en la medida en que tal práctica instituye “dos polos opuestos: uno provisto del monopolio legítimo de la coerción física y otro que se halla sometido al primero”⁹.

En un enfoque tal, la articulación de prácticas (entendidas como el *hacer* material y simbólico), que no desconoce la inserción del individuo en una dinámica de prácticas de la cual es, a su vez, agente, supone reconocer que prácticas como las que podemos denominar bélicas no escapan a la influencia de la lógica social o práctica dominante en una situación histórico-social determinada, como puede ser la práctica parental en contextos no estatales o la práctica estatal en contextos de dominación sociopolítica¹⁰. Aun más, en la medida en que un abordaje desde las prácticas permite enfocarse también en las discontinuidades, las prácticas bélicas pueden ser consideradas en relación con el modo en que inciden o pueden incidir en los procesos de cambio social¹¹. Esto presupone, en definitiva, que el “hacer la guerra” constituye un tipo de práctica que tiene su especificidad y que se articula con otra clase de prácticas que organizan la trama social.

En esta línea, la idea de práctica según se entiende en el presente trabajo parte de reconocer lo social, no como una sustancia, sino como una instancia de relaciones y

⁹ Campagno, 2002, 82 y 83, respectivamente. Cf. Veyne, 1984 [1971], 199-238; Deleuze, 1987 [1986], 104-106; Campagno y Lewkowicz, 2007, 73-92.

¹⁰ Al respecto, cf. *infra*, cap. 3.2.

¹¹ De acuerdo con Campagno (2002, 84), “en determinadas condiciones, la eficacia de la dominante puede verse desafiada por la irrupción de prácticas radicalmente nuevas, que pueden alterar la situación al punto de transformarla en otra, bajo otros parámetros de coherencia, prescriptos desde una nueva práctica dominante”, así como “es posible pensar también en la existencia de puntos de articulación, de solapamiento, de conexión” entre lógicas de articulación social (como, por ejemplo, el parentesco, el patronazgo y lo estatal) (Campagno, 2006, 36). Cf. Campagno, 2006; 2009.

prácticas, y la práctica como “lo que hacen las personas”¹². Llevando esta reflexión al análisis de lo bélico, adherimos a la advertencia de Bossen de que el punto de partida a la hora de estudiar la guerra entendida como práctica consiste en explicitar una definición¹³. A nuestro entender, una de las definiciones más cabales es la enunciada por el antropólogo Mervyn Meggitt, según la cual la guerra es “un estado o período de hostilidad armada existente entre comunidades políticas autónomas que, en ciertos momentos, consideran las acciones (violentas o no) de sus miembros contra sus oponentes como expresiones legítimas de la política soberana de la comunidad”¹⁴. Esta definición, al tiempo que conduce a reconocer el aspecto político de la guerra tanto en contextos estatales como no estatales y rehúye conceptualizaciones que restringirían su estudio a los combates armados puntuales entre dos grupos organizados, también pone de relieve el hecho de que el estado o período de hostilidad entre comunidades políticas autónomas involucra “acciones” que son compatibles con la idea de práctica que hemos señalado¹⁵.

En una lectura arqueológica que recupera pero simplifica reflexiones de autores como Bourdieu y Pauketat, Angelbeck señala que así como un abordaje histórico debe considerar las “acciones prácticas de individuos y grupos”, ello debe incluir “todo tipo de prácticas”, incluyendo por ejemplo “la fabricación de una herramienta de piedra [...] o la construcción de un fuerte”¹⁶. Con similar sentido, Arkush plantea que la guerra como práctica supone el estudio de “acciones acumulativas” tales como “ataques

¹² Veyne, 1984 [1971], 207 (cit. por Campagno, 2002, 83). Cf. Campagno, 2002, 82-85; Barbosa, 2004, 561 –quien recupera el concepto de “socialidad” de Marilyn Strathern (1988)–; Nielsen y Walker, 2009b, 6.

¹³ Cf. Bossen, 2006, 90-91.

¹⁴ Meggitt, 1977, 10.

¹⁵ Cf. *supra*, cap. 1.3.a. La idea de práctica tiene un potencial intrínseco en la medida en que interpela a la propia actividad del historiador en tanto práctica intelectual (cf. Campagno y Lewkowicz, 2007, 73-92). A diferencia de conceptos como el de “modo (occidental, oriental u otros) de hacer la guerra”, que suponen algo estático, compacto y completo, la idea de práctica se asocia a la versatilidad intelectual en la medida en que no permanece sometida a un modelo hermético de interpretación histórico-social.

¹⁶ Angelbeck, 2009, 23. Cf. Pauketat, 2001; 2009; Bourdieu, 2013 [1972].

violentos, construcción de muros, traslados defensivos, la negociación y renovación de alianzas”¹⁷. De acuerdo con Bossen, según un criterio que seguiremos a continuación y que se conecta íntimamente con tales reflexiones, esta dimensión de análisis supone entender la guerra como una práctica social consistente en actos de violencia inscritos en redes de sentido (que, entre otras cosas, la diferencian de otras formas de violencia), organizados socialmente y que involucran el empleo de cierta tecnología¹⁸.

3.1.1. Violencia

Respecto al primer aspecto, es decir, la violencia, debe advertirse que, así como la existencia de un estado de guerra no implica necesariamente la realización permanente de actividades bélicas, tampoco toda actividad de tipo bélico supone el ejercicio de la violencia física, ni mucho menos toda violencia realmente acontecida puede ser rastreada en el registro documental¹⁹. De todos modos, la comisión de daño físico que puede –siquiera como posibilidad– interpretarse como un daño intencional realizado en un contexto bélico, resulta –como veremos en el capítulo dedicado al análisis de la evidencia– un indicador útil si se buscan indicios de la práctica de la guerra en restos humanos (por ejemplo, con lesiones o proyectiles incrustados) y en vestigios de asentamiento (por ejemplo, destrucción o abandono de sitios) preservados en el registro arqueológico²⁰. Tal como advierten Martin y Frayer, “la única evidencia directa de violencia está cifrada en el registro osteológico y arqueológico”²¹, si bien su análisis se complementa, allí donde es posible, mediante el recurso a testimonios iconográficos y/o escritos que conforman, junto a los restos humanos y a otros indicadores arqueológicos

¹⁷ Arkush, 2009, 217.

¹⁸ Cf. Bossen, 2006, 91-93. Cf. también Gayubas, 2015b, 82-83.

¹⁹ Cf. Bossen, 2006, 91.

²⁰ Cf. Ferguson, 1997, 322-325; 2008, 15-16.

²¹ Martin y Frayer, 1997b, xiv.

como los correspondientes a armas, construcciones, pautas de asentamiento o movilidad poblacional, entre otros, lo que se ha denominado la “materialidad de la violencia”²².

Como queda de manifiesto en los enunciados precedentes, nuestra definición de violencia parte de reconocer un aspecto físico y otro cognitivo: el primero refiere a la comisión de daño físico, en principio sobre una o más personas y, adicionalmente, sobre estructuras edilicias y posesiones orgánicas o artificiales que pudieran repercutir sobre determinados grupos o personas; el segundo aspecto involucra la dimensión intencional (la intención de agredir, herir o asesinar, o de destruir con fines de hostigamiento, debilitamiento o aniquilamiento), y en nuestra discusión particular sobre la violencia bélica se relaciona, a su vez, con el principio de sustitución social y sus disposiciones de sentido según las cuales, a diferencia de otras formas de violencia, se identifica al individuo o grupo agredido (pero también al individuo o grupo agresor) como enemigo, en función de un antagonismo político intrínseco a una identificación colectiva²³.

En un punto que vincula la violencia inmediata con la dominación, la captura de prisioneros también puede ser considerada como una forma de violencia, en tanto privación forzada de la capacidad inmediata de acción de un individuo o grupo social que implica un sometimiento físico del cuerpo de quien es tomado cautivo²⁴. Su

²² Ralph, 2012b, 3. Cf. Martin y Frayer, 1997b, xiv. Cf. también Carman, 1997; Martin y Frayer, 1997a; LeBlanc, 1999, 54, 81-83; 2004, 59-63; Thorpe, 2003, 151-159; Otterbein, 2004, 73-74; Hårde, 2006, 364-368; Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006; Vandkilde, 2006b, 487-488; Ralph, 2012a.

²³ Cf. Kelly, 2000, 5. Cf. también Nielsen y Walker, 2009b, 8. Sobre el principio de “sustitución social”, cf. *supra*, cap. 1.3.a. De acuerdo con Bossen (2006, 91), “es la interpretación y el significado dado al incidente del homicidio [u otra forma de violencia] el que es crucial, y no [por ejemplo] la escala de la violencia por sí misma. La guerra está, así, basada en actos [...] que son percibidos como parte de las relaciones intergrupales y, por tanto, como parte de las relaciones políticas entre grupos”. Cf. también Clastres, 1996 [1980], 206. Sobre la violencia y sus definiciones, cf. por ejemplo Riches, 1988 [1986]; Krohn-Hansen, 1994; Bowman, 2001; Bossen, 2006, 91; Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006; Kurtz, 2008; Spencer, 2010; Ralph, 2012b.

²⁴ Cf. Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006, 88-89.

relación con la actividad bélica en circunstancias históricas determinadas justifica su abordaje en un problema como el que nos convoca²⁵.

Por último, si bien elaboraciones teóricas en torno a conceptos como el de “violencia simbólica” exceden el interés del presente apartado, la diferenciación entre violencia directa y violencia indirecta guarda alguna utilidad a la hora de considerar testimonios no sólo del “uso inmediato de la fuerza física” sino también de la “amenaza del empleo de la fuerza” o de la existencia de situaciones o períodos marcados por la posibilidad del ejercicio de la violencia²⁶. De todos modos, en última instancia es la “capacidad de afectación” de la violencia física, por la cual la contemplación directa de la violencia efectiva o su comunicación “por medios diversos, es capaz de influir en quienes no sintieron la violencia física efectivamente, en primera persona”, la que sienta las condiciones de posibilidad de las violencias psíquicas y simbólico-discursivas. Así pues, la *violencia física* se erige como la forma superior de violencia que condiciona o posibilita las restantes²⁷. De ello se deriva, pues, la importancia de estudiar este aspecto de la guerra entendida como práctica.

3.1.2. Tecnología

La tecnología es otro de los elementos que forman parte de la práctica de la guerra, y las variaciones en la fabricación y uso de implementos y estructuras de finalidad bélica son uno de los indicadores de interés que ofrece el estudio arqueológico e iconográfico para un análisis que privilegie la articulación entre las dimensiones de la práctica y del poder. Los componentes del elemento tecnológico implicado en la práctica de la guerra

²⁵ Cf. *infra*, cap. 5.1.

²⁶ Sodré, 2001, 20. Riches (1988 [1986], 42) denomina a ambas formas “violencia efectiva” y “amenaza de violencia”. Sobre el concepto de “violencia simbólica”, cf. Bourdieu, 2013 [1972], 190-197. Cf. también Riches, 1988 [1986], 43-44; Krohn-Hansen, 1994, 369, 377.

²⁷ Lull, Micó Pérez, Herrada y Risch, 2006, 92. Cf. Riches, 1988 [1986], 42. Sobre la cuestión de legitimidad e ilegitimidad de la violencia, que no nos compete aquí, cf. por ejemplo Riches, 1988 [1986]; Krohn-Hansen, 1994; Grüner, 2007b, y las reflexiones de Benjamin, 2001, 23-45.

pueden resumirse según tres aspectos de potencial visibilidad en los testimonios históricos: potencia de fuego (armas), seguridad (fortificaciones) y movilidad (embarcaciones o infraestructura para expediciones terrestres)²⁸.

El primer aspecto refiere a las armas, cuyo tratamiento desde una perspectiva a la vez histórica y arqueológica debe tomar en consideración los tipos empleados, los materiales con que fueron fabricados, sus funcionalidades y reflexionar a partir de allí sobre las formas de hacer la guerra en los diversos períodos considerados, así como sobre la relación que pueda establecerse entre ello y las pautas de organización social inferidas²⁹.

El segundo aspecto, que en el esquema de autores como Yadin y Ferrill apunta al uso de implementos para la protección del cuerpo (que otros autores caracterizan simplemente como “armas defensivas”), aparecerá asociado aquí a los aspectos defensivos implicados en la construcción de fortificaciones o en otros patrones defensivos de asentamiento, cuyos indicios también pueden ser rastreados en los registros arqueológico, iconográfico y textual. Su abordaje permite reflexionar no sólo sobre los criterios defensivos inmediatos, sino también sobre su relación con dinámicas expansivas o de contención y con el problema de los bordes o límites territoriales de una comunidad o de una entidad política centralizada³⁰.

El tercer aspecto de la tecnología lo constituye la movilidad. Este aspecto es de particular relevancia para el estudio de sociedades antiguas, pues ofrece información

²⁸ Cf. Yadin, 1963, 4-15; Ferrill, 1985, 44. Cf. también Morillo, Black y Lococo, 2009, 6; Gayubas, 2015b, 86-92.

²⁹ Cf. Yadin, 1963, 6-13; Vencl, 1984, 125-126; 1999, 65-67; Ferrill, 1985, 16-19; Keeley, 1996, 49-55; Ferguson, 1997, 325; Chapman, 1999, 107-112; Haas, 2001, 331-332; Gilbert, 2004, 3; LeBlanc, 2004, 62-63; Otterbein, 2004, 63-66; Arkush y Stanish, 2005, 20; Vandkilde, 2006b, 484-487; Gabriel, 2007, 65-84; Nielsen, 2007; Herold, 2009; Gayubas, 2014, 152-153; 2015b, 87-88.

³⁰ Cf. Yadin, 1963, 18-24; Vencl, 1984, 127-129; 1999, 67-70; Ferrill, 1985, 26-31; Keeley, 1996, 55-58; Ferguson, 1997, 324-325; LeBlanc, 1999, 55-73; 2004, 61-62; Haas, 2001, 331-332; Redmond, 1994, 54-55; Arkush y Stanish, 2005, 7-10, 20; Vandkilde, 2006b, 487; Gayubas, 2014, 151-152; 2015b, 89-90; Keegan, 2014 [1993], 197-214. Sobre el concepto de “armas defensivas”, cf. Herold, 2009, 192-193.

sobre el alcance y la intensidad de los contactos, la comunicación y las posibilidades de expansión y/o dominación de una entidad sociopolítica determinada. Análisis como los de Michael Mann respecto a los alcances y limitaciones de los ejércitos del Cercano Oriente antiguo y su relación con las formas de dominación estatal ofrecen un ilustrativo ejemplo acerca de lo relevante que puede resultar este aspecto, tanto en lo que refiere a la movilidad terrestre (contingentes humanos atravesando distancias a pie, a menudo empleando asnos como bestias de carga) como en lo que atañe a la movilidad fluvial o marítima (mediante el empleo de embarcaciones de diverso tipo)³¹.

3.1.3. Organización

La organización es el tercer elemento de la caracterización de Bossen sobre la guerra como práctica. En términos militares, se trata de la coordinación de acciones por parte de los actores involucrados en la actividad bélica. Ello puede referir tanto a criterios tácticos, operacionales o estratégicos, como a las circunstancias de la conformación y eventual reclutamiento de grupos humanos movilizadas, las formas de liderazgo y los vínculos establecidos entre los actores involucrados en el ámbito bélico³².

Desde el punto de vista del análisis documental, el estudio de los testimonios que dan cuenta de los elementos previamente considerados (los aspectos de la violencia y la tecnología), sumado al análisis de otros indicadores de los registros arqueológico, iconográfico y escrito que pueden aportar a la discusión (como pueden ser escenas de actividades bélicas o títulos de funcionarios que sugieran pautas organizativas), pero también mediante el recurso a analogías etnográficas y a comparaciones históricas

³¹ Cf. Yadin, 1963, 4-5; Mann, 1986, 136-137; 1992 [1988], 22-23; Bossen, 2006, 93; Gabriel, 2007, 97-109; Keegan, 2014 [1993], 234-264, 405-424. Cf. también Gayubas, 2015b, 91-92.

³² Cf. Mann, 1986, 137-142; Trigger, 1993, 49-52; 2003, 240-263; Gat, 1999; Bossen, 2006, 92; Gabriel, 2007; Keegan, 2014 [1993], 301-320.

pertinentes, puede ofrecer una vía de análisis válida para encarar este aspecto del problema³³.

Un aspecto adicional lo constituyen las particularidades logísticas y de abastecimiento que conectan las circunstancias económicas, geográficas y tecnológicas con las potencialidades y condicionamientos para el ejercicio de la violencia bélica y de formas regulares de coerción³⁴. Esto conecta algunos de los elementos previamente mencionados con el ámbito de lo político, toda vez que las formas de obtención de recursos y de organización territorial se vinculan tanto con la dimensión práctica de la guerra como con las formas de ordenamiento sociopolítico. En tal sentido, un análisis de los testimonios de pautas de transporte y abastecimiento, sumado al examen de prácticas como (en contextos estatales) la tributación y de los alcances territoriales para el ejercicio o la amenaza de la violencia en situaciones histórico-sociales determinadas, deberá contribuir a abordar el problema de la organización de la práctica bélica.

* * *

En suma, la práctica de la guerra puede entenderse como el “hacer la guerra”, con todos los elementos que la constituyen (violencia, tecnología, organización), y si bien no agota la totalidad de lo que implica la guerra en tanto estado o período de hostilidad, favorece un abordaje histórico a partir, por un lado, de los testimonios arqueológicos que debieron resultar de dicha práctica, y por el otro, de las inscripciones iconográficas y textuales que –allí donde tales registros efectivamente se documentan– debieron derivarse de las redes de sentido e interpretación y de las formas de simbolización que

³³ Cf. Trigger, 1993, 49-52; 2003, 240-263.

³⁴ Cf. Keegan, 2014 [1993], 405-424.

debieron estar operativas en los respectivos contextos de producción y reproducción de dichas prácticas³⁵.

3.2. Poder

En un artículo de 2009, Victor Davis Hanson escribe que “la guerra es un reflejo de la cultura”, en el sentido de que “el armamento, las tácticas, las nociones de disciplina, el mando, la logística son elementos de la batalla que resultan no sólo de las restricciones impuestas por el terreno, el clima y la geografía, sino también por la naturaleza de la economía, la política y el carácter y estructura de la sociedad”³⁶. Este enunciado no sólo sintetiza aspectos de la tesis del autor (debidamente discutida) sobre la existencia de un modo occidental (y, por extensión, diversos modos particulares) de hacer la guerra³⁷, sino que incorpora cierta reflexión originalmente planteada por el historiador militar John Keegan respecto de que la guerra no es simplemente la continuación de las relaciones políticas con la interferencia de otros medios (según la clásica formulación de Clausewitz), sino que es “una manifestación de la cultura”, a menudo determinante de “formas culturales”³⁸.

La aproximación “cultural” de Keegan parte de un cuestionamiento a los abordajes sobre la guerra que excluyen o desestiman las situaciones o acciones bélicas que no parecerían servir a un fin político del Estado, como serían el fundamento religioso y sacrificial de la guerra entre los aztecas, la predominancia de la tradición guerrera por sobre la innovación tecnológica entre los mamelucos o la centralidad de los aspectos ceremoniales entre los samuráis de Japón³⁹. Este énfasis en lo cultural es lo que conduce

³⁵ Cf. Angelbeck, 2009, 22-23; Leoni, 2015, 29.

³⁶ Hanson, 2011 [2010], 187. Cf. también Mann, 1986, 48; Parker, 2010 [2005], 7-8.

³⁷ Cf. Hanson, 1989. Al respecto, cf. *supra*, cap. 1.2.

³⁸ Keegan, 2014 [1993], 29. Cf. Gracia Alonso, 2011, 26-28; Keegan, 2014 [1993], 307-308.

³⁹ Cf. Keegan, 2014 [1993], 45-75, 163-166.

al autor a considerar en su historia general de la guerra a sociedades no estatales estudiadas a partir de testimonios etnográficos y arqueológicos, en otras circunstancias ignoradas no sólo por no constituir Estados beligerantes, sino por ser en ocasiones identificadas como sociedades sin política o cuyos conflictos (reconocidamente bélicos o no) no tendrían un fundamento político. Es precisamente su abordaje desde lo cultural lo que le permite a Keegan incluir en su análisis la guerra en sociedades no estatales (consideradas “primitivas”), en la medida en que lo político, a diferencia del componente cultural, estaría presuntamente ausente en dichas sociedades. Por ello mismo, no resulta sorprendente que el autor adhiera al esquema propuesto por H. H. Turney-High de un “horizonte militar” que separa a la “guerra verdadera” conducida por sociedades estatales y, sobre todo, modernas, de la “guerra primitiva” característica de las sociedades no estatales⁴⁰.

Una forma alternativa de considerar este asunto, que supere la tendencia a la omisión o subestimación de los enfrentamientos e incursiones realizados en contextos no estatales, así como la negación del carácter político de la guerra no estatal y la confusión entre particularidades culturales y propósitos políticos en contextos estatales antiguos, debe partir de otra percepción de lo político.

En el ámbito de los estudios antropológicos, Pierre Clastres reflexionó, tras indagar en las pautas de organización social de comunidades no estatales del registro etnográfico, que “todas las sociedades, arcaicas o no, son políticas [...] el poder político es *universal*, inmanente a lo social”⁴¹. Mediante esta aseveración el antropólogo apunta a reconocer el carácter político de las formas de organización social no estatal y, en relación con ello, la identificación de finalidades políticas en sus formas de practicar la

⁴⁰ Cf. Turney-High, 1949, 21-38; Keegan, 2014 [1993], 129-136. Cf. también *supra*, cap. 1.2, 1.3.b.

⁴¹ Clastres, 2008 [1974], 20. Cf. Foucault, 1999, 16-17.

guerra⁴². Si el poder es entendido como capacidad a la vez política y bélica, ello permite integrar en el ámbito de lo político tanto lo que Clastres denomina “poder no coercitivo” (el poder político distribuido en la totalidad del cuerpo social) como lo que llama “poder coercitivo” (el poder político concentrado por un grupo que impone su voluntad mediante el uso o la amenaza de la fuerza)⁴³. En términos de lógicas sociales, se puede argumentar que lo que define o diferencia a una sociedad no estatal de una sociedad estatal no es la ausencia o presencia de poder político en ellas sino cuál es la práctica que rige y articula las relaciones en el interior de la trama social, sea ésta el parentesco (en contextos no estatales) o el principio de dominación sostenido en el monopolio de la violencia (en contextos estatales)⁴⁴.

Con estas consideraciones en mente, resulta pertinente volver a la definición de guerra de Clausewitz, pues observaciones como las de Clastres permiten aseverar que si la guerra es un “verdadero instrumento político”⁴⁵, ello es cierto tanto para los Estados antiguos y modernos como en lo que respecta a las sociedades no estatales, toda vez que éstas, según se deduce de investigaciones etnográficas, defienden su autarquía y afirman sus pautas de organización social precisamente mediante el recurso a la violencia externa, es decir, dirigida contra aquellos que no forman parte de la comunidad, del ordenamiento sociopolítico regido internamente por los lazos del parentesco⁴⁶. En este

⁴² Cf. Clastres, 1996 [1980], 211-213. Para un ligero repaso de las discusiones sobre lo político en contextos no estatales, aunque sin referencia a la obra de Clastres, cf. González Alcantud, 1998, 28-36.

⁴³ Clastres, 2008 [1974], 20. Amedeo Bertolo (1999, 86) sugiere similar diferenciación entre lo que denomina “poder” (“conjunto de los procesos con los que una sociedad se regula produciendo normas, aplicándolas, haciéndolas respetar”) y “dominación” (“conjunto de relaciones jerárquicas de mando/obediencia”). Cf. Mann, 1986, 6-7; Wolf, 1990, 586-587; Bossen, 2006, 94-96; Angelbeck, 2009, 15-21. En una síntesis de los enunciados de Benjamin (2001) sobre la violencia, Eduardo Grüner (2007b, 35) señala que el poder político concentrado “no es otra cosa que violencia sancionada por el Estado, que reclama su utilización exclusiva porque de esa exclusividad depende su propia existencia”. Cf. también Weber, 1992 [1922], 43-44.

⁴⁴ Cf. Campagno, 2002, 82-85; 2006, 19-36. Cf. también *supra*, cap. 1.2, 1.3.b.

⁴⁵ Clausewitz, 1984 [1832], 58.

⁴⁶ Cf. Clastres, 1996 [1980], 198-199, 211-212; Campagno, 1998b; 2002, 86; 2014c, 204-206; Adler, 2007 [1987], 167; Gayubas, 2014. Cf. también *supra*, cap. 1.2, 1.3.b.

sentido, la relevancia de los aspectos culturales tal como son considerados por Keegan no debería conducir a negar el carácter o la finalidad políticos de la actividad bélica, ni su relación con otras manifestaciones del poder. Si aquellos inciden en las formas de hacer y concebir la guerra en diversas situaciones histórico-sociales, ello no contradice el hecho de que la guerra sirve a propósitos que pueden caracterizarse como políticos⁴⁷. En definitiva, si la guerra puede ser, como propone Keegan, una “manifestación de la cultura”, no menos cierto es que se trata de una expresión de poder⁴⁸.

Lo arriba expuesto anuncia la necesidad de estudiar cómo la práctica de la guerra se inserta o se relaciona, en situaciones histórico-sociales específicas, con aquello que Hanson denomina “la economía, la política y el carácter y estructura de la sociedad”⁴⁹, o planteado en los términos de Bossen, cómo lo bélico se relaciona con los ámbitos de lo económico (la producción, asignación e intercambio de recursos materiales), lo ideológico (la asignación de sentido y las formas de simbolización) y lo político (la dimensión normativa de las relaciones sociales y la distribución del poder)⁵⁰.

Esta clase de análisis de la dimensión del poder, toda vez que se lo encare (como haremos aquí) desde una perspectiva histórica que tome en cuenta las lógicas de articulación social, permitirá otorgar un sentido tanto a las continuidades como, sobre todo, a las discontinuidades o divergencias que puedan inferirse a partir de un examen de la evidencia disponible acerca de la práctica de la guerra, correspondiente a distintos

⁴⁷ Cf. *supra*, cap. 1.3.b.

⁴⁸ Cf. Angelbeck, 2009, 15. Al comentar el libro del sociólogo Stanislav Andreski (1968), Keegan (2014 [1993], 307) sostiene que resulta conveniente “aceptar que existe un número limitado de formas adoptado por la organización militar, y que, efectivamente, hay una íntima relación entre una forma en concreto y el orden político en el que se integra”, pero añade que “el factor determinante de la relación puede ser de enorme complejidad”, refiriéndose con esto a variables como las “creencias” y “sistemas de valores”.

⁴⁹ Hanson, 2011 [2010], 187.

⁵⁰ Cf. Bossen, 2006, 95. Cf. también Giddens, 1985, 61-82; Mann, 1986, 22-28; 1992 [1988], 10; Earle, 1997; Yoffee, 2004, 34-38.

períodos de una misma región de estudio como la que ocupa a la presente tesis⁵¹. Ello colabora, pues, con la posibilidad de vislumbrar, desde un punto de vista analítico, vínculos no sólo entre lo bélico y los otros aspectos de la dimensión del poder, tanto en contextos no estatales como estatales, sino también entre ello y los procesos de producción, reproducción o cambio social⁵². Tal disposición supone considerar las peculiaridades de la guerra no estatal, su relación con la emergencia de jerarquías sociopolíticas y de la llamada “guerra de jefatura”, las condiciones para el surgimiento, expansión y consolidación de lo estatal y las formas expansivas y coercitivas adoptadas por la dimensión bélica en los contextos de dominación estatal. El estudio de diversas líneas de evidencia será, en este sentido, un paso obligado para conducir tal análisis en relación con el valle del Nilo de los períodos Predinástico a la Dinastía III, el cual ocupará la segunda parte de la presente tesis.

⁵¹ Sobre el análisis histórico de las discontinuidades, cf. Campagno, 2002, 79-82, quien recupera reflexiones de Foucault, 2005 [1969], 13-15. Cf. también Shanks y Tilley, 1987, 175-185; Angelbeck, 2009, 20-21. De acuerdo con Lewkowicz, el historiador no estudia el pasado sino el cambio, con la circunstancia de que “el cambio pensado, el cambio comprendido, el cambio estudiado, es el cambio ya transcurrido, situado en el pasado” (Campagno y Lewkowicz, 2007, 104, nota 8).

⁵² Cf. Cioffi-Revilla, 2000, 88; Campagno, 2002, 85-94; Bossen, 2006, 96-100; Ystgaard, 2014, 24; Gayubas, 2015b.

SEGUNDA PARTE:

**LA GUERRA EN EL VALLE DEL NILO DESDE EL PERÍODO
PREDINÁSTICO HASTA LA DINASTÍA III**

4. Consideraciones iniciales

Desde un punto de vista geográfico, la presente tesis se concentra en el valle y el delta del Nilo, en un espacio que a grandes rasgos limita al sur con la primera catarata y llega al norte hasta el mar Mediterráneo. Si bien el énfasis está puesto en dicha región, que constituirá en tiempos estatales lo que ha sido conceptualizado como el Alto y el Bajo Egipto, en la presente exposición se considerarán las relaciones entre tal territorio y las regiones inmediatamente circundantes, ya sea en relación con la participación de las poblaciones de dichas regiones en las dinámicas históricas que nos interesan en circunstancias en que una delimitación política o cultural estricta no resultaría viable (por ejemplo, en los períodos previos a la emergencia y expansión de lo estatal), o bien en la medida en que se constituirán en escenario de diversas prácticas conducidas desde el territorio controlado por la realeza egipcia (por ejemplo, incursiones o distintos tipos de presencia estatal en la Baja Nubia, en los desiertos oriental y occidental o en las regiones del Sinaí y el sur de Palestina)¹.

En cuanto al marco cronológico, nuestro trabajo aborda un arco temporal que abarca los períodos Neolítico y Predinástico (c. 5500-3050 a.C.) y las primeras tres dinastías correspondientes al período Dinástico Temprano y comienzos del Reino Antiguo (c. 3050-2600 a.C.)². Ello contempla una serie de situaciones y cambios históricos inferidos a partir del análisis de testimonios arqueológicos, iconográficos y –cuando los hay– escritos. Si bien haremos referencia a indicios relativos a la práctica de la guerra correspondientes a fines del período Paleolítico y a lo que algunos autores identifican como período Epipaleolítico en el valle del Nilo (concretamente, evidencia osteológica

¹ Cf. *infra*, pp. 372-373.

² Cf. *infra*, p. 374. Si bien existe cierto consenso en considerar la Dinastía III como la que inaugura el Reino Antiguo, algunos autores la sitúan en el período Dinástico Temprano. Cf. Wilkinson, 1999, 27; Baines, 2005, 113.

de 20.000 años de antigüedad hallada en Wadi Kubbaniya, en el sur de Egipto, y un cementerio cercano a Dyebel Sahaba, en el norte del actual Sudán, datado hacia 12.000-10.000 a.C.), el interés de la presente investigación está depositado, en primer lugar, en los contextos en los que se documenta un creciente sedentarismo y la existencia de pautas agrícola-ganaderas en regiones del delta y el valle del Nilo a partir de los períodos Neolítico (c. 5500-4500 a.C.) y Badariense (en el Alto Egipto, con epicentro en lo que se ha llamado Egipto Medio, c. 4500-3900 a.C.) y durante las fases en las que se añaden testimonios (especialmente en el ámbito funerario) de la existencia de diferenciaciones sociales compatibles con la categoría de “sociedades de jefatura”, hacia Nagada I-IIa-b, en el Alto Egipto (c. 3900-3500 a.C.)³. En segundo lugar, así como un elemento que unifica analíticamente dichos contextos, pero que no desdeña las diferencias supuestas por la emergencia de jerarquizaciones sociopolíticas no estatales, lo constituye la inferencia de que las formas de organización social en tales situaciones habrían sido de tipo comunitario, sostenidas en el parentesco como lógica de articulación social dominante, las situaciones que son testimoniadas hacia la fase Nagada IIc-d (c. 3500-3300 a.C.) en el Alto Egipto introducen una discontinuidad radical marcada por la emergencia de vínculos de dominación sociopolítica basados en la coerción, esto es, por el surgimiento de lo estatal (cuyos núcleos son los sitios de Abidos, Nagada y Hieracópolis)⁴ que tendrá sendas fases de expansión y consolidación que también competen a la presente tesis. La fase Nagada IIIa-b (c. 3300-3050 a.C.) testimonia, en efecto, la expansión de las dinámicas estatales a lo largo del valle y el delta del Nilo y lo que se ha conceptualizado simbólicamente como

³ Cf. Hendrickx y Vermeersch, 2000, 25-43; Midant-Reynes, 2000 [1992], 100-126, 152-166, 169-186; 2000, 44-53; 2003, 66-99; Wengrow, 2007 [2006], 59-104; Navajas Jiménez, 2009; Köhler, 2010b, 26-39; Hendrickx y Huyge, 2014; Lloyd, 2014, 28-44; Stevenson, 2016.

⁴ Cf. Campagno, 2002; 2011a. Cf. también Midant-Reynes, 2000 [1992], 187-210; 2000, 53-57; 2003, 118-124; Wengrow, 2007 [2006], 95-125; Cervelló Autuori, 2009a, 69-83; Hendrickx, 2014; Lloyd, 2014, 44-48; Stevenson, 2016.

“unificación” del Alto y Bajo Egipto, configurando lo que será la dominación territorial del Estado dual egipcio entre la primera catarata en el sur y el mar Mediterráneo en el norte, cuyas fases de consolidación se constatan durante el período Dinástico Temprano (dinastías I y II, *c.* 3050-2700 a.C.) y en la Dinastía III, la cual, tras un período de presumible fragmentación o conflicto político documentado hacia fines de la Dinastía II, ofrece indicios elocuentes de una centralización estatal organizada y estable que anticipa, en cierto modo, las pautas de dominación política centralizada de la mayor parte del Reino Antiguo⁵.

El abordaje de la guerra en el antiguo Egipto desde el período Predinástico hasta la Dinastía III (*c.* 5500-2600 a.C.), requiere una evaluación rigurosa de los testimonios disponibles correspondientes a tres clases de registro: arqueológico, iconográfico y escrito. Mientras que estas tres clases de registro ofrecen información referente a los períodos en los que se constatan indicios de estatalidad (particularmente desde la fase Nagada IIIa, en que se documentan los primeros registros de escritura), sólo las dos primeras (arqueología e iconografía) se hallan en contextos no estatales, en los cuales no se documenta la existencia de escritura (en lo que atañe al presente estudio, se trata a grandes rasgos de los indicios datados con anterioridad a la fase Nagada IIc-d). Este elemento de discontinuidad (ausencia o presencia de escritura) es elocuente, a su vez, respecto de la discontinuidad sociopolítica introducida por la aparición de unas relaciones de dominación política que pueden caracterizarse como estatales, en relación con unas prácticas sociales previas organizadas presumiblemente según pautas comunales.

⁵ Cf. Bard, 2000, 61-88; Midant-Reynes, 2000 [1992], 231-250; 2003, 124-134; Campagno, 2002, 192-222; Wengrow, 2007 [2006], 187-214; Cervelló Autuori, 2009a, 83-99; Baud, 2002; 2010; Wilkinson, 2010; Hendrickx, 2014; Lloyd, 2014, 48-52; Stevenson, 2016.

Esta suerte de demarcación histórica con base en una consideración política (sociedades no estatales / sociedades estatales) decide el sentido de la evaluación presente en los capítulos que siguen, toda vez que los testimonios disponibles permitirán inferir aspectos de continuidad en el “hacer la guerra” en un contexto y en otro, pero también aspectos de discontinuidad que entenderemos asociados a la diferencia existente entre una situación en la que predominan lazos de tipo comunitario y una situación regida por las relaciones políticas de mando y obediencia.

Para conducir este análisis en sus dos dimensiones (práctica y poder), los testimonios disponibles serán considerados según procedimientos mayormente consensuados en los ámbitos de la arqueología de la guerra y del estudio histórico y arqueológico de las sociedades del antiguo Egipto, añadiendo a la evaluación de la evidencia propiamente dicha el recurso a analogías etnográficas y comparaciones históricas allí donde resultara pertinente⁶.

El análisis de la práctica de la guerra se sostendrá en un examen de indicadores arqueológicos más o menos directos de violencia o agresión (restos humanos con lesiones o proyectiles incrustados, sitios o recintos con indicios de abandono o destrucción) y del empleo de tecnología con finalidad militar (armamento, fortificaciones o disposición defensiva de asentamientos, embarcaciones para la movilización de contingentes humanos), así como de testimonios iconográficos (representaciones de enfrentamientos, prisioneros, subyugación de enemigos, fortificaciones y asalto a recintos fortificados) y escritos (referencias a campañas militares o terminología bélica en documentos de la élite estatal)⁷.

⁶ Cf., entre otros, Ferguson, 1997; Carman y Harding, 1999a; Cioffi-Revilla, 2000; Gilbert, 2004; Leoni, 2015, 29. Cf. *infra*, caps. 5 y 6.

⁷ Cf. *infra*, cap. 5.

Merece la pena señalar que, en las precarias condiciones de supervivencia de cada uno de estos indicadores de guerra, una evaluación fragmentada que los considerara de forma aislada podría constituir una estrategia inadecuada⁸. Al respecto, es importante la advertencia que formula Cioffi-Revilla en cuanto a que, “dado que la guerra –antigua o actual– es una forma de acción colectiva que involucra múltiples manifestaciones de comportamiento (planificación, implementación, consecuencias, etc.), se sigue que su consideración debe basarse en múltiples indicadores empíricos”, es decir, en “múltiples líneas de evidencia”, lo cual para contextos antiguos es particularmente operativo dado que “los [distintos] indicadores no sobreviven del mismo modo en el registro existente”, al tiempo que “otros aspectos [...] son arqueológicamente invisibles”⁹. Por lo tanto, el análisis conjunto de las múltiples líneas de evidencia constituirá el procedimiento privilegiado para el abordaje de la práctica de la guerra en el valle del Nilo de los períodos que nos atañen.

Los aspectos asociados a la dimensión del poder vincularán estos indicios a aquellos que ofrecen información sobre lo económico, lo ideológico y lo político en su relación con el ámbito bélico, contándose entre ellos los testimonios de pautas de organización social, política y económica derivados de las excavaciones de los arqueólogos en enterramientos y asentamientos; las formas de simbolización (de la actividad bélica, de los roles sociales asociados a ella, de los bordes o límites territoriales, de las poblaciones periféricas) inferidas a partir de representaciones iconográficas y, una vez emergido el Estado, de elaboraciones textuales; los criterios de organización, asignación de recursos y logística deducidos de inscripciones reales y de títulos de funcionarios; y los indicadores osteológicos, iconográficos y escritos de formas de violencia asimilables

⁸ Cf. Gilbert, 2004, 118-119.

⁹ Cioffi-Revilla, 2000, 64. Cf. Ferguson, 1997, 326; Carman y Harding, 1999b, 6-9; LeBlanc, 1999, 55, 91; Vencl, 1984; 1999, 57; Haas, 2001, 331-332; Arkush y Stanish, 2005, 15-16; Leoni, 2015, 28-33.

a la coerción estatal interna (es decir, de violencia efectiva o de la amenaza del uso de la fuerza sobre población subordinada en el territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras)¹⁰.

Enunciadas estas advertencias y aclaraciones, nos introducimos a continuación en el análisis que nos concierne.

¹⁰ Cf. *infra*, cap. 6.

5. La guerra desde la dimensión de la práctica

Como hemos mencionado en la primera parte de la presente tesis, la práctica de la guerra consiste, siguiendo la argumentación de Bossen, en actos de violencia inscritos en redes de sentido, organizados socialmente y que involucran el empleo de cierta tecnología¹. Ello, como hemos señalado, debe entenderse en relación con una definición más amplia (pero a la vez más concreta) de la guerra como un estado o período de hostilidad armada entre entidades políticas autónomas, algunas de cuyas manifestaciones más visibles son, precisamente, las acciones que remiten a la idea de práctica adoptada por el autor.

Lo que nos interesa en el presente capítulo es reconocer testimonios de este “hacer la guerra” en el antiguo Egipto de los períodos Predinástico a la Dinastía III, según los componentes enumerados en el capítulo 3, a fin de evaluar en el capítulo siguiente la relación que puede entablarse entre ello y la dimensión del poder.

5.1. Violencia

El primer aspecto de la guerra entendida como práctica en el esquema de Bossen es el ejercicio de la violencia. En el presente apartado, consideraremos los indicios osteológicos de violencia asimilables a situaciones de guerra, los testimonios iconográficos que permiten vincular la violencia bélica con la captura y/o ejecución de prisioneros y, por último, las pautas de destrucción o abandono repentino de sitios o edificios que puedan asociarse a alguna clase de agresión militar sobre una población.

La comisión de daño físico que puede –siquiera como posibilidad– interpretarse como un daño intencional realizado en un contexto bélico, resulta un indicador útil si se

¹ Cf. Bossen, 2006, 90-91.

buscan indicios de la práctica de la guerra en restos humanos preservados en el registro arqueológico². En décadas pasadas se llegó incluso a afirmar “que la única información convincente [de guerra] es la evidencia ósea directa bajo la forma de lesiones o armas incrustadas”³, aunque actualmente se pondera su tratamiento en combinación con otras líneas de evidencia igualmente relevantes para el análisis de los diversos aspectos que constituyen el fenómeno bélico, destacándose en cualquier caso su importancia en relación con el testimonio del ejercicio de la violencia⁴.

En efecto, de acuerdo con el arqueólogo Steven A. LeBlanc el registro óseo es “una útil e importante línea de evidencia”⁵ dado que la presencia de restos humanos con lesiones o puntas de proyectil incrustadas puede muy bien apuntar a la existencia de prácticas de violencia que en muchos casos pueden vincularse con un contexto bélico. Esto puede ser particularmente elocuente cuando se trata de huesos con puntas de proyectil incrustadas, algo que Patricia Lambert ha estimado como “la mejor y más indiscutible evidencia” de violencia interpersonal, “dado que las armas usadas para infligir estos daños son diseñadas para matar (ya sea directa o indirectamente), y generalmente requieren ser apuntadas con cuidado para dar en el blanco”⁶.

Los testimonios más significativos de este tipo de evidencia en el valle del Nilo anteceden a los períodos considerados aquí, pero resulta de interés referirlos ya que ofrecen un tipo de información que en general es muy difícil de rastrear en el registro arqueológico, dadas las condiciones de preservación de esta clase de indicador⁷. Se trata, por un lado, de un cementerio de la cultura Qadan de fines del período Paleolítico

² Cf. Ferguson, 1997, 322-324; 2008, 15-16; Martin y Frayer, 1997a; Vencl, 1999, 57-64; Thorpe, 2003, 151-159; LeBlanc, 2004, 59-61; Otterbein, 2004, 73-74; Arkush y Stanish, 2005, 15; Hårde, 2006, 364-368; Vandkilde, 2006b, 487-488. Sobre la violencia, cf. Riches, 1988 [1986]. Cf. también *supra*, cap. 3.1.1.

³ LeBlanc, 1999, 54, refiriéndose a la postura de Cordell (1989).

⁴ Cf. Redmond, 1994, 57-59; LeBlanc, 1999, 54-55; Carman y Harding, 1999b, 6-7.

⁵ LeBlanc, 1999, 54.

⁶ Lambert, 1997, 91 y 90, respectivamente. Cf. Ferguson, 1997, 322; Otterbein, 2004, 73.

⁷ Cf. Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 19, 57-60; Gilbert, 2004, 73-80.

(c. 12.000-10.000 a.C.) conocido como cementerio 117 y situado en Dyebel Sahaba, a la altura de la segunda catarata del Nilo, de entre cuyos 59 cadáveres destaca un 40% con puntas de proyectiles de piedra (dardos o flechas) dispuestas junto a los cuerpos y, en algunos casos, incluso incrustadas en los huesos. El total de puntas de proyectil recuperadas en el cementerio es de 110. Además, se atestigua la presencia de heridas en los antebrazos (las llamadas “lesiones de defensa” que, de acuerdo con las investigaciones osteológicas, serían el resultado de un uso defensivo de las extremidades superiores) y en otras partes de los cuerpos, algunas de ellas cicatrizadas (lo cual indicaría que los individuos en cuestión se vieron involucrados en más de una incursión o enfrentamiento y, por lo tanto, apuntaría a cierta recurrencia de la exposición a la violencia) y otras sin signos de regeneración ósea (lo cual sería indicio del desenlace mortal de algunas de dichas heridas). Ello sumado a la presencia de cuerpos de niños con golpes de ejecución en la cabeza y en la nuca (un tipo de evidencia reconocido como “casi invariablemente [indicativo] de guerra”⁸), del enterramiento conjunto de más de un individuo en algunas de las fosas y del hecho de que entre las víctimas había ejemplares tanto masculinos como femeninos, parece indicativo de un contexto temprano de conflicto bélico en el cual estaba involucrada una sociedad de cazadores-recolectores y pescadores semi-nómadas⁹.

Por otro lado, contamos con un testimonio aun anterior: el cadáver de un individuo adulto de 20.000 años de antigüedad con dos puntas de proyectil de piedra dispuestas en la zona del abdomen y otra incrustada en el húmero izquierdo, hallado en Wadi

⁸ Kelly, 2000, 151.

⁹ Cf. Wendorf, 1968; Hoffman, 1979, 90-99; Ferrill, 1985, 23-24; Midant-Reynes, 2000 [1992], 63-64; Keeley, 1996, 37-38, 67; Ferguson, 1997, 340; Hendrickx y Vermeersch, 2000, 29-30; Kelly, 2000, 148-151; Haas, 2001, 333; Campagno, 2002, 165; Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 86-93, 97; Thorpe, 2003, 152-153; Gilbert, 2004, 73; LeBlanc, 2004, 125; Otterbein, 2004, 74-75; McDermott, 2006 [2004], 22; Judd, 2006; Gayubas, 2006, 58-61; Navajas Jiménez, 2009, 39; Seidlmayer, 2009, 148-149; Keegan, 2014 [1993], 174-176. Cf. también Figs. 1-4.

Kubbaniya, en el sur de Egipto¹⁰. Si bien se trata de un contexto individual, dos observaciones permiten asociarlo al tipo de “violencia que parece haber provocado las muchas muertes de Dyebel Sahaba”¹¹. Por un lado, la cantidad y ubicación de los proyectiles señalan un acto de violencia con posible intención de asesinato (“las heridas más mortales son aquellas en el tórax y en el abdomen”¹²), y por el otro, estudios etnográficos han señalado que “si bien la violencia [ejercida con] proyectiles en los grupos tribales modernos involucra a veces a parientes consanguíneos cercanos, es más frecuentemente observada en contiendas (*feuding*), raides o guerras abiertas entre grupos menos estrechamente emparentados”¹³. De este modo, tal como sintetiza Otterbein, a partir de los testimonios de Wadi Kubbaniya y de Dyebel Sahaba es verosímil pensar que “la guerra prevaleció a lo largo del valle del Nilo durante miles de años”¹⁴, y que sus primeros testimonios datan de fines del período Paleolítico.

La evidencia correspondiente a los períodos que van del Neolítico a la Dinastía III es más problemática, no sólo porque no se han hallado puntas de proyectil incrustadas en huesos, sino porque las condiciones mismas del registro hacen difícil establecer el sentido de las heridas allí donde éstas han sido testimoniadas¹⁵. Por otro lado, la cantidad de indicios hallados está lejos de ser representativa, debido no sólo a la dificultad que supone hallar restos óseos indicativos de violencia bélica en este tipo de

¹⁰ Cf. Wendorf y Schild, 1986; Midant-Reynes, 2000 [1992], 65; Keeley, 1996, 37; Haas, 2001, 332; Otterbein, 2004, 73-74; Gayubas, 2006, 58.

¹¹ Midant-Reynes, 2000 [1992], 65.

¹² Lambert, 1997, 92.

¹³ Lambert, 1997, 91.

¹⁴ Otterbein, 2004, 75.

¹⁵ Sobre los límites y potencialidades que ofrece el estudio de este tipo de evidencia, cf., entre otros, Lambert, 1997; Ferguson, 1997, 322-324; Frayer, 1997; Smith, 1997; Venci, 1999, 57-64; Judd, 2001; Thorpe, 2003, 150-160; Hårde, 2006, 364-368; Vandkilde, 2006b, 487-488. Por ejemplo, sobre los indicios de lesiones craneales en el cementerio HK43 de Hieracópolis (Nagada IIb-c), a los cuales nos referiremos más adelante, Potter y Powell (2003, 26) advierten que “considerando que la mayor parte de los cráneos han desaparecido, están pobremamente preservados o son extremadamente fragmentarios, resultó notable haber encontrado seis casos de lesión con elemento contundente en la cabeza, y un caso donde esto sucedió dos veces”, lo cual condujo a los autores a concluir que Hieracópolis durante el período Predinástico “no era siempre un lugar pacífico”.

contexto arqueológico, sino también al hecho de que la evidencia osteológica en general está notablemente infrarrepresentada en el registro del valle del Nilo de estos períodos¹⁶. De todos modos, merece la pena que consideremos aquellos ejemplos que estimamos relevantes para la presente discusión.

Gregory Gilbert ha sintetizado algunos de estos hallazgos agrupándolos en tres grupos: lesiones en los cráneos, lesiones de defensa (en los antebrazos) y otras lesiones¹⁷.

Según sostiene Lambert, las “lesiones craneales han demostrado ser una medida útil de conflicto violento en contextos arqueológicos”, dado que “la mayor parte de las lesiones en la cabeza tenían lugar probablemente en el contexto de asaltos violentos, infligidas por armas tales como lanzas, rocas y palos”¹⁸. El uso de tales armas (incluyendo mazas y hachas) se infiere principalmente, no por la presencia de fracturas lineales, sino por la presencia de fracturas hundidas, mayormente con la forma de un objeto contundente, lo cual conformaría una “base sólida para inferir violencia interpersonal”¹⁹.

En el valle del Nilo, se hallaron algunos cráneos con fracturas que pudieron ser provocadas por el impacto de mazas o hachas en sitios de los períodos Neolítico (Merimda, el-Omari), Badariense (Mostagedda) y Predinástico (Hieracópolis, Gebelein, Abidos, Naga ed-Dêr, el-Amrah)²⁰. En relación con el período Dinástico Temprano, Gilbert rastrea un testimonio en el cementerio de Helwan²¹. En el norte de la Baja Nubia, por su parte, se encontraron diversos ejemplares correspondientes al Grupo A, contemporáneos de las fases expansivas de las entidades del Alto Egipto hacia

¹⁶ Al respecto, cf. las detalladas advertencias de Gilbert, 2004, 79-80.

¹⁷ Cf. Gilbert, 2004, 73-80.

¹⁸ Lambert, 1997, 82-83.

¹⁹ Ferguson, 1997, 323. Cf. Lambert, 1997, 83; Hårde, 2006, 364-366.

²⁰ Cf. Gilbert, 2004, 75-76 (con bibliografía). Cf. también Fig. 6.

²¹ Cf. Gilbert, 2004, 77.

Nagada II y de la conformación del Estado dual egipcio entre la fase Nagada IIIa-b y la Dinastía I²².

Si bien el hallazgo de armas que puedan coincidir con el tipo de heridas presentes en los restos óseos no es condición necesaria para relacionar aquéllas con la actividad bélica²³, lo cierto es que en el valle del Nilo, y en particular en las regiones en las que han sido recuperados los cráneos mencionados, tenemos registro de la presencia de mazas (Merimda, Mostagedda, Hieracópolis, Gebelein, Abidos, Naga ed-Dêr, el-Amrah) y de hachas (Merimda, el-Omari, Mostagedda, Hieracópolis, Gebelein), además de otras posibles armas, a lo largo de los períodos considerados²⁴. Ello permite señalar como verosímil la lectura que hace de tales heridas craneales, el resultado de prácticas asociadas al ámbito bélico. Los testimonios iconográficos que representan a unos personajes destacados por su tamaño y atuendo dispuestos a golpear en la cabeza, con una maza u otra arma similar, a otros personajes de menor tamaño (derrotados o prisioneros), cuyos ejemplares más tempranos datan de las fases Nagada Ic y Nagada Iic y cuya formalización iconográfica se constata a partir del motivo de la Paleta de Nármer de comienzos de la Dinastía I, colaboran con dicha interpretación²⁵.

²² Cf. Smith, 1910, 329ss.; Nordström, 1972, 19; Rampersad, 1999, 199-201; Hafsaas-Tsakos, 2015.

²³ Cf. Hârde, 2006, 365-366.

²⁴ Cf. Gilbert, 2004, 33-41, 63-68, y los apéndices 3 y 4. Sobre la evidencia de armas, cf. *infra*, cap. 5.2.1. En Merimda, la presencia de tumbas de mujeres adultas y niños sumada a la casi inexistencia de enterramientos de hombres adultos, podría sugerir también que “los hombres eran enterrados en la ubicación misma en que habían muerto –por ejemplo, en [...] partidas de cacería o batallas”, aunque es igualmente posible que “el cementerio principal de Merimde [Merimda] aún permanezca por ser descubierto” (Hendrickx y Huyge, 2014, 246). Cf. Lloyd, 2014, 32.

²⁵ Se trata del motivo del rey sometiendo al enemigo (cf. Hall, 1986), cuyos antecedentes aparecen en dos vasos decorados hallados en las tumbas U-239 y U-415 del cementerio U de Abidos (Nagada Ic) y en la decoración mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Nagada Iic). Otro posible testimonio lo constituye el grabado rupestre de la “Caverna de las Bestias” en Gilf Kebir, en el desierto occidental, datado entre los milenios VI y IV a.C. Cf. Filer, 1997; Dreyer, *et al.*, 1998, 84, 111-115; 2003, 80-84; Midant-Reynes, 2000 [1992], 206-210; 2003, 331-336; Köhler, 2002; Gilbert, 2004, 88-99; Bàrta y Frouz, 2010, 40; Hendrickx y Eyckerman, 2012, 25-32; Gayubas, 2014, 153 (con bibliografía); 2015a. Cf. también Finkenstaedt, 1984. También puede tomarse en consideración el motivo del combate cuerpo a cuerpo entre dos personajes armados con bastones en la decoración mural de la Tumba 100, así como el

El segundo grupo de evidencia osteológica que distingue Gilbert corresponde a las llamadas “lesiones de defensa”, es decir, aquellas heridas en los antebrazos que son “el resultado de un golpe directo sobre el antebrazo cuando éste está levantado para proteger el rostro”²⁶. De acuerdo con Margaret Judd, este tipo de evidencia tiene relevancia para el estudio bioarqueológico dado que “la fractura de defensa está relacionada con [y es un indicador de] violencia interpersonal”²⁷.

Gilbert y otros autores rastrean este tipo de lesión en algunos restos hallados en tumbas del período Badariense (Mostagedda) y de las fases Nagada Ic-IIc (Maadi, Adaïma, Hieracópolis)²⁸, así como en tumbas del norte de la Baja Nubia correspondientes a distintas fases del Grupo A²⁹. Como reconoce Gilbert, algunas de estas lesiones, en particular las correspondientes al cementerio de Adaïma, pudieron deberse a accidentes³⁰. Sin embargo, un dato significativo es que las dos posibles lesiones de defensa de Mostagedda (tumbas 481 y 483) son más o menos contemporáneas de la tumba 474 del mismo sitio, en la cual se halló el cadáver de un hombre con un golpe en la cabeza provocado “posiblemente por un arma tal como una maza”³¹. En la tumba 262 del cementerio HK43 de Hieracópolis, el individuo enterrado tenía tanto un cúbito fracturado como una herida en el cráneo aparentemente debida a un golpe con un objeto contundente³². De este modo, la presencia simultánea de lesiones craneales y heridas en los antebrazos colabora con la interpretación de estas últimas como lesiones de defensa presumiblemente vinculadas a episodios de violencia bélica o a alguna otra clase de coerción.

enfrentamiento entre individuos armados con mazas, palos y cuchillos en uno de los lados del mango de cuchillo de Dyebel el-Arak de fines de Nagada II. Cf. *infra*, cap. 5.2.1.

²⁶ Judd, 2008, 1665.

²⁷ Judd, 2008, 1665.

²⁸ Cf. Potter y Powell, 2003, 27; Gilbert, 2004, 75-76 (con bibliografía).

²⁹ Cf. Rampersad, 1999, 199-200; Hafsaas-Tsakos, 2015.

³⁰ Cf. Gilbert, 2004, 76.

³¹ Gilbert, 2004, 75.

³² Cf. Potter y Powell, 2003, 27.

El tercer grupo de evidencia osteológica que distingue Gilbert recoge todas aquellas lesiones que, pudiendo deberse a actos de violencia interpersonal, no entran en ninguno de los dos grupos de evidencia recién mencionados. Aquí incluye diversos tipos de lesiones en tibias, húmeros, cúbitos, fémures y hombros, correspondientes a cadáveres datados desde el período Badariense en adelante y hallados en sitios como Mostagedda, Matmar, Maadi y Helwan³³. Estas lesiones, de todos modos, son más problemáticas dado que, a falta de otros datos de contexto y de indicios más claros del empleo de armas, podrían deberse igualmente a accidentes, a prácticas deportivas o a actos de violencia doméstica o interpersonal sin vinculación necesaria con un contexto de guerra³⁴.

Otro tipo de testimonio obtenido del análisis de restos óseos es el correspondiente a marcas de corte en vértebras cervicales³⁵. Esta clase de evidencia, que parece indicativa, en algunos casos, de degollamiento, y en otros, de decapitación, está documentada en el cementerio HK43 de Hieracópolis (Nagada IIB-c) y, en menor medida, en los cementerios occidental y oriental de Adaïma (entre Nagada Ic y el período Dinástico Temprano)³⁶.

Si bien el testimonio de degollamientos parece apuntar al objetivo directo de “provocar la muerte del sujeto”³⁷, los indicios de decapitación no son evidencia

³³ Cf. Gilbert, 2004, 74-77 (con bibliografía).

³⁴ Merece ser señalado que personajes derrotados y presumiblemente muertos en contextos bélicos aparecen representados (generalmente en posición horizontal) en objetos como el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak y las paletas de los Toros, del Campo de Batalla y de Nármer, así como en una de las inscripciones rupestres de Dyebel Sheikh Suleiman y en las bases de dos estatuas del rey Jasejem de la Dinastía II. Cf. Finkenstaedt, 1984; Gilbert, 2004, figs. 8.3, 8.10-14; Giannese, 2015. Cf. también Figs. 52-53, 63, 97-98, 107.

³⁵ Cf. Smith, 1997, 246; Maish, 1999, 13; Vencl, 1999, 59; Ludes y Crubézy, 2005, 88.

³⁶ Sobre la evidencia de Adaïma, cf. Crubézy, 1998, 63-64; Midant-Reynes, 2003, 185-186; Duchesne, Staniaszek y Crubézy, 2005, 42; Ludes y Crubézy, 2005; Crubézy y Midant-Reynes, 2005. Sobre la evidencia del cementerio HK43 de Hieracópolis, cf. Maish, 1998; 1999; Gilbert, 2004, 76; Droux, 2007; Dougherty y Friedman, 2008; Hendrickx, Huyge y Wendrich, 2010, 23-24. Cf. también Gayubas, 2015b, 84-86. Cf. también Figs. 5, 7-8.

³⁷ Ludes y Crubézy, 2005, 92.

concluyente de violencia, pues pueden tener que ver tanto con una ejecución como con un tratamiento ritual sobre el cadáver³⁸. De todos modos, el hecho de que en el cementerio HK43 el porcentaje de cadáveres con marcas de decapitación no supere el 5% sobre el total de la población enterrada actualmente disponible (alrededor de 500 individuos), hace difícil que se lo interprete como una práctica ritual estrictamente funeraria³⁹. En cambio, dichos indicios parecen compatibles con escenas posteriores correspondientes a la realeza egipcia que presentan a prisioneros decapitados junto a la imagen del rey (por ejemplo, en la Paleta de Nármer y en un sello del rey Den de la Dinastía I), evocando una acción punitiva sobre enemigos vencidos⁴⁰.

Dado que el cementerio HK43 corresponde a la “población general” en un período en el que se documenta la existencia simultánea de una élite muy probablemente estatal en Hieracómpolis, no puede descartarse tampoco la posibilidad de que dichos testimonios se deban a alguna forma de coerción estatal sobre población subordinada (sobre los individuos o sobre sus cadáveres)⁴¹. Compatible con esta lectura es la existencia de representaciones iconográficas que evocan el ejercicio de alguna forma de dominación sobre súbditos sostenida en la violencia, concretamente en la Cabeza de Maza de

³⁸ Cf. Vencl, 1999, 59; Droux, 2007, 14.

³⁹ Cf. Dougherty y Friedman, 2008, 332; Hendrickx y Huyge, 2014, 251. Las marcas de corte en vértebras cervicales, sean indicativas de degollamiento o de decapitación, se testimonian en 21 cadáveres del cementerio HK43.

⁴⁰ Cf. Droux, 2005; Dougherty y Friedman, 2008, 332-334; Müller, 2008. Una placa de marfil hallada en el depósito principal de Hieracómpolis, correspondiente a Nagada IIIb o a la Dinastía I, presenta el motivo de cuatro hileras de personajes decapitados cuyas cabezas, de modo similar a la paleta de Nármer, parecen descansar junto a los cuerpos. Al respecto, cf. Droux, 2005; 2007; De Wit, 2008, 207-208. Por otro lado, en el mismo cementerio HK43, la presencia contemporánea a los testimonios de degollamiento y decapitación de cráneos con indicios de golpes de ejecución, colabora con una lectura violenta del registro (cf. *supra* en este mismo apartado). Cf. también Figs. 63, 78-80, 122.

⁴¹ Cf. Picardo, 2004, 13-14, según quien, si bien “sólo enemigos no egipcios en tiempos de guerra merecían la decapitación”, la “literatura funeraria indica que la decapitación *después* de la muerte era un castigo [no sólo] para los enemigos de los dioses”, sino también para los “difuntos egipcios juzgados no aptos para entrar en la compañía de los dioses”, en la medida en que éstos “devenían efectivamente enemigos y podían ser tratados en consecuencia”. Si bien este tipo de consideración relativa a la época faraónica no excede el ámbito de las representaciones textuales y visuales, es significativo respecto de los modos de conceptualizar a los enemigos, sean estos egipcios o no egipcios. Cf. Muhlestein, 2003, 81-86.

Escorpión de la fase Nagada IIIb, en la cual una serie de aves-*rejit* (*rhyt*), que simbolizan precisamente a los súbditos, aparecen ahorcadas colgando de unos portaestandartes, y en la base de una estatua del rey Dyeser, de la Dinastía III, en la cual, junto a la representación de los Nueve Arcos que simbolizan a las poblaciones extranjeras, aparecen también tres aves-*rejit* a punto de ser ritualmente pisoteadas bajo los pies del rey⁴². En la Piedra de Palermo, por otro lado, la descripción de uno de los años de reinado del rey Dyer de la Dinastía I vincula el año de “seguir a Horus” (*šms hr*), actividad presumiblemente orientada a la recolección de tributos, con la presencia de “*rejit* decapitados muertos”⁴³. En suma, cualquiera sea la interpretación que se haga de los testimonios del cementerio HK43, los indicios iconográficos y escritos permiten vincularlos con uno u otro de los aspectos que constituyen la doble dimensión de la violencia estatal: guerra hacia afuera, coerción hacia adentro⁴⁴.

La captura de prisioneros también puede ser tenida en cuenta en el presente apartado, dado que consiste en un acto de violencia con características específicas. Este aspecto conduce necesariamente a una consideración del registro iconográfico.

Significativamente, los indicios al respecto se corresponden con las fases en las que se documentan pautas de jerarquización asimilables, por un lado, a la categoría de sociedades de jefatura, y por el otro, a entidades de tipo estatal. Respecto a las primeras,

⁴² Cf. Quibell, 1900, XXVI.c; Firth y Quibell, 1935, 65-66; Asselberghs, 1961, figs. 172-176; Baines, 1995, 119, 133; Gautier y Midant-Reynes, 1995; Wilkinson, 1999, 185; Baud, 2002, 120-123; O'Connor y Quirke, 2003, 12; Cervelló Autuori, 2009b, 62-64, 82; Wengrow, 2007 [2006], 256 y fig. 9.16; Campagno, 2013a, 215. Sobre los Nueve Arcos, cf. Valbelle, 1990; Morkot, 2003, 157; Poo, 2005, 43-44. Cf. también Figs. 57, 99.

⁴³ Traducción tomada de Diego Espinel, 2006, 188. Cf. también Fig. 145.

⁴⁴ Cf. Trigger, 2003, 240; Campagno, 2013a, 215. Los testimonios de Adaïma, por su parte, a menudo interpretados como sacrificios o vinculados a la práctica del acompañamiento funerario (pues se suelen dar en el contexto de enterramientos múltiples), son más difíciles de abordar que los del cementerio HK43 debido a los inconvenientes que ofrecen en términos de la composición social de los enterramientos, pero no permiten descartar su relación con alguna forma de ejercicio de la violencia, sea sobre población vencida militarmente o sobre población subordinada (piénsese, por ejemplo, que el mismo principio del acompañamiento funerario, al cual se ha querido vincular estos testimonios, supone alguna clase de dependencia o subordinación, aunque más no sea de tipo personal). Cf. Testart, 2005.

motivos sobre cerámica de Nagada Ic representan a personajes sostenidos mediante lazos y, al menos en dos ocasiones, a punto de ser golpeados con una especie de maza por personajes de mayor tamaño que parecen estar sometidos, capturándolos y/o ejecutándolos en el marco de la resolución de contiendas de tipo bélico⁴⁵.

Respecto a las entidades de tipo estatal, aparecen sobre diversos soportes de la fase Nagada IIc en adelante el motivo del sometimiento del enemigo (un individuo, a menudo el rey, aprestándose a golpear con un arma a uno o más prisioneros) y escenas de personajes atados de sus cuellos o brazos, en ocasiones en simultáneo con la representación de individuos muertos o del rey como animal salvaje embistiendo a enemigos derrotados⁴⁶. En la decoración mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Nagada IIc), por ejemplo, los tres personajes sometidos por otro personaje de mayor tamaño aparecen “postrados y atados”⁴⁷; en otras escenas del sometimiento del enemigo, los prisioneros (arrodillados o de pie) presentan sus brazos atados a la espalda (por ejemplo, en la inscripción rupestre de Dyebel Chauti de Nagada IId-IIIa, en el mango cilíndrico de marfil de Nármer y en diversos cilindros de marfil de la Dinastía I hallados en Hieracópolis)⁴⁸. También aparecen representados prisioneros individuales o dispuestos en hileras, atados mediante sogas en los brazos o en el cuello, en objetos como el mango de cuchillo de la tumba U-127 de Abidos (Nagada IId)⁴⁹, el mango de cuchillo del depósito principal de Hieracópolis (fines de Nagada II-Nagada IIIa-b)⁵⁰,

⁴⁵ Vasos decorados E3002 de Bruselas (Scharff, 1928, 268-269 y pl. XXVIII; Vandier, 1952, 287), UC15339 de Londres (Petrie, 1920, pl. XVIII.74; Scharff, 1928, 267-268) y de las tumbas U-239 (Dreyer *et al.*, 1998, 84, 111-115) y U-415 (Dreyer *et al.*, 2003, 80) del cementerio U de Abidos. Cf. Gayubas, 2006, 63-65; 2015a. Cf. también Figs. 33-36.

⁴⁶ Cf. Hall, 1986; Gilbert, 2004, 88-97; De Wit, 2008; Raffaele, 2010, 256; Campagno y Gayubas, 2015, 25-39; Giannese, 2015; 2016.

⁴⁷ Cervelló Autuori, 2009a, 74. Cf. Quibell y Green, 1902, pls. LXXV-LXXVIII. Cf. también Fig. 73.

⁴⁸ Cf. Darnell, 2002, 13-19; Gilbert, 2004, 88-92, figs. 8.5, 8.9; Cervelló Autuori, 2009a, 99-100, fig. 3.19. Cf. también Figs. 62, 65, 105.

⁴⁹ Cf. Dreyer *et al.*, 1993, 26-27; De Wit, 2008, 181-182. Cf. también Fig. 46.

⁵⁰ Ashmolean Museum, Oxford: E4975. Cf. Wengrow, 2007 [2006], 223; Raffaele, 2010, fig. 2.3. Cf. también Fig. 47.

el mango de cuchillo del Metropolitan Museum de Nueva York (Nagada IIIb)⁵¹, el incensario de Qustul (Nagada IIIb)⁵², una cabeza de maza de marfil hallada en Hieracópolis (Nagada IIIb-Dinastía I)⁵³ y la Paleta del Campo de Batalla (Nagada IIIb, la cual contiene también personajes derrotados siendo devorados por buitres y un león personificando al rey en actitud de abatir a otro individuo)⁵⁴, así como en las inscripciones rupestres de Nag el-Hamdulab⁵⁵ y de Dyebel Sheikh Suleiman de Nagada IIIb (en una de las cuales aparecen además personajes derrotados presumiblemente muertos, y en la otra un escorpión personificando al rey en actitud de someter con un lazo al prisionero)⁵⁶. Finalmente, también se representa a prisioneros maniatados en objetos de la Dinastía I como la Cabeza de Maza de Nármer (en la cual se contabiliza la cantidad de prisioneros y de ganado obtenidos como botín en una expedición militar)⁵⁷, una caña del reinado de Qaa⁵⁸, algunas etiquetas y objetos de marfil⁵⁹ y una serie de pequeñas estatuillas (algunas posiblemente más tempranas)⁶⁰.

El empleo iconográfico del lazo es particularmente interesante, pues parece evocar a la vez el concepto de dominio y la idea de armonía entendida como contención del desorden: la victoria del rey sobre el enemigo, la imposición del orden cósmico, el

⁵¹ Metropolitan Museum, New York: 26.241.1. Cf. Williams y Logan, 1987, 246-249; Ciałowicz, 1993, 30-32; Cervelló Autuori, 2009a, 72-73. Cf. también Fig. 54.

⁵² Oriental Institute Museum, Chicago: E24069. Cf. DeVries, 1977; Williams, 1986, 138-145, pls. 34, 38; Ciałowicz, 1993, 32-34; Török, 2009, 42; Teeter, 2011, 162-163. Cf. también Fig. 60.

⁵³ Cf. Quibell, 1900, 7, pl. XII.4; Gilbert, 2004, 96, fig. 8.18. Cf. también Fig. 59.

⁵⁴ Cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 242-243, fig. 20; Gilbert, 2004, 92-93, fig. 8.10. Cf. también Fig. 53.

⁵⁵ Cf. Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012, 1074, fig. 7. Cf. también Fig. 108.

⁵⁶ Cf. Murnane, 1987; Davis, 1992, 126-127, fig. 35; Ciałowicz, 1993, 35-37; Gilbert, 2004, 93-94, fig. 8.13; Müller, 2009, 218; Török, 2009, 49; Somaglino y Tallet, 2014. Cf. también Figs. 106-107.

⁵⁷ Ashmolean Museum, Oxford: E3631. Cf. Quibell, 1900, pl. XXVI.b; Gilbert, 2004, 95, fig. 8.17; Cervelló Autuori, 2009a, 97, fig. 3.17. Cf. también Fig. 64.

⁵⁸ Cf. Petrie, 1900, pls. XII.12-13, XVII.30; Emery, 1961, 250; Campagno, 2002, fig. 14.3; Gilbert, 2004, 95-96, figs. 8.18. Cf. también Fig. 68.

⁵⁹ Cf. Vandier, 1952, figs. 558, 561; Campagno, 2002, figs. 12.2, 12.4; Gilbert, 2004, 96, figs. 8.18-19. Cf. también Figs. 119-121, 126.

⁶⁰ Cf. Vandier, 1952, 433 y fig. 291 (aunque con reticencias sobre la periodización); Gilbert, 2004, 96, fig. 8.21; Wengrow, 2007 [2006], 223; De Wit, 2008, 183-188, 201-202, 211-214, 221-224, 227-230. Cf. también Figs. 85-96.

sometimiento de los súbditos (esto último puede entrescribirse en la representación de aves-rejit ahorcadas mediante sogas en la Cabeza de Maza de Escorpión)⁶¹. En una consideración de la dimensión de la práctica, lo que los testimonios iconográficos permiten inferir es la captura efectiva de prisioneros en contextos de violencia bélica durante los períodos que evidencian la existencia de sociedades de jefatura y, más patentemente, en situaciones estatales en las cuales la figura del individuo sometido puede evocar tanto el tratamiento sobre el enemigo como el castigo sobre el súbdito.

Una última clase de testimonio de violencia de probable carácter bélico la constituyen los indicios de abandono repentino o destrucción de sitios o edificios que pueden interpretarse como el resultado de algún tipo de agresión sobre una población. En efecto, de acuerdo con Ferguson, la “destrucción violenta o abandono de un asentamiento es fuerte evidencia de guerra”⁶², si bien su abordaje no carece de dificultades. En el área y períodos de nuestro estudio, y ateniéndonos a los resultados de las excavaciones de los arqueólogos, pueden considerarse en este sentido unos pocos pero significativos testimonios⁶³.

Por un lado, el sitio de Maadi, en el vértice del delta, cuyos primeros indicadores de ocupación datan de la fase Nagada I, presenta indicios de abandono repentino hacia la fase Nagada IIc⁶⁴, lo cual ha conducido a algunos investigadores a asociar su final con un contexto de guerra. Una lectura particularmente manifiesta en este sentido fue

⁶¹ Cf. Wengrow, 2007 [2006], 236; Raffaele, 2010, 256. En la Paleta de Nármer, tal alegoría aparece en el motivo de dos personajes empleando sendos lazos para dominar a dos animales cuyos cuellos están entrelazados, al tiempo que en el lado opuesto el halcón que identifica al rey con Horus sujeta por la nariz a la cabeza del enemigo derrotado con lo que algunos autores identifican como una cuerda. En la Paleta de los Toros, el lazo aparece sostenido por una serie de portaestandartes. Cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 242-246; Wengrow, 2007 [2006], 255; Cervelló Autuori, 2009a, 98-99. Cf. también Figs. 52, 57, 63.

⁶² Ferguson, 1997, 325. Cf. LeBlanc, 1999, 81-83; 2004, 62-63.

⁶³ Si bien no nos detendremos en ello, conviene señalar que, en la Piedra de Palermo, es mencionada la destrucción violenta de localidades no identificadas en relación con los reinados de Den de la Dinastía I (Sah?-nisut, Wer-ka) y Ninecher de la Dinastía II (Shem-Ra, Ha). Cf. Wilkinson, 2000a, 116, 125.

⁶⁴ Cf. Rizkana y Seeher, 1987, 78.

presentada por William Hayes en los años sesenta⁶⁵. Este autor destacó la existencia, en primer lugar, de restos de presumibles palizadas y pozos defensivos en torno a las áreas de residencia del sitio que podrían sugerir necesidades defensivas, y en segundo lugar, de vestigios de capas de cenizas y restos humanos dispersos que indicarían que este sitio “había sido saqueado e incendiado al menos una vez a lo largo de su historia”⁶⁶. La sugerencia de Hayes fue tomada en consideración por Hoffman a fines de los años setenta y recuperada algunos años más tarde por autores como Bard y Carneiro, en el marco de su análisis sobre guerra y diferenciación social en el período Predinástico, y Sava P. Tutundžić, quien sugirió la posibilidad de seguir una línea de interpretación en clave bélica de la fase final del sitio de Maadi⁶⁷. Si bien en la actualidad la existencia efectiva de niveles de destrucción en este sitio ha sido cuestionada⁶⁸, su repentino abandono constatado arqueológicamente sigue constituyendo un dato de interés⁶⁹.

De acuerdo con Rizkana y Seeher, no hay suficientes razones para considerar que el abandono del sitio de Maadi hacia el período Nagada IIc haya sido debido a una serie de incursiones violentas de un determinado grupo humano sobre su población⁷⁰. Si bien los autores señalan en este sentido que la presencia del cementerio cercano de Wadi Digla, que siguió siendo utilizado después del abandono de Maadi, sería indicativa de una cierta continuidad de actividades de asentamiento en la zona, las razones para el abandono de Maadi permanecen irresueltas, motivo por el cual los autores advierten – aunque automáticamente rechazan– la posibilidad de que “asumamos que la población

⁶⁵ Cf. Hayes, 1965, 123, 131.

⁶⁶ Hayes, 1965, 123.

⁶⁷ Cf. Hoffman, 1979, 213-214; Bard y Carneiro, 1989, 19; Tutundžić, 1989, 429.

⁶⁸ Cf., por ejemplo, Rizkana y Seeher, 1989, 83-84. Respecto a los indicios de palizadas y pozos, su asociación con una funcionalidad defensiva ha sido desestimada, aunque las estructuras edilicias de Maadi siguen estimulando discusiones. Por su parte, el testimonio de la destrucción por fuego de la techumbre de un corredor no ha sido relacionado con un episodio de violencia. Cf. Rizkana y Seeher, 1989, 74-75; Hartung *et al.*, 2003; Wengrow, 2007 [2006], 109-112; Campagno, 2011b, 194-195.

⁶⁹ Cf. Campagno, 2002, 191.

⁷⁰ Cf. Rizkana y Seeher, 1989, 83.

de Wadi Digla fue responsable por la destrucción de la aldea de sus vecinos en Maadi”⁷¹. Los autores se decantan, finalmente, por considerar los cambios drásticos evidenciados en el sitio de Maadi como parte de las dinámicas de cambio cultural asociadas al contacto con las poblaciones del Alto Egipto hacia la fase Nagada II, pero sin negar que el movimiento de población del sur hacia el norte pudo haber tomado la forma de la “invasión” y la “conquista”⁷². En efecto, la dimensión que atañe a la desaparición o reemplazo de la cultura material del Bajo Egipto (como fenómeno gradual asociado a pautas a la vez consensuales y conflictivas relacionadas con la expansión de la cultura material del Alto Egipto) y la dimensión del abandono concreto del sitio de Maadi (como circunstancia histórica concreta que pudo involucrar el conflicto bélico) no se presentan como excluyentes sino como complementarias⁷³.

Marcelo Campagno señala que la “crisis final de Maadi –un asentamiento que debió jugar un papel clave hasta entonces en la intermediación de los productos asiáticos con dirección al alto valle– podría haber sido consecuencia de la nueva estrategia de abastecimiento directo de los productos cananeos iniciada por el Estado del Alto Egipto”⁷⁴. Sin embargo, añade Campagno, “no es posible descartar la posibilidad de que la desaparición de Maadi guarde relación con alguna situación de conflicto con el Estado del alto valle”⁷⁵, en el marco de lo que Tutundžić interpreta como “una enemistad guerzeense hacia los habitantes de Maadi y sus alrededores”⁷⁶. Integrada la situación del sitio de Maadi en el marco más general de la expansión de elementos de la cultura material del Alto Egipto sobre la región del delta, Baines advierte que “parece improbable que una cultura material vigorosa y un modo de vida específico como el de

⁷¹ Rizkana y Seeher, 1989, 84.

⁷² Rizkana y Seeher, 1989, 84.

⁷³ Cf. Midant-Reynes, 2000, 60. Pero cf. Köhler, 2014, 173-176.

⁷⁴ Campagno, 2002, 191.

⁷⁵ Campagno, 2002, 191, nota 84.

⁷⁶ Tutundžić, 1993, 54. Citado y traducido por Campagno, 2002, 191, nota 84.

Ma'adi fueran reemplazados de un modo completamente pacífico”, por lo cual “un modelo de conflicto y de dominación desde el sur es plausible”⁷⁷. Alice Stevenson, por su parte, señala que “es de esperar que [la expansión cultural] haya involucrado una variedad de escenarios de contacto a lo largo del Bajo Egipto, algunos quizás pacíficos, otros indudablemente menos”⁷⁸. En suma, una consideración de este tipo permite aceptar la posibilidad de que “el asentamiento de Maadi llegó a su fin como resultado de la destrucción violenta, y no de un simple abandono pacífico”⁷⁹.

Otros dos sitios del Bajo Egipto que ofrecen alguna información de interés son Tell el-Iswid y Tell el-Farkha, ambos ubicados en el delta oriental. La particularidad de estos dos sitios es que el análisis estratigráfico revela en ellos un reemplazo más drástico de la cultura material del Bajo Egipto por la del Alto Egipto, entre fines de Nagada II y comienzos de Nagada III, que en sitios como Tell Ibrahim Awad (Delta oriental) y Buto (Delta occidental), en los cuales el cambio se infiere más bien gradualmente⁸⁰. La radicalidad del cambio en Tell el-Iswid y Tell el-Farkha, que también se observa en variaciones arquitectónicas, ha sido vinculada con un abandono transitorio de dichos sitios⁸¹, lo cual podría testimoniar el aspecto coercitivo de la dinámica expansiva de las entidades estatales del Alto Egipto, en la medida en que esta dinámica, como hemos mencionado en el párrafo precedente, pudo involucrar no sólo diversas pautas de influencia más allá del alto valle a partir de la fase Nagada II, sino también prácticas conflictivas que pudieron anticipar las formas a la vez violentas y consensuales asociadas a la expansión política que daría forma al Estado dual egipcio hacia fines de

⁷⁷ Baines, 2005, 120. Cf. también Bard, 1994, 27; Seeher, 1999, 458.

⁷⁸ Stevenson, 2008a, 557.

⁷⁹ Tutundžić, 1989, 429.

⁸⁰ Sobre Tell el-Iswid, cf. van den Brink, 1989; Midant-Reynes *et al.*, 2014; Guyot, 2015. Sobre Tell el-Farkha, cf. Ciałowicz, 2004; 2007; 2011; Jucha, 2007; Chłodnicki, Ciałowicz y Mączyńska, 2012; Chłodnicki, 2014.

⁸¹ Cf. Campagno, 2002, 188-189; Cervelló Autuori, 2009a, 79.

Nagada IIIb y comienzos de la Dinastía I. Este tipo de inferencia no carece, de todos modos, de dificultades y objeciones.

Por un lado, se ha tendido a relativizar, recientemente, el valor de la producción cerámica como indicador de movilidad poblacional y de influencia cultural, social y política, llegándose a afirmar que no existió una expansión cultural ni, previamente, dos culturas diferenciadas en el valle y el delta del Nilo⁸². En relación con esto, E. Christiana Köhler ha señalado que la existencia de variaciones regionales en la producción cerámica dentro del ámbito del Alto Egipto durante la fase Nagada II impide identificar una cultura material homogénea del Alto Egipto en contraposición con una cultura del Bajo Egipto⁸³. Si bien esta advertencia resulta pertinente a la hora de cuestionar lecturas algo automáticas en clave de etnicidad o de préstamos o imposiciones culturales absolutas, el hecho de que se reconozcan niveles de correspondencia no sólo de estilos cerámicos sino también de pautas arquitectónicas y de enterramiento en el Alto Egipto, luego extendidas (no sin variaciones) al delta, permite inferir dinámicas socioculturales compatibles con la idea de la existencia y extensión de prácticas y creencias más o menos compartidas⁸⁴.

Por otro lado, se ha puesto en duda la eventualidad de un despoblamiento de los sitios de Tell el-Iswid y Tell el-Farkha previo a la predominancia de la cultura material del sur, que pudiera interpretarse como un abandono repentino asociado a alguna clase de conflicto. En relación con esto, estudios recientes han observado niveles de convivencia de cultura material del Bajo y el Alto Egipto que han sido juzgados similares a los registrados en sitios como Buto, en lo que algunos autores definen como

⁸² Cf. Köhler, 2014, 173-176. Sobre estas afirmaciones, cf. Campagno, 2013b, 5; Midant-Reynes *et al.*, 2014, 37-38.

⁸³ Cf. Köhler, 2014. Cf. también Mączyńska, 2015, 70.

⁸⁴ En rigor, la idea de una “homogeneidad cultural” del tipo que cuestiona Köhler (es decir, entendida en términos absolutos) no es aplicable, tampoco, a la totalidad del territorio controlado por el Estado egipcio durante la época faraónica, por no hablar de las pautas diferenciales asociadas a los diversos estratos de la sociedad.

una fase “transicional”⁸⁵. Aun así, se ha señalado que en Tell el-Iswid dicha “transición” es difícil de notar, y que corresponde ser cauteloso en el análisis dado que aquello que tiende a ser “interpretado como una fase de transición” puede corresponder en rigor a una “mezcla de estratos”⁸⁶. Actualmente, la llamada “fase transicional” de Tell el-Iswid es identificada como un “eslabón perdido” dada la dificultad de estudiar su composición, y la única afirmación contundente es que tal transición, de haber existido, “parece haber sido bastante breve”⁸⁷.

En Tell el-Farkha también se registra un período de convivencia más bien breve (en una de sus áreas de excavación no se testimonia siquiera fase de “transición”)⁸⁸, sin que quede en claro por qué se da el repentino predominio de la cultura material del Alto Egipto, más allá de observaciones respecto de que “los habitantes nativos del Delta aceptaron los modelos más modernos y atractivos del sur”⁸⁹, aun cuando –dejando de lado una crítica al postulado evolucionista contenido en tal enunciado– se reconoce la preexistencia de pautas arquitectónicas y productivas locales compatibles con algunas experiencias del Alto Egipto (el uso de ladrillos, la producción de cerveza en un recinto diferenciado)⁹⁰. Se ha afirmado también, sin desconocer la existencia de posibles influencias mutuas, que la “suerte” de los habitantes del delta tras el predominio de la “población” del Alto Egipto “es un misterio”⁹¹. Un dato aceptado lo constituye el hecho de que la población del Alto Egipto debió tener interés en el control del intercambio que conectaba el delta del Nilo con el sur de Palestina, en cuyo circuito Tell el-Farkha tenía algún papel (según demuestra la presencia en este sitio de materias primas, herramientas

⁸⁵ Jucha, 2007; Guyot, 2015.

⁸⁶ Midant-Reynes *et al.*, 2014, 54. Cf. van den Brink, 1989, 64.

⁸⁷ Guyot, 2015, 15.

⁸⁸ Cf. Chłodnicki, 2012, 21.

⁸⁹ Ciałowicz, 2007, 16. Cf. Cervelló Autuori, 2009b, 79; Ciałowicz, 2011, 55-56.

⁹⁰ Cf. Takamiya, 2004b, 1031-1032; Ciałowicz, 2011, 55; Mączyńska, 2013, 87-88; 2015, 80; Adamski y Rosińska-Balik, 2014; Chłodnicki, 2014, 57-58; Dębowska-Ludwin, 2014, 105-106.

⁹¹ Ciałowicz, 2011, 56. Cf. Ciałowicz, 2007, 16.

y cerámica de Palestina, así como de cerámica y otros bienes del Alto Egipto y de restos de asnos que debieron servir para el transporte)⁹², lo cual ofrece una vía de interpretación viable en torno a la iniciativa de las élites del Alto Egipto, las cuales pudieron incidir ya sea en alguna clase de abandono y repoblamiento repentinos del sitio, o bien en la imposición de pautas culturales sobre población local, en ambos casos sin que pueda aseverarse, pero tampoco descartarse, el empleo de la fuerza o su amenaza.

En cualquier caso, la brevedad de la fase llamada “transicional” (si es que puede reconocerse como tal) y el repentino predominio de la cultura material del sur testimoniado en Tell el-Farkha hacia fines de Nagada IId o comienzos de Nagada IIIa y en Tell el-Iswid hacia comienzos de Nagada IIIa, diferencian lo acontecido en estos sitios respecto de lo evidenciado en otros como Buto y Tell Ibrahim Awad, y no permiten que se excluya la eventualidad del empleo o la amenaza de la violencia sobre sus poblaciones.

El sitio de Tell el-Farkha ofrece además un testimonio adicional de conflicto que merece ser considerado. Se trata de la destrucción por fuego de un recinto de grandes proporciones construido con muros de un espesor considerable (más de dos metros), cuyas funciones pudieron ser tanto residenciales como de administración o almacenamiento (además de la particular disposición espacial interna, se hallaron en su interior sellos)⁹³. De acuerdo con los excavadores, la destrucción tuvo lugar hacia fines de Nagada IIIa y pudo deberse tanto a una circunstancia accidental como a un episodio de violencia, en este último caso probablemente relacionado con la dinámica expansiva de las entidades estatales del Alto Egipto. De acuerdo con Ciałowicz, “tomando en consideración la fecha del fuego (3200 a.C.), puede suponerse que [la destrucción] no

⁹² Cf. Ciałowicz, 2011, 55-56.

⁹³ Cf. Ciałowicz, 2004, 380-381; 2007, 16-18; 2011, 56-57.

fue una coincidencia”, sino que “pudo estar relacionada con la creciente rivalidad entre los grandes centros políticos” que otorgaban “gran importancia al comercio con el Sinaí y Palestina”⁹⁴. El factor conflictivo pudo, por lo tanto, estar involucrado en los procesos de expansión política que debieron haber incidido en la existencia, ocupación y/o destrucción de sitios y recintos del delta oriental del Nilo hacia la fase Nagada IIIa-b.

Un último testimonio relevante para la presente discusión no involucra la región del delta oriental sino el área meridional del valle del Nilo. En la región que va desde la primera hasta la segunda cataratas del Nilo ha sido testimoniado el llamado Grupo A de la Baja Nubia, cuyos cementerios y áreas de habitación sugieren la existencia de unas poblaciones que habrían tenido contacto con las sociedades del Alto Egipto a partir de la fase Nagada I⁹⁵ y que, hacia la fase Nagada IIIa-b, habrían constituido entidades políticas centralizadas documentadas, por ejemplo, en los cementerios de élite 137 de Sayala y 142 de Naga Wadi y, sobre todo, en el cementerio L de Qustul, el cual parece apuntar a la existencia de un núcleo estatal que pudo ser antagonista de las dinámicas estatales del Alto Egipto⁹⁶.

⁹⁴ Ciałowicz, 2011, 57. Cf. Campagno y Gayubas, 2015, 32. Si bien conflagraciones de diversa índole (quizás accidental) han sido documentadas en otros sitios y períodos (cf. Wengrow, 2007 [2006], 102, 111), la destrucción por fuego como posible indicador de conflicto ha sido testimoniada en otra clase de contexto. En el cementerio de élite HK6 de Hieracópolis, la tumba 72 datada hacia Nagada IIa-b contiene indicios de un “acto de agresión” contra la persona enterrada en ella (probablemente un personaje de alto estatus social): por un lado, la perturbación deliberada de su cadáver, y por el otro, el incendio y destrucción de la superestructura de madera de su tumba (Friedman, 2014). También algunas tumbas reales de la Dinastía I parecen haber sido deliberadamente incendiadas (Snape, 2011, 25). Ello habilita la posibilidad de pensar en alguna clase de conflicto interno o faccional.

⁹⁵ Cf. Trigger, 1985 [1983], 64-66; Campagno, 2001, 38; Diego Espinel, 2011, 131-132; Liszka, 2013. De acuerdo con el análisis de Hafsaas-Tsakos (2015), dichos contactos debieron incluir episodios de violencia bélica desde al menos la fase Nagada II, según sugieren los testimonios de mazas y de restos humanos con lesiones (en antebrazos y, sobre todo, en cráneos) hallados en los cementerios del norte de la Baja Nubia. Sobre los restos humanos con lesiones, cf. Smith, 1910, 329ss.; Nordström, 1972, 19 (quien destaca el testimonio de “varios casos de severas heridas ante-mortem y de muerte violenta” en restos humanos del Grupo A); Rampersad, 1999, 199-201 (quien señala la alta frecuencia de fracturas en antebrazos –relacionadas por Smith a presumbles prácticas deportivas– y de heridas en cráneos posiblemente perpetradas con hachas u otra clase de armas).

⁹⁶ Cf. Williams, 1986; O’Connor, 1993, 20-23; Shinnie, 1996, 51; Lupo de Ferriol, 2001, 248; Campagno, 2002, 197, 219-220; Midant-Reynes, 2003, 303-305; Baines, 2005, 122; Gatto, 2006, 70-71; Wengrow,

Precisamente, la abrupta interrupción en el uso del cementerio real de Qustul (acompañada de su saqueo y “violenta destrucción”⁹⁷) durante la Dinastía I y la casi total desaparición del Grupo A del registro material se constituye en un posible indicador de una situación de conflicto que pudo tomar la forma de la agresión militar del Estado egipcio sobre la Baja Nubia, la desintegración del núcleo estatal de Qustul y el desplazamiento de la población del Grupo A⁹⁸. Colaboran con una lectura en esta línea las inscripciones rupestres halladas en Dyebel Sheikh Suleiman, cerca de la segunda catarata, que parecen conmemorar la victoria militar de un rey egipcio de la Dinastía 0 sobre población nubia, y la representación del sometimiento de prisioneros identificados como nubios en sendas etiquetas de los reyes Aha y Uadyi de la Dinastía I, así como los restos de un recinto fortificado de la Dinastía I hallados en Elefantina que sustentan la idea de unas acciones militares conducidas sobre territorio nubio desde el extremo meridional del territorio administrado por el Estado egipcio⁹⁹. Los indicios de

2007 [2006], 204-209; Cervelló Autuori, 2009a, 89; Török, 2009, 41-44; Diego Espinel, 2011, 132-133; Roy, 2011, 155-158, 311-312.

⁹⁷ Williams, 1986, 183. Cf. Baines, 2005, 122-123; Diego Espinel, 2011, 137.

⁹⁸ Cf. Nordström, 1972, 31-32; Trigger, 1976, 46; 1985 [1983], 88; Williams, 1986, 183; O'Connor, 1993, 23; Wilkinson, 1999, 179-180; Campagno, 2001, 46; 2002, 197, 219-220; Midant-Reynes, 2000 [1992], 224-225; 2003, 305; Baines, 2005, 123; Roy, 2011, 226-227. Cf. también Hafsaas-Tsakos, 2015. Si bien se ha discutido recientemente la idea de una extinción del Grupo A y de un despoblamiento efectivo de la Baja Nubia hacia la Dinastía I (Gratien, 1995), lo que queda fuera de discusión es la desaparición de los indicios materiales que darían cuenta de la supervivencia de las élites locales de la Baja Nubia. Dado que la avanzada egipcia no debió tomar la forma de una ocupación militar en sentido estricto, sino más bien la modalidad de incursiones con diversos niveles de presencia estatal (Gratien, 1995, 44), la reconfiguración de los patrones de asentamiento de la población local (desplazamiento y/o nomadismo) parece indicar con suficiente elocuencia una situación de hostigamiento militar (Trigger, 1976, 46; Lupo de Ferriol, 2001, 258-259; 2005, 195; Török, 2009, 53-55). Esta circunstancia permitiría explicar la dispersión y el desplazamiento poblacional evidenciados por la culminación o, cuando menos, radical disminución de la cultura material y pautas de habitación y enterramiento previamente concentrados en la región de la Baja Nubia, así como la presencia de cerámica de origen nubio en Elefantina, esto es, en convivencia con cerámica egipcia en un área de frontera controlada por el Estado egipcio. Cf. Nordström, 1972, 32; Diego Espinel, 2011, 138.

⁹⁹ Cf. Nordström, 1972, 32; Gratien, 1995, 44; Wilkinson, 1999, 179-180; Midant-Reynes, 2000 [1992], 224-225; 2003, 305; Lupo de Ferriol, 2001, 254; Redford, 2004, 3-4; Cervelló Autuori, 2009a, 89; Diego Espinel, 2011, 137-139; Liszka, 2013; Campagno y Gayubas, 2015, 36-37. Sobre las inscripciones de Dyebel Sheikh Suleiman, cf. Needler, 1967; Murnane, 1987; Ciałowicz, 1993, 35-37; Williams, 1986, 171; Wilkinson, 1999, 54, 177-179; Somaglino y Tallet, 2014. Sobre las etiquetas de los reyes Aha y

presencia estatal egipcia en Buhen (en torno a la segunda catarata) hacia la Dinastía II, en el sitio en el cual durante la Dinastía IV se construiría un asentamiento amurallado, permiten vincular los testimonios previamente mencionados con alguna clase de presencia militar en la región con posterioridad al presumible desplazamiento del Grupo A, lo cual se vería reforzado por la representación del sometimiento de un prisionero nubio en el fragmento de una estela del rey Jasejem de fines de la Dinastía II¹⁰⁰.

Sintetizando, una consideración de la evidencia osteológica, arqueológica, iconográfica y escrita permite sostener que el ejercicio de la violencia en tanto componente de la práctica bélica puede ser testimoniado en el valle del Nilo desde fines del período Paleolítico y a lo largo de los períodos que abarca este estudio. Heridas en restos óseos provocadas por armas de golpe o proyectiles, algunas de ellas fatales, permiten reconocer la seriedad y letalidad de esta práctica en contextos tanto estatales como no estatales. La captura y ejecución de prisioneros aparece iconográficamente a partir de Nagada Ic, lo cual parece vincular dicha práctica inicialmente con la

Uadyi, cf. Petrie, 1901b, pls. III.2, XI.1; Vandier, 1952, 834, fig. 558; Emery, 1961, 51, fig. 11; Wilkinson, 1999, fig. 5.3(3); Campagno, 2002, 219, fig. 12.4; Gilbert, 2004, 95-96; Dreyer *et al.*, 2003, pl. 18f. Sobre el recinto fortificado en Elefantina, cf. Seidlmayer, 1996, 112; Campagno, 2002, 219-220; Gilbert, 2004, 105-106; Török, 2009, 54-55; Campagno y Gayubas, 2015, 36; Moeller, 2016, 76-78. La identificación de las poblaciones sometidas como nubias proviene de la inclusión de la inscripción jeroglífica *sty/t3 sty* en las citadas representaciones. Cf. *infra*, cap. 6.1. Cf. también Figs. 30-31, 106-107, 126, 129.

¹⁰⁰ Cf. Wilkinson, 1999, 180-181; Diego Espinel, 2011, 137-139; Campagno y Gayubas, 2015, 36-37. Sobre la presencia egipcia en Buhen (impresiones de sellos de la Dinastía II, posibles indicadores de un nivel arquitectónico de la misma época, inscripciones rupestres jeroglíficas del período Dinástico Temprano situadas en una colina cercana), cf. Emery, 1963, 117; Smith, 1972, 58-61, fig. 11.5; Trigger, 1976, 46; Adams, 1977, 139; Hoffman, 1979, 261; Kemp, 1985 [1983], 162; Trigger, 1985 [1983], 88; Gratien, 1995, 47-48; Wilkinson, 1999, 180-181; Campagno, 2002, 219-220; Török, 2009, 55. Sobre el fragmento de estela de Jasejem, cf. Quibell y Green, 1902, 47-48, pl. LVIII; Emery, 1961, 100, fig. 64; Gratien, 1995, 44; Wilkinson, 1999, fig. 5.3(4); Campagno, 2002, 219, fig. 14.4; Gilbert, 2004, 96; Roy, 2011, 226. Aquí también la identificación del personaje sometido con el territorio nubio proviene de la inscripción jeroglífica *t3 sty*; en el registro inferior, algunos autores leen, junto al *serej* de Jasejem, “humillando a las tierras extranjeras” (*dbt r dwt/smyt*) (Petrie en Quibell y Green, 1902, 48; Massoulaud, 1949, 460; Emery, 1961, 100; Wilkinson, 1999, 92; Gilbert, 2004, 96; Hamblin, 2006, 323; Roy, 2011, 226), si bien tal lectura, propuesta originalmente por Petrie (“humbling the foreign lands”), es dudosa. Baines (1995, 143) propone, en cambio, el epíteto regio “sandalia eficaz contra el mal/malvado” (*3h tbt r dwt*), similar a la traducción de Edwards (1971, 32): “sandalia excelente contra las tierras extranjeras”. Cf. también Figs. 74, 112.

constitución de sociedades de jefatura y, posteriormente, con formas de organización estatal. Finalmente, es precisamente a partir de la irrupción de dinámicas estatales hacia la fase Nagada IIc-d que la violencia militar parece adquirir un carácter expansivo (destrucción o despoblamiento de sitios y regiones, asociados a testimonios de expansión cultural y política) y convivir con otras formas de violencia asociadas a la dominación política (coerción sobre población subordinada).

5.2. Tecnología

De acuerdo con Bossen, la tecnología es otro de los elementos que forman parte de la guerra entendida como práctica. Sus componentes pueden resumirse según tres aspectos: potencia de fuego, seguridad (entendida aquí como defensa) y movilidad¹⁰¹. Los testimonios arqueológicos e iconográficos del valle del Nilo del período Predinástico hasta la Dinastía III ofrecen alguna información al respecto, particularmente si se atiende a los vestigios o indicios de armas (potencia de fuego), fortificaciones (seguridad) y embarcaciones e infraestructura vinculada al transporte terrestre (movilidad)¹⁰².

5.2.1. Potencia de fuego

El indicador arqueológico que se corresponde con este aspecto de la guerra entendida como práctica lo constituye la pervivencia de armas. Se trata, de acuerdo con la definición del arqueólogo Slavomil Vencl, de “los dispositivos empleados para combatir”, o más específicamente, en un abordaje como el nuestro, de aquellos

¹⁰¹ Cf. Yadin, 1963, 4-15; Ferrill, 1985, 44.

¹⁰² Si bien el aspecto de la seguridad en el esquema de autores como Yadin y Ferrill apunta al uso de implementos para la protección del cuerpo por parte de los combatientes, resulta del todo pertinente asociarlo en la presente argumentación a los aspectos defensivos implicados en la construcción de fortificaciones, cuyos testimonios se señalarán oportunamente.

artefactos utilizados para infligir daño físico (“armas ofensivas”) o para defenderse (“armas defensivas”) durante episodios de carácter bélico¹⁰³.

El tratamiento de este tipo de evidencia tiene sus dificultades, dado que no siempre es posible distinguir entre armas empleadas para la guerra y aquellas orientadas a otros usos como, por ejemplo, la cacería¹⁰⁴. Ante esta circunstancia se han propuesto clasificaciones tendientes a establecer criterios de interpretación de los artefactos hallados en cada contexto arqueológico analizado. Una de tales clasificaciones consiste en diferenciar los objetos según cuatro categorías: armas especializadas, armas-herramientas, herramientas-armas y armas ocasionales¹⁰⁵.

Según esta clasificación, las armas especializadas son aquellas fabricadas expresamente para combatir o ejecutar a otros individuos, así como para defenderse en situaciones de violencia bélica. Las armas-herramientas, por su parte, son armas que pudieron ser empleadas como tales a la vez que como herramientas para otros tipos de actividades. Finalmente, las herramientas-armas son aquellas herramientas que pudieron haber sido utilizadas esporádicamente como armas, y las armas ocasionales son aquellos objetos de cualquier clase que pudieron ser empleados como dispositivos de agresión ante situaciones bélicas mayormente imprevistas.

En lo que respecta al presente estudio, el análisis se centrará en las dos primeras categorías, puesto que los potenciales testimonios correspondientes a las dos categorías restantes exceden las posibilidades de un abordaje orientado a establecer su asociación o

¹⁰³ Vencl, 1999, 65. Cf. Yadin, 1963, 6-13; Vencl, 1984, 125-126; 1999, 65-67; Ferrill, 1985, 16-19; Keeley, 1996, 49-55; Ferguson, 1997, 325; Chapman, 1999, 107-112; Haas, 2001, 331-332; Gilbert, 2004, 3; LeBlanc, 2004, 62-63; Otterbein, 2004, 63-66; Arkush y Stanish, 2005, 20; Vandkilde, 2006b, 484-487; Gabriel, 2007, 65-84; Nielsen, 2007. Sobre la diferenciación entre armas ofensivas o de ataque y armas defensivas, cf. Herold, 2009, 192-193. Sobre los implementos utilizados para la protección del cuerpo, denominados aquí armas defensivas, cf. Yadin, 1963, 13-15.

¹⁰⁴ Cf. Childe, 1941, 127; Herold, 2009, 192.

¹⁰⁵ Cf. Gilbert, 2004, 3, 33-34. Esta clasificación se deriva de la propuesta por Vencl (1999, 65-67) en torno a las categorías de armas especializadas, armas no especializadas y armas ocasionales. Cf. también Chapman, 1999, 107-108.

no con la dimensión bélica en las situaciones históricas comprendidas. Se considerarán, pues, aquellas armas que, tanto por el análisis de su funcionalidad a partir de su morfología o tipología, como por su asociación con otros datos indicativos de su empleo en actividades bélicas (representaciones iconográficas, restos humanos con lesiones provocadas por dichas armas o incluso con fragmentos de éstas incrustados en los huesos), pueden ser caracterizadas como armas de guerra.

En el valle del Nilo se ha hallado una buena cantidad de vestigios de armas correspondientes a los períodos que nos ocupan¹⁰⁶. Tomando en consideración los testimonios arqueológicos e iconográficos se ha llegado a afirmar que “las principales armas de los períodos Predinástico tardío y Protodinástico eran indudablemente el arco y la flecha, la lanza, el hacha y la maza”¹⁰⁷. Esta observación puede extenderse incluso a los períodos previos e inmediatamente posteriores¹⁰⁸. A ello debe sumarse que no sólo el tipo de armas, sino también los materiales empleados para construirlas, parecen haber variado poco (salvo en algún aspecto al que nos referiremos más adelante) entre las fases previas a la aparición de lo estatal en el valle del Nilo y el momento de aparición y consolidación del Estado¹⁰⁹. Así, restos de flechas, lanzas y hachas de piedra y de sílex aparecen en el registro arqueológico del valle desde el período Paleolítico en adelante, agregándose a ellas los cuchillos de sílex y las mazas de piedra a partir del período Neolítico¹¹⁰. Por esta razón, William J. Hamblin señala que el Estado egipcio de fines

¹⁰⁶ Cf. el meticuloso trabajo de Gilbert, 2004, 33-72 (con bibliografía). Cf. también Petrie, 1917; Wolf, 1926, 4-19; Massoulard, 1949, *passim*; Vandier 1952, *passim*; Ciałowicz, 1987; Shaw, 1991, 31-44; Midant-Reynes, 2000 [1992], *passim*; Bard, 1992, 9-10; 1994, 20, 86, 100; Campagno, 2002, 132, 164; 2004a, 689; McDermott, 2006 [2004], 45-61; Martínez Babón 2007, 15-16; Stevenson, 2008b.

¹⁰⁷ Shaw, 1991, 31.

¹⁰⁸ Cf. Gilbert, 2004, 33-72; Herold, 2009, 193-195; Gayubas, 2015b, 87-88; 2015c, 45.

¹⁰⁹ Cf. Shaw, 1991, 32.

¹¹⁰ Cf. Petrie, 1917; Shaw, 1991, 32. También se han hallado puntas de flecha y de lanza realizadas en madera, marfil y hueso. Sobre las armas en el registro arqueológico y en las representaciones iconográficas de los períodos que nos ocupan, cf. Gilbert, 2004, 33-72; McDermott, 2006 [2004], 45-61; Herold, 2009, 193-195. Sobre las armas a lo largo de la historia faraónica, cf. Wolf, 1926; Partridge, 2002, 21-74; McDermott, 2006 [2004]; Herold, 2009. Cf. también Figs. 17-27.

del Predinástico y comienzos de la época dinástica era un “estado militarmente neolítico”, en el sentido de que las armas empleadas en el ámbito de la guerra eran mayormente hechas de piedra o sílex, tal como eran realizadas en las fases precedentes¹¹¹.

Las mazas de piedra, documentadas desde el período Neolítico y hasta el período Dinástico Temprano, debieron tener un carácter específicamente militar como arma de combate cuerpo a cuerpo o de ejecución, aun cuando habrían adquirido un valor ceremonial adicional como símbolo de estatus en algún momento del período Predinástico¹¹². Durante el período Neolítico, las cabezas de maza atestiguadas corresponden a los tipos esférico y cónico-piriforme, mientras que a partir de Nagada I éstas son en gran medida reemplazadas por las cabezas de maza discoidales realizadas, de acuerdo con Gilbert, según una técnica de manufactura más elaborada. A partir de Nagada II aparecen las cabezas de maza piriformes, las cuales junto a las cabezas de maza discoidales de esta fase manifiestan una calidad y una uniformidad que sugieren la existencia de alguna clase de especialización¹¹³. La cantidad de mazas tanto efectivas como ceremoniales de Nagada IIIa-b y el período Dinástico Temprano, mayormente piriformes pero también discoidales y con formas denominadas “rituales”, sugiere una “producción a gran escala para satisfacer las necesidades crecientes de los [...] jefes y reyes”¹¹⁴.

¹¹¹ Hamblin, 2006, 325. Cf. Partridge, 2002, 22. En un sentido más general, afirma Hoffman (1979, 348) que “la economía de subsistencia era todavía básicamente neolítica [durante el período Dinástico Temprano], y la piedra más que el metal continuaba dominando el conjunto de herramientas como lo había hecho desde los más tempranos tiempos paleolíticos”.

¹¹² Cf. Wolf, 1926, 4-8, Taf. 1; Ciałowicz, 1987; Shaw, 1991, 31; Partridge, 2002, 32-34; Gilbert, 2004, 35-41; McDermott, 2006 [2004], 59-61; Martínez Babón, 2007, 15; Stevenson, 2008b; Herold, 2009, 193-194. Sobre las mazas como artefactos o símbolos de poder en el valle del Nilo, cf. Hoffman, 1982, 145; Ciałowicz, 1987, 54; Midant-Reynes, 2000 [1992], 180; Bard, 1994, 100; Campagno, 2002, 154-155; 2016a, 16-17; Castillos, 2002, 62-63; Gilbert, 2004, 39; Stevenson, 2011, 70-71. Cf. también Figs. 17-20.

¹¹³ Cf. Gilbert, 2004, 36-37.

¹¹⁴ Gilbert, 2004, 37.

La relación de la maza con la actividad bélica queda atestiguada en representaciones iconográficas de la fase Nagada Ic en adelante que la asocian al combate y a la ejecución de prisioneros, así como por la existencia de cráneos con fracturas hundidas compatibles con las heridas que debió provocar el impacto de esta clase de arma¹¹⁵. La importancia social de la maza como arma de guerra o ejecución y de la actividad a la que estaba relacionada, es sugerida, a la vez, por el hecho de que durante el período Predinástico buena parte de las cabezas de maza recuperadas fueron halladas en contexto funerario. Dado que históricamente las “armas en tumbas son a menudo una extensión material del cuerpo muerto y por lo tanto de algún modo se relacionan con las identidades sociales colectivas del muerto, y quizás en algunos casos también con su personalidad”¹¹⁶, esta práctica funeraria permite inferir cierta evocación ritual de la conexión entre el individuo enterrado y la actividad bélica.

A partir de fines de la fase Nagada I se infiere también la adquisición por parte de la maza de un valor simbólico adicional. La presencia en algunos enterramientos de modelos de mazas realizados en tamaños o materiales de dudosa utilidad militar permite reconocer su función, no como arma de guerra, sino como evocación de un rol social, acaso de la condición de guerrero o de alguna clase de prestigio social del individuo enterrado¹¹⁷. La aparición en esta misma época de las primeras representaciones iconográficas de un personaje destacado por su tamaño y atuendo golpeando con una maza a lo que parecen ser prisioneros de guerra (Nagada Ic), contribuye al establecimiento de una conexión entre la actividad bélica y cierto liderazgo social o militar desde al menos la fase Nagada I¹¹⁸. Ello permite sugerir que la funcionalidad

¹¹⁵ Cf. Gilbert, 2004, 35-36. Cf. también *supra*, cap. 5.1.

¹¹⁶ Vandkilde, 2006b, 485.

¹¹⁷ Cf. Campagno, 2002, 154-155; 2016, 16-17. Cf. también Hoffman, 1982, 145; Bard, 1992, 10; Midant-Reynes, 2000, 47.

¹¹⁸ Cf. Gayubas, 2006, 63; 2015a, 13; 2016, 35-36. Cf. también Figs. 33, 36.

concreta de la maza como arma de guerra y de ejecución debió determinar su elección como insignia de liderazgo y de poder¹¹⁹.

Durante las fases siguientes y al menos hasta el período Dinástico Temprano, las mazas de guerra halladas en el registro arqueológico conviven con modelos de mazas de tipo ceremonial. Incluso en un mismo sitio como el depósito principal de Hieracópolis, las cabezas de maza decoradas de Nagada IIIa-b y comienzos de la Dinastía I fueron halladas junto a cabezas de maza de tipo “funcional”¹²⁰. Como demuestra también el motivo del sometimiento del enemigo que presenta al rey aprestándose a golpear con una maza a uno o más prisioneros, “la maza se había convertido en un componente importante de los atributos de la realeza [...], como un potente símbolo de poder real”¹²¹.

Las otras armas de guerra testimoniadas durante los períodos considerados, si bien pudieron ser utilizadas alternativamente para otras actividades (se trata de lo que Gilbert identifica como armas-herramientas), constituyen importantes indicios de actividad bélica en la medida en que, tal como señala Campagno, “en lo que refiere a arcos y flechas, lanzas y hachas, permanece el hecho de que, en tiempos faraónicos, constituían parte del principal armamento de los ejércitos”¹²². A ello debe añadirse la existencia de representaciones tempranas de personajes utilizando o siendo agredidos por tales

¹¹⁹ Cf. Ciałowicz, 1987, 54-63; McDermott, 2006 [2004], 60-61. Wengrow (2007 [2006], 63) sostiene que la utilidad de las paletas cosméticas como implemento para el cuidado del cuerpo desde el período Neolítico en el valle del Nilo debió incidir en su elección como objeto votivo de la realeza (particularmente preocupada por la conservación del cuerpo) hacia fines del período Predinástico. De un modo similar, la utilidad bélica de la maza de guerra pudo haber incidido en su elección como objeto ceremonial de una realeza sostenida en las funciones no sólo reproductivas sino también destructivas (guerra y coerción) del rey.

¹²⁰ Stevenson, 2008b, 3. Cf. Wolf, 1926, 4-6; Wengrow, 2007 [2006], 224.

¹²¹ Stevenson, 2008b, 3.

¹²² Campagno, 2002, 164. Cf. Wolf, 1926, 8-19; Emery, 1961, 112-116; Davies, 1987, 27-29; Holmes, 1990; Shaw, 1991, 31-39; Partridge, 2002, 21-74; Campagno, 2004a, 689; 2011a, 53; McDermott, 2006 [2004], 45-61; Martínez Babón, 2007, 14-15. Cf. también Figs. 21-26.

objetos en escenas que evocan prácticas muy probablemente bélicas¹²³. Piénsese, por ejemplo, en el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak (Nagada IIc-d), que representa un enfrentamiento entre individuos armados con palos, mazas y cuchillos. La Paleta de la Caza (Nagada IIIa), por su parte, representa dos hileras de individuos armados con mazas, arcos, flechas, lanzas, bumeranes, hachas y, de acuerdo con la interpretación de algunos autores, escudos en una evocación iconográfica de la contención del desorden que vincula elocuentemente la cacería y la disposición para la guerra¹²⁴. En al menos uno de los grabados hallados en Nag el-Hamdulab (Dinastía 0), en la zona de Aswan, aparecen representados unos individuos armados con arcos y flechas en asociación con lo que parece ser un prisionero¹²⁵. El fragmento preservado de una paleta de Nagada IIIb o comienzos de la Dinastía I contiene el motivo de un personaje con aspecto presumiblemente asiático atravesado por una flecha (acaso contemporáneo de la presencia de armas en asentamientos con presencia egipcia en el sur de Palestina)¹²⁶, de un modo similar al prisionero representado junto a una embarcación en una de las inscripciones rupestres de Dyebel Sheikh Suleiman, que también parece estar atravesado por un proyectil. Un individuo identificado como un guerrero, armado con

¹²³ Cf. Gilbert, 2004, 44-70.

¹²⁴ British Museum: EA20792. Cf. Vandier, 1952, 574-579, fig. 380; Emery, 1961, 113, fig. 70; Tefnin, 1979; Midant-Reynes, 2000 [1992], 240; Gilbert, 2004, 85, fig. 7.1; McDermott, 2006 [2004], 37; Martínez Babón, 2007, 14-15, fig. 5; Cervelló Autuori, 2009a, 93-94; Herold, 2009, 195. Sobre la vinculación simbólica entre la guerra y la cacería durante el período Predinástico, cf. Hendrickx, 2011a; 2011b, 77-78. Por otro lado, el hecho de que armas como las puntas de flecha bifaciales de base cóncava que abundan en el valle del Nilo de los períodos Neolítico a Nagada IIc-d pudieran ser tan útiles para la guerra como para la caza mayor (aun cuando esta última fuera disminuyendo su importancia económica) no resulta extraordinario en la medida en que, como demuestran diversos estudios históricos y etnográficos, durante “la mayor parte de la historia humana, las herramientas de la cacería fueron también las herramientas de la guerra” (LeBlanc, 2004, 91). Es probable que el vínculo simbólico entre ambas prácticas en torno a la idea de la contención del desorden en el valle del Nilo de los períodos Predinástico y comienzos de la época dinástica se sustente en parte en este antecedente. Cf. Ferrill, 1985, 19-20; Keeley, 1996, 50-52; Ferguson, 1997, 325; Otterbein, 2004, 85-86; Vandkilde, 2006b, 484-485. Cf. también Figs. 45, 50.

¹²⁵ Cf. Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012, 1076, fig. 7. Cf. también Fig. 108.

¹²⁶ Metropolitan Museum, New York: 33159. Cf. Vandier, 1952, 588, fig. 386; Hayes, 1953, 29; Asselberghs, 1961, 232-233; Gilbert, 2004, 47, fig. 5.15; McDermott, 2006 [2004], 54, fig. 24; Martínez Babón, 2007, 16-17, fig. 11; De Wit, 2008, 277-278. Cf. también Fig. 58.

un hacha de hoja semicircular y, quizás, sosteniendo a un prisionero o portando un escudo, aparece representado en la decoración de un fragmento cerámico probablemente perteneciente a la fase Nagada IIIa-b o al período Dinástico Temprano¹²⁷. En el Sinaí meridional, inscripciones rupestres del reinado de Den de la Dinastía I presentan escenas del sometimiento del enemigo en las cuales el rey aparece acompañado por personajes armados con mazas y, uno de ellos, con un arco¹²⁸.

Si a todo ello se agrega el testimonio de puntas de dardos o flechas incrustadas en huesos –como en el cementerio 117 de Dyebel Sahaba– y cráneos con fracturas hundidas y “lesiones de defensa” al parecer provocadas por el impacto de palos, hachas, lanzas o cuchillos (además de los casos que permiten pensar en el empleo de mazas), podemos concluir que existen razones para estimar que algunas de las armas recuperadas en el registro arqueológico de los períodos que nos ocupan (flechas, lanzas, hachas, cuchillos) debieron tener una funcionalidad bélica¹²⁹.

Una serie de constataciones adicionales ofrece información de interés sobre esta clase de armas en los períodos de estudio. Por un lado, hacia fines de la fase Nagada I y durante la fase Nagada II se documentan en el valle del Nilo las primeras hachas rectangulares y semicirculares realizadas con cobre, al tiempo que las hachas realizadas con piedras duras acusan un patrón de especialización que, siguiendo el análisis de Gilbert, las distingue de las correspondientes a las fases anteriores¹³⁰. A partir de la fase

¹²⁷ Ägyptisches Museum und Papyrussammlung, Berlin: 15084/b. Cf. Wolf, 1926, 9; Krauss, 1995; Sass y Sebane, 2006, 81-82, fig. 2; Martínez Babón, 2007, 16, fig. 10; De Wit, 2008, 155-156; Manassa, 2011, 8. Cf. también Fig. 49a.

¹²⁸ Cf. Resk Ibrahim y Tallet, 2009; Tallet, 2010. De más difícil datación (entre los milenios VI y IV a.C.), un grabado rupestre de la “Caverna de las Bestias” en Gilf Kebir, en el desierto occidental, representa a un individuo de mayor tamaño empuñando lo que parece ser un arma (posiblemente un hacha o una maza) frente a un individuo de menor tamaño en posición invertida que recuerda la convención egipcia para un individuo muerto. Cf. Bàrta y Frouz, 2010, 40. Cf. también Figs. 104, 111a-c.

¹²⁹ Cf. Shaw, 1991, 31; Campagno, 2002, 164; 2011a, 53; Campagno y Gayubas, 2015, 23. Cf. *supra*, cap. 5.1.

¹³⁰ Cf. Gilbert, 2004, 65-66; Martínez Babón, 2007, 15. Cf. también Wolf, 1926, 8-9; Davies, 1987, 27-29; Wengrow, 2007 [2006], 56; Navajas Jiménez, 2009, 65-66.

Nagada IIc-d se documentan también las primeras hojas de cuchillo de cobre, al tiempo que entre Nagada Ic y Nagada IIc-d se testimonia un aumento más que significativo del número de lanzas recuperadas arqueológicamente, sobre todo en el Alto Egipto¹³¹. La disminución de estas últimas en las fases subsiguientes se acompaña de un aumento considerable en la cantidad de hachas de cobre, muchas de ellas halladas en tumbas asociadas a la élite estatal¹³².

Por otro lado, en algunos asentamientos del sur de Palestina que hacia la fase Nagada IIIa-b testimonian la presencia de población egipcia (e incluso de dispositivos administrativos estatales), se han hallado restos de armas de manufactura egipcia, particularmente cabezas de maza, cuchillos, un hacha de cobre y flechas, que han sido asociadas a alguna clase de conflicto o presencia militar en la región¹³³. En la Baja Nubia, en sitios correspondientes al Grupo A que, según sugieren los testimonios arqueológicos e iconográficos, mantuvo a lo largo de su existencia contactos tanto pacíficos como conflictivos con las sociedades del Alto Egipto y, posteriormente, con el Estado dual egipcio, fueron halladas cabezas de maza de piedra, algunas de las cuales debieron tener funciones ceremoniales (como la maza con mango decorado del cementerio 137 de Sayala, contemporánea de Nagada IIIa y de presumible origen egipcio) y otras un uso bélico, así como hachas de cobre de un tipo similar a las halladas en Egipto hacia fines del período Predinástico y la Dinastía I¹³⁴.

¹³¹ Cf. Wolf, 1926, 10-13; Gilbert, 2004, 41-43, 62-63; McDermott, 2006 [2004], 57-59; Martínez Babón, 2007, 15; Navajas Jiménez, 2009, 65.

¹³² Cf. Gilbert, 2004, 65-66; Herold, 2009, 195. Como sucede con las mazas, también han sido halladas hachas o modelos de hachas de fines del Predinástico y comienzos del Dinástico Temprano situadas en contextos ceremoniales que permiten adjudicarles una funcionalidad ritual o simbólica antes que militar, sin que por ello pueda descartarse, incluso en estos casos, que se trate de la evocación de un carácter bélico o violento asociado a los personajes enterrados o, de un modo más general, a la realeza.

¹³³ Cf. Andelković, 1995, 70; 2002, 76; Campagno, 2002, 219, n. 60. Sobre la presencia egipcia en el sur de Palestina, cf. Braun, 2011, 112-113; Campagno, 2011b, 198-201.

¹³⁴ Cf. Firth, 1927, 205, pl. 18.a-c; Massoulard, 1949, 369, pls. CVIII.8, CIX.1-2; Emery, 1961, 115; Davies, 1987, 27; Rampersad, 1999, 236-238, 243-244; Török, 2009, 43-44. Cf. también Hafsas-Tsakos,

Otras herramientas que pudieron haber sido empleadas en la actividad bélica son más difíciles de rastrear, aun cuando algunas han sido representadas en la iconografía. Es el caso de los bumeranes y palos hechos probablemente con madera que aparecen en motivos cerámicos e inscripciones rupestres sostenidos por personajes en ocasiones asociados a embarcaciones, pero también en motivos más elocuentemente bélicos como el enfrentamiento entre dos individuos en la pintura mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Nagada IIc) y el combate representado en el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak (Nagada IIc-d)¹³⁵. También existen testimonios iconográficos del uso de escudos como armas defensivas desde el período Predinástico. La pintura mural de la Tumba 100 de Hieracópolis contiene el motivo de dos personajes combatiendo con palos o bastones, uno de los cuales porta lo que parece ser un escudo forrado con piel de animal. La Paleta de la Caza incluye, como parte del equipamiento de los personajes representados en una de sus hileras, lo que ha sido interpretado como escudos ovales. De un modo más significativo, el jeroglífico *ḥ3* (“luchar”, “combatir”), que da nombre al rey Aha (“El luchador”) de la Dinastía I, consiste en un brazo sosteniendo una maza y el otro portando un escudo (en el *serej* de Aha, se trata de las extremidades del halcón que forma parte del nombre de Horus del rey)¹³⁶. Esto permite concluir que, en el valle del Nilo y sus periferias, se cuenta con testimonios del empleo de armas tanto ofensivas como defensivas en el marco de situaciones de violencia bélica durante los períodos analizados.

2015. Cabe señalar que la presencia de cabezas de maza en Nubia se retrotrae, como en el valle del Nilo egipcio, al período Neolítico. Cf. también Fig. 27.

¹³⁵ Cf. Gilbert, 2004, 68-70; McDermott, 2006 [2004], 61. Cf. también Figs. 45, 73.

¹³⁶ Cf. Wolf, 1926, 18-19; Gilbert, 2004, 43-44; Herold, 2009, 195. También se ha interpretado como un modelo de escudo una placa de estuco del período Dinástico Temprano hallada en Adaïma junto a otra serie de modelos de armas. Cf. Gilbert, 2004, 43. Cf. también Figs. 50, 67, 73, 134.

5.2.2. Seguridad

El aspecto de la tecnología asociado a la seguridad supone el abordaje de indicios de patrones defensivos de asentamiento y de la construcción de fortificaciones¹³⁷. Se trata de un indicador que, tanto en sus aspectos generales como en cada situación particular analizada, suele generar controversia debido a los problemas de interpretación que en ocasiones ofrecen los testimonios considerados. No obstante, un abordaje cauteloso puede aportar información de importancia en relación con la existencia de pautas defensivas vinculadas a contextos de actividad bélica¹³⁸.

Tal como sintetiza Vencl, las fortificaciones son “la expresión material del temor humano a ser atacado, y a perder la vida, la libertad o las propiedades [...]. En tanto componente altamente heterogéneo de la guerra prehistórica, las fortificaciones entran en el registro arqueológico como palizadas, zanjas, terraplenes u otras obras de tierra, murallas, o combinaciones [...] de todos estos elementos”¹³⁹. Si bien en contextos estatales el testimonio más elocuente suele ser el referente a estructuras amuralladas, el estudio de diversos contextos arqueológicos, etnográficos y etnohistóricos correspondientes a sociedades no estatales permite situar dentro del espectro de las “estructuras defensivas”, no sólo a recintos o aldeas ligeramente fortificados con palizadas o cercos, o bien elaboradas murallas de piedra circundando espacios habitacionales o puntos estratégicos, sino también asentamientos no fortificados situados en lugares de difícil acceso¹⁴⁰.

¹³⁷ Cf. Yadin, 1963, 18-24; Vencl, 1984, 127-129; 1999, 67-70; Ferrill, 1985, 26-31; Keeley, 1996, 55-58; Ferguson, 1997, 324-325; LeBlanc, 1999, 55-73; 2004, 61-62; Haas, 2001, 331-332; Redmond, 1994, 54-55; Arkush y Stanish, 2005, 7-10, 20; Vandkilde, 2006b, 487.

¹³⁸ Cf., por ejemplo, Topic y Topic, 1987; Keeley, 1996, 55-58; LeBlanc, 1999, 56; Vencl, 1999, 67; Kokkinidou y Nikolaidou, 1999; Arkush y Stanish, 2005, 7-10 y la discusión con Hastorf en pp. 17 y 20; González García, 2006, 140-148.

¹³⁹ Vencl, 1999, 67.

¹⁴⁰ Cf. Vencl, 1999, 67; Ferguson, 1999, 395.

En el valle del Nilo de los períodos que nos ocupan, el examen de la existencia de este tipo de testimonios se enfrenta con similares dificultades que las que presenta el estudio más general de los asentamientos y patrones de residencia. Tal como advierte Gilbert, “nuestro conocimiento de los patrones de asentamiento egipcios [de los períodos Neolítico al Dinástico Temprano] es algo parcial y deficiente”¹⁴¹. Ello tiene directa incidencia en las dificultades de observar patrones defensivos en el registro arqueológico del valle. De este modo, la escasez de indicadores directos de fortificaciones o patrones defensivos podría deberse menos a la inexistencia de prácticas y construcciones defensivas que a las condiciones de supervivencia de la evidencia y a las dificultades que presenta su abordaje¹⁴². En cualquier caso, una evaluación atenta de los testimonios arqueológicos, iconográficos y, una vez que se cuenta con ellos, también escritos permite ofrecer alguna reflexión al respecto.

En primer lugar, la disposición de áreas de residencia del período Neolítico y comienzos del Predinástico en terreno ligeramente elevado a lo largo del borde del desierto sugiere un criterio defensivo de asentamiento¹⁴³. Estas áreas de residencia pueden haberse constituido en asentamientos más o menos permanentes o “haber actuado como refugios aprovechando las ventajas naturales del terreno”¹⁴⁴. Incluso, recurriendo a analogías etnográficas se puede suponer el empleo de palizadas hechas

¹⁴¹ Gilbert, 2004, 101.

¹⁴² Cf. Heagren, 2010, 100.

¹⁴³ Cf. Gilbert, 2004, 100. Cf. también Hoffman, 1979, 148; LeBlanc, 1999, 66-68.

¹⁴⁴ Gilbert, 2004, 101. Gilbert toma la definición de refugio de Keegan, para quien “un refugio es un lugar seguro a corto plazo, eficaz solo frente a un enemigo que carece de los medios para permanecer en las inmediaciones o que aplica una burda estrategia de incursión contra objetivos vulnerables” (Keegan, 2014 [1993], 198). En algunas situaciones etnográficas, se ha constatado que un mismo tipo de asentamiento defensivo puede operar en algunos casos como refugio y en otros como asentamiento permanente. Cf. Arkush y Stanish, 2005, 9.

con materiales perecederos (como la madera) y zanjas o fosas, las cuales resultarían difíciles de inferir arqueológicamente¹⁴⁵.

Hacia fines de la fase Nagada I se cuenta por primera vez con un testimonio indirecto del empleo de murallas con finalidad presumiblemente defensiva. Se trata de un modelo realizado en arcilla hallado en Abadiya, en el Alto Egipto, que representa un muro almenado por detrás del cual dos personajes (a menudo interpretados como guerreros o centinelas) son presentados asomándose como si estuvieran observando o vigilando¹⁴⁶. Existe cierto consenso en considerar dicho modelo como la primera evidencia significativa del uso de murallas defensivas en Egipto¹⁴⁷. De acuerdo con Midant-Reynes, la representación del muro señalaría dos aspectos de importancia vinculados a la seguridad: por un lado, la tendencia al agrupamiento de poblaciones que habría caracterizado a las sociedades del valle del Nilo a partir de la fase Nagada I, y por el otro, la existencia de una “mentalidad defensiva” que sería de otro modo difícil de constatar¹⁴⁸.

Por su parte, al norte del complejo residencial conocido como South Town en Nagada, se hallaron los restos de un muro de adobe de aproximados 50 x 34 metros y de

¹⁴⁵ Cf. Gilbert, 2004, 101; Gayubas, 2014, 151-152; 2015c, 46. Cf. también Vencl, 1999, 68. Gilbert (2004, 101) también propone una lectura de las áreas deshabitadas al norte y al sur de la región ocupada por las comunidades del período Badariense, como tierras de nadie que podrían ser indicativas de un contexto de conflictos al haber funcionado como “zonas tapón” (respecto de la relación entre las regiones vacías o “zonas tapón” –*buffer zones*– y la guerra, cf. Redmond, 1994, 54, 71-72, 99-100; Keeley, 1996, 111; Ferguson, 1997, 325; LeBlanc, 1999, 69-72; 2004, 62; Arkush, 2009, 196-197). Sin embargo, el mismo autor reconoce que la precariedad de la evidencia no permite reconocer si dichas regiones “vacías” se debieron efectivamente a situaciones de guerra o a otros factores igualmente indetectables. De hecho, la clase de conflicto que hubiera podido motivar la formación de tan amplias regiones vacías parece incompatible con el tipo de sociedad que habría habitado la región en dicho período.

¹⁴⁶ Ashmolean Museum, Oxford: E3202. Cf. Petrie, 1901a, 32, pl. VI; Hoffman, 1979, 148; Trigger, 1985 [1983], 56; Bard, 1987, 92; Bard y Carneiro, 1989, 19; Shaw, 1991, 15, fig. 8; Midant-Reynes, 2000 [1992], 202-203, fig. 12; 2000, 57; Williams, 1994, 273; Campagno, 2002, 132, 164, fig. 7.6; 2004a, 689-690; 2011a, 53; Gilbert, 2004, 97, 103, fig. 8.22; McDermott, 2006 [2004], 40, fig. 14; Gayubas, 2006, 64; 2014, 152; 2015c, 46; Vogel, 2009, 167; Heagren, 2010, 100; Lloyd, 2014, 42. Cf. también Fig. 141.

¹⁴⁷ Cf. Shaw, 1991, 15; Midant-Reynes, 2000 [1992], 202-203; Gilbert, 2004, 97, 103; Campagno, 2004a, 689-690; Vogel, 2010, 5-6.

¹⁴⁸ Midant-Reynes, 2000 [1992], 202. Cf. Hoffman, 1979, 332; Baines, 2005, 119; Lloyd, 2014, 42.

2 metros de espesor, cuya datación lo sitúa hacia fines de la fase Nagada II¹⁴⁹. Tempranamente, sus excavadores Petrie y Quibell señalaron que este muro parecía ser parte de una fortificación¹⁵⁰. Otros autores han sugerido que el muro correspondería a un templo o palacio vinculado al complejo residencial¹⁵¹. Trigger, por su parte, manifestó la imposibilidad de rastrear la relación concreta entre el muro y las casas de ladrillo que conforman el complejo residencial¹⁵². De todos modos, una evaluación del grosor del muro ha conducido a diversos autores a atribuirle una funcionalidad defensiva o disuasiva frente a potenciales ataques¹⁵³.

Desde luego, no se debe descartar la posibilidad de que esta clase de estructuras fortificadas tuviera como objetivo la protección frente a animales salvajes o bien la demarcación territorial, la manifestación de poderío o la simbolización de estatus¹⁵⁴. Sin embargo, el hecho de que representaciones iconográficas algo más tardías involucren (como veremos a continuación) el motivo de murallas o recintos fortificados siendo atacados o destruidos por figuras simbólicas, o que aparezcan asociados a la imagen de enemigos derrotados, sugiere que los muros de las fases Nagada I y II también pudieron tener una utilidad defensiva en el contexto de conflictos de carácter bélico¹⁵⁵. El análisis de este tipo de evidencia ha llevado a Bruce Williams a concluir que “es muy probable que los asentamientos fortificados hayan aparecido casi tan temprano como los

¹⁴⁹ Cf. Petrie y Quibell, 1896, 54, pl. LXXXV; Campagno, 2002, 132, 164, fig. 5.5; Gilbert, 2004, 103, fig. 8.27; Kemp, 2006, 78-81, fig. 24; Wengrow, 2007 [2006], 106-107; Lloyd, 2014, 44. Cf. también Fig. 28.

¹⁵⁰ Cf. Petrie y Quibell, 1896, 54.

¹⁵¹ Cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 198-199; 2000, 57; 2003, 59-60; Cervelló Autuori, 2009a, 74; Lloyd, 2014, 44.

¹⁵² Cf. Trigger, 1985 [1983], 56.

¹⁵³ Cf. Bard, 1987, 92; 1994, 77; 1999, 26; Bard y Carneiro, 1989, 19; Campagno, 2002, 164; 2004a, 690; 2011a, 53; Gilbert, 2004, 103; Gayubas, 2006, 64; 2014, 152; 2015c, 46.

¹⁵⁴ Cf. Moeller, 2004.

¹⁵⁵ Cf. Monnier, 2014, 174-175; Gayubas, 2015c, 46, n. 15. De hecho, tal como advierte Keeley (1996, 57), la dimensión simbólica de las estructuras fortificadas a menudo deriva “de las funciones militares prácticas” que tales construcciones tienen en primer lugar.

asentamientos neolíticos en el valle”, lo cual sugeriría que “el problema de la seguridad era persistente o recurrente” en el valle del Nilo¹⁵⁶.

A partir de la fase Nagada IIIa-b, la evidencia se torna más elocuente. El registro iconográfico ofrece importante evidencia sobre la existencia de murallas defensivas y sobre el ataque militar a recintos amurallados¹⁵⁷. El fragmento inferior de la Paleta de las Ciudades, presumiblemente procedente de Abidos o de Hieracópolis, incluye en uno de sus lados la representación del ataque a una serie de ciudades o recintos fortificados por parte de animales armados con azadas que parecen simbolizar aspectos de la realeza¹⁵⁸. La Paleta de los Toros, de la cual también se conserva sólo un fragmento, representa en ambos lados al rey simbolizado como un toro embistiendo a sendos enemigos y, debajo de uno de ellos, al menos dos ciudades o recintos fortificados¹⁵⁹. La Paleta de Nármer de comienzos de la Dinastía I contiene, en el registro inferior de uno de sus lados, un motivo en el que el rey, nuevamente en la forma

¹⁵⁶ Williams, 1994, 280 y 278, respectivamente. Cf. Baines, 2005, 119.

¹⁵⁷ Cf. Gilbert, 2004, 97-99; Monnier, 2014, 174-175, 194-195; Campagno y Gayubas, 2015, 28.

¹⁵⁸ Museo Egipcio de El Cairo: CG14238. Cf. Vandier, 1952, 590-592, fig. 388; Emery, 1961, 116, fig. 74; Étienne, 1999, 150-152; Midant-Reynes, 2000 [1992], 243, fig. 21; 2003, 350, fig. 80; Campagno, 2002, 132, fig. 11.2; 2011a, 53; Partridge, 2002, 139; Gilbert, 2004, 97, fig. 8.23; Baines, 2005, 113-119, fig. 1; Wengrow, 2007 [2006], 250, fig. 9.14; Cervelló Autuori, 2009a, 94-95, fig. 3.15; Müller, 2009, 218; Vogel, 2009, 167-168; 2010, 6; Monnier, 2013a; Lloyd, 2014, 61-62, fig. 2.9. Si bien se ha debatido sobre el sentido de la azada representada en motivos de los períodos Predinástico y Dinástico Temprano (cf., por ejemplo, Helck, 1987, 159; Dreyer *et al.*, 2000, 115), su asociación con fortificaciones, con imágenes de violencia y, en el caso de la Paleta de las Ciudades, con la escena representada en el lado opuesto de lo que se ha interpretado como la obtención de tributo proveniente de una región identificada con el ámbito líbico, sugiere aquí su valor como alegoría de destrucción. Más elocuentemente, y si bien se trata de un testimonio más tardío, la pintura mural de la tumba de Kaemheset, funcionario de la Dinastía V, en Saqqara incluye, como parte del motivo del asalto a una ciudad o a un recinto presumiblemente asiático, la representación de un personaje atacando el muro con una azada. Al respecto, cf. al-Nubi, 1997 [1990], 153; Partridge, 2002, 140; Gilbert, 2004, 97-99; Müller, 2009, 220, Abb. 7; Vogel, 2009, 167, n. 10; Tallet y Laisney, 2012, 389, n. 30; Monnier, 2013a. Gilbert (2004, 99) añade que, en tiempos dinásticos, se constata también el uso de la azada como determinativo para la forma jeroglífica *ꜥd* (“destruir”), aunque esta lectura es dudosa. Vernus (1993, 87, n. 40, 99), por su parte, advierte que durante el Reino Medio se constata el empleo de la azada en asociación con el verbo “destruir” (*b3*). Cf. también Fig. 51.

¹⁵⁹ Musée du Louvre: E11255. Cf. Vandier, 1952, 592-594, figs. 389-390; Davis, 1992, 143, fig. 37; Étienne, 1999, 149, fig. 1.a; Midant-Reynes, 2000 [1992], 242-243; 2003, 350, fig. 79; Campagno, 2002, 132, fig. 11.3; Gilbert, 2004, 93, 97, fig. 8.11; Wengrow, 2007 [2006], 250; Cervelló Autuori, 2009a, 94, fig. 3.15; Monnier, 2014, 174. Cf. también Fig. 52.

de un toro, embiste a un enemigo y a un recinto amurallado¹⁶⁰. Cuatro etiquetas de madera del reinado de Den de la Dinastía I presentan en uno de sus registros un recinto amurallado parcialmente destruido junto a una azada, lo cual parece evocar un acto de destrucción ejecutado por el rey¹⁶¹. Similar lectura habilitan otras dos etiquetas del mismo reinado cuyos fragmentos preservados representan una localidad fortificada de nombre Wenet y, en uno de ellos, un personaje en actitud de golpear con un arma¹⁶².

Si estas representaciones destacan el ataque a estructuras fortificadas cuya localización es materia de especulación, otros testimonios ofrecen información sobre la “arquitectura defensiva” o “militar” del Estado egipcio¹⁶³.

En Elefantina fueron hallados los restos de un recinto amurallado de la Dinastía I, de 51 metros de lado, muros dobles de adobe y torres en las esquinas¹⁶⁴. La posición de este recinto en el extremo sur del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras ha llamado la atención sobre su plausible funcionalidad defensiva en una región fronteriza, o como punto de apoyo de expediciones conducidas sobre territorio nubio. Posteriormente, según permiten inferir las excavaciones arqueológicas, las murallas

¹⁶⁰ Museo Egipcio de El Cairo: CG14716. Cf. Quibell, 1900, 10, pl. XXIX; Vandier, 1952, 595-599; Emery, 1961, 43, fig. 4; Hoffman, 1979, 129-130; Davis, 1992, *passim*; Midant-Reynes, 2000 [1992], 243-247, fig. 22; 2003, 355-358, fig. 82; Gilbert, 2004, 97; Wengrow, 2007 [2006], 250, figs. 2.1-2; Cervelló Autuori, 2009a, 98-99, fig. 3.18; Lloyd, 2014, 51-52. Cf. también Fig. 63.

¹⁶¹ Cf. Petrie, 1900, pls. XI.14-15, XV.16-17; Amélineau, 1905, pl. XXXVII.3; Vandier, 1952, 853-855, fig. 570; Emery, 1961, fig. 37; Helck, 1987, 158-159; Wilkinson, 1999, 157; Dreyer *et al.*, 2000, 115-117; Campagno, 2002, figs. 12.8-9; Gilbert, 2004, 97, fig. 8.24; Cervelló Autuori, 2009a, 103-104, fig. 3.20; Tallet, 2010, 99-100; Monnier, 2013a, 245-246. Sobre la discusión en torno a la azada, cf. Helck, 1987, 159; Vernus, 1993, 87, 99; Dreyer *et al.*, 2000, 115; Monnier, 2013a, 245-246. Cf. también *supra*, nota 158 en este mismo capítulo. Por otra parte, la asociación entre la azada y lo que parecen ser recintos fortificados junto a embarcaciones en dos etiquetas del reinado de Aha de la Dinastía I (Petrie, 1901a, pls. X.2, XI.2) ha motivado interpretaciones que oscilan entre la obtención mediante intercambio de madera o aceites del Líbano (con base en una lectura de los signos jeroglíficos como *mrw*) y la descripción de una expedición naval con finalidad militar. Cf. Monnier, 2013a, 244-245. Cf. también Figs. 127a-b, 130a-c.

¹⁶² Cf. Petrie, 1900, pls. XI.4, XV.18; 1902, pl. XI.8; Helck, 1987, 159-160, Taf. 3-4. Cf. también Figs. 131-132.

¹⁶³ Monnier, 2014 y Martínez Babón, 2007, 19, respectivamente. Cf. Foster, 2001, 552-553.

¹⁶⁴ Cf. Seidlmayer, 1996, 112; Wilkinson, 1999, 23-24, 180; Campagno, 2002, 208; Gilbert, 2004, 106; Moeller, 2004, 261-262; Hamblin, 2006, 325; Martínez Babón, 2007, 20; Török, 2009, 54-55; Vogel, 2010, 9; Roy, 2011, 226-227. Cf. también Figs. 30-31.

fueron reforzadas y sucesivamente ampliadas hasta contener lo que hacia la Dinastía III sería una ciudad fortificada¹⁶⁵.

Más hacia el sur, en torno a la segunda catarata del Nilo, fueron testimoniados indicios de presencia estatal egipcia correspondientes a la Dinastía II en Buhen. Tal datación, que anticiparía la construcción en el lugar de un asentamiento amurallado durante la Dinastía IV, se sostiene en la presencia de una serie de impresiones de sellos que parecen pertenecer a la Dinastía II, el hallazgo de unas inscripciones jeroglíficas del período Dinástico Temprano en una colina cercana y la estimación tentativa de los niveles más bajos de ladrillos también en torno a la Dinastía II¹⁶⁶. Ello puede ser considerado en simultáneo con el fragmento de una estela del rey Jasejem hallado en Hieracópolis que contiene, en el registro superior, el motivo de un personaje nubio sometido, y en el inferior, el *serej* del rey junto a una inscripción que parece estar asociada a la dimensión bélica de la realeza¹⁶⁷. De este modo, la presencia en Buhen puede ser vinculada a alguna clase de avanzada militar que pudo formar parte de una cadena de asentamientos que partiera de Elefantina (en torno a la primera catarata) en dirección a Kuban (cerca de la entrada al wadi Allaqi) a través del Nilo y que asegurara la obtención de bienes de la Alta Nubia y regiones más meridionales, así como la explotación de materias primas de la Baja Nubia y sus desiertos circundantes¹⁶⁸. El hallazgo de una inscripción rupestre con el nombre del rey Ninecher de la Dinastía II

¹⁶⁵ Cf. Moeller, 2004, 261-262. Cf. también Fig. 32.

¹⁶⁶ Cf. Emery, 1963, 117; Smith, 1972, 58-61, fig. 11.5; Trigger, 1976, 46; 1985 [1983], 88; Adams, 1977, 139; Hoffman, 1979, 261; Kemp, 1985 [1983], 162; Gratien, 1995, 47-48; Wilkinson, 1999, 180-181; 2010, 59; Campagno, 2002, 219-220; Török, 2009, 55. Sobre el asentamiento del Reino Antiguo, cf. O'Connor, 2014, quien rechaza, sin embargo, la idea de una presencia egipcia durante la Dinastía II. Cf. también Fig. 112.

¹⁶⁷ Cf. Quibell y Green, 1902, 47-48, pl. LVIII; Emery, 1961, 100, fig. 64; Gratien, 1995, 44; Wilkinson, 1999, fig. 5.3(4); Campagno, 2002, 219, fig. 14.4; Gilbert, 2004, 96; Roy, 2011, 226. Cf. *supra*, nota 100 en este mismo capítulo.

¹⁶⁸ Cf. Wilkinson, 1999, 180-182; 2010, 59; Campagno, 2002, 219-220; Török, 2009, 55, 57. Sobre Kuban, cf. Emery y Kirwan, 1935, 26, 58; Gratien, 1995, 46-47; Török, 2009, 55, 57.

cerca de Naga Abu Shanak, algo más al sur de Kuban, colabora con la idea de una presencia estatal egipcia en la región¹⁶⁹.

Una funcionalidad defensiva puede también proponerse para las murallas de hasta cuatro metros de espesor que circundan un asentamiento egipcio de la fase Nagada IIIa-b y comienzos de la Dinastía I en Tel es-Sakan, en el sur de Palestina¹⁷⁰. Si bien éste no es el único testimonio que permite sugerir una presencia estatal egipcia en la región¹⁷¹, es uno de los que más elocuentemente plantean la posibilidad de reconocer una dimensión conflictiva en torno a algunos de los contactos entablados entre el Estado egipcio y las poblaciones del sur de Palestina¹⁷².

Motivos iconográficos y referencias textuales de comienzos de la época dinástica contribuyen a una consideración del empleo o la amenaza de la violencia en el noreste, ya sea en el sur de Palestina o en el Sinaí¹⁷³. Un fragmento de marfil del reinado de Nármer hallado en Abidos representa a un personaje caracterizado como un asiático en una postura ligeramente inclinada que parece indicar que está postrándose o rindiendo tributo¹⁷⁴. El *serej* de Nármer es, de hecho, el que aparece con más frecuencia en

¹⁶⁹ Cf. Žába, 1974, 30-31; Gratién, 1995, 44; Martínez Babón, 2007, 18. Cf. también Fig. 113.

¹⁷⁰ Cf. Miroschedji *et al.*, 2001, 84; Anđelković, 2002, 85; 2011, 30; Braun, 2011, 112; Bard, 2015, 130; Moeller, 2016, 78-81. Cf. también Campagno y Gayubas, 2015, 36; Gayubas, 2015b, 89. Cf. también Fig. 29.

¹⁷¹ Al respecto, cf. Wilkinson, 1999, 151-162; 2010, 59-60; Anđelković, 2002; Campagno, 2002, 218-219; 2011b, 198-206; Braun, 2011, 112-113; Bard, 2015, 130. También se cuenta con indicios de presencia estatal egipcia en el Sinaí desde fines de la Dinastía 0. Cf., por ejemplo, Tallet, 2010; Tallet y Laisney, 2012; Bard, 2015, 130. Cf. también Figs. 66, 110a-f.

¹⁷² La presencia de armas egipcias en asentamientos del sur de Palestina también permite inferir la existencia de conflictos militares o del empleo de la fuerza con fines ofensivos o disuasivos en la región. Cf. Anđelković, 2002, 76; Campagno, 2002, 219, n. 60. Cf. *supra*, cap. 5.2.1. Por otro lado, la presencia en Tell el-Farkha de dos estatuillas de marfil que parecen representar a sendos prisioneros barbados, datadas hacia Nagada IIIb o la Dinastía I, colabora con una lectura en clave bélica de las relaciones sociales entabladas con las poblaciones del sur de Palestina. Cf. Ciałowicz, 2007, figs. 18-19; De Wit, 2008, 211-214. Cf. también Figs. 91-92.

¹⁷³ Cf. Williams, 1999, 155-157; Campagno y Gayubas, 2015, 35-36.

¹⁷⁴ Cf. Petrie, 1901b, pl. IV.4; Wilkinson, 1999, 155. En otro fragmento del mismo período, dos personajes en similar posición parecen estar cediendo en ofrenda o tributo unos recipientes quizás provenientes del sur de Palestina. El fragmento de una cabeza de maza datada hacia Nagada IIIb y un

cerámica hallada en el sur de Palestina durante este periodo¹⁷⁵. Las etiquetas de madera del reinado de Den a las que ya hemos hecho referencia, si bien exceden la etapa de ocupación de Tel es-Sakan, conmemoran lo que algunos autores interpretan como el ataque u hostigamiento sobre asentamientos del sur de Palestina o del norte del Sinaí¹⁷⁶. Una etiqueta hallada en Abidos representa al rey Den sometiendo a un enemigo junto a la inscripción jeroglífica “Primera ocasión de vencer al Este” (*sp tpi skr i3bt*)¹⁷⁷. Similares escenas del sometimiento del enemigo por parte del rey Den fueron halladas en inscripciones rupestres del Sinaí meridional, en las cuales el rey aparece acompañado por personajes armados, posiblemente funcionarios asociados al ámbito militar¹⁷⁸. En la Piedra de Palermo y fragmentos asociados también son referidas expediciones victoriosas del rey Den contra los *stti(w)* y contra los *iwntiw* (términos que designan a

fragmento de marfil del reinado de Aha de la Dinastía I contienen escenas similares. Cf. Wilkinson, 1999, 159-160; De Wit, 2008, 247-254. Cf. también Figs. 56, 123-125.

¹⁷⁵ Cf. Braun, 2009; 2011, 114. Cf. también Fig. 66.

¹⁷⁶ Este tipo de lectura se basa en la equiparación del jeroglífico *ʕ3n* o *ʕ3n* presente en las etiquetas de Den, a la palabra semítica “En” que designa un tipo de asentamiento del sur de Palestina. Cf. Wilkinson, 1999, 157; Campagno, 2002, 218. Otra lectura para *ʕ3n* propone “La Puerta Bella”, quizás una ciudad o asentamiento fortificado cercano al delta oriental. Cf. Godron, 1990, 61, 194; Tallet, 2010, 100. Otros fragmentos de etiquetas del reinado de Den identifican un asentamiento amurallado con el término *wn(t)*, asociado por algunos autores a una ciudad del sur de Palestina y, por otros, a los *iwntiw* que debieron habitar el Sinaí. Cf. Wilkinson, 1999, 156-157, fig. 5.1(4); Campagno, 2002, 218. Tampoco puede descartarse que una entrada correspondiente al reinado de Den en la Piedra de Palermo, referente a lo que se ha interpretado como el ataque a una localidad de nombre Wer-ka, involucre a un asentamiento fortificado situado en algún punto entre el delta oriental y el sur de Palestina, dado que dicha entrada alude a un viaje “río abajo”. Cf. Redford, 1986, 135; Wilkinson, 2000a, 116. Cf. *infra*, cap. 5.2.3. Cf. también Figs. 130-132, 145.

¹⁷⁷ British Museum: EA55586. Cf. Vandier, 1952, 858, fig. 573; Edwards, 1971, 27; Hall, 1986, 6-7, fig. 9; Godron, 1990, 151-154, pl. 11; Wilkinson, 1999, 155-157, 223, fig. 5.1; Russmann, 2001, 67-68; Campagno, 2002, 218, fig. 12.10; Gilbert, 2004, 92, fig. 8.6. Cf. también Fig. 133.

¹⁷⁸ Cf. Resk Ibrahim y Tallet, 2009; Tallet, 2010. Tres de los cuatro posibles funcionarios identificados en asociación con la actividad militar portan lo que Tallet interpreta como un bastón de mando y una maza; el cuarto parece sostener un arco. La existencia del motivo del sometimiento del enemigo en el Sinaí meridional correspondiente a reyes de la Dinastía III (Zanajt, Dyeser, Sejemjet), sumada a la presencia de *serejs* que se retrotraen al reinado de Iry-Hor de la Dinastía 0, permiten inferir una intervención estatal más o menos constante en dicha región por parte del Estado egipcio. Los títulos “administrador del distrito del desierto” (*ʕd-mr smit*), correspondiente a un funcionario de la Dinastía I, y “supervisor de la tierra extranjera” (*imy-r h3st*), bajo el reinado de Jasejemuy de la Dinastía II, sugieren la existencia de funciones de administración y control en áreas fronterizas que pueden ser identificadas con los desiertos circundantes o el Sinaí, y que pudieron sostenerse con base en alguna clase de respaldo armado. Cf. también Figs. 75, 83a-b, 110a-f, 111a-c, 114-117.

poblaciones del sur de Palestina o del Sinaí¹⁷⁹. Significativamente, la inscripción *stt*, que en esta época pudo referir al sur de Palestina o al norte del Sinaí, también aparece en una caña del reinado de Qaa que representa a un prisionero maniatado caracterizado como un asiático¹⁸⁰, y es empleada igualmente en la forma jeroglífica *inw stt* (“tributo/producto de *stt*”), similar a la forma *inw h3st* (“tributo/producto de la tierra extranjera”), ambas testimoniadas en inscripciones de la Dinastía II junto a los nombres de los reyes (o del mismo rey en dos facetas) Sejemib y Peribsen, en un contexto de disminución (pero no desaparición) de indicios de relaciones entre el Estado egipcio y la región¹⁸¹.

Finalmente, otro tipo de testimonio que permite inferir la existencia de una “arquitectura militar” durante las primeras tres dinastías lo constituyen tres reproducciones de torres de vigilancia con plataforma superior almenada (una grabada en una etiqueta de madera y dos modelos realizados en marfil) halladas en Abidos y Abu Rawash y correspondientes a la Dinastía I, y otro modelo, esta vez en alabastro, hallado en la pirámide de Dyeser de la Dinastía III en Saqqara¹⁸². A su vez, la inscripción jeroglífica de un sello del rey Qaa de la Dinastía I ofrece la mención, junto

¹⁷⁹ Cf. Wilkinson, 2000a, 106, 242. Cf. también Helck, 1987, 156-157; Gilbert, 2004, 92; Tallet, 2010, 100-101. Dado que el término *iwntiw* aparece en un grabado del reinado de Khufu en Wadi Maghara, en el Sinaí meridional, junto a una escena del sometimiento del enemigo, resulta viable establecer una correspondencia con las poblaciones presumiblemente semi-nomádicas que habitaban dicha región. Cf. Hall, 1986, 9-10, fig. 15; Tallet, 2010, 101-103. Cf. también Figs. 145-146.

¹⁸⁰ Cf. Massoulard, 1949, 390, pl. XCV.1; Emery, 1961, fig. 148; Campagno, 2002, 218, 14.3; Gilbert, 2004, fig. 8.18; Campagno y Gayubas, 2015, 35. Cf. también Fig. 68.

¹⁸¹ Cf. Redford, 1986, 135-136; Wilkinson, 1999, 157; Campagno, 2011b, 203. Sobre la forma jeroglífica *inw*, cf. Ogden, 1982; Redford, 1986, 135, n. ab; Sowada, 2009, 201; Jursa y Moreno García, 2015, 140. Una propuesta alternativa ha interpretado la forma *inw stt/h3st* como el epíteto regio “conquistador de *stt*/la tierra extranjera”, aunque esta lectura es actualmente rechazada. Cf. también *infra*, cap. 6.2. El hecho de que el término *stt* aparezca aquí con el determinativo de ciudad y no de tierra extranjera ha conducido a interpretarlo alternativamente como una referencia al asentamiento de Sethroe, en el extremo oriental del delta del Nilo. Al respecto, cf. Wilkinson, 1999, 157. Cf. también Figs. 69-70, 82.

¹⁸² Cf. Petrie, 1901b, pl. V.10 (British Museum: EA35525); Amélineau, 1904, pl. XV.3 (Ägyptisches Museum und Papyrussammlung, Berlin: 18031); Vandier, 1952, 844-845, fig. 564; Foster, 2001, 552; Martínez Babón, 2007, 19-20; Vogel, 2010, 6; Monnier, 2013b, 368-369, figs. 1-4; 2014, 175, 195. Cf. también Figs. 128, 142-144.

al *serej* del rey, de una torre *swnw* del tipo que aparecería en referencias escritas del Reino Antiguo¹⁸³.

Se ha sugerido que estas torres, que constituirían la forma original de las torres *swnw*, debieron tener una función defensiva asociada ya sea a la protección de instalaciones productivas de la realeza situadas en territorio bajo dominación estatal o bien a la vigilancia de rutas empleadas por las expediciones de extracción o de intercambio del Estado egipcio¹⁸⁴. En ambos casos, pudieron operar a la vez como centro de almacenamiento, de abastecimiento y de defensa frente a poblaciones nómadas de los desiertos circundantes o de disuasión ante cualquier otro grupo social que supusiera una potencial amenaza¹⁸⁵. Si bien excede el marco cronológico de este trabajo, merece la pena señalar que los títulos de Nesutnefer, un funcionario de comienzos de la Dinastía V, aluden a la administración de regiones fronterizas en torno a los desiertos circundantes y el delta oriental a la vez que a la gestión de fortificaciones y de una torre *swnw* (o, acaso, de una fortificación identificada con el determinativo de una torre *swnw*)¹⁸⁶. Moreno García reconoce en esta vinculación entre torres *swnw*, fortificaciones y regiones de frontera una política de “control del acceso a Egipto”¹⁸⁷, si bien inversamente parece dar cuenta también de la administración de las puertas de acceso a las periferias. En cualquier caso, permite sustentar la idea de una funcionalidad defensiva o disuasiva adjudicada a las torres *swnw* evidenciadas durante las dinastías I y III¹⁸⁸.

¹⁸³ Cf. Moreno García, 1997, 116-118, fig. 1b; Monnier, 2013b, 372, fig. 7. Cf. también Fig. 81.

¹⁸⁴ Cf. Moreno García, 2004, 100-101; 2010, 13, 16; Vogel, 2010, 6; Monnier, 2014, 175.

¹⁸⁵ Cf. Moreno García, 1997, 118; 2004, 100-101; Diego Espinel, 1998, 22; Monnier, 2013b, 375-376; 2014, 174.

¹⁸⁶ Cf. Jones, 2000, 137-139, 160-161; Kanawati, 2002, 31-33; Strudwick, 2005, 423. Cf. también Fig. 77.

¹⁸⁷ Moreno García, 1997, 123. Cf. Moreno García, 2004, 100-101.

¹⁸⁸ La inscripción del sello de Qaa a la que hemos hecho referencia contiene, a continuación del *serej* del rey acompañado de una torre *swnw*, otro *serej* acompañado esta vez de un recinto ovalado que Moreno García (1997, 118) y Monnier (2013b, 372) identifican respectivamente como un asentamiento fortificado y como una fortificación. Si bien una lectura alternativa lo interpreta como una instalación productiva de

En suma, si hay indicios para considerar que “los asaltos a fortalezas eran frecuentes y se extendían muy remotamente en el pasado de Egipto”¹⁸⁹, esta presencia parece particularmente evidente en el contexto de la expansión política de los núcleos estatales del Alto Egipto a lo largo del valle y en el marco de la consolidación de los límites del Estado dual egipcio. El “problema de la seguridad”¹⁹⁰, si bien persistente, parece haber adquirido nuevas dimensiones una vez que las dinámicas guerreras que pueden presumirse características de las poblaciones no estatales del Neolítico y comienzos del Predinástico (que acaso librarán guerras de ataque y retirada que pudieran derivar en destrucción o apropiación de recursos pero no en conquistas) fueran reemplazadas por dinámicas expansivas que pueden considerarse típicas de las sociedades estatales (que pudieron involucrar la conquista territorial y el sometimiento de población vencida)¹⁹¹, lo cual tornaría beneficiosa la asignación de recursos para la construcción y mantenimiento de estructuras defensivas de considerables proporciones¹⁹². Ello habría repercutido, a su vez, en la organización militar misma, favoreciendo técnicas de asalto a fortificaciones cuyos resultados serían particularmente visibles en representaciones más tardías¹⁹³. Durante las primeras tres dinastías, la ocupación y defensa de espacios fronterizos (Elefantina) o puestos de avanzada en territorios periféricos (Tel es-Sakan, Buhen), así como la instalación de dominios productivos de la realeza en diversos puntos del territorio bajo control del rey de las Dos Tierras, habría significado un

la realeza (Wilkinson, 1999, 121; Engel, 2013, 28-30), los salientes del contorno sugieren alguna clase de estructura defensiva (aunque más no sea una forma de protección y delimitación de un dominio productivo) y su ubicación junto a una torre *swnw* refuerza a la vez el valor defensivo o de vigilancia de estas torres y su asociación ya sea con estructuras fortificadas (en el interior o en las regiones fronterizas del territorio controlado por el Estado) o con instalaciones productivas reales que pudieron requerir alguna clase de protección.

¹⁸⁹ Heagren, 2010, 100. Cf. Williams, 1994, 278-280.

¹⁹⁰ Williams, 1994, 278.

¹⁹¹ Cf. Campagno, 2004a; 2006, 36.

¹⁹² Cf. Hamblin, 2006, 312.

¹⁹³ Cf. Partridge, 2002, 140-141; Monnier, 2013a, 243-256.

aliciente adicional para la construcción de estructuras fortificadas por parte del Estado egipcio.

5.2.3. Movilidad

Otro aspecto de importancia en relación con la dimensión práctica de la guerra lo constituyen las pautas de movilidad¹⁹⁴. Ello involucra sin lugar a dudas el tránsito a pie, el empleo de asnos que, a partir del IV milenio a.C., debieron ser utilizados para la carga de víveres y equipamiento para diversas expediciones (especialmente en relación con el traslado por los recorridos del desierto y en las regiones que conectaban con el Sinaí y el sur de Palestina) así como de bienes para el intercambio, y el aprovechamiento, en tiempos de consolidación de la dominación estatal a lo largo del Alto y el Bajo Egipto, de instalaciones fundadas por la realeza en distintos puntos del territorio que pudieron garantizar la realización de expediciones con fines de exploración, extracción, intercambio o guerra¹⁹⁵. Pero en un espacio en el cual el río Nilo era una vía privilegiada de comunicación y transporte, es la presencia de embarcaciones y su posible uso en situaciones de violencia bélica la que merece un tratamiento pormenorizado en relación con el aspecto tecnológico de la práctica de la guerra¹⁹⁶.

Los indicios del empleo de barcas en el Nilo se retrotraen al menos al período Neolítico. Si bien la presencia de restos de peces de profundidad (*Lates niloticus*,

¹⁹⁴ Cf. Yadin, 1963, 4-5; Mann, 1986, 136-137; 1992 [1988], 22-23; Bossen, 2006, 93; Gabriel, 2007, 97-109; Keegan, 2014 [1993], 234-264, 405-424.

¹⁹⁵ Cf. Hoffman, 1979, 201, 242-243; Partridge, 1996, 95-99; 2010, 380-384; Hassan, 1997a, 16-17; Midant-Reynes, 2000 [1992], 124, 215; Wengrow, 2007 [2006], 52, 57, 99, 270; Gilbert, 2008, 144-145, n. 85; Moreno García, 2010, 14; Diego Espinel, 2011, 129-130. De acuerdo con Hoffman (1979, 338), si bien “el río Nilo proveía un medio barato y eficiente de movilización de materiales de norte a sur [...] se pudo depender de los burros para transportar productos por tierra a través de distancias considerables”. Sobre el transporte en el antiguo Egipto, cf. Partridge, 1996; 2010. Sobre las instalaciones fundadas por la realeza, cf. *infra*, cap. 5.3.

¹⁹⁶ Cf. Jones, 1995, 9.

Bagridae, Synodontis) en sitios de uso temporario en el valle del Nilo egipcio y sudanés del período Epipaleolítico ha llevado a suponer el empleo de balsas o embarcaciones de juncos de papiro en dicha época, la posibilidad del uso de arpones, anzuelos o líneas desde la orilla no permite ser taxativo al respecto¹⁹⁷. Hacia los períodos Neolítico y Badariense, en cambio, se han hallado modelos de embarcaciones en escala reducida realizados con diversos materiales, que testimonian la existencia de alguna forma de tecnología naval previa a las fases Nagada I y II¹⁹⁸. Probablemente este primer tipo de embarcación fuera construido con juncos de papiro, según un estilo que perduraría en el tiempo en relación con la pesca y la cacería de marisma y con pautas cotidianas de transporte local como el cruce de una orilla a la otra¹⁹⁹. En tan temprana época, pudo haber sido utilizado para prácticas vinculadas no sólo a la pesca y al cruce de orillas, sino también a la exploración, el transporte y la comunicación a escala local o regional²⁰⁰.

El empleo de juncos de papiro ha sido también sugerido en relación con la construcción de las embarcaciones correspondientes a la fase Nagada I²⁰¹. La particularidad de la evidencia de este período, que consta de unos pocos modelos en miniatura y de una serie de representaciones iconográficas sobre cerámica (C-

¹⁹⁷ Cf. Van Neer, 1989, 53; Peters, 1991, 39; Wetterstrom, 1993, 184-185; Midant-Reynes, 2000 [1992], 80, 92; Hendrickx y Vermeersch, 2000, 35; Wengrow, 2001, 97, 100 n. 9; 2007 [2006], 33; Gilbert, 2008, 7. El hallazgo en el Sudán central de una piedra decorada con lo que parece ser el motivo de una embarcación, datada hacia el VII milenio a.C., ha sido relacionado con la posibilidad de inferir un uso temprano de embarcaciones en el Nilo. Al respecto, cf. Salvatori y Usai, 2003-2008, 89, pl. IIa; Usai y Salvatori, 2007. Cf. también Fig. 37.

¹⁹⁸ Un modelo realizado con limo del Nilo hallado en Merimda y datado hacia el período Neolítico, actualmente perdido (Massoulard, 1949, 38; Vandier, 1952, 149; Hayes, 1965, 107; Hoffman, 1979, 181; Vinson, 1987, 162; 1994, 11; Hassan, 1997a, 16; Vanhulle, 2014) y tres modelos en cerámica del período Badariense hallados en Badari (Brunton y Caton-Thompson, 1928, 34, pl. XXIII.33; Landström, 1970, 12, fig. 2; Vinson, 1987, 162; 1994, 11; Tooley, 1995, 53; Partridge, 1996, 15-16; Vanhulle, 2014; Petrie Museum Catalogue: UC9024, UC9322; British Museum: EA59632). Cf. Vinson, 1987, 162-177; Polzer, 2011, 350. Cf. también Reisner, 1913. Cf. también Figs. 135-137.

¹⁹⁹ Cf. Jones, 1995, 44-45; Gilbert, 2008, 8; Partridge, 2010, 373-374.

²⁰⁰ Cf. Partridge, 2010, 370.

²⁰¹ Cf. Vinson, 1987, 162-163; 1994, 11-12; Partridge, 2010, 372-373.

ware/White Crossed-line), sobre una paleta de piedra y en el registro rupestre en los desiertos circundantes²⁰², la constituye la incorporación en algunas de las imágenes (datadas hacia fines de Nagada I y comienzos de Nagada II) de una serie de remos laterales, lo cual ha conducido a sugerir la existencia de dos tipos de embarcaciones: las típicas balsas o barcas de juncos de papiro pequeñas o medianas que seguirían las pautas del período anterior, siquiera con algunas modificaciones de forma, y otras embarcaciones, presumiblemente construidas hacia fines de Nagada I y comienzos de Nagada II con el mismo material (a lo sumo con alguna pequeña plataforma interna de madera)²⁰³ o bien con tablones de madera (aunque carecemos de indicios del trabajo refinado de la madera durante Nagada I), que tendrían un mayor tamaño que el modelo anterior, una mayor capacidad de carga (para bienes así como para personas; las representaciones suelen incluir lo que parecen ser refugios o cabinas de junco sobre la cubierta) y serían propulsadas mediante un uso intensivo de la energía humana a través del empleo de dos hileras de remos que no sólo mejorarían el alcance del transporte a lo largo del Nilo, sino que además supondrían la existencia de una tripulación, es decir, de un grupo humano trasladándose en conjunto y organizadamente²⁰⁴.

²⁰² Cf. Petrie, 1921, pls. XXIII.70E, 70M, XXXVII.81a-81b; Vandier, 1952, 278-282, 409-413; Landström, 1970, 12-13; Vinson, 1987, 88-92, 165; 1994, 11-12; Midant-Reynes, 2000 [1992], 173; Wilkinson, 2003, 134-161; Hendrickx, 2010, 110-113; Lankester, 2012, 45-47; Brémont, 2014, 52-56; Petrie Museum Catalogue: UC15281, UC15319; Metropolitan Museum of Art Collection: 35.10. Cf. también Figs. 38-41, 100, 138-139.

²⁰³ Cf. Jones, 1995, 44-45.

²⁰⁴ Si bien se ha propuesto la utilización de tablones de madera en las embarcaciones de los períodos Neolítico, Badariense y/o Nagada I, y se ha considerado ello como un precedente de la posterior construcción de barcas de madera papiriformes (Landström, 1970, 16-19; Gilbert, 2008, 7), la opinión mayoritaria se opone a esta interpretación y ve la incorporación de la madera en la tecnología náutica recién hacia comienzos de la fase Nagada II, que es cuando se empieza a verificar el empleo intensivo de la madera trabajada con herramientas de cobre (cf. Vinson, 1987, 162-163; 1994, 11-12; Ward, 2006, 120; Partridge, 1996, 16; 2010, 374-375). Como veremos a continuación, el primer testimonio directo de la construcción de embarcaciones con madera data de la Dinastía I, período al cual pertenecen las primeras barcas en tamaño real halladas en contexto funerario (cf. Vinson, 1994, 17-18; Jones, 1995, 33-34; Ward, 2006; Partridge, 2010, 375).

Si bien en ocasiones las embarcaciones aparecen relacionadas con el motivo de la cacería de animales salvajes (el cual, desde temprano, aparece asociado menos a una necesidad económica que a la expresión simbólica de la contención del desorden mediante la lucha contra las fuerzas de lo caótico)²⁰⁵, lo cierto es que el uso de barcas con remos que se documenta iconográficamente a partir de la fase Nagada I coincide con el incremento de contactos interregionales testimoniado en el registro arqueológico principalmente a partir de la distribución de bienes y motivos iconográficos, lo cual permite vincular ambos fenómenos²⁰⁶ y, con ello, toda forma de movilidad por río que tuviera por fin o involucrara el empleo de la violencia entre comunidades o entidades políticas de jefatura²⁰⁷.

Hacia Nagada II se verifica una parcial estandarización de la imagen de la embarcación con remos laterales y uno o dos refugios o cabinas en la cubierta, presente sobre todo en la cerámica decorada (D-ware/Decorated ware) de la fase Nagada IIc-d, pero también en representaciones rupestres y en unos pocos modelos en miniatura²⁰⁸. Las barcas con forma de hoz (“sickle-shaped”), cuya primera reproducción parece haber sido la decoración en planta presente en una cerámica de fines de Nagada I o comienzos de Nagada II (UC15319 del Petrie Museum), abundan en la iconografía de Nagada II,

²⁰⁵ Cf. Hendrickx, 2011a.

²⁰⁶ Cf. Wengrow, 2007 [2006], 50; Navajas Jiménez, 2009, 57; Lloyd, 2014, 44.

²⁰⁷ Cf. Gayubas, 2015b, 91-92. La mencionada asociación iconográfica entre la tecnología naval y la cacería de animales salvajes parece evocar, como lo haría en la época faraónica, la dimensión a la vez ritual y política del líder, jefe o rey que, haciendo uso de la fuerza, garantizaba el orden deseado mediante la subyugación de (o el enfrentamiento contra) las fuerzas hostiles representadas por la naturaleza (los animales salvajes) y los enemigos (las comunidades o entidades políticas vecinas). Tal como sostiene Hendrickx (2011a, 239), durante el período Predinástico los tópicos de la victoria militar y de la cacería de animales salvajes estaban “fuertemente relacionados mediante el concepto del orden sobre el caos”. Su vinculación iconográfica con la tecnología naval permite relacionar dicho concepto con el medio de transporte que habilitaba la movilidad y conexión entre diferentes puntos del territorio a través del recorrido por el río Nilo. Cf. Köhler, 2002; Hendrickx, 2010; 2011a.

²⁰⁸ Cf. Petrie, 1921, pls. XXXIII-XXXIV, XXXV.51b, XXXVII.80; Massoulard, 1949, 221-226, 228-229; Vandier, 1952, 329-356, 410; Landström, 1970, 11-22; Vinson, 1987, 92-97, 165-166; 1994, 12-15; Campagno, 1998a, 34; Gilbert, 1999; Midant-Reynes, 2000 [1992], 190-191; Lankester, 2012, 47-48; Brémont, 2014, 52-56. Cf. también Figs. 42a-c, 101, 140.

período que testimonia, además, un refinado trabajo de la madera (tanto local como importada), lo cual ha llevado a sugerir que en esta fase las barcas eran construidas con tablones, según un procedimiento que sería característico del período Dinástico Temprano²⁰⁹. También se documentan otras formas, como las embarcaciones de proa elevada o las de casco rectangular abundantes en el registro rupestre, que si bien fueron vinculadas en ocasiones a supuestas poblaciones foráneas (es el caso de Winkler, quien al considerar los distintos estilos de embarcación presentes en las representaciones rupestres del desierto oriental –luego también documentados en el desierto occidental–, propuso una diferenciación entre las poblaciones nilóticas y una población de “invasores orientales” presumiblemente llegados desde Mesopotamia a través del mar Rojo), han sido más recientemente consideradas como estilos diversos de embarcación (o, acaso, de sus formas de representación) correspondientes a las mismas sociedades del valle del Nilo²¹⁰.

²⁰⁹ Cf. Massoulard, 1949, 210-211, 235; Vinson, 1987, 33-39; 1994, 12-15; Ward, 2006, 119-121; 2012, 218-219.

²¹⁰ Cf. Winkler, 1938, 36-39; Massoulard, 1949, 104-105; Baumgartel, 1952, 281; Landström, 1970, 16; Hoffman, 1979, 243-248; Vinson, 1987, 127; 1994, 16-17; 2013, 4; Redford, 1992, 20; Wilkinson, 2003, 134-161; Gilbert, 2008, 7-8; Brémont, 2014, 52. Los motivos del muro decorado de la Tumba 100 de Hieracómpolis (que incluye cinco barcas con forma de hoz y una con proa elevada) y del mango de cuchillo de Dyebel el-Arak (que contiene tres barcas con forma de hoz y dos con casco rectangular), ambos datados hacia la fase Nagada IIc-d, han formado parte de las discusiones en torno al posible origen mesopotámico de algunas embarcaciones (cf. Petrie, 1920, 49; Kantor, 1944, 116; Massoulard, 1949, 239-241, 331-334; Frankfort, 1951, 100-111; Vandier, 1952, 537-539, 568-570, 606-607; Case y Payne, 1962, 16-17; Landström, 1970, 14; Hoffman, 1979, 340-344; Vinson, 1987, 177-184; 1994, 16-17; 2013, 4; Boehmer, 1991; Redford, 1992, 20; Midant-Reynes, 2003, 296-301, 321-322). Como con las representaciones rupestres, pueden señalarse inconsistencias en la comparación (por ejemplo, el casco rectangular no suele ser simétrico como en los ejemplares mesopotámicos), al tiempo que allí donde la similitud se hace más notable (el casco simétrico de las barcas en el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak que convive con el motivo, en el lado opuesto, de un hombre domesticando animales en un estilo gráfico típicamente elamita), ello parece explicarse más bien por el efecto del intercambio de bienes e información que habría conectado directa o, con mayor probabilidad, indirectamente a las sociedades del valle del Nilo con aquellas de la Baja Mesopotamia, antes que por alguna forma de difusión o invasión de poblaciones mesopotámicas respecto de la cual no se cuenta con sustento documental. Cf. Massoulard, 1949, 239-241, 331-334; Helck, 1962, 5-9, 11 n. 34; Hoffman, 1979, 340-342; Vinson, 1987, 178-184; 1994, 17; 2013, 4; Redford, 1992, 17-24; Joffe, 2000, 115-116; Midant-Reynes, 2003, 321-322; Wengrow, 2007 [2006], 145 (para quien la presencia de imágenes como la del hombre domesticando animales presupone la “transmisión de motivos, y su circulación restringida, entre las élites emergentes”,

Las embarcaciones de proa elevada y de casco rectangular han sido interpretadas por algunos autores como barcas sagradas o ceremoniales (involucradas, por ejemplo, en celebraciones de victoria o anticipando el rol de las barcas divinas y funerarias del período Dinástico)²¹¹, mientras que las embarcaciones con forma de hoz han sido identificadas por Gilbert como “canoas de guerra”, que si bien no habrían tenido una función solamente militar, habrían sido el medio privilegiado para conducir expediciones de diversa índole, incluyendo aquellas cuyos objetivos habrían sido militares, de control o dominación política y de respaldo armado a movilizaciones de extracción, exploración o intercambio²¹². En efecto, el mayor número de remos representados en ellas, su presumible construcción con un material más resistente y duradero como la madera y el mayor tamaño (en relación con la fase anterior) inferido a partir de los elementos previamente mencionados pero también de la presencia de refugios o cabinas y otros implementos en la cubierta, son elementos tenidos en cuenta por aquellos autores que afirman que se trataría de barcas más o menos estandarizadas con capacidad para una mayor tripulación y carga, y aptas para cubrir más veloz y eficientemente mayores distancias²¹³.

si bien una forma no elamita del mismo motivo puede encontrarse en grabados rupestres del Sahara prehistórico; cf. Cervelló Autuori, 1996, 71-72, fig. 5; Campagno, 2004b; 2010). También en representaciones algo más tardías (como el mango de cuchillo del Metropolitan Museum de Nueva York de la fase Nagada IIIb y el incensario de Qustul correspondiente a la fase final del Grupo A de la Baja Nubia) se representa una barca de casco rectangular asociada a iconografía típica del valle del Nilo, sin elementos que permitan establecer una vinculación directa con la Baja Mesopotamia (cf. Williams y Logan, 1987, 248, 250, 252-253, 263; Vinson, 1987, 184-186; 1994, 16-17; Cervelló Autuori, 2009b, 64-67, fig. 7). Cf. también Figs. 45, 54, 60, 73.

²¹¹ Cf. Williams y Logan, 1987, 250; Gilbert, 2008, 8, 11.

²¹² Gilbert, 2008, 8, 11-12. Cf. Müller, 2009, 217.

²¹³ Vinson (1994, 14-15) estima que las barcas de este período pudieron tener un tamaño de entre 15 y 17 metros de largo, basándose en la cantidad de remos representados y en el espacio estimado para su manipulación. Similar sugerencia hace Gilbert (2008, 8), quien sin embargo añade que a lo largo del período Predinástico pudieron ser construidas embarcaciones de hasta 38 metros de longitud. De todos modos, tal como reconoce Vinson (1987, 193; 1994, 17), la primera evidencia concreta del tamaño de las barcas empleadas en el río Nilo proviene de las tumbas de barcas de la Dinastía I halladas en cementerios de élite en Abidos, Saqqara, Helwan y Abu Rawash. Las estimaciones a partir del tamaño de las tumbas y, allí donde fueron preservadas, de las tablas de madera, arroja una longitud de entre 14 y algo más de 17

La misma preponderancia del motivo de las embarcaciones en la cerámica y en otros soportes es elocuente respecto de la importancia social de la tecnología náutica en el período²¹⁴, cuya vinculación con aspectos religiosos y ceremoniales (no sólo el posible uso de barcas en contexto funerario o ritual, sino también la disposición de la cerámica decorada en tumbas) no hace sino reforzar la imagen de un medio cuya relevancia social y política habría repercutido en las mismas formas de simbolización de las sociedades del valle del Nilo²¹⁵. Por otro lado, cierta relación con los sectores de élite puede proponerse a partir del presumible uso de la madera (material más escaso que el papiro)²¹⁶ pero, por sobre todo, de una serie de motivos iconográficos que destacan por su composición y por el soporte sobre el que se encuentran. Significativamente, algunos de dichos motivos presentan a su vez cierta asociación entre lo naval y lo militar.

La composición del tejido de Gebelein, un lino pintado del cual sobreviven fragmentos y que es habitualmente datado hacia la fase Nagada II, incluye el motivo de tres embarcaciones con remos (una de ellas con los remeros incluidos) y una cuarta con un timonel y una figura sentada sobre un trono, adornada con una especie de corona y, según algunas interpretaciones, sosteniendo entre las manos lo que parece ser un mayal²¹⁷. En ocasiones se ha identificado a un personaje que aparece en el centro de una de las embarcaciones como a un prisionero atado de manos dentro de una cabina, aunque su caracterización se asemeja demasiado a la de los remeros y la destrucción de parte del tejido precisamente en esa zona hace difícil la interpretación. Lo cierto es que

metros (Vinson, 1994, 18; Ward, 2006, 122-125; Partridge, 2010, 375), es decir, “más o menos el mismo tamaño que sus predecesoras guerzeenses” según el cálculo previamente referido (Vinson, 1994, 20). En términos de peso, se ha estimado algo más de una tonelada para las barcas de la Dinastía I documentadas en Abidos, construidas con madera local (Ward, 2006, 125).

²¹⁴ Cf. Vinson, 2013, 3.

²¹⁵ Cf. Gilbert, 2008, 4, 11, 22; Partridge, 2010, 380.

²¹⁶ Cf. Jones, 1995, 44.

²¹⁷ Museo delle Antichità Egizie: S. 17138. Cf. Scamuzzi, 1964, tavv. I-V; Landström, 1970, 14; Williams y Logan, 1987, 255-256, fig. 15; Ciałowicz, 1993, 19-20; Midant-Reynes, 2000 [1992], 209-210; Wilkinson, 2000b, 384-385; 2003, 40; Gilbert, 2004, 86; Cervelló Autuori, 2009b, 64-65; Gayubas, 2015a, 13. Cf. también Fig. 43a-c.

esta composición que parece conectar la navegación con una figura prestigiosa o regia, guarda cierta similitud con la correspondiente a la pintura mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Nagada IIc). En ésta, cinco barcas con forma de hoz (sin remos laterales) y una barca con proa elevada configuran una especie de procesión que convive con escenas de violencia: dos personajes armados con bastones, uno de ellos también con un escudo, luchan cuerpo a cuerpo en dos secuencias (o acaso se trate de dos enfrentamientos simultáneos), en una de las cuales uno de ellos aparece de cabeza, recordando la convención egipcia para indicar a un individuo muerto; un personaje destacado por su tamaño se dispone a golpear con un arma (quizás una maza) a otros personajes de menor tamaño, recordando la escena dinástica del rey sometiendo a enemigos que tiene antecedentes también hacia fines de la fase Nagada I; y el motivo del hombre dominando a dos animales salvajes parece evocar el concepto de contención del desorden por el cual serían destacadas las aptitudes cósmicas, políticas y militares del jefe o rey en tanto garante del orden²¹⁸. En ambas composiciones (tejido de Gebelein y Tumba 100) tienen lugar también escenas de danza y de cacería, lo cual permite inferir aspectos relacionados con la celebración de la realeza, de los cuales la función militar del rey y su vinculación con la movilidad fluvial serían de particular importancia²¹⁹.

Otros motivos de la fase Nagada II, como aquellos que, pintados sobre recipientes cerámicos o grabados en inscripciones rupestres, presentan a hombres con plumas en la cabeza y armados con bastones, arcos o bumeranes dispuestos sobre embarcaciones, si

²¹⁸ Fragmentos conservados en el Museo Egipcio de El Cairo. Cf. Quibell y Green, 1902, pls. LXXV-LXXVIII; Vandier, 1952, 561-571; Landström, 1970, 14; Williams y Logan, 1987, 253-255; Ciałowicz, 1993, 21-27; Vinson, 1994, 13-14; 2013, 5-6; Midant-Reynes, 2000 [1992], 206-209; 2003, 331-336; Wilkinson, 2000b, 384; Campagno, 2002, 173-174; Gilbert, 2004, 86-89; Kemp, 2006, 92-99; Cervelló Autuori, 2009a, 72-74; 2009b, 64-67; Müller, 2009, 217-218. Cf. también Fig. 73.

²¹⁹ Cf. Cervelló Autuori, 2009b, 64-67; Gayubas, 2015a, 13; 2015b, 88.

bien ofrecen algunas dificultades que no permiten relacionar de un modo directo los ámbitos de la guerra, la tecnología naval y la realeza, dejan abierta la posibilidad²²⁰.

Un testimonio particularmente elocuente lo constituye el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak, datado hacia fines de Nagada II y cuya proveniencia es desconocida. Se trata de un mango de marfil decorado, en uno de cuyos lados se encuentra grabado el motivo (también presente en la decoración de la Tumba 100 de Hieracópolis) de un hombre dominando a dos animales salvajes que parece evocar la idea ya referida de la contención del desorden, y en el lado opuesto un combate entablado entre individuos armados con mazas, palos y cuchillos, justo encima de dos hileras de embarcaciones (tres con forma de hoz y dos con casco rectangular) entre medio de las cuales yace un grupo de personajes derrotados²²¹. La conexión entre el enfrentamiento bélico y el ámbito naval parece indiscutible, motivo por el cual algunos investigadores han reconocido en ello los indicios de alguna forma de “conflicto naval” o de la implementación de la tecnología náutica con fines militares²²². Vinson señala al respecto que “quienquiera que haya ejecutado la imagen de Dyebel el-Arak, estaba sin duda familiarizado con la noción de que las embarcaciones podían ser empleadas en la guerra”²²³.

Hacia la fase Nagada IIIa-b se documenta iconográficamente el empleo de velas en algunas embarcaciones. Un primer testimonio, datado entre fines de Nagada II y Nagada III, corresponde a una cerámica decorada que contiene el motivo de una barca con proa

²²⁰ Cf. Campagno, 1998a, figs. 4d, 7; 2002, 154, figs. 8.5, 9.1; Gilbert, 1999; Midant-Reynes, 2000 [1992], 190-191; Hendrickx, 2002; Wilkinson, 2003, 79, 192; Lankester, 2012, 157-160. Cf. también Fig. 42a-b.

²²¹ Musée du Louvre: E11517. Cf. Bénédite, 1916; Wolf, 1926, 12; Massoulard, 1949, 224, pl. LXI.1; Emery, 1961, 39; Landström, 1970, 14-15; Hoffman, 1979, 340-344; Ciałowicz, 1993, 27-30; Vinson, 1994, 17-18; Midant-Reynes, 2000 [1992], 238-239; Gilbert, 2004, 93-94; 2008, 12; Martínez Babón, 2007, 11-12. Cf. *supra*, nota 210 en este mismo capítulo. Cf. también Fig. 45.

²²² Cf. Hoffman, 1979, 340; Shaw, 1991, 59; Midant-Reynes, 2000 [1992], 239; Martínez Babón, 2007, 11-12; Gilbert, 2008, 12; Vinson, 2013, 4.

²²³ Vinson, 2013, 4.

y popa elevadas y una vela rectangular²²⁴. Otro indicador proviene de la representación de tres embarcaciones similares a la del recipiente cerámico, una de ellas con una vela, grabadas en un incensario hallado en el cementerio L de Qustul correspondiente a la fase final del Grupo A de la Baja Nubia, contemporáneo de la fase Nagada IIIb. Significativamente, este incensario incluye el motivo de la corona blanca que representaría la realeza del Alto Egipto y que parece adornar a un personaje situado en una de las embarcaciones (aunque el artefacto se encuentra dañado en dicha parte) y lo que parece ser un prisionero arrodillado y con las manos atadas por la espalda en el embarcación que contiene la vela²²⁵.

Ciertamente, en un período de expansión política, el testimonio del uso de velas es indicativo del aprovechamiento de los vientos del norte para un viaje más eficiente río arriba por el Nilo²²⁶. El empleo de barcas más allá de la primera catarata en el sur debió tener sus dificultades para las poblaciones que habitaban el Alto Egipto, sobre todo si sus barcas empleaban remos²²⁷, aunque no sería aventurado pensar que el uso de velas fuera aprovechado en alguna medida para la navegación más allá de la primera catarata, al menos durante la estación de la inundación en la cual este tramo del río sería más navegable (ello explicaría que uno de los primeros testimonios disponibles de este implemento náutico provenga de la Baja Nubia, sea que represente una tecnología de la

²²⁴ British Museum: EA35324. Cf. Budge, 1902, 80; Bowen, 1960; Landström 1970, 13; Lacovara, 1982; Vinson, 1987, 101, 120; Shaw, 1991, 58; Huyge y Darnell, 2010; Partridge, 1996, 17, fig. 9; 2010, fig. 20.1b. Si bien este testimonio ha sido puesto en duda por autores que no lo consideran un artefacto predinástico genuino (Wengrow, 2009, 2), diversos investigadores han apostado por su autenticidad (p.e., Huyge y Darnell, 2010; con bibliografía). Cf. también Fig. 48.

²²⁵ Oriental Institute Museum, Chicago: E24069. Cf. Williams, 1986, 138-145, pls. 34, 38; Vinson, 1987, 184-186; 1994, 15-16; 2013, 2; Ciałowicz, 1993, 32-34; Gilbert, 2008, 8; Török, 2009, 42; Teeter, 2011, 162-163. Cf. también Fig. 60.

²²⁶ Los cálculos náuticos refieren que el viaje río abajo desde Elefantina hasta el Delta, aprovechando la corriente del río, debía tomar entre tres semanas y dos meses, dependiendo en parte de la estación del año (durante la inundación la navegación sería más rápida que durante la estación seca). El tránsito río arriba, en cambio, habría sido más bien lento antes del empleo de la vela y del consiguiente aprovechamiento de los vientos provenientes del norte y del noroeste. Cf. Redford, 1992, 14; Hassan, 1997a, 16; Partridge, 2002, 99-100; 2010, 370-371.

²²⁷ Cf. Wengrow, 2007 [2006], 32, 50; Parcak, 2010, 6; Diego Espinel, 2011, 130-131.

élite de Qustul o retome una característica de las élites del Alto Egipto). De todos modos, según sugieren representaciones posteriores de velas en barcas de los registros cerámico y rupestre, la vela se emplearía para navegar a lo largo del Nilo propiamente egipcio y, tal vez, en las costas marítimas²²⁸.

Tampoco puede descartarse que se dependiera de alguna clase de técnica de desmontado para sortear los rápidos de la primera catarata del Nilo, como se presume que debió hacerse con los componentes de embarcaciones que pudieron ser transportados desde el valle hasta la costa del mar Rojo por medio de los wadis del desierto, según un modelo que sería empleado durante la época dinástica²²⁹. Quizás una política tal en momentos de expansión de las dinámicas estatales pudo gestionarse desde Elefantina, punto desde el cual se presume que en tiempos dinásticos se enviaba apoyo naval a expediciones dirigidas hacia el sur (incluso cuando existían puestos fronterizos más meridionales, como es el caso de los fuertes característicos del Reino Medio)²³⁰.

Otros motivos de la fase Nagada IIIa-b reiteran la asociación entre la tecnología naval, la realeza y la violencia, se trate de representaciones de episodios de violencia bélica o bien de celebraciones que involucraban la dimensión militarmente victoriosa del rey. El mango de cuchillo del Metropolitan Museum de Nueva York presenta en uno de sus lados una composición que incluye una barca con casco rectangular similar a la del mango de cuchillo de Dyebel el-Arak, con un personaje sentado en ella tocado con lo que parece ser la corona blanca del Alto Egipto, y tres embarcaciones con forma de

²²⁸ Cf. Vinson, 1987, 120-121, 157-160; 2013, 2; Lankester, 2012, 48, 193-194. Escenas de embarcaciones siendo remolcadas han llamado la atención sobre lo que pudo ser una práctica náutica de propulsión o botadura, o bien un modo de sortear dificultades como las cataratas del Nilo o el acceso al mar Rojo a través de los wadis del desierto. Cf. Murray y Myers, 1933, fig. 1; Landström, 1970, 16, fig. 44; Vinson, 1987, 154-157; 1994, 14, fig. 6; Wilkinson, 2003, 174; Lankester, 2012, 198-200, 214-215. Cf. también Fig. 102.

²²⁹ Cf. Ward, 2001a, 250-251; 2006, 126; 2012, 221-223; Gilbert, 2008, 2, 145 n. 91; Lankester, 2012, 48.

²³⁰ Cf. Gilbert, 2008, 57-58.

hoz en una de las cuales se halla un individuo arrodillado, aparentemente maniatado²³¹. Dos fragmentos de vasos de piedra actualmente conservados en el Museo Egipcio de Berlín presentan sendas decoraciones en relieve de un guerrero armado con un hacha (ÄGM 15084b) y tres embarcaciones de las que perduran sus extremos (ÄGM 15693), conformando lo que Rolf Krauss interpreta como motivos de un mismo tipo de composición semejante a la del mango de cuchillo de Dyebel el-Arak²³². Un incensario hallado en el cementerio L de Qustul (distinto del mencionado más arriba), cuya superficie deteriorada ha incentivado una reconstrucción tentativa, presenta una decoración que, de un modo similar a otros objetos de la fase final del Grupo A, asocia la iconografía de este centro de la Baja Nubia con la imaginería real de las sociedades del Alto Egipto, en este caso representando lo que parecen ser procesiones de barcas de proa elevada y de casco rectangular con figuras asimilables a una entidad regia (corona blanca y mayal), dos atributos de la realeza (*serej* y halcón) y lo que pareciera ser un prisionero arrodillado y con las manos atadas²³³.

También en la Baja Nubia fue hallada otra inscripción que vincula un episodio militar con la tecnología naval. Se trata de uno de los grabados rupestres ubicados en Dyebel Sheikh Suleiman, a la altura de la segunda catarata del Nilo, datado hacia la fase Nagada IIIb y compuesto por un grupo de personajes derrotados y un prisionero atado de manos (posiblemente atravesado por un proyectil) representados junto a una embarcación, más allá de la cual se halla representado otro prisionero junto a un *serej*,

²³¹ Metropolitan Museum, New York: 26.241.1. Cf. Williams y Logan, 1987, 246-249; Ciałowicz, 1993, 30-32; Cervelló Autuori, 2009a, 72-73. Cf. también Fig. 54.

²³² Ägyptisches Museum und Papyrussammlung, Berlin: 15084b, 15693. Cf. Capart, 1905, 99-100, figs. 70-71; Vinson, 1987, 188, fig. 94; Krauss, 1995; Sass y Sebbane, 2006, 81-83 (quien data el motivo del guerrero hacia Nagada IId); Martínez Babón, 2007, 16-17 (quien data el motivo del guerrero en el Dinástico Temprano); De Wit, 2008, 155-156; Müller, 2009, 218; Manassa, 2011, 8. Cf. también Fig. 49a-b.

²³³ Oriental Institute Museum, Chicago: E24058. La interpretación de los motivos de este objeto se debe a la reconstrucción tentativa de los autores y debe ser por lo tanto considerada con cautela. Cf. Williams, 1986, 145-146, pl. 33; 2011, 88; Williams y Logan, 1987, 253; Ciałowicz, 1993, 34-35, fig. 6. Cf. también Fig. 61.

al parecer conmemorando la victoria militar de un rey egipcio sobre enemigos nubios²³⁴. Por su parte, una serie de grabados rupestres hallados en Nag el-Hamdulab, en la zona de Aswan, al oeste del Nilo, presentan escenas en las que un personaje tocado con la corona blanca del Alto Egipto aparece asociado a procesiones de barcas que parecen involucrar la representación de individuos armados con arcos y el sometimiento de enemigos²³⁵.

A lo largo de la fase Nagada IIIa-b y durante las primeras tres dinastías, embarcaciones de diverso diseño y composición aparecen representadas en modelos en miniatura, grabados rupestres y motivos pintados o grabados sobre variados soportes²³⁶. Algunas de ellas vuelven a vincular la tecnología naval con la realeza en contextos de actividad política o celebrativa²³⁷. También aparecen, hacia la Dinastía I, las primeras tumbas de barcas documentadas en torno a enterramientos de reyes e individuos de élite. Si bien en la mayoría de ellas no se han preservado las embarcaciones, los restos de tablones que sí han subsistido (particularmente en Abidos), sumados al tamaño de las tumbas, han permitido estimar la composición (tablones de madera) y tamaño (entre 14 y algo más de 17 metros de longitud) de estos medios de transporte (incluyendo, según permite inferir su técnica de construcción, la viabilidad de que los tablones fueran desarmados y vueltos a ensamblar, por ejemplo para transportar las embarcaciones desde el valle hasta la costa del mar Rojo, o bien para sortear la primera catarata del

²³⁴ Cf. Murnane, 1987; Davis, 1992, 126-127, fig. 35; Ciałowicz, 1993, 35-37; Vinson, 1987, 216; 1994, 20; 2013, 4; Müller, 2009, 218; Török, 2009, 49; Somaglino y Tallet, 2014. Cf. también Fig. 107.

²³⁵ Cf. Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012. Cf. también Figs. 108-109.

²³⁶ Cf. Vandier, 1952, 817-818, 827-850; Landström, 1970, 15-18, 23-25; Vinson, 1987, 124-162, 167-177, 186-192; Jones, 1995, 26-27; Tooley, 1995, 53; Menu, 2001, 171-174; Campagno, 2002, lám. XXIX; Lankester, 2012, 204; Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012. Hacia finales de la Dinastía II aparece también la primera mención escrita de un astillero, concretamente el título de “portador del sello del astillero” (*ḥtmw whrt*) en un sello de la reina Nimaathap (probable consorte de Jasejemuy) hallado en Abidos. Cf. Emery, 1961, fig. 67; Helck, 1987, 201; Jones, 1995, 80; 2000, 762; Roth, 2001, 59, 527, Abb. 20. Vinson (1987, 122-123) recoge, a su vez, referencias escritas a la tecnología náutica halladas en objetos del período Dinástico Temprano. Cf. también Figs. 84, 103, 110a, 110c-d.

²³⁷ Cf. Vinson, 1987, 186-190.

Nilo)²³⁸. El uso funerario de estas barcas de madera parece señalar su utilidad ritual, pero una lectura comparada con los testimonios iconográficos y textuales contemporáneos y de períodos posteriores permite relacionar dicha tecnología con las capacidades navales del Estado orientadas también al transporte, el intercambio (incluso de maderas más aptas para la construcción de embarcaciones grandes y resistentes, concretamente el cedro del Líbano al cual se accedió probablemente por vía marítima desde el período Dinástico Temprano), la recolección de tributos y la actividad bélica²³⁹.

Sobre los últimos dos puntos, contamos con una serie de indicios que merece la pena considerar. Por un lado, algunos autores han interpretado la embarcación representada en el reverso de la Paleta de Nármer sobre las hileras de enemigos decapitados, como un indicio de la relación existente entre las actividades naval y militar²⁴⁰. Si bien no existe acuerdo sobre dicha lectura, la relación establecida entre ambas esferas parece razonable si se considera dicho artefacto como una conmemoración de la unificación, es decir, de la forma simbólica que adquirió la expansión política conducida a lo largo del recorrido del río Nilo. La Piedra de Palermo (compilación de anales reales compuesta en la Dinastía V), por su parte, contiene una interesante referencia escrita que parece apuntar a un uso militar de las embarcaciones, concretamente un viaje en una barca atribuido al reinado de Den de la Dinastía I que parece culminar en el ataque a una localidad no identificada. La entrada reza: *hdi (r) s^ch?-nswt wr-k3* (“viajando río abajo en barca (a las

²³⁸ Cf. *supra*, nota 50. Cf. Saad, 1951, 41; Emery, 1961, 54; Landström, 1970, 25; Hoffman, 1979, 282; Vinson, 1987, 193-210; 1994, 17-20; 2013, 6; O’Connor, 1991; Jones, 1995, 33-35; Ward, 2006; Wengrow, 2007 [2006], 290, 296; Partridge, 2010, 374-375; Vanhulle, 2014. Cf. también Figs. 11-13.

²³⁹ Cf. Vinson, 1994, 20; Gilbert, 2008, 15; Vanhulle, 2014. Sobre las relaciones del Estado egipcio y el Líbano durante el período Dinástico Temprano, cf. Wilkinson, 1999, 160-162; Aubet, 2007, 241-243; Wengrow, 2007 [2006], 183-186; Gilbert, 2008, 85.

²⁴⁰ Cf. Gilbert, 2008, 31; Ward, 2006, 127; Lloyd, 2014, 51. Cf. también Vinson, 1987, 187-188. Otros autores ven en cambio una referencia religiosa (la barca solar) o de consagración (“Horus el único en su barca”), entre otras interpretaciones posibles. Cf. Midant-Reynes, 2003, 357; O’Connor, 2011, 152. Cf. también Fig. 63.

ciudades de) Sah?-nisut (y) Wer-ka”). La representación de un hombre atacando el determinativo de ciudad de la localidad de Wer-ka sugiere el sentido militar del viaje²⁴¹.

En relación con la recolección de tributos, las inferencias merecen ser consideradas debido al hecho de que el empleo de la tecnología naval para el ejercicio o la amenaza de la violencia se pudo vincular tanto con la función militar como con la dimensión del control interno, aspecto particularmente importante en el contexto de una dominación centralizada sostenida a lo largo del Alto y el Bajo Egipto²⁴². Al respecto, la referencia en la Piedra de Palermo al año de “seguir a Horus” (*šms hr*) durante varios reinados de las primeras tres dinastías sugiere la existencia de “un viaje emprendido por el rey o sus funcionarios a intervalos regulares con el propósito de recaudar impuestos”²⁴³. El carácter náutico del viaje es sugerido por el empleo de una embarcación como determinativo²⁴⁴. Por otro lado, según señala Wilkinson, “el jeroglífico para *šms*, ‘seguir’, empleado en este contexto, representa un instrumento estrechamente asociado a la diosa Mafdet, y puede ser interpretado como el equipamiento de un ejecutor”, lo cual asociaría este tipo de acontecimiento a la capacidad de coerción de la élite estatal²⁴⁵. Una referencia conjunta al año de “seguir a Horus” y a la presencia de “*rejit* decapitados muertos” en una entrada del reinado de Dyer en la Piedra de Palermo

²⁴¹ Cf. Wilkinson, 2000a, 116. Cf. también Fig. 145.

²⁴² Cf. Gilbert, 2008, quien reconoce tres grandes tipos de operaciones navales: militares, diplomáticas y de vigilancia, pero reconoce que éstas suelen presentarse combinadas.

²⁴³ Wilkinson, 1999, 220. Cf. Hoffman 1979, 319; Helck, 1987, 87; Baines, 1995, 126; Wilkinson, 2000a, *passim*; Campagno, 2002, 244-245; Cervelló Autuori, 2009a, 103; Engel, 2013, 27. Cf. también Fig. 145.

²⁴⁴ Cf. Janssen, 1978, 221; Malek, 1986, 35. Una serie de etiquetas de los reinados de Den, Semerjet y Qaa de la Dinastía I, contiene similares referencias a la práctica de “seguir a Horus” con la correspondiente imagen de una embarcación (cf. Petrie, 1900, pl. XVII.26; Landström, 1970, 25; Helck, 1987, 162-164; Wilkinson, 1999, 302, fig. 8.7 (2); Cervelló Autuori, 2009a, 103).

²⁴⁵ Wilkinson, 1999, 220. Cf. Wilkinson, 1995 [1992], 188-189. Sobre la “capacidad de coerción” del Estado egipcio durante comienzos de la época dinástica, cf. Campagno, 2013a.

también parece vincular de algún modo las actividades tributaria y coercitiva del Estado dual egipcio²⁴⁶.

Un testimonio temprano de este tipo de práctica lo constituyen los grabados de Nag el-Hamdulab a los cuales ya hemos hecho referencia, datados hacia la Dinastía 0²⁴⁷. Estos no sólo contienen escenas asociadas a rituales de victoria y dominación en cuyo centro aparecen embarcaciones y personajes regios, sino que incluyen una inscripción jeroglífica que ha sido traducida como “seguimiento náutico”, entendido como una forma temprana del ritual de “seguir a Horus” que vincularía la celebración territorial de la realeza con la recolección de tributos y, todo ello, con la tecnología naval²⁴⁸. Esta forma de expresión de la “dominación regia sobre los humanos potencialmente caóticos”²⁴⁹ conectaría pues el ámbito ritual, el transporte fluvial y el ejercicio de la violencia, desdibujando a su vez los límites entre las dimensiones externa e interna de la coerción estatal en un período de expansión política.

Por último, podemos señalar que si las representaciones de embarcaciones en grabados rupestres del desierto oriental a las que ya hemos hecho referencia plantean la posibilidad de que este tipo de tecnología fuera usado en la costa del mar Rojo, se asocie ello o no a contingentes armados²⁵⁰, la navegación en la costa del mar Mediterráneo puede ser pensada en relación con los contactos entablados con el Líbano (fuente de madera de cedro que debió servir para construir algunas de las grandes embarcaciones utilizadas para el transporte de cargas pesadas y para la navegación

²⁴⁶ Traducción tomada de Diego Espinel, 2006, 188. Wilkinson (2000a, 97-98) propone, en cambio, “víctima sacrificial”, omitiendo (como advierte Diego Espinel) el hecho de que es sobre un ave-*rejit* que reposa el cuchillo de decapitación. La representación de un ave-*rejit* sobre una barca en una paleta de Nagada III de la cual sólo sobrevive un fragmento, advierte sobre la posibilidad de vincular dicha imagen con el sometimiento de población subordinada ante el poder naval de la realeza, se relacione ello o no con la práctica de la tributación. Cf. Capart, 1905, 228-229; Vinson, 1987, 188, fig. 92; Griffin, 2006, 45. Cf. también Figs. 55, 145.

²⁴⁷ Cf. Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012. Cf. también Figs. 108-109.

²⁴⁸ Cf. Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012, 1080-1081, fig. 11.

²⁴⁹ Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012, 1081.

²⁵⁰ Cf. Redford, 1992, 14; Ward, 2006, 126.

marítima), lo cual es sugerido por la existencia de inscripciones que hacen referencia a maderas, aceites y resinas originarios del Líbano en objetos egipcios de las primeras tres dinastías, así como por la presencia en Biblos de un recipiente de piedra que contiene el nombre del rey Jasejemuy de la Dinastía II²⁵¹. En ambos mares, si bien la tecnología náutica presumiblemente empleada no debió estar asociada directamente a un dispositivo militar, el tipo de actividad a la que debió servir (orientada al intercambio y/o a la extracción de materias primas) pudo involucrar la existencia de alguna forma de respaldo armado²⁵².

En suma, si los testimonios disponibles permiten suscribir que “con el río Nilo atravesando el país, el transporte en barco era a la vez rápido y efectivo”²⁵³, tenemos razones para vincular la tecnología naval, no sólo con el transporte de bienes o con la realización de rituales, sino también (especialmente a partir de la fase Nagada II, aunque

²⁵¹ Cf. Dunand, 1939, pl. XXXIX; Edwards, 1971, 45; Hoffman, 1979, 339; Marfoe, 1987, 27; Ward, 1991, 13; Wilkinson, 1999, 92, 160-162; Bard, 2000, 77-78; Shaw, 2007 [2000], 425-426; Wengrow, 2007 [2006], 185; Aubet, 2007, 241-243; Gilbert, 2008, 85; Sowada, 2009, 37-38; Ward, 2012, 220. Tal como señala Campagno (2002, 216), “las posibilidades de acceder de modo directo al cedro de los bosques sirio-libaneses y de navegar en las cercanías de las costas del mar Mediterráneo podrían haberse potenciado mutuamente, habida cuenta del hecho de que la madera de cedro habría sido necesaria para la construcción de embarcaciones capaces de navegar por mar abierto”. Cf. Emery, 1961, 204; Landström, 1970, 23. Una etiqueta de madera del reinado de Aha de la Dinastía I, hallada en Abidos (Petrie, 1901a, pl. X.2; Vandier, 1952, 836-840, fig. 560; Hartung, 2001, 236) y similar a otra etiqueta algo más deteriorada hallada en el mismo cementerio (Petrie, 1901a, pl. XI.2), representa unas embarcaciones transportando lo que algunos autores han interpretado como madera del Líbano (por la presencia de la inscripción jeroglífica *mrw*), lo cual podría añadir un sustento adicional a la conexión entre estos intercambios y la tecnología náutica del período (cf. Landström, 1970, 25; O’Connor, 1987, 33-34; Wilkinson, 1999, 161 –quien considera que el bien transportado sería más bien un aceite derivado del árbol-*mrw* en cuestión–; Sowada, 2009, 38), si bien otros autores no comparten dicha interpretación (cf. Emery, 1961, 51, fig. 12; Proussakov, 2004, 149-150). Como hemos visto más arriba, dicha combinación de signos puede tener también un valor iconográfico que vincule azada, estructuras fortificadas y embarcaciones como evocación de una expedición naval seguida del ataque a recintos amurallados (cf. Monnier, 2013a, 244-246). Cf. *supra*, notas 158 y 161 en este mismo capítulo. Cf. también Figs. 72, 127a-b.

²⁵² Cf. Gilbert, 2008, 34.

²⁵³ Partridge, 2002, 99.

presumiblemente incluso con anterioridad) con el transporte de grupos humanos con finalidad militar²⁵⁴.

5.3. Organización

Bossen entiende la organización militar como la coordinación de acciones por parte de los actores involucrados en la guerra²⁵⁵. Ello implica distintos niveles que van desde las formas adoptadas por las incursiones, enfrentamientos o medidas defensivas hasta las pautas de reunión o reclutamiento de los grupos orientados a la actividad bélica, los roles o funciones militares y los aspectos logísticos y de abastecimiento²⁵⁶.

Sobre el primer punto, los testimonios relativos a la violencia y la tecnología que hemos considerado en los apartados precedentes ofrecen información de interés, particularmente si se los pondera en relación con analogías etnográficas y/o comparaciones históricas.

En lo que respecta a las sociedades no estatales de los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico (Badariense-Nagada I), la existencia de un armamento constituido tanto por armas de golpe como por proyectiles, sumada a los indicios de heridas provocadas por estas armas y a la presencia de criterios defensivos basados principalmente en las condiciones ventajosas del terreno y en eventuales construcciones de fosos, palizadas o, incluso –en algún caso– murallas, permite señalar como compatibles estos escenarios con lo testimoniado etnográficamente en contextos sociales cuyas pautas de organización social presentan algún grado de afinidad que habilita la comparación²⁵⁷.

²⁵⁴ Cf. Hoffman, 1979, 342; Hamblin, 2006, 326.

²⁵⁵ Cf. Bossen, 2006, 92.

²⁵⁶ Cf. Gabriel, 2007; Keegan, 2014 [1993], 301-302, 362-363, 405-424. Cf. también Mann, 1986, 137-142.

²⁵⁷ Cf. *supra*, cap. 5.1, 5.2.

Siguiendo, de este modo, observaciones etnográficas y análisis interculturales correspondientes a sociedades no estatales de diversos contextos geográficos e históricos, no resulta aventurado reconocer como plausible la preponderancia de incursiones sorpresivas y emboscadas, acciones bélicas que pudieron ser más comunes o frecuentes que eventuales batallas, acaso más reguladas y menos letales²⁵⁸. A estas prácticas en las que los grupos humanos coordinados colectivamente o con arreglo a alguna figura de liderazgo debieron emprender ataques seguidos de inmediatas retiradas (no por eso carentes de efectos destructivos) y/o combates orientados menos a la aniquilación del enemigo que a la demostración o medición de fuerzas, se debió añadir hacia al menos fines de la fase Nagada I, la captura y ejecución de prisioneros, según permiten sugerir los motivos en vasos cerámicos en los cuales ciertos personajes que parecen detentar alguna clase de estatus o liderazgo blanden un arma (probablemente una maza) sobre la cabeza de personajes de menor tamaño, o bien sostienen a dichos personajes mediante lazos. Este tipo de imagen, que se documenta en una fase caracterizada por la presencia de indicios de jerarquización sociopolítica (entre ellos, pero no exclusivamente, los motivos recién mencionados) asimilables a la categoría de sociedades de jefatura, tiene una mayor presencia iconográfica en los contextos estatales posteriores, sugiriendo que una práctica que pudo responder a las exigencias de un jefe prestigioso (la búsqueda u obtención, a través de la guerra, de bienes y/o cautivos, de la cual existen testimonios históricos y etnográficos en otras situaciones histórico-sociales)²⁵⁹, pudo constituirse en uno de los atributos de la estatalidad y del ejercicio monopolístico de la violencia, formalizado iconográficamente en la escena del sometimiento ritual del enemigo²⁶⁰.

²⁵⁸ Cf. Gat, 1999, 566; Gilbert, 2004, 27-28; Gayubas, 2014, 153-158; Keegan, 2014 [1993], 136-149.

²⁵⁹ Cf. Earle, 1987, 297; Redmond, 1994, 25, 30, 39, 47, 51.

²⁶⁰ Sobre los motivos en vasos cerámicos de Nagada Ic, cf. Gayubas, 2015a y *supra*, cap. 5.1, 5.2.1. Sobre similares motivos en las fases subsiguientes, cf. Köhler, 2002. Cf. también Figs. 33-36.

Este aspecto, que en las fases estatales ilustra la función cósmica y militarmente victoriosa del rey, llama la atención sobre la relación existente hacia Nagada I entre el liderazgo de jefatura y el ámbito bélico. Si se piensa que no sólo evocan esta relación las representaciones iconográficas como las referidas, sino también aquellas que vinculan las figuras de liderazgo con la cacería –práctica simbólicamente conectada con la guerra–, se puede proponer que cuando menos uno de los aspectos que asumió el liderazgo de jefatura durante Nagada I-IIa-b fue el correspondiente a la coordinación o sanción simbólica de la actividad bélica²⁶¹. Ello pudo haber involucrado funciones asociadas tanto al desempeño bélico propiamente dicho (el éxito militar personal y la coordinación del accionar colectivo) como a la conformación y gestión de alianzas entre comunidades, la administración de recursos materiales y/o simbólicos orientados a la guerra y la movilización de seguidores que, en algunos casos, pudieron constituir un séquito personal (en definitiva, si un jefe asociado directa o indirectamente al ámbito bélico podía demandar y obtener cautivos, distanciándose en este punto del conjunto de la comunidad por su carácter prestigioso, es plausible suponer que también estaba habilitado para entablar un tipo de vínculo personal con otros individuos que no

²⁶¹ Cf. Campagno, 2016a, 16-19. Puede tenerse en cuenta también, aunque anterior en el tiempo, la presencia en una tumba de el-Omari (tumba A35) en el Bajo Egipto, datada hacia 4000 a.C. aproximadamente, del cadáver de un hombre adulto con una fractura hundida en el cráneo y un bastón similar al cetro *ames* de los reyes de la época faraónica sostenido entre sus manos. Cf. Hoffman, 1979, 196; Trigger, 1985 [1983], 44; Hassan, 1988, 159-160; Debono y Mortensen, 1990, 67, pl. 28.1; Midant-Reynes, 2000 [1992], 122; Campagno, 2002, 153; 2016a, 16; Gilbert, 2004, 76; Köhler, 2010a, 43; 2010b, 28, fig. 2.2F. Por otro lado, en el desierto occidental fue hallada una escena grabada en la roca en la llamada “Caverna de las Bestias”, en Gilf Kebir, que representa a un personaje de mayor tamaño sosteniendo lo que parece ser un arma, probablemente una maza o un hacha, frente a otro personaje dado vuelta (que recuerda la convención egipcia para un individuo muerto) y a dos hileras de individuos, aparentemente enfrentados, con los brazos levantados. Se ha estimado que tal escena correspondería a algún momento de los milenios VI-IV a.C. Cf. Barta y Frouz, 2010, 35-40; Campagno, 2016a, 18. Cf. también Fig. 104.

estuviera basado en las normas del parentesco sino en alguna clase de dependencia o subordinación más bien asimilable a la figura del patronazgo)²⁶².

La situación correspondiente a las fases Nagada IIc-d-IIIa-b y a las dinastías I-III, caracterizada por la emergencia, expansión y consolidación de dinámicas estatales, permite un abordaje del aspecto organizativo de la guerra según diversos niveles. En primer lugar, acerca de lo inmediato de las conflagraciones o episodios bélicos se ha sostenido que “es más que probable que los enfrentamientos [...] hayan involucrado a dos grupos de guerreros enfrentándose cara a cara, descargándose unos a otros varias rondas de proyectiles y luego acercándose para luchar cuerpo a cuerpo”²⁶³. Esta lectura, además de basarse en la clase de armas existente y en las representaciones iconográficas que hemos tratado en los apartados anteriores, halla a su vez un correlato más tardío en la interpretación propuesta por Shaw sobre la iconografía de fines del Reino Antiguo, en la cual “los soldados egipcios con faldellín están envueltos en combate cuerpo a cuerpo empleando lanzas y hachas, mientras algunos de los asiáticos que defienden se muestran atravesados por flechas, lo cual indica que el avance de los soldados de infantería era respaldado por una lluvia de flechas de los arqueros egipcios”²⁶⁴.

Los testimonios de fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica también ofrecen evidencia de técnicas de asalto a fortificaciones (cualesquiera fueran la ubicación y el alcance defensivo de éstas en los distintos períodos), y la capacidad organizativa orientada a dicho fin destructivo pudo también ser responsable de la dimensión constructiva que debió suponer la instalación de estructuras fortificadas en

²⁶² Cf. Campagno, 2011a, 62; Gayubas, 2016, 38-40. Sobre el patronazgo en el valle del Nilo durante el IV y el III milenios a.C., cf. Campagno, 2014d; 2016b; en prensa. Cf. también *infra*, cap. 6.3.

²⁶³ Lloyd, 2014, 112.

²⁶⁴ Shaw, 1991, 37. Cf. Hamblin, 2006, 358.

diversos puntos del valle del Nilo y, a partir de la Dinastía I, en los bordes e inmediatas periferias del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras²⁶⁵.

La sociedad estatal también debió dirigir la violencia organizada a la realización de acciones que pudieron oponer escasa, si acaso alguna, resistencia. En el contexto de la aparición de núcleos estatales en el Alto Egipto, así como durante el proceso de expansión política que dio origen al Estado dual egipcio, la actividad militar pudo tomar la forma, no sólo de enfrentamientos entre entidades políticas centralizadas, sino también de incursiones sobre aldeas que pudieron haber carecido (o haberse visto desprovistas) de los medios para resistir, facilitando en ocasiones el establecimiento de relaciones de dominación a través de la agresión o la amenaza²⁶⁶. Una vez establecidos los límites territoriales del Estado dual, los raids punitivos y el respaldo armado de expediciones (de exploración, de extracción, de intercambio) pudieron ser una modalidad habitual de empleo de la capacidad militar²⁶⁷. Ello permite considerar los asentamientos de frontera de las primeras dinastías no tanto como puestos de protección ante eventuales agresiones de poblaciones periféricas sino como puntos de apoyo (“puertas”, si tomamos prestado el término de Mario Liverani y la concepción estatal egipcia inferida desde al menos el Reino Antiguo) para las iniciativas exteriores del Estado egipcio²⁶⁸.

En el territorio bajo dominio directo de la élite estatal, la coerción sobre población subordinada debió recurrir a similares principios, sustentada en la tecnología náutica y dirigida principalmente a la obtención de tributo, tal como queda evidenciado por la práctica de “seguir a Horus” de las dinastías I a III y por el llamado “seguimiento

²⁶⁵ Sobre esto último volveremos más adelante.

²⁶⁶ Cf. Campagno, 2011a, 65.

²⁶⁷ Cf. Wilkinson, 1999, 155-157, 179-180.

²⁶⁸ Liverani, 2003 [1990], 89. Cf. Diego Espinel, 1998, 15-16, 19; 2003, 321. Si a nivel táctico las fortificaciones cumplen una función defensiva, a nivel estratégico pueden, efectivamente, jugar un rol ofensivo.

náutico” que, según algunos autores, pudo ser realizado durante (y como parte de) el proceso de expansión política de Nagada IIIb (Dinastía 0)²⁶⁹, lo cual sugiere que la dominación sobre población subordinada debió seguir similar línea de acción que el sometimiento de aldeas o ciudades mediante la agresión y la disuasión militar.

Otro asunto de interés relativo a la organización militar en contextos de dominación estatal lo constituye el reclutamiento de los actores involucrados en la guerra. Se ha sugerido que éste debió sostenerse en la práctica de la tributación exigida por el Estado, y testimonios del Reino Antiguo han conducido a algunos autores a sugerir que dicho reclutamiento pudo ser organizado sobre la base de autoridades locales que cumplimentarían las disposiciones militares del rey según funciones asignadas *ad hoc*, tal como sucedería con el relevamiento de los equipos de trabajadores que debían servir al Estado en diversas actividades económicas²⁷⁰. La autobiografía de Uni, por ejemplo, presenta a este funcionario de la Dinastía VI al mando de una serie de autoridades locales de distintas jerarquías que parecen haber tenido a su propio cargo el reclutamiento de tropas en sus localidades de origen, así como su posterior coordinación dentro de la estructura de una expedición de carácter militar probablemente dirigida hacia Palestina²⁷¹.

Si bien excede el marco cronológico de este trabajo, vale la pena considerar un testimonio que permite inferir el papel de las autoridades locales en la organización militar. Se trata de dos inscripciones de la Dinastía IV halladas en Jor el-Aquiba, en el norte de Nubia, las cuales describen cómo tropas comandadas por sendos “conocidos del rey” (*rh nswt*) de dos nomos del Alto y del Bajo Egipto, respectivamente, avanzaron

²⁶⁹ Cf. *supra*, cap. 5.2.3.

²⁷⁰ Cf. Faulkner, 1953, 35-36; Emery, 1961, 112; Moreno García, 2010, 21; Spalinger, 2013b, 468; Lloyd, 2014, 115.

²⁷¹ *Urk.* I, 102. Cf. Lichtheim, 1973, 19-20; al-Nubi, 1997 [1990], 153-155; Schulman, 1999, 145; Strudwick, 2005, 352-257; Martínez Babón, 2007, 27-28; Moreno García, 2010, 18-19; 2013a, 193; Loprieno, 2012, 4; Lloyd, 2014, 101, 108-111, 115-116.

militarmente sobre territorio nubio y tomaron prisioneros²⁷². Moreno García infiere de ello la existencia de un reclutamiento de carácter local, si bien en este punto tales inscripciones son menos elocuentes que la autobiografía de Uni. Lo que destaca de ellas, de todos modos, es que los personajes referidos, por mucho que pudieran tener una posición de liderazgo local en sendos nomos, llevan el título de “conocido del rey”, el cual ilustra una relación de “proximidad respecto del monarca, que lo incluye entre sus hombres de confianza” mediante un lazo de tipo personal²⁷³.

Puede pensarse, en este sentido, que dicho lazo pudo tener importancia a la hora de hacer de estos funcionarios los encargados de conducir las actividades militares del Estado. Esta constatación sobre los roles o funciones militares es particularmente relevante dado que halla sustento en otras inscripciones de los períodos que nos ocupan.

Según la autobiografía de Mechen, este funcionario de fines de la Dinastía III y comienzos de la Dinastía IV, además de estar encargado, entre muchas otras cosas, de actividades militares o de frontera, según sugieren los títulos “administrador del distrito del desierto” (*ꜥd-mr smit*), “comandante de cazadores” (*hrp nww*) y “comandante de auxiliares libios” (*hrp ʕ3tyw*), gozaba también del título de “conocido del rey” (*rḥ nswt*)²⁷⁴.

De un modo similar, la estela funeraria de Merka, un funcionario de la Dinastía I, permite asociar a este personaje con la realización de muy disímiles actividades al servicio del rey, entre las que se incluiría su desempeño como “inspector” de una localidad de nombre Wenet (*hrp Wnt*) y el título de “administrador del distrito del desierto” (*ꜥd-mr smit*). Este último, al igual que en el caso de Mechen, parece asociarlo

²⁷² Sobre las inscripciones de Jor el-Aquiba, cf. López, 1966, 25-30; Moreno García, 2010, 22; Spalinger, 2013b, 468.

²⁷³ Campagno, 2013c, 153. Cf. Baud, 1999, 109-112; Moreno García, 2013a, 207; 2013b, 105-106, 110; Paysás, 2015, 54 y nota 83.

²⁷⁴ *Urk.* I, 1-7. Cf. Strudwick, 2005, 192-195; Campagno, 2013c, 152-154 (con bibliografía). Cf. también Fig. 76.

al ámbito militar, dado que pudo involucrar aspectos defensivos u ofensivos en una región de frontera²⁷⁵. Por otro lado, si bien Merka no ostenta el título de “conocido del rey”, sí es proclamado “seguidor del rey” (*šms-nswt*), lo cual parece asociarlo a “una relación de proximidad respecto del monarca”²⁷⁶.

La relación de todo ello con la posibilidad de que el reclutamiento tuviera una base local pero fuera administrado por un personaje cercano al rey puede observarse en el hecho de que Mechen también es referido en su autobiografía como “grande de los diez [o de las decenas] del Alto Egipto” (*wr md šm3w*), título que parece involucrar la supervisión y algún aspecto vinculado al reclutamiento de tropas²⁷⁷.

La discusión en ocasiones sostenida acerca de si las formas de organización local de lo bélico pueden caracterizarse como milicias o no, reviste menor importancia que el reconocimiento de que, en cualquier caso, el tipo de organización local militar que pudo existir durante el III milenio a.C. no respondía a los intereses de las comunidades sino a los intereses del Estado, por lo cual, tal como señala Campagno, dichas milicias “serían *locales* [solamente] por su lugar de estacionamiento, pero obedecerían al [...] polo concentrador de la fuerza”²⁷⁸. Lo que en cualquier caso resulta de interés es el modo en que puede caracterizarse la relación entablada por los personajes locales de élite con el rey, sostenida en lazos de subordinación personal compatibles con la idea de patronazgo

²⁷⁵ Cf. Wilkinson, 1999, 143; Hamblin, 2006, 324; Engel, 2013, 32-33. Cf. también Fig. 75.

²⁷⁶ Campagno, 2013c, 152.

²⁷⁷ Cf. Fischer, 1959, 260-267; Moreno García, 2010, 21; Campagno, 2013c, 153. Un funcionario de comienzos de la Dinastía V, llamado Nesutnefer, detentó los títulos de “supervisor de fortalezas” (*imy-r mnnw*), “supervisor de la fortaleza real” (*imy-r mnnw nswt*) y “supervisor de las regiones del desierto” (*imy-r smiwt*), al tiempo que fue nombrado “conocido del rey”. Cf. Jones, 2000, 137-139, 160-161; Kanawati, 2002, 31-33; Strudwick, 2005, 423; Vogel, 2009, 171-172; 2010, 6; Moreno García, 2013b, 101. Cf. también Fig. 77.

²⁷⁸ Campagno, 1998a, 53. Cf. Faulkner, 1953, 33; Paysás, 2015, 38.

e incluso con la constitución de alianzas expresadas en ocasiones mediante vínculos parentales²⁷⁹.

En este sentido, si bien podemos considerar pertinente (siquiera parcialmente) la caracterización que propone Mark Lehner acerca de la organización militar del Reino Antiguo (y acaso también del Dinástico Temprano) en términos de “ejército fractal”, es decir, la fuerza militar del Estado entendida como compuesta por una acumulación y articulación de los reclutamientos de tropas a cargo de los personajes de élite locales, lo central para comprender la dinámica organizativa del período es el vínculo entre el funcionamiento del aparato de coerción estatal y los lazos de tipo personal entablados con los personajes de élite locales²⁸⁰. Como plantea Campagno, un tipo de lógica estatal formal no excluye la existencia de otro tipo de lógica basada en lazos de subordinación personal, y la conexión de ambas en relación con la actividad militar (violencia interna y externa) parece explicar el funcionamiento del aparato coercitivo en el cual se habría sostenido, en última instancia, la dominación estatal centralizada en el territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras.

Otros títulos que indican cierta organización de las funciones militares y de la administración de regiones fronterizas son el de “supervisor de la tierra extranjera” (*imy-r ḥ3st*), presente en una impresión de sello del reinado de Jasejemuy de la Dinastía II, y los títulos de “supervisor de tropas” (*imy-r mšꜥ*) y “administrador de la tierra extranjera” (*ꜥd-mr ḥ3st*) hallados en inscripciones rupestres de la Dinastía III en Wadi Maghara, en el Sinaí²⁸¹.

²⁷⁹ Cf. Campagno, 2013c; 2014d, 14-19.

²⁸⁰ Lehner, 2000, 311-312.

²⁸¹ Cf. Gardiner y Peet, 1917, pl. I.1b-2; Kaplony, 1963, fig. 269; Helck, 1987, 266, 282; Wilkinson, 1999, 92, 143, 149, 166-167; Jones, 2000, 142; Campagno, 2002, 247; Strudwick, 2005, 135; Mumford, 2006, 42; Engel, 2013, 33. Cf. también Figs. 83a-b, 115, 117.

El título de “supervisor de tropas” (*imy-r mšꜥ*), en ocasiones equiparado a las funciones de un “general”, parece apuntar a la coordinación jerárquica de contingentes humanos movilizadas con un fin determinado²⁸². El carácter “elástico” del término “tropa” (*mšꜥ*), alternativamente empleado para referirse a expediciones mineras, actividades de la construcción o incursiones militares, sugiere la similitud en las pautas de organización para las diversas actividades que implicaban la movilización de grupos humanos por parte del Estado, al tiempo que destaca la ausencia de una estructura militar corporativa del tipo existente más tardíamente²⁸³. Lo significativo del uso de una misma terminología no es tanto, en cualquier caso, lo que revela respecto de la polifuncionalidad de funcionarios y de grupos humanos movilizadas, sino lo que implica en términos de la existencia de una forma de organización, de una estructura de mando y de una disciplina que debieron configurar la relación entre las élites y la población subordinada en un contexto de dominación estatal consolidada.

Por otro lado, un testimonio como el de las inscripciones rupestres del reinado de Den en Wadi el-Humur, en el Sinaí meridional, que presentan al rey en actitud de someter al enemigo acompañado de lo que parecen ser funcionarios asociados al ejercicio de la violencia, armados con mazas y, uno de ellos, con un arco, sustentan la imagen que asocia las expediciones conducidas a regiones fronterizas, así como su control, administración o explotación, al empleo de la violencia organizada (contingentes organizados o entrenados militarmente), y a la existencia de funcionarios que cumplían, si bien no exclusivamente, funciones bélicas o de control y vigilancia armada²⁸⁴.

²⁸² Cf. Faulkner, 1953, 33-34; Wilkinson, 1999, 166; Jones, 2000, 142; Moreno García, 2004, 241.

²⁸³ Spalinger, 2013b, 465-466. Cf. Chevereau, 1987.

²⁸⁴ Cf. Tallet, 2010. Cf. también Faulkner, 1953, 35; McDermott, 2006 [2004], 29-30; Martínez Babón, 2007, 14, 26-29; Paysás, 2015, 41. Cf. también Fig. 111a-c.

Un último punto que resta por considerar atañe a la logística y el abastecimiento²⁸⁵. En un Estado centralizado como el que se consolidó en el valle del Nilo durante las primeras tres dinastías, la práctica de la tributación, orientada a la concentración de recursos humanos y materiales y sostenida en última instancia en la violencia, sumada a la vinculación entre las necesidades y disposiciones de la realeza, por un lado, y las pautas locales de reclutamiento y organización, por el otro, debió garantizar la realización de expediciones y facilitar el sostenimiento de la dominación tanto en el territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras como en las regiones fronterizas. En tal escenario, las posibilidades ofrecidas por la tecnología náutica habrían tenido una importancia de primer orden.

Tal como advierte Gilbert, el “poder naval” debió no sólo sustentar en buena medida la expansión política que extendió la dominación centralizada a todo lo largo del valle y el delta del Nilo, sino que también debió ser “crítico para la estabilidad y existencia del Estado” a comienzos de la época dinástica²⁸⁶. Según hemos considerado en el apartado correspondiente, el viaje Nilo abajo habría permitido cubrir la distancia entre Elefantina y el delta en un lapso de entre tres semanas y dos meses (dependiendo en parte de la estación del año), empleándose embarcaciones de madera que en el período debieron tener entre 14 y 17 ó 18 metros de longitud y que debieron permitir el transporte de bienes y contingentes humanos. Por otro lado, la construcción de tales embarcaciones de madera en un territorio con una cantidad relativamente escasa de árboles debió “requerir una inversión tremenda de trabajo y recursos”²⁸⁷. La explotación de especies locales y la obtención de maderas del Líbano mediante relaciones de intercambio debieron movilizar una importante cantidad de mano de obra impulsada a satisfacer las

²⁸⁵ Sobre la importancia de esta cuestión, cf. Keegan, 2014 [1993], 405ss.

²⁸⁶ Gilbert, 2008, 43.

²⁸⁷ Ward, 2001b, 281. Cf. *supra*, cap. 5.2.3.

necesidades de un Estado cuya infraestructura naval incluía la existencia de astilleros (según sugiere la inscripción “portador del sello del astillero” *-h̄tmw whrt-* en un sello de fines de la Dinastía II)²⁸⁸ y, quizás, de una red de establecimientos junto al río que permitirían, una vez sorteadas las dificultades ofrecidas por la primera catarata, extender el área de influencia del Estado hacia el sur.

Más allá de la “línea de abastecimiento” constituida por el Nilo²⁸⁹, el recorrido por los wadis del desierto y por las regiones que conectaban con el Sinaí y el sur de Palestina debió incorporar asnos para la carga de equipamiento y víveres, así como para el transporte de materias primas o bienes obtenidos en las expediciones que involucraban la extracción, el intercambio o el saqueo. El transporte marítimo también parece haber tenido algún lugar para el intercambio con el Líbano vía la costa del mar Mediterráneo durante las primeras tres dinastías y en relación con la navegación por la costa del mar Rojo, pero en cualquiera de los casos, la movilización de contingentes humanos, embarcaciones y animales de carga debió requerir alguna clase de organización territorial que garantizara el aprovisionamiento y proveyera de facilidades al menos durante el recorrido a lo largo del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras y quizás más allá en previsión de las necesidades de abastecimiento en las periferias. Las posiciones fronterizas como Elefantina y los puestos de avanzada como Buhen o Tel es Sakan debieron tener algún rol en ello, así como los funcionarios designados con los títulos de “administrador del distrito del desierto” y “supervisor de la tierra extranjera”, articulando las funciones militares y de administración o recolección (por explotación o tributación) de recursos²⁹⁰. Sin embargo, también pudo ser de importancia la presencia de un sistema de establecimientos agrícolas y de

²⁸⁸ Cf. Emery, 1961, fig. 67; Helck, 1987, 201; Jones, 1995, 80; 2000, 762; Roth, 2001, 59, 527, Abb. 20. Cf. también Fig. 84.

²⁸⁹ Cf. Keegan, 2014 [1993], 407.

²⁹⁰ Cf. Wilkinson, 1999, 92, 143, 149.

almacenamiento dependientes de la realeza que, distribuidos a lo largo del territorio, debían servir al abastecimiento con equipamiento, comida e instalaciones a los grupos humanos movilizadas tanto en expediciones de exploración o extracción como en campañas militares²⁹¹. De acuerdo con Moreno García, este sistema debió existir desde al menos la Dinastía III, que es cuando aparecen las referencias textuales a esta clase de establecimiento; de todos modos, los testimonios de instalaciones reales con fines productivos y de almacenamiento en inscripciones de las dinastías I y II permiten suponer –aunque no deje de ser una suposición– que algunos principios de tal sistema existían durante el período Dinástico Temprano²⁹².

En suma, a diferencia del principio centrífugo que parece haber definido a las guerras de ataque y retirada en contextos no estatales (sustentados en la lógica del parentesco), e incluso de las situaciones caracterizadas por cierta jerarquización y concentración difusa de las capacidades bélicas (sociedades de jefatura), la guerra estatal se presenta como una guerra que habilita la conquista, que favorece la expansión y el control territorial tanto local como fronterizo y que posibilita la penetración más o menos regular en territorio periférico y el dominio político sobre población subordinada. De este modo, la actividad militar durante las primeras tres dinastías, y acaso también hacia fines del Predinástico, pudo estar organizada a partir de una base *ad hoc* según la cual los funcionarios al servicio del Estado debieron haber cumplido múltiples tareas (incluyendo funciones militares) y el reclutamiento de tropas debió ser influido por pautas de organización local bajo control directo de la realeza mediante la constitución de lazos de subordinación personal. El empleo de tecnología náutica y un sistema territorial de abastecimiento pudieron garantizar tanto el control interno como las

²⁹¹ Cf. Moreno García, 2004, 243; 2010, 14-15; 2013a, 190-192. Cf. también Wilkinson, 1999, 117-133; Engel, 2013, 27-35; Gayubas, 2015b, 99; Paysás, 2015, 51, 100. Es el caso, por ejemplo, de las instalaciones *hwt* y *hwt-ʕt* a cuyo estudio se ha abocado Moreno García.

²⁹² Cf. Wilkinson, 1999, 117-133; Engel, 2013, 27-35.

incursiones fronterizas y las expediciones en regiones periféricas, asegurando la obtención de recursos tanto dentro como fuera del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras, y la práctica de la tributación debió a la vez sustentar y ser facilitada por dicha actividad coercitiva.

6. La guerra desde la dimensión del poder

El precedente análisis de la evidencia de prácticas de guerra en el valle del Nilo y sus periferias permite reconocer elementos de continuidad entre las situaciones no estatales y los períodos de emergencia, expansión y consolidación de lo estatal en lo que respecta a la existencia de un “hacer la guerra” según los componentes que hemos enumerado. De todos modos, los testimonios preservados también apuntan a una serie de diferencias cuyo signo más evidente es el contraste entre un tipo de guerra que debió estar asociado a una lógica centrífuga, por un lado, y unas dinámicas expansivas que debieron vincular la violencia bélica a la coerción sobre población subordinada, por el otro.

A partir de esta constatación es que resulta pertinente recurrir al análisis de la dimensión del poder según los principios que hemos delineado en el capítulo correspondiente¹. Nuestra reflexión en el presente capítulo apuntará, pues, a considerar en perspectiva histórica la relación entre la práctica de la guerra y los ámbitos de lo ideológico, lo económico y lo político², indagando allí donde las dos definiciones de Clausewitz a las que hemos hecho referencia en el mencionado capítulo (la guerra como una relación social específica, por un lado, y como un instrumento de la política, por el otro) tienen su punto de encuentro.

6.1. La guerra y lo ideológico

El ámbito de lo ideológico se relaciona de al menos dos modos con la guerra. Por un lado, provee unas formas de simbolización de la actividad bélica, de los roles sociales asociados a ella y de sus resultados (victoria militar, toma o ejecución de prisioneros, etc.). Por otro lado, ofrece lo que Ferguson denomina un “mapa ideológico” que

¹ Cf. *supra*, cap. 3.2.

² Cf. Bossen, 2006, 94.

consume la “concepción de sí misma” de una sociedad mediante “la oposición a los otros [considerados foráneos]”, y constituye una “justificación moral” del ejercicio de la violencia contra aquellos que son presentados como merecedores de dicha violencia³.

En el valle del Nilo, ambos aspectos pueden ser considerados en relación tanto con los contextos no estatales como con aquellos estatales, aunque con grados diversos de problematización debido a la diferencial disponibilidad de testimonios correspondientes a unas y otras situaciones de análisis.

En relación con los períodos previos a la emergencia de lo estatal, dos clases de registro documental ofrecen información sobre el primero de dichos aspectos. Por un lado, la disposición de armas en tumbas, documentada desde el período Neolítico en adelante, conecta la actividad a la que aquellas estaban dirigidas con el simbolismo mortuario⁴. La selección de estos artefactos como parte del ajuar funerario, ya se trate de armas efectivas o de modelos de utilidad ritual, señala la importancia adjudicada a las prácticas bélica y, allí donde las armas pudieron tener también dicho uso, cinagética en la vida de los individuos enterrados con ellas o, más generalmente, en el grupo humano inhumado en los respectivos cementerios. La preservación en un contexto funerario del vínculo entre el individuo o el grupo y el implemento bélico supone una forma de simbolización ritual de una identidad o una función social asociada al ámbito de la guerra⁵. Hacia la fase Nagada Ic, las mazas de guerra adquieren un valor adicional como instrumento de prestigio o liderazgo, representadas en escenas de violencia bélica siendo sostenidas por personajes destacados, posiblemente jefes, que se disponen a golpear a lo que parecen ser enemigos vencidos. En este período también se representan figuras de liderazgo portando armas en contextos de cacería, quizás evocando menos

³ Ferguson, 1999, 422 y 407, respectivamente. Cf. Lloyd, 2014, 99-101.

⁴ Cf. Gilbert, 2004, 194-202.

⁵ Cf. Vandkilde, 2006b, 485. Cf. también *supra*, cap. 5.2.1.

dicha práctica que las aptitudes físicas y de coordinación requeridas tanto por un líder cazador como por un líder guerrero (la representación conjunta, en el vaso U-415/1 de Abidos, del motivo del sometimiento del enemigo y de una escena de cacería del hipopótamo, ilustra este punto). Esto sugiere que, en el contexto de las sociedades de jefatura del Alto Egipto, el liderazgo o las figuras de prestigio debieron estar conectados, aunque no lo fuera de modo exclusivo, con la práctica y la simbolización de la guerra, y que ello debió tener su correlato en el mundo de ultratumba⁶.

A partir de la fase Nagada IIc-d, la celebración de las figuras regias vincula de un modo aún más elocuente la simbolización de las figuras de autoridad y la práctica bélica. Las escenas de captura de prisioneros y del sometimiento del enemigo, sumadas a la imagen de enemigos derrotados muertos y del asalto a fortificaciones, simbolizan las acciones de guerra emprendidas por el Estado o, como mínimo, las funciones militares arquetípicas del rey⁷. Los nombres de algunos reyes que evocan atributos de fuerza añaden algo a esta lectura. Durante la Dinastía 0, algunos de los nombres reales documentados hacen referencia a animales peligrosos: Escorpión, Cocodrilo. De hecho, en algunas inscripciones iconográficas el rey aparece representado como un animal salvaje (toro, león). Particularmente elocuentes son los nombres de Horus de algunos reyes de la Dinastía I: Nármer (“El temible siluro”), Aha (“El luchador”), Dyer (“El fuerte”), Den (“El que ataca”), Qaa (“El que alza el brazo”). El nombre de Horus del primer rey de la Dinastía II (Hetepsejemuy, “Los dos poderosos están en paz”) y el nombre de Horus y Seth del último (Jasejemuy Nebuy-hetep-imef, “Los dos poderosos se manifiestan, los Dos Señores están en paz en él”), parecen expresar o simbolizar la puesta en acto de una paz que, como mínimo, sugiere un referente de conflicto cuyo

⁶ Sobre los diversos ámbitos de acción en los que pudieron estar involucrados los jefes predinásticos, cf. Campagno, 2002, 155-159; 2016a, 16-19.

⁷ Cf. Rosenvasser, 1962; Hall, 1986; Wilkinson, 1999, 197; Cervelló Autuori, 2009a, 94-95, 103; Campagno, 2002, 236-237; Campagno y Gayubas, 2015, 39.

contraste da sentido al rol evocado. Finalmente, el nombre de Horus de Sejemib de la Dinastía II ha sido traducido alternativamente como “De corazón poderoso” o “De corazón violento”, y uno de los nombres de *nswt-bity* del último rey de la Dinastía III es Huni (“El combatiente/atacante”)⁸.

Tal como argumenta Gilbert, dichos nombres evocan una “ideología de agresión, poder físico y guerra” que conecta directamente la actividad bélica con “la existencia del Estado”⁹ y que articula simbólicamente el liderazgo militar (rey victorioso), lo sagrado (rey-dios identificado con Horus) y el derecho a gobernar (incluyendo el ejercicio de la violencia sobre los súbditos)¹⁰.

Una clase de testimonio que ilustra la dimensión simbólica de la concentración de poder operada a partir de las fases de emergencia de lo estatal la constituyen una serie de artefactos decorados que se relacionan ya sea tipológica o iconográficamente con la guerra. Se trata de las cabezas de maza, mangos de cuchillo y paletas cosméticas que datan de fines de Nagada II a comienzos de la Dinastía I y a las que nos hemos referido en el capítulo precedente¹¹. Así como las cabezas de maza y, en alguna medida, también los mangos de cuchillo pueden ser asociados tipológicamente con la actividad bélica, aun cuando su elaboración concreta en estos casos no haya buscado una funcionalidad militar sino constituir las en soporte para una serie de inscripciones celebrativas de la realeza (algunas de ellas evocativas del proceder bélico), las paletas cosméticas que nos interesan contienen motivos iconográficos de temática militar.

Lo interesante a este respecto es que, tal como plantea Wengrow, estos objetos votivos que son, a su vez, soportes para inscripciones iconográficas y textuales del

⁸ Al respecto, cf. Hoffman, 1979, 340; Helck, 1987, 115-118; Baines, 1995b, 123; Cervelló Autuori, 1996, 221; Wilkinson, 1999, 202; Campagno, 2002, 236; Gilbert, 2004, 111; Assmann, 2005 [1996], 53; Kemp, 2006 [1995], 684. Cf. también Bonhême y Forgeau, 1988, 188-235.

⁹ Gilbert, 2004, 111.

¹⁰ Cf. Baines, 1995a, 11; Gundlach, 1998, 86, 107; Wilkinson, 1999, 183-186, 197; Campagno, 2002, 223-237. Cf. también Ferguson, 1999, 408.

¹¹ Cf. *supra*, cap. 5.

Estado, hunden su significación en (o, según el autor, marcan una continuidad con) la utilidad o uso ancestral de tal clase de objetos. Así, la elección de las paletas cosméticas como vehículo ideológico, lejos de ser casual, se inscribe en una tradición del cuidado del cuerpo que puede rastrearse hasta el período Neolítico e interpela, de este modo, una pauta de vida social y ritual en cuyo centro se sitúa el cuerpo¹². En un mismo sentido, aunque el autor no se detiene en ello, las cabezas de maza y, quizás, los mangos de cuchillo empleados como soporte de las conmemoraciones regias de fines de Nagada II y, especialmente, de Nagada IIIa-b y la Dinastía I, parecen hallar su sentido o valor simbólico en el uso tradicionalmente dado a dichos objetos desde el período Neolítico en adelante, esto es, como armas de guerra. Si, en cierto modo, el empleo de la paleta cosmética como vehículo de expresión de la realeza conmemora la centralidad del cuerpo político y cósmico del rey (cuyo cuerpo muerto, por otro lado, debe ser cuidado y conservado tal como fuera mantenida ritualmente su juventud en vida), la elección de armas de guerra o ejecución asociadas, en el caso de la maza, a la expresión de prestigio o liderazgo desde al menos Nagada Ic pero no por eso desvestida de su valor bélico, sugieren fuertemente un movimiento de apropiación simbólica de la función militar, coincidente con el fenómeno o proceso de concentración estatal de la capacidad militar¹³.

El segundo aspecto de la relación entre guerra e ideología concierne a los “mapas ideológicos” a los que hace referencia Ferguson. Durante los períodos de organización social no estatal, la oposición entre entidades políticas debió darse a nivel comunal y, acaso durante Nagada I-IIa-b, también en el marco de la constitución de alianzas entre aldeas y de la conformación de sociedades de jefatura. Estudios etnográficos e interculturales ilustran cómo en sociedades no estatales de diversos tamaños y

¹² Cf. Wengrow, 2007 [2006], 59-63, 256-260.

¹³ Cf. Campagno, 2016a, 24.

organización socioeconómica la guerra se sostiene en una percepción del otro (es decir, de las comunidades con las cuales no se mantienen lazos parentales) como enemigo, aun cuando este antagonismo no siempre se exprese mediante la violencia¹⁴.

El principio regulador del parentesco, del cual subsisten indicios en el registro funerario de los períodos Neolítico y Predinástico, supone efectivamente un movimiento interno de integración o pertenencia y un movimiento externo de exclusión que, si bien no imposibilita el intercambio o, incluso, las alianzas entre aldeas o entidades políticas con algún grado de jerarquización no estatal (es decir, no sostenida en la coerción), debe su propia reproducción a la demarcación identitaria, es decir, a la existencia y reconocimiento de un otro en cuya negación leer la propia afirmación grupal. En contextos no estatales, tal antagonismo inherente a la identificación parental tiene su expresión extrema y, quizás, ideológicamente más efectiva en la guerra. Si lo que persiste es un estado de hostilidad o desconfianza entre comunidades, las prácticas y actividades bélicas se constituyen en la confirmación y actualización de dicho estado y, por lo tanto, inciden en la autoafirmación parental de la comunidad¹⁵.

Tomando estas reflexiones en cuenta, halla sustento la apreciación de Gilbert sobre las guerras de los períodos Paleolítico, Neolítico y comienzos del Predinástico como enmarcadas en una percepción mutua de amenaza entre los grupos que habría hecho de cada contacto una posibilidad para el conflicto¹⁶.

Esta circunstancia explica el empleo que hacen algunos antropólogos del “dilema del prisionero” o, más generalmente, del “dilema de la seguridad”, como herramienta para caracterizar el estado de hostilidad existente entre comunidades no estatales¹⁷. Las potenciales motivaciones inmediatas de estallidos de violencia bélica, ya tuvieran un

¹⁴ Cf. *supra*, cap. 1.2.

¹⁵ Cf. Gayubas, 2014. Cf. también *supra*, cap. 1.3.

¹⁶ Cf. Gilbert, 2004, 27-28; Gayubas, 2014, 155-156.

¹⁷ Cf. Helbling, 1999, 109-112; 2006, 122-123, 126-127. Cf. también Ferguson, 1999, 422.

carácter material o ideológico (por ejemplo, venganza, territorio, prestigio), tendrían su sentido y justificación última en esta dicotomía o antagonismo. Por ejemplo, en relación con las sociedades de fines del período Paleolítico, Gilbert incorpora observaciones etnográficas sobre sociedades cazadoras-recolectoras de distintos puntos del planeta en las cuales sus miembros “consideran el traspaso de límites [por miembros de otra comunidad] como un acto criminal de robo de caza y de bienes de recolección”¹⁸, hubiera o no una motivación económica real, y propone un escenario para el valle del Nilo según el cual si “una banda del exterior entraba en el área local sería muy probablemente considerada una amenaza y sería rechazada siempre que entrara en contacto con las bandas locales”¹⁹. Según este enfoque, grupos humanos como los que podríamos asociar al cementerio 117 de Dyebel Sahaba “habrían establecido terrenos de cacería y de pesca y sitios sagrados asociados con ellos, y es probable que hayan considerado que dichas áreas requerían protección contra intrusos”²⁰.

La discusión en torno al territorio es especialmente relevante para los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico. Gilbert sugiere que durante el Neolítico, aunque no se combatiese por el acceso a recursos o por un afán de conquista territorial, las mismas tácticas de ataque y retirada de las comunidades enfrentadas debieron requerir medidas defensivas que explicarían, por ejemplo, la existencia de refugios o áreas de residencia situadas en lugares estratégicos, protegidas por las condiciones naturales del terreno, así como el testimonio de la construcción de muros defensivos según sugiere el modelo de Abadiya hacia Nagada I²¹. La alternancia de relaciones de intercambio y de conflictos que pudieron derivar en episodios de violencia bélica entre las aldeas una vez establecidas, pero también entre éstas y comunidades que pudieron arribar en distintos

¹⁸ Kelly, 2000, 138.

¹⁹ Gilbert, 2004, 27.

²⁰ Gilbert, 2004, 27.

²¹ Cf. Gilbert, 2004, 27. Cf. también Fig. 141.

momentos al valle, provenientes de las sabanas circundantes en proceso de desertificación, hace necesario contextualizar la idea misma de defensa territorial en estos períodos. Tratándose de un escenario con disponibilidad de tierras cultivables y recursos y carente de condicionamientos geográficos críticos que pudieran sustentar la hipótesis de la circunscripción ambiental de Carneiro²², resulta conveniente destacar aquí la diferenciación propuesta por Anđelković entre lucha por tierra –entendida como un conflicto económico entablado por un recurso escaso– y lucha por territorio –es decir, un conflicto vinculado a la dimensión social y política del espacio²³. La primera forma no es verificable en los períodos considerados²⁴. La segunda, en cambio, habilita alguna reflexión. En efecto, toda vez que la permanencia en un lugar crea un sentido de pertenencia y de derechos territoriales (por ejemplo, el derecho a habitar y explotar o producir en él y de excluir de él a quienes no pertenecen a o no participan de la trama social, esto es, del grupo de parientes), la adscripción territorial que comenzaría a verificarse en el período Neolítico y, con mayor notoriedad, a partir de Nagada I, pudo constituir o consolidar lo que Kemp, al referirse a las comunidades predinásticas, identifica con el término de “soberanía”, entendida aquí como un sentido de autoafirmación comunal asociada a la ocupación y conexión simbólica con un lugar que, al mismo tiempo, expresaría espacialmente el antagonismo que, según hemos visto, es intrínseco a la identificación parental de cada comunidad²⁵. La conexión ideológica más elocuente en este sentido atañe a la centralidad del simbolismo mortuorio en las comunidades del valle del Nilo²⁶. Tal como señala Stevenson, “el acto del enterramiento sirve para ‘plantar’ físicamente a los muertos en la tierra, haciendo de sus restos una

²² Cf. *supra*, cap. 2.1 e *infra*, cap. 6.3.

²³ Cf. Anđelković, 2004, 542-543.

²⁴ Cf. *supra*, cap. 2.1.

²⁵ Kemp, 2006, 74. Cf. Lupo, 2007, 4; Gayubas, 2015a, 16; 2015c, 49; 2016, 36-38. Cf. también Clastres, 1996 [1980], 199-200.

²⁶ Cf. Bard, 1992.

parte fija e inalienable de dicha tierra [...]. El establecimiento en la memoria colectiva de los ancestros nagadienses en el nuevo territorio pudo haber actuado como un trampolín ideológico, quizás incluso político, hacia posteriores reclamos de derechos territoriales y puede haber contribuido a cierto sentido de pertenencia en el nuevo paisaje”²⁷.

En un contexto histórico de movilización poblacional, por un lado, y de sedentarización, por el otro, la protección de la tierra de los ancestros (o, más precisamente, de los parientes que han muerto, de los que viven y de los que nacerán) se constituye en la defensa de la propia integridad de la comunidad, de su autarquía, y ello se sostiene en la percepción de los otros, los que no pertenecen, como potenciales enemigos²⁸.

En cierto modo, este “mapa ideológico” que separa el Nosotros del Ellos tiene su expresión iconográfica en los motivos de Nagada I que, en un contexto de sociedades de jefatura, presentan a personajes prestigiosos que parecen evocar la coordinación de los esfuerzos colectivos en las actividades bélica y cinegética. En unas escenas como en otras, y especialmente allí donde ambas aparecen representadas juntas, como es el caso del vaso U-415/1 de Abidos en el que, debajo del motivo del sometimiento del enemigo, aparece una escena de cacería del hipopótamo, parece anticiparse el “simbolismo real que refiere a la destrucción de los enemigos [es decir, aquellos que se sitúan por fuera de la trama social] y al mantenimiento del orden sobre el caos”²⁹.

La oposición orden/caos, característica de la ideología del Estado dinástico, parece constituir, en efecto, una “modalidad extrema” de la dicotomía nosotros/ellos³⁰. Tal

²⁷ Stevenson, 2008a, 556. Cf. Godelier, 1974, 89-90; Bard, 1992, 15; Pearson, 1999, 17.

²⁸ Cf. Clastres, 1996 [1980], 200; Campagno, 2002, 138-141; Gayubas, 2006, 56-57, 67-68; 2016, 36-38.

²⁹ Hendrickx, 2011b, 78. Cf. Säve-Soderbergh, 1953, 15-19; Baines, 1995b, 111-114; Campagno, 1998a, 32; Gilbert, 2004, 84-85; Hendrickx y Förster, 2010, 826; Hendrickx, 2011a. Cf. también Fig. 36.

³⁰ Campagno, 2004c, 57.

como sintetiza Baines en relación con las imágenes de violencia y guerra de fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica, la agresión regia no es sólo una práctica política sino también “una acción ritual dedicada a los dioses y que sirve para defender el microcosmos contra el desorden invasor”³¹. Por ello, si, como advierte Ferguson, los “mapas ideológicos” culturalmente construidos enmarcan las acciones militares de los Estados, cobra relevancia la cosmovisión estatal egipcia según la cual las “acciones políticas e históricas [del rey estaban] integradas en el sentido del culto”³².

Según señala Lloyd, “en su nivel más básico el papel del faraón consistía en el mantenimiento del orden cósmico (*maat*)”, uno de cuyos aspectos era el sometimiento, mediante la violencia, de los agentes terrenales del caos (*isfet*), incluyendo entre estos a los enemigos no egipcios³³. En efecto, en esta concepción el orden justo habitaba en el territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras y el caos estaba situado en las periferias, allí donde las expediciones militares y los raids punitivos eran una expresión de la función del rey-dios como garante del orden, en cierto modo una actualización del orden de la creación³⁴.

Si bien algo de esta ideología del rey como garante del orden en un plano a la vez cósmico y político puede sospecharse para el período de emergencia de entidades estatales en el Alto Egipto, su formulación en relación con enemigos caracterizados tipológicamente se constata a partir de las fases finales del proceso de expansión política y una vez constituido el Estado dinástico.

Un primer testimonio significativo al respecto lo constituye la Paleta de las Ciudades de Nagada IIIb. En uno de los lados del fragmento conservado se presenta una serie de

³¹ Baines, 1995a, 14. Cf. Cervelló Autuori, 1996, 176.

³² Baines, 1995a, 13. Cf. Kemp, 2006 [1995], 684.

³³ Lloyd, 2014, 98. Cf. Baines, 1995a, 11-12; Cervelló Autuori, 1996, 141; Midant-Reynes, 2003, 366-367. Sobre el concepto de *maat*, cf. también Assmann, 1989; Muhlestein, 2003, 1-6; Menu, 2005; 2015.

³⁴ Cf. Helck, 1964; Loprieno, 1988, 22; Shaw, 1991, 7; Baines, 1996, 363-364; Wilkinson, 1999, 58-59; Campagno, 2002, 217-221; O'Connor y Quirke, 2003, 11; Redford, 2004, 11-13; Poo, 2005, 97; Kemp, 2006, 92-99.

recintos fortificados siendo atacados por figuras emblemáticas de la realeza. Del lado opuesto, hileras ordenadas de animales y árboles sugieren la captura de botín o tributo, y la inclusión del signo jeroglífico *thnw* identifica a la población agredida como libia³⁵.

Sin que pueda precisarse la localización exacta de esta población durante el período, más allá de su ubicación al oeste o noroeste del valle del Nilo, y sin que existan testimonios arqueológicos que concedan que las estructuras fortificadas representadas evocaran una arquitectura presente en la región y no una forma genérica para identificar grupos humanos antagónicos que habitaban las periferias del territorio controlado por la realeza egipcia (quizás tomando como modelo arquitectura propiamente egipcia y/o del sur de Palestina), lo cierto es que la Paleta de las Ciudades es un indicio de la existencia hacia al menos Nagada IIIb de la simbolización de un “otro” específicamente caracterizado³⁶. Tal como advierte Baines, la realización de la paleta se da en un “período de uniformidad de la cultura material” en el valle y el delta del Nilo, entre Elefantina al sur y el mar Mediterráneo en el norte, y junto a testimonios como los que veremos a continuación evidencia lo que para la élite egipcia debió ser “una sólida clasificación de sí mismos y de los otros” que estaría operativa durante los períodos subsiguientes³⁷.

Efectivamente, durante las primeras tres dinastías se testimonian referencias a poblaciones que podemos identificar con el ámbito líbico al oeste, Nubia al sur y las regiones del sur de Palestina y el Sinaí al noreste. En motivos a los que ya nos hemos referido en el capítulo precedente, dichas poblaciones aparecen vinculadas a escenas de violencia y sometimiento que, en ocasiones, son compatibles con testimonios

³⁵ Cf. Baines, 1996, 364-366; 2005, 115-116; Lloyd, 2014, 61-62. Cf. *supra*, cap. 5.2.2. Cf. también Fig. 51.

³⁶ Cf. Baines, 2005, 123-124.

³⁷ Baines, 2005, 118. Cf. Baines, 1996, 343. De acuerdo con Baines (2005, 121), la exhibición de escenas figurativas de la Dinastía 0 en adelante, en tanto “producto de las élites cada vez más restringido a ellas, tanto en calidad de creadoras como de receptoras, [...] se dirigía a sus preocupaciones, que eran crecientemente las de la realeza y de los dioses”. Cf. también Giddens, 1985, 16-17, 71-78.

arqueológicos³⁸. Por ejemplo, la representación de prisioneros nubios en inscripciones rupestres de la Dinastía 0 en la Baja Nubia, en etiquetas de los reinados de Aha y Uadyi de la Dinastía I y en el fragmento de una estela del rey Jasejem de fines de la Dinastía II, tienen su correlato arqueológico en el abandono abrupto del cementerio real de Qustul y la casi total desaparición de indicios materiales del Grupo A de la Baja Nubia (en algunas de cuyas tumbas previas a tal interrupción se testimoniaron además cadáveres con lesiones en los antebrazos) durante la Dinastía I, en los restos de un recinto fortificado en Elefantina, en el límite con la Baja Nubia, también correspondientes a la Dinastía I, y en los presumibles indicios de ocupación estatal egipcia en Buhen, en torno a la segunda catarata del Nilo, hacia la Dinastía II³⁹.

Referencias textuales e iconográficas a situaciones de violencia en el sur de Palestina y el Sinaí están presentes en artefactos de la realeza como los fragmentos y etiquetas de los reinados de Nármer, Den y Qaa de la Dinastía I que involucran a prisioneros caracterizados como asiáticos o inscripciones como “Primera ocasión de vencer al Este” (*sp tpi skr i3bt*) y el término *stt*, así como en la Piedra de Palermo y fragmentos asociados que conmemoran la realización victoriosa de expediciones militares por parte del rey Den sobre los *stti(w)* y los *iwntiw* (poblaciones del sur de Palestina y del Sinaí). También en las formas “tributo/producto de *stt*” y “tributo/producto de la tierra extranjera”, documentadas ambas en improntas de sellos de la Dinastía II. Tales inscripciones tienen alguna correspondencia arqueológica en las escenas del sometimiento del enemigo halladas *in situ* en el Sinaí meridional, correspondientes a las dinastías I (reinado de Den) y III (reinados de Zanjt, Dyeser y Sejemjet), y en la presencia de *serejs* de reyes de la Dinastía 0 (Iry-Hor, Ka y otros de identificación

³⁸ Al respecto, cf. Wilkinson, 1999, 150-167; 2010, 57-60; Campagno, 2004c, 51-57; Campagno y Gayubas, 2015, 33-37. Cf. también Poo, 2005, 55-60; De Wit, 2008.

³⁹ Cf. *supra*, cap. 5.1.

imprecisa) y del período Dinástico Temprano (Nármer, Dyer, Den, Anedyib, Semerjet, Raneb) en el Sinaí y en cerámica hallada en el sur de Palestina⁴⁰. También el hallazgo de un asentamiento egipcio amurallado en Tel es-Sakan, en el sur de Palestina, datado entre la fase Nagada IIIa-b y comienzos de la Dinastía I, y el testimonio de armas egipcias en otros asentamientos de la región, así como los fragmentos decorados con personajes de aspecto asiático postrándose u ofreciendo tributo (Nagada IIIb y comienzos de la Dinastía I), ofrecen información que sustenta una lectura en clave violenta de los vínculos con las poblaciones de dicha región⁴¹.

En lo que respecta a las poblaciones del ámbito líbico, si bien situaciones de violencia como las identificadas en la Paleta de las Ciudades no hallan paralelo arqueológico, testimonios iconográficos de los reinados de Nármer y Dyer de la Dinastía I sugieren la persistencia de una simbolización en términos de enemistad, conflicto o dominación de las poblaciones presumiblemente seminómicas al oeste del valle y el delta del Nilo. En efecto, una etiqueta y un sello cilíndrico de Nármer representan al rey en su forma de pez siluro disponiéndose a golpear a personajes identificados como libios, y una paleta de Dyer presenta una escena del sometimiento del enemigo en la que el prisionero es identificado por su tocado como libio⁴².

Esta caracterización de las poblaciones periféricas, no sólo como enemigas, sino como habitantes de los márgenes del cosmos egipcio, ilustra, siguiendo a Baines, de qué modo las élites estatales egipcias situaban los límites del mundo ordenado “en un punto arbitrario cercano a sí mismos, donde podían conocer e inventariar lo que sometían y/o

⁴⁰ Cf. Hall, 1986, 4-7, figs. 10-12; Wilkinson, 1999, 166-167; Campagno, 2004c, 46-47; Tallet, 2010; Braun, 2011, 113-115; Tallet y Laisney, 2012. También han sido hallados *serejs* en los desiertos oriental y occidental. Cf. Wilkinson, 1999, 169-174; Campagno, 2004c, 44-45 (con bibliografía).

⁴¹ Cf. Wilkinson, 1999, 155, 159-160; De Wit, 2008, 247-254. Cf. también *supra*, cap. 5.2.2.

⁴² Cf. Emery, 1961, 60; Edwards, 1971, 47; Dreyer *et al.*, 1998, 139; Wilkinson, 1999, 162; Campagno, 2002, 217-218, figs. 11.7, 12.3, 13.7; 2004c, 51-52; De Wit, 2008, 177-178; Campagno y Gayubas, 2015, 34-35.

rechazaban, incluso si era similar en carácter a sí mismos”⁴³. Un testimonio que sintetiza simbólicamente la construcción del mapa ideológico del Estado egipcio así concebido hacia comienzos de la época dinástica lo constituye la base de una estatua del rey Dyeser de la Dinastía III en la cual, bajo los pies descalzos del rey, yacen los Nueve Arcos que simbolizan a las poblaciones no egipcias en su calidad de enemigas ritualmente subyugadas⁴⁴.

En rigor, según señalan O’Connor y Quirke en relación con la evidencia de períodos posteriores, los Nueve Arcos “no denotan ‘tierras extranjeras’, sino la posible resistencia al orden, esto es, al rey”⁴⁵. De este modo, las periferias en las que habita el caos son pasibles de recibir la violencia ordenadora del rey en la medida en que son representadas como potencialmente enemigas o rebeldes, como fuerzas hostiles que, para ser contenidas, deben ser sometidas. Así, a lo largo de la historia faraónica las acciones militares del Estado egipcio van a tener en esta cosmovisión de las poblaciones periféricas como “una amenaza constante a Egipto y al orden cósmico” su “justificación moral”, esto es, su carácter de “guerra justa” concebida como “la respuesta inevitable a la provocación enemiga”⁴⁶. Esto se asemeja, a grandes rasgos, a lo que Liverani denomina “complejo de asedio” al referirse a la ideología del imperio medio asirio, y que, en relación con el Estado egipcio, identifica con una ideología de la guerra como subyugación o “eliminación de rebeldes”⁴⁷, según una concepción de regiones

⁴³ Baines, 1996, 369.

⁴⁴ Cf. *supra*, cap. 5.1. Cf. también Fig. 99.

⁴⁵ O’Connor y Quirke, 2003, 12.

⁴⁶ Gnirs, 1999, 72 y 73, respectivamente. Sobre la idea de “justificación moral”, cf. Ferguson, 1999, 407. Cf. también Rapoport, 1992 [1968], 65; Liverani, 2003 [1990], 129-131; Warburton, 2006; Bahrani, 2008, 11-12; Nievas, 2009, 28; Gracia Alonso, 2011, 28-29; Lloyd, 2014, 101; Keegan, 2014 [1993], 509.

⁴⁷ Liverani, 2003 [1990], 121-122 y 129-130, respectivamente.

periféricas que, hallándose en estado caótico o de “pre-creación”, cobijarían a poblaciones predispuestas para la rebelión⁴⁸.

Esta imagen de las regiones periféricas no debió excluir la posibilidad de relaciones menos violentas con sus habitantes (como pudieron ser los vínculos de intercambio del tipo evidenciado, por ejemplo, en la presencia, en tumbas de la élite estatal egipcia, de recipientes y materias primas provenientes –u obtenidos a través– del sur de Palestina y en la existencia de bienes y pautas de habitación, enterramiento y producción cerámica egipcios en dicha región), aun cuando estos intercambios pudieron ser garantizados por expediciones o instalaciones con alguna clase de respaldo armado⁴⁹. En términos de Pascal Vernus, la “doctrina” del Estado egipcio en relación con “el mundo terrestre exterior a las fronteras tradicionales de Egipto” supone una dialéctica de exclusión e inclusión, o de “rechazo” y “proyecto”, por la cual ese espacio exterior habitado por “poblaciones condenadas a la sujeción” no solamente constituye “una zona imprecisa en donde termina la creación” sino que es a la vez el ámbito de “lo existente a la espera de ser puesto en orden”. Tal doctrina habría garantizado o justificado, de acuerdo con el autor, la “recuperación” del mundo más allá de las fronteras en lo concerniente a la obtención de recursos materiales y humanos por medios diversos (incluso a través de la instalación de puestos fronterizos o periféricos), concebida en los términos de una extensión del “orden demiúrgico bajo la dirección del faraón”. De este modo, el aspecto asociado a lo que Vernus denomina “proyecto” no excluye el “rechazo” que es “constitutivo de la identidad faraónica”⁵⁰. Como observa Gnirs a partir de un examen diacrónico de la historia faraónica, lo significativo es que “la mirada tradicional del

⁴⁸ Cf. Liverani, 2003 [1990], 135 y 144. Cf. también Baines, 1995a, 11; Muhlestein, 2003, 325-236; Vernus, 2011, 21-23.

⁴⁹ Cf. Baines, 1996, 367; Wilkinson, 1999, 157-158; Campagno, 2004c, 43-50; 2011b, 198-199, 202-203; Braun, 2011. Sobre la necesidad de diferenciar entre *topos* y *mimesis* en lo que respecta a la conceptualización de las poblaciones periféricas, pero no por ello desestimar la incidencia sociopolítica de los criterios simbólicos de identificación, cf. Loprieno, 1988; Muhlestein, 2003, 324-325.

⁵⁰ Vernus, 2011, 21-23.

extranjero [es decir, como enemigo y agente del caos] reforzaba la identidad cultural colectiva de la élite”⁵¹.

Tales observaciones nos conducen a dos cuestiones de interés en relación con la sociedad estatal de fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica. En primer lugar, el “orden” que, de acuerdo con Baines, “requiere la demarcación, depredación y destrucción de un ‘otro’”⁵², es aquí, desde un punto de vista sociopolítico, un orden estatal. Ello implica no sólo que el mapa ideológico que hemos podido inferir en los testimonios iconográficos y textuales incumbe particularmente a la élite estatal, cualesquiera hayan sido los grados de participación de la población subordinada en las actividades militares o en las formas de simbolización del Estado, sino que también la diferenciación social existente entre tal élite y la población subordinada, así como eventuales situaciones de conflicto interno, debieron también estar signados por el ejercicio de la violencia y su simbolización. No es casualidad, en este sentido, que uno de los monumentos que parecen conmemorar la dominación regia en el valle del Nilo en un momento en que se afirma su consolidación (nos referimos a la base de la estatua del rey Dyeser de la Dinastía III a la que ya hemos hecho referencia), contenga junto a la representación de los Nueve Arcos dispuestos bajo los pies del rey, el motivo de tres aves-*rejit*, que estarían representando a la población subordinada, presentadas también en una posición de sometimiento ante el rey. Como hemos señalado con anterioridad, un antecedente de esta simbolización lo encontramos en la representación de una serie de arcos y aves-*rejit* ahorcadas, colgando de unos estandartes, en la Cabeza de Maza de Escorpión que corresponde, significativamente, a

⁵¹ Gnirs, 1999, 73.

⁵² Baines, 2005, 116.

la fase final de la llamada “unificación” o expansión política que dio forma o constituyó al Estado dinástico⁵³.

Junto a la mención en la Piedra de Palermo de “*rejit* decapitados muertos” en una entrada del rey Dyer que refiere a la realización del ritual de “seguir a Horus” (vinculado a la recolección de tributo), estos indicadores que conectan el momento de conformación del Estado dinástico hacia Nagada IIIb con su consolidación en la Dinastía III conceptualizan una delimitación social que diferencia a la élite estatal (cuya posición social se sostiene en última instancia en el monopolio legítimo de la violencia) de la población subordinada (cuya característica diferencial es ser potencial receptora de la violencia ejercida por el Estado)⁵⁴. Por lo tanto, así como las poblaciones periféricas que no pueden ser sometidas permanentemente son presentadas como el ámbito de lo caótico en potencial estado de rebeldía y –como veremos en el apartado siguiente– como el espacio del cual fluyen bienes, materias primas o prisioneros hacia el centro cósmico representado por la residencia real, así también la población subordinada en el territorio reconocido como las Dos Tierras se diferencia de la élite estatal por estar sometida al aparato de imposición del Estado, debiendo pagar tributo en bienes o servicios (acaso también servicios militares) y constituyéndose, desarmada, en receptora de la violencia ordenadora del rey o, como mínimo, de su amenaza⁵⁵.

Otro aspecto de esta cuestión atañe al conflicto intraélite. Según advierte Baines, el “disenso interno” una vez establecida la dominación estatal a lo largo del valle y el delta del Nilo no era representado en los monumentos regios, toda vez que éstos exhibían el deber ser de la realeza (incluyendo la agresión orientada hacia las regiones periféricas y

⁵³ Cf. Baines, 1996, 367-368; Campagno, 2013a, 215. Cf. también Fig. 57.

⁵⁴ Cf. Baines, 1995b, 133; Campagno, 2002, 209-212; Wilkinson, 2010, 53. Cf. también Fig. 145.

⁵⁵ Recordemos que, como especifica Ferguson (1999, 404), uno de los aspectos decisivos de la existencia de un orden estatal es la supresión de las iniciativas militares locales independientes de la actividad del Estado. Cf. Giddens, 1985, 56-60; Campagno, 2002, 209-212; Leahy, 2006 [1995], 227. Cf. también *supra*, cap. 1.2 e *infra*, cap. 6.3.

sobre la población subordinada) y no admitían aquello que pusiera en entredicho la centralidad y divinidad del rey en tanto garante y personificación del orden⁵⁶. No obstante, así como a partir de fines del Reino Antiguo los Textos de Execración, cuya función ritual consistía en neutralizar la potencialidad agresora de las poblaciones enemigas, incluían nombres egipcios (lo cual es compatible con el motivo de los Nueve Arcos que, en el Reino Nuevo, incorporaba entre las regiones potencialmente rebeldes al Alto y al Bajo Egipto, sin que, de acuerdo con Baines, haya motivos para pensar que esto fuera distinto con anterioridad)⁵⁷, algunos indicios de “conflicto interno” y de lo que pudo simbolizarse como rebelión dentro del territorio de las Dos Tierras aparecen en la Dinastía II.

Los testimonios de conflicto interno durante dicha dinastía apenas exceden el plano de las simbolizaciones. En rigor, la localización de las tumbas reales de la Dinastía II ofrece información sensible a esta discusión: mientras que los enterramientos reales de la primera mitad de la dinastía se sitúan en Saqqara, en el norte, los correspondientes a los reyes Peribsen y Jasejemuy de fines de la dinastía se ubican en Abidos, en el sur⁵⁸. Pero lo cierto es que durante el reinado de estos dos (si se adhiere a la identificación de ambos con los respectivos nombres de Sejemib y de Jasejem) aparecen inscripciones textuales e iconográficas que parecen simbolizar situaciones de conflicto⁵⁹.

⁵⁶ Cf. Baines, 1995a, 11; 1995b, 129.

⁵⁷ Cf. Baines, 1996, 368-369. Sobre los Textos de Execración, cf. Bakr, Moneim y Osing, 1973; Osing, 1976; Posener, 1987; Baines, 1995a, 14; 1996, 372-373; Muhlestein, 2003, 86-92; Diego Espinel, 2003, 324-328; 2013; Koenig, 2007. También es interesante una fórmula de los Textos de las Pirámides en la cual la separación (de carácter cósmico) entre el ámbito gobernado por el rey y las poblaciones periféricas es caracterizada según la imagen de “puertas” (*r-ʕ3*) que “no se abren a los occidentales, no se abren a los orientales, no se abren a los septentrionales, no se abren a los meridionales, no se abren a los que se encuentran en medio del país”, pudiéndose suponer que “con este último grupo se buscaba incluir dentro de los enemigos del faraón a la totalidad de sus posibles oponentes, tanto externos como internos” (Diego Espinel, 1998, 15 y nota 35).

⁵⁸ Cf. Emery, 1961, 161-162; Baines, 1995b, 141-142; Wilkinson, 1999, 230-246; Cervelló Autuori, 2009a, 116-117. Cf. también Fig. 10.

⁵⁹ Cf. Emery, 1961, 98-104; Wilkinson, 1999, 89-94; 2013 [2010], 48-53.

Lo primero que llama la atención es la conformación de los nombres de estos reyes⁶⁰. El nombre de Horus del primer rey de la Dinastía II, Hetepsejemuy (“Los dos poderosos están en paz”), que contiene una alusión a los dioses Horus y Seth asociados respectivamente al Bajo y al Alto Egipto, tiene cierta similitud con el nombre de Horus y Seth del último rey, Jasejemuy Nebuy-hetep-imef (“Los dos poderosos se manifiestan, los Dos Señores están en paz en él”)⁶¹. En ambos casos, dado que en el valle del Nilo “la elección del nombre real estaba cargada de significación política y religiosa”⁶², la idea de una “pacificación de los dos poderosos” (Horus y Seth) sugiere la presentación de sendos reyes como aquellos que zanjaron situaciones de conflicto que pudieron involucrar a sectores de élite a grandes rasgos identificados con el Bajo y el Alto Egipto⁶³. En efecto, la correspondencia del nombre de Hetepsejemuy con el cambio de lugar del enterramiento real de Abidos (Dinastía I) a Saqqara (primeros reyes de la Dinastía II) ha llevado a inferir alguna clase de pugna política o, incluso, una “usurpación” que pudo haber privilegiado a algún sector de la élite estatal en concordancia con una identificación regional y/o religiosa⁶⁴.

Por otro lado, el enterramiento de Peribsen y Jasejemuy en Abidos marca, como hemos ya indicado, un nuevo cambio que tiene cierta correspondencia con la nomenclatura real. El penúltimo rey es presentado, en primer lugar, con el nombre de Horus Sejemib y, posteriormente –con exclusiva presencia en el sur–, con el nombre de Seth Peribsen (es decir, con Seth, y no Horus, coronando su *serej*), quizás evocando una “reivindicación’ del sur frente al norte [...] tras una escisión del país”, sin que por ello

⁶⁰ Cf. *supra* en este mismo apartado.

⁶¹ Cf. Helck, 1987, 117; Baines, 1995b, 142-143; Cervelló Autuori, 1996, 201, 233-235; 2009a, 117-118; Campagno, 2002, 226-227; Gilbert, 2004, 115.

⁶² Wilkinson, 2010, 51.

⁶³ Cf. Baines, 1995b, 143.

⁶⁴ Cf. Gilbert, 2004, 114-115; Cervelló Autuori, 2009a, 117. También puede asociarse con alguna clase de conflicto interno el testimonio, en la Piedra de Palermo, de sendos asaltos a dos localidades presumiblemente situadas en el delta del Nilo durante el reinado de Ninecher. Cf. Redford, 1986, 135; Wilkinson, 2000a, 125.

aparezca erosionado el carácter divino del rey⁶⁵. La transformación del nombre de Horus del siguiente rey, Jasejem (“El poderoso se manifiesta”), testimoniado en Hieracópolis, por el nombre de Horus y Seth Jasejemuy (“Los dos poderosos se manifiestan”, con el añadido “los Dos Señores están en paz en él”), hallado a lo largo del valle del Nilo e incluso en un recipiente de piedra en Biblos, sugiere fuertemente una situación de conflicto con alguna base territorial que pudo ser resuelto hacia el final de la dinastía y merecer la conceptualización como una “pacificación” o una “reunificación”.

Esto último halla sustento en una serie de inscripciones del reinado de Jasejem/Jasejemuy. En las bases de dos estatuas sedentes del rey halladas en Hieracópolis, personajes representados en la posición de haber sido derrotados o masacrados aparecen identificados como “enemigos del norte” (presumiblemente habitantes del delta)⁶⁶. Por otro lado, dos vasos –y un fragmento de vaso– de piedra contienen el motivo de Nejbet, divinidad identificada con el Alto Egipto y representada como un buitre, posando sobre un círculo que encierra la palabra *bš* (“rebelde”) y sosteniendo con una garra la representación de la Unión de las Dos Tierras (*sm3 t3wy*) frente al *serej* del rey coronado por el halcón con la corona blanca del Alto Egipto y, en el extremo opuesto, la referencia escrita al “año de combatir y golpear a los norteos” (*rnpt ʿh3 hwt mḥtyw*)⁶⁷.

⁶⁵ Cervelló Autuori, 2009a, 118.

⁶⁶ Cf. Baines, 1995b, 143; Gilbert, 2004, 93, fig. 8.14. Cf. también Figs. 97-98.

⁶⁷ Cf. Quibell, 1900, 11, pls. XXXVI-XXXVIII; Emery, 1961, 99; Wilkinson, 1999, 91-92; Campagno, 2002, 210; Cervelló Autuori, 2009a, 118. Sobre la “unión (o unidad) de las Dos Tierras”, cf. Cervelló Autuori, 1996, 220; 2009a, 102. Baines (1995b, 142-143) menciona también la presumible destrucción de los monumentos reales de Peribsen como un indicio adicional de los conflictos desencadenados a finales de la Dinastía II. En cualquier caso, el tipo de arquitectura característico de recintos funerarios y culturales como el de Jasejemuy en Hieracópolis, que claramente emulan estructuras fortificadas (acaso como una arquitectura práctica o simbólicamente defensiva), llama la atención sobre la presencia y visibilidad del fenómeno bélico en dicho período. Cf. Wilkinson, 1999, 93; Gilbert, 2004, 106-107; Martínez Babón, 2007, 20. Cf. *infra*, cap. 6.3. Cf. también Fig. 71.

Todo esto parece indicar que el mapa ideológico del Estado egipcio permitía identificar al rebelde como enemigo del orden cósmico y, de este modo, legitimar el ejercicio de la violencia ordenadora sobre él. Como sostiene Muhlestein, “desde un punto de razonamiento teológico, [...] la rebelión era el comportamiento caótico de quien se esperaba que actuase de acuerdo con *Ma’at*, por lo tanto era la misma encarnación de *Isfet*”⁶⁸. La divinidad del rey no era, pues, cuestionada y la violencia ejercida sobre grupos asociados a regiones que presentaran “algún tipo de resistencia” a la dominación del rey era simbolizada como un aspecto de la función del rey en tanto garante del orden, concretamente como aquel que vence a los enemigos o rebeldes, es decir, a quienes no se someten ya sea fuera o dentro de los límites territoriales del Estado⁶⁹.

6.2. La guerra y lo económico

La relación de lo bélico con lo económico puede ser abordada atendiendo a dos elementos íntimamente vinculados entre sí: la asignación de recursos materiales y humanos orientados a la práctica bélica, y la demanda de bienes, materias primas o recursos humanos que pudiera satisfacerse por medio de la guerra⁷⁰. Es precisamente debido a la interconexión entre estos elementos que conviene considerarlos en conjunto en una lectura histórica que identifique las continuidades y discontinuidades a lo largo de los períodos que nos ocupan.

Una primera observación que merece hacerse es que la práctica de la guerra hacia fines del período Paleolítico y durante el llamado Epipaleolítico debió tener cierto grado de homologación con la práctica de la cacería. Previamente a las fases de neolitización,

⁶⁸ Muhlestein, 2003, 310.

⁶⁹ Cf. Campagno, 2002, 210, 226.

⁷⁰ Cf. Ferguson, 1999, 391-394.

la cacería era, según arrojan los indicios arqueológicos analizados (artefactos líticos, restos faunísticos), la práctica económica que garantizaba la subsistencia de los grupos humanos que ocupaban o se trasladaban por el valle del Nilo y las regiones circundantes, junto con la recolección y, allí donde era posible, la pesca⁷¹. Por lo tanto, la fabricación e implementación de armas, así como las técnicas de coordinación colectiva, pudieron ser vitales para el desempeño tanto en la caza mayor como en la guerra⁷². Efectivamente, estudios etnográficos, arqueológicos e históricos indican que durante “la mayor parte de la historia humana, las herramientas de la cacería fueron también las herramientas de la guerra”⁷³. Ello se debe a que tales armas, habitualmente fabricadas por los propios usuarios, “pueden ser utilizadas para impactar sobre hombres tan fácilmente como pueden ser empleadas para matar animales”⁷⁴. Por otro lado, las partidas de caza mayor en la clase de contexto social que nos concierne supone una serie de habilidades y pautas de organización compatibles con las correspondientes a un grupo de guerreros: “un ambiente de cooperación entre los participantes, el desarrollo de preparativos adecuados por parte de cada participante, la disposición de un liderazgo, y la organización de actividades posteriores a la cacería”⁷⁵. De acuerdo con Ferrill, de hecho, la “cacería grupal organizada” que sería característica de contextos epipaleolíticos y que continuaría en alguna medida en contextos neolíticos, contiene los principios de la “guerra verdadera” según su relectura de los enunciados de Turney-High, esto es, tropas organizadas en formaciones según planes tácticos y/o

⁷¹ Cf. Vermeersch, Paulissen y Van Peer, 1990, 449; Midant-Reynes, 2000 [1992], 44-99; Hendrickx y Vermeersch, 2000, 25-36.

⁷² Cf. Ferguson, 1999, 391.

⁷³ LeBlanc, 2004, 91. Cf. Otterbein, 2004, 85-86.

⁷⁴ Otterbein, 1973, 928, cit. en Otterbein, 2004, 86. Sobre el uso de armas de cacería para la guerra (o viceversa), cf. Ferrill, 1985, 19-20; Keeley, 1996, 50-52; Ferguson, 1997, 325; LeBlanc, 2004, 59, 90-91; Vandkilde, 2006b, 484-485. En relación con el valle del Nilo del período Predinástico, cf. Köhler, 2002, 508-509; Partridge, 2002, 21; Hendrickx y Huyge, 2014, 249; Gayubas, 2015a, 13. Cf. también *supra*, cap. 5.2.1.

⁷⁵ Gilbert, 2004, 84. Cf. Hendrickx y Huyge, 2014, 249.

estratégicos⁷⁶. Todo ello se conecta, a la vez, con experiencias comunes que ponen en riesgo la propia vida y pueden disponer la muerte del “otro” considerado peligroso, sea el animal salvaje o el enemigo. No resulta extraño, por lo tanto, que tal como hemos señalado oportunamente, la conexión entre la cacería y la guerra exceda, en el valle del Nilo, el plano puramente práctico y se exprese también en el ámbito de lo simbólico⁷⁷.

A partir de la incorporación de la ganadería y de incipientes pautas agrícolas durante los períodos Neolítico y Badariense, las armas de cacería y de guerra realizadas en sílex y piedra (lanzas, hachas, flechas) continúan siendo producidas y utilizadas, añadiéndose a ellas las mazas de piedra y los cuchillos de sílex⁷⁸. Según permite pensar el estudio tecnológico y tipológico, su fabricación conservaba un carácter individual o, a lo sumo, centrado en la unidad doméstica, y la extracción de los materiales empleados en las canteras cercanas y de fácil acceso, si bien pudo requerir instancias de cooperación

⁷⁶ Ferrill, 1985, 20. La iconografía del fragmento conservado de un recipiente con forma de hipopótamo hallado en la tumba 3759 de Badari (Nagada IIc) presenta el motivo de una hilera de personajes equipados con lo que parecen ser arpones y con unos complementos semicirculares que, de acuerdo con algunos autores, podrían ser flotadores. Sobre el recipiente también se representan algunas hileras de estas armas sin personajes que las porten. El hecho de que la escena esté pintada sobre un recipiente con forma de hipopótamo ha llevado a interpretar este registro como la escena de una partida de cacería del hipopótamo. Dada la conexión iconográfica entre la cacería y la guerra que se documenta en inscripciones como las del vaso U-415/1 de Abidos (Nagada Ic) y un sello del rey Den (Dinastía I), se puede sugerir que la escena representa una hilera de cazadores simbólicamente vinculados con el aspecto bélico que expresa la cacería del hipopótamo. La disposición en hileras de los individuos y los arpones, por otro lado, recuerda no sólo las filas de cazadores de la Paleta de la Caza (Nagada IIIa), sino también las escenas de formaciones armadas con arcos o bastones de relieves del Reino Antiguo, evocación presumible de un tipo de organización militar asimilable al modelo de “guerra verdadera” propuesto por Ferrill pero, más elocuentemente, a la presencia de un orden o disciplina estatal. Sobre el recipiente con forma de hipopótamo, cf. Brunton y Caton-Thompson, 1928, 54, pl. XLVIII.3, LIV.15; Kantor, 1944, fig. 10A; Campagno, 2002, 132, fig. 8.6; Hendrickx y Förster, 2010, 827, fig. 37.3. Sobre el sello del rey Den, cf. Müller, 2008; Hendrickx y Förster, 2010, 830, fig. 37.4; Hendrickx, 2014, 269. Sobre los relieves del Reino Antiguo, cf. McDermott, 2006 [2004], 45-61; Martínez Babón, 2007, 23-25; Paysás, 2015, 85-96. Sobre el vaso U-415/1 de Abidos, cf. Dreyer, *et al.*, 2003, 80-84. Sobre la Paleta de la Caza, cf. Vandier, 1952, 574-579. Cf. *supra*, cap. 5.2.1. Cf. también Figs. 36, 44, 50, 78-80.

⁷⁷ La presencia y persistencia del motivo de la cacería de animales salvajes en contextos de progresiva disminución del ejercicio y el carácter económico de dicha práctica a lo largo del período Predinástico parece explicarse en relación con lo que en la época dinástica será la simbolización del rey en su función de líder victorioso frente a las fuerzas de lo caótico, a menudo representado en su calidad de guerrero o con los atributos de un cazador. Cf. Hendrickx, 2011a; 2014, 269; Hendrickx y Huyge, 2014, 248-249.

⁷⁸ Cf. *supra*, cap. 5.2.1.

comunal, no debió demandar demasiados esfuerzos de coordinación, sin que por ello deba descartarse la existencia de circuitos de circulación mediante intercambios⁷⁹. Por otro lado, las posibilidades logísticas y excedentarias ofrecidas por las economías ganadera y agrícola debieron repercutir de modo favorable al aprovisionamiento de expediciones o rituales bélicos, si bien el tipo de dinámica intercomunal del período pudo no requerir demandas importantes de recursos para el armamento y la realización de incursiones. El trabajo comunal pudo, en cambio, satisfacer necesidades defensivas mediante la excavación de fosos o la construcción de palizadas, y el acceso al río Nilo pudo promover la elaboración de barcas de juncos de papiro para la movilidad fluvial, según sugiere el hallazgo de modelos a escala reducida de embarcaciones en Merimda y Badari⁸⁰.

El escenario que se inaugura con la fase Nagada I en el Alto Egipto ofrece información de interés. La constitución de entidades políticas de jefatura que se infiere principalmente en los enterramientos y en la iconografía de Nagada I-IIb coincide con una serie de novedades tecnológicas y, quizás, organizativas que vinculan el ámbito bélico con las prácticas económicas. En primer lugar, el armamento recuperado arqueológicamente incluye un tipo de cabeza de maza distinto del período anterior, de forma discoidal y, de acuerdo con Gilbert, producto de una técnica más elaborada que los ejemplares esféricos y cónico-piriformes del Neolítico y que las cabezas de maza discoidales contemporáneas halladas en Maadi, en el Bajo Egipto⁸¹. El material empleado proviene, tal como en las fases anteriores, de canteras o afloramientos situados en sitios accesibles para las poblaciones del valle del Nilo, especialmente en los

⁷⁹ Cf. Fattovich, 1984, 41; Vermeersch, 1997, 57; Partridge, 2002, 23; Gilbert, 2004, 36-37; Gayubas, 2006, 52-54; 2015c, 44-45; Wengrow, 2007 [2006], 42-46, 65; Mączyńska, 2015, 71. Sobre la obtención de piedras durante los períodos Predinástico y Dinástico Temprano, cf. Wissa, 1997. Cf. también Baines y Malek, 1993 [1980], 21; Wengrow, 2007 [2006], 28, fig. 1.1; Stevenson, 2011, 69, 71; Bard, 2015, 64-66.

⁸⁰ Cf. *supra*, cap. 5.2.3.

⁸¹ Cf. Gilbert, 2004, 41. Cf. también *supra*, cap. 5.2.1.

accesos al desierto oriental, en las rutas de los wadis y en la región del Fayum, y se incorporan algunas rocas (como el pórfido y la brecha) que pudieron tener utilidades tanto bélicas como simbólicas y, en algunos casos, de ostentación o prestigio⁸². Esto último sugiere la existencia adicional de una demanda y de una coordinación (de la extracción y/o del intercambio localizado) asociadas a figuras de estatus o liderazgo, así como la disponibilidad de excedentes o materiales locales para intercambiar. Las mismas técnicas de manufactura del Alto Egipto han sido consideradas por Gilbert como indicativas de la existencia de especialistas o talleres en el seno de las comunidades, si bien los testimonios arqueológicos más elocuentes al respecto datan de las fases posteriores⁸³.

En segundo lugar, el contexto en el que se dan estos indicadores, caracterizado por pautas de vida crecientemente sedentarias y por una economía mayormente productiva centrada en la agricultura y en la ganadería permite reconocer dos posibles características de la relación entre la guerra y el ámbito de lo económico en el período. Por un lado, la capacidad productiva debió permitir la asignación de recursos excedentarios a la actividad bélica pero, al mismo tiempo, las condiciones de residencia y de producción debieron establecer límites a la disponibilidad de recursos materiales y humanos para la realización de dichas actividades, al menos cuando implicaran expediciones de mediano o largo alcance como las que sugieren las representaciones de embarcaciones con múltiples remos y los testimonios de circulación interregional de bienes que son contemporáneos de los indicios de violencia bélica ya considerados⁸⁴. Si los condicionamientos relativos al alcance de dicha actividad pudieron ser en parte

⁸² Cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 170, 179-180; Campagno, 2016a, 16. Otras piedras como el basalto, trabajado en el Alto Egipto, debieron ser obtenidas mediante intercambio con poblaciones del norte. Cf. Hendrickx, 2011c, 93.

⁸³ Cf. Gilbert, 2004, 37. Cf. también Fattovich, 1984, 1, 38, 41; Holmes, 1989, 337-338; Ginter, Kozłowski y Pawlikowski, 1996; Gayubas, 2015c, 45; Mączyńska, 2015, 75.

⁸⁴ Cf. *supra*, cap. 5.2.3.

subsanados mediante la elaboración de tecnología de movimiento (especialmente embarcaciones con remos), la tecnología tanto de movimiento como defensiva debió requerir, al igual que los rituales bélicos y las expediciones de orientación bélica o respaldo armado, esfuerzos restados a la actividad productiva⁸⁵. Ello sugiere el carácter estacional de las prácticas de tipo bélico o la modalidad rotativa de los grupos humanos movilizados, así como alguna clase de coordinación centrada no sólo en la actividad bélica sino también en la administración de recursos⁸⁶.

Por otro lado, y en estrecha vinculación con lo anterior, la conformación de entidades políticas cuyas estructuras mortuorias y –allí donde contamos con indicios suficientes– residenciales sugieren una magnitud –espacial y demográfica– diferenciada respecto de las correspondientes a las fases anteriores –en el marco de una no muy pronunciada jerarquización entre sitios– y que cuentan con indicios de diferenciación social y de figuras de liderazgo asociadas siquiera simbólicamente con el ámbito bélico, sugiere que la organización estacional de la guerra y la administración de recursos tanto orientados a la actividad bélica como provenientes de ella (saqueos, botín, acceso a vías o circuitos de intercambio) pudieron contar con la coordinación de líderes o de jefes de entidades de jefatura sustentadas o incluso constituidas en el marco de alianzas más o menos permanentes entre aldeas⁸⁷.

Así como en este período no hay indicios de la existencia de un aparato de redistribución gestionado por un jefe, las representaciones de figuras de liderazgo ejerciendo violencia sobre enemigos o en escenas de cacería de animales salvajes, y los

⁸⁵ La propia agresión pudo, de hecho, repercutir en la destrucción o saqueo de bienes y afectar, ocasionalmente, la capacidad productiva de las comunidades.

⁸⁶ Cf. Ferguson, 1999, 391-392; Gnirs, 1999, 78; Dyer, 2007 [2004], 176; Centeno y Enriquez, 2016, 122.

⁸⁷ Sobre la relación entre guerra, alianzas y jerarquización en perspectivas antropológica, arqueológica e histórica, cf. Redmond, 1994, 130; Clastres, 1996 [1980], 206-209; 2008 [1974], 181; Ferguson, 1999, 416-417; Helbling, 1999, 110-112; 2006, 124-126; Carneiro, 2012, 17-18; Gayubas, 2015d, 50-51. En relación con el valle del Nilo predinástico, cf. Gayubas, 2015a, 15-17; 2016, 38-40. Cf. también *infra*, cap. 6.3.

testimonios (siquiera incipientes) de fortificaciones y embarcaciones con remos sugieren, en un contexto de conformación de entidades políticas de cierta magnitud y caracterizadas por la desigual distribución de recursos (aunque más no fueran bienes o materiales de prestigio), la existencia de pautas de coordinación. Tales pautas corresponderían no sólo a las actividades bélicas sino también a prácticas asociadas a la construcción de tecnología defensiva y de movilidad y, en íntima conexión con ello, a la administración y distribución de recursos orientados a, o derivados de, el accionar bélico y la conformación o reproducción de alianzas⁸⁸.

Si, como venimos de ver, los aspectos tecnológicos y organizativos de la práctica bélica se habrían sostenido en las posibilidades económicas de los respectivos períodos y habrían a su vez incidido en la asignación de recursos, el surgimiento de lo estatal introduce algunas novedades que abonan dicho enunciado. El análisis de la producción cerámica y lítica y de la composición de estructuras urbanas en sitios del Alto Egipto como Hieracómpolis señala que la aparición de lo estatal en el valle del Nilo se vio acompañada de cierta especialización artesanal⁸⁹. Según se deduce del estudio tecnológico y tipológico del armamento del período, tal especialización debió haber involucrado en alguna medida la elaboración de armas. Ello es sugerido no sólo por la mayor calidad de algunas de las armas, como las mazas y hachas realizadas con piedras duras, sino también por la existencia de cierta uniformidad en la producción de las mazas piriformes que predominan sobre las mazas discoidales a partir de Nagada IIc-d y de las hachas que, según Gilbert, parecen haber sido “manufacturadas por trabajadores cualificados en talleres especializados [...] que también producían cabezas de maza y

⁸⁸ Cf. *infra* en este mismo apartado. Sobre la condición guerrera del jefe y la carencia de testimonios de un liderazgo asociado a la redistribución económica en las fases consideradas, cf. Gayubas, 2006; 2015c.

⁸⁹ Cf. Hoffman, Hamrusch y Allen, 1986; Adams, 1995, 45-46; Midant-Reynes, 2000 [1992], 204; Hikade, 2004; Takamiya, 2004b, 1034-1035; Wengrow, 2007 [2006], 118-125; Cervelló Autuori, 2009a, 70; Campagno, 2011a, 55-60; Friedman, 2011, 34-36; Hendrickx, 2011c, 93-95; Lloyd, 2014, 44-48; Campagno y Gayubas, 2015, 25-27; Mączyńska, 2015, 72-76.

otros objetos en piedra [...] finamente elaborados”⁹⁰. Si bien indicios de especialización se testimonian incipientemente en el Alto Egipto hacia las fases Nagada I-IIb, coincidentemente con el incremento de algunos de los implementos presumiblemente utilizados en la actividad bélica (concretamente las lanzas), la mayor uniformidad técnica y tipológica que se documenta hacia la fase Nagada IIC-d (es decir, contemporáneamente a los indicios de especialistas a tiempo completo), sumada a un trabajo particularmente refinado del sílex (por ejemplo, para la elaboración de cuchillos), coincide con otra novedad significativa, esto es, el uso del cobre en la tecnología bélica⁹¹.

En rigor, también este material fue inicialmente empleado en la manufactura de armamento entre Nagada Ic y Nagada IIb. El cobre utilizado para la fabricación de hachas documentado en Maadi, en el Bajo Egipto, pudo ser extraído en las regiones de Timna, el wadi Araba o el wadi Feinan, en el sur del actual reino de Jordania, y obtenido mediante intercambio⁹². El hacha de cobre de la fase Nagada II hallada en Matmar, en el Alto Egipto, no parece ser una manufactura de carácter local, sino provenir precisamente de la región de Maadi, presumiblemente vía intercambio⁹³. Sin embargo, esta variación regional en torno al uso del cobre cambia de dirección a partir de Nagada IIC-d, momento en el cual se documentan las primeras hachas de cobre realizadas en el Alto Egipto, halladas en Adaïma y contemporáneas de otros artefactos (entre ellos, hojas de cuchillo de cobre que pudieron tener una funcionalidad militar)

⁹⁰ Gilbert, 2004, 65. Cf. Lloyd, 2014, 48. Sobre la especialización en la manufactura de la piedra durante Nagada II, cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 192-193; 2000, 54; Stevenson, 2011, 69-70.

⁹¹ Sobre todo esto, cf. Wolf, 1926, 10-13; Holmes, 1989, 337-338; Lucas y Harris, 1989 [1962], 200; Ginter, Kozłowski y Pawlikowski, 1996, 178-179; Gilbert, 2004, 41; Martínez Babón, 2007, 15; Herold, 2009, 195; Köhler, 2010a, 39; Hendrickx, 2011c, 93; Takamiya y Endo, 2011; Lloyd, 2014, 48; Mączyńska, 2015, 72-76. Cf. también *supra*, cap. 5.2.1.

⁹² Cf. Hoffman, 1979, 207; Rizkana y Seeher, 1989, 15-17, 78-79; Midant-Reynes, 2000 [1992], 213-214; 2000, 58-59; Partridge, 2002, 24; Shaw y Nicholson, 2002 [1995], 71; Gilbert, 2004, 65; Wengrow, 2007 [2006], 110; Navajas Jiménez, 2009, 48; Köhler, 2010a, 39; Tristant y Midant-Reynes, 2011, 48; Lloyd, 2014, 40; Mączyńska, 2014b, 185; 2015, 79-80; Bard, 2015, 97-98.

⁹³ Cf. Midant-Reynes, 2000 [1992], 214; Campagno, 2002, 125.

hallados en diversos sitios y que han conducido a inferir, hacia esta época, una fuerza de trabajo especializada orientada al procesamiento de este metal⁹⁴. Si bien la cantidad de objetos realizados en cobre hallados en contexto arqueológico no es necesariamente representativa de la magnitud del empleo de este material, dado que se trata de un metal que debió ser saqueado de las tumbas y reutilizado en diversos períodos de la historia, lo cierto es que durante las fases subsiguientes (Nagada IIIa-b y período Dinástico Temprano) la presencia de hachas de cobre adquiere una importancia aún mayor que en la fase anterior, especialmente en tumbas de élite⁹⁵.

Los lugares de proveniencia del cobre trabajado en los períodos de dominación estatal parecen haber sido principalmente el desierto oriental y el Sinaí, aunque no puede descartarse la obtención del metal como parte de los vínculos de intercambio mantenidos con las sociedades del sur de Palestina⁹⁶. La realización de expediciones de extracción a aquellas regiones pudo requerir, de hecho, alguna clase de organización compatible con la formación de tropas, sobre todo una vez establecido el Estado dinástico, al tiempo que pudo involucrar intervenciones violentas o algún tipo de respaldo armado frente a poblaciones potencialmente hostiles, por ejemplo, grupos nómadas o seminómadas que pudieron habitar o trasladarse por dichas zonas⁹⁷. Dicha formación militar pudo a la vez servir como dispositivo de coerción sobre los mismos

⁹⁴ Cf. Hoffman, 1979, 207-208; Midant-Reynes, 2000 [1992], 194-196; 2000, 55; Shaw y Nicholson, 2002 [1995], 71; Gilbert, 2004, 66; Wengrow, 2007 [2006], 56; Navajas Jiménez, 2009, 65-66; Stevenson, 2011, 73; Lloyd, 2014, 48; Bard, 2015, 95.

⁹⁵ Cf. *supra*, cap. 5.2.1.

⁹⁶ Cf. Lucas y Harris, 1989 [1962], 209; Andelković, 2002, 77, 81; Cervelló Autuori, 2009a, 74; Wilkinson, 2010, 59; Lloyd, 2014, 183-184.

⁹⁷ La correspondencia organizativa entre grupos humanos movilizados para distintos (o simultáneos) objetivos estratégicos, como por ejemplo la guerra y la extracción, halla un correlato algo más tardío en el uso (documentado a partir de la Dinastía III) del término *mšꜥ*, “tropa”, empleado tanto para unos contextos como para los otros. A la flexibilidad de este concepto ya nos hemos referido más arriba (cf. *supra*, cap. 5.3). Cf. también Gnirs, 1999, 78; Wilkinson, 1999, 171-172; Campagno, 2002, 220; Partridge, 2002, 24-25; Campagno y Gayubas, 2015, 38.

grupos humanos movilizados, quizás obligados a satisfacer tal servicio como parte del cumplimiento de las exigencias de tributación al Estado⁹⁸.

Precisamente este aspecto de la organización social estatal, es decir, la extracción de tributo, es importante aquí porque se relaciona de manera decisiva con el aspecto económico de la guerra y, de manera más general, con el empleo de la violencia por parte del Estado⁹⁹. Por un lado, la concentración de la fuerza constituye la condición mínima de posibilidad para la movilización compulsiva de grupos humanos y para la obtención de recursos orientados a satisfacer los intereses de un grupo diferenciado, no sometido a las normas de la reciprocidad características de una comunidad regulada por el parentesco. De este modo, el ejercicio de la violencia o su amenaza resultan la forma privilegiada de relación de la élite estatal tanto con las poblaciones enemigas a las que se hace la guerra y de las que se obtiene, mediante tributo o botín, bienes, recursos humanos y materias primas (los cuales pueden ser conseguidos alternativamente a través de vínculos de alianza o intercambios), como con la población subordinada, cuya condición en tanto tal la constituye, precisamente, en tributaria del Estado, obligada a ceder ya sea excedentes productivos o mano de obra.

En el valle del Nilo, la relación mediada por la violencia entablada por la élite estatal con las regiones periféricas, por un lado, y con la población subordinada, por el otro, es testimoniada a partir de fines del período Predinástico y durante las primeras tres dinastías. Como hemos visto más arriba, el indicio más elocuente es la representación de los Nueve Arcos y de las aves-*rejit* en situación de sometimiento en soportes como la Cabeza de Maza de Escorpión de Nagada IIIb y la base de una estatua de Dyeser de la

⁹⁸ Cf. *infra*, cap. 6.3.

⁹⁹ Cf. Wilkinson, 1999, 125-128; Campagno, 2002, 199, 210, 244-246; Engel, 2013, 25-32 (quien destaca que una institución identificada con el tesoro es documentada desde el reinado de Den, si bien inscripciones sobre recipientes denominadas “anotaciones de tributo” aparecen con anterioridad); Jursa y Moreno García, 2015, 139-155. Como sintetizan Centeno y Enriquez (2016, 121), “la historia de la tributación es la historia del estado”. Cf. también Giddens, 1985, 58; Trigger, 1993, 44-46; 2003, 375-394.

Dinastía III, así como los registros textuales e iconográficos del ritual de “seguir a Horus” (obtención compulsiva de tributo a lo largo del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras), uno de cuyos antecedentes es el “seguimiento náutico” testimoniado en una inscripción rupestre de Nagada IIIb que vincula la recolección de tributo con la conmemoración de una victoria militar en una fase de expansión política¹⁰⁰.

Por otro lado, la obtención de recursos materiales y humanos mediante las distintas formas de tributación permite el sostenimiento e incluso la expansión de la “capacidad de coerción” del Estado¹⁰¹. En efecto, en el valle del Nilo la disposición de recursos y fuerza de trabajo por parte de las élites estatales del Alto Egipto, primero, y del Estado dinástico, después, debió no sólo permitir la conformación de los grupos humanos movilizables y sustentar su equipamiento y abastecimiento, sino también facilitar la construcción de embarcaciones y fortificaciones que debieron servir a fines militares tanto ofensivos como defensivos¹⁰². Efectivamente, según hemos considerado en el capítulo precedente, la existencia de una “arquitectura militar”, testimoniada incipientemente en contextos no estatales, adquiere una mayor presencia arqueológica e iconográfica a partir de fines de Nagada II y, especialmente, durante Nagada IIIa-b y comienzos de la época dinástica, es decir, en sendos contextos de expansión y consolidación de la dominación estatal a lo largo del valle y el delta del Nilo, coincidente a su vez con el testimonio de la construcción de estructuras funerarias y cultuales de proporciones –y de una presumible demanda de materias primas y de mano de obra– crecientes¹⁰³. Por su parte, la navegación como “tecnología de movimiento” que, como hemos visto, permitiría acortar distancias y “resolver problemas

¹⁰⁰ Cf. *supra*, cap. 5 e *infra*, cap. 6.3.

¹⁰¹ Cf. Campagno, 2013a.

¹⁰² Cf. Ferguson, 1999, 411-412.

¹⁰³ Cf. Emery, 1961, 128-164, 175-191; Edwards, 1971, 59-66; Wilkinson, 1999, 230-255. Cf. *supra*, cap. 5.2.2.

logísticos”¹⁰⁴, parece haber puesto en funcionamiento, en las fases de expansión política y de consolidación de la dominación territorial, una operatoria regular tanto de obtención de maderas locales y periféricas (como, por ejemplo, el cedro del Líbano que, a partir de la Dinastía II, debió ser obtenida mediante intercambios con la ciudad de Biblos) como de construcción de embarcaciones bajo administración estatal, cuya expresión más evidente es el título de “portador del sello del astillero” (*h_tmw whrt*) documentado hacia finales de la Dinastía II, y cuyos indicios más directos son los enterramientos de barcas de madera en contextos de élite correspondientes a la Dinastía I¹⁰⁵.

Pero además de la asignación de recursos materiales y humanos dirigidos a la obtención de maderas y a la construcción de embarcaciones, la existencia de una tripulación para su conducción y para la realización de las actividades dictadas por la autoridad estatal (entre ellas, como hemos sugerido en el capítulo anterior, el ejercicio de la violencia dentro y fuera del territorio bajo dominio del rey-dios, especialmente como garantía del sostenimiento de la dominación política a todo lo largo del territorio), es evocada iconográficamente durante las fases Nagada II-III en las representaciones de embarcaciones con múltiples remos. Ello supone una demanda adicional de fuerza de trabajo cuyo origen parece coincidir con cierta estandarización de los motivos iconográficos de las embarcaciones que parece expresar, a su vez, una estandarización en la producción de la tecnología náutica a partir de la fase Nagada II, esto es, desde el momento en que se comienzan a documentar pautas de dominación estatal que debieron fundar y, a la vez, sustentarse en un sistema de recolección de tributo.

¹⁰⁴ Ferguson, 1999, 412. Cf. *supra*, cap. 5.2.3.

¹⁰⁵ Cf. Wilkinson, 1999, 160-161; Aubet, 2007, 232-235; Wengrow, 2007 [2006], 185; Sowada, 2009, 37, 194-195; Müller, 2014, 241. Cf. *supra*, cap. 5.3. Cf. también Fig. 84.

Esta doble dirección de la relación entre el ejercicio de la violencia y la concentración económica puede entenderse según lo que para el mundo moderno Samuel Finer denomina ciclo “extracción-coerción”: la apropiación de recursos materiales y humanos, obtenidos principalmente mediante la tributación, es garantizada por, pero es a la vez fundamento de, la “capacidad de coerción” del Estado¹⁰⁶. Se trata del punto en el cual la generación, obtención y asignación de recursos que Giddens llama “distributivos” (de producción material) se vincula con la distribución de los “recursos de autoridad” (incluyendo el control de los medios de violencia y la capacidad de reunir y movilizar grandes cantidades de individuos, tanto integrados en funciones administrativas como sometidos a actividades productivas y militares)¹⁰⁷. Todo ello supone, en definitiva, un tipo de actividad ya sea rotativo o estacional que pudiera garantizar la continuidad de la producción primaria tanto a nivel comunal como de las instalaciones productivas de la élite al tiempo que habilitara la asignación de mano de obra a la realización de obras y a la conducción de expediciones¹⁰⁸.

En relación con ello, cabe señalar que el mantenimiento y la movilidad de grupos humanos con finalidad total o parcialmente militar se pudo haber sostenido, no sólo en la tributación como práctica fundadora de lo estatal y en las facilidades de transporte ofrecidas por la tecnología náutica, sino también en el establecimiento de redes de comunicación y abastecimiento que debieron vincular lo económico con lo militar desde un punto de vista organizativo. Los testimonios más elocuentes acerca de esta cuestión aparecen a partir de la Dinastía III, período en el cual, según sostiene Moreno García, existe evidencia textual de un sistema de establecimientos agrícolas y de

¹⁰⁶ Finer, 1975, 96. Cf. Centeno y Enriquez, 2016, 121. Sobre la “capacidad de coerción” del Estado egipcio, cf. Campagno, 2013a. Cf. también *infra*, cap. 6.3.

¹⁰⁷ Cf. Giddens, 1985, 8, 13-17.

¹⁰⁸ Cf. Ferguson, 1999, 391-392; Gnirs, 1999, 78; Dyer, 2007 [2004], 176; Centeno y Enriquez, 2016, 122.

almacenamiento dependientes de la realeza distribuidos a lo largo del territorio, que debió servir no sólo a la producción y recolección de recursos para la corona sino también al abastecimiento con equipamiento, comida e instalaciones a los grupos humanos movilizados tanto en expediciones de exploración, extracción o intercambio como en campañas militares¹⁰⁹. Es con este sentido que el autor interpreta las referencias textuales a instalaciones *ḥwt* y *ḥwt-ꜣt* que se documentan en inscripciones sobre recipientes hallados en el complejo funerario del rey Dyeser de la Dinastía III y en improntas de sellos de la misma dinastía en Elefantina¹¹⁰. Las inscripciones rupestres de Hatnub, las más tempranas de las cuales datan de la dinastía siguiente, sustentan tal lectura al mencionar “los recursos entregados por [la instalación] *ḥwt* local a los equipos de trabajadores enviados a las canteras [y] la organización de las expediciones por un supervisor de *ḥwt*”¹¹¹. Las improntas de sellos de Elefantina de la Dinastía III, por su parte, refieren el envío de bienes de Abidos a dicha ciudad ubicada en el extremo meridional del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras, lo cual parece conectar el sistema de instalaciones de la realeza con el rol de Elefantina como fortaleza y como “puerta” de acceso a la Baja Nubia, y la distribución de recursos con los grupos humanos estacionados en, o movilizados desde, dicha región¹¹².

Si bien su interpretación es más difícil, inscripciones de las Dinastías I y II que refieren a la existencia de instalaciones reales con fines de producción y almacenamiento en distintos puntos del territorio, pueden testimoniar un sistema en alguna medida compatible con lo propuesto por Moreno García¹¹³. El carácter de las instalaciones *ḥwt* del período, inicialmente documentadas hacia mediados de la Dinastía

¹⁰⁹ Cf. Moreno García, 2004, 98-103, 243; 2010, 14; 2013a, 190-192, 198. Cf. también Moreno García, 1999; 2008; Parra Ortiz, 2009, 169. Cf. *supra*, cap. 5.3.

¹¹⁰ Cf. Moreno García, 2013a, 190-192, 198. Cf. también Lacau y Lauer, 1959; 1965; Pätznick, 2005; Moreno García, 2008a; Lloyd, 2014, 160-161, 188; Paysás, 2015, 51, 100.

¹¹¹ Moreno García, 2013a, 198. Cf. Anthes, 1928, 18-19, 21-22, Taf. 9-9a, 11-11a.

¹¹² Cf. Moreno García, 2008a, 1-2; 2013a, 192.

¹¹³ Cf. Wilkinson, 1999, 117-124; Bárta, 2013, 160-161; Engel, 2013, 27-28.

I, es difícil de precisar. No obstante, los nombres asociados a ellas permiten inferir identificaciones por localidad o por actividad económica que evidencian alguna clase de organización territorial orientada al aprovisionamiento de la realeza. Algunos de dichos nombres evocan lo que se ha interpretado como centros o talleres regioes especializados en determinadas actividades productivas, como la ganadería o el trabajo de metales, que pudieron servir al abastecimiento tanto localizado como de grupos humanos movilizados¹¹⁴.

Otro establecimiento de la realeza que parece vincular las actividades productivas del Estado con el ámbito bélico desde la Dinastía I son las torres defensivas a las que hemos hecho referencia en el capítulo anterior y que parecen constituir un antecedente de las torres *swnw* del Reino Antiguo¹¹⁵. Como hemos visto, el objetivo estratégico de estas torres de vigilancia, más allá de su inmediata funcionalidad defensiva, no es evidente. De todos modos, su evaluación a la luz de testimonios del Reino Antiguo permite hacer algunas inferencias. En efecto, títulos como los de Nesutnefer, funcionario de comienzos de la Dinastía V a quien ya hemos aludido, conectan la administración de fortificaciones y de una torre *swnw* (o de un recinto fortificado identificado con el determinativo de una torre *swnw*) con la gestión de regiones de frontera y de una instalación *hwt-ʿ3t*. A ello se añade el testimonio de una inscripción del reinado de Qaa, de la Dinastía I, que contiene junto al *serej* del rey una torre *swnw* y un recinto ovalado con entrantes y salientes (alternativamente interpretado como una fortificación o una instalación productiva, pero en ambos casos asociado a una utilidad defensiva, ya sea del territorio o de los recursos de la realeza). Tales testimonios contribuyen a relacionar dichas torres con la protección de los puntos o vías de acceso a regiones periféricas ricas

¹¹⁴ Cf. Wilkinson, 1999, 123-124; Campagno, 2002, 206; Regulski, 2004, 952-953; Köhler, 2010a, 40; Moreno García, 2013a, 190-191.

¹¹⁵ Cf. *supra*, cap. 5.2.2. Cf. también Figs. 128, 142-144.

en materias primas o bien a interpretarlas como centros de almacenamiento –y, simultáneamente, de protección– de recursos del Estado¹¹⁶. Ambas situaciones no son incompatibles, pues la presumible ubicación de estas torres de vigilancia en regiones de frontera permite asociarlas tanto al aprovisionamiento de grupos humanos estacionados o movilizados (por ejemplo, a minas y canteras o en avanzadas de tipo bélico) como a la concentración de recursos obtenidos en dichas expediciones. Por otro lado, su asociación con la protección de instalaciones agrícolas o ganaderas también sugiere una doble dirección de almacenamiento y de abastecimiento que pudo servir a expediciones conducidas por funcionarios de la realeza¹¹⁷.

La conexión entre la actividad militar (como estrategia ofensiva sobre territorio periférico o como control fronterizo) y el ámbito de la administración económica se encuentra también evocada en una serie de títulos de funcionarios del Estado. El título de “supervisor de las regiones del desierto” (*imy-r smiwt*) detentado junto al de “supervisor de recintos fortificados” (*imy-r rthw*) y “supervisor de la fortaleza real” (*imy-r mnnw nswt*) por Nesutfener de comienzos de la Dinastía V, quien también fuera “supervisor de fortalezas” (*imy-r mnnw*) –quizás vinculado también a la administración de una torre *swnw*– y “gobernador de *hwt-ʿ3t*” (*ḥqʒ ḥwt-ʿ3t*), advierte sobre el carácter a la vez militar y administrativo de las funciones de dicho funcionario. En lo que respecta a nuestro período de estudio, títulos como el de “inspector del desierto” (*hrp smit*) detentado por Merka de la Dinastía I y el de “administrador del distrito del desierto” (*ʿd-mr smit*) detentado, no sólo por Merka, sino también por Mechen de fines de la Dinastía III y comienzos de la Dinastía IV, parecen apuntar en la misma dirección. Estos títulos

¹¹⁶ Sobre los títulos de Nesutnefer, cf. Diego Espinel, 1998, 24; Jones, 2000, 137-139, 160-161, 204, 678; Kanawati, 2002, 31-33; Strudwick, 2005, 423; Vogel, 2010, 6; Moreno García, 2013b, 101. Sobre la inscripción del sello del reinado de Qaa, cf. Moreno García, 1997, 116-118, fig. 1b; Monnier, 2013b, 372, fig. 7. Cf. también Figs. 77, 81.

¹¹⁷ Lloyd (2014, 161) enfatiza la dimensión militar de las instalaciones *hwt* y equipara ello a la funcionalidad a la vez administrativa y defensiva de las torres *swnw* y de fortificaciones en regiones limítrofes como Elefantina.

pudieron haber implicado no sólo “la responsabilidad de proteger las fronteras de Egipto con el desierto” o cierta política ofensiva sugerida adicionalmente por los títulos de “comandante de cazadores” (*hrp nww*) y “comandante de auxiliares libios” (*hrp ʕtyw*) de Mechen, sino también la “administración de los desiertos propiamente dichos, sus habitantes y sus recursos”¹¹⁸. Por otro lado, pueden ser considerados el título de “supervisor de la tierra extranjera” (*imy-r h3st*) que aparece en una impresión de sello durante el reinado de Jasejemuy de la Dinastía II, las inscripciones “tributo/producto de la tierra extranjera” (*inw h3st*) y “tributo/producto de *stt*” (*inw stt*) correspondientes a la misma dinastía y el título de “administrador de la tierra extranjera” (*ʕd-mr h3st*) en una inscripción rupestre de la Dinastía III en Wadi Maghara (Sinaí meridional). Éstos permiten sustentar el escenario de una integración de las actividades bélica y económica en las regiones fronterizas y periféricas, tanto en lo que concierne a la administración para el aprovisionamiento de los grupos humanos estacionados o movilizados como en lo que respecta a la obtención y administración de recursos obtenidos mediante la realización de expediciones de diversa índole¹¹⁹.

Estas reflexiones nos conducen al último punto que nos interesa considerar en relación con el aspecto económico de la guerra. Nos referimos al lugar de lo económico en las motivaciones de la actividad bélica de los distintos períodos que aborda nuestro estudio.

Hemos señalado ya que el proceso de sedentarización que siguió y acompañó a las innovaciones socioeconómicas que tuvieron lugar en el valle del Nilo durante el período Neolítico y comienzos del Predinástico debió incidir en las actividades bélicas

¹¹⁸ Wilkinson, 1999, 149. Sobre los títulos de Merka, cf. Wilkinson, 1999, 143. Sobre los títulos de Mechen, cf. Jones, 2000, 361, 703, 721-722. Cf. también Campagno, 2002, 246; 2013c, 152-154. Cf. también Figs. 75-77.

¹¹⁹ Sobre el título de “supervisor de la tierra extranjera” (*imi-r h3st*), cf. Wilkinson, 1999, 92, 143. Sobre la forma *inw h3st/stt*, cf. Petrie, 1901b, pl. XXII.181; Lacau y Lauer, 1959, pl. 18; Wilkinson, 1999, 89-90, 143-144; Campagno, 2002, 218. Sobre el título de “administrador de la tierra extranjera” (*ʕd-mr h3st*), cf. Wilkinson, 1999, 166-167. Cf. también Figs. 69-70, 82-83a-b, 115.

conducidas por las comunidades no estatales durante dichos períodos¹²⁰. El sedentarismo que, de acuerdo con Ferguson, es uno de los elementos que pueden favorecer cierta intensificación de episodios o situaciones de conflicto bélico (entre otras cosas, porque supone la necesidad de defender espacialmente algo material o simbólico que puede derivar en vínculos más o menos regulares y alternantes de alianza y enemistad localizados entre entidades vecinas), pudo relacionarse con la práctica de la guerra en el valle del Nilo. Por un lado, por su vinculación con el simbolismo mortuario que debió estar asociado a la pertenencia territorial en el marco de comunidades reguladas por el parentesco. Por otro lado, por la existencia de un excedente productivo que pudo estimular (aunque no se demandaran demasiados recursos para ello) la realización de expediciones y rituales y la elaboración de tecnología bélica¹²¹.

La posibilidad de establecer motivaciones inmediatas durante estos períodos se nos escapa, si bien estudios interculturales y observaciones etnográficas permiten suponer criterios tanto materiales como ideológicos. De todos modos, sin que puedan descartarse conflictos puntuales por recursos, las condiciones mismas de existencia en el valle del Nilo, carentes de condicionamientos medioambientales y caracterizadas por una amplia disponibilidad de recursos y tierras cultivables, ha conducido a sugerir que, si pudo haber alguna clase de conflicto por tierras, ello pudo tener que ver menos con una lucha por un recurso material escaso que con lo que Anđelković denomina lucha por territorio, según una concepción ideológica, política y social, antes que económica. Ello lo hemos relacionado, a nuestra vez, con los movimientos de población hacia el valle acaecidos durante los milenios VI-V a.C., derivados del cambio climático que fue recrudeciendo la aridez de los desiertos circundantes del Nilo¹²². Estas observaciones permiten

¹²⁰ Cf. *supra* en este mismo apartado.

¹²¹ Cf. Ferguson, 1997, 334-335; 2008, 24.

¹²² Cf. Anđelković, 2004, 542-543; Gayubas, 2006, 67-68; 2014, 156-158; 2015a, 16-17; 2015c, 48-49; 2016, 38-40; Kemp, 2006, 74. Cf. también Clastres, 1996 [1980], 199-200; Hassan, 2002a, 16; 2002b,

enmarcar los potenciales conflictos puntuales por recursos o territorio, se deriven de movimientos poblacionales de importancia o de la alternancia de situaciones de intercambio, alianza y conflicto en áreas localizadas, en el contexto de unas disposiciones a la vez sociales, políticas e ideológicas en torno a la identificación colectiva de las comunidades de parientes en su oposición o antagonismo frente a las comunidades vecinas¹²³.

A partir de la emergencia de jerarquías sociopolíticas asimilables a la categoría de sociedades de jefatura en el Alto Egipto (Nagada I-IIa-b), se inaugura un escenario caracterizado por lo que, siguiendo análisis comparativos como los realizados por Elsa Redmond, podemos denominar “guerras de jefatura”¹²⁴. Lo característico en relación con la problemática que nos ocupa es que este tipo específico de guerra añade a los detonantes o motivaciones inmediatas presentes en otros contextos no estatales, la búsqueda por parte de los jefes (se desempeñen directamente o no en el ámbito bélico) de bienes, materias primas o cautivos que, junto con la realización de hazañas, contribuirán al sostenimiento o reproducción del prestigio detentado ante, o más bien concedido por, la comunidad. En efecto, en contextos de jefatura se puede dar la situación según la cual los jefes emplearán la violencia externa como uno de los modos de acceder a bienes de prestigio que sostendrán su papel destacado en la comunidad y su prestigio ante las comunidades y/o los jefes vecinos¹²⁵.

En el valle del Nilo, tal circunstancia ha sido considerada al evaluarse los testimonios arqueológicos de diferenciación social correspondientes principalmente al registro

330; Nielsen y Walker, 2009b, 6. Cf. *supra*, cap. 6.1 e *infra*, cap. 6.3. Ferguson (1999, 423) reconoce la importancia que pudo tener el cambio climático en la intensificación de situaciones de violencia bélica en contextos antiguos, al señalar que “las fluctuaciones climáticas pueden cambiar nichos ecológicos e impulsar migraciones, conduciendo a importantes estallidos militares”. Cf. también Sillitoe, 1977, 80; Ferguson, 2008, 26-27.

¹²³ Cf. Gayubas, 2014.

¹²⁴ Cf. Redmond, 1994, 2, 51; Gilbert, 2004, 9, 29. Cf. también *supra*, caps. 1.2 y 2.1.

¹²⁵ Cf. Earle, 1997, 110; Ferguson, 2008, 26.

funerario y los indicadores de violencia del tipo que hemos analizado en el capítulo anterior. La presencia en contextos mortuorios de élite de bienes y materias primas cuya procedencia lejana (desiertos circundantes, Nubia, Sinaí, Siria-Palestina, Mesopotamia) pudo haberlos revestido de una condición prestigiosa ha conducido a estimar que la demanda de tales bienes y materias primas por parte de las élites de jefatura de Nagada I-IIb pudo dar lugar a enfrentamientos o incursiones con el objetivo de obtener o controlar el acceso a ellos¹²⁶. De acuerdo con Campagno, el acceso a las corrientes de intercambio y a los yacimientos minerales “era vital para la obtención o la elaboración de diversos bienes de prestigio que los jefes y las élites debían ostentar para expresar materialmente la diferencia que los distingue del resto de los integrantes de tales sociedades. Y la escasez de tales bienes –que es lo que, de hecho, determina su condición prestigiosa– podría haber constituido un motivo de tensión entre las comunidades que intentaban su consecución”¹²⁷. De hecho, como veremos en el apartado siguiente y como hemos adelantado en el capítulo 2, uno de los escenarios que se han propuesto para explicar la emergencia de lo estatal en el Alto Egipto hacia Nagada IIc-d y su subsiguiente expansión apunta a la guerra de conquista como instancia de control del flujo de materiales exóticos o bienes de prestigio demandados por las élites¹²⁸.

Según sugiere la cantidad y variedad de objetos hallados en tumbas de élite, la expansión y posterior consolidación de la dominación estatal a lo largo del valle del Nilo durante la fase Nagada IIIa-b y las primeras tres dinastías debió estar signada por una ampliación de la demanda de bienes o materiales, muchos de ellos de proveniencia lejana, sostenida en una mayor capacidad logística fundada en la práctica de la

¹²⁶ Cf. Hoffman, 1979, 343; Trigger, 1985 [1983], 61, 72; Campagno, 2002, 168-169; 2004a, 694-700; 2011a, 54.

¹²⁷ Campagno, 2011a, 54.

¹²⁸ Cf. Trigger, 1985 [1983], 61, 72; Campagno, 2002, 168-169; 2004a, 694-700; 2011a, 54.

tributación¹²⁹. Si bien algunas de las avanzadas y de las prácticas empleadas para su adquisición pudieron ser de índole pacífica (como parece sugerir la evidencia de algunos de los sitios excavados en el sur de Palestina), los testimonios iconográficos, arqueológicos y escritos que hemos considerado en el capítulo precedente permiten pensar que la actividad militar y el respaldo armado de expediciones eran uno de los mecanismos por los cuales se obtenían bienes, materias primas y recursos humanos¹³⁰.

Al respecto deben hacerse, de todos modos, dos advertencias. La primera es que la adjudicación de un carácter económico a la demanda de materiales exóticos y bienes de prestigio por parte de las élites de jefatura y estatales del período Predinástico y comienzos de la época dinástica no debe equipararse a la determinación de un fundamento material o económico en sentido moderno de la actividad bélica en el valle del Nilo. Tal como señala Warburton, “el crecimiento económico occidental [o, más precisamente, la lógica de acumulación del capital] ha animado a los filósofos occidentales [y, podemos añadir, a no pocos investigadores de las sociedades antiguas] a asociar el crecimiento económico y la ganancia material con la ‘razón’. Es visto como ‘razonable’ que las guerras sean libradas por bienes económicos”, y “ocasionalmente se argumenta que las guerras antiguas debieron ser libradas por similares razones”¹³¹. Lo cierto es que, en contextos históricos como los que nos convocan, carentes (hasta donde podemos indagar) de criterios sostenidos en la ganancia y en la acumulación en un sentido estrictamente económico, tanto el intercambio como la guerra parecen servir fundamentalmente, en lo que a la obtención de recursos respecta, a la construcción de prestigio social (de un jefe o de una élite de jefatura) o de poder (de un rey o de una élite

¹²⁹ Cf. Campagno, 2002, 212-217; Midant-Reynes, 2003, 124-134, 290-296, 372-375; Hamblin, 2006, 324; Wengrow, 2007 [2006], 171-186; Lloyd, 2014, 182-197. Cf. también *supra*, cap. 5.2.3, 5.3.

¹³⁰ Cf. Campagno, 2002, 220; Gilbert, 2004, 112; Hamblin, 2006, 320. En rigor, los indicios de presencia o intercambio pacíficos con algunos sitios del sur de Palestina puede asociarse a la falta de resistencia antes que por la carencia de un aparato o de una perspectiva militar del Estado egipcio.

¹³¹ Warburton, 2006, 53. Cf. Sahlins, 1988 [1976]; Nielsen, 2009-2011, 18.

estatal), así como a la constitución de alianzas (intercambios) o relaciones de sometimiento o subordinación (intercambios asimétricos, tributación y/o guerra), tratándose, en unas circunstancias como en otras, menos de estrategias económicas que de medios de una finalidad política. Los bienes y recursos así demandados son menos “bienes para el consumo” que “bienes políticos”¹³².

Ello conduce a la segunda advertencia. Si los testimonios arqueológicos, iconográficos y textuales de guerra de fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica en ocasiones coinciden con la presumible existencia de obstáculos o antagonistas de las entidades estatales del Alto Egipto o del Estado egipcio en el acceso a bienes o materias primas, como parece ser el caso de los núcleos estatales enfrentados a lo largo del valle del Nilo durante el proceso de expansión estatal o la entidad política asociada al cementerio real de Qustul en la Baja Nubia que durante Nagada IIIa-b y comienzos de la Dinastía I pudo interferir con la obtención por parte del Estado egipcio de recursos procedentes del África subsahariana o de los yacimientos del desierto nubio, tal situación no siempre se verifica. Como señala Campagno, la propia situación en Nubia es significativa pues si bien la entidad estatal de Qustul parece dejar de existir durante la Dinastía I, perduran indicadores de actividad bélica del Estado egipcio sobre población nubia¹³³. También destaca el autor que la “capacidad de resistencia” de las poblaciones que habitaban el sur de Palestina y el ámbito líbico debió ser más bien limitada en relación con el potencial bélico del Estado dinástico durante las primeras tres dinastías. Por esta razón, la agresión militar (incluyendo la construcción de recintos fortificados en áreas de frontera) y su simbolización relativas a las poblaciones nubias, libias y del sur de Palestina debieron asentarse en un orden práctico consistente en

¹³² Helbling, 2006, 126. Cf. González García, 2014, 173, quien señala que “el valor principal de un ‘bien de prestigio’ es social y no económico, es decir, viene dado por su capacidad para proporcionar prestigio y no por su valor material intrínseco”.

¹³³ Cf. Campagno, 2002, 220-221; 2004c, 55-57. Cf. también Gilbert, 2004, 112-113. Cf. *supra*, cap. 5.1.

sortear obstáculos que en ocasiones pudieron existir (por ejemplo, grupos nómadas que pudieron interceptar y atacar expediciones, o núcleos estatales como el correspondiente a Qustul). Pero también debieron insertarse en una percepción según la cual el orden de la existencia se definía con base en la dicotomía orden/caos y, como hemos considerado en el apartado precedente, las prácticas políticas, económicas y bélicas se enmarcaban en un “mapa ideológico” que identificaba el territorio dominado por el rey-dios con el orden justo (*m3ʕt*) y las periferias con el ámbito de lo caótico¹³⁴. En una conceptualización tal, las poblaciones de las periferias no sólo son representadas como pasibles de recibir la violencia ordenadora del rey (de un modo similar a como se simboliza a la población conceptualizada como subordinada o rebelde dentro del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras), sino que sus regiones cobran un sentido adicional como las áreas de las que fluyen bienes y recursos hacia el centro cósmico que es el Estado dinástico o, más concretamente, el rey, la residencia y la tumba reales y los sectores de élite favorecidos por su cercanía respecto al rey¹³⁵.

En suma, se origine o –más probablemente– no en demandas económicas, la guerra estatal habilita y facilita la obtención de recursos por mecanismos distintos (pero no necesariamente excluyentes, y en ocasiones incluso complementarios) de los del intercambio. Toda vez que es organizada en el marco de una configuración política sostenida en el monopolio de la violencia y que se constituye en una práctica regular de las entidades estatales, forma parte de los ámbitos de incumbencia de la realeza y de los funcionarios encomendados por el rey para adquirir bienes, materias primas y recursos humanos ya sea en expediciones típicamente militares o en avanzadas de extracción o de intercambio sustentadas en grupos humanos armados y organizados. En cualquier

¹³⁴ Cf. Campagno, 2002, 220-221; 2004c, 56-57; Campagno y Gayubas, 2015, 38-39. Cf. también Shaw, 1991, 7; Wilkinson, 1999, 58-59; Köhler, 2002, 510; Morris, 2017, 134. Cf. *supra*, cap. 6.1.

¹³⁵ Cf. Campagno, 2002, 221; Campagno y Gayubas, 2015, 39. Cf. *supra*, cap. 6.1.

caso, ello se sostiene en una disposición ideológica que parece expresar las formas y requerimientos de un ordenamiento sociopolítico que es el que define, como veremos a continuación, la finalidad de la actividad bélica¹³⁶.

6.3. La guerra y lo político

David Warburton advierte que los distintos aspectos involucrados en la guerra (lo propiamente bélico, lo ideológico, lo económico) no se pueden comprender sustraídos de lo que considera el fundamento de la actividad, esto es, el ámbito de lo político¹³⁷. La riqueza de esta observación en relación con el problema que nos convoca reside, no tanto en las reflexiones específicas del autor, que discurren por otros derroteros, sino en el llamado de atención que supone respecto a la pertinencia de vincular el abordaje de la guerra con una evaluación analítica acerca del lugar que ocupa el poder en una sociedad determinada.

Según venimos de ver en los apartados anteriores, la relación de lo bélico con lo ideológico y lo económico en el valle del Nilo se conecta decisivamente con las diferentes formas de distribución del poder en los distintos períodos considerados. En lo que respecta a las sociedades que habitaron el valle antes de la aparición de lo estatal, más concretamente a las aldeas correspondientes a los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico, el recurso a analogías etnográficas ha permitido reflexionar que, si bien las motivaciones inmediatas para el estallido de episodios de violencia bélica entre las comunidades pudieron responder a obligaciones familiares, venganzas, requerimientos de prestigio o la procuración de recursos materiales de relevancia más sociopolítica e ideológica que económica, entre otras, lo decisivo habría sido que todas estas motivaciones habrían estado sostenidas en una percepción mutua de amenaza entre

¹³⁶ Cf. Gayubas, 2015b, 96-104.

¹³⁷ Cf. Warburton, 2006, 52-54. Cf. *supra*, cap. 1.3.b.

los grupos recíprocamente no emparentados que sería intrínseca al ordenamiento sociopolítico de cada comunidad¹³⁸. Los testimonios arqueológicos que apuntan a la centralidad del parentesco como articulador social durante los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico en el valle permiten reconocer no sólo los principios de reciprocidad y ayuda mutua que debieron regular las relaciones sociales hacia el interior de cada comunidad, sino también los límites que debieron ser establecidos entre aquellos que pertenecían a la trama parental y aquellos que quedaban excluidos de ella, con quienes debieron sostenerse relaciones fundadas en el antagonismo¹³⁹. Desde una perspectiva analítica que se valga de los aportes de la teoría antropológica, pues, la configuración de un “mapa ideológico” que ordenara tal antagonismo entre comunidades políticas autónomas regidas internamente por los lazos del parentesco, consistente en un movimiento de exclusión y de conceptualización de quienes no pertenecen a la trama de parientes como enemigos reales o potenciales, puede ser entendida como una pauta inherente a la propia identificación parental de las comunidades.

La guerra en un contexto tal, de consecuencias serias y, en ocasiones, letales (según sugieren los indicios de violencia y agresión que hemos considerado en el capítulo precedente), no constituye sino la expresión extrema del antagonismo intrínseco a la identificación de parentesco, y al afianzar a su vez, mediante episodios bélicos más o menos regulares, los límites sociales de cada comunidad, debió contribuir al

¹³⁸ Cf. Gilbert, 2004, 27; Gayubas, 2014, 153-158. Cf. también *supra*, cap. 6.1.

¹³⁹ Cf. Campagno, 1998a, 39-45; 1998b, 106; 2002, 137-145. Cf. también Anderson, 1992, 62; Bard, 1992, 2, 15; Savage, 1997, 228; 2001, 119, 125-126; Gayubas, 2006, 56-57; 2014, 149-150, 157-158; Cervelló Autuori, 2009a, 80; Navajas Jiménez, 2009, 44; Hendrickx, Huyge y Wendrich, 2010, 21-23. Asimismo, cf. Sahlins, 1976, 245; 1983 [1974], 140; Clastres, 1996 [1980], 211-214.

sostenimiento del orden sociopolítico de las comunidades, basado en el parentesco y, por tal motivo, extraño a cualquier forma de concentración del poder¹⁴⁰.

En contextos de jefatura, como los correspondientes a las fases Nagada I-IIb en el Alto Egipto, la constitución de entidades políticas de mayores dimensiones y de cierta jerarquización que parece haber incluido la figura de líderes o jefes más o menos institucionalizados, implicados simbólicamente o políticamente en la actividad bélica, introduce algunas prácticas que, de todos modos, no parecen sustraerse de la lógica parental. Si se acepta que, como sintetiza Campagno, “la condición diferencial de los jefes no-estatales en sus sociedades no se basa en el poder [en tanto “poder coercitivo”] [...], sino en el prestigio”¹⁴¹, se puede convenir en que el papel del jefe en el marco de una “guerra de jefatura” no se debió traducir en el ejercicio de la violencia hacia la propia comunidad, sino que, por el contrario, debió expresar la cohesión de la comunidad o de un conjunto social determinado al conducir la violencia hacia afuera y materializar la oposición con los enemigos. La misma práctica bélica pudo servir, de todos modos, a la obtención o conservación de prestigio por parte de los jefes involucrados directa o indirectamente en la actividad bélica, mediante la realización de hazañas o la adquisición de bienes, materias primas o cautivos cuyo valor sería político antes que meramente económico. Si bien tal circunstancia parece haber tenido una expresión simbólica en la importancia adjudicada iconográficamente a la figura del jefe como aquel que somete a los enemigos y a los animales salvajes (en escenas como las halladas en vasos cerámicos de la fase Nagada Ic), ello no parece haber erosionado el fundamento parental (cuya centralidad puede ser inferida en el registro funerario) que

¹⁴⁰ Cf. Clastres, 1996 [1980], 181-216; Bowman, 2001, 42; Adler, 2007 [1987], 167. En relación con el valle del Nilo, cf. Campagno, 1998b; 2002, 69-77; 2014b, 18-19; Gayubas, 2006; 2010; 2014; 2015d, 47-49; Campagno y Gayubas, 2015, 13-24.

¹⁴¹ Campagno, 2011a, 49. Cf. Sahlins, 1983 [1974], 149; Clastres, 1996 [1980], 145-149; Campagno, 2016a, 15-19; Gayubas, 2016, 35-36.

regula la situación y que decide el carácter no coercitivo de la relación sostenida entre el jefe y la comunidad¹⁴².

En lo que respecta a los períodos de surgimiento, expansión y, especialmente, consolidación de lo estatal en el valle del Nilo, la doble dirección de la violencia estatal, como guerra hacia afuera y como coerción hacia adentro, conecta igualmente el ámbito de lo político, no sólo con la actividad bélica, sino también con lo ideológico y lo económico. Por un lado, la concepción acerca del sostenimiento del orden cósmico mediante las acciones reguladoras del rey (incluyendo su lucha cotidiana contra los agentes del caos) se corresponde con lo que, desde una perspectiva analítica, equivale al afianzamiento o reproducción del orden sociopolítico estatal¹⁴³. En el vértice o el centro de dicho orden se sitúa el rey-dios, cuya divinidad expresa aquello que es políticamente nuevo (la dominación estatal) respecto del ordenamiento previamente existente (las comunidades no estatales regidas por el parentesco). El mapa ideológico configurado en el marco de la expansión y consolidación del Estado dinástico establece, de este modo, una identificación colectiva de la élite estatal, sostenida en su vínculo con el rey-dios, y una doble demarcación hacia afuera (las poblaciones periféricas, los Nueve Arcos) y hacia adentro (la población subordinada, las *aves-rejit*)¹⁴⁴.

Por otro lado, las pautas de especialización productiva y de concentración económica que se constatan a partir de la fase Nagada II y que involucran, según hemos visto, la producción de armas (incluyendo el uso del cobre), la elaboración de embarcaciones más o menos estandarizadas, la construcción de recintos fortificados y, a partir de comienzos de la época dinástica, la constitución de una red de establecimientos de la

¹⁴² Cf. Campagno, 2002, 73-75. Vale aclarar que, de todos modos, la emergencia de sociedades de jefatura pudo habilitar y estar de hecho íntimamente vinculada a la constitución de séquitos o a la detención de cautivos por parte del jefe, así como a cierta perduración en el tiempo de alianzas sostenidas entre comunidades. Al respecto, cf. *infra* en este mismo apartado.

¹⁴³ Al respecto, cf. Campagno, 1998a, 69-75 (con bibliografía).

¹⁴⁴ Cf. Gnirs, 1999, 73. Cf. también *supra*, cap. 6.1.

realeza destinada al abastecimiento de expediciones, se asientan en las posibilidades y en los requerimientos de un sector social que concentra la fuerza y, por lo tanto, el poder político. Ello supone dos dimensiones que atañen respectivamente a los aspectos interno y externo de la estructura estatal.

Respecto a lo primero, la extracción de recursos que, una vez establecido el Estado dinástico, se ejerce dentro y fuera del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras, conceptualizada como el flujo de bienes hacia el centro cósmico, se sostiene en la tributación tanto como mecanismo específico de apropiación y concentración de recursos (especialmente aquellos producidos por las aldeas subordinadas al Estado en el valle y el delta del Nilo) como en tanto práctica que garantiza las condiciones logísticas para emprender actividades y expediciones (bélicas o con respaldo armado) orientadas a la satisfacción de las demandas materiales o simbólicas de la realeza. Ello se asienta, en última instancia, en la “capacidad de coerción” del Estado, a cuya reproducción y eventual ampliación la tributación –mediante el ciclo ya explicitado de extracción-coerción– contribuye¹⁴⁵.

Precisamente en la relación del ejercicio de la violencia con la dominación interna se hace evidente el aspecto político que concierne a la capacidad militar de la élite estatal. Tal como señala Campagno, así como, una vez constituido, el Estado dual egipcio es el dispositivo (y el grupo social) que dirige la violencia hacia las periferias como parte de las funciones del rey en su condición de garante del orden, es también el que detenta el monopolio legítimo de la coerción en el territorio que se halla bajo su dominio directo, siendo su vínculo con los súbditos y con aquellos que son conceptualizados como rebeldes, una relación basada en la realidad y en la posibilidad de la violencia¹⁴⁶. Esto

¹⁴⁵ Cf. Campagno, 2013a, 214-215. Cf. también *supra*, cap. 6.2.

¹⁴⁶ Cf. Trigger, 1993, 69-71; 2003, 240-249; Campagno, 2002, 209-212; 2013a, 214-215. Cf. también Giddens, 1985, 58; Mann, 1992 [1988], 13-15; Ferguson, 1999, 404-405.

se infiere tanto a comienzos de la época dinástica como en la fase inmediatamente anterior en algunos testimonios que ya hemos considerado: en lo concerniente a la violencia sobre población subordinada y a la obtención de tributo, se trata de las inscripciones en la Cabeza de Maza de Escorpión y en Nag el-Hamdulab de Nagada IIIb, en diversos pasajes de la Piedra de Palermo referentes a reinados de las tres primeras dinastías, y en el pedestal del rey Dyeser de la Dinastía III; en relación con las poblaciones identificadas como rebeldes, nos referimos a los motivos y textos presentes en una serie de vasos decorados y en las bases de dos estatuas sedentes del rey Jasejem/uy de la Dinastía II¹⁴⁷. Pero ello también tiene su expresión arqueológica, por un lado, en los indicios de degollamiento y decapitación del cementerio HK43 de Hieracópolis (Nagada IIb-c), que parecen testimoniar prácticas coercitivas ejercidas sobre contendientes bélicos o sobre población subordinada, y por el otro, en los cambios en los lugares de enterramiento de los reyes de fines de la Dinastía II que parecen evidenciar conflictos con una presumible base regional¹⁴⁸.

En segundo lugar, el movimiento expansivo que parece intrínseco a la forma estatal se verifica no sólo en los testimonios de repentina dispersión de cultura material y pautas de residencia, enterramiento y expresión simbólica (crecientemente formalizada) durante Nagada II-IIIa-b, primero en el Alto Egipto y luego a todo lo largo del valle y el delta del Nilo, sino también en los indicadores de tecnología y agresión vinculados con la actividad bélica. En efecto, el aumento de indicios del uso de embarcaciones de cierta magnitud que facilitarían el traslado de grupos humanos y el acortamiento de distancias mediante el empleo de la madera como material para su construcción y la disposición de remos y –a partir de fines de Nagada II o comienzos de Nagada III– velas para el

¹⁴⁷ Cf. Quibell, 1900, pls. XXXVI-XL; Firth y Quibell, 1935, 65-66; Emery, 1961, 99 y figs. 62-63; Wilkinson, 1999, 91-92, 220; Baud, 2002, 120-123; Diego Espinel, 2006, 188; Campagno, 2013a, 215. Cf. también *supra*, cap. 6.1.

¹⁴⁸ Cf. *supra*, caps. 5.1 y 6.1.

aprovechamiento, respectivamente, de la energía humana y de los vientos, coincide cronológicamente con similar incremento en los testimonios de la construcción de fortificaciones y del ataque a recintos fortificados¹⁴⁹.

Tanto los requerimientos ofensivos como las necesidades defensivas debieron justificar la asignación de recursos (humanos y materiales) a tales obras de construcción y a la elaboración de tecnología con utilidad militar. De hecho, la seriedad del aspecto violento vinculado a tales dinámicas expansivas se constata, no sólo en las inscripciones iconográficas y en los testimonios de armas y restos humanos con lesiones del período, sino también en los indicadores del abandono o cambio poblacional repentino de sitios y regiones (Maadi, Tell el-Farkha, Tell el-Iswid, algo más tarde el Grupo A de la Baja Nubia) y de la destrucción de recintos (Tell el-Farkha)¹⁵⁰.

Pero la dinámica expansiva no cesa con la constitución del Estado dinástico, si bien adquiere otras características. Ciertamente, las embarcaciones durante las primeras tres dinastías tendrán un rol activo en el control interno y en el sostenimiento (y restablecimiento, hacia fines de la Dinastía II) de la dominación estatal a lo largo del valle y el delta del Nilo, y el establecimiento de un recinto fortificado en Elefantina pareciera cerrar una etapa expansiva mediante la defensa y demarcación del límite meridional del Estado. Sin embargo, como hemos visto anteriormente, las embarcaciones parecen haber sido utilizadas también para penetrar militarmente en la Baja Nubia (según se testimonia a comienzos de la Dinastía I e, incluso, durante la Dinastía II), haciendo del recinto amurallado de Elefantina menos un puesto estratégicamente defensivo que una puerta de acceso que pudo, a su vez, conectarse con cierta presencia más o menos regular en áreas como Naga Abu Shanak y Buhen¹⁵¹.

¹⁴⁹ Cf. *supra*, caps. 5.2.2., 5.2.3.

¹⁵⁰ Cf. *supra*, cap. 5.1.

¹⁵¹ Cf. *supra*, cap. 5.2.2.

Asimismo, el uso de caravanas de asnos, junto al empleo de embarcaciones realizadas con maderas resistentes como el cedro para la navegación marítima a lo largo de las costas del mar Rojo y el mar Mediterráneo, debió favorecer la obtención de recursos del sur de Palestina, el Sinaí y el Líbano mediante extracción, botín o intercambio allí donde no se estableció una dominación política sostenida¹⁵². Los indicios iconográficos, arqueológicos y escritos de violencia vinculada con tales regiones, debidamente considerados (recuérdese el asentamiento amurallado en Tel es-Sakan; las inscripciones iconográficas y textuales en etiquetas y otros objetos, así como en el Sinaí y en la Piedra de Palermo; la presencia de armas en asentamientos con presencia egipcia del sur de Palestina), sugieren el carácter en ocasiones coercitivo de dichas avanzadas. Títulos como el de “supervisor de la tierra extranjera”, “administrador de la tierra extranjera”, “inspector del desierto” y “administrador del distrito del desierto”, y referencias al “tributo/producto de la tierra extranjera” y “tributo/producto de *stt*”, así como los testimonios de una red de instalaciones de la realeza y de la construcción de torres *swnw* que pudieron servir al abastecimiento de grupos humanos movilizados, ilustran igualmente la dimensión expansiva, en un sentido extractivo (es decir, no orientado a la conquista pero sí a la realización de expediciones con fines –siquiera parcialmente– de extracción y según una concepción ideológica tendiente a la contención de las fuerzas de lo caótico), del Estado egipcio en su relación con las periferias y áreas fronterizas durante las primeras tres dinastías¹⁵³.

De este modo, podemos sintetizar lo considerado hasta aquí señalando que, así como en contextos no estatales (períodos Neolítico y comienzos del Predinástico) la guerra

¹⁵² Al respecto, cf. *infra* en este mismo apartado.

¹⁵³ Durante el Reino Antiguo, este tipo de relación entre avanzada estatal, violencia y extracción tendrá una expresión elocuente en epítetos como el de “quien trae los productos de las tierras extranjeras” (*inn(w) hr(yw)t m h3swt*) y “quien pone el terror que inspira Horus en las tierras extranjeras” (*dd(w) nrw hrw m h3swt*), detentados por funcionarios del Estado que debieron cumplir tareas en las regiones periféricas o fronterizas. Cf. Diego Espinel, 2015-2016.

parece contribuir a la conservación de pautas de organización comunal que se ven confirmadas mediante el antagonismo que se expresa a través de la violencia entre comunidades políticas autónomas, en contextos estatales (a partir de la fase Nagada IIc-d en el Alto Egipto y, desde la Dinastía I, a todo lo largo del valle y el delta del Nilo), la guerra se constituye en una de las caras visibles de la lógica expansiva y del principio de dominación y de control que son característicos del Estado¹⁵⁴. Tal como plantea Gilles Lipovetsky al recuperar algunos de los enunciados antropológicos de Clastres, con “el advenimiento del Estado, la guerra cambia radicalmente de función ya que de instrumento de equilibrio o de conservadurismo social que era en el orden primitivo, se convierte en un medio de conquista, de expansión o de captura”¹⁵⁵.

Por lo tanto, más allá de los elementos comunes que permiten hablar de un “hacer la guerra” tanto en contextos no estatales como en situaciones estatales en el valle del Nilo, la dimensión del poder permite identificar una diferencia radical entre una práctica que, inscrita en una lógica social de base parental, tiende a la dispersión y/o a la constitución de alianzas, y una misma práctica que, sostenida en un principio de dominación estatal, apunta a la expansión y al control fundado en última instancia en el monopolio de la violencia¹⁵⁶.

Una expresión material elocuente de esta ecuación la constituyen las paletas, mangos de cuchillo y cabezas de maza decoradas de fines de Nagada II y, especialmente, de Nagada IIIa-b y la Dinastía I que evocan, tipológicamente (cabeza de maza, mango de cuchillo) y/o iconográficamente (escenas de violencia bélica), la función guerrera de la realeza mediante la utilización, como vehículo de expresión, de artefactos que remiten a utilidades sociales que datan del período Neolítico: las paletas cosméticas para el

¹⁵⁴ Cf. Campagno y Gayubas, 2015, 39-41. Cf. también Campagno, 2006, 32-36.

¹⁵⁵ Lipovetsky, 1995 [1983], 184.

¹⁵⁶ Cf. Campagno y Gayubas, 2015; Gayubas, 2015b.

cuidado del cuerpo y los mangos de cuchillo y cabezas de maza para la actividad bélica. Así como el uso de la paleta cosmética (piénsese, por ejemplo, en la Paleta de Nármer) parece expresar la centralidad del cuerpo del rey, a cuya preservación –tanto en vida como tras la muerte– debía ponerse especial cuidado en tanto encarnaba el centro cósmico y político, las cabezas de maza y los mangos de cuchillo, así como los motivos iconográficos con escenas de violencia y dominación grabados sobre dichos artefactos, parecen evocar la apropiación simbólica por parte de la realeza de la función militar, lo cual no hace sino expresar la concentración estatal de la capacidad militar y del poder político¹⁵⁷. Por lo tanto, la continuidad en la existencia de prácticas bélicas no permanece ajena a una discontinuidad política fundamental que es la concentración de la fuerza por parte de un dispositivo estatal¹⁵⁸.

Esta consideración de lo político conduce necesariamente a pensar la relación de la guerra con los procesos de transformación social acaecidos en el valle del Nilo durante el IV milenio a.C., concretamente la emergencia de entidades de jefatura (Nagada I-IIb) y el surgimiento y expansión de lo estatal (Nagada IIc-d-IIIa-b).

Los motivos en vasos cerámicos de fines de la fase Nagada I que remiten a un contexto presumiblemente bélico y son contemporáneos de indicios arqueológicos de diferenciación social (especialmente en el registro funerario) que permiten caracterizar a los grupos humanos asentados en el Alto Egipto del período como sociedades de jefatura, sugieren una estrecha relación entre la práctica o el simbolismo de la guerra y las figuras de liderazgo¹⁵⁹. En ellos se destaca la figura de un personaje representado en mayor tamaño, con un tocado en la cabeza y cola postiza, ejerciendo –o a punto de ejercer– alguna clase de violencia sobre personajes de menor tamaño. La escena del

¹⁵⁷ Cf. *supra*, cap. 6.1. Cf. también Wengrow, 2007 [2006], 59-63, 256-260; Campagno, 2016a, 24.

¹⁵⁸ Cf. Campagno, 2002, 79-82.

¹⁵⁹ Cf. Gayubas, 2006, 63-65; 2015a, 12-14; 2016, 35-36. Cf. también *supra*, cap. 5.1, 5.2.1.

personaje de mayor tamaño sosteniendo un arma –probablemente una maza– recuerda el motivo faraónico del rey sometiendo a enemigos vencidos, y la representación de personajes sostenidos con lazos tiene también expresiones más tardías en relación con el atributo victorioso del rey¹⁶⁰. Por lo tanto, ya sea que represente un combate, una ejecución, un ritual posbélico o un sacrificio, la idea de subyugación del enemigo por parte de un personaje destacado resulta clara en los motivos predinásticos¹⁶¹.

En algunos de estos motivos, el personaje central presenta sus brazos en alto (vasos U-239, E3002 y UC15339), los cuales, de acuerdo con Hendrickx, Huyge y Wendrich, “deben ser considerados un símbolo de poder que alude a los cuernos de toro”¹⁶². Los atributos del toro, de hecho, formarán parte del simbolismo faraónico, y parecen haber estado asociados también al liderazgo predinástico, representando el aspecto bélico del jefe y, posteriormente, del rey¹⁶³. El empleo de la maza también tiene una significación de importancia. Como hemos ya señalado, la maza parece haber adquirido un valor simbólico como artefacto de prestigio durante el período Predinástico, probablemente hacia fines de la fase Nagada I y en estrecha vinculación con su utilidad como arma de guerra y ejecución, acaso como expresión del prestigio obtenido por líderes en el contexto de actividades de tipo bélico. Su uso como manifestación del aspecto guerrero del rey a partir de fines del período Predinástico y a lo largo de la época faraónica puede tener, pues, un antecedente en su empleo por los jefes de las fases Nagada I-IIb¹⁶⁴.

Por su parte, la cola postiza (probablemente de toro) portada por los personajes representados, recuerda su uso en tiempos faraónicos como atributo de autoridad del rey. Su vinculación con el ámbito de la cacería y con los atributos de fuerza, destreza y

¹⁶⁰ Cf. Köhler, 2002. Cf. también Hall, 1986.

¹⁶¹ Cf. Köhler, 2002, 503-504; Gilbert, 2004, 88-92.

¹⁶² Hendrickx, Huyge y Wendrich, 2010, 27. Cf. también Figs. 33-35.

¹⁶³ Cf. Hendrickx, 2002b, 298. Cf. también Wilkinson, 1999, 190-191. Sobre la condición del rey como guerrero victorioso, cf. Bonhême y Forgeau, 1988, 188-235.

¹⁶⁴ Cf. Hoffman, 1982, 145; Campagno, 2002, 154-155; Gilbert, 2004, 39; Gayubas, 2006, 63.

habilidad para la coordinación de acciones colectivas –características indispensables tanto de un líder guerrero como de un líder cazador– la conectan con la práctica bélica¹⁶⁵.

Así, el tipo de escena representada, el tamaño del personaje central, el atuendo y el empleo de lo que parece ser una maza, parecen apuntar a una figura de prestigio, acaso un líder o un jefe, asociado –siquiera simbólicamente– con la actividad bélica¹⁶⁶. Algunas escenas que vinculan a este tipo de personajes con el universo de la cacería también parecen apuntar en esta dirección, en la medida en que la figura del cazador tiende a destacar los aspectos vitales que son típicos de la actividad de un líder guerrero. Por lo tanto, contamos con testimonios que permiten asociar las figuras de liderazgo correspondientes al momento en que se infiere un tipo de organización social de jefatura con el ámbito de la guerra. La pregunta que surge a continuación puede formularse de la siguiente forma: ¿de qué modo pudo estar involucrada la guerra en el proceso de cambio social que habilitó la constitución de entidades de jefatura en el Alto Egipto?

Hemos señalado ya que en contextos no estatales la guerra tiende a la dispersión y, en tanto expresión extrema del antagonismo que es inherente al parentesco, contribuye a la autoafirmación de las comunidades mediante la actualización de la diferencia

¹⁶⁵ Cf. Cervelló Autuori, 1996, 73; Gayubas, 2006, 63. Sobre la relación entre la guerra y la cacería, cf. *supra*, cap. 6.2. Un testimonio que excede el área considerada pero resulta de interés lo constituye la tumba A35 de el-Omari (c. 4000 a.C.), en el Bajo Egipto, a la cual nos hemos referido en el capítulo precedente (cf. *supra*, cap. 5.3, nota 261). En ella se halló el cadáver de un individuo adulto masculino con una fractura hundida en el cráneo y con un bastón que parece haber sido un “indicador de distinción social” (Köhler, 2010a, 43) sostenido entre sus manos. La presumible implicación del individuo en la actividad bélica sugerida por la fractura en el cráneo parece tener relación con el atributo prestigioso supuesto por el bastón, cuyo carácter de insignia de liderazgo halla sustento no sólo en su similitud con el cetro *ames* que caracterizará a la realeza durante el período Dinástico, sino también en la existencia de un grabado rupestre hallado en wadi Gash que representa a un personaje ataviado con un tocado en la cabeza y un estuche fállico sosteniendo un bastón de similares características. Cf. Winkler, 1938, pl. xiii; Hoffman, 1979, 196; Trigger, 1985 [1983], 44; Hassan, 1988, 159-160; Debono y Mortensen, 1990, 67, pl. 28.1; Midant-Reynes, 2000 [1992], 122, 182-183; Campagno, 2002, 153; Wilkinson, 2003, 80; Gilbert, 2004, 76; Köhler, 2010b, 28, fig. 2.2F.

¹⁶⁶ Cf. Gayubas, 2006, 63-64; 2015a, 9-13; Hendrickx, Huyge y Wendrich, 2010, 27; Campagno, 2016, 16-19.

existente entre tramas parentales diferenciadas. Pero investigaciones realizadas en los ámbitos de la antropología y la arqueología advierten que la guerra también puede crear las condiciones para la emergencia de líderes y jerarquías en la medida en que los individuos “que tienen éxito en conducir y/o defender contra agresiones obtendrían acceso a roles más amplios”¹⁶⁷. En este sentido es que Gilbert señala que en el valle del Nilo, durante comienzos del período Predinástico, “un líder guerrero local pudo haber devenido ‘big man’” y ello pudo haber influido de algún modo en la configuración de liderazgos de jefatura¹⁶⁸.

Uno de los autores que han conectado teóricamente la guerra con la emergencia de sociedades de jefatura en el Alto Egipto ha sido el antropólogo Robert L. Carneiro. Según indicamos en otro capítulo, en un trabajo en colaboración con Bard presentó la conformación de jefaturas como un proceso evolutivo de conquista de tierras y agregación de aldeas determinado por un contexto de circunscripción ambiental y presión poblacional¹⁶⁹. En análisis más recientes el antropólogo recuperó la hipótesis de la circunscripción al considerar los procesos de cambio social en el Egipto predinástico, a pesar de que el carácter circunscripto del valle del Nilo del período ha sido discutido y tal hipótesis mayormente rechazada por los egiptólogos e historiadores¹⁷⁰. No obstante, lo que reviste interés de las reflexiones teóricas más actuales del autor en relación con los efectos “centrípetos” de la guerra es su cambio de énfasis de “la conquista militar sucesiva de una aldea tras otra” a “las acciones del líder militar *ad hoc* de una aldea que, actuando como la cabeza de una alianza, condujo repetida y exitosamente a un grupo de

¹⁶⁷ Neves, 2009, 163. Cf. Gayubas, 2015a, 14.

¹⁶⁸ Gilbert, 2004, 29. Cf. Campagno, 2002, 158; Gayubas, 2015c, 48.

¹⁶⁹ Cf. Carneiro, 1970; Bard y Carneiro, 1989. Cf. *supra*, cap. 2.1.

¹⁷⁰ Cf. Carneiro, 2012, 16, 22. Cf. también Bard, 1992, 16; Campagno, 2004a, 693; Hendrickx, 2014, 263; Gayubas, 2015a; 2016. Sobre las dificultades de postular un escenario de presión poblacional para estos períodos en el valle del Nilo, cf. Butzer, 1976, 84-85; Hoffman, 1979, 343. Cf. también Cardoso, 1990, 40; Kemp, 2006, 73. Cf. también *supra*, cap. 2.1.

aldeas en acciones militares contra sus enemigos”¹⁷¹. De acuerdo con Carneiro, aunque la autoridad de un líder guerrero y la conformación de ciertas alianzas entre aldeas habrían durado habitualmente “sólo durante el tiempo de guerra”, circunstancias específicas pudieron crear las condiciones para la permanencia o institucionalización de dicha forma de liderazgo y de los vínculos o agrupamientos así establecidos¹⁷².

En este punto, Carneiro parece seguir a Elsa Redmond quien, con base en un estudio comparativo de sociedades no estatales de Sudamérica, observa que “frente a la intensificación de la guerra, habrá una continua necesidad de movilizar partidas de guerra aliadas. Aquellos líderes guerreros destacados que han construido una amplia red de alianzas y obligaciones [a nivel] supra-aldea, que pueden movilizar grandes fuerzas de combate con poca antelación, estarán listos para posiciones de liderazgo permanente [...]. Su autoridad persistirá también en tiempos de paz”¹⁷³. Este punto es importante, pues, como señala Helbling, “la fuerza militar de un grupo [...] no sólo depende de su tamaño y de la determinación de sus guerreros sino también del número y la fiabilidad de sus aliados”. De este modo, “grupos locales tienen que formar alianzas contra enemigos comunes, y es la enemistad común hacia terceras partes que hace la cooperación (condicional) entre aliados a la vez posible y necesaria”¹⁷⁴. Así, en un contexto de intensificación e imprevisibilidad de episodios de violencia bélica, “el

¹⁷¹ Carneiro, 2012, 17.

¹⁷² Carneiro, 2012, 17.

¹⁷³ Redmond, 1994, 130. De acuerdo con Helbling (2006, 123), “un líder político distribuye bienes colectivos mediante la organización y coordinación de campañas de guerra y alianzas, así como contribuyendo más que otros miembros del grupo a banquetes de alianza y pagos de compensación. Por su superior contribución al éxito militar del grupo, le es otorgado un alto estatus y una buena reputación, siempre y cuando distribuya”. El aspecto bélico, por lo tanto, mantiene su importancia aún en circunstancias en las que la diferenciación social supone el desempeño de distintas funciones por parte de los jefes (y no sólo una función estrictamente militar). Cf. Angelbeck, 2009, 58-65; Carneiro, 2012, 18.

¹⁷⁴ Helbling, 1999, 110. Cf. Clastres, 1996 [1980], 206-209.

agrupamiento temporario de aldeas aliadas bajo la autoridad de [...] un líder guerrero se tornaría permanente e institucionalizado”¹⁷⁵.

Estas observaciones son de interés si se considera la situación del valle del Nilo a partir del VI-V milenios a.C., en que la intensificación del proceso de aridización que paulatinamente fue convirtiendo a las sabanas circundantes en lo que son actualmente los desiertos oriental y occidental de Egipto, parece haber motivado el traslado de población cazadora-recolectora y ganadera de las sabanas hacia el valle, las cuales habrían entrado en contacto entre sí y con las poblaciones presumiblemente cazadoras-recolectoras y pescadoras del valle¹⁷⁶. El testimonio hacia este período de restos humanos con lesiones, las primeras mazas de guerra y posibles patrones defensivos de asentamiento permite sugerir el carácter conflictivo de estos contactos¹⁷⁷. Tal escenario resulta compatible con la idea de una intensificación e imprevisibilidad de episodios de violencia bélica que pudo erigir liderazgos asociados a la guerra y que pudo incidir, en el contexto de sedentarización y concentración poblacional subsiguiente, en la conformación de redes de alianzas y obligaciones estables coordinadas por figuras de autoridad vinculadas de un modo u otro con el ámbito bélico¹⁷⁸. De este modo, las representaciones de líderes en escenas de violencia que, según hemos señalado, permiten vincular la jerarquización sociopolítica de comienzos del período Predinástico con la guerra, sumadas al testimonio del uso incipiente de murallas que, de acuerdo con Midant-Reynes, apuntan a la existencia de una “mentalidad defensiva” y de una

¹⁷⁵ Redmond, 1994, 130. Cf. Ferguson, 1999, 416-417, 425; Clastres, 2008 [1974], 181; Gayubas, 2015d, 51. En un sentido similar, Bossen (2006, 98) sostiene que un proceso de emergencia de jerarquías sociopolíticas relacionado con el ámbito bélico puede tener lugar “en circunstancias en que una sociedad está bajo amenaza constante de ser aniquilada”.

¹⁷⁶ Cf. Hassan, 1988, 144; Bard, 1994, 24-25; Moreno García, 2008b, 191; Bàrta y Frouz, 2010, 15; Hendrickx y Huyge, 2014, 243-244. Sobre las conexiones entre los desiertos circundantes y el valle del Nilo, cf. Cervelló Autuori, 1996, 80-92; Le Quellec, Flers y Flers, 2005; Wengrow, 2007 [2006], 33-37, 43; Moreno García, 2008b; Bàrta y Frouz, 2010; Bàrta, 2014.

¹⁷⁷ Cf. Gayubas, 2014, 156; 2015a, 16; 2015c, 48-49; 2016, 37-38. Cf. también *supra*, cap. 5.

¹⁷⁸ Cf. Gayubas, 2015a. Cf. también Ferguson, 1999, 416-417, 425.

tendencia al agrupamiento de poblaciones desde al menos Nagada I, constituyen un indicador solidario con la imagen de unos jefes cuyo prestigio se habría sostenido, no sólo en el éxito militar, sino también en la coordinación de alianzas, la movilización de seguidores y la administración de recursos¹⁷⁹.

Respecto a la movilización de seguidores, Carneiro sostiene que, en circunstancias como las señaladas, “un grupo cerrado de formidables guerreros pudo devenir ‘personalmente leal’ al líder, de este modo contribuyendo a su encumbramiento como ‘jefe *permanente*’”¹⁸⁰. Este punto es de interés, dado que permite pensar la existencia de relaciones de dependencia personal no parental en torno a esta clase de figuras de liderazgo.

La constitución de lazos de subordinación o fidelidad personal en el valle del Nilo predinástico puede ser pensada a partir de una serie de testimonios arqueológicos que datan de las fases de constitución de sociedades de jefatura en el Alto Egipto. En el cementerio de élite HK6 de Hieracómpolis fueron halladas dos tumbas de las fases Nagada Ic-IIa (tumba 16) y Nagada IIa-b (tumba 72) que, por su tamaño, disposición y ajuar, parecen haber pertenecido a personajes prestigiosos, y que cuentan con la particularidad de estar rodeadas por sepulcros menores que se asemejan a las tumbas subsidiarias que yacen en torno a algunos enterramientos y palacios funerarios reales de

¹⁷⁹ Cf. Gayubas, 2016. Cf. también Midant-Reynes, 2000 [1992], 202. De acuerdo con Carneiro, un análisis basado en testimonios etnográficos permite considerar que si “la persona que condujo repetida y exitosamente a aldeas aliadas en la guerra no era exactamente un jefe guerrero especialmente designado, sino que era el jefe de aldea regular, elevado en tiempo de guerra a la posición de comandante militar de una alianza de aldeas, aumentando sus poderes en consecuencia, el escenario esbozado [...] aun se mantendría” (Carneiro, 2012, 18). Ello permitiría comprender que, aun allí donde ciertos liderazgos no estuvieran conectados de un modo directo con la actividad bélica –pero sí con la posibilidad de su realización–, el modo de simbolizarlos recurriría a la imaginería asociada a la guerra –y, como se puede pensar en el valle del Nilo, también al universo de la cacería como práctica con un fuerte simbolismo bélico.

¹⁸⁰ Carneiro, 2012, 18. Algo de esto parece haber sido advertido por Clastres (1996 [1980], 237) en su abordaje teórico de sociedades del registro etnográfico, al observar la existencia de sociedades con grupos especializados de guerreros que disponían de un “casi-monopolio de la capacidad militar de la sociedad, de algún modo el monopolio de la violencia organizada”. Cf. Campagno y Gayubas, 2015, 17-18.

la Dinastía I¹⁸¹. En torno a la tumba 16 se constató el enterramiento de 39 individuos distribuidos en 14 tumbas y en torno a la tumba 72 se documentó la presencia de alrededor de 20 individuos¹⁸².

Este tipo de práctica que, siguiendo las reflexiones teóricas de Testart, podemos caracterizar como “acompañamiento funerario” (el entierro simultáneo de miembros del entorno inmediato del individuo central con el objetivo de que siguieran sirviéndolo en el más allá), permite pensar en la existencia de personajes destacados –presumiblemente jefes– que habrían mantenido vínculos de tipo personal con un grupo de servidores y/o un séquito, al menos desde fines de la fase Nagada I¹⁸³. Si bien los lazos personales no excluyen la posibilidad de relaciones de parentesco, tanto en contextos de jefatura como estatales (como puede pensarse a partir de los testimonios de mujeres de la corte, quizás esposas reales, enterradas junto a tumbas reales de la Dinastía I), la figura de un séquito que expresaría una dependencia personal basada en la fidelidad (también sugerida por los enterramientos de la Dinastía I) permite pensar en relaciones de patronazgo que, por lo tanto, pudieron estar operativas en los contextos de jefatura representados por las tumbas 16 y 72¹⁸⁴.

La relación del acompañamiento funerario con el aspecto ideológico del liderazgo durante el período Predinástico tiene algún punto de comparación con los testimonios etnográficos de ciertas realezas sagradas africanas en las cuales el jefe, personaje cósmicamente central, se abstrae por su condición sagrada de las relaciones de parentesco de su clan y, por lo tanto, no se ve constreñido por las normas que regulan a

¹⁸¹ Cf. Friedman, 2011, 39; Hierakonpolis Expedition, [2017]. Cf. también Figs. 14-16.

¹⁸² Cf. Hierakonpolis Expedition, [2017].

¹⁸³ Cf. Testart, 2004; 2005; Schwartz, 2012, 6. Cf. también Cervelló Autuori, 1996, 158-159.

¹⁸⁴ Sobre las tumbas subsidiarias de la Dinastía I, cf. Emery, 1961, 66-68; Trigger, 1985 [1983], 76; Bard, 2000, 72; E. F. Morris, 2007; 2014; Van Dijk, 2007, 136-144; Cervelló Autuori, 2009a, 110; Engel, 2013, 21. Sobre el patronazgo como modo de existencia social y política en contextos antiguos, cf., entre otros, Campagno, 2009, 348-351; 2014d; 2016b; en prensa; Pfoh, 2009a, 135-137; 2009b. Cf. también Figs. 9-11.

la comunidad, pudiendo entre otros privilegios disponer de cautivos de guerra o de forasteros que pasan a conformar una suerte de séquito personal¹⁸⁵. Dada la relación constante que se verifica a lo largo de la historia del antiguo Egipto entre el ámbito político y el ámbito del cosmos, entre los aspectos militar y religioso del rey, la aparición hacia las fases Nagada I-IIa-b de un liderazgo de índole militar, o bien asociado de un modo u otro con la práctica o la simbolización de la violencia, parece compatible con la conformación de un grupo de dependientes o seguidores del jefe prestigioso o sagrado que pudo dar origen a la aparición de un tipo de subordinación personal sustraída de la lógica del parentesco¹⁸⁶. Tal como advierte Campagno, así como la relación del séquito con el líder no “habría sido a través de lazos de parentesco sino mediante lazos de dependencia directa, compatibles con aquellos de las prácticas de patronazgo”, a la vez dichos séquitos “pudieron de hecho ejercer coerción sobre la sociedad, dado que sus miembros no estaban ligados a ésta a través de la lógica del parentesco”¹⁸⁷. Esta circunstancia, que pudo no sólo cimentar posiciones de prestigio (jefes) sino también configurar escenarios o condiciones de posibilidad para la existencia de relaciones políticas basadas en la coerción (Estado), conducen a la segunda clase de transformación sociopolítica que nos interesa.

Los indicadores de expansión política y urbanismo que pueden rastrearse al menos a partir de la fase Nagada IIc-d en el valle del Nilo, se conectan con testimonios de violencia bélica y coerción sobre población subordinada que apuntan fuertemente hacia una vinculación entre la práctica de la guerra y el surgimiento y expansión de dinámicas

¹⁸⁵ Cf. Adler, 2007 [1987], 171; Heusch, 2007 [1987], 113; Campagno, 2011a, 60-65; 2014d, 16.

¹⁸⁶ Cf. Campagno, 2014d, 14-19.

¹⁸⁷ Campagno, 2014d, 17. La inferencia de pautas urbanas en Hieracómpolis desde al menos Nagada II permite pensar también en la existencia de luchas faccionales y lazos de patronazgo constituidos o reproducidos en contextos de concentración poblacional de grupos sociales de distintos orígenes, no articulados recíprocamente por lazos parentales (cf. Campagno, 2011a, 65-67; 2014d, 14-19). La posibilidad de pensar en conflictos faccionales hacia estos períodos la refuerza el tipo de daño (al parecer deliberado) sufrido por el cadáver del personaje enterrado en la tumba 72, así como el hecho de que la estructura de dicha tumba parece haber sido tempranamente incendiada.

estatales, aun cuando otras condiciones pudieran tener una importancia no menor a la hora de considerar dicha irrupción histórica¹⁸⁸. Lo característico de las guerras de este período es que no se limitan al ataque y la inmediata retirada y/o a la conformación de alianzas más o menos estables, sino que derivan en la conquista territorial. Por lo tanto, se trata de un tipo de guerra que supone un efecto de radical novedad, esto es, la transformación de la relación circunstancial de vencedores-vencidos en una relación permanente de dominadores-dominados. En palabras de Campagno, quien ha tratado *in extenso* este problema en lo que respecta al valle del Nilo, las guerras de conquista entre comunidades “constituyen un tipo de conflictos que involucra la decisión, por parte de los vencedores, de apropiarse del territorio y recursos de los vencidos. Y esa decisión – allí donde no desemboca en la expulsión total de los derrotados– impone la necesidad de un lazo permanente entre sociedades anteriormente desvinculadas, que se expresa en términos de dominación. En una situación tal, el monopolio de la coerción resultaría una consecuencia directa de la conflagración bélica [...]. En efecto, en la medida en que los vencidos serían no-parientes respecto de los vencedores, el nuevo lazo permanente entre unos y otros no tendría por qué regirse por la lógica parental que organiza la trama social de cada comunidad”¹⁸⁹.

En el Alto Egipto, el surgimiento de lo estatal se suele datar hacia la fase Nagada IIc-d, en el marco de la cual los indicios arqueológicos e iconográficos de guerra y de violencia parecen articularse con pautas de urbanismo, diferenciación social, simbolismo regio y expansión de cultura material y prácticas funerarias a lo largo del valle, en cierto modo inaugurando el proceso de expansión política que concluiría “unificando” el valle y el delta del Nilo. En este contexto, la relevancia del flujo de

¹⁸⁸ Cf. Campagno, 2002; 2011a.

¹⁸⁹ Campagno, 2011a, 52-53. Sobre el problema del surgimiento del Estado y su relación con el conflicto bélico, cf. Campagno, 2002; 2011a.

bienes de prestigio documentada desde las fases anteriores (centrales para el sostenimiento de la posición de los jefes y las élites en tanto marcadores de distinción social) ha conducido a algunos autores a vincular estas guerras de conquista con un conflicto entre las élites por el acceso tanto a las vías de intercambio de bienes y materias primas de regiones lejanas como a yacimientos minerales ubicados en los desiertos¹⁹⁰. En un escenario tal, la guerra de conquista establecería una ruptura radical con el orden sociopolítico previamente existente, basado estrictamente en la lógica del parentesco, al habilitar relaciones políticas de mando-obediencia sostenidas en el tiempo y fundadas en el monopolio de la coerción. Este cambio sociopolítico repercutiría a su vez en las formas de hacer la guerra o de emplear la fuerza militar: en adelante, la conquista y la dominación constituirían respectivamente el fundamento de la construcción del Estado dual egipcio y la garantía última de reproducción del orden sociopolítico estatal. En efecto, la expansión política que definió los límites del Estado debió ser conducida o, como mínimo, acompañada por el despliegue de la fuerza, y la práctica de la tributación que garantizaría la concentración de recursos materiales y humanos para la organización económica, política y militar del Estado, se debió sostener a su vez en la apropiación por parte de la élite estatal de la capacidad militar. Ello debió poner en juego cierto acoplamiento de prácticas sociales, toda vez que, según sugieren algunos títulos de funcionarios de comienzos de la época dinástica (especialmente las formas “conocido del rey” y “seguidor del rey” que acompañan a funciones bélicas y de gestión fronteriza), la supervisión de actividades bélicas debió ser encomendada a funcionarios vinculados mediante lazos de subordinación personal con el rey, circunstancia que recuerda la presumible conformación de séquitos en torno a

¹⁹⁰ Cf. Hoffman, 1979, 343; Trigger, 1985 [1983], 61, 72; Pérez Largacha, 1996; Campagno, 2002, 168-169; 2004a, 694-700; 2011a, 54. Sobre la llamada “economía de bienes de prestigio”, cf. Wengrow, 2007 [2006], 97-100.

figuras de autoridad implicadas en el ámbito bélico durante comienzos del período Predinástico¹⁹¹.

La guerra estatal tiene, pues, un carácter expansivo consecuente con la propia dinámica política en la cual se enmarca. Sin embargo, la dimensión conquistadora del Estado egipcio encuentra un límite hacia comienzos de la Dinastía I, cuando se consolidan unos límites territoriales que pasarán a definir lo que se conocerá como las Dos Tierras. Como hemos visto en el capítulo 2, los motivos detrás del establecimiento de tales límites no son claros. Sin embargo, si se atiende a dos tipos de factores que, de acuerdo con Keegan, estarían operativos en todo proceder político asentado en el uso de la fuerza y que pueden ser caracterizados como permanentes (por ejemplo, el terreno o la geografía) y contingentes (por ejemplo, las capacidades de abastecimiento, equipamiento y movilidad), se puede advertir cierta confluencia de condiciones que pudo imponer límites territoriales a la capacidad política y militar del Estado dual egipcio¹⁹².

Según hemos indicado ya, el río Nilo era la vía privilegiada de movilidad y transporte durante el período y funcionaba asimismo como línea de abastecimiento, facilitando la expansión política y el control territorial. Entre otros testimonios que hemos considerado en relación con esta cuestión, las inscripciones rupestres de Nag el-Hamdulab de la Dinastía 0 resultan de interés pues identifican, por un lado, el empleo de embarcaciones tanto para lo que parecen ser rituales de victoria regia como para lo que se ha interpretado como “seguimiento náutico” (esto es, un presumible antecedente del ritual de “seguir a Horus” vinculado a la recolección de tributo), y por el otro, el

¹⁹¹ Cf. *supra*, cap. 5.3. Las tumbas subsidiarias en torno a enterramientos reales de la Dinastía I, si bien exceden identificaciones en clave de la administración del ámbito militar, permiten inferir la existencia de vínculos de subordinación personal (posiblemente séquitos del rey) asimilables a la figura del patronazgo. Sobre el acoplamiento de lógicas de articulación social, cf. Campagno, 2009; 2013c; 2014d.

¹⁹² Cf. Keegan, 2014 [1993], 95.

ejercicio de la violencia en clave militar en la forma de unos individuos armados con arcos y flechas junto a un personaje que parece ser un prisionero. Estas inscripciones halladas en la región de Aswan y correspondientes a la fase de expansión política de las dinámicas estatales emergidas en el Alto Egipto parecen evocar prácticas que conectan la guerra y la dominación o, dicho de otro modo, que garantizan la obtención compulsiva de tributo mediante el empleo de la fuerza militar.

La centralidad de la tecnología náutica en relación con esta doble dimensión de la violencia estatal (guerra-expansión y coerción-dominación) parece explicar o, como mínimo, ofrecer una vía para pensar la (también doble) limitación impuesta a la capacidad política y militar del Estado por parte de un factor permanente (la geografía) y un factor contingente (las posibilidades logísticas). Si bien testimonios analizados anteriormente sugieren que hubo avanzadas militares, en ocasiones con alguna clase de presencia más o menos regular, en áreas de la Baja Nubia y del sur de Palestina hacia fines del período Predinástico y durante el período Dinástico Temprano, lo que se infiere a partir de la Dinastía I no solamente es una concepción ideológica en torno a la identificación del delta y el valle del Nilo como las Dos Tierras gobernadas por el rey-dios (y, por oposición, de las regiones circundantes como el ámbito de lo caótico) sino también una organización política y territorial cuyos límites parecen –siquiera difusamente– definidos¹⁹³. Y tales límites coinciden, a grandes rasgos, con los límites u obstáculos impuestos a la navegación fluvial por la primera catarata en el sur y la desembocadura del delta en el mar Mediterráneo. En efecto, la primera catarata del Nilo dificulta (si bien no imposibilita) el transporte y, por lo tanto, supone un obstáculo a la comunicación fluida que debía garantizar el sostenimiento continuo de una dominación política a gran escala que, por tal motivo, debió detenerse en la zona en la que sería

¹⁹³ Cf. Wengrow, 2007 [2006], 181.

establecido el asentamiento fortificado de Elefantina a comienzos de la Dinastía I. Por su parte, el acceso al Sinaí y al sur de Palestina involucraba también dificultades derivadas del alejamiento respecto del curso del Nilo, y si bien el tránsito vía caravanas con asnos, articulado con el establecimiento de asentamientos egipcios del tipo documentado hacia comienzos de la Dinastía I en el sur de Palestina, permitiría superar dichas dificultades, lo cierto es que el abastecimiento y equipamiento de grupos humanos movilizadas en largas marchas, sumado a la necesaria alimentación de animales de carga a lo largo del recorrido, pudieron imponer unas limitaciones logísticas de importancia¹⁹⁴. Ello no impedía la realización de expediciones, tal como hemos señalado también para el recorrido a través de los wadis del desierto, ni la presencia más o menos regular de contingentes egipcios en algunos sitios y períodos determinados, pero marcaba una nítida diferencia con las facilidades ofrecidas por el río Nilo. Incluso la navegación bordeando las costas del mar Rojo (que, en cualquier caso, requería atravesar el desierto oriental) y del mar Mediterráneo (sugerida a partir de los indicios de contactos con Biblos hacia fines de la Dinastía II) distaba de equipararse al tránsito por río que unía los distintos puntos habitados entre la primera catarata y la región del delta¹⁹⁵. Por lo tanto, el tramo del Nilo que conectaba la primera catarata con el mar Mediterráneo, en tanto vía de transporte y comunicación y línea de abastecimiento, debió determinar no sólo la dirección del accionar bélico en las fases de

¹⁹⁴ Tal como señala Charles Tilly (1985, 178), incluso en lo que respecta a las sociedades modernas y contemporáneas el transporte terrestre era mucho más costoso que el transporte por agua al menos hasta fines del siglo XIX. Sobre los alcances y limitaciones del transporte terrestre, especialmente en Egipto y el Cercano Oriente antiguos, cf. Mann, 1986, 136-137; 1992 [1988], 22-23; Bossen, 2006, 93; Keegan, 2014 [1993], 405-424. Al respecto, añade Keegan (2014 [1993], 260) que “los ejércitos avituallados a partir de excedentes agrícolas, y con radio de acción limitado por la velocidad y la resistencia de la marcha a pie, no podían emprender campañas de conquista sin freno”.

¹⁹⁵ Cf. Wengrow, 2007 [2006], 183-186.

expansión estatal (que, de todos modos, parece haberlo excedido), sino especialmente el alcance de la dominación política sostenida (que parece haberse circunscrito a él)¹⁹⁶.

Este proceso fue en ocasiones vinculado a una identificación ya sea étnica o religiosa relativa al espacio del Alto y el Bajo Egipto que precedería y explicaría el límite a la expansión y la conformación de los límites del Estado dinástico¹⁹⁷. Si bien la existencia de una creciente y relativa uniformidad de pautas culturales (cultura material, formas de enterramiento y simbolización) a lo largo del valle y el delta del Nilo hacia la fase Nagada II parece contribuir a una lectura en dicha clave, lo cierto es que tales pautas no parecen sustraerse a la dirección y alcance de las dinámicas estatales que emergieron en el Alto Egipto hacia tal fase y que finalmente constituyeron una dominación política ampliada en lo que pasaría a conceptualizarse como las Dos Tierras. En efecto, si se adopta una interpretación tal, resta por explicar por qué las pautas de homogeneización de cultura material y prácticas o creencias sociales y religiosas hallaron aquellos límites que (a grandes rasgos) clausuraron la posterior expansión política.

De acuerdo con Wengrow, el impacto social del empleo de embarcaciones con remos que, vinculado a la economía agrícola-ganadera, debió incidir en los ritmos de vida, creencias y otros aspectos de las sociedades del valle del Nilo a partir de fines de Nagada I y comienzos de Nagada II, debió hallar su límite meridional en la primera catarata, configurándose una disparidad “cultural” que gradualmente diferenciaría a las poblaciones que habitaban entre la primera catarata y la costa mediterránea de otros grupos humanos que habitarían, por ejemplo, la Baja Nubia¹⁹⁸. De este modo, si hubo una identificación ideológica y social o una cierta homogeneidad de pautas culturales (aunque no, hasta donde podemos inferir, una completa uniformidad cultural o étnica)

¹⁹⁶ Cf. Hassan, 1997a, 16; Andelković, 2011, 29-31; Keegan, 2014 [1993], 407.

¹⁹⁷ Cf. *supra*, cap. 2.2.

¹⁹⁸ Cf. Wengrow, 2001, 97; 2007 [2006], 50. Cf. también Redford, 1992, 14-15; Roy, 2011, 312; Vinson, 2013, 3.

que antecedió a la delimitación política del Estado dinástico, ella parece haberse debido, en todo caso, a las mismas limitaciones topográficas que condicionaron la posterior expansión política y militar que, a su vez, cimentó la simbolización de las Dos Tierras como la “totalidad del mundo” por oposición a las regiones habitadas por las (así concebidas) “peligrosas fuerzas que amenazan a la sociedad”¹⁹⁹.

Como hemos señalado anteriormente, con la constitución del Estado dinástico el carácter expansivo de la actividad bélica estatal no desaparece sino, antes bien, se transforma. Las limitaciones logísticas debieron circunscribir la dominación sostenida en el territorio conceptualizado como las Dos Tierras, pero habilitaron la realización de incursiones y expediciones que dieron a la dinámica expansiva estatal una forma ya no orientada a la conquista sino más bien a la extracción y al hostigamiento. Esta forma extractiva del Estado dinástico es testimoniada por algunos de los indicadores que ya hemos considerado, como la construcción de un recinto fortificado en Elefantina, como puerta de acceso a la Baja Nubia, y los indicios de incursiones sobre la región habitada por el Grupo A (Dinastía I) y de alguna presencia más o menos regular en torno a Naga Abu Shanak y Buhen (Dinastía II), así como por el asentamiento amurallado en Tel es-Sakan y el hallazgo de armas en asentamientos con presencia egipcia en el sur de Palestina (Nagada IIIa-b-comienzos de la Dinastía I), todo ello evaluado a la luz de testimonios iconográficos y escritos que proponen una lectura en clave coercitiva de la relación entre el Estado dual y sus periferias²⁰⁰. Tampoco escapan a esta forma

¹⁹⁹ Wengrow, 2007 [2006], 258-259. Cf. Campagno, 2002, 220. El carácter parcial de la homogeneidad de pautas culturales (tanto en un sentido regional como relativo a distintos sectores sociales), y su estrecha relación con las dinámicas políticas, es ilustrado por el hecho de que la orientación de las tumbas en el cementerio de Helwan (en el norte) se asocia a la connotación mortuoria del oeste recién hacia la Dinastía II, en el contexto en el que la realeza pasa a tener sus tumbas en Saqqara, quizás de este modo “influyendo en el paisaje religioso de la región” (Das Helwan Project, [2017], 14). Cf. Köhler, 2012.

²⁰⁰ La existencia de una organización en torno a dicho aspecto extractivo queda evidenciada también por la existencia de funcionarios en ámbitos periféricos o fronterizos con títulos como “supervisor de la tierra extranjera”, “administrador de la tierra extranjera”, “inspector del desierto” y “administrador del distrito

extractiva las expediciones testimoniadas en el Sinaí (de especial visibilidad en las escenas de sometimiento del enemigo de las dinastías I y III) y los vínculos menos conflictivos asociados a la obtención de recursos materiales según una simbolización que conectaba ideológicamente el flujo de bienes hacia la residencia real con los requerimientos del centro cósmico representado por el rey-dios. Esto último sugiere que la inclinación hacia el uso de la violencia se enmarcaba en las capacidades (y hallaba un límite en las dificultades) logísticas del Estado, pero se sostenía en todo momento en una concepción simbólica (o “mapa ideológico”) que ofrecía una conceptualización del cosmos según una dicotomía entre el orden cósmico y el ámbito de lo caótico.

Tal consideración no resulta incompatible con la simbolización faraónica en torno a dos clases de frontera o límite: por un lado, cósmica (*ḏr*), y por el otro, político-territorial (*t3š*)²⁰¹. Mientras que la primera identifica los límites del orden inamovible de la creación, la segunda remite a las delimitaciones políticas que serían potencialmente extensibles, y ambas configuran una percepción basada menos en la fijación territorial que en el carácter potencialmente expansivo de la dominación política del Estado dual o, en los términos de la situación estudiada, de la fuerza ordenadora del rey-dios que es quien garantiza y pone en acto el orden cósmico (entre otras cosas, venciendo militarmente, conquistando o extrayendo recursos materiales y humanos de las regiones y poblaciones periféricas)²⁰².

De un modo igualmente interesante, Hornung reconoce cierta flexibilidad en el empleo del término *t3š* para definir límites sociales (por ejemplo, entre niños y adultos)²⁰³, lo cual permite sugerir, desde una mirada analítica, una tercera frontera o

del desierto”, y por las referencias a la obtención de “tributo/producto de la tierra extranjera/de *stʿ*”. Cf. *supra*, cap. 5.3.

²⁰¹ Cf. Hornung, 1980; Quirke, 1989; Diego Espinel, 1998; Campagno, 2005, 149-150; Török, 2009, 7-8.

²⁰² Cf. Vernus, 2011.

²⁰³ Cf. Hornung, 1980.

límite constitutivo de la sociedad egipcia del período que sería el que separa a la élite estatal de la población subordinada. En efecto, el carácter de esta última de receptora (real y/o potencial) de la violencia regia la aproxima o asimila, como ya hemos visto, a las poblaciones no egipcias que habitaban más allá del territorio dominado por el rey-dios, es decir, en el ámbito de lo caótico, y que serían por definición potencialmente rebeldes. En algún sentido, si el objetivo inmediato de la guerra consiste en someter la voluntad del enemigo, el empleo de combatientes obtenidos mediante tributación por parte del Estado egipcio, pero también toda forma de dominación sostenida en la violencia o su amenaza, implica un sometimiento de la población subordinada a la voluntad del rey-dios y, por lo tanto, un movimiento expansivo por el cual la élite estatal se inmiscuye en la vida social de las comunidades. En última instancia, aquellos que no se subordinan, dentro o fuera del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras, son conceptualizados como rebeldes y devienen receptores de la violencia ordenadora del rey²⁰⁴.

Esto nos permite sintetizar, pues, que el Estado egipcio conservó una dimensión expansiva aun cuando estableció unos límites territoriales más o menos definidos, y que dicha dimensión expansiva-extractiva halló expresión en las incursiones más o menos regulares que, según sugieren los testimonios abordados, se condujeron a lo largo del período abarcado por las primeras tres dinastías, incluso en las fases de conflicto interno que parecen haber caracterizado a parte de la Dinastía II. Sobre este último punto, resta una reflexión final que servirá, a su vez, para dar cierre al presente capítulo.

²⁰⁴ Resultan ilustrativas al respecto las reflexiones de David Graeber (2011, 55) en un reciente estudio sobre la soberanía (en el sentido de autoridad suprema) entre los *shilluk* del sur de Sudán: “Como descubrieron aquellos viajeros europeos cuando los reyes nilóticos les pidieron que condujeran *raides* o lanzaran disparos aleatorios sobre ‘aldeas enemigas’ que en realidad resultaron ser habitadas por los mismos súbditos del rey, no hay una diferencia fundamental en la relación entre un soberano y su pueblo, y entre un soberano y sus enemigos. Dentro y fuera están ambas constituidas a través de –como mínimo– la posibilidad de la violencia indiscriminada”. Cf. Gayubas, 2015d, 52-53.

Hemos mencionado ya los elementos que sugieren alguna clase de disrupción y/o rivalidad entre élites radicadas respectivamente en el Alto y el Bajo Egipto durante la Dinastía II. Un primer indicio lo constituyen el nombre de Horus del primer rey de la dinastía, Hetepsejemuy (“Los dos poderosos están en paz”, en alusión a los dioses Horus y Seth, identificados con el Bajo y el Alto Egipto), y el cambio del lugar de enterramiento real de Abidos (donde eran enterrados los reyes de la Dinastía I) a Saqqara. Estos testimonios, que podrían expresar una situación de conflicto hacia comienzos de la Dinastía II, parecen anticipar aquello que se infiere hacia fines de la dinastía: las tumbas de los reyes Peribsen (a quien se suele identificar con Sejemib) y Jasejemuy (a quien se identifica con Jasejem) no se ubicarán en Saqqara, en el norte, sino en Abidos, en el sur, y sus nombres reales parecen acusar cambios significativos: Horus Sejemib (que, dicho sea de paso, ha sido traducido como “De corazón poderoso” o “De corazón violento”), deviene Seth Peribsen (quizás una reivindicación regional asociada al sur), y Horus Jasejem (“El poderoso se manifiesta”) deviene Horus y Seth Jasejemuy (“Los dos poderosos se manifiestan”, una de cuyas formas recuerda el nombre del primer rey de la dinastía, al añadir “los Dos Señores están en paz en él”)²⁰⁵.

Lo que interesa aquí, en todo caso, es que estos indicios, que parecen demarcar identificaciones asociadas respectivamente al sur y al norte del territorio contenido entre la primera catarata y el mar Mediterráneo, sugieren a su vez una dinámica de conflicto interno. Y esta dinámica, evaluada a la luz de los componentes que constituyen la práctica de la guerra, tiene características que podemos asociar al orden de lo bélico. Para sintetizar, dichos testimonios ofrecen cierta información sobre, en primer lugar, el ejercicio de la violencia: la destrucción de dos localidades de nombre Shem-Ra y Ha que pudieron situarse en el delta, referida en una entrada del reinado de Ninecher en la

²⁰⁵ Cf. *supra*, cap. 6.1.

Piedra de Palermo, y representaciones de personajes muertos o derrotados, identificados como “enemigos del norte”, en las bases de dos estatuas del rey Jasejem. En segundo lugar, se documenta el empleo de tecnología que pudo estar orientada al ámbito militar: concretamente, vestigios arqueológicos de armas, indicios del empleo de embarcaciones, por ejemplo en relación con la práctica coercitiva de “seguir a Horus” que consta en la Piedra de Palermo para los reinados de Ninecher y Jasejemuy, pero también en la alusión a un astillero en un sello de fines de la dinastía, y testimonios de una arquitectura militar en estructuras funerarias y culturales émulas de fortificaciones, especialmente un recinto de Jasejemuy en Hieracómpolis que evidencia una “capacidad para edificar grandes complejos defensivos”²⁰⁶. Por último, se testimonia la existencia de una organización que debió garantizar, a la vez, la realización de expediciones hacia las periferias (presencia arqueológica en Naga Abu Shanak y en Buhen y motivo del sometimiento de un prisionero nubio en el fragmento de una estela del rey Jasejem) y el sostenimiento de funcionarios y la obtención de tributo en ámbitos periféricos o de frontera (inscripciones incluidas en improntas de sellos de los reinados de Sejemib/Peribsen y de Jasejemuy). Esto último sugiere la disposición de una organización militar congruente con los requerimientos para el desenvolvimiento y la consecuente resolución bélica del presumible conflicto entablado en el territorio conceptualizado como las Dos Tierras. Dicha resolución bélica es evocada, finalmente, por la representación, en vasos decorados del reinado de Jasejem/uy, de la Unión de las Dos Tierras (*sm3 t3wy*) junto al “año de combatir al enemigo del norte” y al término “rebelde” (*bš*) encerrado en un círculo sostenido por la garra de la diosa Nejbet, identificada, al igual que el halcón que corona el *serej* del rey, con el Alto Egipto²⁰⁷.

²⁰⁶ Martínez Babón, 2007, 20. Cf. Wilkinson, 1999, 93; Gilbert, 2004, 106-107.

²⁰⁷ Cf. *supra*, cap. 6.1. Cf. también Fig. 71.

Con la resolución o “reunificación” testimoniada a fines de la Dinastía II, se consolida un tipo de dominación estatal centralizada que será característica de la Dinastía III y que perdurará durante la mayor parte del Reino Antiguo. La dimensión extractiva estará fuertemente presente en relación, por un lado, con la obtención de recursos orientados a la manufactura de bienes de prestigio y armas de cobre (destacándose las incursiones en Wadi Maghara, en el Sinaí meridional), y por el otro, al empleo de contingentes de mano de obra no sólo para las expediciones de extracción, sino también para la construcción de obras monumentales, cuyo exponente más evidente es el complejo funerario de Dyeser en Saqqara²⁰⁸. Figuras como la de Mechen, encargado de actividades militares o de frontera (“administrador del distrito del desierto”, “comandante de cazadores”, “comandante de auxiliares libios”) pero, también, de la administración y reclutamiento de grupos humanos para expediciones (“grande de los diez [o de las decenas] del Alto Egipto”), así como los títulos de “supervisor de tropas” y “administrador de la tierra extranjera” testimoniados en Wadi Maghara, ilustran la consolidación de una organización en torno al aspecto extractivo de la violencia del Estado dual. La ampliación y reforzamiento de las estructuras fortificadas en Elefantina parece también expresar un afianzamiento en la política orientada a dirigir expediciones desde el extremo sur del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras, sobre todo si se la conecta con las improntas de sellos que mencionan el envío hacia allí de bienes provenientes de Abidos, quizás como parte de un sistema de abastecimiento de funcionarios o grupos humanos estacionados o movilizadas²⁰⁹. Por su parte, la inscripción en la base de la estatua de Dyeser a la que

²⁰⁸ Cf. Wilkinson, 1999, 246-255; Baud, 2002; Hamblin, 2006, 329-330. De acuerdo con Parra Ortiz (2009, 127), “aunque la caliza [empleada para la construcción de la pirámide escalonada de Dyeser] es tan abundante en Egipto como lo pueda ser el barro del Nilo [empleado en otras circunstancias para la fabricación de ladrillos], se trata de un material por completo diferente, que es necesario extraer de la roca, con un gasto en horas laborables por unidad muchísimo mayor que en el caso de los adobes”.

²⁰⁹ Cf. Moeller, 2004, 261-262; Moreno García, 2008a, 1-2; 2013a, 192.

hemos hecho referencia repetidamente a lo largo de este trabajo, evidencia a nuestro entender el nexo entre la actividad política y la configuración ideológica tanto en lo que respecta a la centralidad del rey en tanto garante del orden cósmico, como en lo que refiere a la agresión sobre las poblaciones periféricas, por un lado, y la dominación sobre la población subordinada, por el otro. Esto es, simboliza la doble dimensión de la violencia que caracteriza a lo estatal y, en lo que respecta a este trabajo, al Estado dual egipcio: guerra hacia afuera, coerción hacia adentro.

Consideraciones finales

Nuestro trabajo tomó como punto de partida la siguiente consideración: la guerra es una práctica social con un fundamento político. Ello advirtió sobre la necesidad de encarar su estudio a partir de una delimitación analítica entre dos dimensiones: la dimensión de la práctica y la dimensión del poder. El abordaje de la primera dimensión supuso reconocer que la guerra es un tipo específico de relación social que consiste en actos de violencia inscritos en redes de sentido, organizados socialmente y que involucran el empleo de cierta tecnología. Si bien, como proponen algunos antropólogos y arqueólogos, este “hacer la guerra” debe ser pensado en el marco de una definición más integral que reconozca que la guerra es ante todo un estado de hostilidad armada entre grupos políticos autónomos, la dimensión práctica de dicho fenómeno (las acciones que se realizan como expresiones de dicho estado) es la que permitió, en gran medida, su tratamiento histórico a partir de la indagación de los elementos que la constituyen (violencia, tecnología, organización), toda vez que éstos pudieron ser inferidos en los testimonios arqueológicos, osteológicos, iconográficos y escritos disponibles.

La dimensión del poder, por su parte, es aquella que concierne a cómo la guerra, en su especificidad como práctica, se relaciona con las diversas formas de distribución del poder en situaciones histórico-sociales determinadas, o dicho en términos del análisis de lógicas de articulación social, cómo dicha práctica se inserta en una lógica social y de qué modo contribuye a su producción, reproducción o cambio. Su abordaje, por lo tanto, requirió que se estudiaran y analizaran los indicios históricos que atañen a las formas de organización sociopolítica pero, también, al orden de lo económico y de lo ideológico, toda vez que ambos se relacionan decisivamente con los ámbitos de lo bélico y lo

político. Esta observación resultó pertinente en lo que respecta a dos tipos de situación. Por un lado, en relación con el estudio de contextos estatales, en los que la guerra suele adquirir una modalidad expansiva (mediante conquista, hostigamiento o extracción), a la vez que la fuerza militar suele desempeñar un rol en el control interno y en las políticas de vigilancia y punición en los límites y periferias del territorio controlado por el Estado. Por otro lado, en lo concerniente al estudio de contextos no estatales, en los que la guerra, mayormente caracterizada por episodios de ataque y retirada, puede ser entendida como la expresión extrema de un antagonismo inherente a la identificación de parentesco que regula y organiza internamente a las comunidades.

La tesis sostenida en el presente trabajo, sustentada en dichas reflexiones, puede resumirse del siguiente modo: en el valle del Nilo de los períodos Predinástico a comienzos del Reino Antiguo (c. 5500-2600 a.C.), la guerra como práctica social trasciende (si bien con variaciones en el modo de ser conducida u organizada) las diferencias sociopolíticas existentes entre: a) aquellas situaciones en las que la lógica de articulación social dominante parece haber sido el parentesco y en las que no se advierten formas de diferenciación sociopolítica tangibles (las comunidades o aldeas no estatales que habrían habitado el valle a comienzos del período); b) aquellas instancias en las que, sin que se subvirtiera necesariamente dicha lógica, habrían emergido jerarquías sociopolíticas no estatales que podemos caracterizar como correspondientes a sociedades de jefatura (Nagada I-IIa-b en el Alto Egipto); y c) aquellas situaciones que estarían definidas por la emergencia y expansión de lo estatal (entendiendo por ello la aparición de relaciones políticas de mando y obediencia sostenidas en el monopolio legítimo de la coerción), inicialmente en el Alto Egipto y, luego, a todo lo largo del valle y el delta del Nilo (Nagada IIc-d-Dinastía III). Sin embargo, desde el punto de vista de la dimensión del poder, la guerra acusa dicho cambio histórico al pasar de

contribuir al sostenimiento de la autonomía de las comunidades no estatales regidas internamente por la lógica del parentesco (cuyas estrategias de ataque y retirada tenderían a la dispersión y no a la concentración ni a la expansión: períodos Neolítico-Badariense) y de promover, ante determinadas condiciones, liderazgos no estatales más o menos institucionalizados o alianzas más o menos permanentes que pudieron contribuir a la conformación de entidades políticas de jefatura (Nagada I-IIa-b), a constituirse en la cara externa de la violencia estatal orientada a la expansión, a la conquista y a la coerción dentro y fuera del territorio dominado por la élite estatal (Nagada IIc-d-Dinastía III).

Los testimonios a este respecto, debidamente analizados, son elocuentes. A los indicadores arqueológicos, osteológicos e iconográficos de guerra presentes con anterioridad a la emergencia de lo estatal (restos de armas, patrones defensivos de asentamiento, restos humanos con lesiones y con fragmentos de proyectiles asociados, iconografía de temática bélica), se suman, en los contextos de aparición, expansión y consolidación de dinámicas estatales, indicios crecientes del uso de embarcaciones con probable finalidad militar y de necesidades defensivas evocadas por la construcción de fortificaciones. A ellos se añaden, a su vez, testimonios de la concentración de recursos que habrían facilitado no sólo la elaboración de dicha tecnología, sino también la existencia y mantenimiento de redes de comunicación y abastecimiento que pudieron estar vinculadas no sólo a expediciones de intercambio y de extracción –en cualquier caso, protegidas por fuerzas militares– sino también a campañas bélicas. Esta diferencia perceptible a partir del análisis conjunto de las dimensiones de la práctica y del poder también involucra la organización interna de la violencia, en la medida en que la aparición de indicios de estatalidad viene acompañada de testimonios de violencia sobre población rebelde o subordinada, según sugiere por ejemplo el hallazgo de cadáveres

decapitados y degollados en un cementerio de población general de la fase Nagada IIb-c en el Alto Egipto y representaciones iconográficas de aves-*rejit* (que simbolizan a los súbditos) ahorcadas (Nagada IIIb) o yaciendo bajo los pies del rey (Dinastía III), así como referencias a conflictos con población considerada “rebelde” (Dinastía II).

La relación de lo bélico con lo político, lo económico y lo ideológico también se puede inferir en la propia dinámica del cambio social. En efecto, la guerra pudo promover liderazgos no estatales y contribuir a la emergencia de entidades políticas de jefatura en relación con la conformación de alianzas (Nagada I-IIa-b). Por otro lado, la demanda de materiales o bienes de prestigio por parte de los jefes o élites de jefatura pudo favorecer conflictos por el control de las fuentes o vías de acceso a aquellos materiales o bienes (presentes en cantidades variables en el registro funerario del período Predinástico), traducándose en guerras de conquista que pudieron constituir una de las condiciones para la aparición de lo estatal, junto con la constitución de relaciones de subordinación social posiblemente asociadas al carácter sagrado de determinados liderazgos y a las dinámicas faccionales o de patronazgo introducidas por los espacios urbanos testimoniados inicialmente en el Alto Egipto. La expansión de lo estatal a todo lo largo del valle y del delta del Nilo, y la existencia de indicadores de incursiones o expediciones más allá del territorio bajo dominio del rey de las Dos Tierras una vez consolidado el Estado dinástico, permiten suponer que la guerra no sólo debió haber incidido en –o, como mínimo, haber acompañado– los procesos de cambio social en Egipto durante el período Predinástico, sino que también debió estar involucrada en el proceso mismo de consolidación de la dominación estatal durante las primeras tres dinastías. En tal sentido, lo bélico debió establecer un vínculo indisoluble con las formas de asignación de recursos, según el ciclo “extracción-coerción” por el cual la apropiación de recursos materiales y humanos, obtenidos principalmente

mediante la tributación, estaría garantizada por –pero sería a la vez fundamento de– la “capacidad de coerción” del Estado. Y también debió vincularse con las formas de simbolización de la realeza (la violencia como una de sus funciones privilegiadas) y de las poblaciones o regiones periféricas (como espacio de lo caótico y, por lo tanto, de aquello pasible de recibir la violencia ordenadora del rey).

En suma, podemos concluir que la guerra, sin perder su especificidad como práctica social, cambia de signo en consonancia con las discontinuidades históricas que establecen cambios en las formas de distribución del poder. Dicho en términos de lógicas sociales, la guerra trasciende como práctica pero acusa desde la dimensión del poder la diferencia radical existente entre una serie de situaciones histórico-sociales no estatales regidas por el parentesco (incluso allí donde la existencia de jerarquías sociopolíticas de jefatura introduce variantes respecto de las formas estrictamente comunales) y aquellas situaciones en las que lo estatal se constituye como lógica de articulación social dominante. A su vez, la misma práctica de la guerra contribuye a tales procesos de cambio social, favoreciendo o acompañando la constitución de liderazgos y entidades políticas de jefatura, así como la emergencia, expansión y consolidación de dinámicas estatales. De algún modo, así como la disciplina egiptológica, según hemos enunciado en el segundo capítulo de este trabajo, nació de un hecho militar, los procesos de cambio social que conducirían a la consolidación del Estado dinástico, cuya manifestación más elocuente se testimonia a partir de la Dinastía III, estuvieron estrechamente vinculados con la práctica bélica y con sus múltiples implicaciones en el orden sociopolítico de las poblaciones y élites que habitaron el valle del Nilo.

* * *

Bibliografía citada

- Abbink, J. "Warfare in Africa: Reframing State and 'Culture' as Factors of Violent Conflict", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 261-271.
- Abensour, M. "Presentación", en: M. Abensour (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2007a [1987], pp. 51-66.
- Abensour, M. "El Contra Hobbes de Pierre Clastres", en: M. Abensour, M. (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2007b [1987], pp. 189-228.
- Abluso, F. L., Alcántara, M. y Tutusaus, J. "Definiendo una guerra", *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra* 7, 2014, pp. 161-190.
- Adams, B. *Ancient Nekhen: Garstang in the city of Hierakonpolis*, Egyptian Studies Association 3, New Malden, SIA Publishing, 1995.
- Adams, W. Y. *Nubia. Corridor to Africa*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- Adamski, B. y Rosińska-Balik, K. "Brewing technology in Early Egypt. Invention of Upper or Lower Egyptians?", en: A. Mączyńska (ed.), *The Nile Delta as a Centre of Cultural Interactions between Upper Egypt and the Southern Levant in the 4th Millennium BC*, Studies in African Archaeology 13, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2014, pp. 23-36.
- Adler, A. "La guerra y el Estado primitivo", en: M. Abensour (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2007 [1987], pp. 163-188.
- al-Nubi, S. I. "Soldiers", en: S. Donadoni (ed.), *The Egyptians*, Chicago-London, The University of Chicago Press, 1997 [1990], pp. 151-184.
- Albert, B. "Yanomami 'violence': inclusive fitness or ethnographer's representation?", *Current Anthropology* 30, 1989, pp. 637-640.
- Albert, B. "On Yanomami Warfare: Rejoinder", *Current Anthropology* 31 (5), 1990, pp. 558-563.
- Alcina Franch, J. *Evolución social*, Madrid, Akal, 1999.
- Alonso García, J. F. *Los hombres del faraón. El ejército a finales del Reino Nuevo en el Antiguo Egipto*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2009.
- Allen, M. W. y Jones, T. L. (eds). *Violence and Warfare among Hunter-Gatherers*, Walnut Creek (California), Left Coast Press, 2014.
- Amélineau, É. *Les nouvelles fouilles d'Abydos. 1897-1898 – Mission Amélineau: compte rendu in extenso des fouilles, description des monuments et objets découverts*, Paris, Ernest Leroux, 1904.
- Amélineau, É. *Les nouvelles fouilles d'Abydos. 1897-1898 (deuxième partie) – Mission Amélineau: compte rendu in extenso des fouilles, description des monuments et objets découverts*, Paris, Ernest Leroux, 1905.

Andelković, B. *The Relations between Early Bronze Age I Canaanites and Upper Egyptians*, Centre for Archaeological Research 14, Belgrade, University of Belgrade, 1995.

Andelković, B. "Southern Canaan as an Egyptian Protodynastic Colony", *Cahiers Caribéens d'Égyptologie* 3/4, 2002, pp. 75-92.

Andelković, B. "The Upper Egyptian Commonwealth: A Crucial Phase of the State Formation Process", en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Krakow, 28th August – 1st September 2002, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leiden, Brill, 2004, pp. 535-546.

Andelković, B. "Political Organization of Egypt in the Predynastic Period", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 25-32.

Anderson, W. "Badarian Burials: Evidence of Social Inequality in Middle Egypt During the Early Predynastic Era", *Journal of the American Research Center in Egypt* 29, 1992, pp. 51-66.

Andreski, S. *Military Organization and Society*, 2nd edition, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1968.

Angelbeck, W. O. "They Recognize No Superior Chief". *Power, Practice, Anarchism and Warfare in the Coast Salish Past*, PhD Thesis, Vancouver, The Faculty of Graduate Studies, The University of British Columbia, 2009.

Angelbeck, B. "La sociedad contra la jefatura: organización y resistencia al poder en la guerra Coast Salish", en: A. Vila y J. Estévez (eds.), *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2010, pp. 125-145.

Angelbeck, B. y Grier, C. "Anarchism and the Archaeology of Anarchic Societies. Resistance to Centralization in the Coast Salish Region of the Pacific Northwest Coast", *Current Anthropology* 53 (5), 2012, pp. 547-587.

Antela-Bernárdez, B. "The Western Way of War: Un modelo a debate", en J. Vidal y B. Antela (eds.), *La guerra en la Antigüedad desde el presente*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2011, pp. 141-161.

Anthes, R. *Die Felseninschriften von Hatnub*, Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens 9, Leipzig, J. C. Hinrichs, 1928.

Ardrey, R. *African Genesis: A Personal Investigation into the Animal Origins and Nature of Man*, New York, Atheneum, 1961.

Arens, W. *The Man-Eating Myth. Anthropology & Anthropophagy*, Oxford-New York, Oxford University Press, 1979.

Arkell, A. J. y Ucko, P. J. "Review of Predynastic Development in the Nile Valley", *Current Anthropology* 6 (2), 1965, pp. 145-166.

Arkush, E. "War, Chronology, and Causality in the Titicaca Basin", *Latin American Antiquity* 19 (4), 2008, pp. 339-373.

- Arkush, E. "Warfare, Space, and Identity in the South-Central Andes: Constraints and Choices", en: A. Nielsen y W. Walker, W. (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, pp. 190-217.
- Arkush, E. y Allen, M. W. (eds.). *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Raiding and Conquest*, Gainesville, University Press of Florida, 2006a.
- Arkush, E. y Allen, M. W. "Introduction: Archaeology and the study of war", en: E. Arkush y M. W. Allen (eds.), *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Raiding and Conquest*, Gainesville, University Press of Florida, 2006b, pp. 1-19.
- Arkush, E. y Stanish, C. "Interpreting Conflict in the Ancient Andes. Implications for the Archaeology of Warfare", *Current Anthropology* 46 (1), 2005, pp. 3-28.
- Armstrong, J. (ed.). *Circum Mare: Themes in Ancient Warfare*, Mnemosyne Supplements History and Archaeology of Classical Antiquity 388, Leiden, Brill, 2016.
- Arrais, N. F. *Os feitos militares nas biografias do Reino Novo: Ideologia militarista e identidade social sob a XVIIIª dinastia do Egito Antigo. 1550-1295 a.C.*, Tese Doutorado, Universidade Federal Fluminense, Niterói, 2011.
- Asselberghs, H. *Chaos en Beheersing: Documenten uit Aeneolithisch Egypte*, Leiden, Brill, 1961.
- Assmann, J. *Maât, l'Égypte pharaonique et l'idée de justice sociale*, Paris, Julliard, 1989.
- Assmann, J. *Egipto. Historia de un sentido*, Madrid, Abada Editores, 2005 [1996].
- Aubet, M. E. *Comercio y colonialismo en el Próximo Oriente antiguo*, Barcelona, Bellaterra, 2007.
- Avdiev, V. I. *Historia militar del antiguo Egipto* (en ruso), vol. 1, Moscú, Sovetskaya Nauka, 1948.
- Avdiev, V. I. *Historia militar del antiguo Egipto* (en ruso), vol. 2, Moscú, Sovetskaya Nauka, 1959.
- Bahrani, Z. *Rituals of War. The Body and Violence in Mesopotamia*, New York, Zone Books, 2008.
- Baines, J. "Kingship, Definition of Culture, and Legitimation", en: D. O'Connor y D. P. Silverman (eds.), *Ancient Egyptian kingship*, Leiden, Brill, 1995a, pp. 3-47.
- Baines, J. "Origins of Egyptian kingship", en: D. O'Connor y D. P. Silverman (eds.), *Ancient Egyptian kingship*, Leiden, Brill, 1995b, pp. 95-156.
- Baines, J. "Contextualizing Egyptian Representations of Society and Ethnicity", en: J. S. Cooper y G. Schwartz (eds.), *The Study of the Ancient Near East in the 21st Century: The William Foxwell Albright Centennial Conference*, Winona Lake, Eisenbrauns, 1996, pp. 339-384.
- Baines, J. "Definiciones tempranas del mundo egipcio y sus alrededores", *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser"* 12, 2005, pp. 111-148.
- Baines, J. y Malek, J. *Egipto. Dioses, templos y faraones*, Atlas Culturales del Mundo, Barcelona, Folio, 1993 [1980].

- Bakr, A., Moneim, A. y Osing, J. “Ächtungstexte aus dem Alten Reich”, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 29, 1973, pp. 97-133.
- Bakunin, M. *Dios y el Estado*, La Plata, Terramar, 2005 [1882].
- Bar-Yosef, O. “The walls of Jericho: an alternative explanation”, *Current Anthropology* 27, 1986, pp. 157-162.
- Barbosa, B. “A socialidade contra o Estado: a antropologia de Pierre Clastres”, *Revista de Antropologia* 47 (2), 2004, pp. 529-576.
- Bard, K. A. “The Geography of Excavated Predynastic Sites and the Rise of Complex Society”, *Journal of the American Research Center in Egypt* 24, 1987, pp. 81-93.
- Bard, K. A. “Toward an Interpretation of the Role of Ideology in the Evolution of Complex Society in Egypt”, *Journal of Anthropological Archaeology* 11, 1992, pp. 1-24.
- Bard, K. A. *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1994.
- Bard, K. A. “Predynastic period, overview”, en: K. A. Bard (ed.), *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, London, Routledge, 1999, pp. 24-31.
- Bard, K. A. “The emergence of the Egyptian state (c. 3200–2686 BC)”, en: I. Shaw (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 61-88.
- Bard, K. A. *An Introduction to the Archaeology of Ancient Egypt*, 2nd edition, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2015.
- Bard, K. A. y Carneiro, R. L. “Patterns of Predynastic Settlement Location, Social Evolution, and the Circumscription Theory”, *Cahiers de Recherches de l’Institut de Papirologie et d’Égyptologie de Lille* 11, 1989, pp. 15-23.
- Barnard, A. “Mutual Aid and the Foraging Mode of Thought: Re-reading Kropotkin on the Khoisan”, *Social Evolution & History* 3 (1), 2004, pp. 3-21.
- Bárta, M. “Kings, Viziers, and Courtiers: Executive Power in the Third Millennium B.C.”, en: J. C. Moreno García (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, Handbuch der Orientalistik 104, Leiden-Boston, Brill, 2013, pp. 153-175.
- Bárta, M. “Prehistoric mind in context. An essay on possible roots of Ancient Egyptian civilization”, en: K. Kristiansen, L. Šmejda y J. Turek (eds.), *Paradigm Found: Archaeological Theory – Present, Past and Future. Essays in Honour of Evžen Neustupný*, Oxford, Oxbow Books, 2014, pp. 188-201.
- Bárta, M. y Frouz, M. *Swimmers in the sand. On the Neolithic Origins of Ancient Egyptian Mythology and Symbolism*, Prague, Dryada, 2010.
- Baud, M. *Famille royale et pouvoir sous l’Ancien Empire Égyptien*, Le Caire, Institut Français d’Archéologie Orientale, 1999.
- Baud, M. *Djéser et la IIIe dynastie*, Paris, Pygmalion, 2002.
- Baud, M. “The Old Kingdom”, en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Blackwell Companions to the Ancient World, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 63-80.

- Baumgartel, E. J. "Some Notes on the Origins of Egypt", *Archiv orientální* 20, 1952, pp. 278-287.
- Benedict, R. *Patterns of Culture*, Boston, Houghton Mifflin, 1934.
- Benedict, R. "The Natural History of War", en: M. Mead (ed.), *An Anthropologist at Work*, Boston, Houghton Mifflin, 1959, pp. 369-382.
- Bénédite, G. "Le couteau de Gebel el-Arak, étude sur un nouvel objet préhistorique acquis par le Musée du Louvre", *Monuments et mémoires de la Fondation Eugène Piot* 22 (1), 1916, pp. 1-34.
- Benjamin, W. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 2001.
- Bertolo, A. "Poder, autoridad, dominio: una propuesta de definición", en: C. Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Buenos Aires, Altamira, 1999, pp. 75-98.
- Bestock, L. "The First Kings of Egypt: the Abydos Evidence", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 137-144.
- Black, J. *Why Wars Happen?*, London, Reaktion Books, 1998.
- Boccara, G. *Guerre et ethnogenèse mapuche dans le Chili colonial. L'invention du soi*, Paris, L'Harmattan, 1998.
- Boehm, C. *Blood Revenge. The Enactment and Management of Conflicts in Montenegro and Other Tribal Societies*, The Ethnohistory Series, Philadelphia, The University of Pennsylvania Press, 1987 [1984].
- Boehmer, R. M. "Gebel-el-Arak und Gebel-el-Tarif-Griff: keine Fälschungen", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 47, 1991, pp. 51-60.
- Bonhême, M.-A. y Forgeau, A. *Pharaon. Les secrets du pouvoir*, Paris, Armand Colin, 1988.
- Bonnet, H. *Die Waffen der Völker des Alten Orients*, Leipzig, Hinrichs, 1926.
- Bossen, C. "War as Practice, Power, and Processor: A Framework for the Analysis of War and Social Structural Change", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 89-101.
- Botti, G. "A Fragment of the Story of a Military Expedition of Tuthmosis III to Syria (P.Turin 1940-1941)", *The Journal of Egyptian Archaeology* 41 (1), 1955, pp. 64-71.
- Bougainville, L-A. de. *Voyage autour du monde*, éd. critique par Michel Bideaux et Sonia Faessel, Paris, Presses de l'université de Paris-Sorbonne, 2002 [1771].
- Bourdieu, P. *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 [1980].
- Bourdieu, P. *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge Studies in Social and Cultural Anthropology 16, Cambridge-New York, Cambridge University Press, 2013 [1972].
- Bowen, R. L. "Egypt's Earliest Sailing Ships", *Antiquity* 34, 1960, pp. 117-131.
- Bowman, G. "The violence in identity", en: B. E. Schmidt y I. W. Schröder (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*, London, Routledge, 2001, pp. 25-46.

- Brain, C. K. *The Hunters or the Hunted? An Introduction to African Cave Taphonomy*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- Brandt, E. “‘Total War’ and the Ethnography of New Guinea”, en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 75-88.
- Braun, E. “South Levantine Early Bronze Age chronological correlations with Egypt in light of the Narmer serekhs from Tel Erani and Arad: New interpretations”, *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan* 13, 2009, pp. 25-48.
- Braun, E. “Early Interaction between Peoples of the Nile Valley and the Southern Levant”, en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 105-122.
- Breasted, J. H. *The battle of Kadesh: a study in the earliest known military strategy*, The Decennial Publications, Chicago, The University of Chicago Press, 1903.
- Brémont, A. *Les pétroglyphes des déserts égyptiens de la période de Badari aux premières Dynasties (ca. 4500 – 2600 av. JC). Des animaux entre nature et culture*, Mémoire de Master en Archéologie, Année Universitaire 2013-2014, Université de Paris-Sorbonne, 2014.
- Brice, L. L. y Roberts, J. T. (eds.). *Recent Directions in the Military History of the Ancient World*, Publications of the Association of Ancient Historians, Regina, Regina Books, 2011.
- Brumfiel, E. M. “Factional Competition and Political Development in the New World: An Introduction”, en: E. M. Brumfiel y J. W. Fox (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*, New York, Cambridge University Press, 1994, pp. 3-13.
- Brunton, G. y Caton-Thompson, G. *The Badarian Civilisation and Predynastic Remains near Badari*, London, British School of Archaeology in Egypt-Bernard Quaritch, 1928.
- Budge, E. A. W. *A History of Egypt. Vol. I: Egypt in the Neolithic and Archaic Periods*, London, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co., 1902.
- Butzer, K. W. *Early Hydraulic Civilization in Egypt: A Study in Cultural Ecology*, Chicago-London, University of Chicago Press, 1976.
- Cabobianco, M. “Contra el Estado en los relatos míticos del Antiguo Egipto”, en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 181-197.
- Campagno, M. *Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico*, Colección Estudios – Nueva Serie 6, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1998a.
- Campagno, M. “Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después”, *Boletín de Antropología Americana* 33, 1998b, pp. 101-113.
- Campagno, M. “Hacia un uso no-evolucionista del concepto de ‘sociedades de jefatura’”, *Boletín de Antropología Americana* 36, 2000, pp. 137-147.
- Campagno, M. “El surgimiento del Estado egipcio y sus periferias: Nubia y Palestina en perspectiva”, en: A. Daneri Rodrigo (ed.), *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo Oriental (IV-I Milenio A.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp. 33-57.

Campagno, M. *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.*, Barcelona, Aula Ægyptiaca, 2002.

Campagno, M. "In the beginning was the War. Conflict and the emergence of the Egyptian State", en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leiden, Brill, 2004a, pp. 689-703.

Campagno, M. "Próximos y distantes: Egipto y África, del Período Predinástico al Reino Antiguo", en: R. Flammini (comp.), *Aproximación al Antiguo Egipto*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Católica Argentina, 2004b, pp. 51-80.

Campagno, M. "Sobre bienes de prestigio, orden y caos. El Estado egipcio y sus periferias durante el período Dinástico Temprano (ca. 3000-2700 a.C.)", en: A. Daneri Rodrigo y M. Campagno (eds.), *Antiguos contactos. Relaciones de intercambio entre Egipto y sus periferias*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2004c, pp. 41-69.

Campagno, M. *Una lectura de La contienda entre Horus y Seth*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2004d.

Campagno, M. "Interacciones entre Egipto y Canaán durante el período Dinástico Temprano: la frontera étnica", en: A. Guance (dir.), *La frontera: realidades y representaciones*, Buenos Aires, Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, 2005, pp. 149-168.

Campagno, M. "De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: lógica de parentesco, lógica de Estado", en: M. Campagno (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCEA 3, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Ediciones del Signo, 2006, pp. 15-50.

Campagno, M. "Dinámicas sociopolíticas en el Bajo Egipto durante Nagada IIIa-b: un interludio teórico", *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser"* 15, 2008, pp. 51-74.

Campagno, M. "Tres modos de existencia política: jefatura, patronazgo y Estado", en: M. Campagno (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCEA 5, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2009, pp. 341-351.

Campagno, M. "Encore une réflexion sur le motif prédynastique du Maître des Animaux", *Cahiers Caribéens d'Égyptologie* 13-14, 2010, pp. 115-132.

Campagno, M. "En los umbrales. Intersticios del parentesco y condiciones para el surgimiento del Estado en el valle del Nilo", en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCEA 7, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011a, pp. 45-79.

Campagno, M. "Centros y periferias en las relaciones entre el valle del Nilo y el Levante meridional en torno del Bronce Antiguo (ca. 3700-2700 a.C.)", *Rivista degli Studi Orientali, Nuova Serie* 83, 2011b, pp. 189-214.

- Campagno, M. "Coercion, creation, intervention: three capacities of the early Egyptian state", en: E. Frood y A. McDonald (eds.), *Decorum and experience. Essays in ancient culture for John Baines*, Oxford, Griffith Institute, 2013a, pp. 214-219.
- Campagno, M. "Late Fourth Millennium BCE", en: W. Grajetzki y W. Wendrich (eds.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, University of California, 2013b. <http://www.escholarship.org/uc/item/9988b193>
- Campagno, M. "Lógicas coexistentes: lo estatal, lo parental y lo patronal en la escena sociopolítica del valle del Nilo del IV al III milenio a.C.", en: C. Di Bennardis, E. Ravenna y I. Milevski (eds.), *Diversidad de formaciones políticas en Mesopotamia y el Cercano Oriente. Organización interna y relaciones interregionales en la Edad del Bronce*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2013c, pp. 147-162.
- Campagno, M. (ed.). *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014a.
- Campagno, M. "Introducción. Pierre Clastres, las sociedades contra el Estado y el mundo antiguo", en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014b, pp. 7-34.
- Campagno, M. "Pierre Clastres y el problema del surgimiento del Estado", en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014c, pp. 201-219.
- Campagno, M. "Patronage and Other Logics of Social Organization in Ancient Egypt during the IIIrd Millennium BCE", *Journal of Egyptian History* 7, 2014d, pp. 1-33.
- Campagno, M. "Surgimiento de lo estatal y liderazgo local en el valle del Nilo (IV-III milenios a.C.)", en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCA 11, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016a, pp. 15-29.
- Campagno, M. "Chiefs, Kings, and Patrons. Leadership and Social Logics in the Beginnings of Ancient Egypt", *Trabajos de Egiptología - Papers on Ancient Egypt* 7, 2016b, pp. 9-22.
- Campagno, M. "Patronage in Early Egypt?", en: B. Midant-Reynes e Y. Tristant (eds.), *Egypt at its Origins 5. Proceedings of the Fifth International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Cairo 2014, Orientalia Lovaniensia Analecta, Leuven, Peeters, en prensa, pp. 777-790.
- Campagno, M. y Gayubas, A. "La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres", *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra* 8, 2015, pp. 11-46.
- Campagno, M. y Lewkowicz, I. *La historia sin objeto y derivas posteriores*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.
- Capart, J. *Primitive Art in Egypt*, London, H. Grevel & Co., 1905.
- Cárdenas Tamara, F. *Antropología en perspectiva ambiental*, Bogotá, Universidad de La Sabana, 2008.
- Cardoso, C. F. S. *Antigüidade oriental: política e religião*, São Paulo, Contexto, 1990.
- Carman, J. (ed.). *Material Harm: Archaeological Studies of War and Violence*, Glasgow, Cruithne Press, 1997.

- Carman, J. "Beyond the Western Way of War: Ancient Battlefields in Comparative Perspective", en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999, pp. 39-55.
- Carman J. y Harding, A. (eds.). *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999a.
- Carman, J. y Harding, A. "Introduction", en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999b, pp. 1-9.
- Carneiro, R. L. "A Theory of the Origin of the State", *Science* 169, 1970, pp. 733-738.
- Carneiro, R. "Chiefdom-Level Warfare as Exemplified in Fiji and the Cauca Valley", en: J. Haas (ed.), *The Anthropology of War*, School of American Research advanced seminar series, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 190-211.
- Carneiro, R. L. "What happened at the flashpoint? Conjectures on chiefdom formation at the very moment of conception", en: E. M. Redmond (ed.), *Chiefdoms and chieftaincy in the Americas*, Gainesville, University Press of Florida, 1998, pp. 18-42.
- Carneiro, R. L. "The Circumscription Theory: A Clarification, Amplification, and Reformulation", *Social Evolution & History* 11 (2), 2012, pp. 5-30.
- Cartmill, M. *A View to a Death in the Morning. Hunting and Nature through History*, Cambridge-London, Harvard University Press, 1993.
- Case, H. y Payne, J. C. "Tomb 100: The Decorated Tomb at Hierakonpolis", *Journal of Egyptian Archaeology* 48, 1962, pp. 5-18.
- Casson, L. *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 1995 [1971].
- Castillos, J. J. *El período Predinástico en Egipto*, Montevideo, Maat, 2002.
- Castillos, J. J. *Cómo surgieron los faraones. Los orígenes de la estratificación social en el antiguo Egipto*, Montevideo, Maat, 2009.
- Cavillier, G. *Il faraone guerriero. I sovrani del Nuovo Regno alla conquista dell'Asia tra mito, strategia bellica e realtà archeologica*, Torino, Tirrenia-Stampatori, 2001.
- Cavillier, G. *La battaglia di Qadesh. Ramesse II alla conquista dell'Asia, fra mito, storia e strategia*, Torino, Tirrenia-Stampatori, 2007.
- Cavillier, G. "Ramesses III's wars and triumphs at Medinet Habu: between narration, history and identity", en: A. Spalinger y J. Armstrong (eds.), *Rituals of Triumph in the Mediterranean World*, Culture & History of the Ancient Near East 63, Leiden-Boston, Brill, 2013, pp. 23-35.
- Centeno, M. A. y Enriquez, E. *War and Society*, Cambridge-Malsen, Polity Press, 2016.
- Cervelló Autuori, J. *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, AUSA, 1996.
- Cervelló Autuori, J. "La aparición del Estado y la época Tinita", en: J. M. Parra Ortiz (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía, política*, Madrid, Marcial Pons, 2009a, pp. 69-124.
- Cervelló Autuori, J. "El rey ritualista. Reflexiones sobre la iconografía del festival de Sed egipcio desde el Predinástico tardío hasta fines del Reino Antiguo", en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *Política y religión en el*

- Mediterráneo antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCEA 6, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009b, pp. 61-102.
- Chacon, R. J. y Mendoza, R. G. (eds.). *North American Indigenous Warfare and Ritual Violence*, Tucson, University of Arizona Press, 2007a.
- Chacon, R. J. y Mendoza, R. G. (eds.). *Latin American Indigenous Warfare and Ritual Violence*, Tucson, University of Arizona Press, 2007b.
- Chagnon, N. A. “Yanomamo Social Organization and Warfare”, en: M. Fried, M. Harris y R. Murphy (eds.), *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, New York, The Natural History Press, 1968, pp. 109-159.
- Chagnon, N. A. *Yanomamö. The Fierce People*, 3rd edition, Case Studies in Cultural Anthropology, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1983.
- Chagnon, N. A. “Life Histories, Blood Revenge, and Warfare in a Tribal Population”, *Science* 239, 1988, pp. 985-992.
- Chagnon, N. A. *Yanomamö. La última gran tribu*, Barcelona, Alba, 2006 [1992].
- Chagnon, N. A. *Yanomamö*, 6th edition, Case Studies in Cultural Anthropology, Belmont, Wadsworth, 2013.
- Chaliand, G. *The Art of War in World History from Antiquity to the Nuclear Age*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1994.
- Chapman, J. “The origins of warfare in the prehistory of Central and Eastern Europe”, en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999, pp. 101-142.
- Chapple, E. y Coon, C. S. *Principles of Anthropology*, New York, Henry Holt, 1942.
- Chevereau, P.-M. *Prosopographie des cadres militaires égyptiens de la Basse Époque*, Paris, Antony, 1985.
- Chevereau, P.-M. “Contribution à la prosopographie des cadres militaires de l’Ancien Empire et de la Première Période Intermédiaire”, *Revue d’Égyptologie* 37, 1987, pp. 13-47.
- Chevereau, P.-M. *Prosopographie des cadres militaires égyptiens du Nouvel Empire*, Paris, Antony, 1994.
- Childe, V. G. “War in prehistoric societies”, *The Sociological Review* 33, 1941, pp. 126-139.
- Childe, V. G. *Progreso y arqueología*, Buenos Aires, Leviatán, 1986 [1944].
- Chłodnicki, M. “Lower Egyptian, Protodynastic and Early Dynastic settlements on the northern part of the Eastern Kom”, en: M. Chłodnicki, K. M. Ciałowicz y A. Mączyńska (eds.), *Tell el-Farkha I. Excavations 1998-2011*, Poznań-Kraków, Poznań Archaeological Museum-Institute of Archaeology, Jagiellonian University, 2012, pp. 19-34.
- Chłodnicki, M. “Tell el-Farkha. The changes in spatial organisation of the settlement – from the Predynastic to the Early Dynastic periods”, en: A. Mączyńska (ed.). *The Nile Delta as a Centre of Cultural Interactions between Upper Egypt and the Southern Levant in the 4th Millennium BC*, Studies in African Archaeology 13, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2014, pp. 57-72.

- Chłodnicki, M., Ciałowicz, K. M. y Mączyńska, A. (eds.). *Tell el-Farkha I. Excavations 1998-2011*, Poznań-Kraków, Poznań Archaeological Museum-Institute of Archaeology, Jagiellonian University, 2012.
- Christophe, L-A. “L’organisation de l’armée égyptienne à l’époque ramesside”, *Revue du Caire* 207, 1957, pp. 387-405.
- Ciałowicz, K. M. *Les têtes de massues des périodes prédynastique et archaïque dans la vallée du Nil*, Warszawa-Kraków, Uniwersytet Jagielloński Państwowe Wydawnictwo Naukowe, 1987.
- Ciałowicz, K. M. *Symbolika przedstawień władcy egipskiego w okresie predynastycznym*, Kraków, Uniwersytet Jagielloński, 1993.
- Ciałowicz, K. “Tell el-Farkha 2001 - 2002: Excavations at the Western Kom”, en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference “Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt”, Krakow, 28th August – 1st September 2002*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leiden, Brill, 2004, pp. 371-388.
- Ciałowicz, K. *Ivory and Gold. Beginnings of the Egyptian Art. Discoveries in Tell el-Farkha (the Nile Delta)*, Poznań, Poznań Prehistoric Society, 2007.
- Ciałowicz, K. “The Predynastic/Early Dynastic Period at Tell el-Farkha”, en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 55-64.
- Cioffi-Revilla, C. “Origins and Evolution of War and Politics”, *International Studies Quarterly* 40, 1996, pp. 1-22.
- Cioffi-Revilla, C. “Ancient Warfare: Origins and Systems”, en: M. I. Midlarsky (ed.), *Handbook of War Studies II*, Michigan, The University of Michigan Press, 2000, pp. 59-89.
- Claessen, H. “War and State Formation: What is the Connection?”, en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 217-226.
- Clastres, P. “Malheur du guerrier sauvage”, *Libre 77-2*, 1977, pp. 69-109.
- Clastres, P. *La sociedad contra el Estado*, La Plata, Terramar, 2008 [1974].
- Clastres, P. *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, Gedisa, 1996 [1980].
- Clausewitz, K. [C.] von, *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1984 [1832].
- Codere, H. *Fighting with Property: A Study of Kwakiutl Potlatching and Warfare, 1792-1930*, Monograph No. 18, New York, American Ethnological Society, 1950.
- Cohen, R. “State Origins: A Reappraisal”, en: H. J. M. Claessen y P. Skalník (eds.), *The Early State*, The Hague, Mouton, 1978, pp. 31-75.
- Conrad, G. W. y Demarest, A. A. *Religión e imperio: dinámica del expansionismo azteca e inca*, Madrid, Alianza, 1988 [1984].
- Copet-Rougier, E. “«Le Mal Court»: violencia visible e invisible en una sociedad acéfala: los mkako de Camerún”, en: D. Riches (coord.), *El fenómeno de la violencia*, Madrid, Pirámide, 1988 [1986], pp. 79-104.

- Corbey, R. "Laying Aside the Spear: Hobbesian Warre and the Maussian Gift", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 29-36.
- Cordell, L. S. "Warfare: Some Issues from the Prehistoric Southwest", en: D. C. Tkaczuk y B. C. Vivian (eds.), *Cultures in Conflict: Current Archaeological Perspectives*, Calgary, The Archaeological Association of the University of Calgary, 1989, pp. 173-180.
- Cox, R. H. *Locke on War and Peace*, Oxford, Clarendon Press, 1960.
- Crubézy, E. "La nécropole d'Adaïma: une première synthèse", *Archéo-Nil* 8, 1998, pp. 33-65.
- Crubézy, E. y Midant-Reynes, B. "Les sacrifices humains à l'époque prédynastique. L'apport de la nécropole d'Adaïma", en: J-P. Albert y B. Midant-Reynes, *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, Paris, Soleb, 2005, pp. 58-81.
- Curto, S. *L'arte militare presso gli antichi egizi*, Quaderno del Museo Egizio di Torino 3, Torino, Museo Egizio di Torino, 1969.
- Darnell, J. C. *Theban Desert Road Survey in the Egyptian Western Desert, Vol. 1: Gebel Tjauti Rock Inscriptions 1-45 and Wadi el-Hôl Rock Inscriptions 1-45*, Chicago, The University of Chicago Press, 2002.
- Darnell, J. C. y Manassa, C. *Tutankhamun's Armies: Battle and Conquest during Ancient Egypt's Late Eighteenth Dynasty*, New Jersey, Wiley, 2007.
- Dart, R. A. "The Predatory Transition from Ape to Man", *International Anthropological and Linguistic Review* 1 (4), 1953, pp. 201-217.
- Das Helwan Project. "Helwan – A Necropolis of Ancient Memphis", en: *Agyptologie in Wien*, Universität Wien, consultado en 2017. <http://www.univie.ac.at/egyptology/ProjHelwan.html>
- Davie, M. R. *La Guerre dans les sociétés primitives*, Paris, Payot, 1931.
- Davies, W. V. *Catalogue of Egyptian Antiquities in the British Museum VII. Tools and Weapons I: Axes*, London, British Museum Publications, 1987.
- Davis, W. *Masking the Blow. The Scene of Representation in Late Prehistoric Egyptian Art*, Berkeley-Los Angeles-Oxford, University of California Press, 1992.
- Dawson, D. *The Origins of Western Warfare: Militarism and Morality in the Ancient World*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1996.
- Debono, F. y Mortensen, B. *El Omari. A Neolithic Settlement and Other Sites in the Vicinity of Wadi Hof, Helwan*, Archäologische Veröffentlichungen / Deutsches Archäologisches Institut Abteilung Kairo 82, Mainz am Rhein, Philipp Von Zabern, 1990.
- Dębowska-Ludwin, J. "The picture of Naqadan-Lower Egyptian transition reconstructed on the basis of sepulchral data", en: A. Mączyńska (ed.), *The Nile Delta as a Centre of Cultural Interactions between Upper Egypt and the Southern Levant in the 4th Millennium BC*, Studies in African Archaeology 13, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2014, pp. 105-117.
- Deleuze, G. *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1987 [1986].

- Derry, D. E. "The Dynastic Race in Egypt", *The Journal of Egyptian Archaeology* 42 (1), 1956, pp. 80-85.
- DeVries, C. E. "The Oriental Institute Decorated Censer from Nubia", en: J. H. Johnson y E. F. Wente (eds.), *Studies in Honor of George R. Hughes, January 12, 1977*, Studies in Ancient Oriental Civilization 39, Chicago-Illinois, The Oriental Institute of the University of Chicago, 1977, pp. 55-74.
- De Souza, P. (ed.). *El mundo antiguo en guerra. Una historia global*, Madrid, Akal, 2008.
- De Wit, T. J. *Enemies of the State: Perceptions of 'otherness' and state formation in Egypt*, MA Thesis, Leiden University, 2008.
- de Waal, F. *El mono que llevamos dentro*, Barcelona, Tusquets, 2007 [2005].
- Diego Espinel, A. "Fronteras y demarcaciones del territorio egipcio en el Reino Antiguo", *Studia historica. Historia antigua* 16, 1998, pp. 9-30.
- Diego Espinel, A. "Antes del combate. La información sobre el enemigo y su execración durante el Reino Antiguo", en: M. Alonso Baquer, J. M. Córdoba Zoilo, C. Sevilla Cueva y R. Jiménez Zamudio (eds.), *La guerra en Oriente Próximo y Egipto. Evidencias, historia y tendencias en la investigación*, Madrid, UAM Ediciones, 2003, pp. 317-328.
- Diego Espinel, A. *Etnicidad y territorio en el Egipto del Reino Antiguo*, Aula Ægyptiaca – Studia 6, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2006.
- Diego Espinel, A. *Abriendo los caminos de Punt. Contactos entre Egipto y el ámbito afroárabe durante la Edad del Bronce (ca. 3000 a.C.-1065 a.C.)*, Barcelona, Bellaterra, 2011.
- Diego Espinel, A. "A newly identified Old Kingdom execration text", en: E. Froot y A. McDonald (eds.), *Decorum and experience. Essays in ancient culture for John Baines*, Oxford, Griffith Institute, 2013, pp. 26-33.
- Diego Espinel, A. "Bringing treasures and placing fears: Old Kingdom epithets and titles related to activities abroad", *Isimu* 18-19, 2015-2016, pp. 103-145.
- Divale, W. T. *Warfare in Primitive Societies: A Selected Bibliography*, Los Angeles, California State College, Center for the Study of Armament and Disarmament, 1973 [1971].
- Divale, W. T. y Harris, M. "Population, warfare and the male supremacist complex", *American Anthropologist* 78, 1976, pp. 521-538.
- Dornan, J. L. "Agency and Archaeology: Past, Present, and Future Directions", *Journal of Archaeological Method and Theory* 9 (4), 2002, pp. 303-329.
- Dougherty, S. P. y Friedman, R. "Sacred or mundane: Scalping and decapitation at Predynastic Hierakonpolis"; en: B. Midant-Reynes e Y. Tristant (eds.), *Egypt at its Origins 2. Proceedings of the International conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Toulouse, 5-8th September 2005, Leuven, Peeters, 2008, pp. 311-338.
- Dreyer, G. "Tomb U-j: A Royal Burial of Dynasty 0 at Abydos", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 127-136.

- Dreyer, G., Hartung, U. y Punpenmeier, F. "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 5./6. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 49, 1993, pp. 23-62.
- Dreyer, G., Hartung, U., Hikade, T., Köhler, E. C., Müller, V. y Pumpenmeier, F. "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 9./10. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 54, 1998, pp. 77-167.
- Dreyer, G., von den Driesch, A., Engel, E-M., Hartmann, R., Hartung, U., Hikade, T., Müller, V. y Petres, J. "Umm el-Qaab, Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 11/12. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 56, 2000, pp. 43-129.
- Dreyer, G., Hartmann, R., Hartung, U., Hikade, T., Köpp, H., Lacher, C., Müller, V., Nerlich, A. y Zink, A. "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 13./14./15. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 59, 2003, pp. 67-138.
- Drioton, É. y Vandier, J. *Historia de Egipto*, Buenos Aires, Eudeba, 1964 [1952].
- Droux, X. "Une representation de prisonniers décapités en provenance de Hiérakonpolis", *Bulletin de la Société d'Égyptologie de Genève* 27, 2005, pp. 33-42.
- Droux, X. "Headless at Hierakonpolis", *Nekhen News* 19, 2007, p. 14.
- Duchesne, S., Staniaszek, L. y Crubézy, É. "Anthropologie et pratiques funéraires. Le site d'Adaïma", *Dossiers d'Archéologie* 307, 2005, 38-43.
- Dunand, M. *Fouilles de Byblos. 1926-1932*, t. 1, Bibliothèque archéologique et historique 24, Paris, Paul Geuthner, 1939.
- Durand, L. "La relación ambiente-cultura en antropología: recuentos y perspectivas", *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* 61, 2002, pp. 170-184.
- Dyer, G. *Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente*, Barcelona, Belacqua, 2007 [2004].
- Earle, T. K. "Chiefdoms in Archaeological and Ethnohistorical Perspective", *Annual Review of Anthropology* 16, 1987, pp. 279-308.
- Earle, T. K. *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Edwards, I. E. S. "The Early Dynastic Period in Egypt", en: I. E. S. Edwards, C. J. Gadd y N. G. L. Hammond (eds.), *The Cambridge Ancient History. Third Edition. Volume I. Part 2. Early History of the Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, pp. 1-70.
- Elias, N. *What is Sociology?*, The Collected Works of Norbert Elias 5, Dublin, University College Dublin Press, 2012 [1970].
- Ember, C. "Myths About Hunter-Gatherers", *Ethnology* 17, 1978, pp. 439-448.
- Ember, M. y Ember, C. R., "Cross-Cultural Studies on War and Peace: Recent Achievements and Future Possibilities", en: S. P. Reyna y R. E. Downs (eds.), *Studying War: Anthropological Perspectives*, War and Society 2, Amsterdam, Gordon and Breach, 1994, pp. 185-208.

- Ember, C. R. y Ember, M. "Violence in the Ethnographic Record: Results of Cross Cultural Research on War and Aggression", en: D. L. Martin y D. W. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 1-20.
- Emery, W. B. *Archaic Egypt*, Harmondsworth, Penguin Books, 1961.
- Emery, W. B. "Egypt Exploration Society. Preliminary report on the excavations at Buhen, 1962", *Kush* 11, 1963, pp. 116-120.
- Emery, W. B. *Egypt in Nubia*, London, Hutchinson, 1965.
- Emery, W. B. y Kirwan, L. P. *The Excavations and Survey between Wadi es-Sebua and Adindan. 1929-1931*, Cairo, Government Press, 1935.
- Emery, W. B., Smith, H. S. y Millard, A. *The Fortress of Buhen. The Archaeological Report*, Excavation Memoir 49, London, Egypt Exploration Society, 1979.
- Engel, E.-M. "The Organisation of a Nascent State: Egypt until the Beginning of the 4th Dynasty", en: J. C. Moreno García (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, Handbuch der Orientalistik 104, Leiden-Boston, Brill, 2013, pp. 19-40.
- Engelbach, R. "An Essay on the Advent of the Dynastic Race in Egypt and its Consequences", *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 42, 1943, pp. 193-221.
- Escalon de Fonton, M. "Naissance de la guerre en Occident aux temps préhistoriques", *Archéologia* 1, 1964, pp. 30-34.
- Étienne, M. "À propos des représentations d'enceintes crénelées sur les palettes de l'époque de Nagada III", *Archéo-Nil* 9, 1999, pp. 149-163.
- Evans-Pritchard, E. E. *Los Nuer*, Barcelona, Anagrama, 1987 [1940].
- Fattovich, R. "Remarks on the Dynamics of State Formation in Ancient Egypt", *Wiener Beiträge zur Ethnologie und Anthropologie* 1, 1984, pp. 29-78.
- Faulkner, R. O. "Egyptian Military Standards", *The Journal of Egyptian Archaeology* 27, 1941, pp. 12-18.
- Faulkner, R. O. "The Battle of Megiddo", *The Journal of Egyptian Archaeology* 28, 1942, pp. 2-15.
- Faulkner, R. O. "The Euphrates Campaign of Tuthmosis III", *The Journal of Egyptian Archaeology* 32, 1946, pp. 39-42.
- Faulkner, R. O. "Egyptian Military Organization", *Journal of Egyptian Archaeology* 39, 1953, pp. 32-47.
- Fausto, C. "Of enemies and pets: warfare and shamanism in Amazonia", *American Ethnologist* 26, 2000, pp. 933-956.
- Ferguson, R. B. "Introduction: Studying War", en: R. B. Ferguson (ed.), *Warfare, Culture, and Environment*, Studies in Anthropology, Orlando, Academic Press, 1984, pp. 1-82.
- Ferguson, R. B. *Yanomami Warfare: A Political History*, Santa Fe, School of American Research Press, 1995.
- Ferguson, R. B. "Violence and War in Prehistory", en: D. L. Martin y D. W. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 321-355.

- Ferguson, R. B. "A Paradigm for the Study of War and Society", en: K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 389-437.
- Ferguson, R. B. "La guerra antes de la historia", en: P. de Souza (ed.), *El mundo antiguo en guerra. Una historia global*, Madrid, Akal, 2008, pp. 15-27.
- Ferguson, R. B. y Whitehead, N. L. (eds.). *War in the Tribal Zone. Expanding States and Indigenous Warfare*, Santa Fe, School of American Research Press, 1992a.
- Ferguson, R. B. y Whitehead, N. L. "The Violent Edge of Empire", en: R. B. Ferguson y N. L. Whitehead (eds.), *War in the Tribal Zone. Expanding States and Indigenous Warfare*, Santa Fe, School of American Research Press, 1992b, pp. 1-30.
- Ferguson, R. B. y Whitehead, N. L. "Preface to the Second Printing", en: R. B. Ferguson y N. L. Whitehead (eds.), *War in the Tribal Zone. Expanding States and Indigenous Warfare*, 2nd printing, Santa Fe, School of American Research Press, 1999, pp. xi-xxxv.
- Ferrill, A. *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great*, London, Thames & Hudson, 1985.
- Filer, J. M. "Ancient Egypt and Nubia as a source of information for cranial injuries", en: J. Carman (ed.), *Material Harm: Archaeological Studies of War and Violence*, Glasgow, Cruithne Press, 1997, pp. 47-74.
- Finer, S. "State- and Nation-Building in Europe: The Role of the Military", en: C. Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975, pp. 84-163.
- Finkenstaedt, E. "Violence and Kingship: The Evidence of the Palettes", *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 111, 1984, pp. 107-110.
- Firth, C. M. *The Archaeological Survey of Nubia. Report for 1910-1911*, Cairo, Government Press, 1927.
- Firth, C. M. y Quibell, J. E. *Excavations at Saqqara: The Step Pyramid*, vol. 1, Le Caire, Institut Français d'Archéologie Orientale, 1935.
- Fischer, H. G. "A Scribe of the Army in a Saqqara Mastaba of the Early Fifth Dynasty", *Journal of Near Eastern Studies* 18 (4), 1959, pp. 233-272.
- Foster, A. L. "Forts and Garrisons", en: D. B. Redford (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, vol. 1, Oxford-New York, Oxford University Press, 2001, pp. 552-559.
- Foucault, M. "Las redes del poder", en: C. Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Buenos Aires, Altamira, 1999, pp. 15-29.
- Foucault, M. *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [1969].
- Frankfort, H. *The Birth of Civilization in the Near East*, Bloomington, Indiana University Press, 1951.
- Frankfort, H. *Reyes y Dioses*, México, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1976 [1948].

- Freyer, D. W. "Ofnet: Evidence for a Mesolithic Massacre", en: D. L. Martin y D. W. Freyer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 181-216.
- Freedman, L. *Strategy. A History*, Oxford-New York, Oxford University Press, 2013.
- Freud, S. *Obras completas. Volumen 22 (1932-36). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1991.
- Freud, S. *Obras completas. Volumen 21 (1927-31). El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1992.
- Fried, M., Harris, M. y Murphy, R. (eds.), *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, New York, The Natural History Press, 1968.
- Friedman, R. "Hierakonpolis", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 33-44.
- Friedman, R. "Discoveries in the Predynastic Cemetery at HK6 during the 2014 season", *Hierakonpolis-online*, 2014. <http://www.hierakonpolis-online.org/index.php/explore-the-predynastic-cemeteries/hk6-elite-cemetery/tomb-72>
- Fuentes, A. "Cooperation, Conflict, and Niche Construction in the genus Homo", en: D. P. Fry (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of Evolutionary and Cultural Views*, New York, Oxford University Press, 2013, pp. 78-94.
- Fusi Aizpúrua, J. P. "La crisis de la conciencia europea", en: M. Cabrera, S. Julià y P. M. Aceña (comps.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991, pp. 327-341.
- Gaballa, G. A. "Minor War Scenes of Ramesses II at Karnak", *The Journal of Egyptian Archaeology* 55, 1969, pp. 82-88.
- Gabriel, R. A. *The Culture of War: Invention and Early Development*, New York, Greenwood Press, 1990.
- Gabriel, R. A. *Soldiers' Lives through History: The Ancient World*, Westport (Connecticut)-London, Greenwood Press, 2007.
- Gabriel, R. A. y Metz, K. S. *From Sumer to Rome: The Military Capabilities of Ancient Armies*, New York, Greenwood Press, 1991.
- Gardiner, A. H. y Peet, T. E. *The Inscriptions of Sinai. Part I. Introduction and Plates*, London, Egypt Exploration Fund, 1917.
- Gardiner, A. H. "The Ancient Military Road between Egypt and Palestine", *The Journal of Egyptian Archaeology* 6 (2), 1920, pp. 99-116.
- Gat, A. "The Pattern of Fighting in Simple, Small-Scale, Prestate Societies", *Journal of Anthropological Research* 55 (4), 1999, pp. 563-583.
- Gat, A. *War in Human Civilization*, Oxford, Oxford University Press, 2006.
- Gatto, M. C. "The Nubian A-Group: a reassessment", *Archéo-Nil* 16, 2006, pp. 61-76.
- Gautier, É. *Le darwinisme social*, Paris, Derveaux, 1880.
- Gautier, P. y Midant-Reynes, B. "La tête de massue du roi Scorpion", *Archéo-Nil* 5, 1995, pp. 87-127.

- Gayubas, A. “Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico”, en: M. Campagno (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCA 3, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Ediciones del Signo, 2006, pp. 51-73.
- Gayubas, A. “Pierre Clastres y los estudios sobre la guerra en sociedades sin Estado”, *Revista Chilena de Antropología* 22, 2010, pp. 99-123.
- Gayubas, A. “Pierre Clastres y las sociedades contra el Estado”, *Germinal. Revista de Estudios Libertarios* 9, 2012, pp. 17-30.
- Gayubas, A. “Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal”, en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 143-162.
- Gayubas, A. “Warfare and socio-political hierarchies: reflections on non-state societies of the Predynastic Nile Valley”, *Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente* 35, 2015a, pp. 7-20.
- Gayubas, A. “Guerra y sociedad en el valle del Nilo durante los períodos Predinástico y Dinástico Temprano”, *Anuario de la Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes-UNR* 27, 2015b, pp. 79-104.
- Gayubas, A. “Warfare and Social Change in Non-state Societies of the Predynastic Nile Valley”, en: *Aula Orientalis. Revista de estudios del Próximo Oriente Antiguo* 33 (1), 2015c, pp. 43-49.
- Gayubas, A. “La paradoja de la guerra: Pierre Clastres en perspectiva anarquista”, *Erosión. Revista de Pensamiento Anarquista* 5, 2015d, pp. 41-57.
- Gayubas, A. “Guerra, territorio y cambio social en el valle del Nilo preestatal”, en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCA 11, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, pp. 31-43.
- Gellner, E. *Antropología y política*, Barcelona, Altaya, 1999 [1995].
- Giannese, A. “Conflict-related representations in the 4th millenium Egypt. A study on ideology of violence (Part I)”, *Cahiers Caribéens d’Egyptologie* 19/20, 2015.
- Giannese, A. “Conflict-related representations in the 4th millenium Egypt. A study on ideology of violence (Part II)”, *Cahiers Caribéens d’Egyptologie* 21, 2016.
- Giddens, A. *The Nation-State and Violence. Volume Two of A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Cambridge, Polity Press, 1985.
- Giddens, A. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995 [1984].
- Gilbert, G. P. “Some Notes on Prehistoric Decorated Vessels with Boat Scenes”, *Bulletin of the Australian Centre for Egyptology* 10, 1999, pp. 19-37.
- Gilbert, G. P. *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, BAR International Series 1208, Oxford, Archaeopress, 2004.
- Gilbert, G. P. *Ancient Egyptian Sea Power and the Origin of Maritime Forces*, Canberra, Sea Power Centre, 2008.

- Ginter, B., Kozłowski, J. K. y Pawlikowski, M. “Raw material procurement in the Tarifian and in the Naqada culture”, en: L. Krzyżaniak, K. Kroeper y M. Kobusiewicz (eds.), *Interregional contacts in the Later Prehistory of Northeastern Africa*, Studies in African Archaeology 5, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 1996, pp. 165-179.
- Gnirs, A. M. *Militar und Gesellschaft: Ein Beitrag zur Sozialgeschichte des Neuen Reiches*, Heidelberg, Heidelberg Orientverlag, 1996.
- Gnirs, A. M. “Ancient Egypt”, en: K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 71-104.
- Godelier, M. *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, México, Siglo XXI, 1974.
- Godelier, M. *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*, Barcelona, Laia, 1977 [1970].
- Godelier, M. *La producción de Grandes Hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal, 1986 [1982].
- Godron, G. *Études sur l’Horus Den et quelques problèmes de l’Égypte archaïque*, Cahiers d’orientalisme 19, Paris, Patrick Cramer, 1990.
- Goedicke, H. (ed.). *Perspectives on the Battle of Kadesh*, Baltimore, Halgo, 1985.
- González Alcantud, J. A. *Antropología (y) política. Sobre la formación cultural del poder*, Barcelona, Anthropos, 1998.
- González García, F. J. “El noroeste de la península ibérica en la Edad del Hierro: ¿una sociedad pacífica?”, *Cuadernos de Estudios Gallegos* 53 (119), 2006, pp. 129-153.
- González García, F. J. “La guerra en la Gallaecia antigua: del guerrero tribal al soldado imperial”, *Semata. Ciências Sociais e Humanidades* 19, 2007, pp. 21-64.
- González García, F. J. “Copérnico y los bárbaros. Notas para una reinterpretación de la Edad del Hierro europea”, en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 163-180.
- Gordón, F. “El estudio de la violencia en sociedades de pequeña escala: bases conceptuales para la construcción de modelos aplicables a casos arqueológicos”, en: T. Bourlot, D. Bozzuto, C. Crespo, A. C. Hecht y N. Kuperszmit (eds.), *Entre Pasados y Presentes II. Estudios Contemporáneos en Ciencias Antropológicas*, Buenos Aires, Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2009, pp. 113-126.
- Gordón, F. *Dinámica poblacional, conflicto y violencia en el norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío: un estudio arqueológico*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2011.
- Gracia Alonso, F. “La Arqueología e Historia Militar Antigua en Europa y Estados Unidos: Situación actual y perspectivas”, en: J. Vidal y B. Antela (eds.), *La guerra en la Antigüedad desde el presente*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2011, pp. 1-33.
- Graeber, D. “The divine kingship of the Shilluk: On violence, utopia, and the human condition, or, elements for an archaeology of sovereignty”, *HAU: Journal of Ethnographic Theory* 1 (1), 2011, pp. 1-62.

- Gratien, B. “La Basse Nubie a l’Ancien Empire: Egyptiens et Autochtones”, *Journal of Egyptian Archaeology* 81, 1995, pp. 43-56.
- Gray, C. H. *Postmodern War: The New Politics of Conflict*, London, Routledge, 1997.
- Griffin, K. “Images of the *Rekhyt* from Ancient Egypt”, *Ancient Egypt Magazine* 7 (2), 2006, pp. 45-50.
- Gross, D. R. “Protein Capture and Cultural Development in the Amazon Basin”, *American Anthropologist* 77, 1975, pp. 526-549.
- Grüner, E. “Pierre Clastres, o la rebeldía voluntaria”, en: M. Abensour (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2007a, pp. 7-49.
- Grüner, E. *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Colihue, 2007b.
- Guilaine, J. y Zammit, J. *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, Barcelona, Ariel, 2002 [2001].
- Gundlach, R. *Der Pharao und sein Staat. Die Grundlegung der ägyptischen Königsideologie im 4. und 3. Jahrtausend*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1998.
- Gundlach, R. y Vogel, C. (eds.). *Militärsgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel der aktuellen Forschung*, Paderborn, Schoeningh, 2009.
- Guyot, F. “The Predynastic Pottery from Tell el-Iswid (Nile Delta). Preliminary Report on the Lower Egyptian Culture Assemblage”, *Bulletin de Liaison de la Céramique Égyptienne* 25, 2015, pp. 5-35.
- Haas, J. *The Evolution of the Prehistoric State*, New York, Columbia University Press, 1982.
- Haas, J. (ed.). *The Anthropology of War*, School of American Research advanced seminar series, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Haas, J. “The Origins of War and Ethnic Violence”, en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999, pp. 11-24.
- Haas, J. “Warfare and the Evolution of Culture”, en: G. Feinman y T. D. Price (eds.), *Archaeology at the Millennium: A Sourcebook*, New York, Kluwer Academic/Plenum Publishers, 2001, pp. 329-350.
- Haas, J. y Piscitelli, M. “The Prehistory of Warfare: Mised by Ethnography”, en: D. P. Fry (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of Evolutionary and Cultural Views*, New York, Oxford University Press, 2013, pp. 168-190.
- Habachi, L. *The Second Stela of Kamose and His Struggle against the Hyksos Ruler and His Capital*, Abhandlungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo, Ägyptologische Reihe 8, Glückstadt, J. J. Augustin, 1972.
- Hafsaa-Tsakos, H. *War on the southern frontier of the emerging state of ancient Egypt. A warfare perspective on the history of the A-Group people in Lower Nubia during the 4th millennium BCE*, PhD Dissertation, University of Bergen, Norway, 2015.

- Hall, E. S. *The Pharaoh Smites his Enemies. A Comparative Study*, Münchner Ägyptologische Studien 45, München, Deutscher Kunstverlag, 1986.
- Hallpike, C. R. "Blood is Their Argument: Warfare Among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands. by Mervyn Meggitt", *Man*, New Series 12 (3/4), 1977, pp. 555-557.
- Hamblin, W. J. *Warfare in the Ancient Near East to 1600 BC. Holy Warriors at the Dawn of History*, London-New York, Routledge, 2006.
- Hanson, V. D. *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece*, Nueva York, A. A. Knopf, 1989.
- Hanson, V. D. *Guerra. El origen de todo*, Madrid, Turner, 2011 [2010].
- Hårde, A. "Funerary Rituals and Warfare in the Early Bronze Age Nitra Culture of Slovakia and Moravia", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 341-382.
- Harner, M. J. "The Ecological Basis for Aztec Sacrifice", *American Ethnologist* 4, 1977a, pp. 117-135.
- Harner, M. J. "The Enigma of Aztec Sacrifice", *Natural History* 86 (4), 1977b, pp. 46-51.
- Harris, M. *Cows, Pigs, Wars, and Witches*, Glasgow, Fontana-Collins, 1974.
- Harris, M. "A Cultural Materialist Theory of Band and Village Warfare: The Yanomamo Test", en: R. B. Ferguson (ed.), *Warfare, Culture, and Environment*, Studies in Anthropology, Orlando, Academic Press, 1984, pp. 111-140.
- Harris, M. *Canibales y reyes. Los orígenes de la cultura*, Barcelona, Salvat, 1986 [1977].
- Harris, M. "Yanomami warfare: a political history", *Human Ecology* 24 (3), 1996, pp. 413-416.
- Harrison, S. "The Symbolic Construction of Aggression and War in a Sepik River Society", *Man* 24 (4), 1989, pp. 583-599.
- Harrison, S. *The Mask of War: Violence, Ritual and the Self in Melanesia*, Manchester, Manchester University Press, 1993.
- Harrison, S. "War, warfare", en: A. Barnard y J. Spencer (eds.), *The Routledge Encyclopedia of Social and Cultural Anthropology*, 2nd edition, London-New York, Routledge, 2010, pp. 711-712.
- Hartmann, R. "Zwei Fragmente der White Cross-lined Ware aus dem Friedhof U in Abydos zu Gefäßen aus dem Ägyptischen Museum Kairo", en: E.-M. Engel, V. Müller y U. Hartung (eds.), *Zeichen aus dem Sand. Streiflichter aus Ägyptens Geschichte zu Ehren von Günter Dreyer*, MENES - Studien zur Kultur und Sprache der ägyptischen Frühzeit und des Alten Reiches 5, Wiesbaden, Harrassowitz, 2008, pp. 163-182.
- Hartung, U. *Umm el-Qaab II: Importkeramik aus dem Friedhof U in Abydos (Umm el-Qaab) und die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 4. Jahrtausend v. Chr.*, Deutsches Archäologisches Institut, Abteilung Kairo – Archäologische Veröffentlichungen 92, Mainz, Verlag Philipp von Zabern, 2001.

- Hartung, U., Abd el-Gelil, M., von den Driesch, A., Fares, G., Hartmann, R., Hikade, T. y Ihde, C. "Vorbericht über neue Untersuchungen in der prädynastischen Siedlung von Maadi", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo* 59, 2003, pp. 149-198.
- Hasel, M. G. *Domination & Resistance: Egyptian Military Activity in the Southern Levant, 1300 – 1185 BC*, Leiden, Brill, 1998.
- Hassan, F. "The Predynastic of Egypt", *Journal of World Prehistory* 2, 1988, pp. 135-185.
- Hassan, F. "Primeval Goddess to Divine King. The Mythogenesis of Power in the Early Egyptian State", en: R. Friedman y B. Adams (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, 1992, pp. 307-322.
- Hassan, F. "The Gift of the Nile", en: D. P. Silverman (ed.), *Ancient Egypt*, Oxford-New York, Oxford University Press, 1997a, pp. 10-19.
- Hassan, F. "The Dynamics of a Riverine Civilization: a Geoarchaeological Perspective on the Nile Valley, Egypt", *World Archaeology* 29, 1997b, pp. 51-74.
- Hassan, F. A. "Palaeoclimate, Food and Culture Change in Africa: An Overview", en: F. A. Hassan (ed.), *Droughts, Food and Culture. Ecological Change and Food Security in Africa's Later Prehistory*, New York, Kluwer Academic-Plenum Publishers, 2002a, pp. 11-26.
- Hassan, F. A. "Conclusion: Ecological Changes and Food Security in the Later Prehistory of North Africa: Looking Forward", en: F. A. Hassan (ed.), *Droughts, Food and Culture. Ecological Change and Food Security in Africa's Later Prehistory*, New York, Kluwer Academic-Plenum Publishers, 2002b, pp. 321-333.
- Hassig, R. *Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press, 1995 [1988].
- Hassig, R. "The Aztec World", en: K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 361-387.
- Hassig, R. "Mesoamérica de los olmecas a los aztecas", en: P. de Souza (ed.), *El mundo antiguo en guerra. Una historia global*, Madrid, Akal, 2008, pp. 275-293.
- Hayes, W. C. *The Scepter of Egypt. A Background for the Study of the Egyptian Antiquities in The Metropolitan Museum of Art. Part I. From the Earliest Times to the End of the Middle Kingdom*, New York, The Metropolitan Museum of Art, 1953.
- Hayes, W. C. *Most Ancient Egypt* (K. C. Seele ed.), Chicago-London, The University of Chicago Press, 1965.
- Heagren, B. H. *The Art of War in Pharaonic Egypt. An Analysis of the Tactical, Logistic, and Operational Capabilities of the Egyptian Army (Dynasties XVII-XX)*, Unpublished Ph.D dissertation, University of Auckland, Auckland, 2010.
- Heinz, S. *Die Feldzugsdarstellungen des Neuen Reiches. Eine Bildanalyse*, Denkschriften der Gesamtakademie 18, Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2001.
- Helbling, J. "The Dynamics of War and Alliance among the Yanomami", en: G. Elwert, D. Neubert y S. Feuchtwang (eds.), *Dynamics of Violence: Processes of Escalation and*

De-escalation of Violent Group Conflicts, Berlin, Duncker und Humblot, 1999, pp. 103-116.

Helbling, J. "War and Peace in Societies without Central Power: Theories and Perspectives", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 113-139.

Helck, H. W. *Der Einfluss der Militärführer in der 18. ägyptischen Dynastie*, Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens 14, Leipzig, Hinrichs, 1939.

Helck, W. *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1962.

Helck, W. "Die Ägypter und die Fremden", *Saeculum* 15 (2), 1964, pp. 103-114.

Helck, W. *Untersuchungen zur Thinitenzeit*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1987.

Hendrickx, S. "Checklist of predynastic 'Decorated' pottery with human figures", *Cahiers Caribéens d'Égyptologie* 3/4, 2002a, pp. 29-50.

Hendrickx, S. "Bovines in Egyptian Predynastic and Early Dynastic Iconography", en: F. A. Hassan (ed.), *Droughts, Food and Culture. Ecological Change and Food Security in Africa's Later Prehistory*, New York, Kluwer Academic-Plenum Publishers, 2002b, pp. 275-318.

Hendrickx, S. "L'iconographie de la chasse dans le contexte social prédynastique", *Archéo-Nil* 20, 2010, pp. 108-136.

Hendrickx, S. "Hunting and Social Complexity in Predynastic Egypt", *Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, Mededelingen der Zittingen* 57 (2-4), 2011a, pp. 237-263.

Hendrickx, S. "Iconography of the Predynastic and Early Dynastic Periods", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011b, pp. 75-81.

Hendrickx, S. "Crafts and Craft Specialization", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011c, pp. 93-98.

Hendrickx, S. "The emergence of the Egyptian state", en: C. Renfrew y P. Bahn (eds.), *The Cambridge World Prehistory*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 259-278.

Hendrickx, S. y Eyckerman, M. "Visual representation and state formation in Egypt", *Archéo-Nil* 22, 2012, pp. 23-72.

Hendrickx, S. y Förster, F. "Early Dynastic Art and Iconography", en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 2, Blackwell Companions to the Ancient World, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 826-852.

Hendrickx, S. y Huyge, D. "Neolithic and Predynastic Egypt", en: C. Renfrew y P. Bahn (eds.), *The Cambridge World Prehistory*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 240-258.

Hendrickx, S. y Vermeersch, P. “Prehistory. From the Palaeolithic to the Badarian Culture (c. 700,000-4000 BC)”, en: I. Shaw (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, New York, Oxford University Press, 2000, pp. 17-43.

Hendrickx, S., Darnell, J. C. y Gatto, M. C. “The earliest representations of royal power in Egypt: the rock drawings of Nag el-Hamdulab (Aswan)”, *Antiquity* 86 (334), 2012, pp. 1068-1083.

Hendrickx, S., Huyge, D. y Wendrich, W. “Worship without Writing”, en: W. Wendrich (ed.), *Egyptian Archaeology*, Blackwell Studies in Global Archaeology, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 15-35.

Herold, A. “Aspekte ägyptischer Waffentechnologie – von der Frühzeit bis zum Ende des Neuen Reiches”, en: R. Gundlach y C. Vogel (eds.), *Militärsgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, Krieg in der Geschichte 34, Paderborn-München-Wien-Zürich, Ferdinand Schöningh, 2009, pp. 187-216.

Heusch, L. de. “La inversión de la deuda (proposiciones acerca de las realidades sagradas africanas)”, en: M. Abensour (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes: Pierre Clastres o una nueva antropología política*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2007 [1987], pp. 95-120.

Hierakonpolis Expedition. “HK6: the Elite Predynastic and Early Dynastic cemetery”, en: *Hierakonpolis-online*, consultado en 2017. <http://www.hierakonpolis-online.org/index.php/explore-the-predynastic-cemeteries/hk6-elite-cemetery>

Hikade, T. “Urban development at Hierakonpolis and the stone industry at Square 10N5W”, en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference “Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt”*, Krakow, 28th August – 1st September 2002, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leiden, Brill, 2004, pp. 181-197.

Hobbes, T. *De Cive. The English Version*, edited by Howard Warrender, The Clarendon Edition of the Philosophical Works of Thomas Hobbes 3, Oxford-New York, Oxford University Press, 1983 [1642].

Hobbes, T. *Leviathan*, edited by J. C. A. Gaskin, Oxford, Oxford University Press, 1998 [1651].

Hobhouse, L. T., Wheeler, G. C. y Ginsberg, M. *The Material Culture and Social Institutions of the Simpler Peoples*, London, Chapman & Hall, 1915.

Hoffman, M. A. *Egypt Before the Pharaohs*, New York, Barnes & Noble, 1979.

Hoffman, M. A. “General Summary and Conclusions – Issues in Predynastic Culture History”, en: M. A. Hoffman (ed.), *The Predynastic of Hierakonpolis*, Cairo, Cairo University Herbarium, 1982, pp. 139-148.

Hoffman, M. A., Hamrousch, H. A. y Allen, R. O. “A Model of Urban Development for the Hierakonpolis Region from Predynastic through Old Kingdom Times”, *Journal of the American Research Center in Egypt* 23, 1986, pp. 175-188.

Holmes D. L. *The Predynastic Lithic Industries of Upper Egypt. A Comparative Study of the Lithic Traditions of Badari, Naqada and Hierakonpolis*, BAR International Series 469, Oxford, Archaeopress, 1989.

- Holmes, D. L. "The Flint Axes of Nagada, Egypt: Analysis and Assessment of a Distinctive Predynastic Tool Type", *Paléorient* 16 (1), 1990, pp. 1-21.
- Hornung, E. "Von Zweierlei Grenzen im Alten Ägypten", *Eranos Jahrbuch* 49, 1980, pp. 393-427.
- Huyge, D. y Darnell, J. C. "Once more British Museum EA35324", *Göttinger Miszellen: Beiträge zur ägyptologischen Diskussion* 225, 2010, pp. 71-74.
- Inomata, T. y Triadan, D. "Culture and Practice of War in Maya Society", en: A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, pp. 56-83.
- Jablow, J. *The Cheyenne in Plains Indian Trade Relations 1795-1840*, Monograph No. 19, New York, American Ethnological Society, 1951.
- Janssen, J. "The early state in ancient Egypt", en: H. J. M. Claessen y P. Skalník (eds.), *The Early State*, The Hague, Mouton, 1978, pp. 213-234.
- Jeffreys, D. "Introduction – Two Hundred Years of Ancient Egypt: Modern History and Ancient Archaeology", en: D. Jeffreys (ed.), *Views of Ancient Egypt since Napoleon Bonaparte. Imperialism, Colonialism and Modern Appropriations*, Encounters with Ancient Egypt, London, UCL Press, 2003, pp. 1-18.
- Joffe, A. H. "Egypt and Syro-Mesopotamia in the 4th Millennium: Implications of the New Chronology", *Current Anthropology* 41 (1), 2000, pp. 113-123.
- Jones, D. *Boats (Egyptian Bookshelf)*, Austin, University of Texas Press, 1995.
- Jones, D. *An Index of Ancient Egyptian Titles, Epithets and Phrases of the Old Kingdom. Volume I*, Oxford, Archaeopress, 2000.
- Jones, S. *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*, London-New York, Routledge, 1997.
- Jorgensen, J. *Western Indians*, San Francisco, Freeman, 1980.
- Jucha, M. A. "Naqada IId2/IIIa1 Pottery in the Nile Delta. A View from Tell el-Farkha", *Studies in Ancient Art and Civilization* 10, 2007, pp. 23-39.
- Judd, M. "Palaeotrauma: a profile of personal injury during the Kerma period", *Sudan & Nubia* 5, 2001, pp. 21-28.
- Judd, M. "Jebel Sahaba Revisited", en: K. Kroeper, M. Chłodnicki y M. Kobusiewicz (eds.), *Archaeology of Early Northeastern Africa: In memory of Lech Krzyżaniak*, Studies in African Archaeology 9, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2006, pp. 153-166.
- Judd, M. A. "The parry problem", *Journal of Archaeological Science* 35, 2008, pp. 1658-1666.
- Jursa, M. y Moreno García, J. C. "The Ancient Near East and Egypt", en: A. Monson y W. Scheidel (eds.), *Fiscal Regimes and the Political Economy of Premodern States*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 115-165.
- Kaiser, W. "Einige Bemerkungen zur ägyptischen Frühzeit III", *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 91, 1964, pp. 36-125.

- Kaiser, W. "Zur Entstehung des gesamtägyptischen Staates", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 46, 1990, pp. 287-299.
- Kanawati, N. *Tombs at Giza. Volume II. Seshathetep/Heti (G5150), Nesutnefer (G4970) and Seshemnefer II (G5080)*, The Australian Centre for Egyptology: Reports 18, Warminster, Aris and Phillips, 2002.
- Kantor, H. J. "The Final Phase of Predynastic Culture: Gerzean or Semamean?", *Journal of Near Eastern Studies* 3, 1944, pp. 110-136.
- Kaplony, P. *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit*, Ägyptologische Abhandlungen 8, Wiesbaden, Harrasowitz, 1963.
- Karlshausen, C. y Obsomer, C. (eds.). *De la Nubie à Qadech / From Nubia to Kadesh. La guerre dans l'Égypte ancienne / War in Ancient Egypt*, Connaissance de l'Égypte Ancienne 17, Bruxelles, Safran, 2016.
- Keegan, J. *The Face of Battle*, London, Jonathan Cape, 1976.
- Keegan, J. *Historia de la guerra*, Madrid, Turner, 2014 [1993].
- Keeley, L. H. *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Oxford-New York, Oxford University Press, 1996.
- Kees, H. *Der Götterglaube im Alten Ägypten*, Leipzig, J. C. Hinrichs, 1941.
- Kelly, R. C. *Warless Societies and the Origin of War*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2000.
- Kemp, B. J. "Imperialism and Empire in New Kingdom Egypt", en: P. Garnsey y C. R. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, pp. 7-58.
- Kemp, B. J. "El Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio (c. 2686-1552 a.C.)", en: B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O'Connor y A. B. Lloyd, *Historia del Egipto antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985 [1983], pp. 98-230.
- Kemp, B. *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 1996 [1989].
- Kemp, B. J. *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilisation*, 2nd edition, London-New York, Routledge, 2006.
- Kemp, B. J. "Unification and Urbanization of Ancient Egypt", en: J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vols. I-II, Peabody, Massachusetts, Hendrickson Publishers, 2006 [1995], pp. 679-690.
- Knauff, B. M. "Melanesian warfare: a theoretical history", *Oceania* 60, 1990, pp. 250-311.
- Knauff, B. M. "Violence and Sociality in Human Evolution", *Current Anthropology* 32 (4), 1991, pp. 391-428.
- Koch, K-F. *The Anthropology of Warfare*, Reading (Massachusetts), Addison-Wesley, 1974.
- Koenig, Y. "The image of the foreigner in the magical texts of ancient Egypt", en: P. Kousoulis y K. Magliveras (eds.), *Moving across Borders: Foreign Relations, Religion and Cultural Interactions in the Ancient Mediterranean*, Orientalia Lovaniensia Analecta 59, Leuven-Paris-Dudley, Peeters, 2007, pp. 223-238.

- Köhler, E. C. "History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt", en: E. C. M. van den Brink y T. E. Levy (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*, London, Leicester University Press, 2002, pp. 499-513.
- Köhler, E. C. "Theories of State Formation", en: W. Wendrich (ed.), *Egyptian Archaeology*, Blackwell Studies in Global Archaeology, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010a, pp. 36-54.
- Köhler, E. C. "Prehistory", en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Blackwell Companions to the Ancient World, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010b, pp. 25-47.
- Köhler, E. C. "The Orientation of Cult Niches and Burial Chambers in Early Dynastic Tombs at Helwan", en: L. Evans (ed.), *Ancient Memphis – 'Enduring is the Perfection'. Proceedings of the International Conference held at Macquarie University, Sydney, on August 14–15, 2008*, Orientalia Lovaniensia Analecta 214, Leuven, Uitgeverij Peeters en Departement Oosterse Studies, 2012, pp. 279-298.
- Köhler, E. C. "Of Pots and Myths – attempting a comparative study of funerary pottery assemblages in the Egyptian Nile Valley during the late 4th millennium BC", en: A. Mączyńska (ed.), *The Nile Delta as a centre of cultural interactions between Upper Egypt and the Southern Levant in the 4th millennium BC. Proceedings of the conference held in the Poznań Archaeological Museum, Poznań, Poland, 21-22 June 2013*, Studies in African Archaeology 13, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2014, pp. 155-180.
- Kokkinidou, D. y Nikolaidou, M. "Neolithic enclosures in Greek Macedonia: violent and non-violent aspects of territorial demarcation", en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999, pp. 89-99.
- Kokko, H. "Conflict and Restraint in Animal Species. Implications for War and Peace", en: D. P. Fry (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of Evolutionary and Cultural Views*, New York, Oxford University Press, 2013, pp. 38-53.
- Komorzynski, E. "Über die soziale stellung des altägyptischen soldaten", *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 51, 1951, pp. 111-122.
- Krauss, R. "Zur stilgeschichtlichen Einordnung der Gefäßfragmente Berlin ÄGM 15084/15693 und des Messers vom Gebel el-Arak", *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft zu Berlin* 127, 1995, pp. 151-171.
- Krohn-Hansen, C. "The Anthropology of Violent Interaction", *Journal of Anthropological Research* 50 (4), 1994, pp. 367-381.
- Kropotkin, P. *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, New York, McClure Phillips & Co., 1902.
- Kropotkin, P. *L'État: son rôle historique*, Paris, Temps Nouveaux, 1906.
- Kropotkin, P. *Ethics. Origin and Development*, New York, Dial Press, 1924.
- Kruchten, J.-M. "Rétribution de l'armée d'après le décret d'Horemheb", *L'Égyptologie* 2, 1979, pp. 143-148.
- Kühnert-Eggebrecht, E. *Die Axt als Waffe und Werkzeug im alten Ägypten*, Münchener Ägyptologische Studien 15, Berlin, Hessling, 1969.

- Kurtz, L. "Preface", en: L. Kurtz (ed.), *Encyclopedia of Violence, Peace, & Conflict*, 2nd edition, San Diego-Oxford, Academic Press-Elsevier, 2008, pp. xix-xxv.
- La Vergata, A. *Guerra e darwinismo sociale*, Calabria, Rubbettino, 2005.
- Lacau, P. y Lauer, J.-P. *La pyramide à degrés IV: Inscriptions gravées sur les vases*, Le Caire, Institut Français d'Archéologie Orientale, 1959.
- Lacau, P. y Lauer, J.-P. *La pyramide à degrés V: Inscriptions à l'encre sur les vases*, Le Caire, Institut Français d'Archéologie Orientale, 1965.
- Lacovara, P. "British Museum 35324, again", *Göttinger Miszellen* 59, 1982, pp. 41-50.
- Lambert, P. M. "Patterns of Violence in Prehistoric Hunter-gatherer Societies of Coastal Southern California", en: D. L. Martin y D. W. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 77-109.
- Landström, B. *Ships of the Pharaohs. 4000 Years of Egyptian Shipbuilding*, London, Allen & Unwin, 1970.
- Lankester, F. D. *Predynastic and Pharaonic Era Rock Art in Egypt's Central Eastern Desert : Distribution, Datation, Interpretation*, PhD Thesis, Durham University, 2012.
- Lawrence, A. W. "Ancient Egyptian Fortifications", *The Journal of Egyptian Archaeology* 51, 1965, pp. 69-94.
- Le Quellec, J.-L., Flers, P. de y Flers, P. de. *Du Sahara au Nil: peintures et gravures d'avant les pharaons*, Paris, Fayard, 2005.
- Leahy, A. "Ethnic Diversity in Ancient Egypt", en: J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vols. I-II, Peabody, Massachusetts, Hendrickson Publishers, 2006 [1995], pp. 225-234.
- Leaky, R. E. y Lewin, E. *Los orígenes del hombre*, Madrid, Aguilar, 1980 [1977].
- LeBlanc, S. A. *Prehistoric Warfare in the American Southwest*, Salt Lake City, The University of Utah Press, 1999.
- LeBlanc, S. A. *Constant Battles. Why We Fight?*, New York, St. Martin's Griffin, 2004.
- Lehner, M. "Fractal House of Pharaoh: Ancient Egypt as a Complex Adaptive System, a Trial Formulation", en: T. A. Kohler y G. J. Gumerman (eds.), *Dynamics in Human and Primate Societies. Agent-Based Modeling of Social and Spatial Processes*, Oxford-New York, Oxford University Press, 2000, pp. 275-353.
- Leoni, J. B. "La arqueología y el estudio del conflicto armado en contextos prehistóricos e históricos: un estado de la cuestión", *Anuario de la Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes-UNR* 27, 2015, pp. 8-38.
- Leroi-Gourhan, A. *La Geste et la Parole, II: La Mémoire et les rythmes*, Paris, Albin Michel, 1965.
- Lévi-Strauss, C. "Guerre et commerce chez les Indiens de l'Amérique du Sud", *Renaissance* 1 (1-2), 1943, pp. 122-139.
- Lévi-Strauss, C. *Les structures élémentaires de la parenté*, Paris, Presses Universitaires de France, 1949.
- Lichtheim, M. *Ancient Egyptian Literature. Volume I: The Old and Middle Kingdoms*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1973.

- Lipovetsky, G. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1995 [1983].
- Liszka, K. "A-Group", en: R. S. Bagnall, K. Brodersen, C. B. Champion, A. Erskine y S. R. Huebner (eds.), *The Encyclopedia of Ancient History*, Malden, Wiley-Blackwell, 2013, pp. 229-230.
- Littauer, M. A. y Crowel, J. H. *Chariots and Related Equipment from the Tomb of Tutankhamun*, Oxford, Griffith Institute, 1985.
- Liverani, M. *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a.C.*, Barcelona, Bellaterra, 2003 [1990].
- Livingstone, F. "The Effects of Warfare on the Biology of the Human Species", en: M. Fried, M. Harris y R. Murphy (eds.), *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, New York, The Natural History Press, 1968, pp. 3-16.
- Lizot, J. "Population, resources et guerre chez les Yanomami. Critique de l'anthropologie écologique", *Libre 77* (2), 1977, pp. 111-145.
- Lizot, J. "On warfare: an answer to N. A. Chagnon", *American Ethnologist* 21 (4), 1994, pp. 845-862.
- Llinares García, M. del M. "Introducción", en: V. I. Avdiev, *Historia económica y social del Antiguo Oriente I. El Egipto faraónico*, Madrid, Akal, 1986, pp. 5-13.
- Lloyd, A. B. *Ancient Egypt. State and Society*, Oxford, Oxford University Press, 2014.
- Locke, J. *Second Treatise of Government*, edited by C. B. Macpherson, Indianapolis-Cambridge, Hackett Publishing Company, 1980 [1689].
- López, J. *Las inscripciones rupestres faraónicas entre Korosko y Kasr Ibrim (orilla oriental del Nilo)*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales, 1966.
- Loprieno, A. *Topos und Mimesis: Zum Ausländer in der ägyptischen Literatur*, Ägyptologische Abhandlungen 48, Wiesbaden, Harrassowitz, 1988.
- Loprieno, A. "Slavery and Servitude", en E. Froyd y W. Wendrich (eds.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, University of California, 2012. <http://digital2.library.ucla.edu/viewItem.do?ark=21198/zz002djg3j>
- Lorenz, K. *On Aggression*, New York, Harcourt, Brace, and World, 1966.
- Lorton, D. "Terminology Related to the Laws of Warfare in Dyn. XVIII", *Journal of the American Research Center in Egypt* 11, 1974, pp. 53-68.
- Lucas, A. y Harris, J. R. *Ancient Egyptian Materials and Industries*, New York, Dover Publications, 1989 [1962].
- Ludes, B. y Crubézy, E. "Le sacrifice humain en contexte funéraire. Problèmes posés à l'anthropobiologie et à la médecine légale. L'exemple prédynastique", en: J-P. Albert y B. Midant-Reynes, *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, Paris, Soleb, 2005, pp. 82-95.
- Lull, V., Micó Pérez, R., Herrada, C. R. y Risch, R. "La investigación de la violencia: una aproximación desde la arqueología", *Cypsela* 16, 2006, pp. 87-108.
- Lundh, P. *Actor and Event: Military Activity in Ancient Egyptian Narrative Texts from Tuthmosis II to Merenptah*, Uppsala Studies in Egyptology 2, Uppsala, Uppsala University, 2002.

Lupo de Ferriol, S. “Algunas reflexiones acerca de la frontera sur de Egipto durante el Reino Antiguo”, *Aula Orientalis* 19, 2001, pp. 245-260.

Lupo, S. “La frontera sur de Egipto en el 3er. y 2do. milenio a.C.”, en: A. Guance (dir.), *La frontera: realidades y representaciones*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, 2005, pp. 185-210.

Lupo, S. *Territorial Appropriation during the Old Kingdom (XXVIIIth-XXIIIrd centuries BC). The royal necropolises and the pyramid towns in Egypt*, BAR International Series 1595, Oxford, Archaeopress, 2007.

Lynn, J. A. *Battle. A History of Combat and Culture from Ancient Greece to Modern America*, New York, Basic Books, 2008 [2003].

Mączyńska, A. *Lower Egyptian communities and their interactions with Southern Levant in the 4th millennium BC*, Studies in African Archaeology 12, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2013.

Mączyńska, A. (ed.). *The Nile Delta as a Centre of Cultural Interactions between Upper Egypt and the Southern Levant in the 4th Millennium BC*, Studies in African Archaeology 13, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2014a.

Mączyńska, A. “Some remarks on the visitors in the Nile Delta in the 4th millennium BC”, en: A. Mączyńska (ed.), *The Nile Delta as a Centre of Cultural Interactions between Upper Egypt and the Southern Levant in the 4th Millennium BC*, Studies in African Archaeology 13, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2014b, pp. 181-216.

Mączyńska, A. “Lower and Upper Egypt in the 4th millennium BC. The development of craft specialisation and social organisation of the Lower Egyptian and Naqada cultures”, en: M. Chłodnicki, J. Kabacinski y M. Kobusiewicz (eds.), *Hunter-Gatherers and Early Food Producing Societies in Northeastern Africa*, Studies in African Archaeology 14, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 2015, pp. 65-101.

Maish, A. “Trauma at HK43”, *Nekhen News* 10, 1998, pp. 6-7.

Maish, A. “Report on the Physical Remains from the Predynastic Cemetery at HK43”, *Journal of the American Research Center in Egypt* 36, 1999, pp. 11-14.

Malek, J. *In the Shadow of the Pyramids. Egypt during the Old Kingdom*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1986.

Malinowski, B. “Culture as Determinant of Behavior”, *The Scientific Monthly* 43 (5), 1936, pp. 440-449.

Malinowski, B. “An Anthropological Analysis of War”, *American Journal of Sociology* 46, 1941, pp. 521-550.

Malone, P. M. *The Skulking Way of War: Technology and Tactics among the New England Indians*, London-New York-Oxford, Madison Books, 2000 [1991].

Manassa, C. “El-Moalla to El-Deir”, en: W. Wendrich (ed.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, UCLA, 2011. <http://escholarship.org/uc/item/4pc0w4hg>

Mann, M. *The Sources of Social Power. Volume I: A history of power from the beginning to A.D. 1760*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1986.

Mann, M. *States, War and Capitalism. Studies in Political Sociology*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1992 [1988].


- Marfoe, L. "Cedar Forest to Silver Mountain: Social Change and the Development of Long-Distance Trade in Early Near Eastern Societies", en: M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 25-35.
- Martin, D. L. y Frayer, D. W. (eds.). *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997a.
- Martin, D. L. y Frayer, D. W. "Introduction", en: D. L. Martin y D. W. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997b, pp. xiii-xxi.
- Martínez Babón, J. "Breve síntesis sobre la introducción de nuevo armamento en Egipto durante la dinastía XVIII", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua 14, 2001, pp. 11-37.
- Martínez Babón, J. *Historia militar de Egipto durante la dinastía XVIII*, Barcelona, Museu Egipci de Barcelona, 2003.
- Martínez Babón, J. "Breve síntesis sobre el armamento en Egipto durante las dinastías XIX y XX", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua 17-18, 2004-2005, pp. 35-55.
- Martínez Babón, J. *Faraones guerreros. Historia militar de Egipto desde la Dinastía I hasta la XXVI*, Sant Feliu de Guíxols, Gràfiques Bigas, 2007.
- Massoulard, E. *Préhistoire et Protohistoire d'Égypte*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1949.
- Mauss, M. *Ensayo sobre el don*, Buenos Aires, Katz, 2009 [1925].
- McCauley, C. "Conference overview", en: J. Haas (ed.), *The Anthropology of War*, School of American Research advanced seminar series, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 1-25.
- McDermott, B. *La guerra en el antiguo Egipto*, Barcelona, Crítica, 2006 [2004].
- McLeod, W. *Composite Bows from the Tomb of Tut'ankhamun*, Oxford, Griffith Institute, 1970.
- McLeod, W. *Self Bows and Other Archery Tackle from the Tomb of Tut'ankhamun*, Tut'ankhamun's Tomb Series 4, Oxford, Griffith Institute, 1982.
- Mead, M. "Warfare is Only an Invention –Not a Biological Necessity", en: L. Bramson y G. Goethals (eds.), *War: Studies from Psychology, Sociology, Anthropology*, New York, Basic Books, 1964, pp. 269-274.
- Mead, M. "Alternatives to War", en: M. Fried, M. Harris y R. Murphy (eds.), *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, New York, The Natural History Press, 1968, pp. 215-228.
- Meggitt, M. *Blood is their Argument. Warfare among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*, Palo Alto, Mayfield, 1977.
- Menu, B. "Mise à mort cérémonielle et prélèvements royaux sous la 1ère Dynastie (NÂRMER-DEN)", *Archéo-Nil* 11, 2001, pp. 163-175.
- Menu, B. *Maât, l'ordre juste du monde*, Paris, Michalon, 2005.
- Menu, B. "Maât, ordre social et inégalités dans l'Égypte ancienne", *Droit et cultures* 69, 2015, pp. 51-73.

- Midant-Reynes, B. *The Prehistory of Egypt. From the First Egyptians to the First Pharaohs*, Oxford, Blackwell Publishing, 2000 [1992].
- Midant-Reynes, B. “The Naqada Period (c. 4000-3200 BC)”, en: I. Shaw (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, New York, Oxford University Press, 2000, pp. 44-60.
- Midant-Reynes, B. *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à l'émergence de l'État*, Paris, Fayard, 2003.
- Midant-Reynes, B., Buchez, N., Bréand, G., Briois, F., Cavero, J., Coupey, A-S., De Dapper, M., Delhopital, N., Emery-Barbier, A., el-Hajaoui, R., Guérin, S., Guyot, F., Hochstrasser-Petit, C., Lesur, J., Minotti, M., Regulski, I., Robitaille, J., Torchy, L. y Tristant, Y. “Tell el-Iswid 2006–2010. The Archaeology of The Eastern Nile Delta in the 4th Millennium BC”, en: M. A. Jucha, J. Dębowska-Ludwin y P. Kołodziejczyk (eds.), *Aegyptus est imago caeli. Studies presented to Krzysztof M. Ciałowicz on His 60th Birthday*, Kraków, Institute of Archaeology, Jagiellonian University in Kraków-Archaeologica Foundation, 2014, pp. 37-56.
- Miroschedji, P. de, Sadeq, M., Faltings, D., Boulez, V., Naggiar-Moliner, L., Sykes, N. y Tengberg, M. “Les fouilles de Tell es-Sakan (Gaza): Nouvelles données sur les contacts égypto-cananéens aux IVe-IIIe millénaires”, *Paléorient* 27 (2), 2001, pp. 75-104.
- Moeller, N. “Evidence for Urban Walling in the Third Millennium BC”, *Cambridge Archaeological Journal* 14 (2), 2004, pp. 261-265.
- Moeller, N. *The Archaeology of Urbanism in Ancient Egypt. From the Predynastic Period to the End of the Middle Kingdom*, New York, Cambridge University Press, 2016.
- Monnet-Saleh, J. “Interpretation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte. Partie I”, *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale* 86, 1986, pp. 227-238.
- Monnet-Saleh, J. “Interprétation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte (suite). II. – La politique de conquête du Scorpion et de Merynar”, *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale* 90, 1990, pp. 259-279.
- Monnier, F. *Les forteresses égyptiennes. Du Prédynastique au Nouvel Empire*, Connaissance de l'Égypte Ancienne 11, Bruxelles, Safran, 2010.
- Monnier, F. “La houe et la forteresse... Finalement, acte de fondation ou de destruction?”, *ENiM* 6, 2013a, pp. 243-256.
- Monnier, F. “Tours de guet et tours *swnw* dans la campagne égyptienne”, *Res Antiquae* 10, 2013b, pp. 367-388.
- Monnier, F. “Une iconographie égyptienne de l'architecture défensive”, *ENiM* 7, 2014, pp. 173-219.
- Montagu, A. *Darwin. Competition & Cooperation*, New York, Henry Schuman, 1952.
- Montagu, A. *The Nature of Human Aggression*, New York, Oxford University Press, 1976.
- Moreno García, J. C. “Administration territoriale et organisation de l'espace en Égypte au troisième millénaire avant J.-C. (II): *swnw*”, *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 124, 1997, pp. 116-130.

- Moreno García, J. C. *Hwt et le milieu rural égyptien du IIIe millénaire. Économie, administration et organisation territoriale*, Bibliothèque de l'École des Hautes Etudes – Sciences Historiques et Philologiques 337, Paris, Honoré Champion, 1999.
- Moreno García, J. C. *Egipto en el Imperio Antiguo (2650-2150 antes de Cristo)*, Barcelona, Bellaterra, 2004.
- Moreno García, J. C. “Estates (Old Kingdom)”, en: E. Froot y W. Wendrich (eds.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, University of California, 2008a. <http://repositories.cdlib.org/nelc/uee/1012>
- Moreno García, J. C. “Egipto y los desiertos circundantes a la luz de los nuevos hallazgos (IV-III milenios a. de C.)”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 18, 2008b, pp. 187-204.
- Moreno García, J. C. “War in Old Kingdom Egypt (2686-2125 BCE)”, en: J. Vidal (ed.), *Studies on War in the Ancient Near East*, Münster, Ugarit Verlag, 2010, pp. 5-41.
- Moreno García, J. C. “Building the Pharaonic state: Territory, elite, and power in ancient Egypt during the 3rd millennium BCE”, en J. A. Hill, P. H. Jones y A. J. Morales (eds.), *Experiencing Power – Generating Authority. Cosmos and Politics in the Ideology of Kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 2013a, pp. 185-217.
- Moreno García, J. C. “The Territorial Administration of the Kingdom in the 3rd Millennium”, en: J. C. Moreno García (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, Handbuch der Orientalistik 104, Leiden-Boston, Brill, 2013b, pp. 85-151.
- Moreno García, J. C. “La guerre en Égypte au III^e millénaire avant notre ère”, *Journal Asiatique* 305 (1), 2017, pp. 1-11.
- Moret, A. y Davy, G. *De los clanes a los imperios. La organización social entre los primitivos y en el Oriente antiguo*, Barcelona, Cervantes, 1925.
- Morillo, S., Black, J. y Lococo, P. *War in World History. Society, Technology, and War from Ancient Times to the Present. Volume 1 - To 1500*, New York, McGraw-Hill, 2009.
- Morkot, R. G. *Historical Dictionary of Ancient Egyptian Warfare*, Lanham-Maryland-Oxford, The Scarecrow Press, 2003.
- Morris, E. F. “Sacrifice for the State: First Dynasty Royal Funerals and the Rites at Macramallah’s Rectangle”, en: N. Laneri (ed.), *Performing Death. Social Analyses of Funerary Traditions in the Ancient Near East and Mediterranean*, Chicago-Illinois, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2007, pp. 15-37.
- Morris, E. F. “(Un)dying Loyalty: Meditations on Retainer Sacrifice in Ancient Egypt and Elsewhere”, en: R. Campbell (ed.), *Violence and Civilization. Studies of Social Violence in History and Prehistory*, Oxford-Oakville, Oxbow Books, 2014, pp. 61-93.
- Morris, E. “Prevention Through Deterrence along Egypt’s Northeastern Border: Or the Politics of a Weaponized Desert”, *Journal of Eastern Mediterranean Archaeology & Heritage Studies* 5 (2), 2017, pp. 133-147.
- Morris, I. *War. What is it good for? The role of conflict in civilisation, from primates to robots*, London, Profile Books, 2014.
- Muhlestein, K. M. *Violence in the Service of Order: the Religious Framework for Sanctioned Killing in Ancient Egypt*, PhD Dissertation, University of California, 2003.

- Müller, M. “Bidliche Quellen zur Militärgeschichte”, en: R. Gundlach y C. Vogel (eds.), *Militärgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, Krieg in der Geschichte 34, Paderborn-München-Wien-Zürich, Ferdinand Schöningh, 2009, pp. 217-242.
- Müller, M. “A View to a Kill: Egypt’s Grand Strategy in her Northern Empire”, en S. Bar, D. Kahn y J. J. Shirley (eds.), *Egypt, Canaan and Israel: History, Imperialism, Ideology and Literature. Proceedings of a Conference at the University of Haifa, 3-7 May 2009*, Leiden-Boston, Brill, 2011, 236-251.
- Müller, V. “Nilpferdjagd und geköpft Feinde - zu zwei Ikonen des Feindvernichtungsrituals”, en: E.-M. Engel, V. Müller y U. Hartung (eds.), *Zeichen aus dem Sand. Streiflichter aus Ägyptens Geschichte zu Ehren von Günter Dreyer*, MENES - Studien zur Kultur und Sprache der ägyptischen Frühzeit und des Alten Reiches 5, Wiesbaden, Harrassowitz, 2008, pp. 477-493.
- Müller, V. “Relations between Egypt and the Near East during the 1st Egyptian Dynasty as represented by the royal tomb of Den at Umm el-Qaab/Abydos”, en: F. Höflmayer y R. Eichmann (eds.), *Egypt and the Southern Levant in the Early Bronze Age*, Orient-Archäologie 31, Rahden/Westf., Deutsches Archäologisches Institut, Orient-Abteilung, 2014, pp. 241-258.
- Müller, W. M. *Die alten Ägypter als Krieger und Eroberer in Asien*, Der Alte Orient Gemeinverständliche Darstellungen herausgegeben von der Vorderasiatische Gesellschaft 5, Leipzig, J. C. Hinrichs, 1903.
- Mumford, G. “Tell Ras Budran (Site 345): Defining Egypt’s Eastern Frontier and Mining Operations in South Sinai during the Late Old Kingdom (Early EB IV/MB I)”, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 342, 2006, pp. 1-55.
- Murdock, G. P. *Social Structure*, New York-London, The Macmillan Company, 1949.
- Murdock, G. P. y Wilson, S. F. “Settlement Patterns and Community Organization: Cross-Cultural Codes”, *Ethnology* 11, 1972, pp. 254-295.
- Murnane, W. “The Gebel Sheikh Suleiman monument: Epigraphic remarks”, *Journal of Near Eastern Studies* 46, 1987, pp. 282-285.
- Murnane, W. J. *The Road to Kadesh: A Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak*, Studies in Ancient Oriental Civilization 42, Chicago, The Oriental Institute, 1990.
- Murphy, R. F. “Basin Ethnography and Ecological Theory”, en: E. H. Swanson (ed.), *Language and Culture of Western North America: Essays in Honor of Sven S. Liljeblad*, Pocatello, Idaho State University Press, 1970, pp. 152-171.
- Murray, G. W. y Myers, O. H. “Some Predynastic Rock-Drawings”, *Journal of Egyptian Archaeology* 19, 1933, pp. 129-132.
- Naroll, R. “Does Military Deterrence Deter?”, *Trans-Action* 3 (2), 1966, pp. 14-20.
- Navajas Jiménez, A. I. “La prehistoria. Del Paleolítico a la época de Nagada II”, en: J. M. Parra Ortiz (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía, política*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 37-68.
- Needler, W. “A Rock-Drawing on Gebel Sheikh Suliman (near Wadi Halfa) showing a Scorpion and Human Figures”, *Journal of the American Research Center in Egypt* 6, 1967, pp. 87-91.

- Nelson, H. H. *The battle of Megiddo*, PhD Dissertation, Chicaco, The University of Chicago Libraries, 1913.
- Neves, E. G. “Warfare in Precolonial Central Amazonia: When Carneiro Meets Clastres”, en: A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, pp. 140-164.
- Nielsen, A. “El pensamiento tipológico como obstáculo para la arqueología de los procesos de evolución en sociedades sin Estado”, *Comechingonia* 8, 1995, 21-45.
- Nielsen, A. “Demografía y cambio social en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C.”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21, 1996, pp. 307-354.
- Nielsen, A. E. “Asentamientos, conflicto y cambio social en el altiplano de Lípez (Potosí)”, *Revista Española de Antropología Americana* 32, 2002, pp. 179-205.
- Nielsen, A. “Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico”, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1), 2007, pp. 9-41.
- Nielsen, A. “Hacia una arqueología de la guerra como si la práctica importara”, *Mundo de antes* 6-7, 2009-2011, pp. 11-52.
- Nielsen, A. y Walker, W. (eds.). *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009a.
- Nielsen, A. y Walker, W. “Introduction: The Archaeology of War in Practice”, en: A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009b, pp. 1-14.
- Nievas, F. “Sociología de la guerra”; *Redes.Com* 5, 2009, pp. 25-47.
- Nordström, H.-Å. *Neolithic and A-Group Sites*, The Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia Publications 3, Copenhagen-Stockholm, Scandinavian University Books, 1972.
- O’Connell, R. L. *Ride of the Second Horseman: The Growth and Death of War*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1995.
- O’Connor, D. “The Earliest Pharaohs and the University Museum. Old and New Excavations: 1900-1987”, *Expedition* 29 (1), 1987, pp. 27-39.
- O’Connor, D. “Boat Graves and Pyramid Origins. New Discoveries at Abydos, Egypt”, *Expedition* 33 (3), 1991, pp. 5-15.
- O’Connor, D. *Ancient Nubia. Egypt’s Rival in Africa*, Philadelphia, The University Museum-University of Pennsylvania, 1993.
- O’Connor, D. “The Narmer Palette: A New Interpretation”, en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 145-152.
- O’Connor, D. *The Old Kingdom Town at Buhen*, Excavation Memoir 106, London, Egypt Exploration Society, 2014.

- O'Connor, D. y Quirke, S. "Introduction: Mapping the Unknown in Ancient Egypt", en: D. O'Connor y S. Quirke (eds.), *Mysterious Lands, Encounters with Ancient Egypt*, London, UCL Press, 2003, pp. 1-22.
- Ogden, J. R. "Studies in Archaic Epigraphy. III. On the Meaning of ", *Göttinger Miszellen* 60, 1982, pp. 81-84.
- Osing, J. "Ächtungstexte aus dem Alten Reich (II)", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 32, 1976, pp. 133-186.
- Otterbein, K. F. "Internal War: A Cross-Cultural Study", *American Anthropologist, New Series* 70 (2), 1968, pp. 277-289.
- Otterbein, K. F. "The Anthropology of War", en: J. J. Honigmann (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, New York, Rand McNally, 1973, pp. 923-958.
- Otterbein, K. F. *The Evolution of War: A Cross-Cultural Study*, New Haven, HRAF Press, 1989.
- Otterbein, K. F. "A History of Research on Warfare in Anthropology", *American Anthropologist, New Series* 101 (4), 1999, pp. 794-805.
- Otterbein, K. F. *How War Began*, College Station, Texas A&M University Press, 2004.
- Otto, T. "Conceptions of Warfare in Western Thought and Research: An Introduction", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006a, pp. 23-28.
- Otto, T. "Warfare and Exchange in a Melanesian Society before Colonial Pacification: The Case of Manus, Papua New Guinea", en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006b, pp. 187-199.
- Otto, T., Thrane, H. y Vandkilde, H. (eds.). *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006.
- Parcak, S. "The Physical Context of Ancient Egypt", en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 3-22.
- Parker, G. "Introducción: La práctica occidental de la guerra", en G. Parker (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2010 [2005], pp. 7-17.
- Parra Ortiz, J. M. "El Reino Antiguo", en: J. M. Parra Ortiz (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía, política*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 125-180.
- Partridge, R. *Transport in Ancient Egypt*, London, The Rubicon Press, 1996.
- Partridge, R. B. *Fighting Pharaohs: Weapons and Warfare in Ancient Egypt*, Manchester, Peartree Publishing, 2002.
- Partridge, R. B. "Transport in Ancient Egypt", en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 370-389.
- Pätznick, J.-P. *Die Siegelabrollungen und Rollsiegel der Stadt Elephantine im 3. Jahrtausend v. Chr. Spurensicherung eines archäologischen Artefaktes*, BAR International Series S1339, Oxford, Archaeopress, 2005.
- Pauketat, T. R. "Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm", *Anthropological Theory* 1, 2001, pp. 73-98.

Pauketat, T. R. "Wars, Rumors of Wars, and the Production of Violence", en: A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, pp. 244-261.

Paysás, J. M. "Algunas consideraciones sobre la capacidad militar de los antiguos egipcios durante el Dinástico Temprano y el Reino Antiguo", en: R. R. Rodríguez (coord.), *Sociedades antiguas del Creciente Fértil. Aportes para su estudio histórico*, Ushuaia, Utopías, 2015, pp. 25-107.

Pearson, M. P. *The Archaeology of Death and Burial*, College Station, Texas A&M University Press, 1999.

Pérez Largacha, A. "The Rise of Egyptian State and Carneiro Circumscription Theory", *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 18, 1996, pp. 107-118.

Peters, J. "Mesolithic fishing along the Central Sudanese Nile and the Lower Atbara", *Sahara. Preistoria e storia del Sahara* 4, 1991, pp. 33-40.

Peters, J. F. *Life among the Yanomami*, Orchard Park, Broadview Press, 1998.

Petrie, W. M. F. *The Royal Tombs of the First Dynasty. 1900. Part I*, London, The Egypt Exploration Fund-Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.-Quaritch, 1900.

Petrie, W. M. F. *Diospolis Parva: The Cemeteries of Abadiyeh and Hu*, London, Egypt Exploration Fund, 1901a.

Petrie, W. M. F. *The Royal Tombs of the Earliest Dynasties. 1901. Part II*, London, The Egypt Exploration Fund-Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.-Quaritch, 1901b.

Petrie, W. M. F. *Abydos. Part I. 1902*, London, The Egypt Exploration Fund-Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.-Quaritch-Asher & Co.-Henry Frowde, 1902.

Petrie, W. M. F. *Researches in Sinai*, New York, E. P. Dutton and Company, 1906.

Petrie, W. M. F. *A History of Egypt. Vol. 1: From the Earliest Times to the XVIIIth Dynasty*, London, Methuen & Co., 1912.

Petrie, W. M. F. *Tools and Weapons illustrated by the Egyptian collection in University college, London, and 2,000 outlines from other sources*, London, Quaritch, 1917.

Petrie, W. M. F. *Prehistoric Egypt*, London, British School of Archaeology in Egypt, 1920.

Petrie, W. M. F. *Corpus of Prehistoric Pottery and Palettes*, London, British School of Archaeology in Egypt-Constable & Co.-Bernard Quaritch, 1921.

Petrie, W. M. F. "The Egyptians", en: *Hutchinson's Story of the Nations*, vol. 1, London, Hutchinson & Co., s/f, pp. 3-68.

Petrie, W. M. F. y Quibell, J. E. *Naqada and Ballas*, London, Quaritch, 1896.

Pfoh, E. "De tribus, Estados y relaciones de patronazgo: ¿qué es Israel en la Edad del Hierro II?", en: M. Campagno (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCEA 5, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2009a, pp. 123-146.

Pfoh, E. "Some Remarks on Patronage in Syria-Palestine During the Late Bronze Age", *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 52, 2009b, pp. 363-381.

- Picardo, N. S. "Dealing with Decapitation Diachronically", *Nekhen News* 16, 2004, pp. 13-14.
- Polzer, M. E. "Early Shipbuilding in the Eastern Mediterranean", en: A. Catsambis, B. Ford y D. L. Hamilton (eds.), *The Oxford Handbook of Maritime Archaeology*, Oxford-New York, Oxford University Press, 2011, pp. 349-378.
- Poo, M. *Enemies of Civilization. Attitudes toward Foreigners in Ancient Mesopotamia, Egypt, and China*, Albany, State University of New York Press, 2005.
- Posener, G. *Cinq figurines d'envoûtement*, Bibliothèque d'étude 101, Le Caire, Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire, 1987.
- Potter, W. E. y Powell, J. F. "Big Headaches in the Predynastic: Cranial Trauma at HK43", *Nekhen News* 15, 2003, pp. 26-27.
- Proussakov, D. B. "Early Dynastic Egypt: A Socio-Environmental/Anthropological Hypothesis of 'Unification'", en: L. E. Grinin, R. L. Carneiro, D. M. Bondarenko, N. N. Kradin y A. V. Korotayev (eds.), *The Early State, Its Alternatives and Analogues*, Volgograd, Uchitel Publishing House, 2004, pp. 139-180.
- Quibell, J. E. *Hierakonpolis. Part I*, London, Quaritch, 1900.
- Quibell, J. E. *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire. Archaic Objects*, t. 1, Le Caire, Imprimerie de l'Institut Français d'Archéologie Orientale, 1905.
- Quibell, J. E. y Green, F. W. *Hierakonpolis. Part II*, London, Quaritch, 1902.
- Quirke, S. "Frontier or Border? The Northeast Delta in Middle Kingdom Texts", en: A. Nibbi (ed.), *The Archaeology, Geography and History of the Egyptian Delta in Pharaonic Times*, Oxford, Cotswold Press, 1989, pp. 261-275.
- Raaflaub, K. y Rosenstein, N (eds.). *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999a.
- Raaflaub, K. y Rosenstein, N. "Introduction", en: K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999b, pp. 1-6.
- Radcliffe-Brown, A. R. "Primitive Law", en: E. R. A. Seligman (ed.), *Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 9, London, Macmillan, 1933, pp. 202-206.
- Raffaele, F. "Animal Rows and Ceremonial Processions in Late Predynastic Egypt", en: F. Raffaele, M. Nuzzolo e I. Incordino (eds.), *Recent discoveries and latest researches in Egyptology. Proceedings of the First Neapolitan Congress of Egyptology. Naples, June 18th -20th 2008*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2010, pp. 244-283.
- Ralph, S. (ed.). *The Archaeology of Violence: Interdisciplinary Approaches*, The Institute for European and Mediterranean Archaeology Distinguished Monograph Series, Albany (New York), State University of New York Press, 2012a.
- Ralph, S. "Introduction: An Interdisciplinary Approach to the Study of Violence", en: S. Ralph (ed.), *The Archaeology of Violence: Interdisciplinary Approaches*, The Institute for European and Mediterranean Archaeology Distinguished Monograph Series, Albany (New York), State University of New York Press, 2012b, pp. 1-13.

- Rampersad, S. R. *The Origin and Relationships of the Nubian A-Group*, PhD Thesis, University of Toronto, 1999.
- Rapoport, A. *Clausewitz. Filósofo de la guerra y la política*, Buenos Aires, Leviatán, 1992 [1968].
- Rappaport, R. A. *Cerdos para los antepasados. El ritual en la ecología de un pueblo de Nueva Guinea*, Madrid, Siglo XXI, 1987 [1967].
- Redford, D. B. "Egypt and Western Asia in the Old Kingdom", *Journal of the American Research Center in Egypt* 23, 1986, pp. 125-143.
- Redford, D. B. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- Redford, D. B. *The Wars in Syria and Palestine of Thutmose II*, Culture and History of the Ancient Near East 16, Leiden-Boston, Brill, 2003.
- Redford, D. B. *From Slave to Pharaoh. The Black Experience of Ancient Egypt*, Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 2004.
- Redman, C. L. *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Barcelona, Crítica, 1990 [1978].
- Redmond, E. M. *Tribal and Chiefly Warfare in South America*, Studies in Latin American Ethnohistory & Archaeology 5, Ann Arbor, University of Michigan, 1994.
- Regulski, I. "Second Dynasty Ink Inscriptions from Saqqara Paralleled in the Abydos Material from the Royal Museums of Art and History (RMAH) in Brussels", en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Krakow, 28th August – 1st September 2002, *Orientalia Lovaniensia Analecta* 138, Leiden, Brill, 2004, pp. 951-972.
- Reisner, G. A. *Models of Ships and Boats. Catalogue Général des Antiquités Égyptiennes du Musée du Caire Nos. 4798-4976 et 5034-5200*, Le Caire, Imprimerie de l'Institut Français d'Archéologie Orientale, 1913.
- Resk Ibrahim, M. y Tallet, P. "King Den in South-Sinai: the Earliest Monumental Rock Inscriptions of the Pharaonic Period", *Archéo-Nil* 19, 2009, pp. 179-184.
- Reyna, S. P. y Downs, R. E. (eds.). *Studying War: Anthropological Perspectives*, War and Society 2, Amsterdam, Gordon and Breach, 1994.
- Rice, M. *Egypt's Making. The origins of Ancient Egypt 5000-2000 BC*, 2nd edition, London-New York, Routledge, 2003.
- Riches, D. "El fenómeno de la violencia", en: D. Riches (coord.), *El fenómeno de la violencia*, Madrid, Pirámide, 1988 [1986], pp. 15-49.
- Rizkana, I. y Seeher, J. *Maadi I. The Pottery of the Predynastic Settlement*, *Archäologische Veröffentlichungen* 64, Mainz am Rhein, Philipp von Zabern, 1987.
- Rizkana, I. y Seeher, J. *Maadi III. The Non-Lithic Small Finds and the Structural Remains of the Predynastic Settlement*, Mainz am Rhein, Philipp von Zabern, 1989.
- Robarchek, C. "Primitive Warfare and the Ratomorphic Image of Mankind", *American Anthropologist*, New Series 91 (4), 1989, pp. 903-920.

- Roper, M. "A Survey of the Evidence for Intrahuman Killing in the Pleistocene", *Current Anthropology* 10, 1969, pp. 427-459.
- Rosenvasser, A. "La muerte ritual del enemigo por el faraón", *Humanidades* 38, 1962, pp. 107-118.
- Ross, J. "Aggressions as Adaptations: The Yanomamo Case", unpublished manuscript, Department of Anthropology, Columbia University, New York, 1971.
- Ross, M. H. "Political Decision Making and Conflict: Additional Cross-Cultural Codes and Scales", *Ethnology* 22, 1983, pp. 169-192.
- Roth, S. *Die Königsmütter des Alten Ägypten von der Frühzeit bis zum Ende der 12. Dynastie*, Ägypten und Altes Testament 46, Wiesbaden, Harrassowitz, 2001.
- Rousseau, J-J. *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, édition de Jean Starobinski, Collection Folio essais 18, Paris, Gallimard, 1989 [1755].
- Rousseau, J-J. *Du contrat social*, présentation par Bruno Bernardi, Paris, Flammarion, 2011 [1762].
- Roy, J. *The Politics of Trade. Egypt and Lower Nubia in the 4th Millennium BC*, Culture and History of the Ancient Near East 47, Leiden-Boston, Brill, 2011.
- Russmann, E. R. (ed.). *Eternal Egypt. Masterworks of Ancient Art from the British Museum*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press-American Federation of Arts, 2001.
- Saad, Z. Y. *Royal Excavations at Helwan*, Cairo, Institut Français d'Archéologie Orientale, 1951.
- Sahlins, M. "Economía tribal", en: M. Godelier (ed.), *Antropología y economía*, Barcelona, Anagrama, 1976 [1974], pp. 233-259.
- Sahlins, M. *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal, 1983 [1974].
- Sahlins, M. *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*, Barcelona, Gedisa, 1988 [1976].
- Sahlins, M. *Uso y abuso de la biología: crítica antropológica de la sociobiología*, Madrid, Siglo XXI, 1990 [1976].
- Salvatori, S. y Usai, D. "El Salha Project 2005. New Khartoum Mesolithic Sites from Central Sudan", *Kush. Journal of the National Corporation for Antiquities and Museums* 19, 2003-2008, pp. 87-96.
- Sass, B. y Sebbane, M. "The Fourth-Millennium BCE Origin of the Three-Tanged 'Epsilon' Axe", en: A. M. Maeir y P. de Miroschedji (eds.), "I Will Speak the Riddles of Ancient Times". *Archaeological and Historical Studies in Honor of Amihai Mazar on the Occasion of His Sixtieth Birthday*, vol. 1, Winona Lake, Eisenbrauns, 2006, pp. 79-88.
- Sauneron, S. "La manufacture d'armes de Memphis", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 54, 1954, pp. 7-12.
- Savage, S. "Descent Group Competition and Economic Strategies in Predynastic Egypt", *Journal of Anthropological Archaeology* 16, 1997, pp. 226-268.
- Savage, S. "Some Recent Trends in the Archaeology of Predynastic Egypt", *Journal of Archaeological Research* 9, 2001, pp. 101-155.

- Säve-Soderbergh, T. *On Egyptian Representations of Hippopotamus Hunting as a Religious Motive*, Uppsala, Gleerup, 1953.
- Scamuzzi, E. *Museo Egizio di Torino*, Torino, Edizioni d'Arte Fratelli Pozzo, 1964.
- Schäfer, H. "Neue Altertümer der »new race« aus Negadeh", *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 34, 1896, pp. 158-161.
- Scharff, A. "Some Prehistoric Vases in the British Museum and Remarks on Egyptian Prehistory", *The Journal of Egyptian Archaeology* 14 (3/4), 1928, pp. 261-276.
- Schneider, T. "Foreigners in Egypt: Archaeological Evidence and Cultural Context", en: W. Wendrich (ed.), *Egyptian Archaeology*, Blackwell Studies in Global Archaeology, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 143-163.
- Schulman, A. R. *Military Rank, Title, and Organisation in the Egyptian New Kingdom*, Berlin, B. Hessling, 1964a.
- Schulman, A. R. "Some Observations on the Military Background of the Amarna Period", *Journal of the American Research Center in Egypt* 3, 1964b, pp. 51-69.
- Schulman, A. R. "Chariots, Chariotry and the Hyksos", *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities* 10 (2), 1980, pp. 105-153.
- Schulman, A. R. "Army", en: K. A. Bard (ed.), *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*; London-New York, Routledge, 1999, pp. 145-147.
- Schwartz, G. M. "Archaeology and Sacrifice", en: A. M. Porter y G. M. Schwartz (eds.), *Sacred killing: the archaeology of sacrifice in the ancient Near East*, Winona Lake (Indiana), Eisenbrauns, 2012, pp. 1-32.
- Secoy, F. *Changing Military Patterns on the Great Plains*, Monograph No. 21, New York, American Ethnological Society, 1953.
- Seeher, J. "Ma'adi and Wadi Digla", en: K. A. Bard (ed.), *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, London-New York, Routledge, 1999, pp. 455-458.
- Seidlmayer, S. J. "Town and State in the Early Old Kingdom. A View from Elephantine", en: J. Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, British Museum Press, 1996, pp. 108-127.
- Seidlmayer, S. J. "Archäologische Befunde militärgeschichtlicher Aussagekraft", en: R. Gundlach y C. Vogel (eds.), *Militärgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, Krieg in der Geschichte 34, Paderborn-München-Wien-Zürich, Ferdinand Schöningh, 2009, pp. 147-164.
- Service, E. R. *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*, New York, Random House, 1962.
- Service, E. R. *Los orígenes del estado y la civilización*, Madrid, Alianza, 1984 [1975].
- Sethe, K. *Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter*, Leipzig, Deutsche Morgenländische Gesellschaft, 1930.
- Sethe, K. *Urkunden des Alten Reichs*, Urkunden des ägyptischen Altertums herausgegeben von Georg Steindorff Erste Abteilung Band I, Leipzig, J. C. Hinrichs, 1933 [= *Urk. I.*].
- Shanks, M. y Tilley, C. *Social Theory and Archaeology*, Cambridge, Polity Press, 1987.
- Shaw, I. *Egyptian Warfare and Weapons*, Princes Risborough, Shire Publications, 1991.

- Shaw, I. "Battle in Ancient Egypt: The Triumph of Horus or the Cutting Edge of the Temple Economy?", en: A. B. Lloyd (ed.), *Battle in Antiquity*, London, Gerald Duckworth, 1996, pp. 239-269.
- Shaw, I. "Egipto y el mundo exterior", en: I. Shaw (ed.), *Historia del antiguo Egipto - Oxford*, Madrid, La esfera de los libros, 2007 [2000], pp. 411-429.
- Shaw, I. y Boatright, D. "La guerra en el Antiguo Egipto", en: P. de Souza (ed.), *El mundo antiguo en guerra. Una historia global*, Madrid, Akal, 2008, pp. 29-45.
- Shaw, I. y Nicholson, P. *The British Museum Dictionary of Ancient Egypt*, Cairo, The American University in Cairo Press, 2002 [1995].
- Shinnie, P. L. *Ancient Nubia*, London-New York, Kegan Paul International, 1996.
- Sillitoe, P. "Land Shortage and War in New Guinea", *Ethnology* 16 (1), 1977, pp. 71-81.
- Sillitoe, P. "Big men and war in New Guinea", *Man* 13 (2), 1978, pp. 252-271.
- Simons, A. "War: Back to the Future", *Annual Review of Anthropology* 28, 1999, pp. 73-108.
- Sipes, R. G. "War, Sports and Aggression: An Empirical Test of Two Rival Theories", *American Anthropologist* 73, 1973, pp. 64-86.
- Smith, G. E. *The Archaeological Survey of Nubia. Report for 1907-1908. Vol. II: Report on the Human Remains*, Cairo, Survey Department, 1910.
- Smith, H. S. "The rock inscriptions of Buhen", *Journal of Egyptian Archaeology* 58, 1972, pp. 43-82.
- Smith, M. O. "Osteological Indications of Warfare in the Archaic period of the Western Tennessee Valley", en: D. L. Martin y D. W. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, War and Society 3, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 241-265.
- Smith, S. T. *Wretched Kush. Ethnic identities and boundaries in Egypt's Nubian Empire*, London-New York, Routledge, 2003.
- Snape, S. *Ancient Egyptian Tombs. The Culture of Life and Death*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2011.
- Snyder, J. "Anarchy and Culture: Insights from the Anthropology of War", *International Organization* 56 (1), 2002, pp. 7-45.
- Sodré, M. *Sociedad, cultura y violencia*, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2001.
- Somaglino, C. y Tallet, P. "Une campagne en Nubie sous la Ire dynastie. La scène nagadienne du Gebel Sheikh Suleiman comme prototype et modèle", *ReHeT. Revue numérique d'Égyptologie* 1, 2014, pp. 1-46.
- Sowada, K. N. *Egypt in the Eastern Mediterranean during the Old Kingdom. An Archaeological Perspective*, Orbis Biblicus et Orientalis 237, Fribourg-Göttingen, Academic Press-Vandenhoeck & Ruprecht, 2009.
- Spalinger, A. "Some Notes on the Battle of Megiddo and Reflections on Egyptian Military Writing", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 30, 1974, pp. 221-230.

- Spalinger, A. J. “Notes on the Military in Egypt during the XXVth Dynasty”, *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities* 11, 1981, pp. 37-58.
- Spalinger, A. *War in Ancient Egypt. The New Kingdom*, London, Blackwell Publishing, 2005.
- Spalinger, A. J. “Military Institutions and Warfare: Pharaonic”, en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 425-445.
- Spalinger, A. “Egyptian New Kingdom Triumphs: A First Blush”, en: A. Spalinger y J. Armstrong (eds.), *Rituals of Triumph in the Mediterranean World*, Culture & History of the Ancient Near East 63, Leiden-Boston, Brill, 2013a, pp. 95-122.
- Spalinger, A. “The Organisation of the Pharaonic Army (Old to New Kingdom)”, en J. C. Moreno García (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, Handbuch der Orientalistik 104, Leiden-Boston, Brill, 2013b, pp. 393-478.
- Spalinger A. “Simple Words, Simple Pictures: The Link between the Snapshots of Battle in the War Diary Entries in Ancient Egypt”, en: J. Armstrong (ed.), *Circum Mare: Themes in Ancient Warfare*, Leiden, Brill, 2016, pp. 13-33.
- Spencer, H. *Principios de Sociología*, Buenos Aires, Revista de Occidente Argentina, 1947 [1876].
- Spencer, H. *El individuo contra el estado*, Barcelona, Júcar, 1977 [1884].
- Spencer, J. “Violence”, en: A. Barnard y J. Spencer (eds.), *The Routledge Encyclopedia of Social and Cultural Anthropology*, 2nd edition, London-New York, Routledge, 2010, pp. 707-708.
- Stevenson, A. “Ethnicity and migration? The Predynastic cemetery of el-Gerzeh”, en: B. Midant-Reynes, Y. Tristant, J. Rowland y S. Hendrickx (eds.), *Origins 2: proceedings of the second international conference on Predynastic and Early Dynastic Egypt, Toulouse, France September 2005*, Leuven, Peeters Publishers, 2008a, pp. 543–560.
- Stevenson, A. “Mace”, en: W. Wendrich (ed.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, University of California, 2008b. <https://escholarship.org/uc/item/497168cs>
- Stevenson, A. “Material Culture of the Predynastic Period”, en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 65-74.
- Stevenson, A. “The Egyptian Predynastic and State Formation”, *Journal of Archaeological Research* 24, 2016. <https://doi.org/10.1007/s10814-016-9094-7>
- Steward, J. *The Theory of Cultural Change*, Urbana, University of Illinois Press, 1955.
- Strathern, M. *The Gender of the Gift*, Berkeley, University of California Press, 1988.
- Strudwick, N. C. *Texts from the Pyramid Age*, Atlanta, Society of Biblical Literature, 2005.
- Sumner, W. *War and Other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1911.
- Sussman, R. W. “The Myth of Man the Hunter/Man the Killer and the Evolution of Human Morality”, en: R. W. Sussman (ed.), *The Biological Basis of Human Behavior*, Saddle River, Prentice Hall, 1999, pp. 121-129.

Sussman, R. W. "Why the Legend of the Killer Ape Never Dies. The Enduring Power of Cultural Beliefs to Distort Our View of Human Nature", en: D. P. Fry (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of Evolutionary and Cultural Views*, New York, Oxford University Press, 2013, pp. 97-111.

Sztutman, R. "Metamorfoses do Contra-Estado. Pierre Clastres e as Políticas Ameríndias", *Ponto Urbe* 13, 2013.

Takamiya, I. H. "Egyptian Pottery Distribution in A-Group Cemeteries, Lower Nubia: Towards an Understanding of Exchange Systems between the Naqada Culture and the A-Group Culture", *Journal of Egyptian Archaeology* 90, 2004a, pp. 35-62.

Takamiya, I. H. "Development of Specialisation in the Nile Valley during the 4th Millennium BC", en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Krakow, 28th August – 1st September 2002, *Orientalia Lovaniensia Analecta* 138, Leiden, Brill, 2004b, pp. 1027-1039.

Takamiya, I. H. y Endo, H. "Variations in Lithic Production at Hierakonpolis: A Preliminary Report from the Excavation of HK11C Squares A6-A7", en: R. F. Friedman y P. N. Fiske (eds.), *Egypt at its Origins 3, Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, London, 27th September-1st August 2008, *Orientalia Lovaniensia Analecta* 205, Leuven, Peters, 2011, pp. 727-744.

Tallet, P. "Le roi Den et les Iountiou. Les Égyptiens au Sud-Sinaï sous la 1^{er} dynastie", *Archéo-Nil* 20, 2010, pp. 97-105.

Tallet, P. y Laisney, D. "Iry-Hor et Narmer au Sud-Sinaï (Ouadi 'Ameyra). Un complément à la chronologie des expéditions minières égyptiennes", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 112, 2012, pp. 381-398.

Teeter, E. "Catalog of Objects", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 153-259.

Tefnin, R. "Image et histoire. Réflexions sur l'usage documentaire de l'image égyptienne", *Chronique d'Égypte* 54, 1979, pp. 218-244.

Testart, A. *La servitude volontaire*, 2 vols., Paris, Errance, 2004.

Testart, A. "Doit-on parler de 'sacrifice' à propos des morts d'accompagnement?", en: J-P. Albert y B. Midant-Reynes, *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, Paris, Soleb, 2005, pp. 34-57.

Thorpe, I. J. N. "Anthropology, Archaeology, and the Origin of Warfare", *World Archaeology* 35 (1), 2003, pp. 145-165.

Tiger, L. *Men in Groups*, New York, Random House, 1969.

Tilly, C. "War Making and State Making as Organized Crime", en: P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 169-191.

Tirard, H. M. "The Soldiers of Ancient Egypt", *The Journal of Egyptian Archaeology* 2 (4), 1915, pp. 229-233.

- Tooley, A. M. J. *Egyptian Models and Scenes*, Princes Risborough, Shire Publications, 1995.
- Topic, J. R. y Topic, T. L. “The archaeological investigation of Andean militarism: Some cautionary observations”, en: J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski (eds.), *The origins and development of the Andean state*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 47-55.
- Topic, T. L. y Topic, J. R. “Variation in the Practice of Prehispanic Warfare on the North Coast of Peru”, en: A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, pp. 17-55.
- Török, L. *Between Two Worlds. The Frontier Region between Ancient Nubia and Egypt 3700 BC – AD 500*, Leiden-Boston, Brill, 2009.
- Trigger, B. G. *Nubia under the Pharaohs*, Colorado, Westview Press, 1976.
- Trigger, B. G. “Los comienzos de la civilización egipcia”, en: B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O’Connor y A. B. Lloyd, *Historia del Egipto antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985 [1983], pp. 15-97.
- Trigger, B. G. *Early Civilizations: Ancient Egypt in Context*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1993.
- Trigger, B. G. *Understanding Early Civilizations. A Comparative Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Tristant, Y. y Midant-Reynes, B. “The Predynastic Cultures of the Nile Delta”, en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 45-54.
- Turney-High, H. H. *Primitive War: Its Practice and Concepts*, Columbia, University of South Carolina Press, 1949.
- Tutundžić, S. P. “Relations between Late Predynastic Egypt and Palestine: Some Elements and Phenomena”, en: P. de Miroshedji (ed.), *L’urbanisation de la Palestine à l’âge du Bronze ancien. Bilan et perspectives des recherches actuelles*, BAR International Series 527, Oxford, Tempvs Reparatum, 1989, pp. 423-432.
- Tutundžić, S. P. “A Consideration of Differences Between the Pottery Showing Palestinian Characteristics in the Maadian and Gerzean Cultures”, *Journal of Egyptian Archaeology* 79, 1993, pp. 33-55.
- Tymowski, M. “The army and the formation of the states of West Africa in the nineteenth century. The cases of Kenedugu and Samori”, en: H. J. M. Claessen y P. Skalník (eds.), *The Study of the State*, The Hague, Mouton, 1981, pp. 427-442.
- Usai, D. y Salvatori, S. “The oldest representation of a Nile boat”, *Antiquity Project Gallery*, 2007. <http://www.antiquity.ac.uk/projgall/usai/>
- Valbelle, D. *Les neuf arcs. L’Égyptien et les étrangers de la préhistoire à la conquête d’Alexandre*, Paris, Armand Colin, 1990.
- van den Brink, E. C. M. “A Transitional Late Predynastic – Early Dynastic Settlement Site in the Northeastern Nile Delta, Egypt”, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 45, 1989, pp. 55-108.

- Van Dijk, J. “Retainer Sacrifice in Egypt and in Nubia”, en: J. N. Bremmer (ed.), *The Strange World of Human Sacrifice*, Leuven, Peeters, 2007, pp. 135-155.
- Van Neer, W. “Fishing along the prehistoric Nile”, en: L. Krzyżaniak y M. Kobusiewicz (eds.), *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara*, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 1989, pp. 49-56.
- Vandier, J. *Manuel d’Archeologie Égyptienne. 1. Les époques de formation, vol. 1. La préhistoire; vol. 2. Les trois premières dynasties*, Paris, Editions A. et J. Picard, 1952.
- Vandkilde, H. “Commemorative Tales: Archaeological Responses to Modern Myth, Politics, and War”, *World Archaeology* 35 (1), 2003, pp. 126-144.
- Vandkilde, H. “Archaeology and War: Presentations of Warriors and Peasants in Archaeological Interpretations”, en: T. Otto, H. Thrane, y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006a, pp. 57-73.
- Vandkilde, H. “Warfare, Weaponry, and Material Culture: An Introduction”, en: T. Otto, H. Thrane, y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006b, pp. 483-490.
- Vandkilde, H. “Bronze Age Warfare in Temperate Europe”, en: S. Hansen y J. Müller (eds.), *Sozialarchäologische Perspektiven: Gesellschaftlicher Wandel 5000-1500 v. Chr. zwischen Atlantik und Kaukasus*, Archäologie in Eurasien 24, Darmstadt, Verlag Philipp von Zabern, 2011, pp. 365-380.
- Vanhulle, D. “Le Nil et au-delà. Le bateau et ses implications durant le 4e millénaire égyptien”, *Koregos. Revue et encyclopédie multimédia des arts*, raporticle 102, 2014. http://koregos.org/fr/dorian-vanhulle_le-nil-et-au-dela/
- Vayda, A. *Maori Warfare*, Doctoral Dissertation, Columbia University, 1956.
- Vayda, A. “Expansion and Warfare among Swidden Agriculturalists”, *American Anthropologist* 63, 1961, pp. 346-358.
- Vayda, A. “War: Primitive War”, en: D. L. Sills (ed.), *International Encyclopedia of Social Sciences*, vol. 16, New York, The Macmillan Company-The Free Press, 1968, pp. 468-472.
- Vayda, A. *War in Ecological Perspective*, New York, Plenum, 1976.
- Vayda, A. “Explaining Why Marings Fought”, *Journal of Anthropological Research* 45, 1989, pp. 159-177.
- Vencl, S. “War and Warfare in Archaeology”, *Journal of Anthropological Archaeology* 3, 1984, pp. 116-132.
- Vencl, S. “Stone Age Warfare”, en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Stroud, Sutton Publishing, 1999, pp. 57-72.
- Vermeersch, P. “Extraction de silex en Égypte préhistorique”, *Archéo-Nil* 7, 1997, pp. 47-58.
- Vermeersch, P. M., Paulissen, E. y Van Peer, P. “Le Paléolithique de la vallée du Nil égyptien”, *L’Anthropologie* 94 (3), 1990, pp. 435-458.
- Vernus, P. “La naissance de l’écriture dans l’Égypte ancienne”, *Archéo-Nil* 3, 1993, pp. 75-108.

- Vernus, P. “Los barbechos del demiurgo y la soberanía del faraón. El concepto de ‘imperio’ y las latencias de la creación”, en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCCEA 7, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011, pp. 13-43.
- Verbeek, P. “An Ethological Perspective on War and Peace”, en: D. P. Fry (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of Evolutionary and Cultural Views*, New York, Oxford University Press, 2013, pp. 54-77.
- Veyne, P. *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984 [1971].
- Vidal, J. (ed.). *Studies on War in the Ancient Near East*, Münster, Ugarit Verlag, 2010.
- Villar, D. y Jiménez, J. F. “Rebelión y poder en la Araucanía y las pampas (segunda mitad del siglo XVIII)”, *Ciencia Hoy* 13 (75), 2003, pp. 44-52.
- Vinson, S. M. *Boats of Egypt before the Old Kingdom*, MA Thesis, Graduate College of Texas A&M University, 1987.
- Vinson, S. *Egyptian Boats and Ships*, Buckinghamshire, Shire Publications, 1994.
- Vinson, S. “Boats (Use of)”, en: W. Wendrich (ed.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, UCLA, 2013. <http://digital2.library.ucla.edu/viewItem.do?ark=21198/zz002gw1hs>
- Viveiros de Castro, E. “O intempestivo, ainda” (posfácio), en: P. Clastres, *Arqueologia da violencia: pesquisas de antropología política*, 2a ed., São Paulo, Cosac & Naify, 2011, pp. 297-361.
- Vogel, C. “Das ägyptische Festungssystem bis zum Ende des Neuen Reiches”, en: R. Gundlach y C. Vogel (eds.), *Militärsgeschichte des pharaonischen Ägypten. Altägypten und seine Nachbarkulturen im Spiegel aktueller Forschung*, Krieg in der Geschichte 34, Paderborn-München-Wien-Zürich, Ferdinand Schöningh, 2009, pp. 165-185.
- Vogel, C. *The Fortifications of Ancient Egypt 3000-1780 BC*, Oxford, Osprey Publishing, 2010.
- Walker, W. H. “Stratigraphy and Practical Reason”, *American Anthropologist* 104 (1), 2002, pp. 159-177.
- Warburton, D. *Egypt and the Near East: Politics in the Bronze Age*, Civilisations du Proche-Orient, Série IV, Histoire-Essais 1, Neuchâtel, Recherches et Publications, 2001.
- Warburton, D. “Aspects of War and Warfare in Western Philosophy and History”, en: T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, pp. 37-55.
- Ward, C. “Seafaring”, en: D. B. Redford (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, vol. 3, Oxford-New York, Oxford University Press, 2001a, pp. 250-252.
- Ward, C. “Ships and Shipbuilding”, en: D. B. Redford (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, vol. 3, Oxford-New York, Oxford University Press, 2001b, pp. 281-284.

- Ward, C. "Boat-building and its social context in early Egypt: interpretations from the First Dynasty boat-grave cemetery at Abydos", *Antiquity* 80 (307), 2006, pp. 118-129.
- Ward, C. "Building pharaoh's ships: Cedar, incense and sailing the Great Green", *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan* 18, 2012, pp. 217-232.
- Ward, W. "Early Contacts between Egypt, Canaan, and Sinai: Remarks on the Paper by Amnon Ben-Tor", *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 281, 1991, pp. 11-26.
- Weber, M. *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992 [1922].
- Webster, D. "Warfare and the Evolution of the State: A Reconsideration", *American Antiquity* 40, 1975, pp. 464-470.
- Webster, D. "Ancient Maya Warfare", en: K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 333-360.
- Weill, R.-C. "L'Art de la fortification dans la haute antiquité égyptienne", *Journal asiatique*, Neuvième série 15, 1900, pp. 80-142, 200-253.
- Wendorf, F. "Site 117: A Nubian Final Palaeolithic Graveyard near Jebel Sahaba, Sudan", en: F. Wendorf (ed.), *The Prehistory of Nubia*, vol. 2, Dallas, Southern Methodist University Press, 1968, pp. 954-995.
- Wendorf, F. y Schild, R. *The Wadi Kubbania Skeleton: A Late Paleolithic Burial from Southern Egypt*, Dallas, Southern Methodist University Press, 1986.
- Wengrow, D. "Rethinking 'Cattle Cults' in Early Egypt: Towards a Prehistoric Perspective on the Narmer Palette", *Cambridge Archaeological Journal* 11 (1), 2001, pp. 91-104.
- Wengrow, D. *La arqueología del Egipto arcaico. Transformaciones sociales en el noreste de África (10.000-2650 a.C.)*, Barcelona, Bellaterra, 2007 [2006].
- Wengrow, D. "Predynastic art", en: W. Wendrich (ed.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, UCLA, 2009. <https://escholarship.org/uc/item/5gk265x0>
- Wenke, R. J. *Patterns in Prehistory: Humankind's First Three Million Years*, 4th edition, New York, Oxford University Press, 1999.
- Wetterstrom, W. "Foraging and Farming in Egypt", en T. Shaw, P. Sinclair, B. Andah y A. Okpoko (eds.), *The Archaeology of Africa: Food, Metals and Towns*, London-New York, Routledge, 1993, 165-226.
- Whitehead, N. L. "A History of Research on Warfare in Anthropology—Reply to Keith Otterbein", *American Anthropologist*, New Series 102 (4), 2000, pp. 834-837.
- Wiessner, P. "Warfare and Political Complexity in an Egalitarian Society: An Ethnohistorical Example", en: A. Nielsen y W. Walker (eds.), *Warfare in Cultural*

- Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Amerind Studies in Archaeology 3, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, pp. 165-189.
- Wilkinson, R. H. *Cómo leer el arte egipcio. Guía de jeroglíficos del antiguo Egipto*, Barcelona, Crítica, 1995 [1992].
- Wilkinson, T. A. H. *Early Dynastic Egypt*, London, Routledge, 1999.
- Wilkinson, T. *Royal Annals of Ancient Egypt. The Palermo Stone and its Associated Fragments*, London, Routledge, 2000a.
- Wilkinson, T. "Political Unification: towards a reconstruction", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 56, 2000b, pp. 377-395.
- Wilkinson, T. *Genesis of the Pharaohs. Dramatic new discoveries that rewrite the origins of ancient Egypt*, London, Thames & Hudson, 2003.
- Wilkinson, T. "The Early Dynastic Period", en: A. B. Lloyd (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 48-62.
- Wilkinson, T. *The Rise and Fall of Ancient Egypt*, New York, Random House, 2013 [2010].
- Williams, B. B. *The A-Group Royal Cemetery at Qustul: Cemetery L*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 1986.
- Williams, B. B. "Security and the Problem of the City in the Naqada Period", en: D. P. Silverman (ed.), *For His Ka: Essays in Memory of Klaus Baer*, Studies in Ancient Oriental Civilization 55, Chicago, Oriental Institute of the University of Chicago, 1994, pp. 271-283.
- Williams, B. B. "Relations between Egypt and Nubia in the Naqada Period", en: E. Teeter (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Oriental Institute Museum Publications 33, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, pp. 83-92.
- Williams, B. B. y Logan, T. J. "The Metropolitan Museum knife handle and aspects of Pharaonic imagery before Narmer", *Journal of Near Eastern Studies* 46, 1987, pp. 245-285.
- Winkler, H. *Rock-Drawings of Southern Upper Egypt*, vol. 1, London, Egypt Exploration Society, 1938.
- Wissa, M. "L'approvisionnement en pierres des origines de l'Égypte à 2700 av. J.C.", *Archéo-Nil* 7, 1997, pp. 59-78.
- Wolf, E. R. "Distinguished Lecture: Facing Power—Old Insights, New Questions", *American Anthropologist* 92 (3), 1990, pp. 586-596.
- Wolf, W. *Die Bewaffnung des altägyptischen Heeres*, Leipzig, J. C. Hinrichs, 1926.
- Wrangham, R. W. "Evolution of coalitionary killing", *Yearbook of Physical Anthropology* 42, 1999, pp. 1-30.
- Wrangham, R. W. y Peterson, D. *Machos demoníacos. Sobre los orígenes de la violencia humana*, Buenos Aires, Ada Korn, 1998 [1996].
- Wright, Q. *A Study of War*, vol. 1, Chicago, The University of Chicago Press, 1942.

Wright, Q. "War: The Study of War", en: D. L. Sills (ed.), *International Encyclopedia of Social Sciences*, vol. 16, New York, The Macmillan Company-The Free Press, 1968, pp. 453-468.

Yadin, Y. *The Art of Warfare in Biblical Lands in the Light of Archaeological Discovery*, New York, McGraw-Hill, 1963.

Yoffee, N. *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, New York, Cambridge University Press, 2004.

Yoyotte, J. y López, J. "L'organisation de l'armée et les titulatures de soldat au Nouvel Empire égyptien", *Bibliotheca Orientalis* 26, 1969, pp. 3-19.

Ystgaard, I. *Krigens praksis. Organisert voldsbruk og materiell kultur i Midt-Norge ca. 100–900 e.Kr.*, Avhandling for graden philosophiae doctor, Norges teknisk-naturvitenskapelige universitet, Trondheim, 2014.

Žába, Z. *The Rock Inscriptions of Lower Nubia (Czechoslovak Concession)*, Czechoslovak Institute of Egyptology in Prague and in Cairo Publications 1, Prague, Charles University of Prague, 1974.

Zerzan, J. "On the Origins of War", *Green Anarchy* 21, 2005-2006, pp. 12-14.

ILUSTRACIONES

Enterramientos y restos óseos

Fig. 1. Disposición de los enterramientos del cementerio 117 de Dyebel Sahaba (Wendorf, 1968, 956).

Fig. 2. Tipos de proyectiles hallados en el cementerio 117 de Dyebel Sahaba (Wendorf, 1968, 984-988; Guilaine y Zammit, 2002 [2001], 87).

Fig. 3. Enterramientos 20 y 21 del cementerio 117 de Dyebel Sahaba. Las puntas de los lápices señalan la ubicación de los proyectiles (Wendorf, 1968, 967).

Fig. 4. Puntas de proyectiles incrustadas en fragmentos de huesos de diferentes esqueletos del cementerio 117 de Dyebel Sahaba (Wendorf, 1968, 989).

Fig. 5. Plano del cementerio HK43 de Hieracópolis (Hierakonpolis-online.org).

Fig. 6. Cráneo de la tumba 120 del cementerio HK43 de Hieracópolis, con fracturas provocadas muy probablemente por el golpe de un elemento contundente en la parte posterior (Maish, 1999, 13).

Fig. 7. Vértebras cervicales con marcas de cortes halladas en la tumba 147 del cementerio HK43 de Hieracópolis (Dougherty y Friedman, 2008, fig. 2).

Fig. 8. Vértebras cervicales con marcas de cortes halladas en las tumbas S26, S28 y S45 de Adaima (Ludes y Crubézy, 2005, fig. 1).

Fig. 9. Plano de los cementerios U y B de Umm el Qaab en Abidos (Dreyer, 2011, 127).

Fig. 10. Plano de tumbas reales del Dinástico Temprano en Abidos (Bestock, 2011, 139).

Fig. 11. Plano de recintos funerarios del Dinástico Temprano en Abidos (Bestock, 2011, 140).

Fig. 12. Plano de tumbas de embarcaciones de la Dinastía I en Abidos (O'Connor, 1991, 12).

Fig. 13. Tumbas de embarcaciones de la Dinastía I en Abidos (The American Research Center in Egypt).

Fig. 14. Plano del cementerio HK6 de Hieracópolis (Hierakonpolis-online.org).

Fig. 15. Tumba 16 del cementerio HK6 de Hieracópolis, con reconstrucción (Hierakonpolis-online.org).

Fig. 16. Tumba 72 del cementerio HK6 de Hieracópolis (Hierakonpolis-online.org).

Armas

- Fig. 17. Cabezas de maza esféricas y cónico-piriformes (Gilbert, 2004, 37).
- Fig. 18. Cabezas de maza discoidales (Gilbert, 2004, 37).
- Fig. 19. Cabezas de maza piriformes (Gilbert, 2004, 38).
- Fig. 20. Cabezas de maza rituales o ceremoniales (Gilbert, 2004, 39).
- Fig. 21. Puntas de flecha de base cóncava (Gilbert, 2004, 50).
- Fig. 22. Puntas de lanza de sílex y de cobre (Gilbert, 2004, 58).
- Fig. 23. Puntas de lanza de sílex (Gilbert, 2004, 60).
- Fig. 24. Cabezas de hacha de piedra (Gilbert, 2004, 64).
- Fig. 25. Cabezas de hacha de cobre (Gilbert, 2004, 65).
- Fig. 26. Hojas de dagas o cuchillos de cobre (Gilbert, 2004, 42).
- Fig. 27. Maza con mango del cementerio 137 de Sayala (según Firth, 1927, 205 y pl. 18c).

Estructuras fortificadas

Fig. 28. Planta de “South Town” en Nagada (Gilbert, 2004, 102).

Fig. 29. Vista, planta y corte noroccidental de las murallas de Tel es-Sakan (Moeller, 2016, 80).

Fig. 30. Planta del recinto fortificado del período Dinástico Temprano en Elefantina (Moeller, 2016, 77).

Fig. 31. Reconstrucción del recinto fortificado de la Dinastía I en Elefantina (dibujo de M. Ziermann, en Gilbert, 2004, 106).

Fig. 32. Planta de ciudad fortificada del Reino Antiguo en Elefantina (Vogel, 2009, 469).

Representaciones iconográficas e inscripciones jeroglíficas

a) Cerámica y otros objetos decorados

Fig. 33. Decoración del vaso de la tumba U-239 del cementerio U de Abidos (Dreyer *et al.*, 1998, 114).

Fig. 34. Decoración del vaso E3002 del Musée du Cinquantenaire de Bruselas (Vandier, 1952, 287).

Fig. 35. Decoración del vaso UC15339 del Petrie Museum (Petrie, 1920, pl. XVIII.74).

Fig. 36. Decoración del vaso U-415/1 del cementerio U de Abidos (Dreyer *et al.*, 2003, 80).

Fig. 37. Piedra decorada hallada en el Sudán central e interpretación del motivo (Usai y Salvatori, 2007, figs. 3a-b).

Fig. 38. Cerámica decorada 35.10 del Metropolitan Museum of Art (Metropolitan Museum of Art Collection).

Fig. 39. Cerámica decorada E2988 de Musées Royaux d'Art et d'Histoire de Bruxelles (Hendrickx, 2010, 111).

Fig. 40. Cerámica decorada CG2076 del Museo Egipcio de El Cairo (Hartmann, 2008, 169).

Fig. 41. Paleta de Estocolmo (Medelhavsmuseet Collection).

Fig. 42a-c. Recipientes cerámicos decorados de Nagada II (The Metropolitan Museum of Art Collection).

Fig. 43a-c. Fragmentos seleccionados del tejido de Gebelein (Le Musée Imaginaire. Navires Antiques / M. Álvarez).

Fig. 44. Recipiente con forma de hipopótamo de la tumba 3759 de Badari (Hendrickx y Förster, 2010, 829).

Fig. 45. Motivo del mango de cuchillo de Dyebel el-Arak (Lloyd, 2014, 41).

Fig. 46. Motivo del mango de cuchillo de la tumba U-127 del cementerio U de Abidos (De Wit, 2008, 181).

Fig. 47. Motivo del mango de cuchillo del depósito principal de Hieracópolis (Raffaele, 2010, 282).

Fig. 48. Cerámica decorada EA35324 (British Museum Collection Online).

Fig. 49a-b. Fragmentos cerámicos 15084/b y 15693 de Berlín (Krauss, 1995, 152).

- Fig. 50. Motivo de la Paleta de la Caza (Gilbert, 2004, 85).
- Fig. 51. Motivo de la Paleta de las Ciudades (Baines, 1996, 364-365).
- Fig. 52. Paleta de los Toros (De Wit, 2008, 159).
- Fig. 53. Motivo de la Paleta del Campo de Batalla (Midant-Reynes, 2003, 348).
- Fig. 54. Motivo del mango de cuchillo del Metropolitan Museum (Williams y Logan, 1987, 273-274).
- Fig. 55. Fragmento de paleta de Nagada III (Juan Rodríguez Lázaro).
- Fig. 56. Motivo de fragmento de cabeza de maza de Hieracópolis (De Wit, 2008, 247).
- Fig. 57. Motivo de Cabeza de Maza de Escorpión (Lloyd, 2014, 61).
- Fig. 58. Fragmento de paleta 33159 del Metropolitan Museum (The Metropolitan Museum of Art Collection).
- Fig. 59. Cabeza de maza de marfil hallada en Hieracópolis (Quibell, 1900, pl. XII.4).
- Fig. 60. Motivo reconstruido del incensario de la tumba L24 de Qustul (Williams, 1986, pl. 34).
- Fig. 61. Reconstrucción del motivo del incensario de la tumba L11 de Qustul (Williams, 1986, pl. 33).
- Fig. 62. Cilindros de marfil de la Dinastía I hallados en Hieracópolis (Quibell, 1900, pl. XV).
- Fig. 63. Motivo de la Paleta de Nármer (Lloyd, 2014, 51).
- Fig. 64. Motivo de la Cabeza de Maza de Nármer (The Narmer Catalog).
- Fig. 65. Mango cilíndrico de marfil de Nármer (Wengrow, 2007 [2006], 246).
- Fig. 66. Ejemplos de *serejs* de Nármer en cerámica del sur de Palestina (Arad, Tel Erani) (Braun, 2011, 114).
- Fig. 67. *Serej* del rey Aha en fragmento de vaso hallado en Abidos (British Museum Collection Online).
- Fig. 68. Caña del reinado de Qaa (Petrie, 1900, pl. XII.12-13).
- Fig. 69. Inscripción en vaso de piedra de Sejemib-Perenmaat (Francesco Raffaele).
- Fig. 70. Inscripción en vaso de piedra de Peribsen (Wikimedia Commons).
- Fig. 71. Motivo de vasos del reinado de Jasejem (Quibell, 1900, pl. XXXVIII).

Fig. 72. Fragmento de recipiente de piedra con el *serej* de Jasejemuy hallado en Biblos (Dunand, 1939, pl. XXXIX).

b) Decoraciones murales y estelas

Fig. 73. Decoración mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Cervelló Autuori, 2009a, 71).

Fig. 74. Fragmento de estela de Jasejem (Gilbert, 2004, 96).

Fig. 75. Estela de Merka (Juan Rodríguez Lázaro).

Fig. 76. Reproducción de la autobiografía de Mechen (detalle) hallada en Abusir (Wikimedia Commons).

Fig. 77. Títulos del funcionario Nesutnefer en su tumba de Giza (Monnier, 2013b, 372).

c) Sellos e improntas de sellos

Fig. 78. Reconstrucción de sello del rey Den (Müller, 2008, 480).

Fig. 79. Fragmento Ab K 6500 de sello del rey Den (Müller, 2008, 478).

Fig. 80. Fragmento Ab K 6501 de sello del rey Den (Müller, 2008, 479).

Fig. 81. Sello del reinado de Qaa (Monnier, 2013b, 372).

Fig. 82. Impronta de sello de Peribsen (Petrie, 1901b, pl. XXII.181).

Fig. 83a-b. Impresiones de sello del reinado de Jasejemuy halladas en Abidos (Digital Egypt for Universities, University College London).

Fig. 84. Impronta de sello de Nimaathap hallada en Abidos (Roth, 2001, 527).

d) Estatuas y estatuillas

Fig. 85. Estatuilla de prisionero (Schäfer, 1896, 160).

Fig. 86. Estatuilla de prisionero de Abidos (De Wit, 2008, 183).

Fig. 87. Estatuilla de prisionero de Dyebel Tarif (Quibell, 1905, 272).

Fig. 88. Estatuilla de prisionero de Hieracópolis (De Wit, 2008, 187).

Fig. 89. Estatuilla de prisionero hallada en la tumba 11 del cementerio HK6 de Hieracópolis (De Wit, 2008, 201).

Fig. 90. Estatuilla de prisionero del depósito principal de Hieracópolis (De Wit, 2008, 221).

Fig. 91. Estatuilla de prisionero arrodillado de Tell el-Farkha (De Wit, 2008, 211).

Fig. 92. Estatuilla de prisionero de Tell el-Farkha (De Wit, 2008, 213).

Fig. 93. Estatuilla de prisionero del depósito principal de Hieracópolis (De Wit, 2008, 223).

Fig. 94. Estatuilla de prisionero del depósito principal de Hieracópolis (De Wit, 2008, 227).

Fig. 95. Estatuilla de prisionero del depósito principal de Hieracópolis (De Wit, 2008, 229).

Fig. 96. Estatuilla de prisionero del depósito principal de Hieracópolis (Wengrow, 2007 [2006], 223).

Fig. 97a-b. Base de estatua de piedra caliza del rey Jasejem, frente y costado (Ancient Egypt and Archaeology Web Site).

Fig. 98. Motivos en bases de dos estatuas del rey Jasejem (Quibell, 1900, pl. XL).

Fig. 99. Base de estatua del rey Dyeser (Parra Ortiz, 2009, 129).

e) Inscripciones rupestres y estelas fronterizas

Fig. 100. Inscripción rupestre en el desierto occidental (Hendrickx, 2010, 113).

Fig. 101. Inscripción rupestre (abreviada) del período Predinástico en la región de Asuán (Vinson, 1994, 14).

Fig. 102. Inscripción rupestre de Nagada II en el desierto oriental (Wadi Hilal) (Yale in Egypt).

Fig. 103. Inscripción rupestre de Nagada III en el desierto oriental (Wadi Hilal) (Yale in Egypt).

Fig. 104. Inscripción rupestre en la “Caverna de las Bestias” (Gifl Kebir) en el desierto occidental (Bàrta y Frouz, 2010, 40).

Fig. 105. Inscripción rupestre de Dyebel Chauti (Darnell y Darnell, 2002, pl. 11).

Fig. 106. Primera inscripción rupestre de Dyebel Sheikh Suleiman, con líneas resaltadas (Needler, 1967, I).

Fig. 107. Segunda inscripción rupestre de Dyebel Sheikh Suleiman (Murnane, 1987, 285).

Fig. 108. Inscripción rupestre en el sitio 2 de Nag el-Hamdulab, Asuán (Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012, 1074).

Fig. 109. Inscripción rupestre en el sitio 7 de Nag el-Hamdulab, Asuán (Hendrickx, Darnell y Gatto, 2012, 1078).

Fig. 110a-f. *Serejs* de un rey no identificado de Nagada IIIa y de los reyes Iry-Hor, Ka, Nármer, Dyer y Raneb en Wadi Ameyra, Sinaí meridional (Tallet y Laisney, 2012, 395-398).

Fig. 111a-c. Inscripciones rupestres del rey Den en Wadi el-Humur, Sinaí meridional (Tallet, 2010, 98).

Fig. 112. Inscripciones jeroglíficas del período Dinástico Temprano cerca de Buhen (Smith, 1972, pl. XXVI).

Fig. 113. Inscripción rupestre con el nombre de Ninecher cerca de Naga Abu Shanak (Žába, 1974, fig. 6).

Fig. 114. Fragmento de estela de Zanajt hallada en Wadi Maghara, Sinaí meridional (British Museum Collection Online).

Fig. 115. Reproducción de grabado del reinado de Dyeser en Wadi Maghara, Sinaí meridional (Gardiner y Peet, 1917, pl. I.2).

Fig. 116. Reproducción de grabado de Sejemjet en Wadi Maghara, Sinaí meridional (Hall, 1986, fig. 12).

Fig. 117. Reproducción de grabado del reinado de Sejemjet en Wadi Maghara, Sinaí meridional (Gardiner y Peet, 1917, pl. I.1b).

f) Etiquetas y fragmentos de madera o marfil

Fig. 118. Etiqueta de marfil de Nármer (Wengrow, 2007 [2006], 246).

Fig. 119. Motivo de fragmento de marfil hallado en Abidos (De Wit, 2008, 217).

Fig. 120. Motivo de fragmento de marfil hallado en Abidos (British Museum Collection Online).

Fig. 121. Fragmento de marfil hallado en Abidos (Petrie, 1901b, pl. IV.20).

Fig. 122. Motivo de placa de marfil del depósito principal de Hieracómpolis (Droux, 2005, 34).

Fig. 123. Reproducción de fragmentos de marfil del reinado de Nármer (De Wit, 2008, 251).

- Fig. 124. Reproducción de fragmento de marfil del reinado de Nármer (De Wit, 2008, 249).
- Fig. 125. Reproducción de fragmento de marfil del reinado de Aha (De Wit, 2008, 253).
- Fig. 126. Motivo de fragmento de etiqueta del rey Aha hallado en Abidos (Petrie, 1901b, pl. XI.1).
- Fig. 127a-b. Motivos de etiquetas del reinado de Aha (Petrie, 1901b, pl. X.2, XI.2).
- Fig. 128. Etiqueta de madera del reinado de Dyer hallada en Abidos (Vogel, 2010, 10).
- Fig. 129. Etiqueta de Uadyi (a partir de dos fragmentos) (Dreyer et al., 1998, pl. 12a; Dreyer et al., 2003, pl. 18f).
- Fig. 130a-c. Motivos de etiquetas de madera del reinado de Den (Petrie, 1900, pl. XV.16-17; Tallet, 2010, 100).
- Fig. 131. Motivo de etiqueta de madera del reinado de Den (Petrie, 1900, pl. XV.18).
- Fig. 132. Motivo de etiqueta de madera del reinado de Den (Helck, 1987, 160).
- Fig. 133. Motivo de etiqueta del reinado de Den hallada en Abidos (British Museum Collection Online).
- Fig. 134. Reproducción de etiqueta de marfil del reinado de Qaa con la inscripción jeroglífica ꜥḥ3 (Petrie, 1902, pl. XI.11).

g) Modelos en miniatura

- Fig. 135. Modelo cerámico UC9024 hallado en Badari (UCL Petrie Museum Online Catalogue).
- Fig. 136. Modelo cerámico UC9322 hallado en Badari (UCL Petrie Museum Online Catalogue).
- Fig. 137. Modelo cerámico EA59632 hallado en Badari (British Museum Collection Online).
- Fig. 138. Cerámica decorada UC15281 (UCL Petrie Museum Online Catalogue).
- Fig. 139. Cerámica decorada UC15319 (UCL Petrie Museum Online Catalogue).
- Fig. 140. Modelo de embarcación de Nagada II (Museum of Fine Arts Boston, Collection Tour).
- Fig. 141. Modelo de Abadiya (Vogel, 2010, 5).
- Fig. 142. Modelo de marfil de la Dinastía I hallado en Abidos (Monnier, 2014, 195).

Fig. 143. Modelo de marfil del reinado de Den hallado en Abu Rawash (Monnier, 2014, 195).

Fig. 144. Modelo de alabastro del reinado de Dyeser hallado en Saqqara (Monnier, 2014, 195).

h) Anales reales

Fig. 145. Piedra de Palermo (con detalles) (Wilkinson, 2000a, fig. 1).

Fig. 146. Fragmento Cairo 5 (Wilkinson, 2000a, fig. 10).

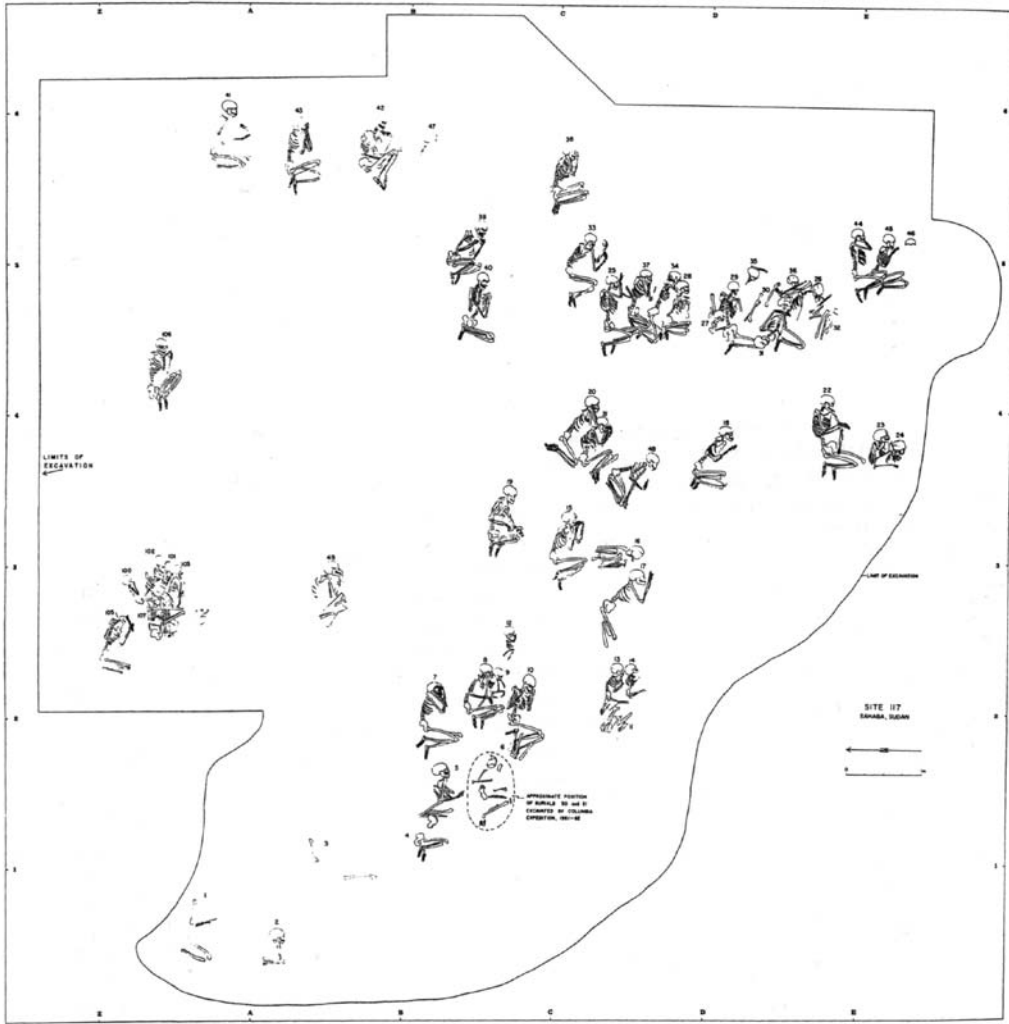


Fig. 1

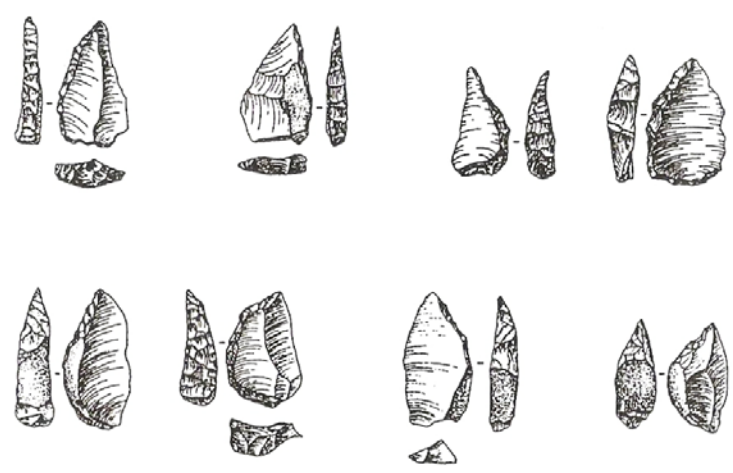


Fig. 2



Fig. 3

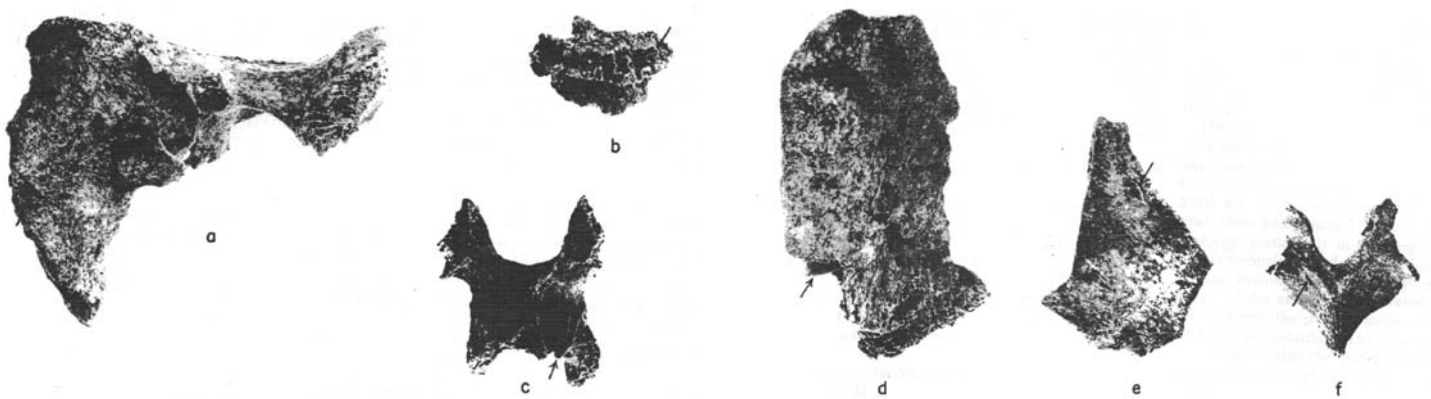


Fig. 4

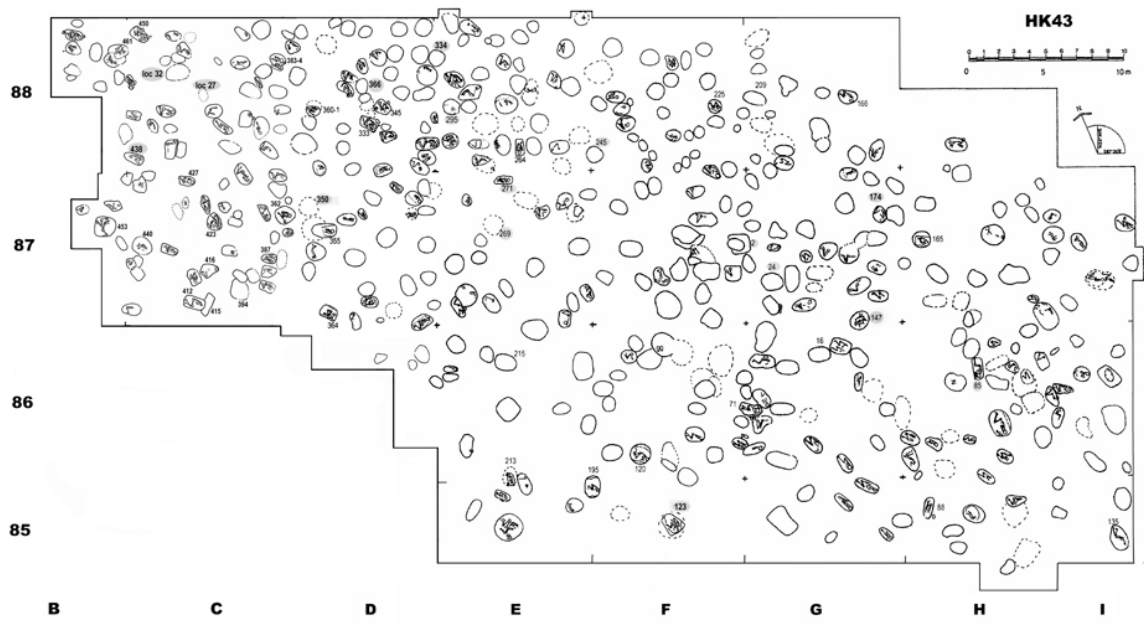


Fig. 5

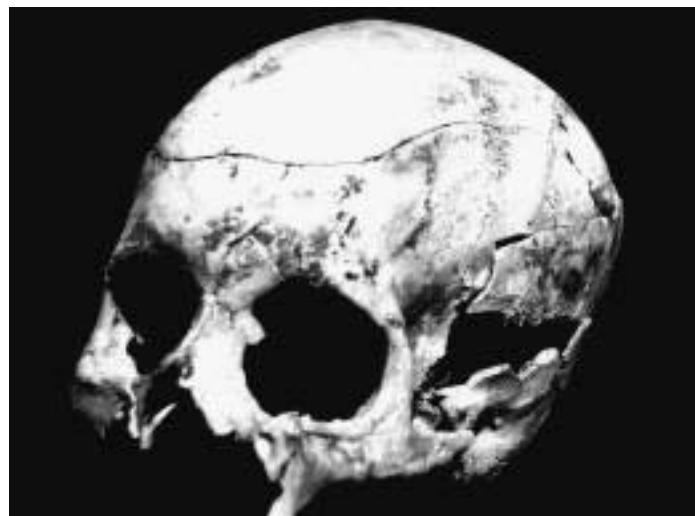


Fig. 6



Fig. 7

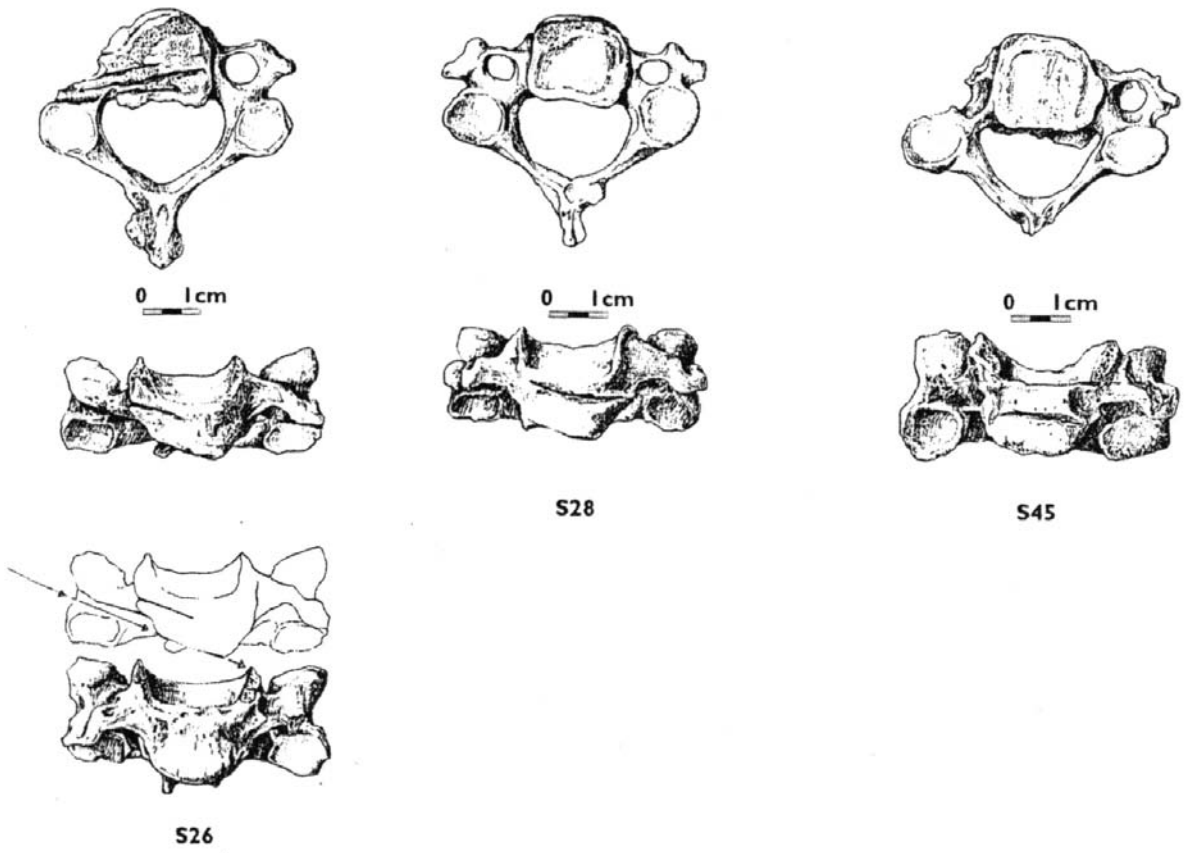


Fig. 8

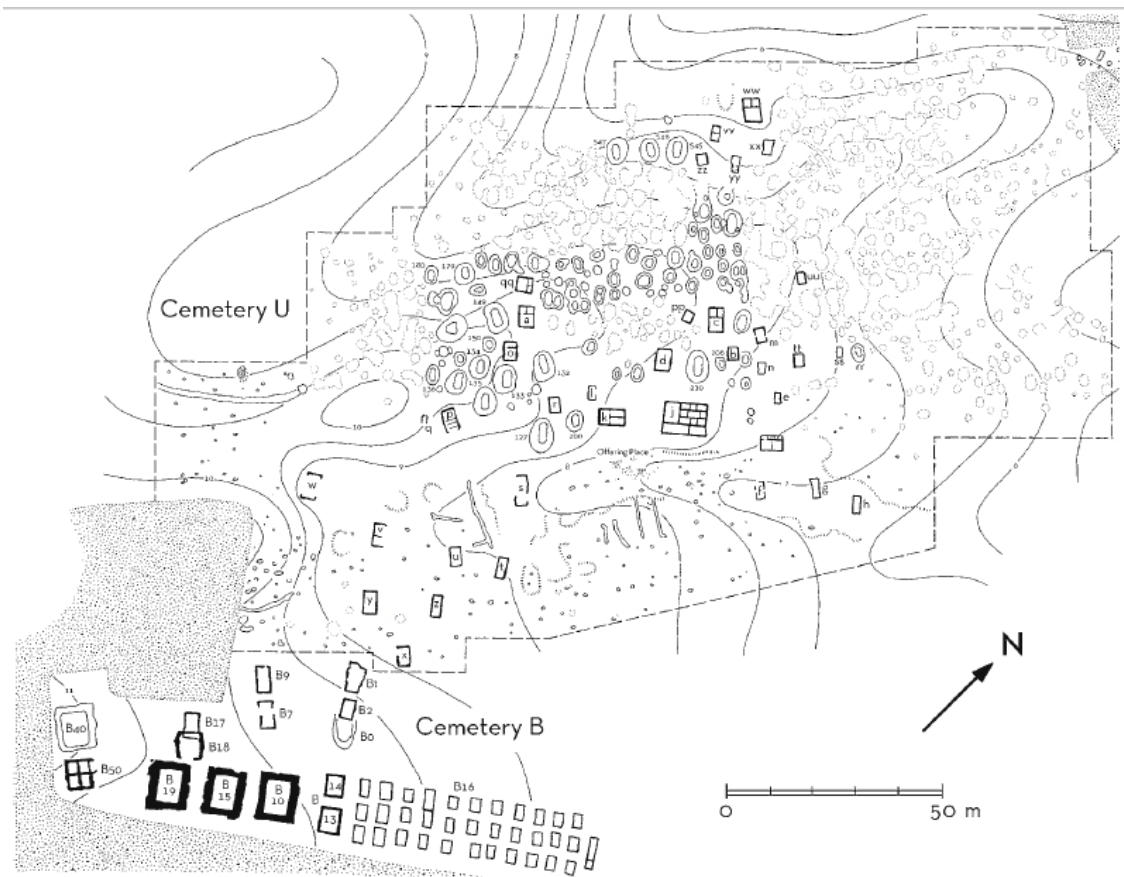


Fig. 9

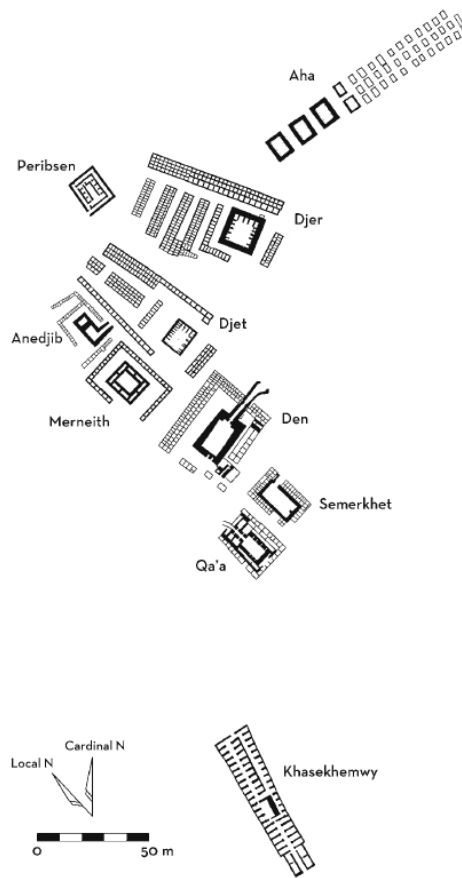


Fig. 10

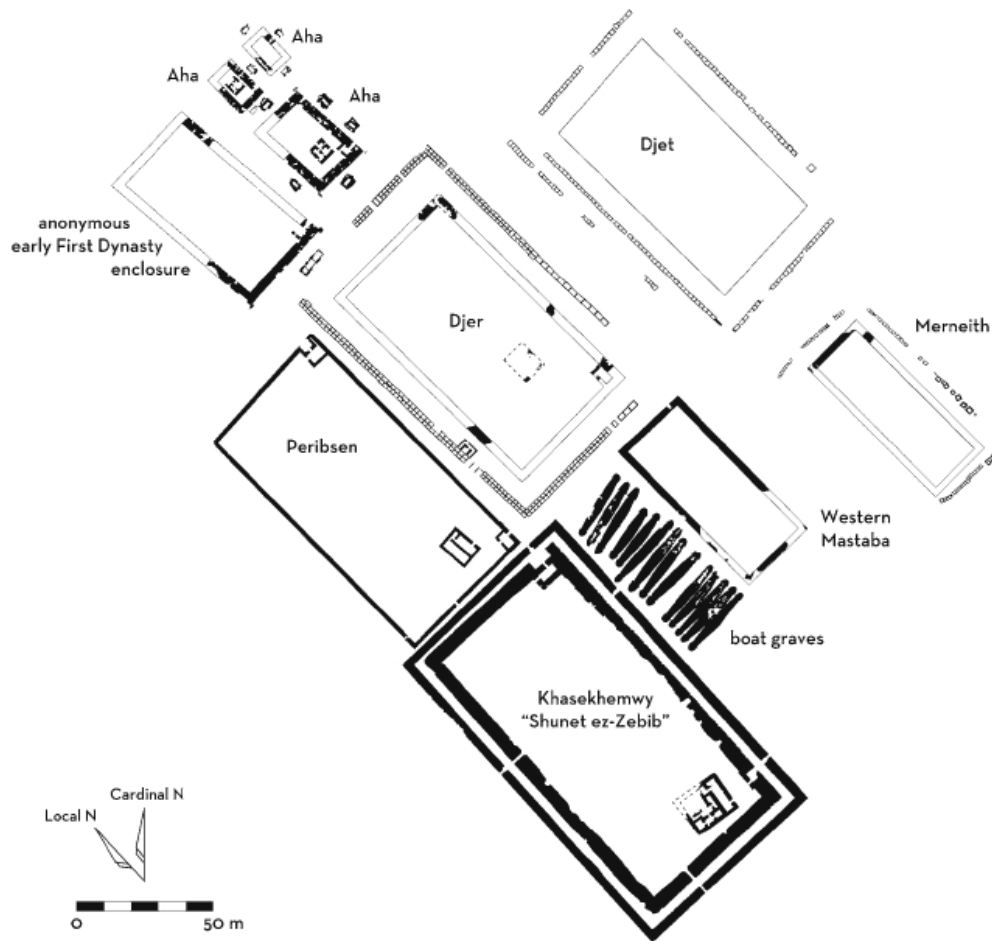


Fig. 11

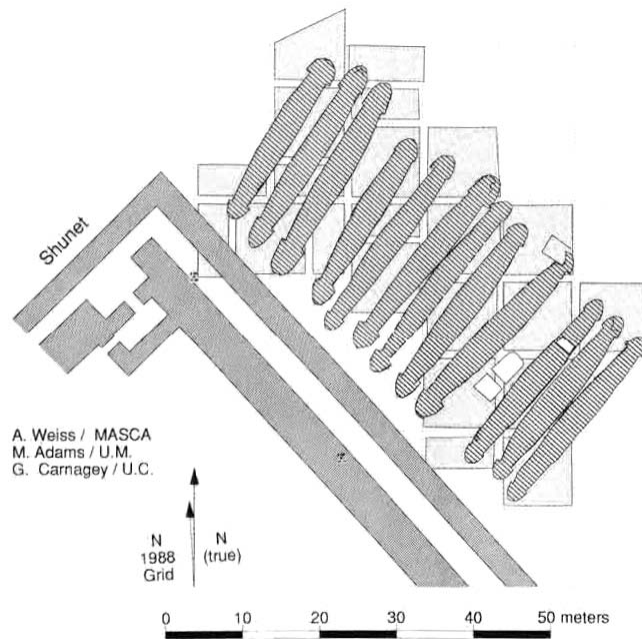


Fig. 12



Fig. 13

HIERAKONPOLIS, LOCALITY 6-
DEVELOPMENT OVER TIME

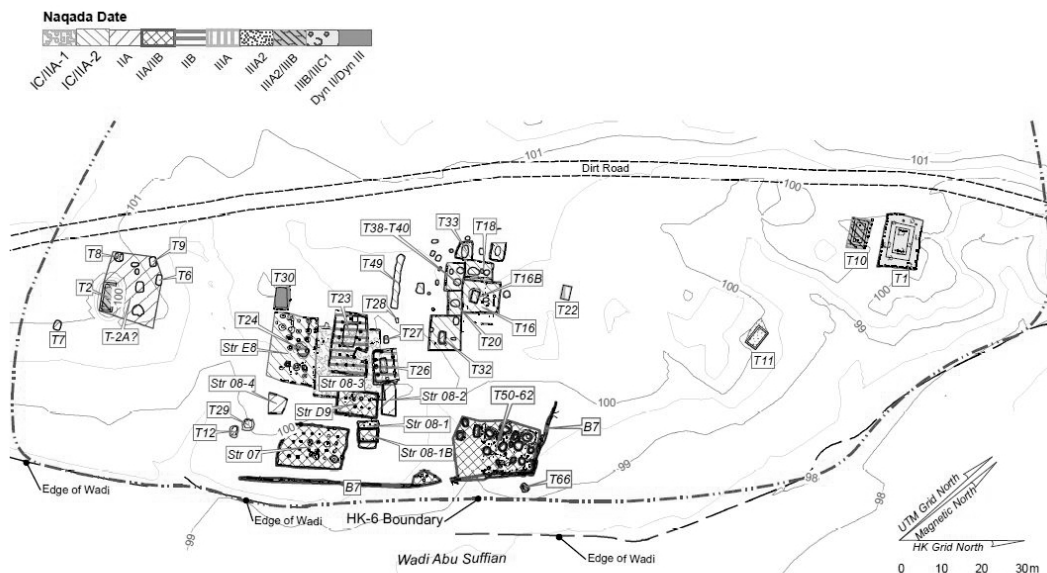


Fig. 14

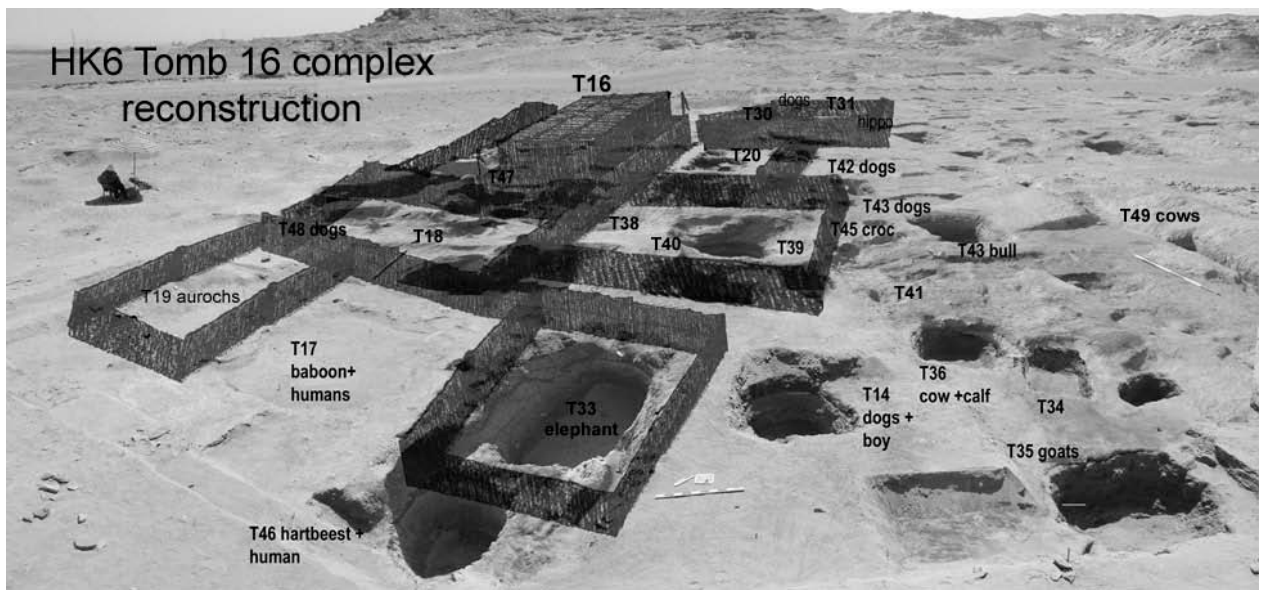


Fig. 15

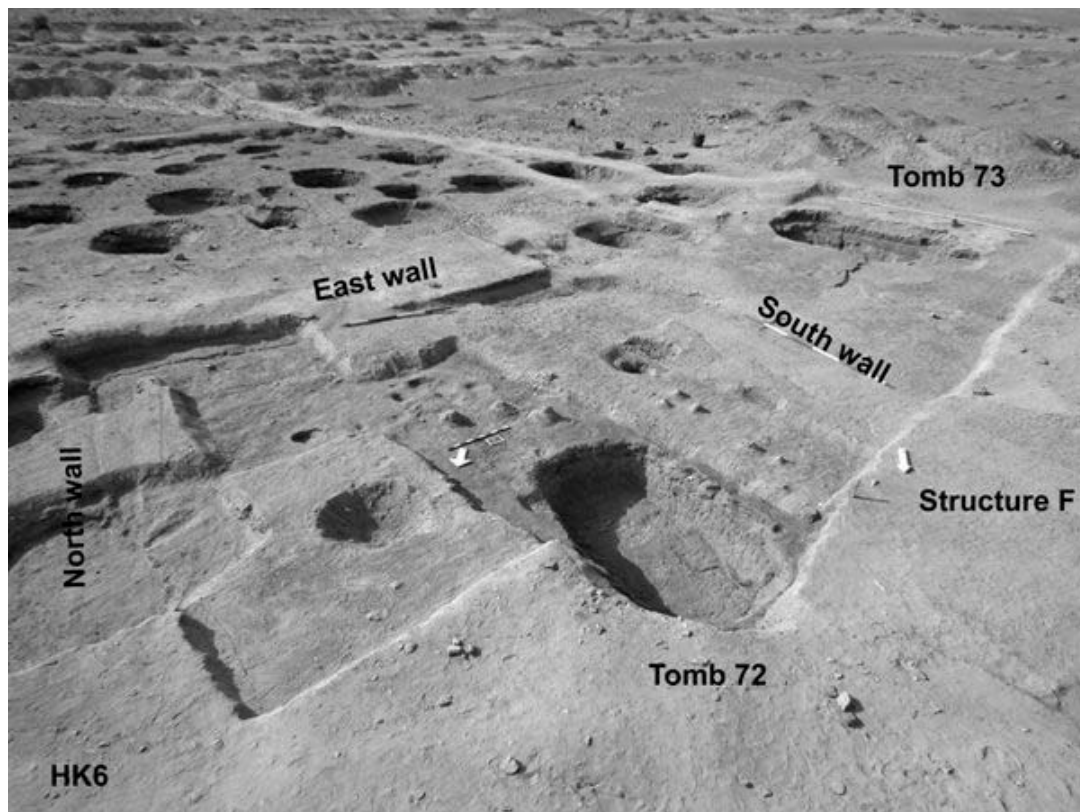


Fig. 16

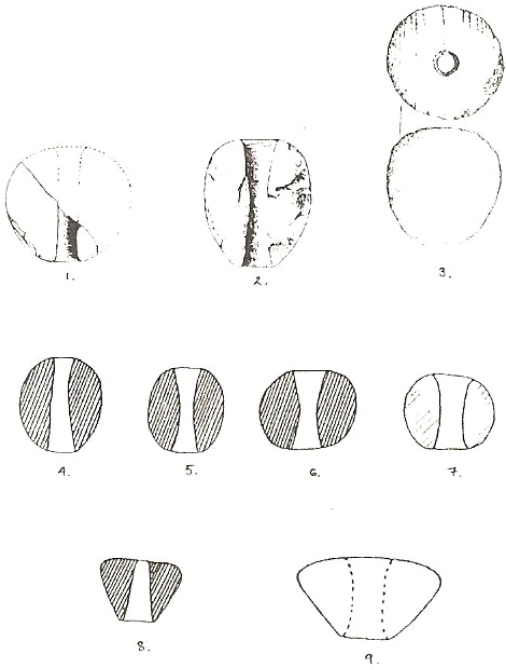


Fig. 17

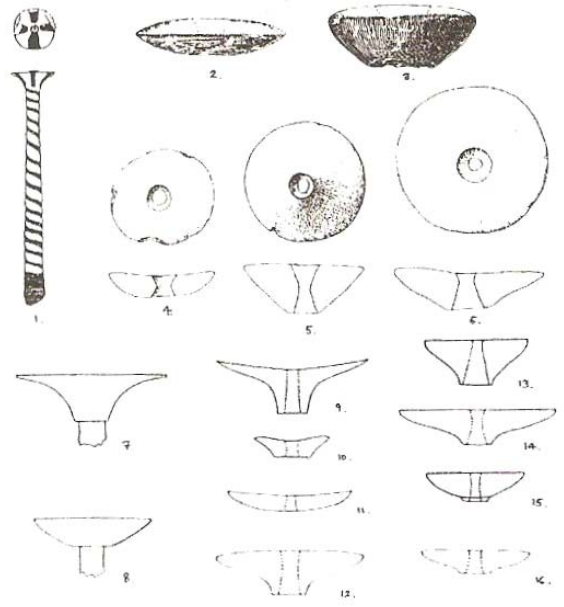


Fig. 18

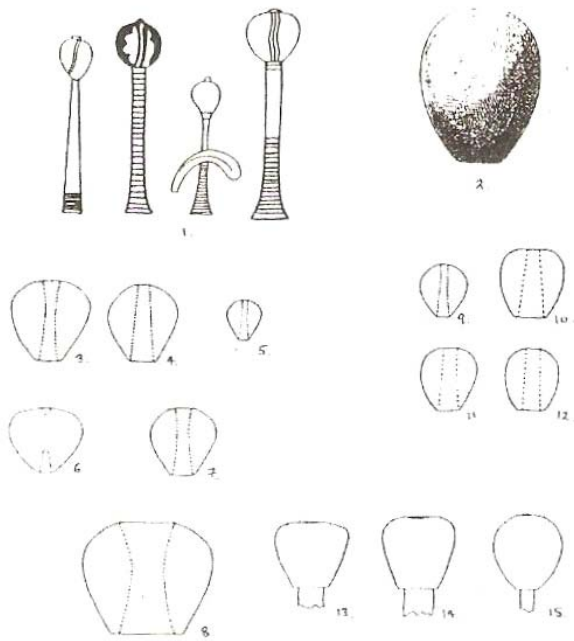


Fig. 19

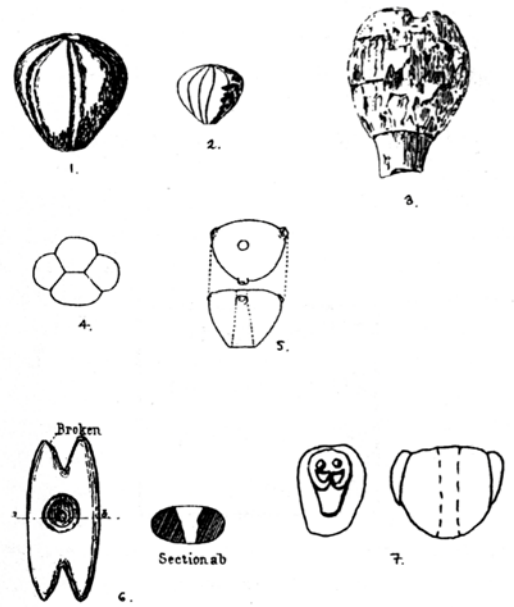


Fig. 20



Fig. 21

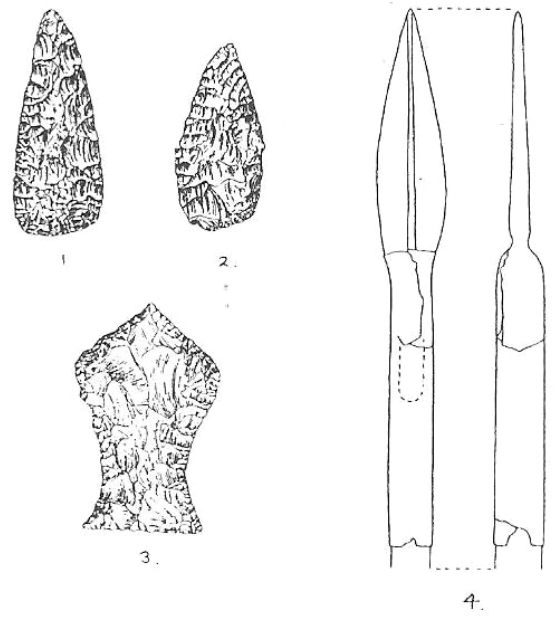


Fig. 22

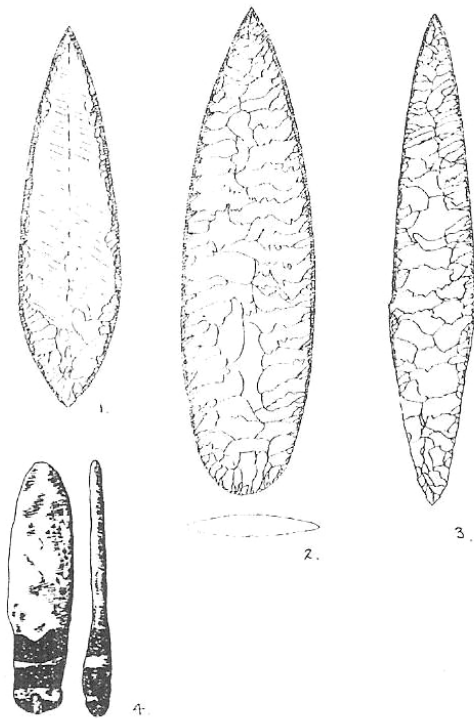


Fig. 23

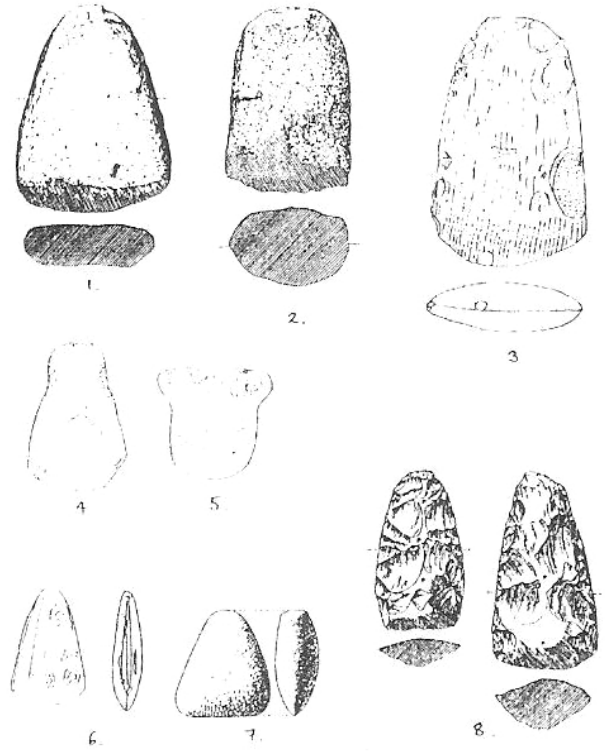


Fig. 24

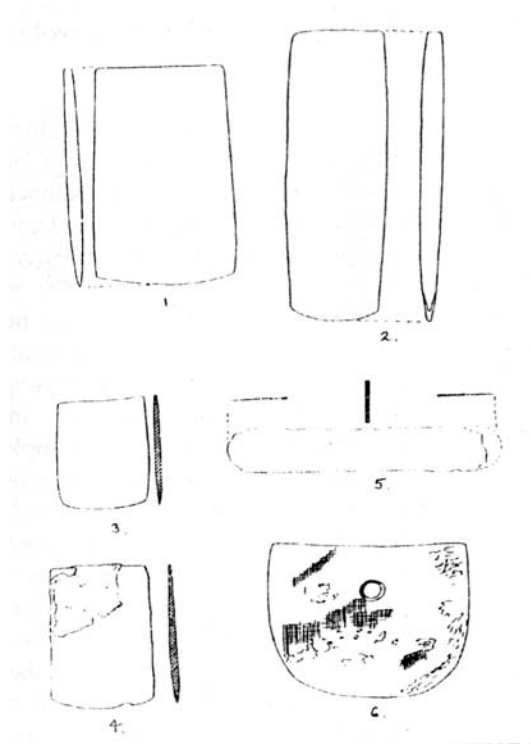


Fig. 25

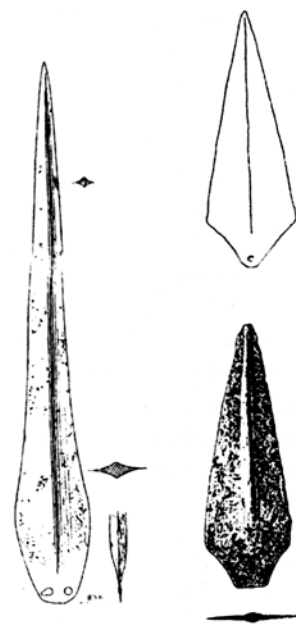


Fig. 26

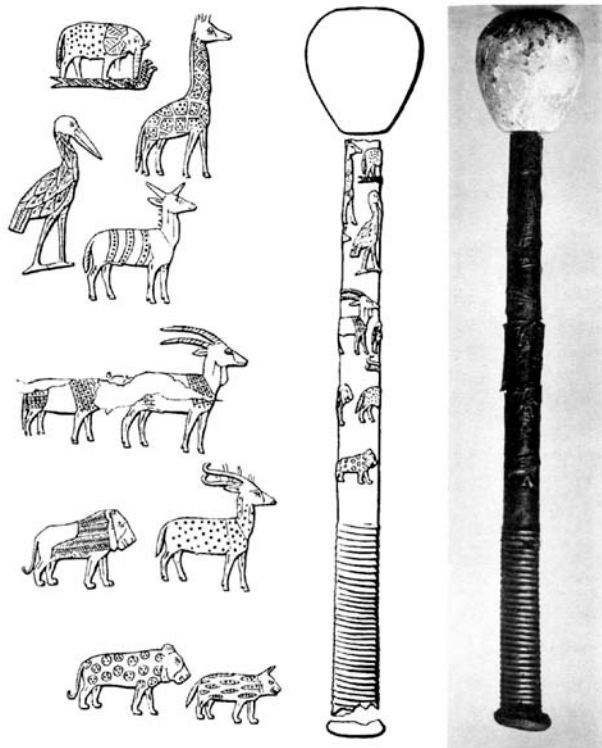


Fig. 27

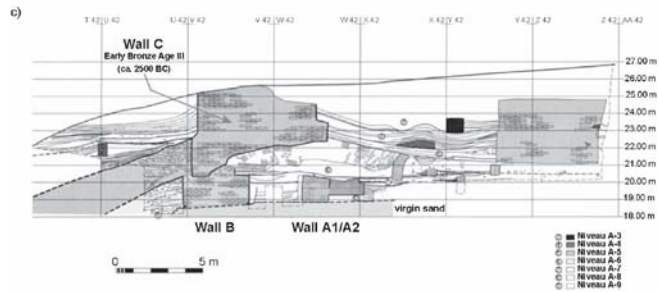
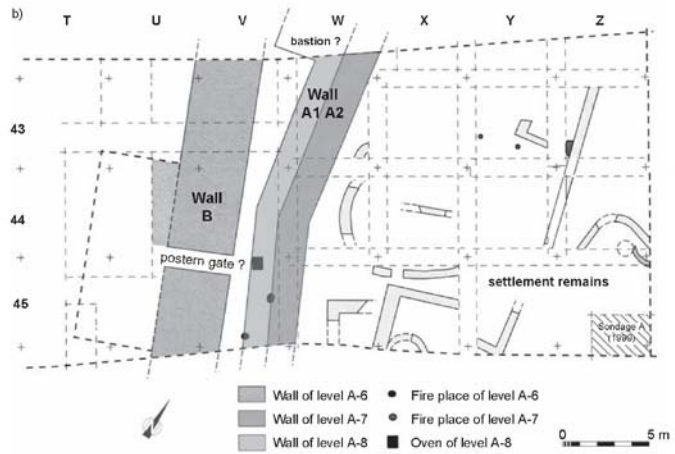
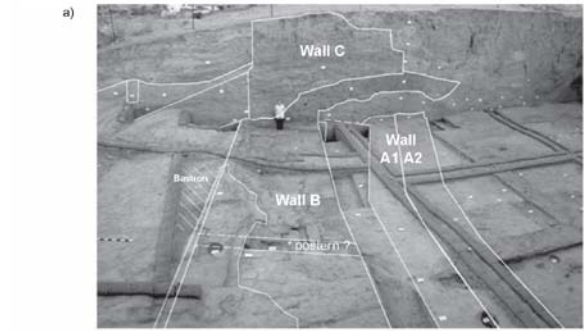
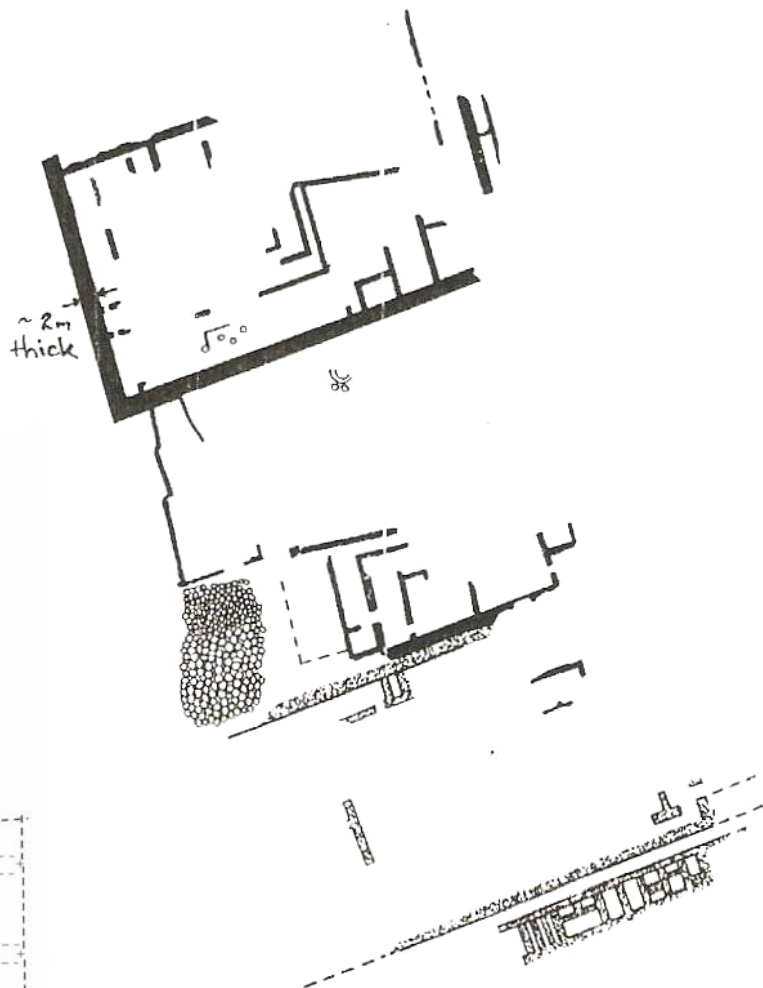


Fig. 28

Fig. 29

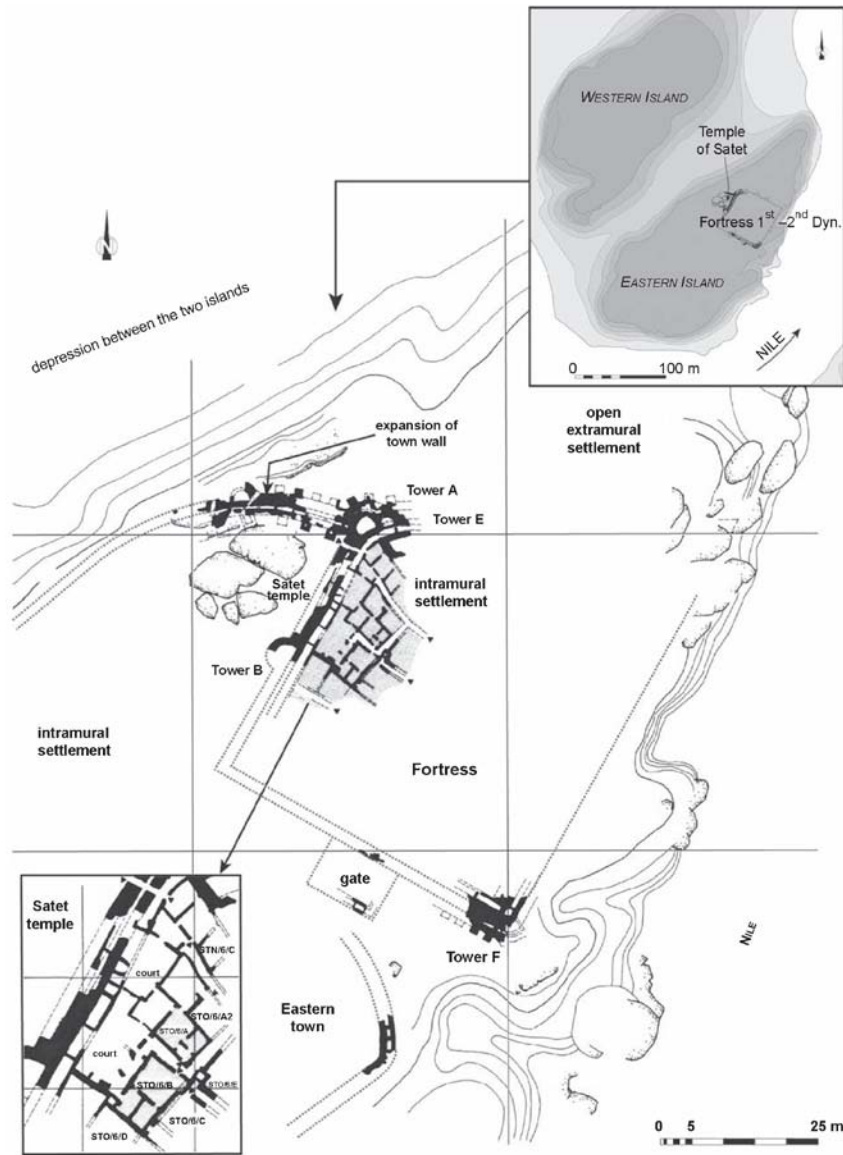


Fig. 30

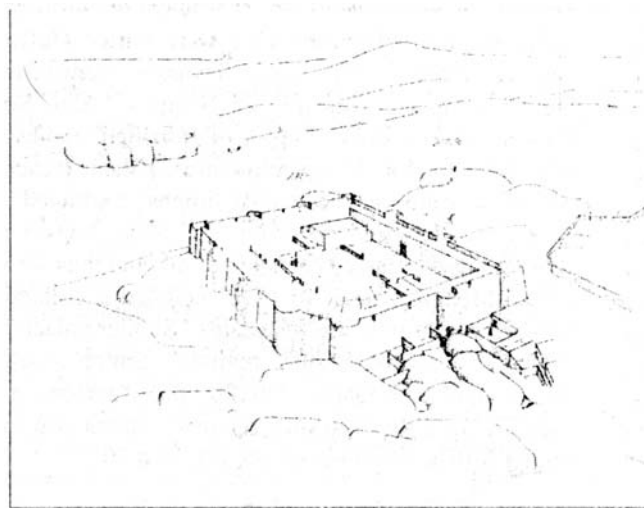


Fig. 31

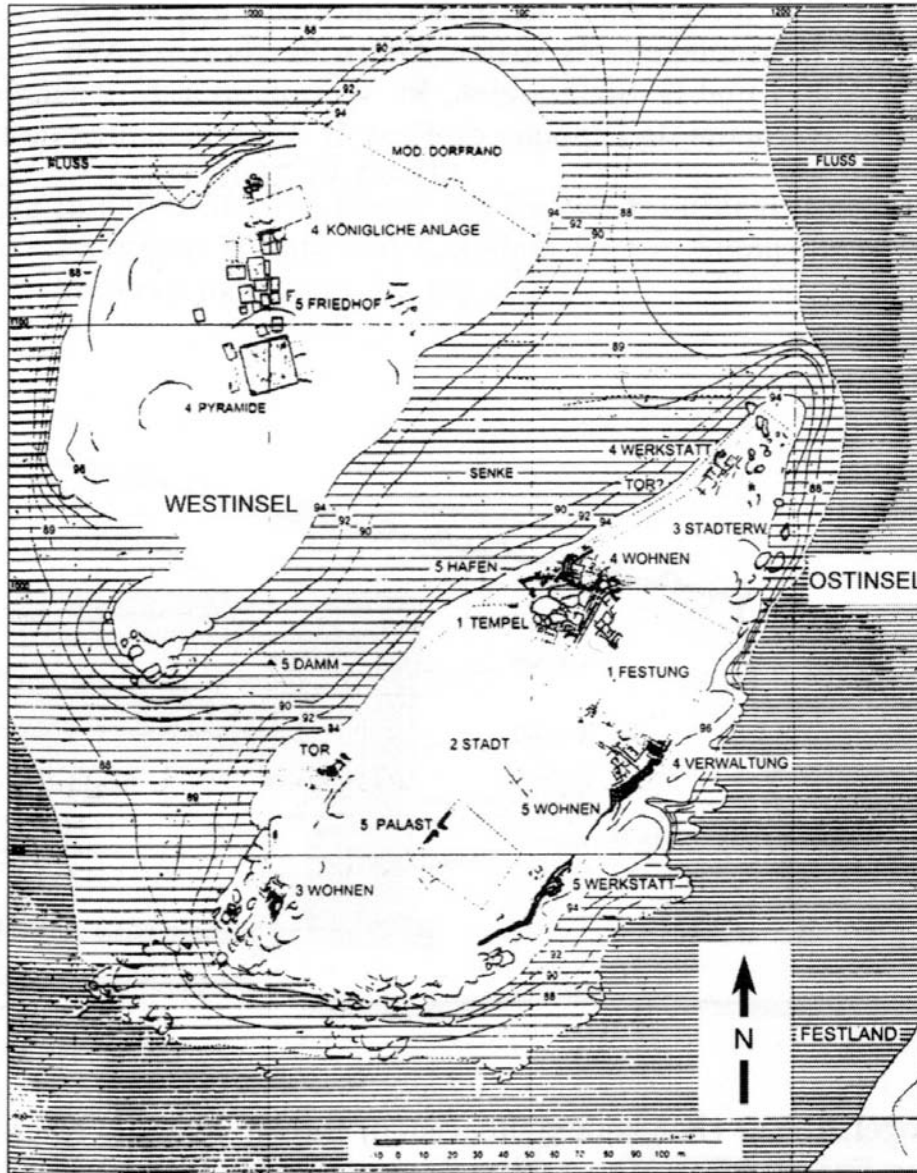


Fig. 32



Fig. 33

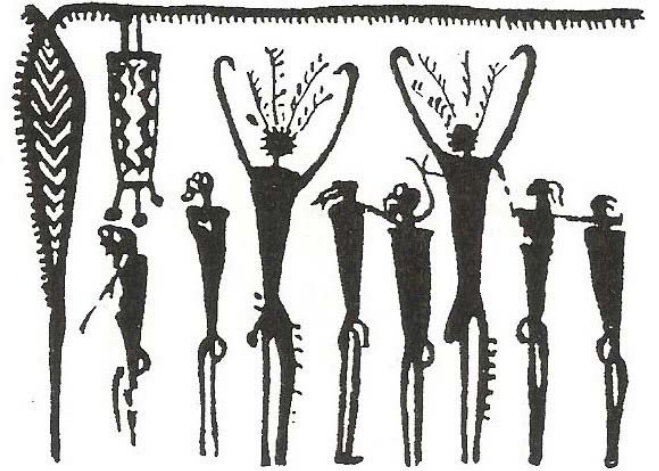


Fig. 34



Fig. 35

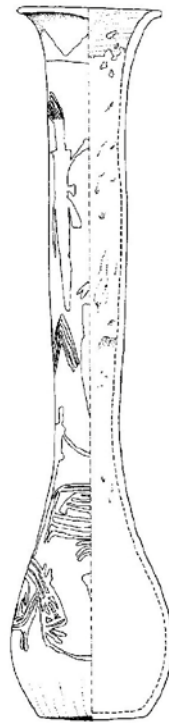


Fig. 36

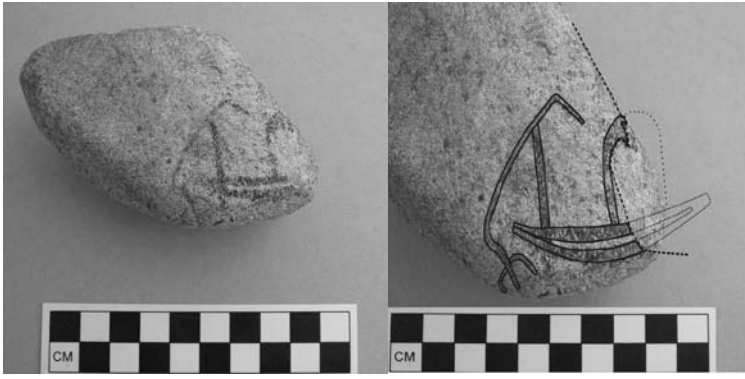


Fig. 37



Fig. 38

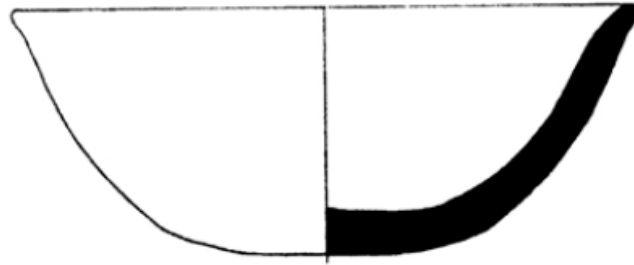


Fig. 39



Fig. 40



Fig. 41



Fig. 42a



Fig. 42b



Fig. 42c

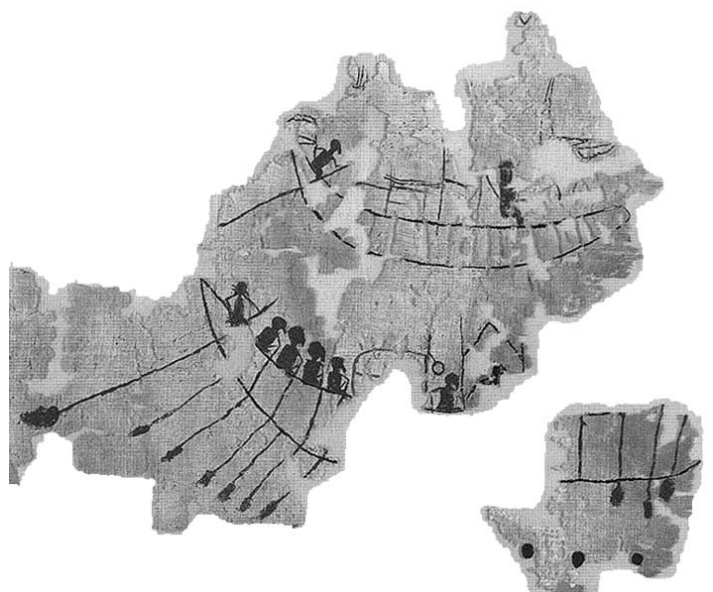


Fig. 43a

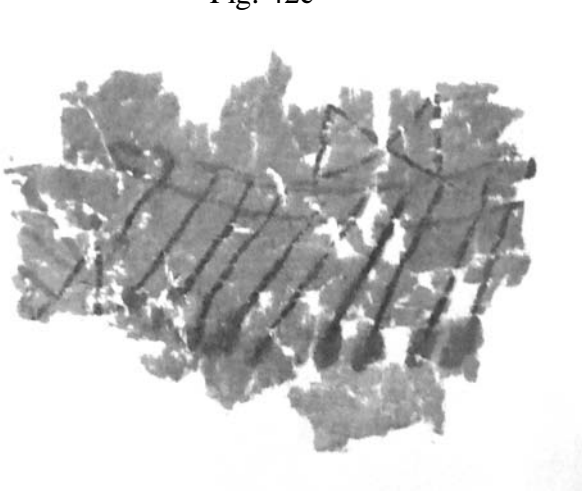


Fig. 43b



Fig. 43c



Fig. 44

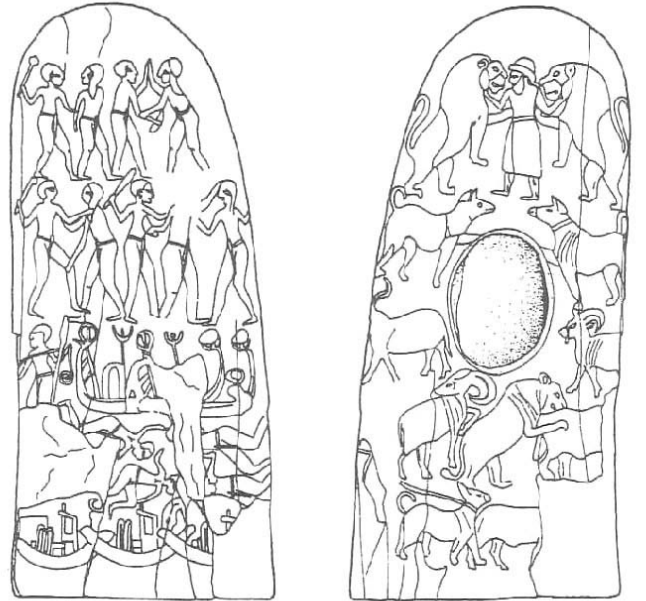


Fig. 45

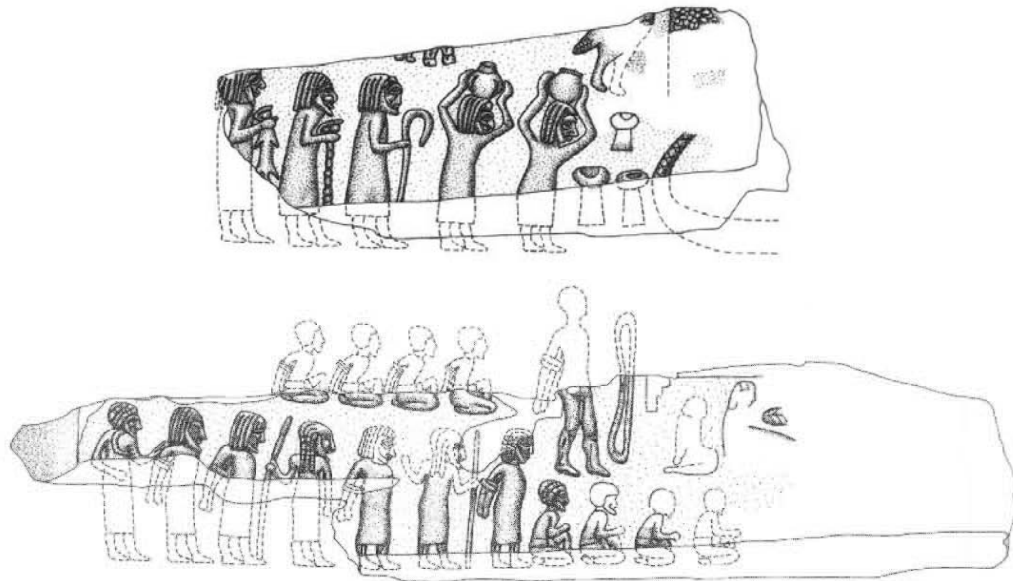


Fig. 46

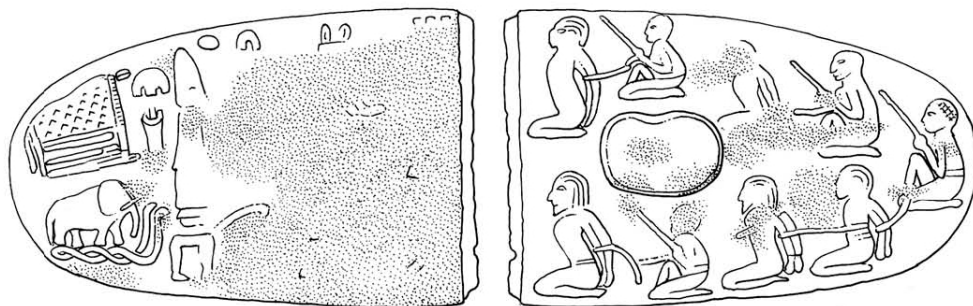


Fig. 47

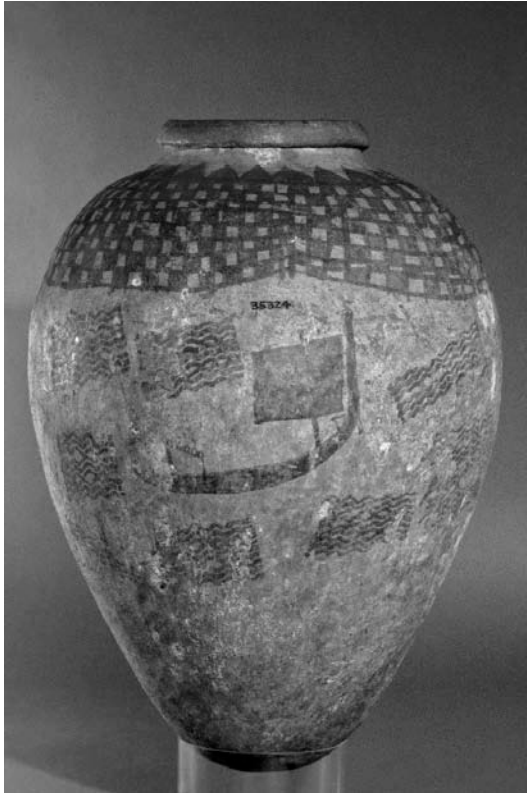


Fig. 48

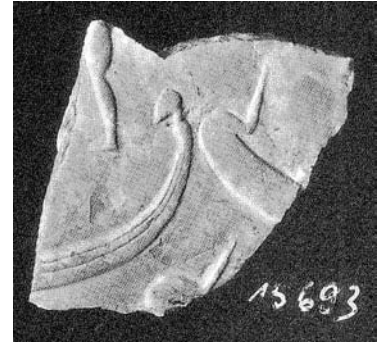
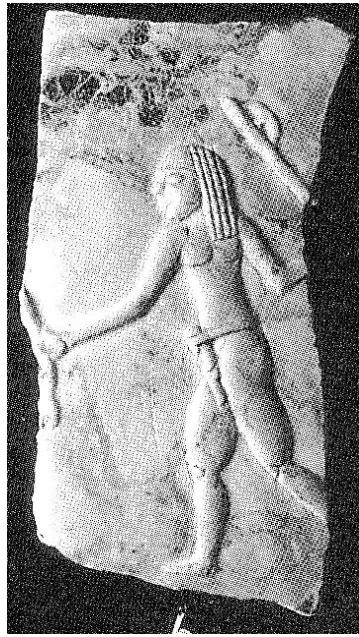


Fig. 49a-b



Fig. 50

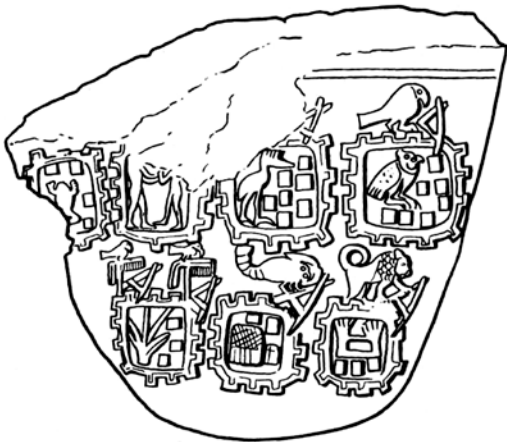


Fig. 51





Fig. 52



Fig. 53

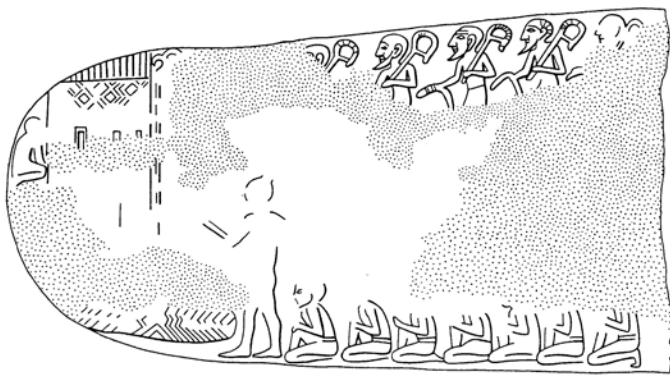


Fig. 54

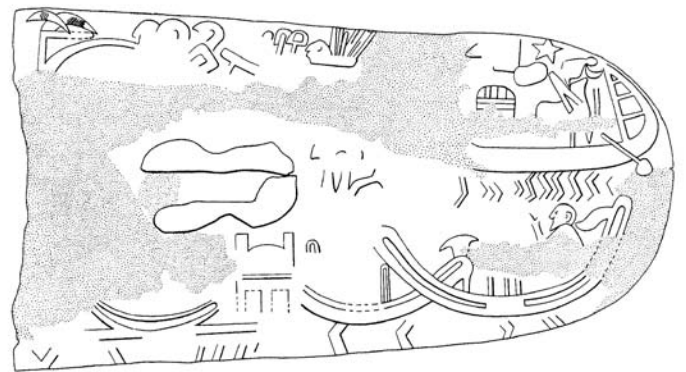


Fig. 55



Fig. 56

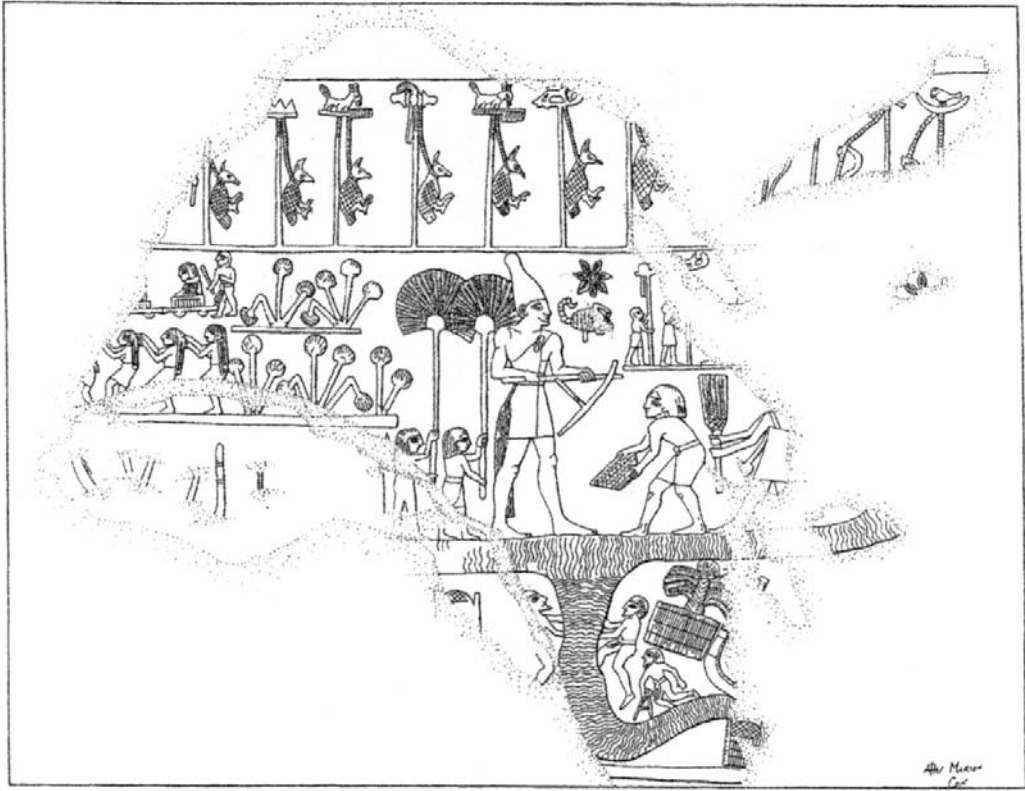


Fig. 57



Fig. 58



Fig. 59

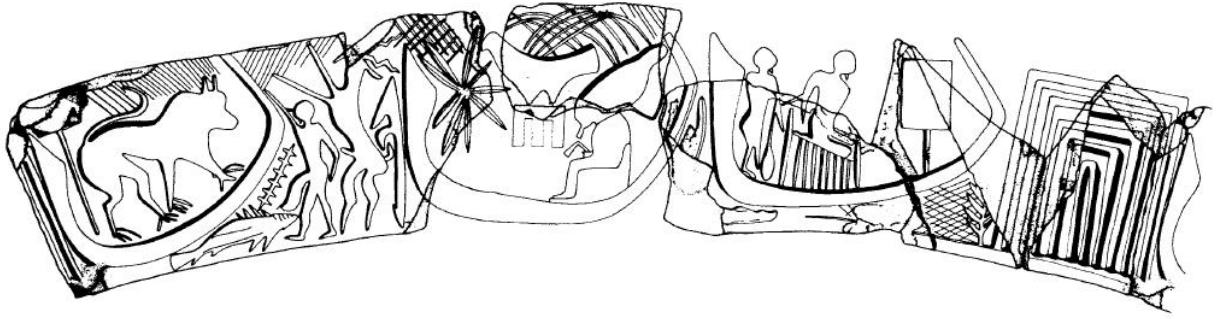


Fig. 60

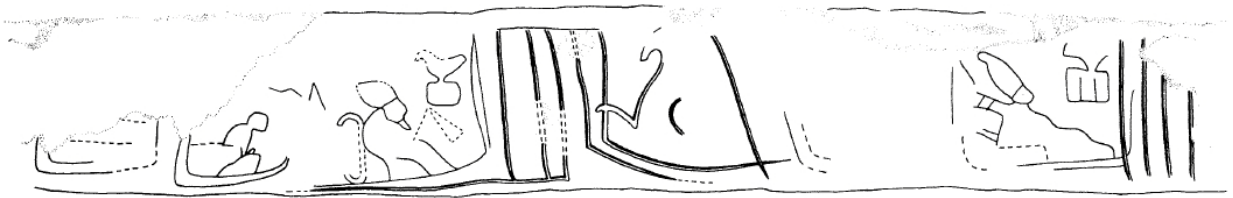


Fig. 61

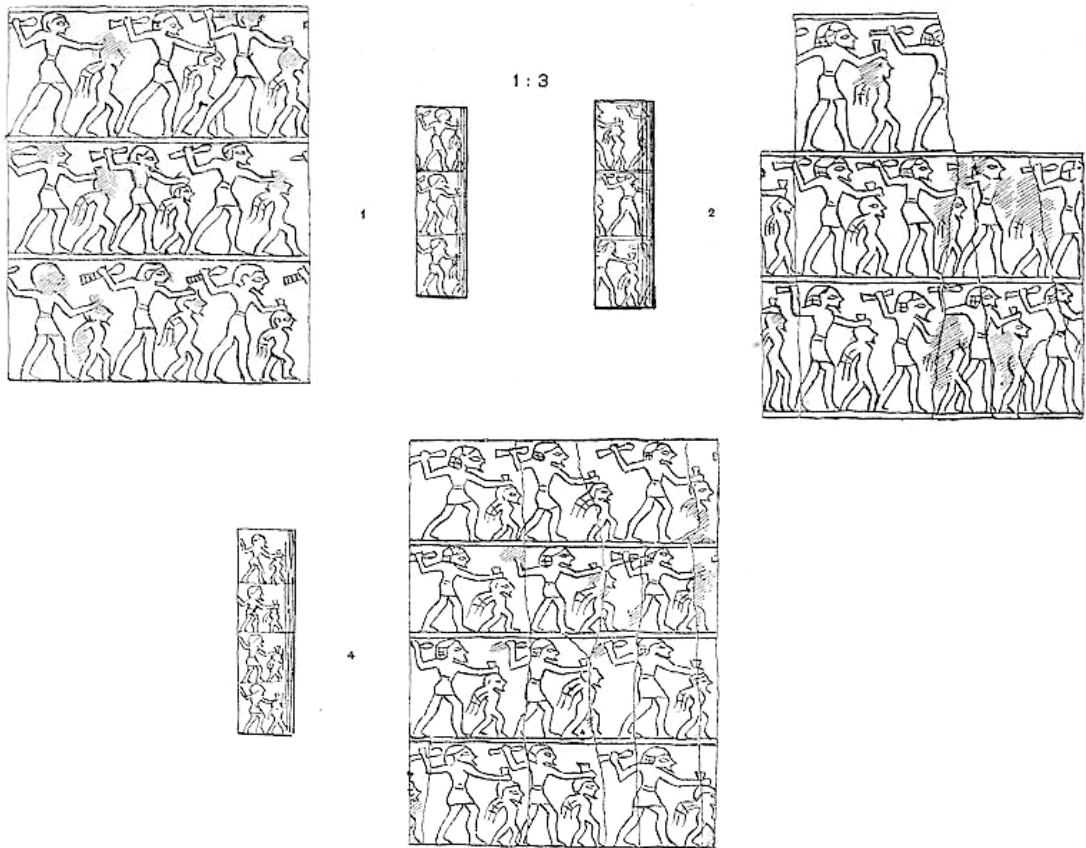


Fig. 62

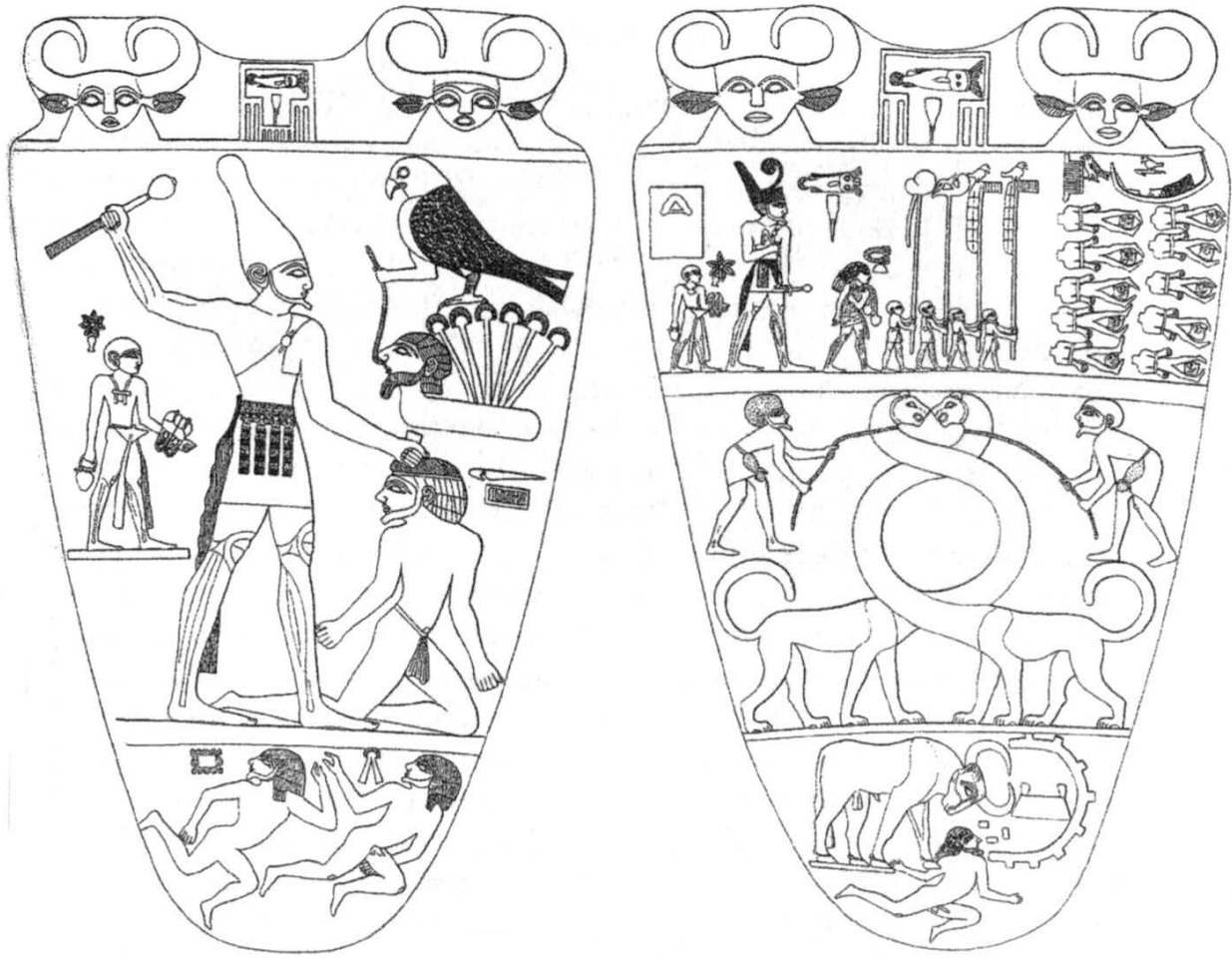


Fig. 63



Fig. 64

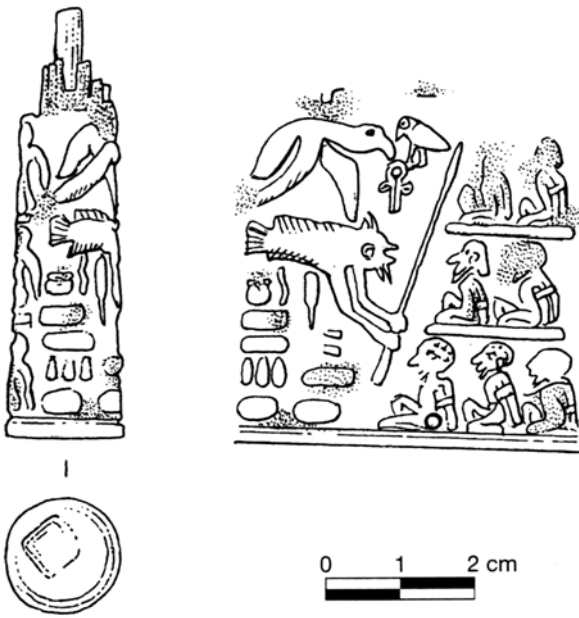


Fig. 65

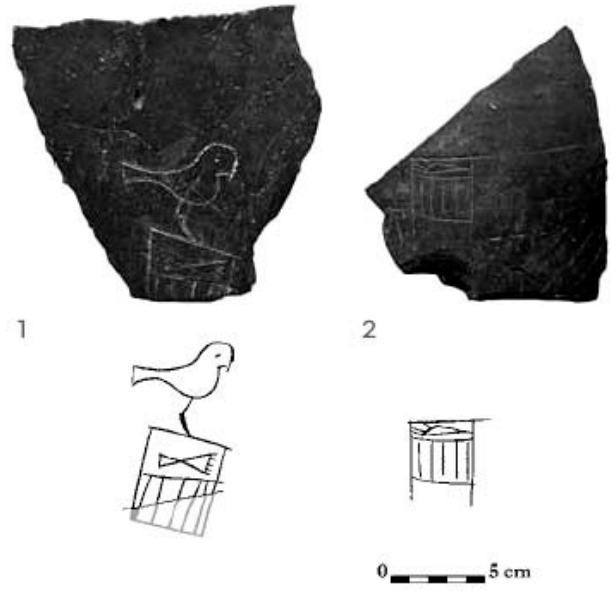


Fig. 66



Fig. 67



Fig. 68



Fig. 69



Fig. 70



Fig. 71

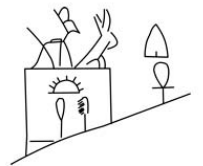


Fig. 72

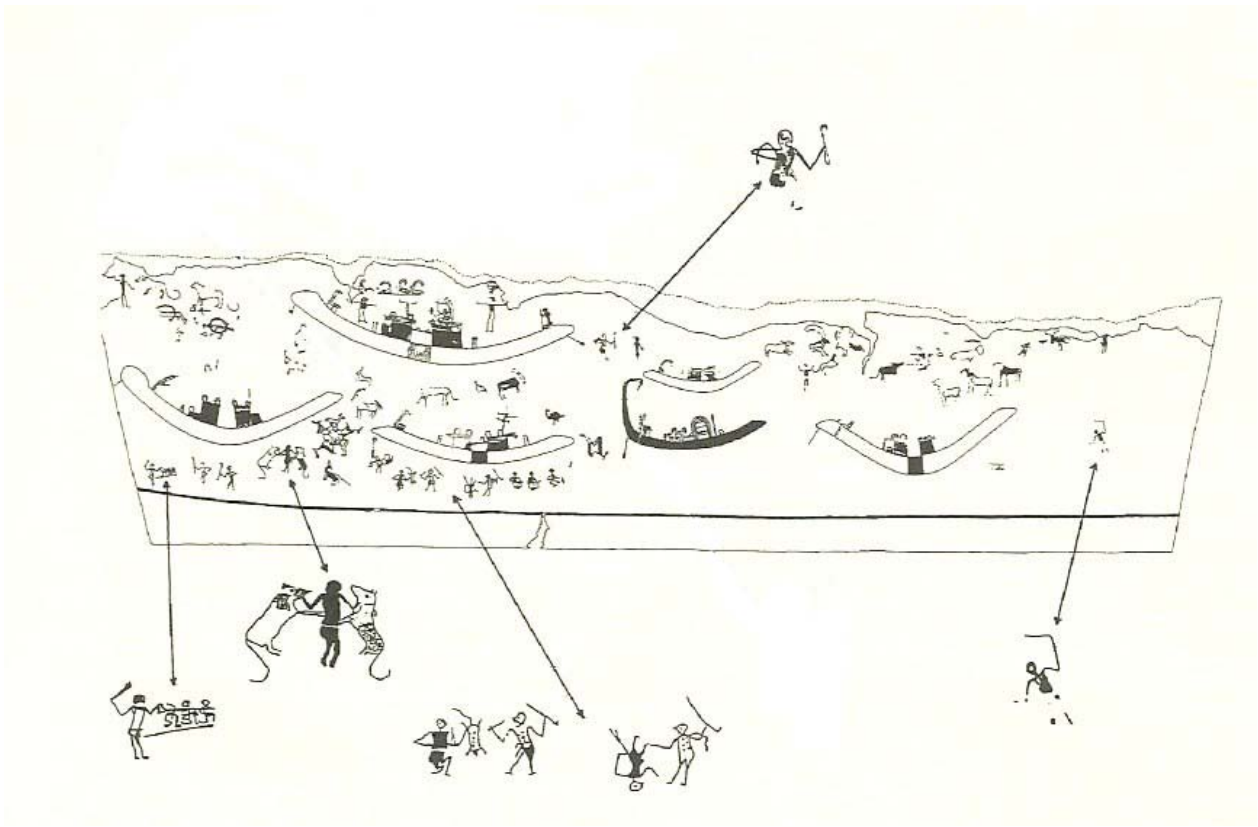


Fig. 73

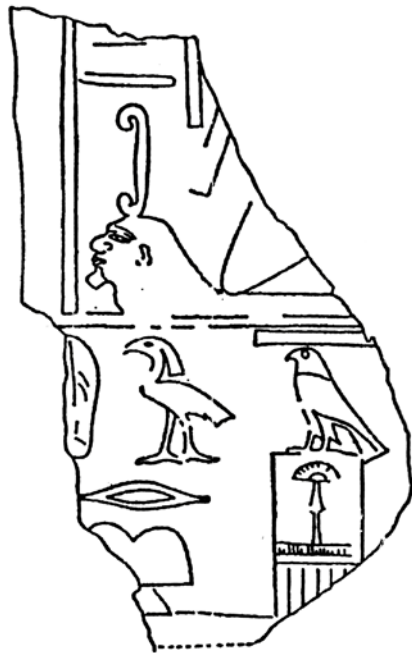


Fig. 74



Fig. 75

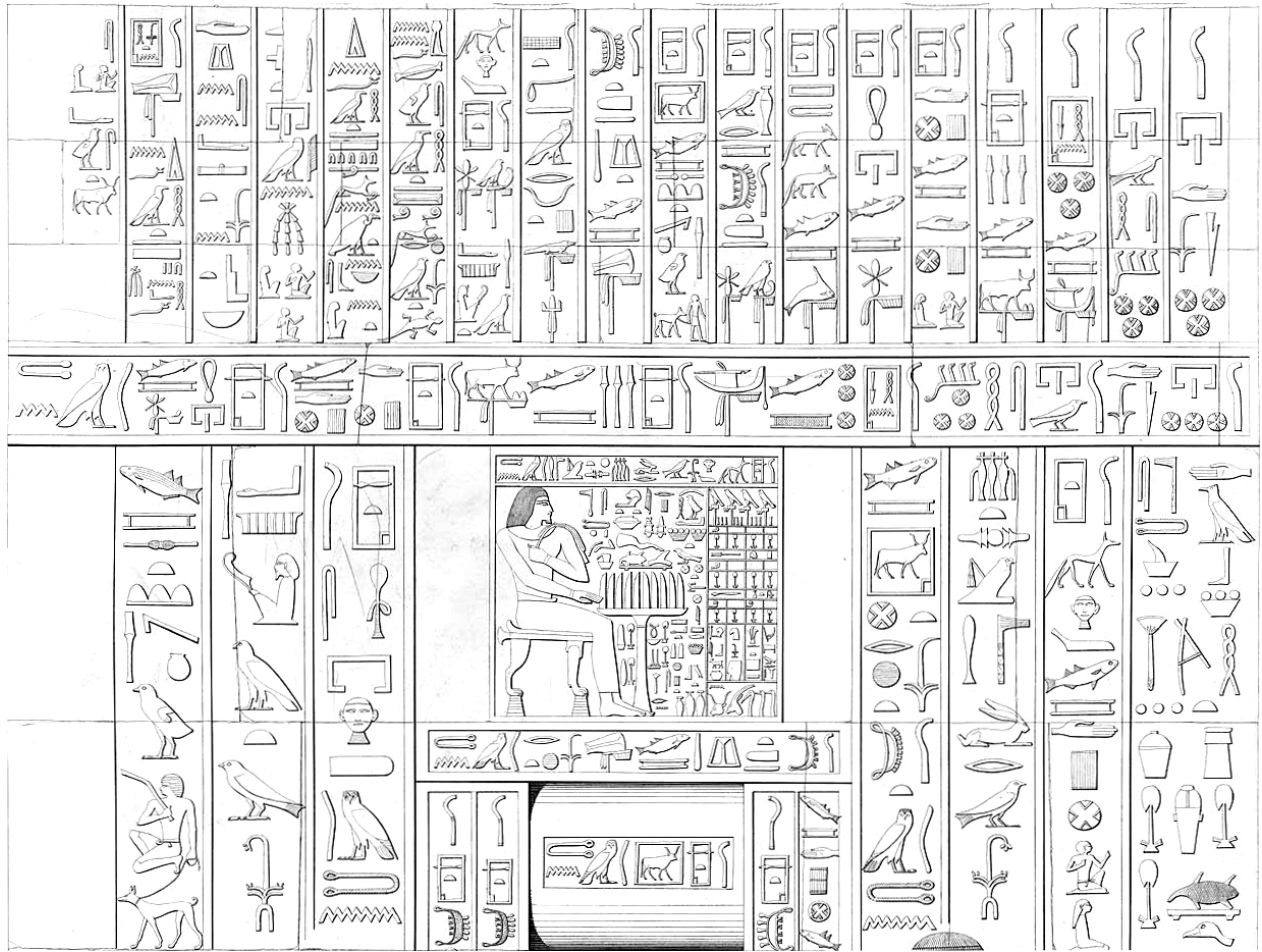


Fig. 76

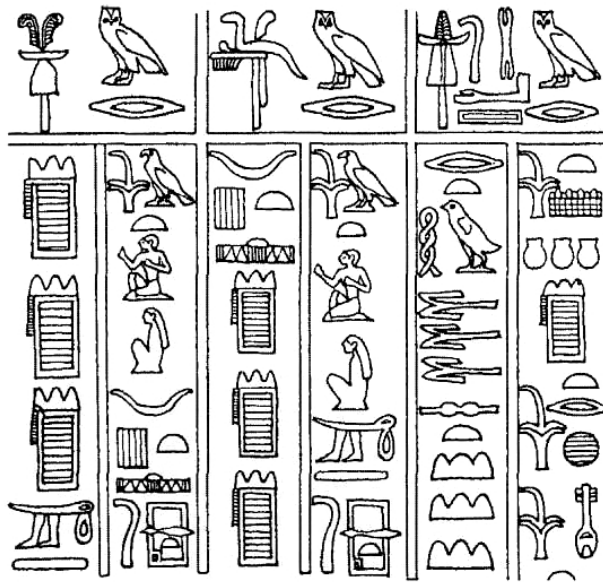


Fig. 77

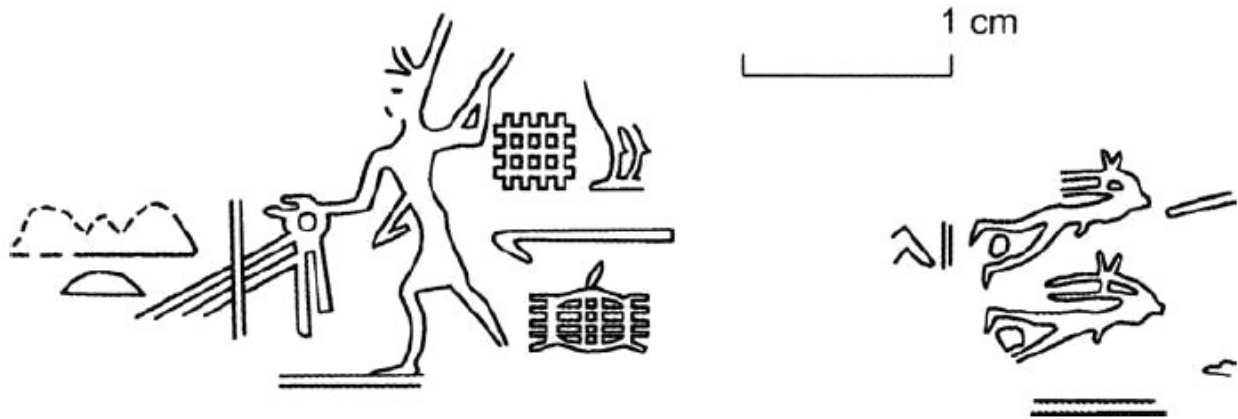


Fig. 78

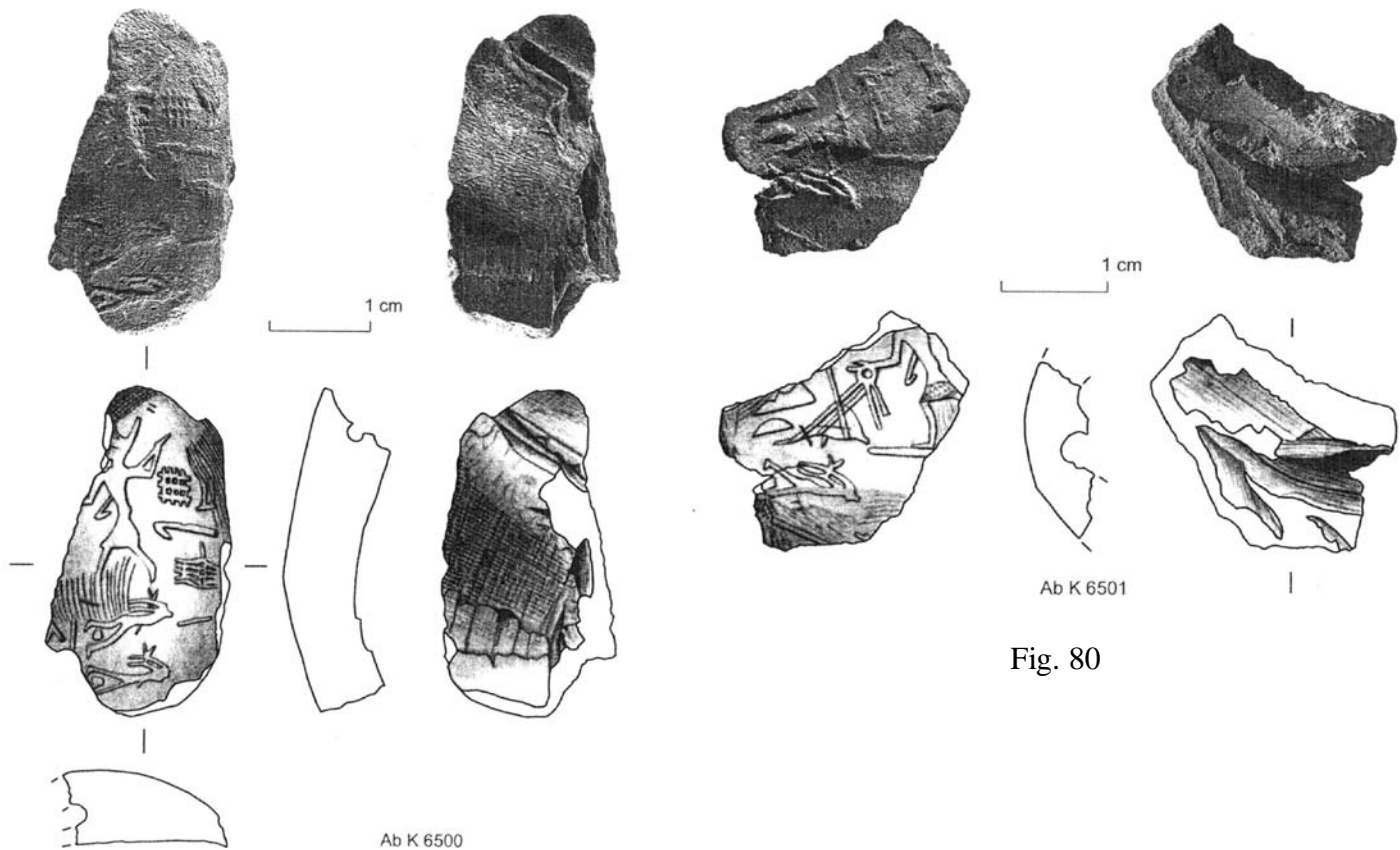


Fig. 80

Fig. 79

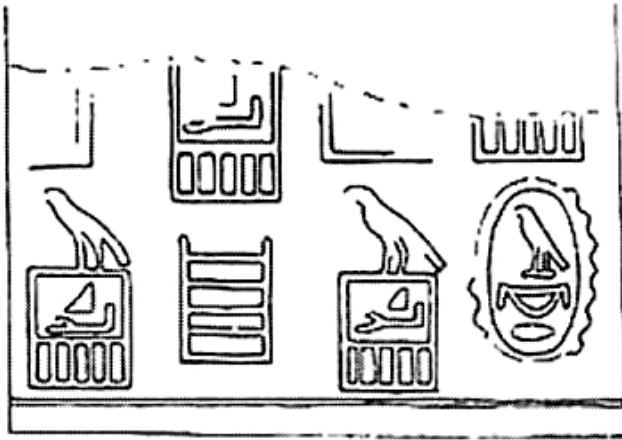


Fig. 81

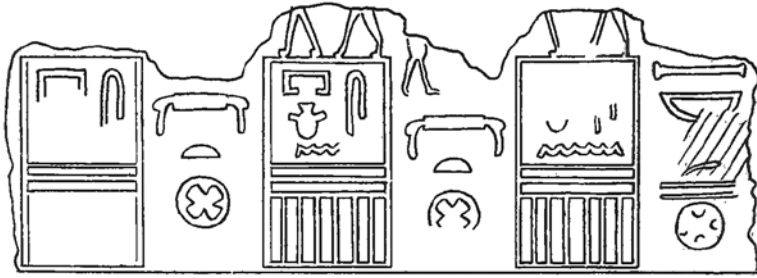


Fig. 82



Fig. 83a-b

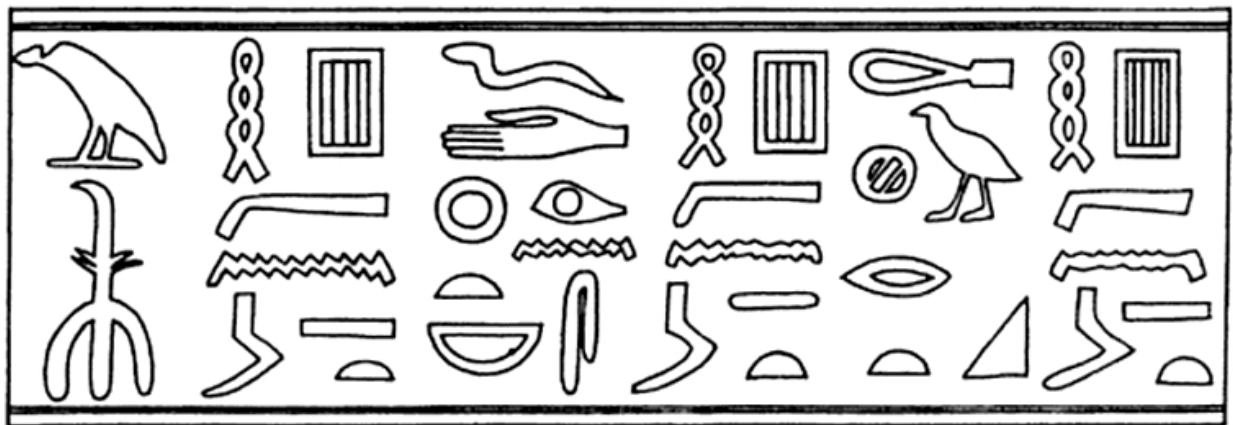


Fig. 84

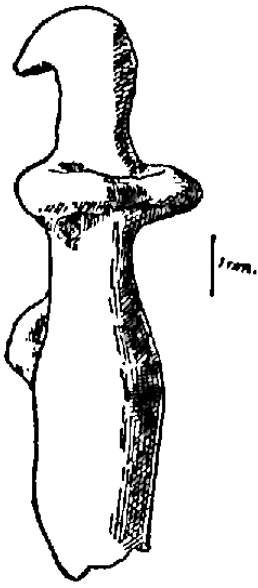


Fig. 85



Fig. 86

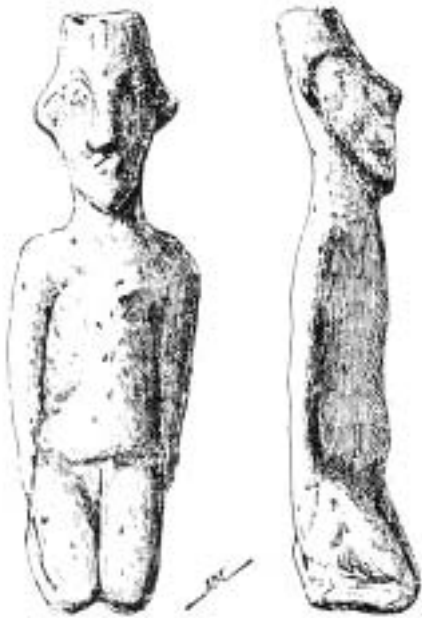


Fig. 87

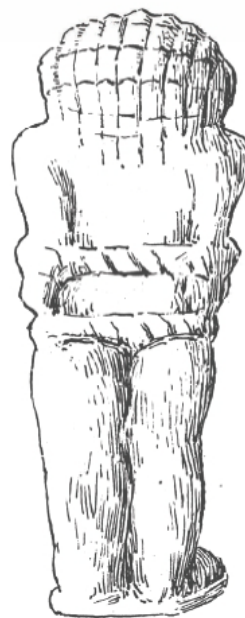


Fig. 88

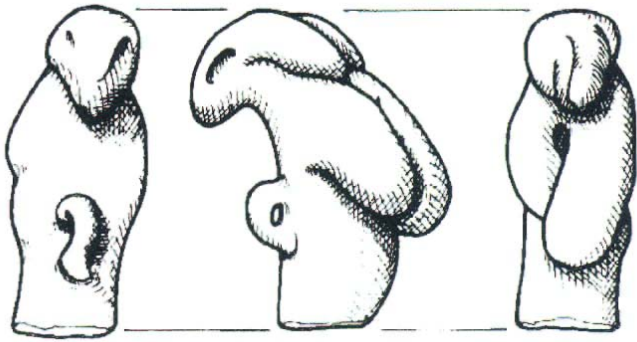


Fig. 89

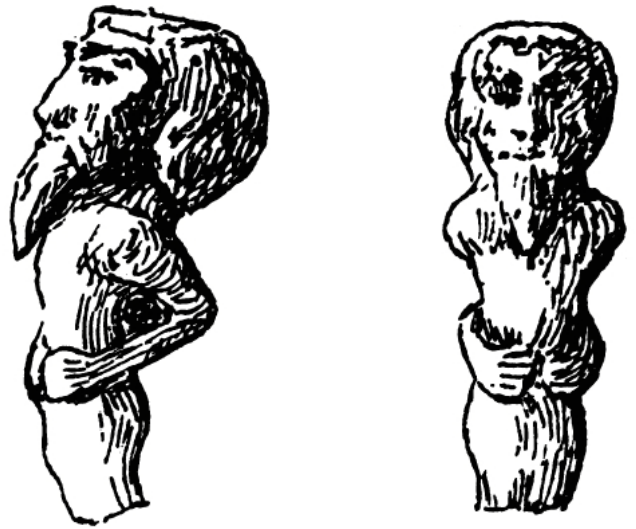


Fig. 90



Fig. 91



Fig. 92



Fig. 93



Fig. 94



Fig. 95

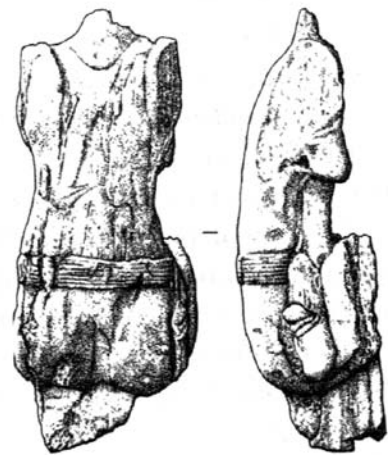


Fig. 96

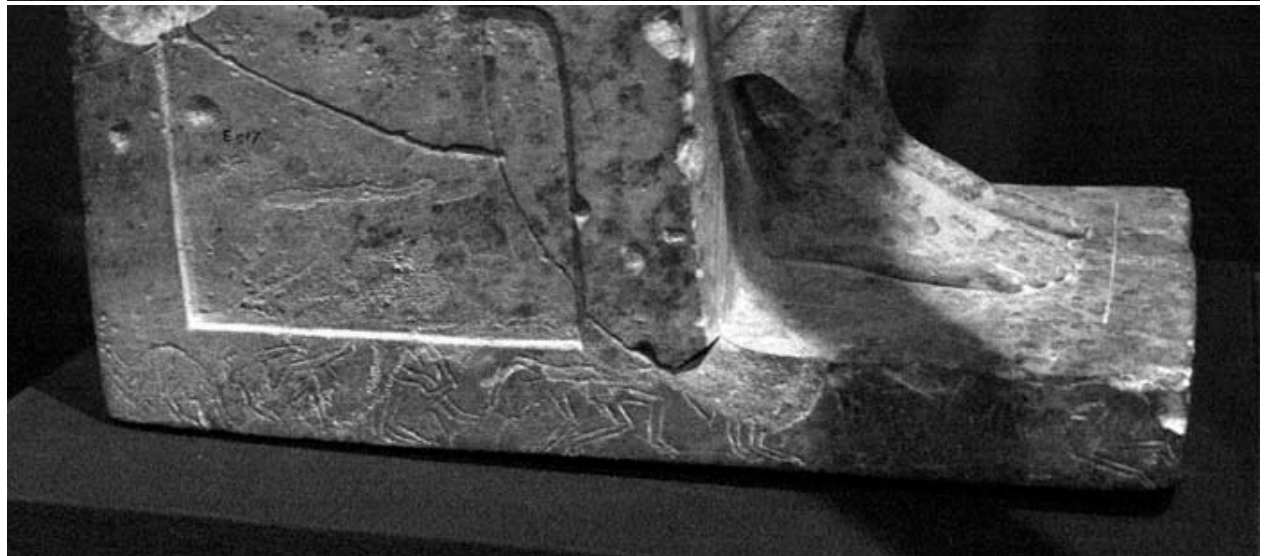


Fig. 97a-b

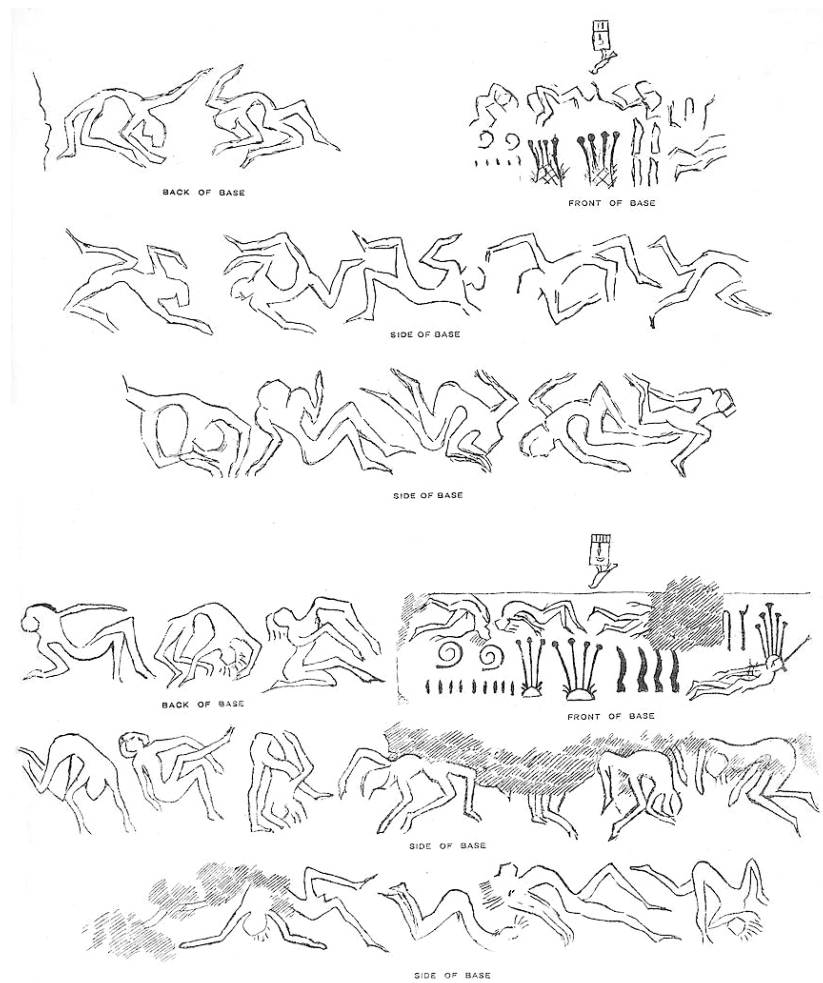


Fig. 98



Fig. 99

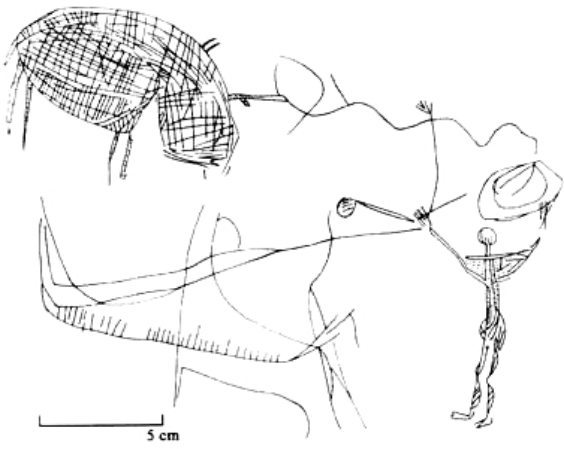


Fig. 100

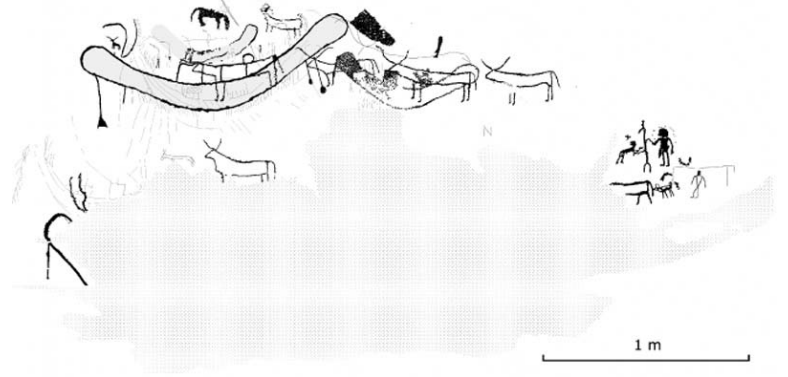


Fig. 101



Fig. 102

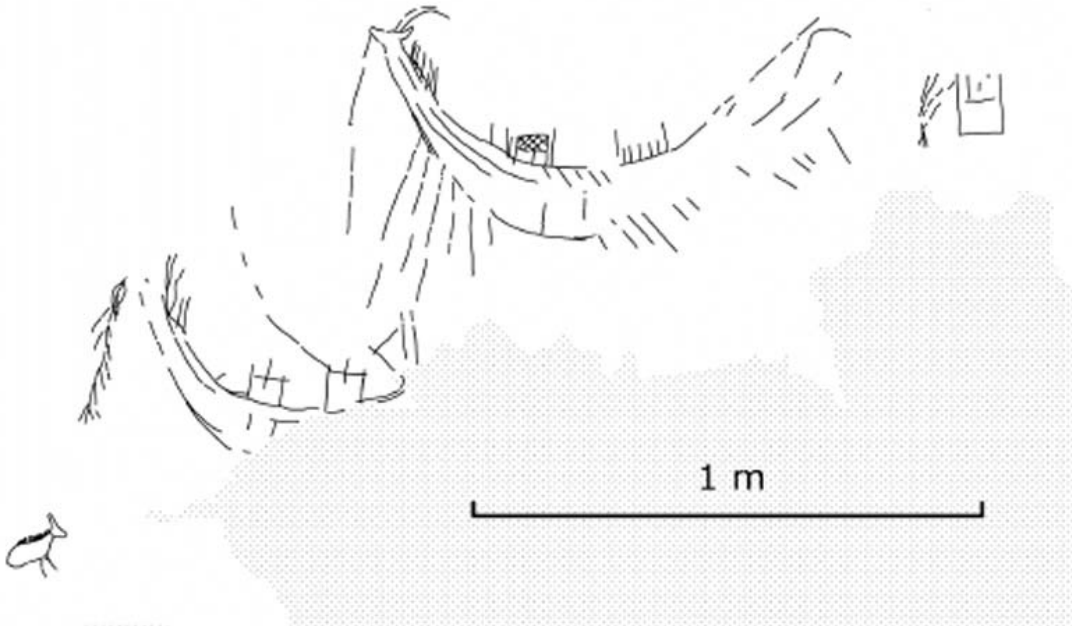


Fig. 103

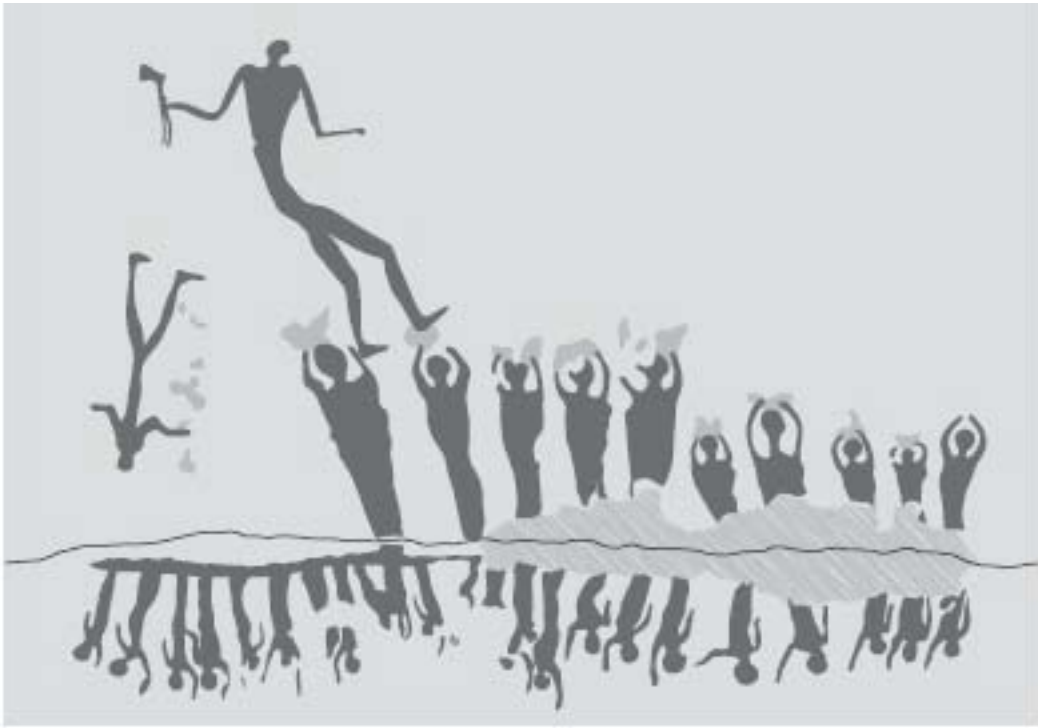


Fig. 104



Fig. 105



Fig. 106



Fig. 107

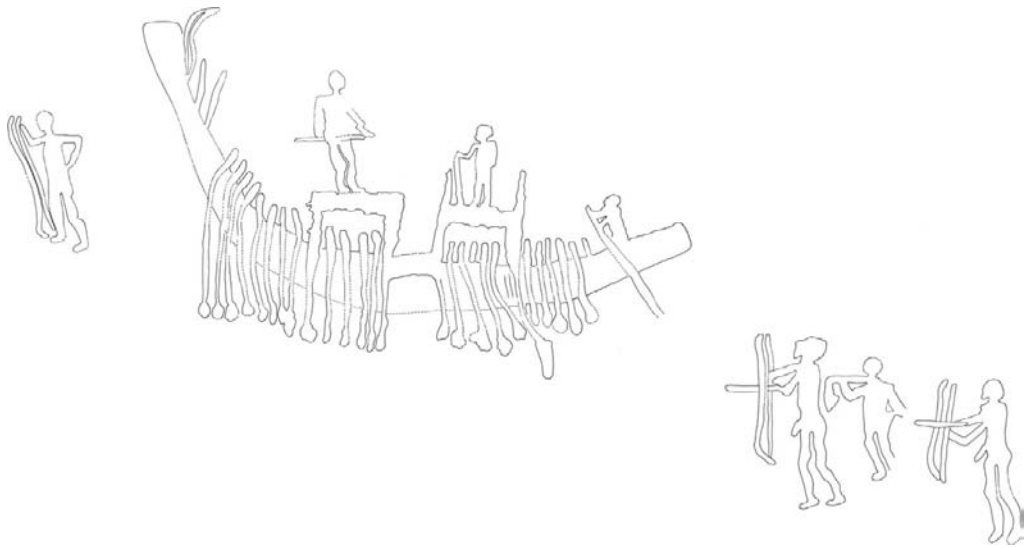


Fig. 108

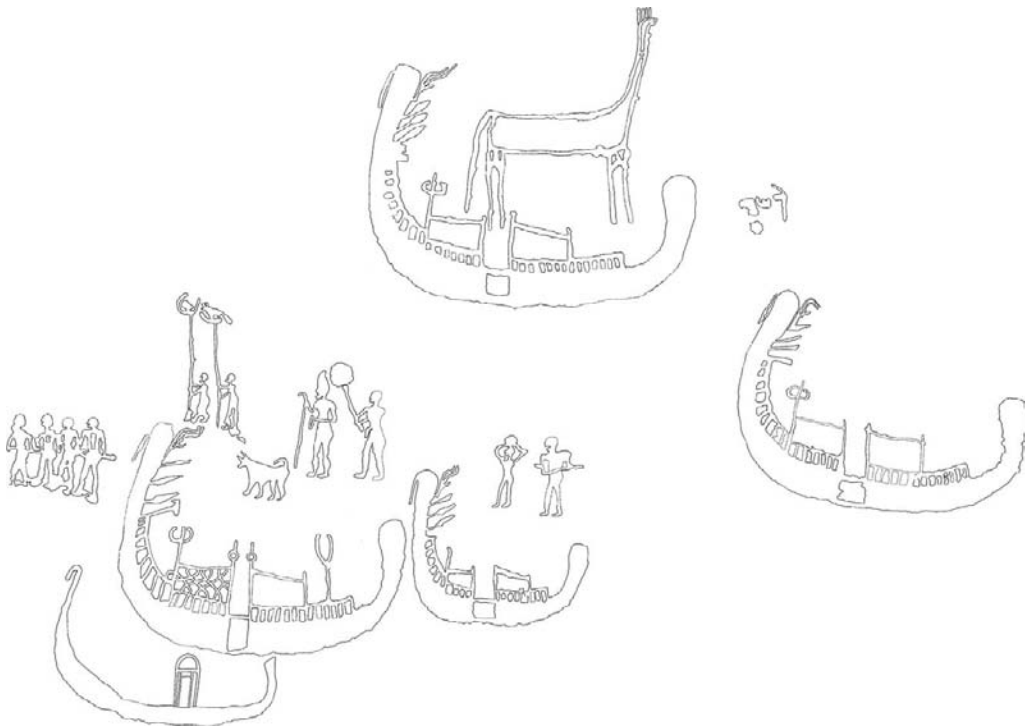


Fig. 109

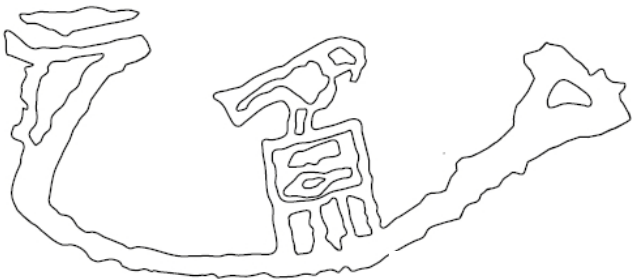
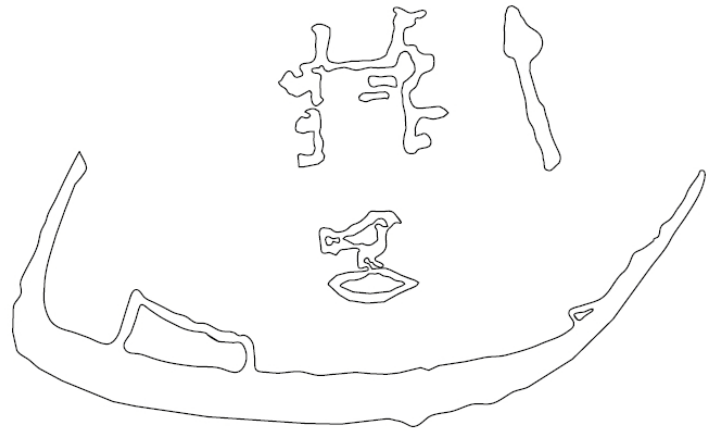
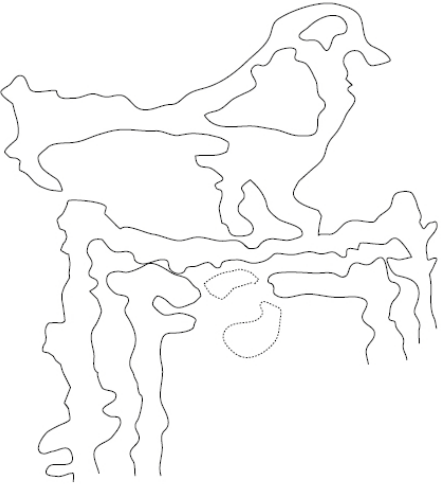
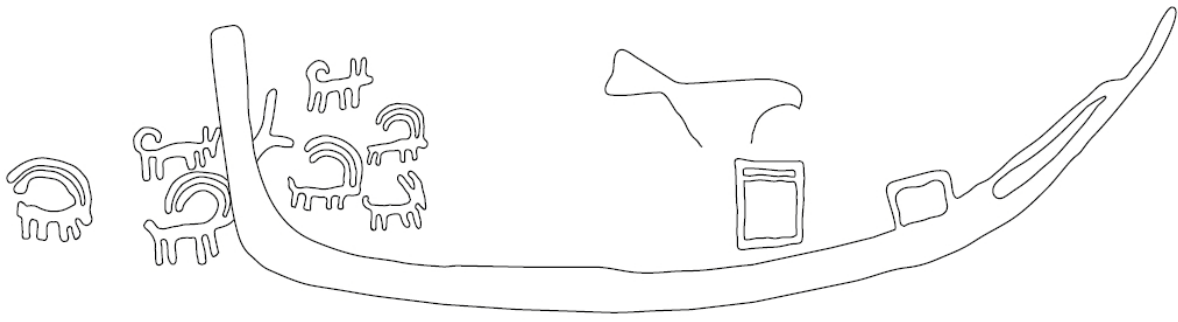


Fig. 110a-f



Fig. 111a-c



Fig. 112

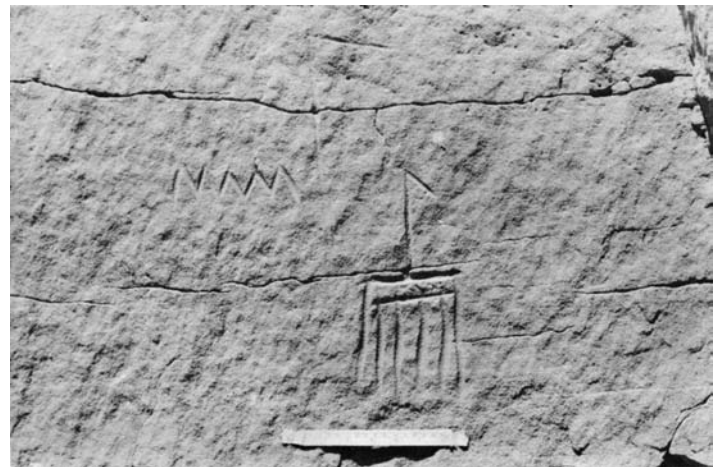


Fig. 113



Fig. 114



Fig. 115

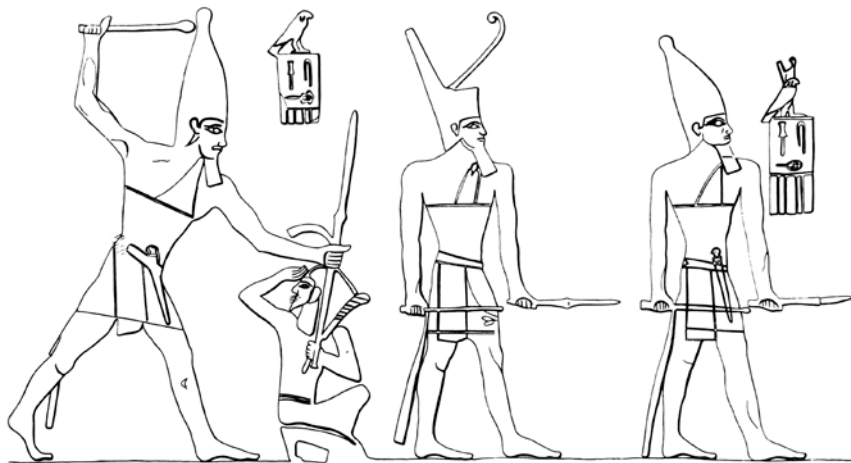


Fig. 116

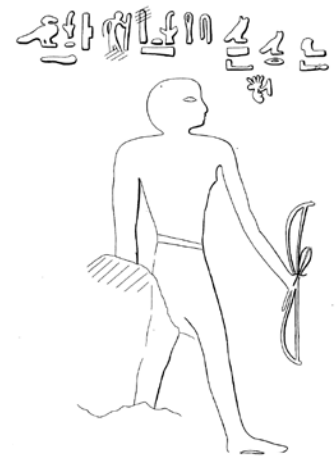


Fig. 117

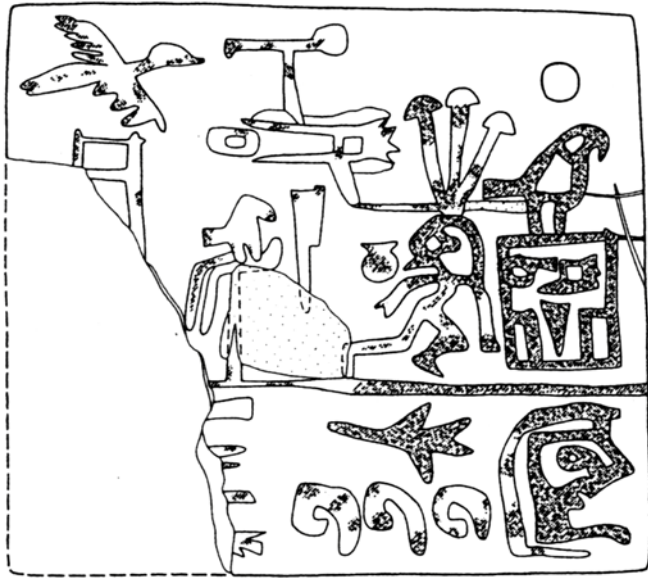


Fig. 118



Fig. 119



Fig. 120



Fig. 121

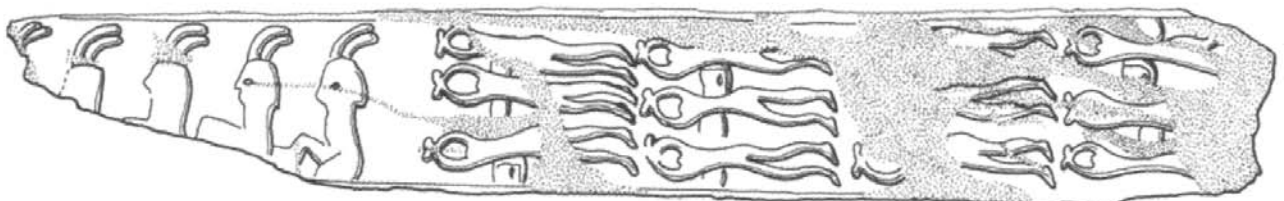


Fig. 122



Fig. 123



Fig. 124



Fig. 125

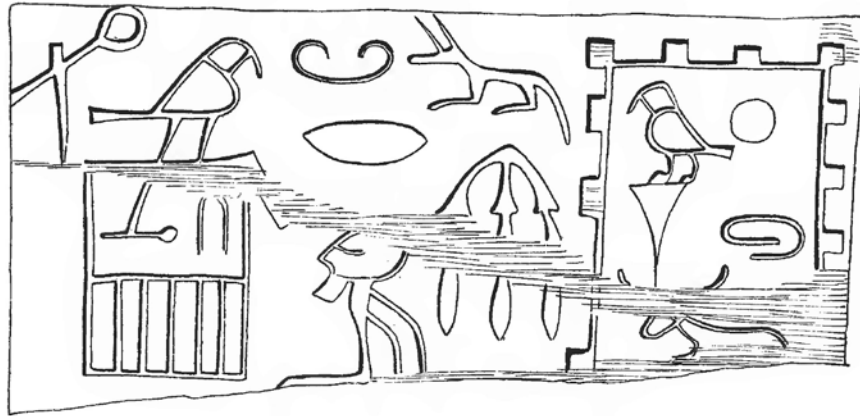


Fig. 126

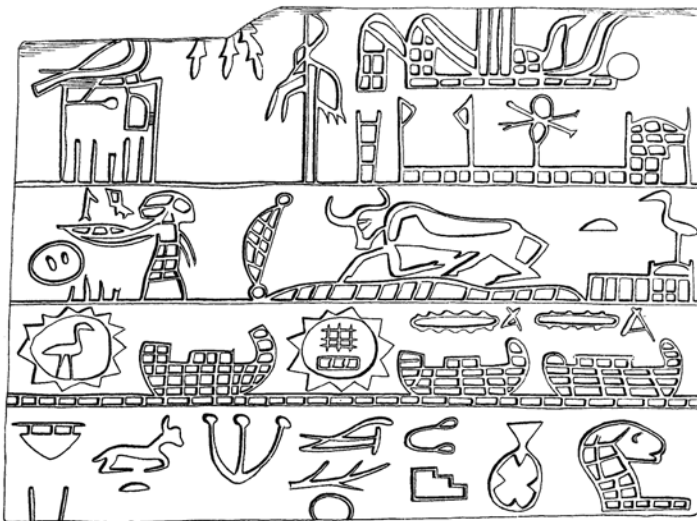


Fig. 127a

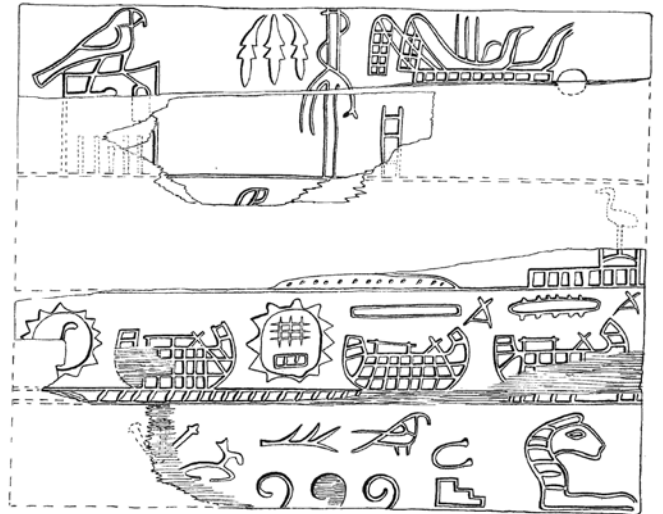


Fig. 127b



Fig. 128



Fig. 129

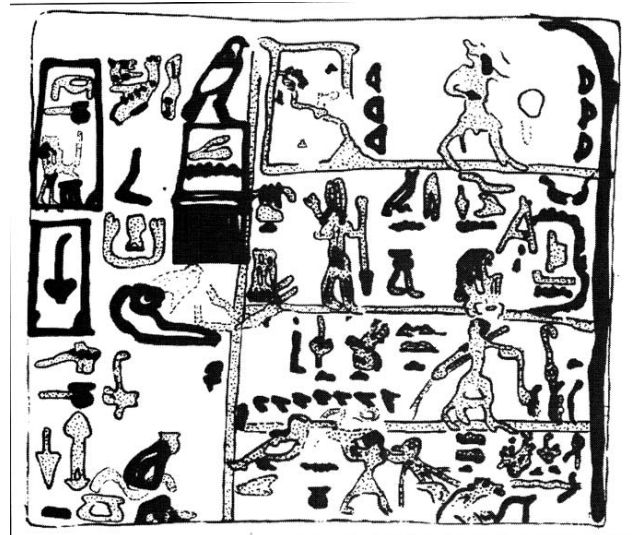


Fig. 130a-c

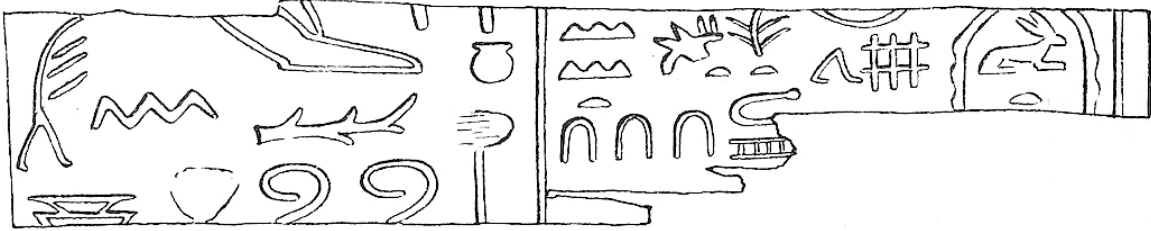


Fig. 131



Fig. 132



Fig. 133



Fig. 134



Fig. 135



Fig. 136



Fig. 137



Fig. 138



Fig. 139



Fig. 140

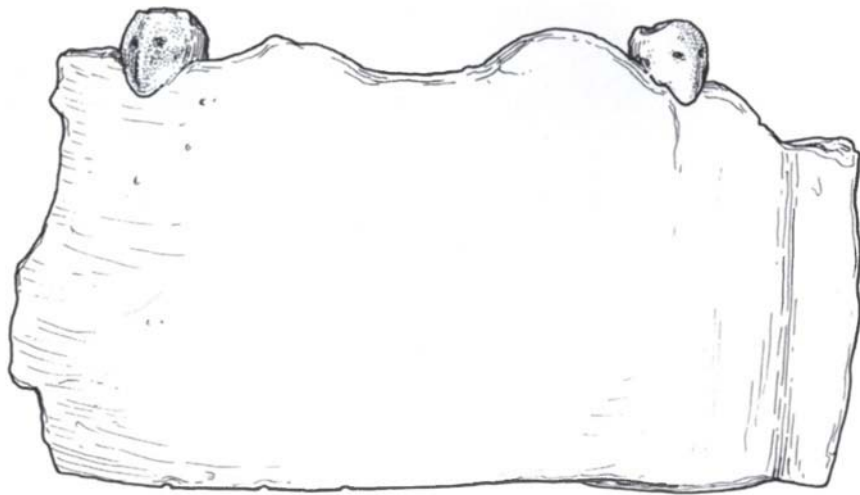


Fig. 141

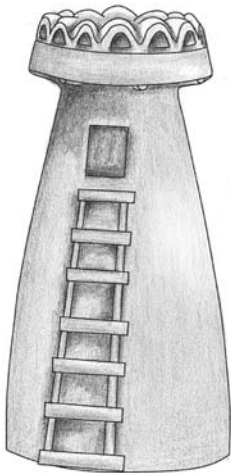


Fig. 142

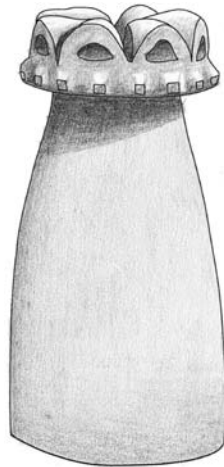


Fig. 143

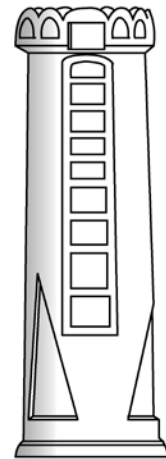


Fig. 144

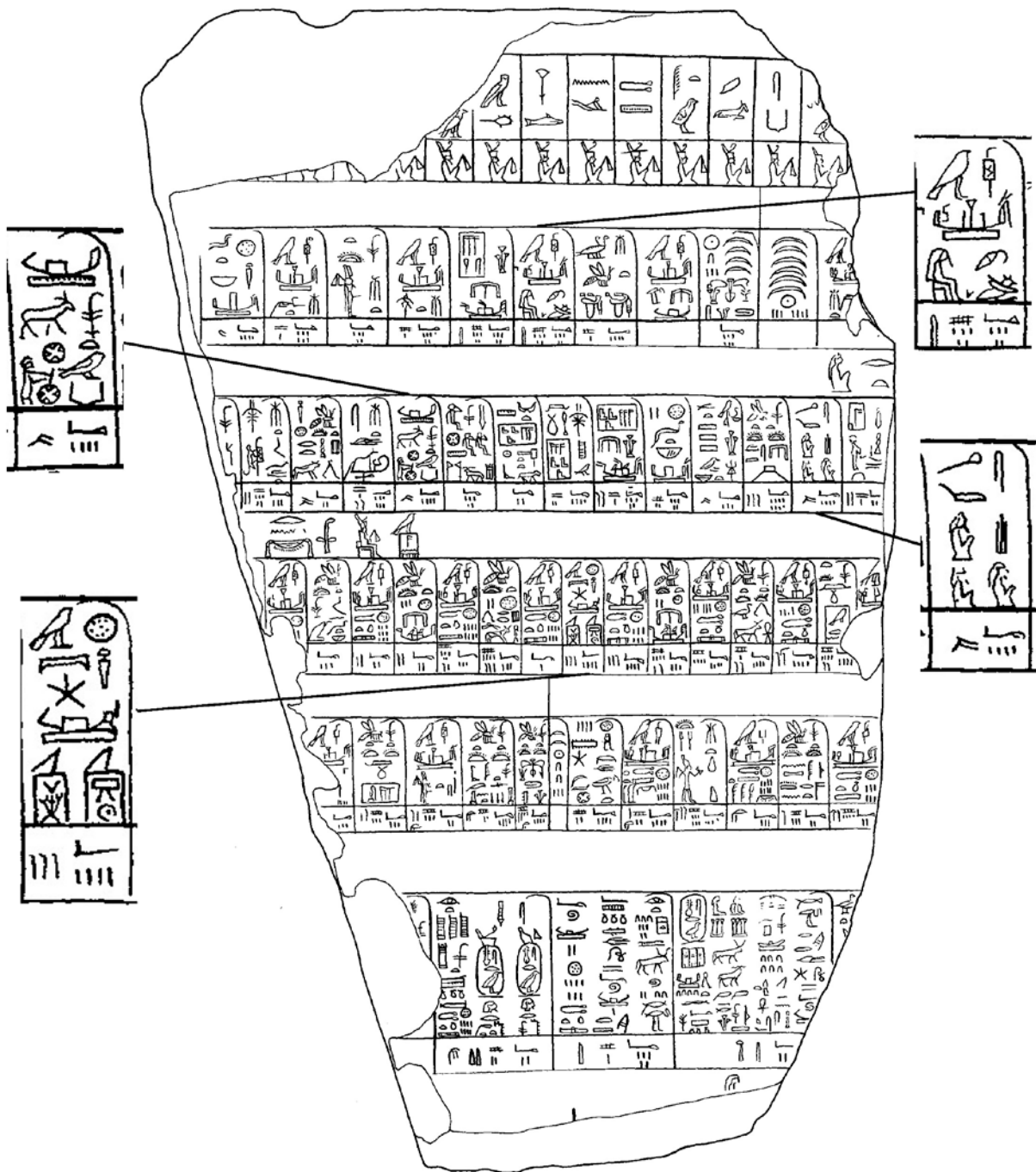


Fig. 145

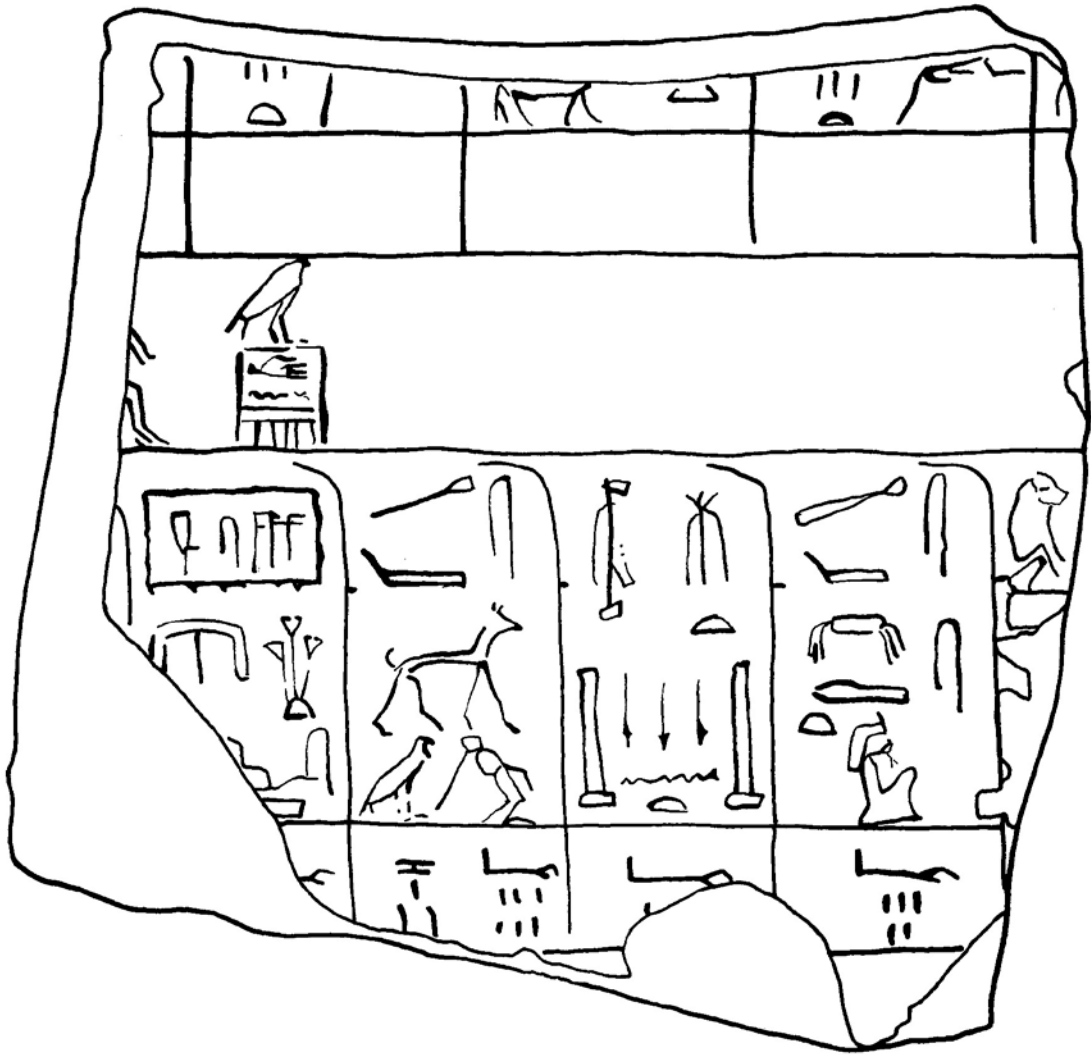
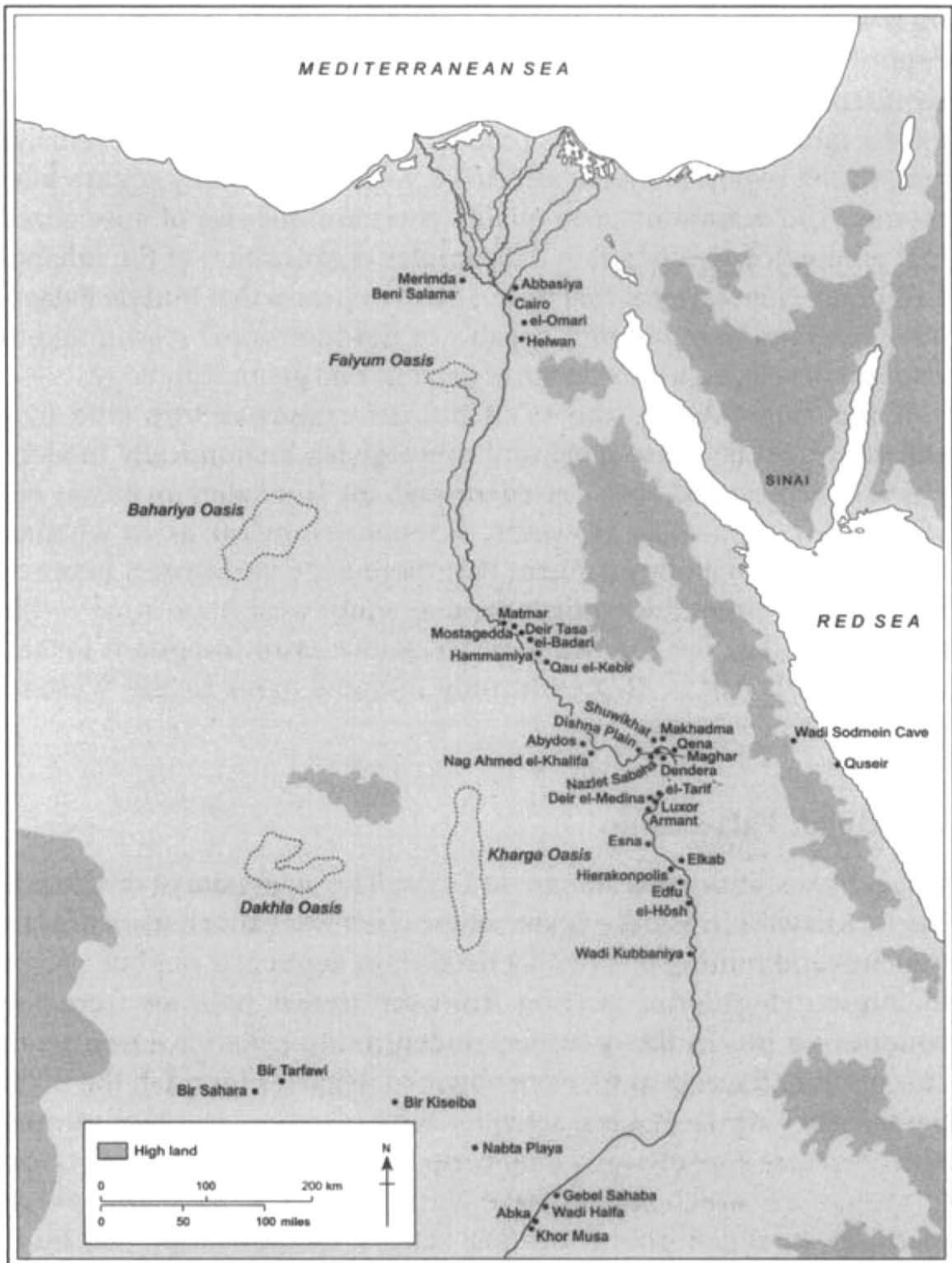
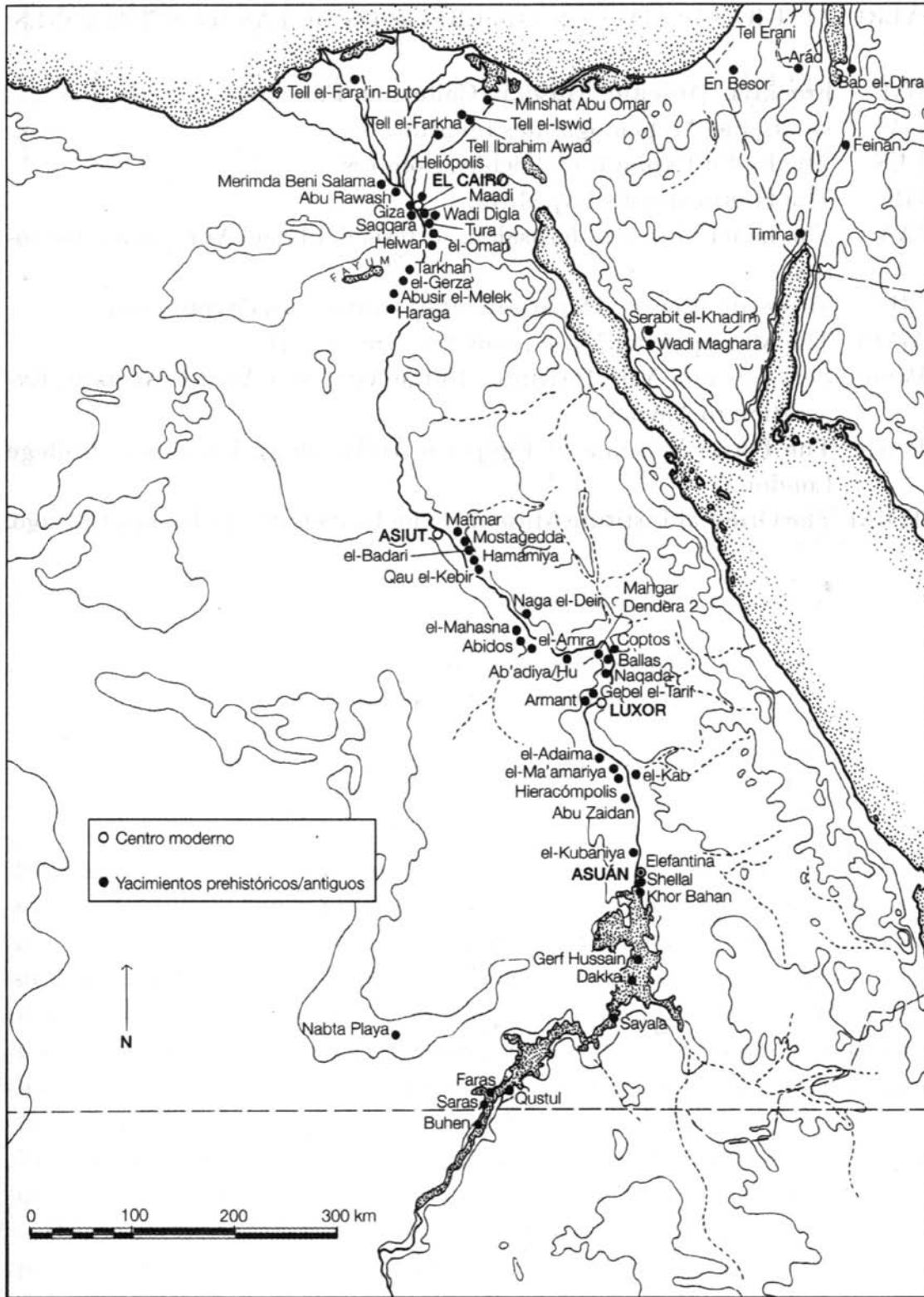


Fig. 146

MAPAS



Principales sitios de los períodos Paleolítico, Neolítico y Badariense
 (Hendrickx y Vermeersch, 2000, 22)



Principales sitios del período Predinástico y comienzos del período Dinástico
(Wengrow, 2007 [2006], 13)

CUADRO CRONOLÓGICO

Período		Fase	Años (aproximados)
Paleolítico Tardío y Epipaleolítico			20.000-5500 a.C.
Neolítico			5500-4500 a.C.
Predinástico	Temprano	Badariense	4500-3900 a.C.
	Medio	Nagada I	3900-3600 a.C.
	Reciente	Nagada IIa-b	3600-3500 a.C.
		Nagada IIc-d	3500-3300 a.C.
Tardío (o Protodinástico)	Nagada IIIa-b	3300-3050 a.C.	
Dinástico Temprano		Nagada IIIc-d / Dinastías I-II	3050-2700 a.C.
Reino Antiguo		Dinastías III-VI	2700-2150 a.C.